

el retorno de los brujos

Louis Pauwels ~ Jacques Bergier



**EL
ARCA
DE
PAPEL**

El Retorno De Los Brujos

PREFACIO

Tengo una gran torpeza manual y lo deploro. Me sentiría mejor si mis manos supiesen trabajar. Manos capaces de hacer algo útil, de sumergirse en las profundidades del ser y alumbrar en él un manantial de bondad y de paz. Mi padrastro (al que llamaré mi padre, pues él me educó) era obrero sastre. Era un alma vigorosa, un espíritu realmente mensajero. Decía a veces, sonriendo, que el primer fallo de los clérigos se produjo el día en que uno de ellos representó por primera vez un ángel con alas: hay que subir al cielo con las manos.

A despecho de mi torpeza, logré un día encuadrinar un libro. Tenía a la sazón dieciséis años. Era alumno del curso complementario de Juvisy, en el barrio pobre. El sábado por la tarde podíamos elegir entre el trabajo de la madera o del hierro, el modelaje y la encuadernación. En aquella época leía yo a los poetas, especialmente a Rimbaud. Sin embargo, me impuse la obligación de no encuadrinar *Une Saison en Enfer*. Mi padre poseía una treintena de libros, alineados en el estrecho armario de su taller, junto con las bobinas, los jaboncillos, las hombreras y los patrones. Había también, en aquel armario, millares de notas escritas con caracteres menudos y aplicados, sobre un ángulo del tablero, durante las incontables noches de labor. Entre aquellos libros, había yo leído *Le Monde avant la Création de l'Homme*, de Flammarion, y estaba entonces descubriendo *OH va le Monde?*, de Walter Rathenau. Y fue esta obra de Rathenau la que me puse a encuadrinar, no sin trabajo. Rathenau fue la primera víctima de los nazis, y estábamos en 1936. Cada sábado, en el pequeño taller del curso complementario, hacía mi trabajo manual por amor a mi *padre* y al mundo obrero. Y el día primero de mayo, hice ofrenda del Rathenau encuadrinado, al que acompañé con una brizna de muguete. Mi padre había subrayado con lápiz rojo, en este libro, un largo *párrafo* que he conservado siempre en la memoria:

«Incluso la época del agobio es digna de respeto, pues es obra, no del hombre, sino de la Humanidad y, por lo tanto, de la naturaleza creadora, que puede ser dura, pero jamás absurda. Si es dura la época en que vivimos, tanto más debemos amarla, empaparla de

nuestro amor, hasta que logremos desplazar las pesadas masas de materia que ocultan la luz que brilla al otro lado.»

«Incluso la época del agobio...» Mi padre murió en 1948, sin haber dejado nunca de creer en la naturaleza creadora, sin haber dejado nunca de amar ni de empapar con su amor el mundo dolorido en que vivía, sin haber perdido jamás la esperanza de ver brillar la luz detrás de las pesadas masas de materia. Pertenecía a la generación de los socialistas románticos que tenían por ídolos a Víctor Hugo, a Román Rollan y a Jean Jaurés, los cuales llevaban grandes chambergos y guardaban una florecilla azul entre los pliegues de su bandera roja. En la frontera de la mística pura y de la acción social, mi padre, atado a su taller durante más de catorce horas al día —y vivíamos al borde de la miseria—, concillaba un ardiente sindicalismo con la búsqueda de la liberación interior. Había introducido en los gestos más breves y humildes de su oficio un método de concentración y de purificación del espíritu, sobre el cual nos ha dejado centenares de páginas escritas. Mientras hacía ojales y planchaba telas, tenía un aspecto resplandeciente. Los jueves y los domingos, mis camaradas se reunían en su taller, para escucharle y sentir su vigorosa presencia, y la mayoría de ellos experimentaron un cambio en sus vidas.

Lleno de confianza en el progreso y la ciencia, convencido del advenimiento del proletariado, se había construido una poderosa filosofía. La lectura de la obra de Flammarion sobre la prehistoria fue para él una especie de revelación. Después leyó, guiado por la pasión, libros de paleontología, de astronomía, de física. Sin preparación adecuada, había calado empero en el meollo de los temas. Hablaba aproximadamente como Teilhard de Chardin, al que entonces ignorábamos: «¡Lo que va a vivir nuestro siglo es más importante que la aparición del budismo! No se trata ya, de ahora en adelante, de destinar las facultades humanas a tal o cual divinidad. En nosotros sufre una crisis definitiva el vigor religioso de la Tierra: la crisis de su propio descubrimiento. Empezamos a comprender, y para siempre, que la única religión aceptable para el hombre es la que le enseñará, ante todo, a conocer, amar y servir apasionadamente al Universo del cual es el elemento más importante.»¹ Pensaba que la revolución no debe confundirse con el transformismo, sino que es integral y ascendente, y aumenta la densidad psíquica de nuestro planeta, preparándola a establecer contacto con las inteligencias de los otros mundos y a acercarse al alma misma del Cosmos. Para él, la especie humana estaba por terminar. Progresaba hacia un estado de superconciencia a través del ascenso de la vida colectiva y de la lenta creación de un psiquismo unánime. Decía que el hombre aún no está terminado ni se ha salvado, pero que las leyes de condensación de la energía creadora nos permiten alimentar, a escala del Cosmos, una formidable esperanza. Por esto juzgaba los asuntos de este mundo con una serenidad y un dinamismo religioso, buscando, muy lejos y muy alto, un optimismo y un valor que fuesen inmediata y realmente utilizables. En 1948 acabábamos de salir de la guerra, y ya renacía la amenaza de otras batallas, esta vez atómicas. Sin embargo, consideraba las inquietudes y los dolores presentes como negativos de una imagen magnífica. Existía un hilo que lo ataba al destino espiritual de la Tierra, y el hombre proyectaba, sobre la época de agobio en que terminaba su vida de trabajador, y a pesar de sus grandes dolores íntimos, mucha confianza y un gran amor.

Murió en mis brazos, la noche del 31 de diciembre y me dijo antes de cerrar los ojos:

«No hay que contar demasiado con Dios, pero es posible que Dios cuente con nosotros...»

¹ «Teilhard de Chardin tel que je l'ai connu», por G. Magloire, revista *Synthése*, noviembre 1957.

¿Cuál era mi situación en aquel momento? En 1940, cuando el desastre, tenía veinticinco años. Pertenecía a la generación funesta que vio derrumbarse un mundo, que había sido amputada del pasado y dudaba del porvenir. Yo estaba muy lejos de creer que la época de agobio fuese digna de respeto y que hubiésemos de empaparla de nuestro amor. Más bien me parecía que lo más razonable era negarse a participar en un juego en que todo el mundo hacía trampas.

Durante la guerra me había refugiado en el hinduismo. Él era mi *maquis*. Vivía en él, en una resistencia absoluta. No hay que buscar el punto de apoyo en la Historia y entre los hombres, pues siempre se nos escapa. Busquémoslo en nosotros mismos. Seamos de este mundo como si no fuéramos de él. Nada me parecía más bello que el somormujo de la Bhagavad Gita, «que se sumerge y remonta el vuelo sin mojarse las plumas». Hagamos, me decía, que los acontecimientos contra los que nada podemos no puedan nada contra nosotros. Y me sentaba en el suelo, en la actitud del loto, sobre una nube venida de Oriente. Por la noche, mi padre leía a escondidas mis libros, tratando de comprender la extraña enfermedad que tanto me separaba de él.

Más tarde, el día después de la Liberación, busqué un maestro que me enseñara a vivir y a pensar. Me hice discípulo de Gurdjieff. Esforzábame en desligarme de mis emociones, de mis sentimientos, de mis impulsos, con el fin de encontrar, más allá, algo que fuese móvil y permanente y que me consolara de mi escasa realidad y del absurdo del mundo. Juzgaba a mi padre compasivamente. Me figuraba poseer los secretos del gobierno del espíritu y de todo conocimiento. En realidad, no poseía más que la ilusión de poseer y un intenso desprecio por aquellos que no compartían la misma ilusión.

Desesperaba a mi padre. Me desesperaba yo mismo. Me secaba hasta los huesos en mi posición de repulsa. Leía a René Guénon. Pensaba que teníamos la desgracia de vivir en un mundo radicalmente pervertido y destinado justamente al apocalipsis. Hacía mí el discurso de Cortés en el Congreso de Madrid, en 1849: «La causa de todos vuestros errores señores, es que ignoráis la dirección de la civilización y del mundo. Creéis que la civilización y el mundo progresan, ¡y retroceden!» Para mí, la Edad Moderna era la edad negra. Me empeñaba en enumerar los crímenes del espíritu moderno contra el espíritu. Desde el siglo XII el Occidente, desligado de sus principios, corría a su perdición. Alimentar cualquier esperanza era aliarse al mal. Yo denunciaba toda confianza como una complicidad. Sólo me quedaba ardor para la repulsa, para la ruptura. En este mundo, sumergido ya en sus dos terceras partes, donde los sabios, los políticos, los sociólogos y los organizadores de toda clase, se me aparecían como otros tantos coprófagos, sólo los estudios tradicionales y una resistencia incondicional al siglo eran dignos de estima.

En este estado de ánimo, era natural que considerase a mi padre como un primitivo ingenuo. Su poder de adhesión, de amor, de visión lejana, me producía la irritación de lo ridículo. Le acusaba de haberse quedado rezagado en el entusiasmo de la Exposición de 1900. La esperanza que ponía en una colectivización creciente y que llevaba a un plano mucho más alto que el político, provocaba mi desprecio. Yo sólo respetaba las antiguas teocracias.

Einstein fundaba un comité de desesperación compuesto de sabios del átomo; la amenaza de una guerra total se cernía sobre la Humanidad dividida en dos bloques. Mi padre moría sin haber perdido un ápice de su fe en el porvenir, y yo había dejado de comprenderle. No evocaré en esta obra los problemas de clase. No es lugar adecuado. Pero sé muy bien que estos problemas existen: ellos crucificaron al hombre que me amaba. No he conocido a mi padre carnal. Pertenecía a la vieja burguesía de Gante. Mi madre, como mi segundo padre, eran obreros, descendían de obreros. Fueron mis antepasados flamencos, dados a la diversión, artistas, vagos y orgullosos, quienes me

hicieron replegarme y desconocer la virtud de la participación. Hacía ya largo tiempo que se había levantado una barrera entre mi padre y yo. Él, que no había querido tener más hijos que este hijo de otra sangre, por temor a perjudicarme, se había sacrificado para hacer de mí un intelectual. Y, al dármelo todo, había soñado en que mi alma se parecería a la suya. A sus ojos, yo debía convertirme en un faro, en un hombre capaz de iluminar a los otros hombres, de darles valor y esperanza, de demostrarles, como él decía, la luz que brilla en lo más hondo de nosotros. Pero yo no veía ninguna luz, salvo la luz negra, ni en mí, ni en el fondo de la Humanidad. Yo no era más que un amanuense parecido a muchos otros. Llevaba hasta sus últimas consecuencias el sentimiento de destierro, la necesidad de rebelión radical que pregonaban las revistas literarias allá por el año 1947, al hablar de la «inquietud metafísica», y que fueron la difícil herencia de mi generación. En estas condiciones, ¿cómo se puede ser un faro? Esta idea, esta palabra hugoliana, me hacía sonreír malévolamente. Mi padre me acusaba de descomposición, de pasarme, como él decía, al bando de los privilegiados de la cultura, de los mandarines, de los que estaban orgullosos de su importancia.

La bomba atómica, que para mí significaba el principio del fin de los tiempos, era para él la señal de un nuevo amanecer. La materia se iba espiritualizando, y el hombre descubría a su alrededor y dentro de sí mismo potencias hasta entonces insospechadas. El espíritu burgués, para el cual la Tierra es un cómodo lugar de residencia del que hay que sacar el máximo posible, iba a ser barrido por el espíritu nuevo, por el espíritu de los obreros de la Tierra, para el cual el mundo es una máquina en funcionamiento, un organismo cara al porvenir, una unidad a lograr, una Verdad a abrir. La Humanidad estaba sólo al principio de su evolución. Recibía las primeras enseñanzas sobre la misión que le había asignado la Inteligencia del Universo. Empezábamos justamente a saber lo que es el amor del mundo.

Para mi padre, la aventura humana tenía una dirección. Juzgaba los acontecimientos según se situasen o no en esta dirección. La Historia tenía un sentido: *avanzaba hacia* alguna forma de lo ultrahumano, llevaba en sí la promesa de una superconciencia. Su filosofía cósmica no le separaba del siglo. En lo inmediato, sus adhesiones eran «progresistas». A mí me irritaba esto, sin ver que él ponía muchísima más espiritualidad en su progresismo que yo progreso en mi espiritualidad.

Sin embargo, yo me ahogaba en mi cerrado pensamiento. Ante aquel hombre me sentía a veces como un pequeño intelectual árido y friolero, y deseaba pensar como él, respirar tan ampliamente como él. Por las noches, en un rincón de su taller, *forzaba* yo la controversia, la provocaba, deseando sordamente que me confundiera y me hiciese cambiar. Pero, gracias a la fatiga, se indignaba contra mí, contra el destino que le había dado una gran idea y le había negado los medios de transmitirla a este hijo rebelde, y nos separábamos encolerizados y doloridos. Yo volvía a mis meditaciones y a mis libros desesperados. Él se inclinaba sobre las telas y cogía de nuevo la aguja, *bajo* la lámpara desnuda que teñía de amarillo sus cabellos. Desde mi cama-jaula, le oía resoplar y gruñir durante largo rato. Después, de pronto, se ponía a silbar entre dientes, suavemente, los primeros compases de la *Oda a la Alegría*, de la *Novena Sinfonía* de Beethoven, para decirme desde lejos que el amor siempre vuelve al encuentro de los suyos. Ahora pienso en él casi todas las noches, a la hora de nuestras antiguas disputas. Y oigo aquel resoplido, aquel gruñido que terminaba en cántico, aquel sublime vendaval desvanecido. ¡Doce años hace que murió! Y yo voy a cumplir cuarenta. Si le hubiese comprendido cuando vivía, habría dirigido con más destreza mi inteligencia y mi corazón.

No he cesado de buscar. Ahora me acerco a él, después de no pocas búsquedas, a menudo agotadoras y de peligrosos vagabundeos. Habría podido, mucho antes, conciliar la afición

a la vida interior y el amor al mundo en movimiento. Habría podido tender más pronto, y acaso con mayor eficacia, cuando mis fuerzas estaban intactas, un puente entre la mística y el espíritu moderno. Habría podido sentirme a la vez religioso y solidario del gran impulso de la Historia. Habría podido tener más pronto fe, caridad y esperanza.

Este libro resume cinco años de búsqueda, en todos los sectores del conocimiento, en las fronteras de la ciencia y de la tradición. Me lancé a esta empresa claramente superior a mis medios, porque ya no podía seguir rechazando este mundo presente y por venir, que es, sin embargo, el mío. Pero de todos los extremos nace la luz. Habría podido encontrar más deprisa una vía de comunicación con mi época. Es posible que no haya perdido del todo mi tiempo marchando hasta el final de mi propio camino. Los hombres no encuentran lo que se merecen, sino lo que se les asemeja. Durante largo tiempo, busqué, como quería el Rimbaud de mi adolescencia, «la Verdad es un alma y un cuerpo». Y no lo logré. En la persecución de esta Verdad, perdí el contacto con las verdades pequeñas que hubiesen hecho de mí, no ya él superhombre al que llamaba con todo mi anhelo, sino un hombre mejor y más unificado de lo que soy. Sin embargo, aprendí cosas preciosas sobre el comportamiento profundo del espíritu, sobre los diferentes estados posibles de la conciencia, sobre la memoria y la intuición, que no hubiese aprendido de otra manera y que debían permitirme, más tarde, ver lo que hay de grandioso, de esencialmente revolucionario en la cumbre del espíritu moderno: la interrogación sobre la naturaleza del conocimiento y la necesidad apremiante de una especie de transmutación de la inteligencia.

Cuando salí de mi nicho de yogui para lanzar una ojeada a este mundo moderno que condenaba sin conocerlo, percibí de golpe lo que tiene de maravilloso. Mi estudio reaccionario, a menudo lleno de orgullo y de odio, me fue útil en impedir mi adhesión a este mundo por su lado malo: el viejo racionalismo del siglo XIX, el progresismo demagógico. Me había impedido también aceptar este mundo como una cosa natural y, simplemente porque era el mío, aceptarlo en un estado de conciencia adormecida, como hacen la mayoría de las gentes. Con los ojos refrescados por mi larga permanencia fuera de mi tiempo, vi este mundo tan rico en fantasías reales supuestas. Mejor aún, lo que aprendía del siglo modificaba, haciéndolo más profundo, mi conocimiento del espíritu antiguo. Vi las cosas antiguas con ojos nuevos, y mis ojos eran también nuevos para ver las cosas nuevas.

Conocí a Jacques Verguer (enseguida diré cómo) cuando terminaba de escribir mi obra sobre la familia de espíritus reunida alrededor de M. Gurdjieff. Este encuentro, que en modo alguno atribuyo a la suerte, fue decisivo. Acababa de consagrarse dos años a la descripción de una escuela esotérica y de mi propia aventura. Pero otra aventura comenzaba en aquel momento para mí. He aquí lo que creí útil decir a mis lectores al despedirme de ellos. Espero que me perdonarán que me cite a mí mismo, sabiendo que no me gusta llamar la atención sobre mi literatura: otras cosas me preocupan más. Inventé la fábula del mono y la calabaza. Los indígenas, para cazar viva a la bestia, fijan en un cocotero una calabaza que contiene cacahuetes. El mono acude, mete la mano, coge los cacahuetes y cierra el puño. Entonces no puede retirar la mano. Lo que ha cogido lo mantiene prisionero. Al salir de la escuela Gurdjieff, escribí:

«Hay que palpar, examinar los frutos-trampa y después retirarse con ligereza. Una vez satisfecha cierta curiosidad, conviene volver ágilmente la atención hacia el mundo en que estamos, recuperar nuestra libertad y nuestra lucidez, reemprender nuestro camino en la tierra de los hombres a la cual pertenecemos. Lo que importa es ver hasta qué punto la ruta esencial del pensamiento llamado tradicional desemboca en el movimiento del pensamiento contemporáneo. La física, la biología, las matemáticas, en su extremo último, vuelven hoy a manejar ciertos datos del esoterismo, resucitar ciertas visiones del

Cosmos, relaciones de la energía y la materia, que son visiones ancestrales. Las ciencias de hoy, si las abordamos sin conformismo científico, dialogan con los antiguos magos, alquimistas, taumaturgos. Se produce una revolución ante nuestros ojos, y es el inesperado matrimonio de la razón, en la cima de sus conquistas, con la intuición espiritual. Para los observadores realmente sagaces, los problemas que se plantean a la inteligencia contemporánea no son ya problemas de progreso. La noción del progreso murió hace algunos años. Son problemas de cambio de estado, problemas de transmutación. En este sentido, los hombres abocados sobre las realidades de la experiencia interior siguen la dirección del porvenir y estrechan sólidamente la mano de los sabios de vanguardia que preparan el advenimiento de un mundo que no tiene ninguna medida común con el mundo de pesada transición en el que vivimos aún por algunas horas.»

Éste es exactamente el tema que será desarrollado en este grueso libro. Es preciso, pues, me dije antes de emprender la tarea, proyectar la inteligencia muy lejos hacia atrás y hacia adelante para comprender el presente. Comprendí que, si hace poco no quería a las gentes que son sencillamente «modernas», tenía razón en no quererlas. Pero no la tenía al condenarlas. En realidad, sólo son condenables porque su espíritu ocupa una fracción demasiado pequeña de tiempo. Apenas existen, se vuelven anacrónicos. Para estar presente, hay que ser contemporáneo del futuro. Desde entonces, en cuanto me puse a interrogar el presente, recibí respuestas llenas de cosas extrañas y de promesas.

James Blish, escritor americano, dice en honor de Einstein que éste «se ha tragado vivo a Newton». ¡Admirable fórmula! Si nuestro pensamiento se eleva hacia una más alta visión de la vida, tiene que haber absorbido vivas las verdades del plano inferior. He adquirido esta certeza en el curso de mis investigaciones. Puede parecer vulgar, pero, cuando uno ha vivido de ideas que pretendían ocupar las cimas, como la sabiduría guenoniana y el sistema Gurdjieff, y que ignoraban o despreciaban la mayoría de las realidades sociales y científicas, esta nueva manera de *juzgar* cambia la dirección y los apetitos del espíritu. «Las cosas bajas —decía ya Platón— deben volver a encontrarse en las cosas altas, aunque en otro estado.» Ahora tengo el convencimiento de que toda filosofía superior en la que no sigan viviendo las realidades del plano que intenta superar es una impostura.

Por esta *razón* he realizado un viaje bastante largo por tierra de la física, de la antropología, de las matemáticas y de la biología, antes de intentar una vez más hacerme una idea del hombre, de su naturaleza, de sus facultades, de su destino. No hace mucho, buscaba conocer y comprender *el todo* del hombre, y despreciaba la ciencia. Sospechaba que el espíritu era capaz de alcanzar cumbres sublimes. Pero, ¿qué sabía de su marcha en el campo científico? ¿No había revelado en él alguna de estas facultades en las que me sentía inclinado a creer?

Me decía: hay que ir más allá de la contradicción aparente entre materialismo y espiritualismo. Pero, el camino científico, ¿acaso no conducía a ella? Y, en este caso, ¿no era mi deber informarme de ello? ¿No era, a fin de cuentas, una actitud más razonable, en un occidental del siglo xx, que tomar un bordón de peregrino y marchar descalzo a la India? ¿Acaso no me rodeaba una multitud de hombres y de libros que podían ilustrarme? ¿No debía, ante todo, calar hondo en mi propio terreno? Si la reflexión científica, en su grado extremo, desemboca en una revisión de las ideas admitidas sobre el hombre, era preciso que yo lo supiera. Y enseguida se presentaba otra necesidad. Toda idea que pudiese forjarme después sobre el destino de la inteligencia, sobre el sentido de la aventura humana, sería sólo valedera en cuanto no marchara en sentido contrario del conocimiento moderno. Encontré el eco de esta meditación en estas frases de Oppenheimer:

«Actualmente, vivimos en un mundo en que los poetas, los historiadores, los filósofos, se enorgullen diciendo que no admiten siquiera la posibilidad de aprender cualquier cosa referente a las ciencias: ven la ciencia al final de un largo túnel, demasiado largo para que un hombre avisado meta la cabeza en él. Nuestra filosofía —si es que tenemos una— es, pues, totalmente inadaptada a nuestra época.»

Ahora bien, para un intelectual bien adiestrado, no es más difícil penetrar, si lo desea realmente, en el sistema de ideas que rige la física nuclear, que comprende la economía marxista o el tomismo. No es más difícil captar la teoría de la cibernetica que analizar las causas de la revolución china o la experiencia poética de Mallarmé. En realidad, uno se resiste a este esfuerzo, no por miedo al esfuerzo, sino porque presiente que traería consigo un cambio en los modos de pensamientos y de expresión, una revisión de los valores hasta ahora admitidos.

«Y, sin embargo —prosigue Oppenheimer—, hace ya tiempo que hubiera debido imponerse un entendimiento más sutil de la naturaleza del conocimiento humano, de las relaciones del hombre con el Universo.» Me puse, pues, a hurgar en el tesoro de las ciencias de las técnicas de hoy, de manera inexperta, desde luego, con una ingenuidad y un asombro tal vez peligrosos, pero propensos al florecimiento de comparaciones, de correspondencias, de acercamientos reveladores. Entonces volví a encontrar cierto número de ideas que había tenido antes, desde el punto de vista del esoterismo y de la mística, sobre la grandeza infinita del hombre. Pero las encontraba en otro estado. Ahora eran convicciones que habían absorbido vivas las formas y las obras de la inteligencia humana de mi tiempo, aplicada al estudio de las realidades. Ya no eran «reaccionarias», sino que mi tigaban los antagonismos en vez de excitarlos. Conflictos muy densos, como los que existen entre materialismo y espiritualismo, entre la vida individual y vida colectiva, se resorbían en ellas bajo el efecto de una elevada temperatura. En este sentido habían dejado de ser la expresión de una elección, y, por tanto, de una ruptura, y lo eran de un acontecer, de un sobrepasar, de una renovación, es decir, de la Existencia. Las evoluciones, tan rápidas e incoherentes, de las abejas, dibujaban al parecer en el espacio figuras matemáticas precisas que constituyen un lenguaje. Sueño con escribir una novela en la que todos los encuentros de un hombre en su existencia, efímeros o importantes, producidos por lo que llamamos casualidad o por la necesidad, dibujen también figuras, expresen ritmos, sean lo que tal vez son: un discurso sabiamente elaborado dirigido a un alma para su cumplimiento, y del que el alma, sólo capta, a lo largo de toda una vida, unas cuantas palabras sin ilación.

A veces me parece captar el sentido de este ballet humano a mi alrededor, adivinar que alguien me habla a través del movimiento de los seres que se acercan, permanecen o se alejan. Después pierdo el hilo, como todo el mundo, hasta la próxima evidencia de bullo, y, sin embargo, fragmentaria.

Salía de Gurdjieff. Una amistad muy viva meató a André Bretón. Éste me hizo conocer a René Alleau, historiador de la alquimia. Un día que estaba buscando un vulgarizador científico, para una colección de obras de actualidad, Alleau me presentó a Bergier. Se trataba de un trabajo alimenticio, y yo hacía poco caso de la ciencia, vulgarizada o no. Sin embargo, este encuentro fortuito debía ordenar mi vida por un largo período de tiempo, agrupar y orientar todas las grandes influencias intelectuales o espirituales que yo había experimentado, desde Vivekananda a Guénon, desde Guénon a Gurdjieff, desde Gurdjieff a Bretón, y volverme, en mi edad madura, al punto de partida: mi padre.

En cinco años de estudio y de reflexiones, en el curso de los cuales nuestros dos espíritus, bastante diferentes, se sintieron constantemente felices de hallarse juntos, creo que descubrimos un punto de vista nuevo y rico en posibilidades. Es lo mismo que hicieron, a su manera, los surrealistas de hace treinta años. Pero, a diferencia de ellos, nosotros no hemos ido a rebuscar del lado del sueño y de la infraconciencia, sino en el otro extremo:

del lado de la ultraconciencia y de la vigilia superior. Hemos bautizado así la escuela que hemos creado: escuela del realismo fantástico. No debe verse en ella la menor afición a lo insólito, al exotismo intelectual, a lo barroco, ni a lo pintoresco. «El viajero cayó muerto, herido por lo pintoresco», dice Max Jacob. No buscamos el extrañamiento. No investigamos los lejanos suburbios de la realidad; por el contrario, tratamos de instalarnos en el centro. Pensamos que la inteligencia, por poco agudizada que esté, descubre lo fantástico en el corazón mismo de la realidad. Algo fantástico que no invita a la evasión, sino, por el contrario, a una más profunda adhesión.

Si los literatos y los artistas van a buscar lo fantástico fuera de la realidad, entre las nubes, es por falta de imaginación. Y sólo traen de allí un subproducto. Lo fantástico, como otras materias preciosas, tiene que ser arrancado de las entrañas de la Tierra, de la realidad. La verdadera imaginación es algo completamente distinto de la huida hacia lo irreal. «Ninguna facultad del espíritu se hunde tanto ni profundiza tanto como la imaginación: ésta es la gran buceadora.»

Generalmente se define lo fantástico como una violación de las leyes naturales, como la aparición de lo imposible. En nuestra opinión, no es nada de esto. Lo fantástico es una manifestación de las leyes naturales, un efecto del contacto con la realidad cuando ésta se percibe directamente y no filtrada por el sueño intelectual, por los hábitos, por los prejuicios, por los conformismos.

La ciencia moderna nos enseña que, detrás de lo simple y visible, está lo invisible y complicado. Una mesa, una silla, el cielo estrellado, son en realidad radicalmente diferentes de la idea que nos formamos de ellos: sistemas en rotación, energías en suspenso, etc. En este sentido decía Valéry que en el conocimiento moderno «lo maravilloso y lo positivo han contraído una asombrosa alianza». Nosotros hemos percibido claramente, como espero que podrá verse en este libro, que este contrato entre lo maravilloso y lo positivo no se ciñe únicamente al dominio de las ciencias físicas y matemáticas. Lo que es verdad para estas ciencias es, sin duda, también verdad para los otros aspectos de la existencia: la antropología, por ejemplo, o la historia contemporánea, o la psicología individual, o la sociología. Lo que juega en las ciencias físicas, juega probablemente igual en las ciencias humanas. Sólo que cuesta mucho percibirlo. Y que todos los prejuicios se han refugiado en estas ciencias humanas, incluso aquellos que las ciencias exactas han rechazado en nuestros días; y que, en un campo tan próximo a ellos y tan cambiante, los buscadores se han empeñado, para ver claro, en reunirlo todo en un sistema: Freud lo explica todo. *El capital* lo explica todo, etcétera. Cuando decimos prejuicios, deberíamos decir supersticiones. Las hay antiguas y las hay modernas. Para algunos, ningún fenómeno de civilización es comprensible si no se admite, en los orígenes, la existencia de la Atlántida. Para otros, el marxismo basta para explicar a Hitler. Algunos ven a Dios en todo genio, y otros no ven más que el sexo. Toda la historia humana es templaría, a menos que sea hegeliana. Nuestro problema consiste, pues, en hacer sensible, en su estado bruto, la alianza entre lo maravilloso y lo positivo en el hombre aislado o en el hombre en sociedad, tal como ocurre en biología, en física o en matemáticas modernas, donde se habla abiertamente y, a fin de cuentas, sencillamente, del «Más Allá Absoluto», de «Luz Prohibida» y de «Número Cuántico de Rareza». «En la escala de lo cósmico (toda la física moderna nos lo enseña), sólo lo fantástico tiene probabilidades de ser verdadero», dice Teilhard de Chardin. Pero, para nosotros, el fenómeno humano debe medirse también por la escala de lo cósmico. Así lo expresan los más antiguos textos de sabiduría. Así lo dice también nuestra civilización, que empieza a lanzar cohetes a los planetas y busca el contacto de otras inteligencias. Nuestra posición es, pues, la de hombres testigos de las realidades de su tiempo.

Si bien se mira, nuestra actitud, al introducir, el realismo fantástico de las altas ciencias en las ciencias humanas, nada tiene de original. Por lo demás, no pretendemos ser originales. La idea de aplicar las matemáticas a las ciencias, no fue realmente ruidosa: sin embargo, dio resultados muy nuevos e importantes. La idea de que el Universo no es, tal vez, lo que de él sabemos, nada tiene de original: sin embargo, vean cómo Einstein, al aplicarla, lo ha transformado todo.

Es, en fin, evidente que, partiendo de nuestros métodos, una obra como la nuestra, construida con un máximo de honradez y un mínimo de ingenuidad, debe suscitar más preguntas que soluciones. Un método de trabajo no es un sistema de pensamiento. No creemos que un sistema, por ingenioso que sea, pueda iluminar completamente la totalidad de lo viviente que nos ocupa. Se puede machacar indefinidamente al marxismo sin lograr integrar el hecho de que Hitler advirtiera varias veces, con terror, que el Supremo Desconocido había venido a visitarle. Y se podía estrujar en todos los sentidos la medicina de antes de Pasteur sin extraer la idea de que las enfermedades son producidas por animales demasiado pequeños para que podamos verlos. Sin embargo, es posible que exista una respuesta global y definitiva a todas las preguntas que provocamos, y que nosotros no la hayamos oído. Nada se excluye: ni el sí, ni el no. No hemos descubierto ningún «gurú»; no nos hemos convertido en discípulos de un nuevo mesías; no proponemos ninguna doctrina. Nos hemos esforzado simplemente en abrir para el lector el mayor número posible de puertas, y, como la mayoría de ellas se abren desde el interior, nos hemos apartado para dejarle pasar.

Repite: lo fantástico, para nosotros, no es lo imaginario. Pero una imaginación fuertemente aplicada al estudio de la realidad descubre que es muy tenue la frontera entre lo maravilloso y lo positivo, o, si ustedes lo prefieren, entre el universo visible y el universo invisible. Existen, tal vez, uno o varios universos paralelos al nuestro. Pienso que no habríamos emprendido este trabajo sí, en el curso de nuestra vida, no hubiésemos llegado a sentirnos, realmente, físicamente, en contacto con otro mundo. Esto le ocurrió a Bergier en Mauthausen. En otro grado, me ocurrió a mí con Gurdjieff. Las circunstancias son muy diferentes, pero el hecho esencial es el mismo.

El antropólogo americano Loren Eiseley, cuyas ideas se aproximan mucho a las nuestras, refiere una bella historia que expresa muy bien lo que quiero decir:

«Encontrar otro mundo —dice— no es únicamente un hecho imaginario. Puede ocurrirles a los hombres. Y también a los animales. A veces las fronteras se deslizan o se confunden: basta con estar allí en aquel momento. Yo presencié cómo le ocurría esto a un cuervo. Este cuervo es vecino mío. Jamás le he hecho el menor daño, pero tiene buen cuidado en mantenerse en la copa de los árboles, volar alto y evitar la Humanidad. Su mundo empieza donde se detiene mi débil vista. Ahora bien, una mañana, nuestros campos se hallaban sumidos en una niebla extraordinariamente espesa, y yo caminaba a tientas hacia la estación. Bruscamente, aparecieron a la altura de mis ojos dos alas negras y enormes, precedidas de un pico gigantesco, y todo se alejó como una exhalación y con un grito de terror como espero no volver a oír otro en mi vida. Este grito me obsesionó toda la tarde. Llegué hasta el punto de mirarme al espejo, preguntándome qué habría en mí de espantoso...»

»Por fin comprendí. La frontera entre nuestros dos mundos se había borrado a causa de la niebla. El cuervo, que se imaginaba volar a su altura acostumbrada,

vio de pronto un espectáculo sobrecogedor, contrario para él a las leyes de la Naturaleza. Había visto a un hombre que andaba por los aires, en el corazón mismo del mundo de los cuervos. Había presenciado una manifestación de la rareza más absoluta que puede concebir un cuervo: un hombre volador...

»Ahora, cuando me ve desde arriba, lanza unos pequeños gritos, y yo descubro en ellos la incertidumbre de un espíritu cuyo universo se ha desquiciado. Ya no es, ya no volverá a ser jamás como los otros cuervos...»

Este libro no es una novela, aunque su intención sea novelesca. No pertenece a la *science-fiction*, aunque se rocen los mitos que alimentan este género. No es una colección de hechos chocantes, aunque el ángel de lo Chocante se encuentre aquí en su elemento. Tampoco es una contribución científica, el vehículo de una asignatura desconocida, un testimonio, un documental o una moraleja. Es el relato, a ratos legendario y a ratos exacto, de un primer viaje a los dominios apenas explorados del conocimiento. Como en los manuscritos de los navegantes del Renacimiento, lo imaginario y lo verdadero, la interpolación aventurera y la visión exacta, se mezclan en él. Y es que no hemos tenido tiempo ni medios de llevar hasta el final nuestra exploración. Sólo podemos inspirar hipótesis y trazar bocetos de las vías de comunicación entre los diversos dominios que, por ahora, siguen siendo tierra prohibida, y en los que sólo hemos podido permitirnos breves estancias. Cuando hayan sido mejor explorados, sin duda se advertirá que muchas de nuestras palabras eran delirantes, como los relatos de Marco Polo. Es un riesgo que aceptamos de buen grado. «Había muchas tonterías en el libraco de Pauwels y Bergier.» Esto es lo que dirán.

Pero si este libro ha servido para alentar el deseo de explorar más de cerca, habremos logrado nuestro propósito.

Podríamos escribir, como Fulcanelli cuando intentaba calar y describir el misterio de las catedrales: «Dejamos al lector el trabajo de establecer todas las relaciones útiles, de coordinar las versiones, de aislar la verdad positiva que aparece mezclada a la alegoría legendaria en estos fragmentos enigmáticos.» Sin embargo, nuestra documentación no debe nada a los maestros cultos, a los libros enterrados o a los archivos secretos. Es vasta, pero accesible a todos. Para no hacernos pesados, hemos evitado multiplicar las referencias, las notas al pie de las páginas, las indicaciones bibliográficas, etc. A veces nos hemos servido de imágenes y alegorías, porque lo hemos considerado más eficaz, y no por afición al misterio, tan aguda entre los esoteristas que nos han hecho pensar en este diálogo de los Hermanos Marx:

«—Oye, en la casa de al lado hay un tesoro.
—Pero si al lado no hay ninguna casa...
—Está bien, ¡construiremos una!»

Este libro, como ya he dicho, debe mucho a Jacques Bergier. No solamente en su teoría general, que es el fruto del matrimonio de nuestras ideas, sino también por su documentación. Todos los que han conocido a este hombre de memoria sobrehumana, de curiosidad devoradora y —lo que es aún más raro— de presencia de espíritu constante, me creerán si les digo que un lustro al lado de Bergier me ha ahorrado veinte años de lectura activa. En su cerebro poderoso funciona una biblioteca formidable: la elección, la clasificación, las más complejas conexiones se producen en ella con rapidez electrónica. El espectáculo de esta inteligencia en movimiento ha provocado siempre en mí una exaltación de

las facultades, sin la cual me hubiese sido imposible la concepción y la realización de este libro.

En un despacho de la calle de Berri, que un gran impresor puso generosamente a nuestra disposición, reunimos gran cantidad de libros, de revistas, de boletines y de periódicos en todas las lenguas. Una secretaria escribió al dictado millares de páginas de

notas, citas, traducciones y reflexiones. En mi casa, en el MesnilleRoi, proseguíamos todos los domingos nuestra conversación, interrumpida por lecturas, y, por la noche, consignaba yo por escrito lo esencial de nuestra charla, las ideas que habían surgido de ella, las nuevas rutas de investigación que nos había inspirado. Cada día, durante cinco años, me senté a mi mesa al amanecer, pues después me esperaban largas horas de trabajo en el exterior. Dado el estado de las cosas en este mundo al que no queremos eludir, la cuestión del tiempo es cuestión de energía. Pero hubiésemos necesitado otros diez años, muchos medios materiales y un numeroso equipo para enfocar debidamente nuestra empresa. Quisiéramos, si un día disponemos de algún dinero, arrancado aquí y allá, crear una especie de instituto en el que prosiguieran los estudios apenas esbozados en este libro. Espero que estas páginas nos ayuden a lograrlo, si es que tienen algún valor. Como dice Chesterton, «la idea que no trata de convertirse en palabra es una mala idea, y la palabra que no trata de convertirse en acción es una mala palabra».

Por diversas razones, las actividades exteriores de Bergier son muy numerosas. También lo son las mías, y bastante amplias. Pero yo he visto en mi infancia morir de trabajo. «¿Cómo hace usted todo lo que hace?» No lo sé, pero podría responder con la frase de Zen: «Voy a pie y, sin embargo, estoy sentado a lomos de un buey.» Muchas dificultades, recomendaciones y contratiempos de todas clases se han cruzado en mi camino,

poniéndome al borde de la desesperación. No me gusta la figura del creador tercamente indiferente a todo lo que no sea su obra. Me domina un amor más vasto, y la estrechez en el amor, aunque sea el precio de una bella obra, me hace el efecto de una contorsión indigna. Pero se comprenderá que en estas circunstancias, en la corriente de una vida ampliamente entregada, uno corre el riesgo de ahogarse. Me ayudó un pensamiento de Vicente de Paúl: «Los grandes designios son siempre cruzados por diversos encuentros y dificultades. La carne y la sangre nos dirán que hay que abandonar la misión; guardémonos de escucharlas. Dios jamás cambia las cosas que ha resuelto, aunque se produzcan cosas que nos parezcan contrarias.»

En el curso complementario de Juvisy, que evoqué al principio de este prefacio, nos mandaron un día comentar la frase de Vigny: «Una vida lograda es un sueño de adolescentes realizado en la edad madura.» Entonces yo soñaba en profundizar y en servir a la filosofía de mi padre, que era una filosofía del progreso. Es lo que intento hacer, después de muchas fugas, oposiciones y rodeos. ¡Que mi lucha dé paz a sus cenizas! A sus cenizas hoy dispersadas, según deseaba, pensando, como pienso yo también, que la «materia es tal vez únicamente una máscara entre todas las máscaras del Gran Rostro».

PRIMERA PARTE

EL FUTURO ANTERIOR

Homenaje al lector apresurado. — Una dimisión en 1875. — Los pájaros de mal agüero. — Cómo el siglo XIX cerraba las puertas. — El fin de las ciencias y la represión de lo fantástico. — El desespero de Poincaré. — Somos nuestros propios abuelos. — ¡Juventud! ¡Juventud!

¿Cómo es posible que, hoy en día, un hombre inteligente no tenga prisa? «¡Levántese, caballero, pues tiene grandes cosas que hacer!» Pero cada vez hay que levantarse más temprano. Aceleren sus máquinas de ver, de oír, de pensar, de recordar, de imaginar. Nuestro mejor lector, el más caro a nuestros ojos, habrá terminado con nosotros en dos o tres horas. Conozco algunos hombres que leen, con el máximo de provecho, cien páginas de matemáticas, de filosofía, de Historia o de arqueología en veinte minutos. Los actores aprenden a «situar» su voz. ¿Quién nos enseñará a «situar» nuestra atención? Hay una altura a partir de la cual todo cambia de velocidad. No soy, en esta obra, uno de esos escritores que pretenden, meciéndole, conservar a su lado al lector el mayor tiempo posible. Nada para el sueño, todo para la vigilia. Vamos, pronto, ¡tomen y márchense! Fueras les esperan otras preocupaciones. En caso necesario, sáltense capítulos, empiecen por donde les plazca, lean en diagonal: éste es un instrumento para múltiples usos, como los cuchillos de los excursionistas. Por ejemplo, si temen llegar demasiado tarde al meollo del asunto que les interesa, salten estas primeras páginas. Sepan solamente que en ellas se explica cómo el siglo XIX había cerrado sus puertas a la realidad fantástica del hombre, del mundo, del Universo; cómo el siglo xx ha vuelto a abrir las, aunque nuestra moral, nuestra filosofía y nuestra sociología, que deberían ser contemporáneas del futuro, no lo son en modo alguno y permanecen aferradas a este anticuado siglo XIX. No se ha tendido aún el puente entre el tiempo de los trabucos y el de los cohetes, aunque se piensa en ello. Escribimos para que se piense más aún. Como tenemos prisa, no lloramos sobre el pasado, sino sobre el presente, y lloramos de impaciencia. Eso es todo. Ya saben lo bastante para hojear deprisa este comienzo y pasar, si quieren, más adelante.

La Historia no ha conservado su nombre, y es una lástima. Era director del *Patent Office* americano, y fue él quien tocó a zafarrancho. En 1875 envió su dimisión al Secretario de Estado para el Comercio. ¿Por qué seguir?, decía en sustancia; ya no queda nada que inventar.

Doce años después, en 1887, el gran químico Marcellin Berthelot escribía: «De ahora en adelante, el Universo tiene ya misterios.» Para obtener una imagen coherente del mundo, la ciencia había despejado la plaza. La perfección por la omisión. La materia estaba consti-

tuida por cierto número de elementos imposibles de transformar unos en otros. Pero, mientras Berthelot rechazaba en su sabia obra los sueños alquimistas, los elementos, que nada sabían de ello, seguían transmutándose bajo el efecto de la radiactividad natural. En 1852, Reichenbach había expuesto el fenómeno, que había sido inmediatamente rechazado. Trabajos realizados en 1870 evocan «un cuarto estado de la materia» comprobado con ocasión de la descarga de los gases. Pero había que reprimir todo misterio. Represión: ésta es la palabra. La idea del siglo XIX puede someterse a psicoanálisis.

Un alemán llamado Zeppelin, de vuelta a su tierra después de haber combatido en las filas sudistas, trató de interesar a los industriales en la dirección de globos. «¡Desgraciado! ¿No sabe que hay tres temas sobre los cuales la Academia de Ciencias francesa no admite discusión? Son la cuadratura del círculo, el túnel bajo la Mancha y los globos dirigidos.» Otro alemán, Hermán Gaswindt, proponía la construcción de máquinas volantes más pesadas que el aire, propulsadas por cohetes. El ministro de la Guerra alemán, después de haber consultado a los técnicos, escribió sobre el quinto manuscrito: «¿Cuándo reventará de una vez ese pájaro de mal agüero?»

Los rusos, por su parte, se habían sacudido otro pájaro de mal agüero, Kibaltchich, que era también partidario de las máquinas voladoras con cohetes. Pelotón de ejecución. Ciento que Kibaltchich había empleado sus conocimientos técnicos para fabricar una bomba que acababa de matar al emperador Alejandro II. En cambio, no había motivo para enviar al cadalso al profesor Langley, del *Smithsonian Institute* americano, que proponía unas máquinas voladoras accionadas por motores de explosión, recientemente inventados. Se le degradó, se le arruinó y se le expulsó del *Smithsonian*.

El profesor Simón Newcomb demostró matemáticamente la imposibilidad de volar con algo más pesado que el aire. Unos meses antes de la muerte de Langley, que se murió de pena, un chiquillo inglés volvió llorando un día a la escuela. Había mostrado a sus compañeros una fotografía de una maqueta, que Langley acababa de enviar a su padre. Éste había proclamado que los hombres acabarían por volar. Los compañeros se burlaron de él. Y el maestro le dijo: «Amigo mío, ¿acaso su padre es un tonto?» El supuesto tonto se llamaba Herbert George Wells.

Todas las puertas se cerraban, pues, con ruido seco. No había, en efecto, más remedio que dimitir, y M. Brunetiére pudo hablar tranquilamente, en 1895, de «La quiebra de la ciencia». El célebre profesor Lippmann, en la misma época, declaraba a uno de sus alumnos que la Física estaba acabada, clasificada, archivada y completa, y que haría mejor en emprender nuevos caminos. El alumno se llamaba Helbronner y había de convertirse en el primer profesor de fisicoquímica de Europa y hacer notables descubrimientos sobre el aire líquido, los ultravioleta y los metales coloidales. Moissan, el químico genial, se veía obligado a la «autocrítica» y a declarar públicamente que jamás había fabricado diamantes y que se trataba de un error experimental. Inútil buscar más lejos: las maravillas del siglo eran la máquina de vapor y la lámpara de gas; jamás la Humanidad haría mayores inventos. ¿La electricidad? Simple curiosidad técnica. Un inglés loco, Maxwell, había pretendido que por medio de la electricidad se podían producir rayos luminosos invisibles: una broma. Algunos años más tarde, Ambrose Bierce podría escribir en su *Dictionnaire du Diable*: «No se sabe lo que es la electricidad, pero, en todo caso, alumbría mejor que un caballo de vapor y va más aprisa que un mechero de gas.» En cuanto a la energía, era una entidad totalmente independiente de la materia y que no tenía misterio alguno. Estaba compuesta de fluidos. Los fluidos lo llenaban todo, se dejaban describir por ecuaciones de gran belleza formal y daban satisfacción al pensamiento: fluido eléctrico, luminoso, calorífico, etc. Una progresión continua y clara: la materia en sus tres estados (sólido, líquido y gaseoso) y los diversos fluidos energéticos, más sutiles aún que los gases. Bastaba con rechazar como sueño filosófico las nacientes teorías del átomo para conservar una imagen «científica» del mundo. Se estaba muy lejos de los gramos de energía de Plank y Einstein.

El alemán Clausius demostraba que no era concebible otra fuente de energía que el fuego. Y la energía, si se conserva en cantidad, se degrada en calidad. El Universo fue un día montado como un reloj. Se parará cuando se afloje el muelle. Nada que esperar, nada de

sorpresa. En este Universo de previsible destino, la vida habría aparecido por casualidad y habría evolucionado por el simple juego de las selecciones naturales. Y en la cima definitiva de esta evolución: el hombre. Un conjunto mecánico y químico, dotado de una ilusión: la conciencia. Bajo los efectos de esta ilusión, el hombre había inventado el espacio y el tiempo: visiones de la mente. Si alguien hubiese dicho a un investigador oficial del siglo XIX que la física absorbería un día el espacio y el tiempo y estudiaría experimentalmente la curvatura del espacio y la contracción del tiempo, aquél habría llamado a la Policía. El espacio y el tiempo no tienen existencia real. Son conceptos de matemáticos y temas de gratuita reflexión para filósofos. El hombre no sabría qué hacer de estas grandezas. A despecho de los trabajos de Charcot, de Breuer y de Hyslop, la idea de perfección extrasensorial o extratemporal debe ser rechazada con desprecio. Sabio hijo mío, ¡procura tener siempre limpia la nariz!

Era inútil intentar la exploración del mundo interior, pero, sin embargo, había un hecho que introducía bastones en las ruedas de la simplificación: se hablaba mucho de la hipnosis. El ingenuo Flammarion, el dudoso Edgar Poe, el sospechoso H. G. Wells, se interesaban en el fenómeno. Ahora bien, por fantástico que pueda parecer, el siglo XIX oficial demostró que la hipnosis no existía. El paciente tiene tendencia a mentir, a simular para complacer al hipnotizador. Esto es exacto. Pero, desde Freud y Morton Price, se sabe que la personalidad puede dividirse. Partiendo de críticas exactas, aquel siglo logró crear una mitología negativa, eliminar todo rastro de lo desconocido en el hombre, reprimir toda sospecha de misterio.

También la biología estaba terminada. M. Claude Bernard estrujó todas sus posibilidades y se había llegado a la conclusión de que el cerebro segregaba el pensamiento, como el hígado la bilis. Sin duda se llegaría a descubrir aquella secreción y a escribir su fórmula química de acuerdo con la bonita distribución en hexágonos inmortalizada por M. Berthelot. Cuando se supiera cómo se asociaban los hexágonos de carbono para crear el espíritu, se habría escrito la última página. ¡Que nos dejen trabajar en serio! ¡Los locos, al manicomio! Una hermosa mañana de 1898, un grave caballero ordenó al ama de llaves que no dejara leer Julio Verne a sus hijos. El grave caballero se llamaba Edouard Branly. Acababa de renunciar a sus fútiles experimentos sobre las ondas para convertirse en médico de barrio.

El sabio debe abdicar. Pero debe también reducir a la nada a los «aventureros», es decir, a la gente que reflexiona, que imagina, que sueña. Berthelot ataca a los filósofos «que se batén contra su propio fantasma en la arena solitaria de la lógica abstracta» (he aquí una buena descripción de Einstein, por ejemplo). Y Claude Bernard declara:

«Un hombre que descubre el hecho más sencillo sirve más a la Humanidad que el más grande filósofo del mundo.» La ciencia debería ser sólo experimental. Fuera de ella, no hay salvación. Cerremos las puertas. Nadie igualará jamás a los gigantes que han inventado la máquina de vapor.

En este Universo organizado, intelible y, por lo demás, condenado, el hombre debería mantenerse en su justo lugar de epifenómeno. Nada de utopías ni de esperanza. El combustible fósil se agotará en unos cuantos siglos, y vendrá el fin por frío y por hambre.

Jamás el hombre volará, jamás viajará por el espacio. ¡Extraña prohibición la de la visita a los abismos marinos! Nada impedía al siglo XIX, dado el estado de su técnica, construir el batiscafo del profesor Piccard. Nada se lo impedía, salvo la preocupación del hombre de «mantenerse en su lugar».

Turpin, que inventa la melinita, no tarda en verse recluido. Se desanima a los inventores de los motores de explosión y se intenta demostrar que las máquinas eléctricas no son más que formas del movimiento continuo. Es la época de los grandes inventores aislados, rebeldes, acosados. Hertz escribe a la Cámara de Comercio de Dresde que hay que

desanimar a los que investigan sobre la transmisión de las ondas hertzianas: no es posible ninguna aplicación práctica. Los expertos de Napoleón III prueban que la dinamo Gramme no dará vueltas jamás.

Los doctos académicos no se molestan a causa de los primeros automóviles, de los submarinos, de los dirigibles, de la luz eléctrica (¡un truco de ese dichoso Edison!). Pero existe una página inmortal. Es el acto de la recepción del fonógrafo en la Academia de Ciencias de París: «En cuanto la máquina empieza a emitir algunas palabras, el señor Secretario Perpetuo se lanza sobre el impostor y le aprieta la garganta con puño de hierro. ¡Véanlo ustedes!, les dice a sus colegas. No obstante, para general asombro, la máquina sigue emitiendo sonidos.»

Mientras tanto, algunos espíritus gigantes, fuertemente contrariados, se arman en secreto, preparando la más formidable revolución de ideas que el hombre «histórico» haya conocido. Pero por lo pronto, todos los caminos están cerrados.

Cerrados hacia delante y hacia atrás. Se rechazan los fósiles prehumanos que empiezan a descubrirse en cantidad. ¿Acaso no ha demostrado el gran Heinrich Helmholtz que el sol saca su energía de su propia contracción, es decir, de la única fuerza que, junto con la combustión, existe en el Universo? ¿Y no muestran sus cálculos que, cuanto más, unos centenares de miles de años nos separan del nacimiento del sol? ¿Cómo habría podido producirse una larga evolución? Y, además, ¿quién encontrará jamás la manera de poner fecha al pasado del mundo? En este breve lapso entre dos nadas, nosotros, los epifenómenos, permanecemos graves. ¡Hechos! ¡Sólo queremos hechos!

Al no alentarse las investigaciones sobre la materia y la energía, los más curiosos se meten en un callejón sin salida: el éter. Es el medio que penetra toda materia y sirve de soporte a las ondas luminosas y electromagnéticas. Es a la vez infinitamente sólido e infinitamente tenue. Lord Rayleigh, que representa, a fines del siglo XIX, la ciencia oficial inglesa en todo su esplendor, construye la teoría del éter giroscópico. Un éter compuesto de múltiples peonzas girando en todos sentidos y reaccionando entre ellas. Aldous Huxley escribirá más tarde que «si una obra humana puede dar idea de la fealdad de lo absoluto, lo ha logrado la teoría de Lord Rayleigh».

Las inteligencias disponibles en los albores del siglo xx se hallan enfrascadas en las especulaciones sobre el éter. En 1898, se produce la catástrofe: el experimento de Michelson y Henri Poincaré, matemático genial, sentía gravitar sobre sí el enorme peso de ese siglo XIX que había sido carcelero y verdugo de lo fantástico. Él habría descubierto la relatividad si se hubiese atrevido. Pero no se atrevió. *La, valeur de la Science, La Science et l'Hypothèse*, son obras desesperadas y de dimisión. Para él, la hipótesis científica no es nunca verdadera; sólo puede ser útil. Y es como una fonda española: sólo se encuentra en ella lo que uno lleva. Según Poincaré, si el Universo se trajese un millón de veces, y nosotros con él, nadie advertiría nada. Especulaciones inútiles, por ajenas a toda realidad sensible. Su argumento fue citado hasta principios de nuestro siglo como modelo de profundidad. Hasta el día en que un experto ingeniero hizo observar que, por lo menos, se daría cuenta el tocino, pues todos sus jamones se vendrían al suelo. El peso de un jamón es proporcional a su volumen, pero la fuerza de un hilo no es proporcional a su sección. ¡Que se contraiga el Universo un millón de veces, y todos los jamones irán por los suelos! ¡Pobre, viejo y querido Poincaré! Este maestro del pensamiento había escrito: «Basta el sentido común para decírnos que la destrucción de una ciudad por la desintegración de medio kilo de metal es una imposibilidad evidente.»

Carácter limitado de la estructura física del Universo, inexistencia de los átomos, débiles recursos de la energía fundamental, incapacidad de una fórmula matemática que dé más de

lo que contiene, vacuidad de la intuición, estrechez y mecanicidad absoluta del mundo interior del hombre: tal es el espíritu de las ciencias, y este espíritu se extiende a todo, crea el clima que empapa a toda la inteligencia de este siglo. ¿Un siglo pequeño? No. Alto, pero estrecho. Como un enano al que se hubiese estirado.

Bruscamente, las puertas cuidadosamente cerradas por el siglo XIX sobre las infinitas posibilidades del hombre, de la materia, de la energía del espacio y del tiempo, saltarán en pedazos. Las ciencias y la técnica darán un salto formidable, y se pondrá de nuevo a discusión la naturaleza misma del conocimiento.

No es un progreso: es una transmutación. En este otro estado del mundo, la propia conciencia tiene que mudar de estado. Hoy día, en todos los dominios, se han puesto en movimiento todas las formas de la imaginación. Salvo en los terrenos en que se desarrolla nuestra vida «histórica», taponada, dolorosa, al modo precario de las cosas anticuadas. Un inmenso foso separa al hombre de la aventura de la Humanidad, a nuestras sociedades de nuestra civilización. Vivimos sobre unas ideas, una moral, una sociología, una filosofía y una psicología que pertenecen al siglo XIX. Somos nuestros propios bisabuelos. Contemplamos cómo se elevan los cohetes en el cielo y cómo vibra la Tierra con mil nuevas radiaciones, mientras chupamos la pipa de Thomas Graindorge. Nuestra literatura, nuestros debates filosóficos, nuestros conflictos ideológicos, nuestra actitud ante la realidad, todo duerme detrás de las puertas que acaban de saltar. ¡Juventud! ¡Juventud! Ve y anuncia a todo el mundo que las puertas están abiertas y que el Exterior acaba ya de entrar.

||

La delectación burguesa. — Una dama de la inteligencia o la tempestad del idealismo. — Apertura a otra realidad. — Más allá de la lógica y de las filosofías literarias. — La noción de eternidad presente. — Ciencia sin conciencia: ¿y conciencia sin ciencia? — La esperanza.

«La marquesa tomó su té a las cinco.» Valéry decía, más o menos, que no pueden escribirse tales cosas cuando se ha entrado en el mundo de las ideas, mil veces más vigoroso y romántico, mil veces más *real* que el mundo del corazón y de los sentidos. «Antonio amaba a María, que ama a Pablo; fueron muy desgraciados y tuvieron muchas nadas.» ¡Toda una literatura! Palpitaciones de amibas y de infusorios, cuando el Pensamiento arrastra tragedias y dramas gigantescos, transmuta seres, transforma civilizaciones, moviliza enormes masas humanas. ¡Soñolientos goces, delectación burguesa! Nosotros, adeptos de la conciencia despierta, trabajadores de la tierra, sabemos dónde están la insignificancia, la decadencia, el juego corrompido...

Las postrimerías del siglo XIX marcan el apogeo del teatro y de la novela burguesa, y la generación literaria de 1885 reconocerá un momento como maestros a Anatole France y Paul Bourget. Ahora bien, en la misma época, se representa, en el campo del conocimiento puro, un drama mucho más grande y palpitante que el de los héroes del *Divorce* o los del *Lys Rouge*. Una súbita borrachera se desliza en el diálogo entre materialismo y espiritualismo, ciencia y religión. Del lado de los sabios, herederos del positivismo de Taine y de Renán, ciertos descubrimientos formidables hacen que se derrumben las murallas de la incredulidad. No se creía

más que en las realidades debidamente comprobadas: bruscamente, lo irreal se hace posible. Obsérvenlo como si se tratara de una intriga romántica con presentación de

personajes, intervención de los traidores, pasiones contrariadas y debates entre las ilusiones.

El principio de la conservación de la energía era algo sólido, cierto, incommovible. Y he aquí que el radio produce energía sin tomarla de ninguna fuente. Se estaba seguro de la identidad de la luz y de la electricidad: no podían propagarse más que en línea recta y sin cruzar obstáculos Y he aquí que las ondas y los rayos X atraviesan los cuerpos sólidos. En los tubos de descarga, la materia parece desvanecerse, transformándose en corpúsculos. En la Naturaleza se produce la transmutación de los elementos: el radio se convierte en helio y plomo. El Templo de la Certidumbre se hunde. ¡El mundo ya no sigue el juego de la razón! ¿Será todo posible? De un solo golpe, los que saben, o creían saber, dejan de separar lo físico de lo metafísico, lo comprobado y lo soñado. Los pilares del Templo se esfuman, los sacerdotes de Descartes se vuelven locos. Si el principio de la conservación de la energía es falso, ¿qué impide que el médium fabrique un ectoplasma partiendo de la nada? Si las ondas magnéticas atraviesan la Tierra, ¿por qué no puede viajar un pensamiento? Si todos los cuerpos emiten fuerzas invisibles, ¿por qué no pueden emitir un cuerpo astral? Si existe una cuarta dimensión, ¿será ésta del dominio de los espíritus?

Madame Curie, Crookes, Lodge, hacen bailar los veladores. Edison intenta construir un aparato para comunicarse con los muertos. Marconi, en 1901, cree haber captado mensajes de los marcianos. Simón Newcomb encuentra perfectamente natural que un médium materialice conchas frescas del Pacífico. Un temporal de irrealidades fantásticas derriba a los buscadores de realidades.

Pero los puros, los irreductibles, intentan rechazar la marea. La vieja guardia del positivismo libra un último combate por su honor. Y, en nombre de la Verdad, en nombre de la Realidad, lo niega todo en bloque: los rayos X y los ectoplasmas, los átomos y el espíritu de los muertos, el cuarto estado de la materia y los marcianos.

Y así se desarrollará, entre lo fantástico y la realidad, un combate a menudo absurdo, ciego, desordenado, que pronto resonará en todas las formas del pensamiento, en todos los campos: literario, social, filosófico, moral, estético. Sin embargo, será la ciencia física la que restablecerá el orden, no por regresión, no por amputación, sino por adelantamiento. Ello se debe al esfuerzo de unos titanes como Langevin, Perrin, Einstein. Y aparece una ciencia nueva, menos dogmática que la antigua. Las puertas se abren sobre una realidad *distinta*. Como en toda gran novela, no hay finalmente ni buenos ni malos y todos los héroes tienen razón si el novelista se ha situado en una dimensión complementaria donde los destinos se encuentran y se confunden, elevados todos juntos a un grado superior.

¿Dónde estamos hoy en día? Las puertas se han abierto en casi todos los edificios científicos, pero el edificio de la física se ha quedado casi sin paredes: una catedral toda de cristales en la que se reflejan las luces de otro mundo, infinitamente próximo.

La materia se ha manifestado tan rica o acaso más rica en posibilidades que el espíritu. Encierra una energía incalculable, es susceptible de infinitas transformaciones, sus recursos son imprevisibles. El término «materialista», en el sentido del siglo XIX, ha perdido todo sentido, lo mismo que el término «racionalista».

Ya no existe la lógica del «sentido común». En la otra de ellos. A los ojos del sentido común, un electrón es un objeto. Posee un peso definido, produce un destello luminoso al chocar con una pantalla de televisión y un golpe cuando choca con un micrófono. Ya tenemos un objeto lo bastante pequeño para pasar por uno de nuestros orificios. Ahora bien, la observación con el microscopio electrónico nos enseñará que el electrón ha pasado a la vez por los dos agujeros. ¡Cómo! ¡Si ha pasado por uno, no puede haber pasado al mismo tiempo por el otro! Pues sí, ha pasado por los dos. Es una locura, pero se ha comprobado experimentalmente. De los intentos de

explicación han nacido diversas doctrinas, en particular la mecánica ondulatoria. Pero la mecánica ondulatoria no logra explicar totalmente un hecho tal que se mantiene fuera de nuestra razón, la cual no puede funcionar más que a base del sí o el no, de A o de B. Para que pudiéramos comprender, habría que modificar la estructura de nuestra raza. Nuestra filosofía exige la tesis y la antítesis. Hay que creer que, en la filosofía del electrón, tesis y antítesis son verdaderas a la vez. ¿Hablamos del absurdo? El electrón parece obedecer a leyes, y la Televisión, por ejemplo, es una realidad. El electrón, ¿existe o no? Lo que la Naturaleza llama existir no tiene existencia a nuestros ojos. El electrón, ¿es ser o es nada? He aquí una pregunta absolutamente falta de sentido. Así desaparecen, en el extremo del conocimiento, nuestros métodos de pensamiento habitual y las filosofías literarias, nacidas de una visión anticuada de las cosas.

La Tierra está ligada al Universo; el hombre no está solamente en contacto con el planeta que habita. Los rayos cósmicos, la radioastronomía, los trabajos de física teórica, revelan contactos con la totalidad del Cosmos. Ya no vivimos en un mundo cerrado: un espíritu que sea verdaderamente testigo de su tiempo no puede ignorarlo. ¿Cómo, en estas condiciones, el pensamiento, por ejemplo en el plano social, puede mantenerse agarrado a problemas no ya siquiera planetarios, sino estrechamente regionales, provinciales? ¿Y cómo nuestra psicología, tal como se expresa en la novela, puede permanecer tan cerrada, reducida a los movimientos infraconscientes de la sensualidad y del sentimentalismo? Mientras millones de personas civilizadas abren los libros y van al cine o al teatro para enterarse de que Francoise se enamora de René, pero que, por odio a la amante de su padre, se convertirá en lesbiana para vengarse, algunos investigadores que hacen cantar a los números una música celestial se preguntan si el espacio no se contrae alrededor de un vehículo.² Entonces el Universo entero nos sería accesible: sería posible ir a la estrella más lejana en el lapso de una vida humana. Si tales ecuaciones se confirmasen, el pensamiento humano tendría que volverse de arriba abajo. Si el hombre no está limitado a esta Tierra, surgirán nuevas cuestiones sobre el sentido profundo de la iniciación y sobre los eventuales contactos con otras inteligencias de Fuera.

¿Y qué más? En materia de investigación sobre las estructuras del tiempo y del espacio, nuestras nociones del pasado y futuro ya no se sostienen. Al nivel de la partícula, el tiempo circula en los dos sentidos a la vez: futuro y pasado. A una velocidad extrema, límite de la luz, ¿qué es el tiempo? Estamos en Londres y en octubre de 1944. Un cohete V-2, que vuela a 5.000 kilómetros por hora, está encima de la ciudad. Va a caer. Pero este *va*, ¿a qué se aplica? Para los habitantes de la casa que será destruida dentro de un instante, y que no tienen más que sus ojos y sus oídos, la V-2, *va* a caer. Pero, para el operador del radar, que se sirve de ondas que se propagan a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo (velocidad en relación a la cual el cohete no hace sino arrastrarse), la trayectoria de la bomba está ya fijada. Observa: nada puede. A escala humana, nada puede ya interceptar el instrumento mortal, nada se puede evitar. Para el operador, el cohete ya se ha estrellado. A la velocidad del radar, el tiempo prácticamente no transcurre. Los habitantes de la casa van a morir. En el superojo del radar, están ya muertos.

Otro ejemplo: en los rayos cósmicos, cuando alcanzan la superficie de la Tierra, se encuentran unas partículas, los mesones *mu*, cuya vida sobre el Globo más que una millonésima de segundo. Al cabo de esta millonésima de segundo, estos entes efímeros se destruyen ellos mismos por radiactividad. Ahora bien, estas partículas han nacido en el cielo, a treinta kilómetros de la Tierra, región en que la atmósfera de nuestro planeta empieza a ser densa. Para franquear estos treinta kilómetros han empleado más que su tiempo

² Uno de los particulares de la Teoría unitaria de Jean Charon.

de vida, considerado a nuestra escala. Pero su tiempo no es el nuestro. Han vivido este viaje en la eternidad y no han entrado en el tiempo hasta que han perdido su energía, al llegar al nivel del mar. Se proyecta la construcción de aparatos en que se produzca el mismo efecto. Se crearían así unos armarios del tiempo, donde se guardarían objetos de corta duración, conservados en la cuarta dimensión. Este armario sería un anillo hueco de cristal, colocado en un enorme campo de fuerzas, y en el cual las partículas girarían con tal rapidez que el tiempo, para ellas, habría dejado de fluir. Una vida de una millonésima de segundo podría mantenerse de este modo y ser observada minutos u horas enteras...

No hay que creer que el tiempo transcurrido vuelva a la nada: el tiempo es uno y eterno; el pasado, el presente y el futuro no son más que aspectos diferentes —grabados diferentes, si lo prefieren— de un registro

continuo, invariable, de la existencia perpetua.»³ Para los discípulos modernos de Einstein, no existiría en realidad más que un presente eterno. Es lo mismo que decían los antiguos místicos. Si el futuro ya existe, la precognición es un hecho. Toda la aventura del conocimiento avanzado está orientada a una descripción de las leyes de la física, pero también de la biología y de la psicología, en el continuo de cuatro dimensiones, es decir, en el presente eterno. Pasado, presente y futuro, *son*. Tal vez es sólo la conciencia la que se desplaza. Por primera vez, la conciencia es admitida de pleno derecho en las ecuaciones de física teórica. En este presente eterno, la materia aparece como un delgado hilo tendido entre el pasado y el futuro. La conciencia humana se desliza a lo largo de este hilo. ¿De qué medios se vale para modificar las tensiones de este hilo, hasta llegar al control de los acontecimientos?

Algún día lo sabremos y entonces la psicología se convertirá en rama de la física.

Y, sin duda, la libertad es conciliable con este presente eterno. «El viajero que remonta el Sena en barco sabe por anticipado los puentes que encontrará. Y no por ello es menos libre en sus acciones, ni menos capaz de prevenir lo que puede cruzarse en su camino.»⁴ Libertad de llegar a ser, en el seno de una eternidad que *es*. ¡Visión doble, admirable visión del destino humano ligado a la totalidad del Universo!

Si pudiese volver a vivir mi vida, no elegiría por cierto el ser escritor y ver pasar mis días en una sociedad retrógrada en que la aventura yace debajo de la cama, como un perro. Necesitaría una aventura-león. Me haría físico teórico para vivir en el corazón ardiente del romanticismo verdadero.

El nuevo mundo de la física desmiente formalmente las filosofías de la desesperación y del absurdo. Ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma. Las filosofías que han atravesado la Europa del siglo XX eran fantasmas del XIX vestidos según la nueva moda. Un conocimiento real, objetivo, del hecho técnico y científico, que arrastra más pronto o más tarde el hecho social, nos enseña que hay una dirección clara en la historia humana, un acrecentamiento de la fuerza del hombre, una ascensión del espíritu general, una enorme fuerza de masas que las transforma en conciencia activa, el acceso a una civilización en la cual la vida será tan superior a la nuestra, como lo es la nuestra a la de los animales. Los filósofos literarios nos han dicho que el hombre es incapaz de comprender el mundo. Ya André Maurois, en *Nuevas paradojas del doctor O'Grady* escribía: «Admitirá usted, no obstante, doctor, que el hombre del siglo XIX podía creer que la ciencia, un día, explicaría el mundo. Renán, Berthelot, Taine, en el comienzo de sus vidas, lo esperaban así. El hombre del siglo XX no tiene ya tales esperanzas. Sabe que los descubrimientos hacen retroceder el misterio. En cuanto al progreso, hemos comprobado que las potencias del hombre no han producido más que hambre, terror, desorden, tortura y confusión del espíritu. ¿Qué

³ Ene Temple Bell, *Leflot du temps*, Gallimard, editor. París.

⁴ R. P. Dubarle, *Débat radiophonique*, 12 de abril de 1957.

esperanza nos queda? ¿Para qué vive usted, doctor?» Ahora bien, el problema ya no se planteaba así. Sin saberlo los charlistas, el círculo se cerraba alrededor del misterio y el progreso inculpado abría las puertas del cielo. Ya no son Berthelot o Taine quienes pueden atestiguar el porvenir humano, sino más bien hombres como Teilhard de Chardin. De una reciente confrontación entre sabios de diversas disciplinas, se desprende la idea siguiente: tal vez un día nos serán revelados los últimos secretos de las partículas elementales por el comportamiento profundo del cerebro, pues éste es el fruto y la conclusión de las reacciones más complejas en nuestra región del Universo, y sin duda en sí mismo las leyes más íntimas de esta región.

El mundo no es absurdo, ni el espíritu es inepto para comprender. Al contrario, es posible que el espíritu humano *haya comprendido ya el mundo*, aunque no lo sepa todavía...

III

Reflexiones apresuradas sobre los atrasos de la sociología. — Un diálogo de sordos. — Los planetarios y los provincianos. — Un caballero de vuelta entre nosotros. — Un poco de lirismo.

En física, en matemáticas, en biología moderna, la vista se extiende hasta el infinito. Pero la sociología tiene siempre el horizonte tapado por los monumentos del siglo pasado. Recuerdo nuestro entristecido asombro cuando, en 1957, Bergier y yo seguimos la correspondencia entre el célebre economista soviético Eugenio Varga y la revista americana *Fortune*. Esta lujosa publicación difunde las ideas del capitalismo ilustrado. Varga posee un espíritu sólido y goza de la consideración del poder supremo. Del diálogo público entre estas dos autoridades, cabía esperar una ayuda seria para comprender nuestra época. Sin embargo, el resultado fue terriblemente descorazonador.

E. Varga seguía al pie de la letra su evangelio. Marx había anunciado la crisis inevitable del capitalismo. Varga veía esta crisis muy próxima. El hecho de que la situación económica de los Estados Unidos mejore sin cesar y de que el gran problema empiece a ser el empleo

racional del tiempo de ocio, no impresiona en absoluto al teórico que, en tiempos del radar, seguía viendo las cosas a través de las antiparras de Karl. La idea de que el anunciado derrumbamiento podía no producirse según lo previsto, y de que tal vez una nueva sociedad está a punto de nacer allende el Atlántico, no le turbaba ni un segundo. La redacción de *Fortune*, por su parte, no consideraba tampoco un cambio de sociedad en la URSS, y explicaba que la América de 1957 representaba un ideal perfecto, definitivo. Todo lo que los rusos podían esperar era llegar a tal estado, si eran buenos, dentro de un siglo o de un siglo y medio. Nada inquietaba, nada turbaba a los adversarios teóricos de E. Varga; ni la multiplicidad de nuevos cultos entre los intelectuales americanos (Oppenheimer, Aldous Huxley, Gerald Heard, Henry Miller y tantos otros, tentados por las antiguas filosofías orientales), ni la existencia, en las grandes ciudades, de millones de jóvenes «rebeldes sin causa» agrupados en *gangs*, ni los veinte millones de individuos que sólo soportan el modo de vida absorbiendo drogas tan perniciosas como la morfina o el opio. El problema de *un fin* en la vida no parecía alcanzarles. Cuando todas las familias americanas tengan dos coches, habrá que hacer que compren un tercero. Cuando esté saturado el mercado de los aparatos de televisión, habrá que instalarlos en los automóviles.

Y, sin embargo, comparados con nuestros sociólogos, economistas y pensadores, Eugenio Varga y la dirección de *Fortune* están muy adelantados. No les paraliza el complejo de la decadencia. No se dejan llevar por la delectación melancólica. No piensan que el mundo sea absurdo y que la vida no valga la pena de vivirse. Creen firmemente en la virtud del progreso, marchan directamente hacia un aumento indefinido del poder del hombre sobre la Naturaleza. Tienen dinamismo y magnitud. Tienen una visión amplia, ya que no elevada.

Sorprendería a muchos que declarásemos que E. Varga es partidario de la libre empresa, y que la redacción de *Fortune* está compuesta de progresistas. Sin embargo, en el sentido europeo, estrechamente doctrinal, es la pura verdad. Considerados desde nuestros puntos de vista angostos, provincianos, E. Varga no es comunista y *Fortune* no es capitalista. El ruso y el americano res ponsables tienen en común la ambición, la voluntad de poder y un indomable optimismo. Estas fuerzas, manejando la palabra de las ciencias y de la técnica, hacen saltar los cuadros de la sociología montados en el siglo XIX. Si la Europa occidental tuviese que hundirse y perderse en conflictos bizantinos —lo que Dios no permita—, no dejaría por ello de proseguir la marcha hacia delante de la Humanidad, volando estructuras y estableciendo una nueva forma de civilización entre los dos nuevos polos de la conciencia activa que son Chicago y Tashkent, mientras las masas inmensas de Oriente, y después de África, pasarían al crisol.

Mientras en Francia uno de nuestros mejores sociólogos llora sobre *Le Travail en miettes*, título de una de sus obras, los sindicatos americanos estudian la semana de veinte horas. Mientras los intelectuales parisienes llamados de vanguardia se preguntan si Man debe ser rebasado, o si el existencialismo es o no es un humanismo revolucionario, el instituto Sternfeld de Moscú estudia la implantación de la Humanidad en 1º Luna. Mientras E. Varga espera el derrumbamiento di los Estados Unidos anunciado por el profeta, los biólogos americanos preparan la síntesis de la vida partiendo de lo inanimado. Mientras siguen planteándose el problema de la coexistencia, el comunismo y el capitalismo están en camino de verse transformados por la más poderosa revolución tecnológica que la Tierra haya sin duda conocido. Nosotros tenemos los ojos en el cogote. Quizá es ya tiempo de volverlos a su sitio.

El último sociólogo vigoroso e imaginativo fue indudablemente Lenin. Había definido exactamente el comunismo de 1917: «Es el socialismo más la electricidad.» Ha pasado casi medio siglo. La definición vale todavía para la China, el África y la India. Pero es letra muerta para el mundo moderno. Rusia espera al pensador que describirá el orden nuevo: el comunismo más la energía atómica, más el automatismo, más la síntesis de los carburantes y de los alimentos a partir del aire y del agua, más la física de los cuerpos sólidos, más la conquista de las estrellas, etc. John Buchan, después de asistir a los funerales de Lenin, anunció la venida de otro Vidente, que sabría promover un «comunismo de cuatro dimensiones».

Si la URSS no tiene sociólogos a su altura, América no está mejor provista. La reacción contra los «historiadores rojos» de fines del siglo XIX, ha llevado a la pluma de los observadores el elogio franco de las grandes dinastías capitalistas y de las poderosas organizaciones. Esta franqueza es saludable, pero la perspectiva es corta. Las críticas de la *American way of Life* son raras, literarias, y proceden de la manera más negativa. Nadie parece empujar la imaginación hasta ver nacer, a través de esta «multitud solitaria» una civilización diferente de sus formas exteriores, hasta sentir un chasquido de las conciencias, la aparición de mitos nuevos. A través de la abundante y asombrosa literatura llamada de *science-fiction* se distingue, empero, la aventura de un espíritu que sale de la adolescencia, se despliega a la medida del planeta, se adentra en

una reflexión a escala cósmica y sitúa *de otra manera* el destino humano en el Universo. Pero el estudio de tal literatura, aunque comparable a la tradición oral de los antiguos rapsodas, y que atestigua los movimientos profundos de la inteligencia en ruta, no es cosa seria para los sociólogos.

En cuanto a la sociología europea, sigue siendo estrictamente provinciana, fija toda la inteligencia en debates de campanario. En tales condiciones, no es sorprendente que las almas sencillas se refugien en el catastrofismo. Todo es absurdo y la bomba «H» pone fin a la Historia. Esta filosofía, que parece a un tiempo siniestra y profunda, es más fácil de manejar que los pesados y delicados instrumentos del análisis de lo real. Es una enfermedad pasajera del pensamiento de unos seres civilizados que no han sabido adaptar su herencia de nociones (libertad individual, persona humana, felicidad, etc.), al desplazamiento de los fines de la civilización. Es una fatiga nerviosa del espíritu, en el momento en que este espíritu, en lucha con sus propias conquistas, debe no parecer, sino cambiar la estructura. Después de todo, no es la primera vez en la historia de la Humanidad que la conciencia debe pasar de un plano a otro. Toda forja es dolorosa. Si hay un porvenir, merece que lo examinemos. Y, en este presente acelerado, la reflexión no debe hacerse con referencia a un próximo pasado. Nuestro futuro próximo es tan diferente de lo que acabamos de conocer, como el siglo XIX lo era de la civilización maya. Por consiguiente, tenemos que proceder por proyecciones incessantes en las más grandes dimensiones del tiempo y del espacio, nunca por comparaciones minúsculas en una infinita fracción, en que el pasado recientemente vivido no tiene ninguna de las propiedades del porvenir, y donde el presente, apenas encarnado, se ve sumido en aquel pasado inservible.

La primera idea verdaderamente fecunda es que existe un desplazamiento de los fines. Un caballero de las cruzadas, que volviera junto a nosotros, nos preguntaría enseguida por qué no utilizamos la bomba atómica contra los infieles. De corazón firme y de inteligencia abierta, se sentiría al fin menos desconcertado

por nuestra técnica que por el hecho de que los infieles conserven todavía la mitad del Santo Sepulcro, cuya otra mitad está, por cierto, en manos judías. Lo que más le costaría comprender sería que una civilización rica y poderosa no consagrarse explícitamente su riqueza y su poder al servicio y la gloria de Jesús. ¿Qué le dirían nuestros sociólogos? ¿Que sus immensos esfuerzos, batallas y descubrimientos han tenido exclusivamente por objeto elevar el «nivel de vida» de todos los hombres? Esto lo encontraría absurdo, ya que la vida le parecería desde ahora sin objeto. Después le hablarían de Justicia, de Libertad, de Persona Humana, y le recitarían el evangelio humanista-materialista del siglo XIX. Y el caballero replicaría sin duda: «La libertad, ¿para hacer qué? La justicia, ¿para hacer qué? La persona humana, ¿para qué hacer de ella?» Para que nuestro caballero viese nuestra civilización como algo digno de ser vivido por un alma, no habría que hablarle el lenguaje retrospectivo de los sociólogos, sino un lenguaje prospectivo. Habría que mostrarle nuestro mundo en marcha, nuestra inteligencia en marcha, como la formidable conmoción de una cruzada. Se trata una vez más de liberar el Santo Sepulcro; el espíritu adherido a la materia, y de rechazar al infiel: todo lo que es infiel al infinito poder del espíritu. Se trata una vez más de religión: de poner de manifiesto lo que ata al hombre a su propia grandeza y esta grandeza a las leyes del Universo. Habría que mostrarle un mundo en que los ciclotrones son como las catedrales, en las que las matemáticas son como un canto gregoriano, en que las transmutaciones se operan, no sólo en el seno de la materia, sino en los cerebros, en que las masas humanas de todos los colores se ponen en marcha, en que la interrogación del hombre hace vibrar sus antenas en los espacios cósmicos, en que despierta el alma del planeta. Entonces nuestro caballero ya no quisiera tal vez volver a su pasado. Tal vez se sentiría aquí como en su casa, pero co-

locado a otro nivel. Tal vez se lanzarla hacia el porvenir como antaño se lanzaba hacia el Oriente, siempre con su fe, pero en otro grado.

¡Ved, pues, lo que estamos viviendo! ¡Abrid bien los ojos! ¡Haced la luz en las tinieblas!

CONSPIRACIÓN A LA LUZ DEL DÍA

La generación de los «obreros de la Tierra». — ¿Es usted un moderno retrasado o un contemporáneo del futuro? — Un anuncio en los muros de París, en 1622. — El lenguaje esotérico es el lenguaje técnico. — Una nueva noción de la sociedad secreta. Un nuevo aspecto del «espíritu religioso».

Griffin, el hombre invisible de Wells, decía: «Los hombres, incluso los cultos, no se dan cuenta de los poderes ocultos en los libros de ciencia. En estos volúmenes hay maravillas, hay milagros.»

Ahora sí que se dan cuenta, y los hombres de la calle más que los letrados, siempre retrasados en las revoluciones. Hay milagros, hay maravillas, y hay cosas espantosas. Los poderes de la ciencia, después de Wells, se han extendido más allá del planeta y amenazan la vida de éste. Ha nacido una nueva generación de sabios. Son gentes que tienen conciencia de ser, no buscadores desinteresados y espectadores puros, sino empleando la bella expresión de Teilhard de Chardin, «obreros de la Tierra». Solidarios del destino de la Humanidad y, en notable proporción, responsables de este destino.

Joliot Curie lanza botellas de gasolina contra los carros alemanes en los combates para la liberación de París. Norbert Wiener, el cibernetico, apostrofa a los hombres políticos: «Os hemos dado un depósito infinito de poder y habéis hecho Bergen Belsen e Hiroshima!»

Son sabios de un nuevo estilo, cuya aventura está ligada a la del mundo.⁵ Son los herederos directos de los investigadores del primer cuarto de nuestro siglo: los Curie, Langevin, Perrin, Planck, Einstein, etc. Aún no se ha dicho bastante que, durante aquellos años, la llama del genio se elevó a alturas jamás alcanzadas desde el milagro griego. Estos maestros libraron batallas contra la inercia del espíritu humano. Y habían sido violentos en sus combates. «La verdad no triunfa jamás, pero sus adversarios acaban por morir», decía Planck. Y Einstein: «No creo en la educación. Tú mismo debes ser tu único modelo, aunque este modelo sea espantoso.» Pero no eran conflictos al nivel de la Tierra, de la Historia, de la acción inmediata). Se sentían responsables únicamente ante la Verdad. Sin embargo, la política los alcanzó. El hijo de Planck fue asesinado por la Gestapo. Einstein fue desterrado. La actual generación percibe por todos lados, en todas las circunstancias, que el sabio está ligado al mundo. Él detenta la casi totalidad del saber útil. Pronto detentará la casi totalidad del poder. Es el personaje clave de la aventura a que se ha lanzado la Humanidad. Cercado por los políticos, observado por la Policía, y los servicios de información, vigilado por los militares, tiene iguales probabilidades de encontrarse al final de su camino con el Pre1. «El investigador ha debido reconocer que, lo mismo que todo ser humano, es a un tiempo espectador y actor en el gran drama de la existencia.»

Premio Nobel o ante el pelotón de ejecución. Al mismo tiempo, sus trabajos le hacen ver la irrisión de los particularismos, le elevan a un nivel de conciencia planetario, si no cósmico. Pero hay un malentendido. Entre lo que él mismo arriesga y los riesgos que se corren al mundo, sólo un despreciable cobarde podría vacilar. Kurchatof rompe la consigna del silencio y revela cuánto sabe a los físicos ingleses de Harwell. Pontecorvo huye a Rusia para

⁵ Arthur Clarke, *Los hijos de Icaro*, Gallimard.

proseguir su obra. Oppenheimer choca con su Gobierno. Los atomistas americanos se colocan frente al Ejército y publican su extraordinario *Boletín*: la cubierta representa un reloj cuyas saetas avanzan hacia la medianoche cada vez que un experimento o un descubrimiento peligroso caen en manos de los militares.

«He aquí mi predicción para el porvenir —escribe el biólogo inglés J. B. S. Haldane—: ¡Lo que no ha sido, será! ¡Y nadie puede librarse!»

La materia libera su energía y se abre la ruta de los planetas. Tales acontecimientos parecen no tener paralelo en la Historia. «Vivimos en un momento en que la Historia contiene el aliento, en que el presente se desprende del pasado como el iceberg rompe sus lazos con el cantil de hielo y se lanza al océano sin límites.»⁶

Si el presente se desliga del pasado, se trata de una ruptura, no con todos los pasados, no con el pasado que llegó a la madurez, sino con el pasado nacido últimamente, es decir, con lo que llamamos «la civilización moderna». Esta civilización, salida del hervidero de ideas de la Europa occidental del siglo XVIII, desarrollada en el XIX y que ha dado sus frutos al mundo entero durante la primera mitad del xx, está en camino de alejarse de nosotros. Lo sentimos a cada instante. Estamos en el momento de la ruptura. Nos situamos, ora como modernos atrasados, ora como contemporáneos del futuro. Nuestra conciencia y nuestra inteligencia nos dicen que no es lo mismo en absoluto.

Las ideas que sirvieron de fundamento a esta civilización moderna están gastadas. En este período de ruptura, o más bien de transmutación, no debemos asombrarnos demasiado si el papel de la ciencia y la misión del sabio experimentan cambios profundos. ¿Cuáles son estos cambios? Una visión que arranca de un pasado lejano nos permitiría alumbrar el porvenir. O, precisando más, puede refrescarnos la vista para buscar un nuevo punto de partida.

Un día de 1622, los parisienes vieron en sus paredes unos carteles concebidos en estos términos:

«Nosotros, delegados del colegio principal de los Hermanos de la Rosacruz, hemos venido visible e invisiblemente a esta ciudad, por la gracia del Altísimo al que se vuelven los corazones de los Justos, a fin de librar a los hombres, nuestros semejantes, de error mortal.»

Muchos consideraron que se trataba de una broma; pero, como nos recuerda hoy Monsieur Serge Hutin: «Se atribuía a los Hermanos de la Rosacruz la posesión de los secretos siguientes: la transmutación de los metales, la prolongación de la vida, el conocimiento de lo que ocurre en lugares alejados, la aplicación de la ciencia oculta al descubrimiento de los objetos más escondidos.»¹ Supriman el término «oculto» y se hallarán ustedes con las facultades que posee, o tiende a poseer, la ciencia moderna. Según la leyenda forjada con mucha anterioridad a aquella época, la sociedad de los Rosacruz pretendía que el poder del hombre sobre la Naturaleza y sobre sí mismo llegaría a ser infinito, que la inmortalidad y el control de todas las fuerzas naturales estaban a su alcance y que todo lo que pasa en el Universo puede serle conocido. Nada absurdo hay en ello, y los progresos de la ciencia han confirmado en parte aquellos sueños. De modo que la llamada de 1622, traducida al lenguaje moderno, podría fijarse en los muros de París o publicarse en los diarios si los sabios se reuniesen en congreso para informar a los hombres de los peligros que corren y de la necesidad de orientar sus actividades según nuevas perspectivas sociales y morales. Cierta declaración patética de Einstein, cierto discurso de Oppenheimer, cierto editorial

⁶ 1. Serge Hutin, *Histoire de Rose-Croix*, Gérard, Nizet, editor. París.

del *Boletín* de los atomistas americanos, tienen el mismo son que el manifiesto de los Rosacruz. Vean incluso un texto ruso reciente. En ocasión de la conferencia sobre los radioisótopos celebrada en París, en 1957, el escritor soviético Vladimir Orloff escribió: «Todos los *alquimistas* de hoy deben recordar los estatutos de sus predecesores de la Edad Media, estatutos conservados en una biblioteca de París y que proclaman que sólo pueden consagrarse a la alquimia los hombres de *corazón puro y elevadas intenciones*.»

La idea de una sociedad internacional y secreta de hombres intelectualmente muy avanzados, transformados espiritualmente por la intensidad de su saber, deseosos de defender sus descubrimientos científicos contra los poderes organizados, contra la curiosidad y la codicia de otros hombres —reservando para el momento oportuno la utilización de sus descubrimientos, o enterrándolos por varios años, o poniendo sólo una pequeña parte en circulación—, esta idea, digo, es a la vez muy antigua y ultramoderna. Era inconcebible en el siglo XIX o hace sólo veinticinco años. Hoy es concebible. En cierto modo, me atrevo a afirmar que tal sociedad existe en este momento. Ciertos huéspedes de Princeton —pienso esencialmente en un sabio viajero oriental⁷— pueden haberlo advertido. Si nada prueba que la sociedad secreta Rosacruz existió en el siglo XVII, todo nos invita a pensar que una sociedad de esta naturaleza se está formando hoy en día, por la fuerza de las cosas, y que se inscribe lógicamente en el futuro. Pero hay que explicar la noción de la sociedad secreta. Est noción, tan lejana, es aclarada por el presente.

Volvamos a la Rosacruz. «Constituyen, pues —no dice el historiador Serge Hutin—, la colectividad de los seres llegados a un estado superior a la Humanidad corriente, poseedores por ello de los mismos caracteres interiores que les permitan reconocerse entre ellos.»

Esta definición tiene la ventaja de eludir el fárrago ocultista, al menos a nuestros ojos. Y es que tenemos una idea clara del «estado superior», una idea científica, presente, optimista.⁸

Nos hallamos en un grado de investigación desde el cual vemos la posibilidad de mutaciones artificiales para el mejoramiento de los seres vivos, e incluso del hombre. «La radiactividad puede crear monstruos, pero también nos dará genios», declara un biólogo inglés. El último objetivo de la investigación alquímista, que es la transmutación del propio operador, es acaso el último objetivo de la investigación científica actual. Enseguida veremos cómo, en cierta medida, esto se ha producido ya en algunos sabios contemporáneos.

Los estudios avanzados de psicología parecen demostrar la existencia de un estado diferente del sueño y de la vigilia, un estado de conciencia superior en que el hombre estaría en posesión de medios intelectuales decuplicados. A la psicología de las profundidades, que debemos al psicoanálisis, añadimos hoy una psicología de las alturas que nos sitúa en el camino de una posible superintelectualidad. El genio será sólo una de las etapas del camino que puede recorrer el hombre dentro de sí mismo para alcanzar el uso de la totalidad de sus facultades. En una vida intelectual normal, no utilizamos ni la décima parte de nuestras posibilidades de atención, de penetración, de memoria, de intuición, de coordinación. Podría ser que estuviésemos a punto de descubrir, o de redescubrir, las llaves que nos permitan abrir, en nosotros, puertas detrás de las cuales nos espera una multitud de conocimientos. La idea de una mutación próxima de la Humanidad, en este plano, no revela un sueño ocultista, sino una realidad. En el curso de esta obra, volveremos largamente sobre ello. Sin duda existen ya «mutandos» entre nosotros, o, en todo caso, hombres que han dado ya algunos pasos por el camino que un día emprenderemos todos.

⁷ Mi amigo Rajah Rao.

⁸ Véase la tercera parte de esta obra: *El hombre, este infinito*.

Según la tradición,⁹ como quiera que la palabra «genio» no bastaba a expresar todos los estados superiores posibles del cerebro humano, los Rosacruz eran espíritus de otro calibre que se reunían por agrupación. Digamos mejor que la leyenda de la Rosacruz sirvió de soporte a una realidad: la sociedad secreta permanente de los hombres superiormente iluminados. Una conspiración a la luz del día.

La sociedad de los Rosacruz se habría formado, naturalmente, al buscar, los hombres llegados a un estado de conciencia elevado, otros hombres, parecidos a ellos en conocimientos, con quienes poder dialogar. Es el caso de Einstein, comprendido sólo por cinco o seis hombres en todo el mundo, o de algunos centenares de físicos y matemáticos capaces de pensar eficazmente en volver a poner sobre el tapete la ley de paridad.

Para los Rosacruz no hay más estudio que el de la Naturaleza, pero este estudio no puede realmente ilustrar más que a espíritus de un calibre diferente a los ordinarios.

Aplicando un espíritu de diferente calibre al estudio de la Naturaleza, se llega a la totalidad de los conocimientos y a la sabiduría. Esta idea nueva, dinámica, sedujo a Descartes y a Newton. Más de una vez se ha citado a los Rosacruz a su respecto. ¿Quiere esto decir que estaban afiliados a ella? Esta pregunta no tiene sentido. No nos imaginamos una sociedad organizada, sino contactos necesarios entre espíritus calibrados de un modo diferente, y un lenguaje común, no secreto, sino sencillamente inaccesible a los demás hombres en un tiempo dado.

Si algunos conocimientos profundos sobre la materia y la energía, sobre las leyes que rigen el Universo, fueron elaborados por civilizaciones hoy desaparecidas, y si algunos fragmentos de estos conocimientos han sido conservados a través de las edades (lo cual, por otra parte, lo sabemos ciertamente), sólo pudieran serlo por espíritus superiores y en lenguaje forzosamente incomprendible para el común de los humanos. Pero aun prescindiendo de esta hipótesis, podemos, no obstante, imaginar, en el curso de los tiempos, una sucesión de espíritus desmesurados, que se comunicaban entre ellos. Tales espíritus saben con evidencia que no tiene ningún interés hacer alarde de su poderío. Si Cristóbal Colón hubiese sido un espíritu desmesurado, habría mantenido en secreto su descubrimiento. Obligados a una especie de clandestinidad, estos hombres sólo pueden establecer contactos satisfactorios con sus iguales. Basta pensar en las conversaciones de los médicos alrededor de una cama de hospital, conversaciones mantenidas en voz alta y de las que nada llega al conocimiento del enfermo, para comprender lo que queremos decir, sin tener que ahogar la idea en la niebla del ocultismo, de la iniciación, etc. En fin, es natural que los espíritus de esta clase, empeñados en pasar inadvertidos simplemente para que no los molesten, tienen otro trabajo que jugar a conspiradores. Si forman una sociedad, es por la fuerza de las cosas. Si tienen un lenguaje particular, es que las nociones generales que este lenguaje expresa son inaccesibles al espíritu humano ordinario. En este sentido y sólo en él, aceptamos la idea de sociedades secretas. Las otras sociedades secretas, las que se ven, y que son innumerables, no son más que imitaciones, juegos de niños que copian a los adultos.

Mientras los hombres alimenten el sueño de obtener algo por nada, dinero sin trabajar, conocimientos sin estudio, poder sin conocimientos, virtud sin ascetismo, florecerán las sociedades presuntamente secretas y de iniciación, con sus jerarquías de imitación y sus fórmulas que remedian el lenguaje secreto, es decir, *técnico*.

Hemos elegido el ejemplo de los Rosacruz de 1622, porque el verdadero Rosacruciano, según la tradición, no se hacía con misteriosas iniciaciones, sino con el estudio profundo y coherente del *Líber Mundi*, el libro del mundo y de la Naturaleza. La tradición de la Rosacruz es, pues, idéntica a la de la ciencia contemporánea. Hoy empezamos a comprender

⁹ Una tradición menos segura haría de los Rosacruz los herederos de civilizaciones enterradas.

que un estudio profundo y coherente de este libro de la Naturaleza requiere algo más que espíritu de observación, que lo que llamábamos últimamente espíritu científico, e incluso algo más que lo que llamamos inteligencia. Es preciso, en el punto a que han llegado nuestras investigaciones, que el espíritu se eleve sobre sí mismo, que la inteligencia *se* trascienda. Lo humano, lo demasiado humano, no es bastante. Y es a esta comprobación, realizada en siglos pasados por hombres superiores, que debemos, si no la realidad, al menos la leyenda de la Rosacruz. El

moderno retrasado es racionalista. El contemporáneo del futuro se siente religioso. Mucho modernismo no; aleja del pasado. Un poco de futurismo nos vuelve a lle var a él.

«Entre los jóvenes atomistas —escribe Robert Jungk—¹⁰ los hay que consideran sus trabajos como una especie de concurso intelectual que no lleva consigo ni significación profunda ni obligaciones, pero algunos encuentran ya en la investigación una experiencia religiosa.»

Nuestros rosacrucianos de 1622 hacían en París una «estancia invisible». Lo más chocante es que, en el clima actual de policía y de espionaje, los grandes investigadores logren comunicarse entre ellos cortando las pistas que podrían conducir a los Gobiernos hasta sus trabajos. Diez sabios podrían discutir en alta voz la suerte del mundo, en presencia de Kruschef y de Eisenhower, sin que estos caballeros comprendiesen una sola palabra. Una sociedad internacional de investigadores que no interviniese en los asuntos de los hombres tendría todas las probabilidades de pasar inadvertida como pasaría inadvertida una sociedad que limitase su intervención a casos muy particulares. Incluso podríais no separarse en sus medios de comunicación. La TSH habría podido descubrirse muy bien en el siglo XVII, los aparatos de galena, tan sencillos, habrían podido servir a los «iniciados». De igual manera, los investigadores modernos sobre los medios parapsicológicos quizás han logrado aplicaciones de telecomunicación. El ingeniero americano Víctor Enderby ha escrito recientemente que, si bien se habían obtenido resultados en este terreno, los mismos habían sido guardados secretos, por libre voluntad de los inventores.

Pero sigue chocándonos que la tradición de la Rosacruz aluda a aparatos o máquinas que la ciencia oficial de la época no pudo fabricar: lámparas perpetuas, registradores de sonidos y de imágenes, etcétera. La leyenda describe los aparatos encontrados en la tumba del simbólico «Christian Rosenkreutz», que hubiesen podido ser de 1958, pero no de 1622. Todo lo cual tiende, en la doctrina de la Rosacruz, al dominio del Universo por la ciencia y la técnica, y en modo alguna por la iniciación y la mística.

De igual manera, podemos concebir en nuestra época una sociedad que mantenga una tecnología secreta. Las persecuciones políticas, las presiones sociales, el desarrollo del sentido moral y de la conciencia de una tremenda responsabilidad, obligarán cada vez más a los sabios a entrar en la clandestinidad. Ahora bien, esta clandestinidad no frenará la búsqueda. Sería absurdo pensar que los cohetes y las grandes máquinas rompedoras de átomos han de ser en adelante los únicos instrumentos del investigador. Los verdaderos descubrimientos grandes se han hecho siempre con medios sencillos, con un equipo sucinto. Es posible que existan en el mundo, en este momento, ciertos lugares en que la densidad intelectual sea particularmente grande y en que se afirme esta nueva clandestinidad. Entramos en una época que recuerda mucho los comienzos del siglo XVII, y tal vez se prepara un nuevo manifiesto de 1622. Tal vez ha aparecido ya. Pero nosotros no nos hemos dado cuenta.

¹⁰ Roben Jungk, *Más brillante que mil soles*, Editorial Argos.

Lo que nos aleja de estas ideas es que los tiempos antiguos se expresan mediante fórmulas religiosas. Por ello, les prestamos sólo una atención literaria o «espiritual». En este aspecto, somos modernos. En este aspecto no somos contemporáneos del futuro.

Lo que nos choca, en fin, es la afirmación reiterada de la Rosacruz y de los alquimistas, según la cual el último fin de la ciencia de las transmutaciones es la transmutación del propio espíritu. No se trata de magia, ni de recompensa bajada del cielo, sino de un descubrimiento de las realidades que obligue al espíritu del observador a situarse de otra manera. Si pensamos en la evolución, extraordinariamente rápida, del estado de espíritu de los más grandes atomistas, empezamos a comprender lo que querían decir los de la Rosacruz. Estamos en una época en que la ciencia, en su punto extremo, alcanza el universo espiritual y transforma el espíritu del propio observador, lo sitúa a un nivel distinto del de la inteligencia científica, que ha llegado a ser insuficiente. Lo que les ocurre a nuestros atomistas puede compararse a la experiencia descrita por los textos de alquimia y por la tradición de la Rosacruz. El lenguaje espiritual no es un balbuceo que precede al lenguaje científico; es más bien el logro de este último. Lo que pasa en nuestro presente, ha podido pasar en tiempos antiguos, en otro plano de conocimiento, de suerte que la leyenda de la Rosacruz y la realidad de nuestros días se iluminan mutuamente. Hay que mirar las cosas antiguas con ojos nuevos; esto ayuda a comprender el mañana.

No estamos ya en los tiempos en que el progreso se identifica exclusivamente con el avance científico y técnico. Aparece otro factor, el que se encuentra en los Superiores Desconocidos de los siglos pasados cuando muestran la observación del *Liber Mundi* como desembocando en «otra cosa». Un físico eminente, Heisenberg, declara hoy: «El espacio en el cual se desenvuelve el ser espiritual del hombre tiene dimensiones distintas de aquellas en que se desplegó durante los últimos siglos.»

Wells murió desengañado. Su poderoso espíritu había vivido de la fe en el progreso. Ahora bien, Wells, en el crepúsculo de su vida, veía que el progreso tomaba aspectos espantosos. Ya no le merecía confianza. La

ciencia corría el riesgo de destruir el mundo; acababan de inventarse los mayores medios de destrucción. «El hombre —dice el viejo Wells, desesperado, en 1946— ha llegado al término de sus posibilidades.» En este momento, el anciano que había sido genio de la anticipación dejó de ser contemporáneo del futuro. Nosotros empezamos a adivinar que el hombre no ha llegado más que al término de una de sus posibilidades. Aparecen otras posibilidades. Se abren otros caminos, que el flujo y el reflujo del océano de las edades cubre y descubre alternativamente. Wolfgang Pauli, matemático y físico mundialmente conocido, hacía antaño profesión de una estrecha fe científica, según la mejor tradición del siglo XIX. En 1932, durante el Congreso de Copenhague, gracias a su escepticismo helado y a su voluntad de poder, adoptaba la apariencia del Mefistófeles de *Fausto*. En 1955, su espíritu penetrante había extendido con tal amplitud sus perspectivas que se convertía en un pintor elocuente de un camino de salvación interior largo tiempo desdeñado. Esta evolución es típica. Es la evolución de la mayoría de los grandes atomistas. No es el retorno al moralismo ni a la vaga religiosidad. Se trata, por el contrario, de un progreso en el pertrecho del espíritu de observación; de una reflexión nueva sobre la naturaleza del conocimiento. «Frente a la división de las actividades del espíritu humano en terrenos distintos, rigurosamente mantenida desde el siglo XVII —dice Wolfgang Pauli—, me imagino una finalidad que sería la dominación de cosas opuestas, una síntesis que abarcase la inteligencia racional y la experiencia mística de la unidad. Esta finalidad es la única que está de acuerdo con el mito, expresado o no, de nuestra época.»

Los profetas del Apocalipsis. — Un Comité de la Desesperación. — La ametralladora de Luis XVI. — La ciencia no es una vaca sagrada. — El señor Despotopoulos quiere ocultar el progreso. — La leyenda de los Nueve Desconocidos.

Hubo, en la segunda mitad del siglo XIX, en el umbral de los tiempos modernos, una pléyade de pensadores furiosamente reaccionarios. Veían un engaño en la mística del progreso social; una carrera al abismo en el progreso científico y técnico. Philippe Lavistine, nueva encarnación del héroe de *La obra maestra desconocida* de Balzac, y discípulo de Gurdjieff, me los enseñó. En aquella época en que leía a René Guénon, maestro del antiprogresismo, y frecuentaba a Lanza del Vasto, recién vuelto de la India, no estaba lejos de coincidir con las razones de estos pensadores contra la corriente. Era muy poco después de la guerra. Einstein acababa de enviar su famoso telegrama:

«Nuestro mundo se enfrenta con una crisis todavía inadvertida por aquellos que poseen el poder de tomar grandes decisiones para bien o para mal. La potencia desencadenada del átomo lo ha cambiado todo, salvo nuestros hábitos de pensar, y nos dirigimos hacia una catástrofe sin precedentes. Nosotros, los científicos que hemos liberado esta inmensa potencia, tenemos la aplastante responsabilidad, en esta lucha mundial de vida o muerte, de dominar el átomo en beneficio de la Humanidad, y no para su destrucción. La federación de sabios americanos se une a mí en esta llamada. Os rogamos que apoyéis nuestros esfuerzos para hacer comprender a América que el destino del género humano se decide hoy, ahora, en este minuto. Necesitamos inmediatamente doscientos mil dólares para una campaña nacional destinada a hacer ver a los hombres que es esencial un nuevo modo de pensar, si la Humanidad quiere sobrevivir y alcanzar niveles más altos. Esta llamada es fruto de una larga meditación sobre la inmensa crisis con que nos enfrentamos. Os pido con urgencia un cheque inmediato, dirigido a mí, como presidente del Comité de la Desesperación de los Sabios del Átomo, Princeton, Nueva Jersey. Reclamamos vuestra ayuda en este instante fatal, como señal de que nosotros, los hombres de ciencia, no estamos solos.»

Esta catástrofe, me dije yo (y doscientos mil dólares no cambiarán nada), mis maestros la habían previsto hace mucho tiempo. Dios había ofrecido al hombre el obstáculo de la materia, y, como decía Blanc de Saint Bonnet, «el hombre es el hijo del obstáculo». Pero los modernos desligados de los principios, quisieron hacer desaparecer los obstáculos. La materia, que obstaculizaba, ha sido vencida. Está libre el camino hacia la nada. Hace dos mil años, Orígenes escribía formidablemente que «la materia es el absorbente de la iniquidad». De hoy en adelante, la iniquidad ya no es absorbida, sino que se extiende en olas destructoras. Este Comité de la Desesperación no logrará absorberla.

Los antiguos eran sin duda tan malos como nosotros, pero lo sabían. Este conocimiento hacía que se colocaran barreras. Una bula del Papa condena el empleo del trípode destinado a robustecer el arco: esta máquina, sumada a los medios naturales del arquero, haría inhumano el combate. La bula es observada durante doscientos años. Rolando, en Roncesvalles, derribado por las hondas sarracenas, exclama: «¡Maldito sea el cobarde que inventó armas capaces de matar a distancia!» En tiempos más próximos, en 1775, un ingeniero francés, Du Perron, presentó al joven Luis XVI un «órgano militar» que, accionado por una manivela, disparaba simultáneamente veinticuatro balas. Una memoria acompañaba al instrumento, embrión de las ametralladoras modernas. La máquina pareció tan mortífera al rey y a sus ministros, Malesherbes y Turgot, que fue rechazada y su inventor considerado como enemigo de la Humanidad.

A fuerza de querer emanciparlo todo, hemos emancipado también la guerra. Antaño ocasión de sacrificio y de salvación para algunos, se ha convertido en condenación de todos.

Tales eran, poco más o menos, mis pensamientos allá por el año 1946, y pensé en publicar una antología de «pensadores reaccionarios» cuyas voces fueron ahogadas, en su tiempo, por el coro de los progresistas románticos. Estos escritores al revés, estos profetas del Apocalipsis, que clamaban en el desierto, se llamaban Blanc de Saint Bonnet, Émile Montagut, Albert Sorel, Donoso Cortés, etc. Con un espíritu de rebeldía muy parecido al de estos antepasados, releí un folleto intitulado *El tiempo de los asesinos*, en el que colaboraron principalmente Aldous Huxley y Albert Camus. La Prensa americana se hizo eco de este libelo en que sabios, militares y políticos eran fuertemente maltratados y donde se deseaba un proceso de Nuremberg para todos los técnicos de la destrucción.

Hoy creo que las cosas son menos sencillas y que hay que mirar con otros ojos y desde más alto la historia irreversible. Sin embargo, en 1946 —inquietante posguerra—, esta corriente de ideas trazaba una estela fulgurante en el océano de angustia en que se hallaban sumidos los intelectuales que no querían ser «victimas ni verdugos». Y es cierto que, después del telegrama de Einstein, las cosas han empeorado. «Lo que hay en la cartera de los sabios es espantoso», dice Kruschef en 1960. Pero los espíritus se han cansado, y, después de muchas solemnes e inútiles protestas, se han vuelto hacia otros temas de reflexión, esperando, como el condenado a muerte en su celda, que se conceda o se deniegue el indulto. Sin embargo, en todas las conciencias existe desde ahora un fondo de rebelión contra la ciencia capaz de aniquilar el mundo, una duda sobre el valor salvador del progreso técnico. «Acabarán por volarlo todo.» Después de las furiosas críticas de Aldous Huxley en *Contrapunto y Un mundo feliz*¹¹ se hundió el optimismo científico. En 1951, el químico americano Anthony Standen publicaba un libro titulado: *La ciencia es una vaca sagrada*, donde protestaba contra la admiración fetichista por la ciencia. En octubre de 1953, un célebre profesor de Derecho de Atenas, O. J. Despotopoulos, dirigía a la UNESCO un manifiesto pidiendo que se interrumpiera el desarrollo científico, o mejor, que se guardara en secreto. La investigación, proponía, debería confiar en adelante a un consejo de sabios mundialmente elegido y que, por ello, sería dueño de guardar silencio. Esta idea, por utópica que sea, no carece de interés. Apunta una posibilidad del porvenir e incide en uno de los grandes temas de las pasadas civilizaciones. En una carta que nos dirigió en 1955, O. J. Despotopoulos, precisaba su idea:

«La ciencia de la Naturaleza es ciertamente una de las hazañas más dignas de la historia humana. Pero, a partir del momento en que se desencadenan fuerzas capaces de destruir la Humanidad entera, deja de ser lo que era desde el punto de vista moral. La distinción entre la ciencia pura y sus aplicaciones técnicas se ha hecho prácticamente imposible. No podríamos, pues, hablar de la ciencia como de un valor en sí. O mejor, en ciertos sectores, los más importantes, constituye ahora un valor negativo, en la medida en que escapa al control de la conciencia para extender sus peligros según el grado de voluntad de poder de los responsables políticos. La idolatría del progreso y de la libertad en materia de investigación científica es totalmente perniciosa. Nuestra proposición es ésta: codificación de las conquistas de la ciencia de la Naturaleza realizadas hasta ahora y prohibición total o parcial de su progreso futuro por un consejo supremo mundial de sabios. Ciertamente, tal medida es trágicamente cruel, ya que su objeto apunta a uno de los más nobles impulsos de la Humanidad, y nadie puede subestimar las dificultades inherentes a dicha medida. Pero no existe otra que sea lo bastante eficaz. Las objeciones fáciles; retorno a la Edad Media, a la barbarie, etc., no contienen ningún argumento serio. No se trata de hacer retroceder a la inteligencia, sino de defenderla. No se trata de restricciones en beneficio de una clase social, sino de salvaguardia de toda la Humanidad. Éste es el problema. Todo lo

¹¹ Publicados ambos, en esta editorial, en las *Obras completas* de Huxley.

demás no es más que división y dispersión de la actividad enfrentándola con subproblemas.»

Estas ideas recibieron favorable acogida en la Prensa inglesa y alemana y han sido extensamente comentadas en el *Boletín* de los sabios atomistas de Londres. No se alejan mucho de ciertas proposiciones formuladas en las conferencias mundiales consagradas al desarme.

No es pecado creer que, en otras civilizaciones, se haya producido, no una ausencia de ciencia, sino un secreto impuesto a la ciencia. Tal parece ser el origen de la maravillosa leyenda de los Nueve Desconocidos.

La tradición de los Nueve Desconocidos se remonta al emperador Asoka, que reinó en la India a partir del año 273 a.C. Era nieto de Chandragupta, primer unificador de la India. Ambicioso como su antepasado, cuya labor quiso completar, emprendió la conquista del país de Kalinga, que se extendía desde la actual Calcuta a Madras. Los kalingues resistieron y perdieron cien mil hombres en la batalla. La vista de esta multitud sacrificada trastornó a Asoka. Desde entonces, le tomó horror a la guerra. Renunció a proseguir la integración de los países insurrectos, declarando que la verdadera conquista consiste en ganar el corazón de los hombres por la ley del deber y la piedad, pues la Majestad Sagrada desea que todos los seres animados disfruten de seguridad, de la libre disposición de sí mismos, de la paz y de la felicidad.

Convertido al budismo, Asoka, con el ejemplo de sus propias virtudes, propagó esta religión por toda la India y por todo su imperio, que se extendía hasta Malasia, Ceilán e Indonesia. Después, el budismo conquistó Nepal, el Tibet, la China y Mongolia. Asoka respetaba, empero, todas las sectas religiosas. Predicó el vegetarianismo y proscribió el alcohol y los sacrificios de animales. H. G. Wells, en su historia del mundo abreviada, escribe: «Entre las decenas de millares de nombres de monarcas que se apretujan en las columnas de la Historia, el nombre de Asoka brilla casi solo, como una estrella.»

Se dice que, conocedor de los horrores de la guerra, el emperador Asoka quiso prohibir para siempre a los hombres el mal uso de la inteligencia. Bajo su reinado, entra en el secreto la ciencia de la Naturaleza, pasada y por venir. Las investigaciones, desde la estructura de la materia a las técnicas de la psicología colectiva, se disimularán en adelante, y durante veintidós siglos, detrás del rostro místico de un pueblo al que el mundo considera dedicado sólo al éxtasis y a lo sobrenatural, Asoka funda la más poderosa sociedad secreta de la Tierra: la de los Nueve Desconocidos.

Se dice aún que los grandes responsables del destino moderno de la India, y sabios como Bose y Ram, creen en la existencia de los Nueve Desconocidos, e incluso reciben de ellos consejos y mensajes. La imaginación entrevé la fuerza de los secretos que pueden detentar nueve hombres que se lucran directamente de las experiencias, de los trabajos, de los documentos acumulados durante más de diez decenas de siglos. ¿Cuáles son los fines de estos hombres? No dejar que caigan en manos profanas los medios de destrucción. Proseguir las investigaciones beneficiosas para la Humanidad. Estos hombres se supone que se renuevan para guardar los secretos técnicos venidos de un remoto pasado.

Las manifestaciones exteriores de los Nueve Desconocidos son raras. Una de ellas tiene relación con el prodigioso destino de uno de los hombres más misteriosos de Occidente: el Papa Silvestre II, conocido también por el nombre de Gerbert d'Aurillac. Nacido en Auvernia, el año 920, y muerto en 1003, Gerbert fue monje benedictino, profesor de la Universidad de Reims, arzobispo de Rávena por la gracia del emperador Otón III. Se dice que estuvo en España y que un misterioso viaje lo llevó a la India, de donde sacó diversos conocimientos que llenaron de estupefacción a los que le rodeaban. Así fue como poseyó en su palacio una cabeza de bronce que respondía «sí» o «no» a las preguntas que le hacían sobre la política y la situación general de la cristiandad. Según Silvestre II (volumen

CXXXIX de la Patrística latina de Migne), el procedimiento era muy sencillo y correspondía al cálculo con dos cifras. Se trataría de un autómata análogo a nuestras modernas máquinas binarias. La cabeza «mágica» fue destruida a la muerte del Papa, y los conocimientos registrados por ésta, cuidadosamente disimulados. Sin duda la biblioteca del Vaticano reservaría algunas sorpresas al investigador autorizado. En el número de octubre de 1954 de *Computers and Automation*, revista de cibernetica, podemos leer: «Hay que suponerle un hombre de saber extraordinario, de un ingenio y una habilidad mecánica sorprendentes. Esta cabeza parlante debió de ser modelada bajo cierta conjunción de las estrellas que se sitúa exactamente en el momento en que todos los planetas van a comenzar su curso.» No era cuestión de pasado, de presente ni de futuro, pues este invento, aparentemente, superaba con mucho el alcance de su rival: el perverso espejo en la pared de la reina, precursor de nuestros cerebros mecánicos modernos. Se dijo, naturalmente, que Gilbert fue sólo capaz de producir esta máquina porque estaba en tratos con el diablo y le había jurado eterna fidelidad.

¿Estuvieron otros europeos en relación con la sociedad de los Nueve Desconocidos? Hay que esperar al siglo XIX para que resurja este misterio, al través de los libros del escritor francés Jacolliot.

Jacolliot fue cónsul de Francia en Calcuta bajo el Segundo Imperio. Escribió una obra de anticipación considerable, comparable, si no superior, a la de Julio Verne. Ha dejado además varios libros consagrados a los grandes secretos de la Humanidad. Esta obra extraordinaria ha sido saqueada por la mayoría de los ocultistas, profetas y taumaturgos. Completamente olvidada en Francia, es célebre, en cambio, en Rusia.

Jacolliot se muestra positivo: la sociedad de los Nueve Desconocidos es una realidad. Y lo más extraordinario es que cita, a este respecto, técnicas que eran del todo inconcebibles en 1860, como, por ejemplo, la liberación de la energía, la esterilización por radiaciones y también la guerra psicológica.

Yersin, uno de los más próximos colaboradores de Pasteur y de Roux, pudo haber tenido acceso a secretos biológicos a raíz de un viaje a Madras, en 1890, y puesto a punto, gracias a las indicaciones que recibieron, el suero contra la peste y el cólera.

La primera vulgarización de la historia de los Nueve Desconocidos se produjo en 1927, con la publicación del libro de Talbot Mundy que perteneció, durante veinticinco años, a la Policía inglesa de la India. El libro está a medio camino entre la novela y la investigación. Según él, los Nueve Desconocidos emplearían un lenguaje sintético. Cada uno de ellos estaría en posesión de un libro constantemente escrito de nuevo y que contendría la exposición detallada de una ciencia.

El primero de estos libros estaría consagrado a las técnicas de propaganda y de guerra psicológica. «De todas las ciencias —dice Mundy— la más peligrosa sería la del control del pensamiento de las multitudes, pues ella permitiría gobernar el mundo entero.» Hay que observar que la *Semántica general* de Korjibski sólo data de 1937, y que hay que esperar la experiencia de la última guerra mundial para que empiecen a cristalizar en Occidente las técnicas de psicología del lenguaje, es decir, de propaganda. El primer colegio de semántica americano no ha sido creado hasta 1950. En Francia, apenas si conocemos más que *Le Viol des Foules*, de Serge Chokotin, cuya influencia ha sido importante en los medios intelectuales politizantes, aunque no haga más que rozar la cuestión.

El segundo libro estaría consagrado a la fisiología. Como cosa más importante, explicaría el medio de matar a un hombre con sólo tocarle, produciéndose la muerte por inversión del influjo nervioso. Se dice que el «judo» pudo nacer de «infiltraciones» de esta obra.

El tercero estudiaría la microbiología, y especialmente los coloides de protección.

El cuarto trataría de la transmutación de los metales. Según una leyenda, en tiempos de penuria, los terapíos y las organizaciones religiosas de caridad reciben, de fuente secreta, grandes cantidades de un oro muy fino.

El quinto comprendería el estudio de todos los medios de comunicación, terrestres y extraterrestres.

El sexto contendría los secretos de la gravitación.

El séptimo sería la más vasta cosmogonía concebida por nuestra Humanidad.

El octavo trataría de la luz.

El noveno estaría consagrado a la sociología, formularía las reglas de la evolución de las sociedades y permitiría prever su caída.

Con la leyenda de los Nueve Desconocidos, se relaciona el misterio de las aguas del Ganges. Multitudes de peregrinos, portadores de las más espantosas y diversas enfermedades, se bañan sin ningún peligro para los que están sanos. Las aguas sagradas lo purifican todo. Se ha querido atribuir esta extraña propiedad del río a la formación de bacteriófagos. Pero, ¿por qué no se forman también en el Brahmaputra, en el Amazonas o en el Sena?

La hipótesis de una esterilización por radiaciones aparece en la obra de Jacolliot, cien años antes de que se sepa que tal fenómeno es posible. Estas radiaciones, según Jacolliot, provendrían de un templo secreto excavado bajo el lecho del Ganges.

Al margen de las agitaciones religiosas, sociales y políticas, resueltas y perfectamente disimuladas, los Nueve Desconocidos encarnan la imagen de la ciencia serena, de la ciencia con conciencia. Dueña de los destinos de la Humanidad, pero absteniéndose de emplear su propio poderío, esta sociedad secreta constituye el más bello homenaje de la libertad en las alturas. Vigilantes en el seno de su gloria oculta, estos nueve hombres contemplan cómo se hacen, deshacen y rehacen las civilizaciones, menos indiferentes que tolerantes, prestos a ayudar, pero siempre en este orden del silencio que es la medida de la grandeza humana.

¿Mito o realidad? Mito soberbio, en todo caso, surgido de lo más hondo de los tiempos... y resaca del futuro.

III

Una palabra más sobre el realismo fantástico. — Ha, habido técnicas. — Ha existido la necesidad del secreto y se vuelve a ella. — Viajamos en el tiempo. — Queremos ver en su continuidad el océano del espíritu. — Reflexiones nuevas sobre el ingeniero y el mago. — El pasado, el porvenir. — El presente se retrasa en ambos sentidos. — El oro de los libros antiguos. — Una mirada nueva al mundo viejo.

No somos ni materialistas ni espiritualistas: esta distinción no tiene ya para nosotros el menor sentido. Sencillamente, buscamos la realidad sin dejarnos dominar por el reflejo condicionado del hombre moderno (a nuestros ojos retardatario), que vuelve la espalda en cuanto esta realidad adquiere un aspecto fantástico. Nos hemos hecho bárbaros de nuevo, para vencer este reflejo, igual que tuvieron que hacer los pintores para desgarrar el velo de convenciones tendido entre sus ojos y las cosas. También como ellos, hemos optado por métodos balbucientes, salvajes y a veces infantiles. Nos colocamos ante los elementos y los métodos de conocimiento, como Cézanne ante la manzana, como Van Gogh ante el campo de trigo. Nos negamos a excluir hechos, aspectos de la realidad, con el pretexto de que no son «oportunos», de que desbordan las fronteras fijadas por las teorías habituales. Gauguin no

excluye un caballo rojo; Manet no excluye la mujer desnuda entre los comensales *del Almuerzo sobre la hierba*; Max Ernst, Picabia y Dalí, no excluyen las figuras brotadas del sueño ni el mundo que vive en la parte sumergida de la conciencia. Nuestro modo de hacer y de ver provocará censuras, desprecio, sarcasmos. Se nos negará la entrada en el Salón. En nuestro campo, todavía no se acepta lo que se ha acabado por aceptar de los pintores, de los poetas, de los cineastas, de los decoradores, etc. La ciencia, la psicología, la sociología, son bosques tabú. No bien la hemos apartado, la idea de lo sagrado vuelve al galope, bajo diversos disfraces. ¡Qué diablo! La ciencia no es una vaca sagrada: se la puede empujar, hacer que despeje el camino.

Volvamos a nuestro tema. En esta parte de nuestro libro, titulada *El futuro anterior*, razonamos de este modo:

— Es posible que lo que llamamos esoterismo, cimiento de las sociedades secretas y de las religiones, sea el residuo difícilmente comprensible y manejable de un conocimiento muy antiguo, de naturaleza técnica, que se aplica a la vez a la materia y al espíritu. Más adelante desarrollaremos esto.

— Los «secretos» no serían fábulas, cuentos ni juegos, sino recetas técnicas precisas, llaves que abrieran los poderes contenidos en el hombre y en las cosas.

— Ciencia y técnica no son lo mismo. Contraria mente a lo que se podría pensar, la técnica, en muchos casos, no sigue a la ciencia, sino que la precede. La técnica hace. La ciencia demuestra que es imposible hacer.

Después las barreras de la imposibilidad se derrumban. No pretendemos, naturalmente, que la ciencia sea vana. Ya se verá el valor que damos a la ciencia y con qué ojos maravillados la vemos cambiar de semblante. Pensamos, sencillamente, que las técnicas han podido preceder, en un pasado lejano, a la aparición de la ciencia.

— Podría ser que algunas técnicas pasadas hubiesen dado a los hombres poderes demasiado peligrosos para ser divulgados.

— La necesidad del secreto podría obedecer a dos razones:

A) La prudencia. «El que sabe no habla.» No dejéis que las llaves vayan a parar a malas manos.

B) El hecho de que la posesión y el manejo de tales técnicas y conocimientos exige del hombre estructuras mentales distintas de las propias del estado de vigilia ordinario, una situación de la inteligencia y del lenguaje en otro plano, de tal suerte que nada es comunicable al nivel del hombre ordinario. El secreto no es un efecto de la voluntad del que lo posee, sino un efecto de su naturaleza misma.

— Comprobamos la existencia de un fenómeno semejante en nuestro presente moderno. El desarrollo incesantemente acelerado de la técnica impone a los que saben el deseo, y después la necesidad, del secreto. El peligro extremado conduce a la extrema discreción. Llegado a un cierto nivel, el conocimiento se oculta a medida que progresá. Se forman concejos de sabios y de técnicos. El lenguaje del saber y del poder se hace incomunicable. En el plano de la investigación psico-matemática se plantea limpiamente el problema de las estructuras mentales diferentes. En el límite, los que detentan, como decía Einstein, «el poder de tomar grandes decisiones para el bien y para el mal», forman una criptocracia. El porvenir se asemeja a las descripciones tradicionales.

— Nuestra visión del conocimiento pasado no está de acuerdo con el esquema «espiritualista». Nuestra visión del presente y del porvenir próximo introduce la magia donde no quiere verse más que lo racional. Para nosotros, no se trata más que de buscar correspondencias que nos iluminen. Éstas nos permiten situar la

aventura humana en la totalidad de los tiempos. Todo lo que puede servirnos de puente es bueno para nosotros.

En el fondo, en esta parte del libro como *en las otras*, nuestra proposición es ésta:

El hombre tiene indudablemente la posibilidad de estar en relación con la totalidad del Universo. Conocida es la paradoja de Langevin. Andrómeda está a tres millones de años luz de la Tierra. Pero el viajero que se desplazase a una velocidad próxima a la de la luz sólo envejecería algunos años. Según la teoría unitaria de Jean Charon, por ejemplo, no sería inconcebible que la Tierra, durante este viaje, envejeciese más. El hombre estaría, pues, en contacto con el todo de la creación, donde espacio y tiempo representarían un papel distinto del aparente. Por otra parte, la investigación psico-matemática, en el punto en que la dejó Einstein, es una tentativa de la inteligencia humana para descubrir la ley que regiría el conjunto de las fuerzas universales (gravitación, electromagnetismo, luz, energía nuclear). Una tentativa de visión unitaria, en que todo el esfuerzo del espíritu tiende a situarse en un punto desde el cual sería visible la continuidad. Y, ¿de dónde vendría el deseo del espíritu si éste no presintiese que aquel punto existe, que le es posible situarse de aquella suerte? «No me buscarías si no me hubieses ya encontrado.»

En otro plano, pero dentro de este mismo movimiento, buscamos una visión continua de la aventura de la inteligencia humana, del conocimiento humano. Por esto nos verán viajar a toda velocidad de la magia de la técnica de la Rosacruz a Princeton, de los mayas a los hombres de las próximas mutaciones, del sello de Salomón a la tabla periódica de los elementos, de las civilizaciones desaparecidas a las civilizaciones que vendrán, de Fulcanelli a Oppenheimer, del hechicero a la máquina electrónica analógica, etc. A toda velocidad, o mejor dicho, a una velocidad tal que el espacio y el tiempo rompan su cáscara y aparezca la visión del continuo. Existe el viaje en sueños y el viaje real. Nosotros hemos preferido el viaje real. En este sentido, este libro no es una ficción. Hemos construido aparatos, es decir, correspondencias demostrables, comparaciones válidas, equivalencias indiscutibles. Aparatos que funcionan, cohetes que parten. Y, a veces, en ciertos momentos, nos ha parecido que nuestro espíritu alcanzaba el punto desde el cual es visible la totalidad del esfuerzo humano. Las civilizaciones, los momentos del conocimiento y de la organización humana, son como otras tantas rocas en el océano. Cuando se ve una civilización, un momento del conocimiento, no se ve más que el choque del océano contra esta roca, la ola que rompe, la espuma que brota. Hemos buscado el lugar desde el cual se pueda contemplar el océano entero, en su tranquila y poderosa continuidad, en su unidad armónica.

Volvamos ahora a las reflexiones sobre la técnica, la ciencia y la magia. Ellas precisarán nuestra tesis sobre el concepto de la sociedad secreta (o mejor, de «conspiración a la luz del día») y nos servirán de iniciación para próximos estudios, unos sobre la alquimia, otros sobre las civilizaciones desaparecidas.

Cuando un joven ingeniero ingresa en una industria, distingue enseguida dos universos diferentes. Existe el del laboratorio, con las leyes definidas de los experimentos que se pueden reproducir en él, con una imagen del mundo comprensible. Existe el Universo real, donde las leyes no se cumplen siempre, donde los fenómenos son a veces imprevistos, donde lo imposible se realiza. Si es de temperamento fuerte, el ingeniero en cuestión reacciona con cólera, con pasión, con deseo de «violar a esa puerca materia». Los que adoptan esta actitud viven vidas trágicas. Pensemos en Edison, en Telsa, en Armstrong. Les guía un demonio. Werner von Braun ensaya sus cohetes sobre los londinenses, mata a miles de ellos para que al fin lo detenga la Gestapo por haber declarado: «A fin de cuentas, me

importa un bledo la victoria de Alemania, ¡lo que quiero es la conquista de la Luna!»¹² Se ha dicho que la tragedia está hoy en la política. Esto es una visión mezquina. La tragedia está en el laboratorio. A sus «magos» se debe el progreso técnico. La técnica no es en modo alguno, pensamos nosotros, aplicación práctica de la ciencia. Por el contrario, se desarrolla contra la ciencia. El eminent matemático y astrónomo Simón Newcomb demuestra que lo más pesado que el aire no puede volar. Dos reparadores de bicicletas probaron que estaba equivocado. Rutherford y Millikan¹³ demuestran que jamás se podrán explotar las reservas de energía del núcleo atómico. Y estalla la bomba de Hiroshima. La ciencia enseña que una masa de aire homogéneo no puede separarse en aire caliente y aire frío. Hilsch nos muestra que basta con hacer circular aquella masa por un tubo apropiado.¹⁴ La ciencia coloca barreras de imposibilidad. El ingeniero, al igual que el mago ante los ojos del explorador cartesiano, pasa a través de las barreras, por un fenómeno análogo a lo que los físicos llaman «el efecto túnel». Le atrae una aspiración mágica. Quiere ver detrás del muro, ir a Marte, capturar el rayo, fabricar oro. No busca lucro ni gloria. Busca sorprender al Universo en flagrante delito de ocultación. En el sentido de Jung, es un arquetipo. Por los milagros que intenta realizar, por la fatalidad que pesa sobre él, por el fin doloroso que le espera casi siempre, es el hijo del héroe de las sagas y de las tragedias griegas.¹⁵

Como el mago, tiende al secreto, y, también como él obedece a la ley de similitud que Frazer¹⁶ formuló en su estudio de la magia. En sus comienzos, el invento es una imitación del fenómeno natural. La máquina voladora se parece al pájaro; el autómata, al hombre.

Ahora bien, el parecido al objeto, el ser o el fenómeno cuyos poderes quieren captar, resulta casi siempre inútil, léase perjudicial, al buen funcionamiento del aparato inventado. Pero, como el mago, el inventor extrae de la similitud una fuerza, una voluptuosidad, que empujan hacia adelante.

El paso de la imitación mágica a la tecnología científica, podría ser descubierto en muchos casos. Ejemplo: En un principio, se obtuvo el endurecimiento superficial del acero, en el Próximo Oriente, hundiendo una hoja enrojecida al fuego en el cuerpo de un prisionero. He aquí una práctica mágica típica: se intenta transferir a la hoja las virtudes guerreras del adversario. Esta práctica fue conocida en Occidente por medio de los cruzados, que habían comprobado que el acero de Damasco era, efectivamente, más duro que el de Europa. Se hicieron experimentos: se sumergió el acero en agua, en la que flotaban pieles de animales. Se obtuvo el mismo resultado. En el siglo XIX se advirtió que estos resultados eran debidos al nitrógeno orgánico. En el siglo xx, con la licuefacción de los gases, se perfeccionó el procedimiento templando el acero en nitrógeno líquido a baja temperatura. Bajo esta forma, la «nitruración» es parte de

nuestra tecnología.

Se podría encontrar otro lazo entre magia y técnica estudiando los «encantamientos» que los antiguos alquimistas pronunciaban durante sus trabajos. Probablemente se trataba de medir el tiempo en la oscuridad del laboratorio. Los fotógrafos emplean a menudo verdaderas fórmulas para contar, que recitan sobre el baño, y nosotros mismos hemos oído a uno de ellos en la cumbre de la Jungfrau, mientras era revelada una placa impresionada por los rayos cósmicos.

En fin, existe otro lazo, más fuerte y curioso, entre magia y técnica, y es la simultaneidad en la aparición de los inventos. La mayoría de los países registran el día e incluso la hora de

¹² Walter Dornberger, *L'Arme secrète de Peenemünde*, Ar thaud, París.

¹³ Millikan, *El electrón*.

¹⁴ *Technique Mondiale*, París, abril, 1957.

¹⁵ Edwin Armstrong, «The Inventor as Hero», artículo del *Harper's Magazine*.

¹⁶ Frazer, *Le Ramean d'Or*.

la presentación de una patente. Muchas veces se ha comprobado que inventores que no se conocían, y que trabajaban muy lejos el uno del otro, presentaban la misma patente en el mismo instante. Este fenómeno sería difícil de explicar con la vaga idea de que «los inventos están en el aire» o de que «el inventor aparece cuando se le necesita». Pero si existe la percepción extrasensorial, la comunicación de las inteligencias empeñadas en la misma investigación, el hecho merecería un estudio estadístico realizado a fondo. Este estudio nos haría comprender acaso este otro hecho: que las técnicas mágicas se encuentran, idénticas, en la mayoría de las antiguas civilizaciones, al través de montañas y de océanos...

Vivimos con la idea de que el invento técnico es un fenómeno contemporáneo. Y es que nunca hacemos el esfuerzo de consultar los documentos antiguos. No existe un solo servicio de investigación científica enfocado hacia el pasado. Los libros antiguos, si son leídos alguna vez, lo son por escasos eruditos de formación puramente literaria o histórica. Lo que contienen de ciencia y de técnica, escapa, pues, a la atención. ¿Nos desinteresamos del pasado porque nos vemos demasiado solicitados por la preparación del porvenir? No es muy seguro. La inteligencia francesa parece retardada por los esquemas del siglo XIX. Los escritores de vanguardia no tienen el menor apetito por la ciencia, y la sociología nacida con la máquina de vapor, el humanismo revolucionario nacido con el fusil Chassepot, continúan movilizando la atención. Es imposible imaginar hasta qué punto Francia se quedó clavada en los alrededores de 1880. ¿Acaso muestra la industria un mayor interés? En 1955, se celebró en Ginebra la primera conferencia atómica mundial. René Alleau recibió el encargo de la difusión en Francia de los documentos relativos a la aplicación pacífica de la energía nuclear. Los dieciséis volúmenes que contienen los resultados experimentales obtenidos por los sabios de todos los países constituyán la más importante publicación de la historia de las ciencias y de la técnica. Cinco mil industrias, a las que, a corto o largo plazo, debía interesar la energía nuclear, recibieron una carta anunciando aquella publicación. Hubo veinticinco respuestas.

Sin duda habrá que esperar a que las nuevas generaciones alcancen los puestos de responsabilidad para que la inteligencia francesa vuelva a encontrar una verdadera agilidad. Para estas generaciones escribimos este libro. Si realmente existiera la atracción del porvenir, también existiría la del pasado; se iría en busca del bien en los dos sentidos del tiempo y con igual anhelo.

No sabemos nada o casi nada del pasado. Muchos tesoros duermen en las bibliotecas. Preferimos imaginar, nosotros que decimos «amar al hombre», una historia discontinua del conocimiento y de centenares de miles de años de ignorancia para unos cuantos lustros de saber. La idea de que ha habido, de pronto, un «siglo délas luces», idea que hemos aceptado con desconcertante ingenuidad, ha sumido en la oscuridad el resto de los tiempos. Una mirada nueva sobre los libros antiguos cambiaría todo esto. Nos sentiríamos trastornados por las riquezas contenidas en aquéllos. Y aún habría que pensar, según decía Atterbury, contemporáneo de Newton, «que hay más obras antiguas perdidas que conservadas».

Nuestro amigo René Alleau, a la vez técnico e historiador, ha querido lanzar esta nueva mirada. Ha esbozado un método y ha obtenido algunos resultados. Pero, hasta hoy, no parece haber logrado el mayor apoyo para proseguir una tarea que rebasa las posibilidades de un hombre solo. En diciembre de 1955, ante los Ingenieros del Automóvil, reunidos bajo la presidencia de Jean Henri Labourdette, pronunció, a petición mía, una conferencia de la que ofrezco aquí los puntos esenciales:

«¿Qué queda de los millares de manuscritos de la biblioteca de Alejandría fundada por Tolomeo Soter, documentos irreemplazables y perdidos para siempre sobre la ciencia antigua? ¿Dónde están las cenizas de las 200.000 obras de la biblioteca de Pérgamo? ¿Qué

ha sido de las colecciones de Pisístrato, en Atenas, y de la biblioteca del Templo de Jerusalén, y de la de Phtah, en Menfis? ¿Qué tesoros contenían los millares de libros que fueron quemados el año 213 antes de Jesucristo, por orden del emperador Cheu-Hoang-Ti, con fines únicamente políticos? En estas circunstancias, nos hallamos delante de las obras antiguas como ante las ruinas de un templo inmenso del que restan solamente algunas piedras. Pero el examen atento de estas piedras y de estas inscripciones nos deja entrever verdades demasiado profundas para atribuirlas a la sola intuición de los antiguos.

«Ante todo, y contrariamente a lo que se cree, los métodos del racionalismo no fueron inventados por Descartes. Consultemos los textos: "El que busca la verdad —escribe Descartes— debe, mientras pueda,

dudar de todo." Es una frase muy conocida y que parece muy nueva. Pero, si tomamos el libro segundo de la metafísica de Aristóteles, leemos: "El que quiera instruirse debe primeramente saber dudar, pues la duda del espíritu conduce a la manifestación de la verdad." Por lo demás, se puede comprobar que Descartes, no sólo tomó de Aristóteles esta frase fundamental, sino también la mayor parte de las famosas reglas para la dirección del espíritu y que constituyen la base del método experimental. Esto demuestra, en todo caso, que Descartes había leído a Aristóteles, cosa de la que se abstienen demasiado a menudo los cartesianos modernos. Éstos podrían también comprobar que alguien escribió: "Si me equivoco, deduzco que soy, pues el que no es no puede equivocarse, y, precisamente porque me equivoco, siento que soy." Desgraciadamente, esto no es de Descartes, sino de san Agustín.

»En cuanto al escepticismo necesario al observador, no se puede realmente llevarlo más lejos que Demócrito, el cual sólo consideraba valedero el experimento que hubiese presenciado personalmente y cuyo resultado hubiese autentificado mediante la impresión de su anillo.

»Esto me parece muy alejado de la ingenuidad que se reprocha a los antiguos. Ciento, me diréis, que los filósofos de la Antigüedad estaban dotados de un genio superior en el dominio del conocimiento, pero, en fin, ¿qué sabían de verdad en el plano científico?

«Contrariamente también a lo que se puede leer en las obras actuales de divulgación, las teorías atómicas no fueron inventadas ni formuladas en primer lugar por Demócrito, Leucipo y Epicuro. En efecto, Sextus Empiricus nos dice que el propio Demócrito las había recibido por tradición y que provenían de Moscus el Fenicio, el cual, punto importante a tener en cuenta, parece haber afirmado que el átomo era divisible.

«Notadlo bien, la teoría más antigua es también más exacta que las de Demócrito y los atomistas griegos, que sostenían la indivisibilidad del átomo. En este caso preciso, parece que se trata más de un oscurecimiento de conocimientos arcaicos que llegaron a ser incomprensibles que de descubrimientos originales. ¿Y cómo no admiramos en el campo cosmológico, habida cuenta de la ausencia de telescopios, al comprobar que a menudo los datos astronómicos más antiguos son los más exactos? Por ejemplo, en lo que atañe a la Vía Láctea, estaba constituida, según Tales y Anaxímenes, por estrellas, cada una de las cuales era un mundo compuesto de un sol y varios planetas, y que estaba situado en un espacio inmenso. Lucrecio conocía la uniformidad de la caída de los cuerpos en el vacío y el concepto de un espacio infinito lleno de infinidad de mundos. Pitágoras, antes de Newton, había enseñado la ley inversa del cuadrado de las distancias. Plutarco, queriendo explicar el peso, busca su origen en una atracción recíproca entre todos los cuerpos y que es causa de que la Tierra haga gravitar hacia ella todos los cuerpos terrestres, de la misma manera que el Sol y la Luna hacen gravitar hacia su centro todas las partes que les pertenecen, reteniéndolas por una fuerza de atracción en su esfera particular.

»Galileo y Newton confesaron expresamente lo que debían a la ciencia antigua. De la misma manera, Copérnico, en el prefacio de sus obras dedicadas al papa Paulo III, escribe textualmente que ha concebido la idea del movimiento de la Tierra leyendo a los antiguos. Por lo demás, la confesión de estos plagios en nada mengua la gloria de Copérnico, de Newton y de Galileo, que pertenecían a esta raza de espíritus superiores cuyos desinterés y generosidad prescinden absolutamente del amor propio de autor y de la originalidad a toda costa, que son otros tantos prejuicios modernos.

Mucho más humilde y verdadera nos parece la actitud de la modista de María Antonieta, Mademoiselle Bertin, quien, remozando con mano hábil un viejo sombrero, exclamó: "No hay nada nuevo, salvo lo que se ha

olvidado."

»La historia de los inventos, como la de las ciencias, bastaría para demostrar la verdad de esta humorada. "Puede decirse de la mayoría de los descubrimientos —escribe Fournier— lo mismo que de aquella ocasión fugaz que los antiguos convirtieron en la diosa inalcanzable para cuantos la dejaban escapar la primera vez. Si, de primer intento, no se agarra al vuelo la idea que pone sobre la pista, la palabra que puede llevar a la solución del problema, el hecho significativo, he aquí un invento perdido o al menos demorado por muchas generaciones. Para que retorne triunfal, es preciso que se produzca el azar de una nueva idea que resucite a la primitiva de su olvido, o bien el plagio feliz de algún inventor de segunda mano; en lo tocante a los inventos, desgraciado el primero que llega, y gloria y provecho al segundo." Estas consideraciones justifican el título de mi conferencia.

»En efecto, pensé que debía de ser posible remplazar en gran parte la casualidad por el determinismo, y los riesgos de los mecanismos espontáneos de la invención por las garantías de una vasta documentación histórica apoyada en comprobaciones experimentales. A tal objeto, propuse la creación de un servicio especializado no en la busca de la prioridad de las patentes, que en todo caso se detiene en el siglo XVIII, sino sencillamente en el estudio tecnológico de los procedimientos antiguos, y que procuraría adaptarlos cuanto fuera posible a las necesidades de la industria contemporánea.

»Si en tiempos pasados hubiese existido un servicio como éste, habría podido señalar, por ejemplo, el interés de un librito publicado en 1618, que pasó inadvertido y que se titula *Historia natural de la fuente que arde cerca de Crenoble*. Su autor fue un médico de Tournon, Jean Tardin. Si se hubiese estudiado este documento, habría podido utilizarse el gas del alumbrado desde principios del siglo XVII. En efecto, Jean Tardin, no sólo estudió el gasómetro natural de la fuente, sino que reprodujo en su laboratorio los fenómenos observados. Introdujo hulla en un recipiente cerrado, sometió ésta a una elevada temperatura y consiguió que se produjeran las llamas cuyo origen buscaba. Explica claramente que la materia de este fuego es el betún y que basta con reducirlo a gas para que dé una "exhalación inflamable". Ahora bien, hasta el año VII de la República, no registró el francés Lebon, antes que el inglés Windsor, su "termolámpara". Y así, durante casi dos siglos, quedó olvidado, luego, prácticamente perdido, por falta de lectura de los textos antiguos, un descubrimiento cuyas consecuencias industriales y comerciales habrían sido considerables.

»De igual manera, casi cien años antes de las primeras señales ópticas de Claude Chappe, en 1794, una carta de Fenelon, fechada el 26 de noviembre de 1695, y dirigida a Jean Sobieski, secretario del rey de Polonia, menciona recientes experimentos, no sólo de telegrafía óptica, sino de telefonía por portavoz.

»En 1636, un autor desconocido, Schwenter, estudia ya, en sus *Recreaciones fisicomatemáticas*, el principio del telégrafo eléctrico y cómo, según sus propios términos, "dos individuos pueden comunicar entre sí por medio de la aguja imantada". Pues bien, los

experimentos de Oersted sobre las desviaciones de la aguja imantada datan de 1819. También esta vez habían transcurrido casi dos siglos de olvido.

«Citaré rápidamente algunos inventos poco conocidos: la campana de buzo se encuentra en un manuscrito de *Romance d'Alexandre*, del Gabinete Real de Estampas, de Berlín; la obra está fechada en 1320. Un manuscrito del poema alemán *Salman und Morolf*, escrito en 1190 (biblioteca de Stuttgart), mostraba el dibujo de un buque submarino; se conserva la inscripción: el sumergible era de cuero y podía resistir los temporales. Hallándose un día el inventor rodeado de galeras y a punto de ser capturado, hundió la embarcación y vivió catorce días en el fondo del agua, respirando por medio de un tubo flotante. En una obra escrita por el caballero Ludwig von Hartenstein, alrededor de 1510, se puede ver el dibujo de un traje de buzo; a la altura de los ojos, aparecen dos aberturas obturadas por cristales. En el casco, un largo tubo terminado con una espita permite el acceso del aire exterior. A derecha e izquierda del dibujo figuran los accesorios indispensables para el descenso y la ascensión, a saber: suelas de plomo, y una pértila con escalones.

»Veamos otro ejemplo de olvido: un escritor desconocido, nacido en 1729 en Montebourg, cerca de Coutances, publicó una obra titulada *Giphantie*, anagrama de la primera parte del nombre del autor, Tiphaigne de la Roche. Se describe en ella no sólo la fotografía de las imágenes, sino también la de los colores: "La impresión de las imágenes —escribe el autor— es cuestión del primer momento en que la tela las recibe. Ésta se saca inmediatamente y se coloca en un lugar oscuro. Una hora después, el baño se ha secado y ya tenéis un cuadro tanto más precioso cuanto que ningún arte puede imitar mejor la verdad." El autor añade: "Primeramente estudiaremos la naturaleza del cuerpo viscoso que intercepta y guarda los rayos; en segundo lugar las dificultades de su preparación y empleo, y en tercero, el juego de la luz y de esta materia desecada." Ahora bien, es sabido que el descubrimiento de Daguerre fue anunciado a la Academia de Ciencias por Araígo, un siglo más tarde, el 7 de enero de 1839. Señalemos, además, que las propiedades de ciertos cuerpos metálicos capaces de fijar las imágenes están consignadas en un tratado de Fabricius: *De rebus metallicis*, aparecido en 1566.

»Otro ejemplo: la vacuna, descrita desde tiempo inmemorial en uno de los Vedas, el *Sactaya Grantham*. Este texto fue citado por Moreau de Jonet el 16 de octubre de 1826, en la Academia de Ciencias, en su *Memoria sobre la viruela*: "Untad con el fluido de las pústulas la punta de una lanceta, introducidla en el brazo mezclando el fluido con la sangre, y se producirá fiebre; entonces esta enfermedad será muy leve y no inspirará ningún temor." Sigue la descripción exacta de todos los síntomas.

»¿Y los anestésicos? Se habría podido consultar a este respecto una obra de Denis Papin, escrita en 1681 y titulada: *Le traite des opérations sans douleur*, o resucitar los antiguos experimentos de los chinos con el extracto de cáñamo índico, o incluso utilizar el vino de mandrágora, muy conocido en la Edad Media, completamente olvidado en el siglo xvii, y cuyos efectos estudió el doctor Auriol, médico de Toulouse en 1823. Nadie ha soñado siquiera en verificar los resultados obtenidos.

»¿ Y la penicilina? En este caso, podemos citar ante todo un conocimiento empírico, a saber, las compresas de queso de Roquefort, empleadas en la Edad Media; pero podemos observar a este respecto algo todavía más singular. Ernst Duchesne, alumno de la Escuela de Sanidad militar de Lyon, presentó el 17 de diciembre de 1897 una tesis titulada: *Contribución al estudio de la oposición vital entre los microorganismos: antagonismo entre el moho y los microbios*. En esta obra se registran experimentos que ponen de manifiesto la acción *delpenicillium glaucum* sobre las bacterias. Pues bien, esta tesis pasó inadvertida. Insisto en este ejemplo de olvido evidente en una época muy próxima a la nuestra, en pleno florecimiento de la bacteriología.

»¿Se quieren más ejemplos? Son innumerables y habría que dedicar una conferencia a cada uno. Citaré como más destacado el del oxígeno, cuyos efectos fueron estudiados en el siglo xv por un alquimista llamado Eck de Sulsback, como observó Chevreul en *el Journal des Savants*, de octubre de 1849; por lo demás, Teofrasto decía ya que la llama era alimentada por un cuerpo aeriforme, opinión que era también mantenida por san Clemente de Alejandría.

»No citaré ninguna de las anticipaciones extraordinarias de Roger Bacon, Cyrano de Bergerac y otros, pues es demasiado fácil atribuirlas sólo a la imaginación. Prefiero mantenerme en el terreno sólido de los hechos comprobables. A propósito del automóvil (y excusándome por insistir en un tema que muchos de vosotros conocéis mejor que yo), señalaré, que en el siglo XVII, un tal Jean Hautch, de Nuremberg, construyó "carruajes con resorte". En 1645, se ensayó un vehículo de esta clase en el recinto del Temple, y tengo entendido que la sociedad comercial fundada para explotar el invento no pudo llegar a actuar. Tal vez se le presentaron obstáculos comparables a los que tuvo que sufrir la primera "Sociedad de Transportes Parisienses", cuya iniciativa, recuerdo, se debió a Pascal, quien la hizo patrocinar por el nombre y la fortuna de un amigo suyo, el duque de Roanué.

»Incluso en descubrimientos más importantes, desconocemos la influencia de los datos proporcionados por los antiguos. Cristóbal Colón confesó sinceramente todo lo que debía a los sabios, a los filósofos y a los poetas de la Antigüedad. Se ignora generalmente que Colón copió dos veces el coro del segundo acto de *Medea*, tragedia de Séneca, en la que el autor hablaba de un mundo cuyo descubrimiento estaba reservado a los siglos futuros. Se puede consultar esta copia en el manuscrito de *Las profecías*, que se encuentra en la biblioteca de Sevilla. Colón recordó también, y a menudo, la afirmación de Aristóteles en su tratado *De Cielo* a propósito de la esfericidad de la Tierra.

»¿ Acaso no tenía razón Joubert al observar que *nada hace a los espíritus tan imprudentes y tan vanos como la ignorancia del tiempo pasado y el desprecio de los libros antiguos?* Según escribía admirablemente Rivarol, *todo Estado es un barco misterioso anclado en el cielo*, se podría decir, a propósito del tiempo, que el barco del porvenir está anclado en el cielo del pasado. Sólo el olvido nos amenaza con los peores naufragios.

»Éste parece alcanzar sus límites con la historia increíble, si no fuese verdadera, de las minas de California. En junio de 1848, Marshall descubrió por primera vez pepitas de oro en la orilla de un curso de agua junto al cual vigilaba la construcción de un molino. Ahora bien, Hernán Cortés había pasado antes por allí, buscando, en California, a los mejicanos que se decían detentadores de tesoros considerables; Cortés revolvió el país, hurgó en todas las chozas, sin pensar siquiera en coger un poco de arena; durante tres siglos, las bandas españolas y las misiones de la Compañía de Jesús pisotearon las arenas auríferas, buscando siempre más lejos su Eldorado. Sin embargo, en 1737, más de cien años antes del descubrimiento de Marshall, los lectores de la *Gaceta de Holanda* habrían podido saber que las minas de oro y de plata de Sonora, eran explotables, pues su periódico daba su situación exacta. Es más, en 1767, se podía comprar en París un libro titulado *Histoire naturelle et chile de la Californie*, donde el autor, Buriell, describía las minas de oro y citaba el testimonio de los navegantes sobre las pepitas. Nadie prestó atención a aquel artículo, ni a esta obra, ni a estos hechos que, un siglo más tarde, provocaron la "carrera del oro". Pero, ¿hay alguien que aún lea los relatos de los antiguos viajeros árabes? Sin embargo, se encontrarían en ellos indicaciones preciosas para la prospección minera.

»El olvido, en realidad, lo abarca todo. Largas investigaciones, comprobaciones precisas, me han dado la convicción de que Europa y Francia poseen tesoros que no explotan en absoluto: a saber, los documentos antiguos de nuestras grandes bibliotecas. Ahora bien, toda técnica industrial debe elaborarse partiendo de tres dimensiones: la experiencia, la ciencia y la Historia. Eliminar o despreciar esta última es dar prueba de or-

gullo y de ingenuidad. Es también preferir el riesgo de encontrar lo que aún no existe o intentar adaptar razonablemente lo que es a lo que se desea obtener. Antes de lanzarse a costosas inversiones el industrial debe estar en posesión de todos los elementos tecnológicos del problema. Está claro que no basta en absoluto la sola investigación de la anterioridad de las patentes para poner a punto una técnica en un momento dado de la Historia. En efecto, las industrias son mucho más antiguas que las ciencias; deben estar, pues, perfectamente informadas de la historia de sus procedimientos, de los que a menudo están menos enteradas de lo que imaginan.

»Los antiguos, con técnicas muy simples, obtenían resultados que podemos reproducir, pero que, a menudo, nos costaría mucho trabajo explicar, a pesar del gran arsenal teórico de que disponemos. Esta sencillez era el don por excelencia de la ciencia antigua.

»Sí, me diréis, pero, ¿y la energía nuclear? Responderé a esta objeción con una cita que debería hacernos reflexionar un poco. En un libro muy raro, casi desconocido incluso para muchos especialistas, aparecido hace más de ochenta años y titulado *Les Atlantes*, un autor que se ocultó prudentemente tras el seudónimo de Roisel expuso los resultados de cincuenta y seis años de investigaciones y trabajos sobre la ciencia antigua.

Pues bien, al exponer los conocimientos científicos que atribuye a los atlantes, Roisel escribe estas líneas extraordinarias en su época: *Consecuencia de esta actividad incesante fue, en efecto, la aparición de la materia, de este otro equilibrio cuya ruptura determinaría igualmente poderosos fenómenos cósmicos. Si por una causa desconocida se desintegrase nuestro sistema solar, sus átomos constituyentes, convertidos inmediatamente en activos por la independencia, brillarían en el espacio con una luz inefable, que anunciaría a lo lejos una vasta destrucción y la esperanza de un mundo nuevo.* Me parece que este último ejemplo basta para hacer comprender toda la profundidad de la frase de Mademoise He Bertin: *No hay nada nuevo salvo lo que se ha olvidado.*

»Veamos ahora qué interés práctico tiene para la industria un sondeo sistemático del pasado. Cuando proclamo que hay que prestar el más vivo interés a los trabajos antiguos, no se trata en absoluto de realizar una labor de erudición. Sólo es preciso, en función de un problema concreto planteado por la industria, rebuscar en los documentos científicos y técnicos antiguos, si existen o bien hechos significativos desatendidos, o bien procedimientos olvidados, pero dignos de interés y que tengan relación directa con la cuestión planteada.

»Las materias plásticas, cuya invención nos parece tan reciente, podrían haber sido descubiertas mucho antes si alguien se hubiese preocupado de reanudar ciertos experimentos del químico Berzelius.

»En lo que atañe a la metalurgia, señalaré un hecho bastante importante. Al principio de mis investigaciones sobre ciertos procedimientos químicos de los antiguos, me había sorprendido bastante no poder reproducir en el laboratorio experimentos metalúrgicos que, no obstante, creía que estaban descritos con mucha claridad. En vano trataba de comprender las razones del fracaso, pues había observado las indicaciones y las proporciones dadas. Al reflexionar, advertí que, a pesar de todo, había cometido un error. Había utilizado fundentes *químicamente puros*, mientras que los antiguos se servían *de fundentes impuros*, es decir, de sales obtenidas a base de productos naturales y capaces, por consiguiente, de provocar acciones catalíticas. Y, en efecto, la experiencia confirmó este punto de vista. Los especialistas comprenderán cuán importantes perspectivas abren estas observaciones. Podrían realizarse grandes economías de combustible de energía adaptando a la metalurgia ciertos procedimientos antiguos que, casi todos, se apoyan en la acción de catalizadores. Sobre este punto, mis experimentos han sido confirmados tanto por los trabajos del doctor Ménétrier sobre la acción catalítica de los oligoelementos, como por la investigación del alemán Mittash sobre las catálisis en la química de los

antiguos. Por vías distintas, se han obtenido resultados convergentes. Esta convergencia parece demostrar que ha llegado el tiempo, en tecnología, de tener en cuenta la importancia fundamental de la noción de calidad y de su papel en la producción de todos los fenómenos cuantitativos observables.

»Los antiguos conocían procedimientos metalúrgicos que parecen olvidados, por ejemplo, el temple del cobre en ciertos baños orgánicos. Así obtenían instrumentos extraordinariamente duros y penetrantes. No eran menos hábiles en fundir este metal, incluso en el estado de óxido. Sólo voy a dar un ejemplo. Un amigo mío, especialista en prospección minera, se encontraba al noroeste de Agadés, en pleno Sahara. Allí descubrió minerales de cobre que presentaban señales de fusión y fondos de crisol que aún contenían metal. Ahora bien, no se trataba de un sulfuro, sino de un óxido, es decir, un cuerpo que, para la industria actual, plantea problemas de reducción imposibles de resolver con una simple fogata de nómada.

»En el campo de las aleaciones, uno de los más importantes de la industria actual, existen muchos hechos significativos que no escaparon a los antiguos. No solamente conocían los medios de producir directamente, partiendo de minerales complejos, aleaciones de propiedades singulares, procedimientos a los que diré de paso que la industria soviética dedica actualmente un vivo interés, sino que, además, utilizaban aleaciones especiales, como el eléctrum, que jamás hemos sentido la curiosidad de estudiar en serio, aunque conozcamos las fórmulas de fabricación.

»Apenas insistiré en las perspectivas del campo médico y farmacéutico, casi inexplorado y abierto a tantas investigaciones. Señalaré únicamente la importancia del tratamiento de las quemaduras, cuestión tanto más grave cuanto que los accidentes de automóvil y de aviación la plantean prácticamente a cada minuto. Sin embargo, la Edad Media, devastada sin cesar por los incendios, descubrió los mejores remedios contra las quemaduras, habiendo sido completamente, olvidadas sus recetas. A este respecto, conviene saber que ciertos productos de la antigua farmacopea, no solamente calmaban los dolores, sino que permitían evitar las cicatrices y regenerar las células.

»En cuanto a los colorantes y barnices, sería superfluo recordar la alta calidad de los materiales elaborados según los procedimientos de los antiguos. Los colores admirables utilizados por los pintores de la Edad Media no se han perdido como se cree generalmente; conozco al menos un manuscrito en Francia que da su composición. Nadie ha soñado jamás en adaptar y comprobar estos procedimientos. Sin embargo, los pintores modernos, si vivieran dentro de un siglo, no reconocerían sus telas, porque los colores utilizados actualmente no van a

durar mucho. Según parece, los intensos amarillos de Van Gogh han perdido ya la extraordinaria luminosidad que los caracterizaba.

»¿Se trata de minas? Indicaré a este respecto un estrecho enlace entre la investigación médica y la prospección minera. Las aplicaciones terapéuticas de las plantas, lo que hoy se llama fitoterapia, tiene, en efecto, relación con una ciencia nueva, la biogeoquímica. Esta disciplina tiene por objeto descubrir las anomalías positivas referentes a las huellas de metales en las plantas y que indican la proximidad de yacimientos minerales. De este modo se pueden determinar las afinidades particulares de ciertas plantas con respecto a ciertos metales, y estos datos pueden utilizarse tanto para la prospección minera como en el campo de la acción terapéutica. Aquí tenemos otro ejemplo característico de un hecho que me parece el más importante de la historia actual de la técnica, a saber, la *convergencia de las diversas disciplinas científicas*, lo que implica la necesidad de constantes síntesis.

»Citemos aún algunas otras direcciones de las investigaciones y aplicaciones industriales: los abonos, enorme campo en el que los químicos antiguos lograron resultados generalmente

ignorados. Pienso especialmente en lo que llamaban "la esencia de fecundidad", producto compuesto de ciertas sales mezcladas con estiércol cocido o destilado.

»La cristalería antigua, extensa materia todavía mal conocida; los romanos utilizaban ya pisos de vidrio: el estudio de los antiguos procedimientos de los vidrieros podría aportar una ayuda preciosa a la solución de problemas ultramodernos, como por ejemplo la dispersión de tierras raras y paladio en el vidrio, lo cual permitiría obtener tubos fluorescentes de luz negra.

»En cuanto a la industria textil, a despecho del triunfo de los plásticos, o más bien por razón de este

mismo triunfo, debería orientarse hacia la producción, para el comercio de lujo, de tejidos de gran calidad, que podrían teñirse por ejemplo según las normas antiguas, o incluso intentar la fabricación de aquella tela singular conocida con el nombre *depilema*. Se trataba de tejidos de lino o de lana tratados con ciertos ácidos y que resistían por igual al tajo del hierro y a la acción del fuego. Diré de paso que los galos conocían este procedimiento, que utilizaban para la fabricación de corazas.

»La ebanistería, dado el precio aún muy elevado de los revestimientos de plástico, podría encontrar soluciones ventajosas adoptando procedimientos antiguos que aumentaban considerablemente, por medio de una especie de baño, la resistencia de la madera a los diversos agentes físicos y químicos. A las empresas de obras públicas podría interesarles reanudar el estudio de cementos especiales cuyas fórmulas constan en tratados de los siglos xv y xvi y que presentan cualidades muy superiores a las del cemento moderno.

»La industria soviética ha utilizado recientemente, en la fabricación de útiles cortantes, una cerámica mucho más dura que los metales. Este endurecimiento podría estudiarse también a la luz de los antiguos procedimientos de temple.

»En fin, sin querer insistir en este problema, indicaré una orientación de las investigaciones físicas que podría tener importantes consecuencias. Me refiero a trabajos concernientes a la energía magnética terrestre. Hay en este sentido observaciones muy antiguas que jamás han sido seriamente comprobadas, a pesar de su interés indiscutible.

«Trátese, en fin, de experiencias del pasado o de posibilidades del porvenir, creo que el realismo profundo nos enseña a apartarnos del presente. Esta afirmación puede parecer paradójica, pero basta reflexionar un poco para comprender que el presente no es más que un punto de contacto entre la línea del pasado y la del porvenir. Firmemente apoyados en la experiencia atávica, debemos mirar ante nosotros más que a nuestros pies y no prestar atención exagerada al breve intervalo de desequilibrio durante el cual cruzamos el espacio y el tiempo. El movimiento de la marcha nos lo demuestra, y la lucidez de nuestra mirada debe mantener siempre equilibrada la balanza de lo que ha sido y lo que tiene que ser.»

IV

El Saber y el Poder se ocultan. — Visión de la guerra revolucionaria. — La técnica resucita los conceptos medievales. — Retorno a la edad de los Adeptos. — Un novelista tuvo buen ojo: hay «Centrales de Energía». — De la monarquía a la criptocracia. — La sociedad secreta, futura forma de gobierno. — La propia inteligencia es una sociedad secreta. — Llaman a la puerta.

En un artículo muy extraño, pero que, al parecer, reflejaba la opinión de muchos intelectuales franceses, Jean Paul Sartre negaba pura y simplemente a la bomba «H» el derecho a la existencia. La existencia, en la teoría de este filósofo, precede a la esencia. Pero se

le presenta un fenómeno cuya esencia no le interesa, y niega su existencia. ¡Singular contradicción! «La bomba "H" —escribía Jean Paul Sartre— está contra la Historia.» ¿Cómo puede estar «contra la Historia» un hecho de civilización? ¿Qué es la Historia? Para Sartre, es el movimiento que debe necesariamente conducir a las masas al poder. ¿Qué es la bomba «H»? Una reserva de poder manejable por algunos hombres. Una sociedad muy

restringida de sabios, de técnicos, de políticos, puede decidir la suerte de la Humanidad. Para que la Historia tenga el sentido que le hemos asignado, suprimamos la bomba «H». Igual veíamos el progresismo social exigiendo la detención del progreso. Una sociología nacida en el siglo XIX reclamaba el retorno a su época de origen. Entiéndase bien: nosotros no tratamos de aprobar la fabricación de armas de destrucción, ni de ir contra la sed de justicia que anima lo que hay de más puro en las sociedades humanas. Se trata de examinar las cosas desde un punto de vista diferente.

1.º Es cierto que las armas absolutas hacen pesar sobre la Humanidad una amenaza espantosa. Pero mientras estén en pocas manos, no serán utilizadas. La sociedad humana moderna sólo sobrevive porque son muy pocos los hombres de quienes depende la decisión.

2.º Estas armas absolutas sólo pueden ir desarrollándose. En la búsqueda operacional de vanguardia, el tabique entre el bien y el mal es cada vez más delgado. Todo descubrimiento al nivel de las estructuras esenciales es *a la vez* positivo y negativo. Por otra parte, las técnicas, al perfeccionarse, no se hacen más pesadas: por el contrario, se simplifican. Se sirven de fuerzas que van acercándose a las elementales. El número de operaciones se reduce; se aligera el equipo. Al final, la llave de las fuerzas universales cabrá en la palma de la mano. Un niño podrá forjarla y manejarla. Cuanto más se avance hacia la simplificación-potencia, tanto más habrá que ocultarla, levantar barreras, para asegurar la continuidad de la vida.

3.º Esta ocultación se realiza, por otra parte, sola al pasar el verdadero poder a manos de los hombres sabios. Éstos tienen un lenguaje y unas formas de pensamiento que les son propias. No es una barrera artificial. El verbo es diferente porque el espíritu se encuentra situado a otro nivel. Los hombres de ciencia han convencido a los poseedores de que poseerían más, a los gobernantes de que gobernarían más, si acudían a ellos. Y rápidamente han conquistado un lugar por encima de la riqueza y del poder. ¿Cómo? En primer lugar, introduciendo en todas partes una complejidad infinita. La idea que quiere ser directriz complica hasta el extremo el sistema que quiere destruir, para llevarle al suyo sin posibilidad de reacción defensiva, de la misma manera que la araña envuelve a su presa. Los hombres llamados «de poder», poseedores y gobernantes, no son más que intermediarios en una época que es a su vez interme diaria.

4.º Mientras las armas absolutas se multiplican, la guerra cambia de rostro. Se desarrolla un combate ininterrumpido en forma de guerrillas, de revoluciones palatinas, de celadas, de quintas columnas, de artículos, de libros y de discursos. La guerra revolucionaria remplaza a la guerra a secas. Este cambio de las formas de la guerra corresponde a un cambio de los fines de la Humanidad. Las guerras se habían hecho para «tener». La guerra revolucionaria se ha hecho para «ser». Antaño, la Humanidad se destrozaba para partirse la tierra y gozar en ella; para que algunos se repartiesen los bienes de la tierra y gozaran de ellos. Ahora, a través del incesante combate que evoca la danza de los insectos que se tientan mutuamente las

antenas, todo transcurre como si la Humanidad buscara la unión, la agrupación, la unidad para cambiar la Tierra. El deseo de gozar ha sido sustituido por la voluntad de hacer. Los hombres de ciencia, al perfeccionar también las armas psicológicas, no son extraños a este profundo cambio. La guerra

revolucionaria corresponde al nacimiento de un espíritu nuevo: el espíritu obrero, el espíritu de los obreros de la Tierra. En este sentido, la Historia es un movimiento mesiánico de las masas. Este movimiento coincide con la concentración del saber. Ésta es la fase que atravesamos en la aventura de una hominización creciente, de una asunción continua del espíritu.

Volvamos a los hechos aparentes, y entraremos de nuevo en la edad de las sociedades secretas. Cuando remontemos hacia los hechos más importantes, y por ello menos visibles, advertiremos que volvemos también a la edad de los Adeptos. Los Adeptos hacían resplandecer su conocimiento sobre un conjunto de sociedades organizadas para el mantenimiento del secreto de la técnica. No es imposible imaginar un mundo muy próximo construido según este modelo. Fuerá de esto, la Historia no se repite. Mejor dicho, si bien pasa por el mismo punto, lo hace por un sector más alto de la espiral.

Históricamente, la conservación de la técnica fue uno de los objetos de las sociedades secretas. Los sacerdotes egipcios guardaban celosamente las leyes de la geometría plana. Recientes investigaciones han comprobado la existencia en Bagdad de una sociedad que detentaba el secreto de la pila eléctrica y el monopolio de la galvanoplastia... hace dos mil años. En la Edad Media, en Francia, en Alemania y en España, se formaron concejos de técnicos. Vean ustedes la historia de la alquimia. Vean el secreto de la coloración roja del vidrio, mediante la introducción de oro en el momento de la difusión. Vean el secreto del fuego griego, aceite de lino coagulado con gelatina, antepasado del napalm. Pero no todos los secretos de la Edad Media han sido descubiertos: el del vidrio mineral flexible, el del procedimiento sencillo de obtención de la luz fría, etc. De igual manera asistimos ahora a la aparición de grupos de técnicos que guardan los secretos de fabricación, ya se trate de técnicas artesanas como la fabricación de armónicas o de bolos de cristal, ya de técnicas industriales como la producción de carburantes sintéticos. En las grandes fábricas atómicas americanas, los físicos llevan insignias que revelan su grado de saber y de responsabilidad. No se puede dirigir la palabra más que al portador de una insignia igual. Existen clubes, y las amistades y los amores surgen en el interior de cada categoría. Así se constituyen medios cerrados en todo semejantes a los concejos de la Edad Media, ya se trate de aviación a reacción, de ciclotrones o de electrónica. En 1956, treinta y cinco estudiantes chinos recién salidos del Instituto de Tecnología de Massachusetts quisieron volver a su país. No habían trabajado en problemas militares; sin embargo, se pensó que sabían demasiado. Y se les prohibió el regreso. El Gobierno chino, deseoso de recuperar a los instruidos jóvenes, propuso su intercambio con varios aviadores americanos acusados de espionaje.

La vigilancia de la técnica y de los secretos científicos no puede confiarse a la Policía. Mejor dicho, los especialistas del cuerpo de Seguridad se ven obligados a aprender las ciencias y las técnicas que tienen obligación de vigilar. Se enseña a estos especialistas a trabajar en los laboratorios nucleares, y a los físicos nucleares a velar ellos mismos por su seguridad. De suerte que se va creando una casta más poderosa que los Gobiernos y las Policías políticas.

Para completar el cuadro hay que tener en cuenta I los grupos de técnicos dispuestos a trabajar para los í países que ofrezcan más. Son los nuevos mercenarios. Son las «espadas de alquiler» de nuestra civilización, en la que el *condottiero* viste bata blanca. El África del Sur,

la Argentina y la India son sus mejores campos de acción. En ellos se forjan verdaderos imperios.

Remontémonos a los hechos menos visibles, pero más importantes. Veremos en ellos el retorno a la edad de los Adeptos. «Nada en el Universo es capaz de resistir al ardor convergente de un número bastante de inteligencias agrupadas y organizadas», decía confidencialmente Teilhard de Chardin a George Magloire.

Hace más de cincuenta años, John Buchan, que desempeñó en Inglaterra un gran papel político, escribió una novela que era al mismo tiempo un mensaje dirigido a unos cuantos espíritus despiertos. En esta novela, titulada, no por casualidad, *La central de energía*, el héroe tropieza con un caballero distinguido y discreto, que, en un tono de conversación trivial, le dirige frases bastante desconcertantes:

«—Ciertamente, en la civilización hay numerosas piedras angulares —dijo— cuya destrucción acarrearía el derrumbamiento de aquélla. Pero las piedras angulares aguantan bien.

»—No tanto... Piense que la fragilidad de la máquina aumenta cada día. A medida que la vida se complica, el mecanismo se hace más intrincado y, por ello, más vulnerable. Sus llamadas sanciones se multiplican de un modo tan desmesurado, que pierden aisladamente en seguridad. Durante los siglos de oscurantismo, había una sola gran potencia: el temor de Dios y de su Iglesia. Hoy en día, tienen ustedes una multitud de pequeñas divinidades, igualmente delicadas y frágiles, cuya única fuerza proviene de nuestro consentimiento tácito en no discutirlas.

»—Olvida usted una cosa —repliqué—, y es el hecho de que los hombres están, en realidad, de acuerdo en mantener la máquina en marcha. Esto es lo que llamo hace un momento "buena voluntad".

»—Ha puesto usted el dedo en el único punto importante. La civilización es una conjuración. ¿De qué les serviría su Policía si cada criminal encontrase asilo al otro lado del estrecho, o sus salas de Justicia si otros tribunales no reconocieran sus decisiones? La vida moderna es el pacto no formulado de los poseedores para el mantenimiento de sus pretensiones. Y este pacto será eficaz hasta el día en que se celebre otro para despojarles.

»—No discutamos lo indiscutible —dije—. Pero yo me imaginaba que el interés general obligaba a los espíritus mejores a participar en esto que llama usted conspiración.

»—Lo ignoro —dijo, con lentitud—. ¿Son realmente los espíritus mejores los que actúan a favor del pacto? Vea la conducta del Gobierno. A fin de cuentas, estamos dirigidos por aficionados y personas de segundo orden. Los métodos de nuestras administraciones llevarían a la quiebra a cualquier empresa particular. Los métodos del Parlamento (discúlpeme) avergonzarían a cualquier junta de accionistas. Nuestros dirigentes simulan adquirir el saber por la experiencia, pero están lejos de ponerle el precio que pagaría un hombre de negocios, y, cuando lo adquieren, no tienen el valor de aplicarlo. ¿Cree que tiene algún atractivo, para un hombre genial, el vender su cerebro a nuestros malos gobernantes?

»Y, sin embargo, el saber es la única fuerza... ahora y siempre. Un pequeño dispositivo mecánico será capaz de hundir flotas enteras. Una nueva combinación química transformará todas las reglas de la guerra. Lo mismo puede decirse del comercio. Bastarán algunas modificaciones ínfimas para poner a Gran Bretaña al nivel de la República del Ecuador, o para dar a China la llave de la riqueza mundial. Y, mientras tanto, no queremos pensar en que estos altibajos sean posibles. Tomamos nuestro castillo de naipes por la fortaleza del Universo.

»Jamás he tenido el don de la palabra, pero lo admiro en los demás. Los discursos de este género producen un hechizo malsano, una especie de embriaguez, de la que uno casi se avergüenza. Me sentía interesado, y más que a medias seducido.

»—Pero, veamos —le dije—, el primer cuidado de un inventor es publicar su invento. Como aspira a los honores y a la gloria, quiere hacerse pagar su invención. Esta se convierte en parte integrante del saber mundial, y todo el resto de éste se modifica en consecuencia. Es lo que ha pasado con la electricidad. Llama usted máquina a nuestra civilización, pero ésta es mucho más sutil que una máquina. Posee la facultad de adaptación del organismo viviente.

»—Lo que dice usted sería cierto si el nuevo conocimiento se convirtiese realmente en propiedad de todos. Pero, ¿ocurre así? De vez en cuando leo en las gacetas que un sabio eminente ha hecho un gran descubrimiento. El hombre da cuenta a la Academia *de Ciencias*, se publican artículos de fondo sobre él invento, y la fotografía de aquél aparece en los periódicos. El peligro no proviene de este hombre. No es más que un engranaje de la máquina, un adherido al pacto. Pero los que cuentan son los hombres que se mantienen fuera de éste, los artistas del descubrimiento que sólo emplearán su ciencia en el momento en que puedan hacerlo con el máximo efecto. Créame, los espíritus más grandes están al margen de la llamada civilización.

»Pareció vacilar un instante, y prosiguió:

»—Habrá personas que le dirán que los submarinos han suprimido ya al acorazado y que la conquista del aire ha anulado el dominio de los mares. Los pesimistas, al menos, así lo afirman. Pero, ¿cree usted que la ciencia ha dicho ya su última palabra con nuestros groseros submarinos y nuestros frágiles aeroplanos?

»—No dudo de que se perfeccionarán —dije—, pero los medios de defensa progresarán paralelamente.

»Movió la cabeza.

»—Es poco probable. De ahora en adelante, el saber que permite realizar los grandes ingenios de destrucción rebasa en mucho a las posibilidades defensivas. Usted ve simplemente las creaciones de la gente de segundo orden que tiene prisa en conquistar la riqueza y la gloria. El verdadero saber, el saber temible, sigue manteniéndose secreto. Pero, créame, amigo mío, existe.

»Se calló un instante, y vi el ligero contorno del humo de su cigarrillo perfilándose en la oscuridad. Después citó varios ejemplos, pausadamente, como si temiera ir demasiado lejos.

»Estos ejemplos fueron para mí la voz de alerta. Eran de diferentes clases: una gran catástrofe, una ruptura súbita entre dos pueblos, una plaga que destruía una cosecha vital, una guerra, una epidemia. No los repetiré. Entonces no creí en ello, y hoy creo todavía menos. Pero eran terriblemente chocantes, expuestos con su voz tranquila, en aquella pieza oscura, en la sombría noche de junio. Si estaba en lo cierto, aquellas calamidades no eran obra de la Naturaleza o de la casualidad, sino más bien el producto de un arte. Las inteligencias anónimas a que se refería, y que realizaban una labor subterránea, revelaban de vez en cuando su fuerza mediante una manifestación catastrófica. Me negaba a creerle, pero, mientras exponía sus ejemplos, mostrando el desarrollo del juego con singular claridad, no pude pronunciar una palabra de protesta. »A1 fin, recobré el habla.

»—Lo que usted describe es el anarquismo. Y, sin embargo, no conduce a ninguna parte. ¿A qué móvil obedecerían estas inteligencias? »Se echó a reír.

»—¿Cómo quiere que yo lo sepa? Yo no soy más que un modesto buscador, y mis investigaciones me

proporcionan curiosos documentos. Pero no podría precisarle los motivos. Veo solamente que existen grandes inteligencias antisociales. Digamos que desconfían de la máquina. A menos que no sean idealistas empeñados en crear un mundo nuevo, o simplemente artistas que aman por sí mismos a la verdad. Si tuviese que formular una hipótesis, diría que han sido necesarias estas dos últimas clases de individuos para obtener

resultados, pues los segundos logran el conocimiento, y los primeros tienen la voluntad de emplearlo.

»Un recuerdo acudió a mi memoria. Estaba en las alturas del Tirol en un prado soleado. Allí me encontraba almorcando, entre campos floridos y al norte de un torrente saltarín, después de haber pasado la mañana escalando las blancas vertientes. Había encontrado en el camino a un alemán, un hombrecillo con aires de profesor, que me hizo el honor de compartir conmigo mis bocadillos. Hablaba con desenvoltura un defectuoso inglés, y era discípulo de Nietzsche y ardiente enemigo del orden establecido.

»—Lo malo es —exclamó— que los reformadores no saben nada, y que los que saben algo son demasiado perezosos para intentar las reformas. Pero llegará un día en que se unirán el saber y la voluntad, y entonces progresará el mundo.

»—Está pintando usted un cuadro terrible —repliqué—. Pero, si estas inteligencias antisociales son tan poderosas, ¿por qué hacen tan poco? Un vulgar agente de Policía, amparado por la Máquina, puede muy bien burlarse de la mayoría de las tentativas anarquistas.

»—Exactamente —respondió—, y la civilización saldrá triunfante hasta que sus adversarios aprendan de ella misma la importancia de la Máquina. El pacto debe durar hasta que haya un anticipo. Vea los procedimientos de esta idiotez que ahora llaman nihilismo o anarquía. Algunos vagos analfabetos lanzan un reto al mundo desde el fondo de un tugurio parisense, y al cabo de ocho días están en la cárcel. En Ginebra, una docena de "intelectuales" rusos exaltados conspiran para derribar a los Romanov, y la Policía de Europa se les echa encima. Todos los Gobiernos y sus poco inteligentes fuerzas policíacas se dan la mano y, en un abrir y cerrar de ojos, ¡adiós conspiradores! Porque la civilización sabe utilizar las energías de que dispone, mientras que las infinitas posibilidades de los no oficiales se van en humareda. La civilización triunfa porque es una liga mundial; sus enemigos fracasan porque no son más que una capillita. Pero suponga...

»Se calló de nuevo y se levantó del sillón. Acercándose al interruptor, inundó la sala de luz. Deslumbrado, alcé los ojos hacia mi huésped y vi que me sonreía amablemente, con toda la gentileza de un viejo gentleman.

»—Me gustaría oír el final de sus profecías —declaré—. Decía usted...

»—Decía esto: suponga a la anarquía instruida por la civilización y convertida en internacional. ¡Oh, no me refiero a esas bandas de borricos que se titulan con gran alharaca "Unión Internacional de Trabajadores" y otras estupideces por el estilo! Quiero decir que se internacionalice la verdadera sustancia pensante del mundo. Suponga que las mallas del cordón civilizado se encuentren entrelazadas con otras mallas que constituyen una cadena mucho más poderosa. La Tierra está rebosante de energías incoherentes y de inteligencia desorganizada. ¿Ha pensado alguna vez en el caso de China? Encierra millones de cerebros pensantes que se ahogan en actividades ilusorias. No tienen dirección, ni energía conductora, de modo que el resultado de sus esfuerzos es igual a cero y el mundo entero se burla de China. Europa le arroja de vez en cuando un préstamo de algunos millones, y ella, en justa correspondencia, se encomienda cínicamente a las oraciones de la cristiandad. Pero suponga usted...

»—Es una perspectiva atroz —exclamé— y, a Dios gracias, no la creo realizable. Destruir por destruir constituye una idea demasiado estéril para tentar a un nuevo Napoleón, y nada pueden hacer ustedes sin tener uno.

»—No sería en absoluto destrucción —replicó suavemente—. Llamemos iconoclastia a esta abolición de las fórmulas que siempre ha unido a una multitud de idealistas. Y no hace falta un Napoleón para realizarla. Sólo se necesita una dirección que podría venir de

hombres mucho menos dotados que Napoleón. En una palabra, bastaría con una Central de Energía para inaugurar la era de los milagros.»

Si se piensa que Buchan escribía estas líneas alrededor de 1910, y si pensamos en los trastornos sufridos por el mundo después de aquella época y en los movimientos que arrastran en la actualidad a China, el África y a la India, podemos preguntarnos si no habrán entrado efectivamente en acción una o muchas «Centrales de Energía». Esta visión sólo parecerá novelesca a los observadores superficiales, es decir, a los historiadores llevados por el vértigo de «la explicación de los hechos», lo cual no es, en definitiva, más que una manera de escoger entre los hechos. En otra parte de esta obra describimos una central de energía que ha fracasado, pero después de sumir al mundo en fuego y sangre: la central fascista. Tampoco se puede dudar de la existencia de una central de energía comunista, ni de su prodigiosa eficiencia. «Nada en el Universo podría resistir el ardor convergente de un número bastante de inteligencias agrupadas y organizadas.» Repito esta cita: su verdad resplandece aquí.

Tenemos de las sociedades secretas una idea de colegial. Vemos de una manera fútil los hechos singulares. Para comprender el mundo venidero, tendríamos que escarbar, refrescar, vigorizar la idea de sociedad secreta, por el estudio más profundo del pasado y por el descubrimiento de un punto de vista desde el cual pueda observarse el movimiento de la Historia en que nos vemos metidos.

Es posible, es probable, que la sociedad secreta sea la futura forma de gobierno en el mundo nuevo del espíritu obrero. Consideren rápidamente la evolución de las cosas. Las monarquías alegaban un poder de origen sobrenatural. El rey, los señores, los ministros, los responsables hacen cuanto pueden por salirse de lo natural, para causar asombro con su indumento, con sus palacios, con sus maneras. Lo hacen todo para ser bien visibles. Despliegan el mayor fasto posible. Y siempre están presentes. Infinitamente abordables e infinitamente distintos. «¡Alistaos bajo mi estandarte blanco!» A veces, en verano, Enrique IV se baña desnudo en el Sena, en el corazón de París. Luis XIV es un sol, pero cualquiera puede entrar en cualquier momento en su palacio y asistir a sus comidas. Siempre bajo el fuego de las miradas, semidioses cargados de oro y de plumas, siempre llamando la atención, a un tiempo «aislados» y públicos. A partir de la Revolución, el poder proclama ideas abstractas y el Gobierno se oculta. Los responsables quieren hacerse pasar por hombres «como los demás» y al mismo tiempo guardan las distancias. Tanto en el plano personal como en el de los hechos, se hace difícil definir con exactitud el Gobierno. Las democracias modernas se prestan a mil interpretaciones «esotéricas». Hay pensadores que aseguran que América obedece únicamente a algunos jefes de la industria, Inglaterra a los banqueros de la City, Francia a los francmasones, etc. Con los Gobiernos surgidos de la guerra revolucionaria, el poder se

oculta casi completamente. Los testigos de la revolución china, de la guerra de Indochina y de la guerra de Argelia, los especialistas del mundo soviético, todos se sienten impresionados por la inmersión de poder en los misterios de la masa, por el secreto que envuelve a las responsabilidades, por la imposibilidad de saber «quién es quién» y «quién decide qué». Entra en acción una verdadera criptocracia. Aquí no tenemos tiempo de analizar este fenómeno, pero podría escribirse una obra sobre el advenimiento de lo que llamamos criptocracia. En una novela de Jean Lartéguy, que fue actor de la revolución en Azerbaiyán, de la guerra de Palestina y de la guerra de Corea, un capitán francés cae prisionero después de la derrota de Dien-Bien-Fu:

«Glatigny volvió a encontrarse en un refugio en forma de túnel, largo y estrecho. Estaba sentado en el suelo, con la espalda desnuda apoyada en la tierra del mundo ante él, un nha qué en cuclillas fuma un tabaco infecto, liado en un viejo papel de periódico.

»El nha qué va descubierto. Lleva uniforme caqui sin insignias. Está descalzo y los dedos de sus pies se abren voluptuosamente en el barro tibio del refugio. Entre dos chupadas, pronuncia algunas palabras, y un bodoi de movimientos ágiles y ondulantes se inclina sobre Glatigny:

»—El jefe del batallón pregunta a usted dónde estar comandante francés que mandar punto apoyo.

«Glatigny tiene un reflejo de militar tradicional: no puede comprender que este nha qué acurrucado y que fuma un tabaco apestoso mandase como él un batallón, tuviese el mismo grado y las mismas responsabilidades que él... Es, pues, uno de los responsables de la División 308, la mejor instruida de todo el Ejército Popular; y este campesino salido de su arrozal le ha derrotado a él, a Glatigny, descendiente de una de las grandes dinastías militares de Occidente...»

Paul Mouset, periodista célebre, corresponsal de guerra en Indochina y en Argelia, me decía: «Siempre he tenido la impresión de que el boy o el pequeño tendero eran, acaso, los grandes responsables... El mundo nuevo disfraza a sus jefes, como esos insectos que se confunden con las ramas, con las hojas...»

Después de la muerte de Stalin, los expertos políticos no logran ponerse de acuerdo sobre la identidad del verdadero gobernante de la URSS. En el momento en que estos expertos nos aseguran al fin que es Beria, nos enteramos de que éste acaba de ser ejecutado. Nadie podría designar por sus nombres a los dueños de un país que domina mil millones de hombres y la mitad de las tierras habitables del Globo...

La amenaza de guerra sirve para revelar la forma real de los Gobiernos. En junio de 1955, América había previsto una «operación de alerta», en el curso de la cual el Gobierno salía de Washington para ir a trabajar a «algún lugar de los Estados Unidos». En el caso de que este refugio fuese destruido, se había previsto un procedimiento según el cual el Gobierno transfería sus poderes a un Gobierno fantasma (la expresión literal es «Gobierno de sombras») designado desde ahora y para entonces. Este Gobierno lleva consigo senadores, diputados y expertos cuyos nombres no pueden ser divulgados. De esta forma se anunció oficialmente el paso a la criptocracia, en uno de los países más poderosos del planeta.

En caso de guerra, sin duda veríamos los Gobiernos aparentes reemplazados por estos «Gobiernos de sombras», instalados tal vez en las cavernas de Virginia, el de los Estados Unidos, y en una estación flotante del Ártico, el de la URSS. Y a partir de este momento, sería delito de alta traición revelar la identidad de los responsables. Armadas de cerebros electrónicos para reducir al mínimo el personal administrativo, las sociedades secretas organizarían el gigantesco combate de los dos bloques de la Humanidad. Ni siquiera se excluye la posibilidad de que estos Gobiernos se alojaran fuera de nuestro mundo, en los satélites artificiales que giran alrededor de la Tierra.

No hacemos filosofía-ficción ni historia-ficción. Hacemos realismo fantástico. Nos mostramos escépticos en muchos de los puntos en que menos lo son los espíritus que pasan por «razonables». No buscamos en modo alguno orientar la atención hacia un vano ocultismo, hacia una interpretación mágico-delirante de los hechos. No proponemos ninguna religión. Creemos en la inteligencia. Pensamos que, llegada a un cierto nivel, la inteligencia misma es una sociedad secreta. Opinamos que su poder será ilimitado cuando se desarrolle por entero, como un roble en campo libre, en vez de hallarse encogida como en una maceta.

Conviene, pues, considerar de nuevo la idea de sociedad secreta, en función de las perspectivas que acabamos de descubrir y de otras, más extrañas aún, que pronto se manifestarán a nuestros ojos. Aquí, como en otros lugares, sólo hemos podido esbozar el trabajo para la investigación y la reflexión. Sabemos perfectamente que nos exponemos a que nuestra visión de las cosas parezca una locura: y es que decimos rápida y brutalmente lo que tenemos que decir, como quien llama a la puerta de un hombre que duerme cuando el tiempo apremia.

LA ALQUIMIA COMO EJEMPLO

Un alquimista en Café Procope, en 1953. — Conversación acerca de Gurdjieff. — Un hombre que afirma saber que la piedra filosofal es una realidad. — Bergier me lleva a toda velocidad por un extraño atajo. — Lo que veo me libera del estúpido desprecio del progreso. — Nuestra opinión sobre la alquimia: ni revelación, ni avance a tientas. — Breve meditación sobre la espiral y la esperanza.

En marzo de 1953 conocí por primera vez a un alquimista. La cosa ocurrió en el Café Procope, que experimentó en aquella época una breve resurrección. Cuando yo estaba escribiendo mi libro sobre Gurdjieff, un gran poeta preparó aquella entrevista; después volví a ver a menudo a aquel nombre singular, sin penetrar, empero, sus secretos.

Yo tenía ideas primitivas, extraídas de las nociones populares, sobre la alquimia y los alquimistas, y estaba lejos de saber que éstos aún existían. El hombre que se sentaba frente a mí, en la mesa de Voltaire, era joven y

elegante. Tenía una sólida instrucción clásica, seguida de estudios de química. En aquel entonces, se ganaba la vida en el comercio y frecuentaba a muchos artistas, así como a algunas gentes de mundo.

No llevo ningún Diario íntimo, pero, en ciertas ocasiones importantes, suelo anotar mis observaciones o mis sentimientos. Aquella noche, al volver a casa, escribí lo que sigue:

«¿Qué edad puede tener? Él me ha dicho treinta y cinco años. No lo entiendo. Cabello blanco, rizoso, partido sobre el cráneo como una peluca. Numerosas y profundas arrugas bajo un cutis rosado y en un semblante lleno. Pocos ademanes; lentos, mesurados, hábiles. Sonrisa tranquila y aguda. Ojos risueños, pero que ríen para sí. Todo revela una edad diferente. En su conversación, ni un quiebro, ni una desviación, ni un fallo en la presencia del espíritu. Este semblante afable y fuera del tiempo tiene algo de esfinge. Incomprensible. Y no es sólo una impresión mía. A. B., que, desde hace semanas, le ve casi todos los días, me dice que jamás, ni un segundo, le ha sorprendido en una sola falta de "objetividad superior".

»Lo que le hace condenar a Gurdjieff:

»1.º Quien siente la necesidad de enseñar no vive enteramente su doctrina y no ha llegado a la cima de la iniciación.

»2.º En la escuela de Gurdjieff no hay mediación material entre el alumno a quien se ha persuadido de su nada y la energía que debe llegar a poseer para pasar al ser real. Esta energía —esta "voluntad de la voluntad", dice Gurdjieff— debe encontrarla el alumno en sí mismo, y sólo en sí mismo. Ahora bien, este paso es parcialmente falso y sólo puede conducir a la desesperación. Esta energía existe fuera del hombre, y se trata de captarla. El católico que comulga: captación espiritual de esta energía. Pero, ¿y los que no tienen fe? Si no se

tiene fe, hay que tener fuego: esto es toda la alquimia. Un verdadero fuego. Un fuego material. Todo comienza, todo llega por el contacto de la materia.

»3.º Gurdjieff no vivía solo; siempre estaba rodeado de otras personas como en un falansterio. "Hay un camino en la soledad, hay ríos en el desierto." No hay camino ni ríos en el hombre que se mezcla con los otros.

»Le hago preguntas sobre la alquimia que deben de parecerle tontas. Pero no lo demuestra y responde:

»Sólo materia, nada más que contacto con la materia, trabajo con la materia, trabajo manual.

«Insiste mucho en esto:

»—¿Le gusta la jardinería? Es un buen comienzo, porque la alquimia puede compararse a la jardinería.

»—¿Le gusta la pesca? La alquimia tiene algo de común con la pesca.

»Trabajo de mujeres y juego de niños.

»No se puede enseñar alquimia. Todas las obras literarias que han pasado por los siglos contienen una parte de esta enseñanza. Son el hecho de hombres adultos —verdaderamente adultos— que hablaron a los niños, respetando las leyes del conocimiento adulto. En una gran obra, jamás se nota la falta de "los principios". Pero el conocimiento de estos principios y el camino que lleva a estos principios deben permanecer ocultos. Sin embargo, existe un deber de ayuda mutua para los investigadores del primer grado.

»A eso de la medianoche, le interrogué sobre Fulcanelli,¹⁷ y él me explicó que Fulcanelli no ha muerto.

»—Se puede vivir —me dice— infinitamente más de lo que imagina el hombre que no ha despertado. Y se puede cambiar totalmente de aspecto. Yo lo sé. Mis ojos saben. Sé también que la piedra filosofal es una realidad. Pero se trata de un estado de la materia distinto del que conocemos. Este estado, como todos los otros estados, es susceptible de mediciones. Los medios de trabajo y de medición son sencillos y no requieren aparatos complicados: trabajo de mujeres y juego de niños...

»Y añade:

»—Paciencia, esperanza, trabajo. Y, sea cual fuere el trabajo, jamás se trabaja bastante.

»Esperanza: en alquimia, la esperanza se funda en la certeza de que existe un fin. Yo no habría empezado —dice— si no me hubiesen demostrado claramente que este fin existe y que es posible alcanzarlo en esta vida.»

Tal fue mi primer contacto con la alquimia. Si la hubiese abordado por medio de los libros mágicos, creo que mis investigaciones no habrían ido muy lejos: falta de tiempo, falta de afición a la erudición literaria. Y también falta de vocación: esta vocación que invade al alquimista, cuando éste aún no se tiene por tal, en el momento en que se abre por primera vez un antiguo tratado. Yo no tengo vocación de hacer sino de comprender; no de realizar, sino de ver. Pienso, como dice mi viejo amigo André Billy, que «comprender es tan hermoso como cantar», aun en el caso de que la comprensión sea fugaz.¹⁸ Soy un hombre que tiene prisa, como la mayoría de mis contemporáneos. Tuve el contacto más moderno que cabe tener con la alquimia: una conversación en una tasca de Saint Germain des Prés. Después, mientras intentaba dar un sentido más completo a lo que me había dicho aquel hombre joven, tropecé con Jacques Bergier, que no salía lleno de polvo de una buhardilla llena de libros viejos, sino de los lugares en que se concentra la vida del siglo: los laboratorios y las oficinas de información. Bergier buscaba también alguna cosa por las rutas de la alquimia. Y no era para hacer una peregrinación al pasado. El extraordinario hombrecillo, atiborrado de secretos de la energía atómica, había tomado

¹⁷ Autor de *El misterio de las catedrales* y de *Las moradas filosofales*, publicadas por Plaza & Janes.

¹⁸ En su cárcel de Reading, Oscar Wilde descubre que la distracción del espíritu es el crimen fundamental, que la atención extrema revela el acuerdo perfecto entre todos los acontecimientos de una vida, pero sin duda también, en un plano más vasto, el acuerdo perfecto entre todos los elementos y todos los movimientos de la Creación, la armonía de todas las cosas. Y exclama: «Todo lo que es comprendido está bien.» Es ésta la frase más bella que conozco.

aquel camino como atajo. Volé, agarrado a sus faldones y a una velocidad supersónica, entre los textos venerables concebidos por sabios enamorados de la lentitud, borrachos de paciencia. Bergier tenía la confianza de algunos de los hombres que, todavía hoy, se entregan a la alquimia. Tenía también el oído de los sabios modernos. A su lado, pronto adquirí la certeza de que existe una estrecha relación entre la alquimia tradicional y la ciencia de vanguardia. Vi que la inteligencia tendía un puente entre dos mundos. Avancé por este puente, y vi que aguantaba. Sentí una dicha muy grande y un profundo apaciguamiento. Refugiado desde hacía tiempo en el pensamiento antiprogresista hindú, adepto de Gurdjieff, viendo el mundo de hoy como un principio del Apocalipsis, profundamente desesperanzado y sin esperar más que un triste fin de los tiempos, sin ser lo bastante orgulloso para considerarme hombre aparte, he aquí que veía de pronto cómo el porvenir y el pasado se daban la mano. La metafísica del alquimista, varias veces milenaria, ocultaba una técnica comprensible o casi comprensible, en el siglo xx. Las técnicas horripilantes de hoy se abrían sobre una metafísica casi siempre a la de los tiempos antiguos. ¡Falsa poesía la de mi vacío! El alma inmortal de

los hombres lanzaba la misma luz a ambos lados del puente.

Acabé por creer que los hombres, en un pasado muy remoto, habían descubierto los secretos de la energía y de la materia. Y no sólo por la meditación, sino también por la manipulación. No sólo espiritualmente, sino técnicamente. El espíritu moderno, por caminos diferentes, por las rutas, desde hacía tiempo repelentes a mis ojos, de la razón pura, de la irreligiosidad, con medios diferentes y que me habían parecido feos, se aprestaba a su vez a descubrir los mismos secretos. Se interrogaba, se entusiasmaba y se inquietaba a un tiempo. Tendía a lo esencial, igual que el espíritu de la alta tradición.

Vi entonces que la oposición entre la «sabiduría» milenaria y la «locura» contemporánea era una invención de la inteligencia, demasiado débil y demasiado lenta, un producto de compensación para el intelectual incapaz de la fuerte aceleración que su época le exige.

Hay varias maneras de tener acceso al conocimiento esencial. Nuestro tiempo tiene las suyas. Las antiguas civilizaciones tuvieron las propias. Y no me refiero únicamente al conocimiento teórico.

Vi, en fin, que, siendo las técnicas de hoy aparentemente más poderosas que las de ayer, este conocimiento esencial que sin duda tenían los alquimistas (y otros sabios, antes que ellos) llegarían a nosotros aún con mayor *fuerza*, con mayor peso, con más peligros y con más exigencias. Alcanzamos el mismo punto que los antiguos, pero a diferente altura. Más que condensar al espíritu moderno en nombre de la sabiduría de iniciación de los antiguos, más que negar esta sabiduría declarando que el conocimiento real comienza con nuestra civilización, convendría admirar, convendría venerar la potencia del espíritu que bajo aspectos diferentes, vuelve a pasar por el mismo punto de luz, elevándose en espiral. Antes que condensar, repudiar, escoger, convendría amar. El amor lo es todo: reposo y movimiento a la vez.

Vamos a someterles los resultados de nuestras investigaciones sobre la alquimia. No se trata, desde luego, más que de esbozos. Para aportar a este tema una contribución realmente positiva, necesitaríamos diez o veinte años sin hacer otra cosa, y, posiblemente, facultades que no tenemos. Sin embargo, lo que hemos hecho y la manera de hacerlo dan a este pequeño trabajo un aspecto diferente al de las obras hasta ahora consagradas a la alquimia. Encontrarán en él pocas declaraciones sobre la historia y la filosofía de esta ciencia tradicional, pero sí algunas luces sobre los lazos inesperados entre los sueños de los viejos «filósofos químicos» y las realidades de la física actual. Mejor será que declaremos enseguida nuestro propósito:

La alquimia, a nuestro entender, podría ser uno de los más importantes residuos de una ciencia, de una técnica y de una filosofía pertenecientes a una civilización desaparecida. Lo que hemos descubierto en la alquimia, a la luz del saber contemporáneo, no nos invita a pensar que una técnica tan sutil, complicada y precisa, puede ser producto de una «revelación divina» caída del cielo. Y no es que rechacemos toda idea de revelación. Pero jamás hemos visto, al estudiar los santos y los grandes místicos, que Dios hable a los hombres empleando el lenguaje de la técnica: «Coloca tu crisol bajo la luz polarizada, hijo mío. Limpia las escorias con agua tridestilada.»

Tampoco creemos que la técnica alquímista haya podido desarrollarse a tientas, a base de ínfimos trucos de ignorantes o de fantasías de maníacos del crisol, hasta llegar a lo que bien puede llamarse una desintegración atómica. Más bien nos inclinamos a creer que en la alquimia existen restos de una ciencia desaparecida, difíciles de comprender y de utilizar, a falta de texto. Partiendo de estos residuos, forzosamente tuvo que haber tanteo, pero en una dirección determinada. Hubo también abundancia de interpretaciones técnicas, morales, religiosas. Hubo, en fin, para los detentadores de aquellos restos; la imperiosa necesidad de guardar el secreto.

Pensamos que nuestra civilización, al alcanzar un saber que es tal vez el mismo de otra civilización precedente, pero en otras condiciones y con otro estado de espíritu, debería tener el mayor interés en interrogar en serio a la antigüedad para acelerar su propia progresión.

Por último, pensamos esto: el alquímista, al final de su «trabajo» sobre la materia advierte, según la leyenda, que se opera en él mismo una especie de transmutación. Lo que ocurre en su crisol, ocurre también en su conciencia o en su alma. Hay un cambio de estado. Todos los textos tradicionales insisten en ello y evocan el momento en que se cumple la «Gran Obra» y en que el alquímista se convierte en «hombre despierto». Nos parece que estos viejos textos describen de esta manera el término de todo conocimiento real de las leyes de la materia y de la energía, comprendido el conocimiento técnico. Nuestra civilización se precipita hacia la obtención de tal conocimiento. No nos parece absurdo pensar que los hombres están llamados, en un porvenir relativamente próximo, a «cambiar de estado», como el alquímista legendario, a sufrir alguna transmutación. A menos que nuestra civilización no perezca por entero antes de alcanzar el fin, como acaso han desaparecido otras civilizaciones. Pero aun así, en nuestro último segundo de lucidez, no debemos desesperar, sino pensar que, si la aventura del espíritu se repite, es cada vez en un grado más alto de la espiral. Lo único que haríamos sería dejar a otros milenios el trabajo de llevar esta aventura hasta su punto final, hasta el centro inmóvil, y desapareceríamos llenos de esperanza.

||

Cien mil libros que nadie consulta. — Interesa una expedición científica al país de la alquimia. — Los inventores. — La locura del mercurio. — Lenguaje cifrado. — ¿Hubo otra civilización atómica? — Las pilas del museo de Bagdad. — Newton y los grandes iniciados. — Hehetius y Spinoza ante el oro filosofal. — Alquimia y física moderna. — Una bomba de hidrógeno en un horno de cocina. — Materializar, humanizar, espiritualizar.

Se conocen más de cien mil libros o manuscritos de alquimia. Esta enorme literatura, a la que se han consagrado espíritus de calidad, hombres importantes y honrados, esta enorme literatura que afirma solemnemente su fidelidad a los hechos, a las realidades

experimentales, no ha sido jamás explorada científicamente. El pensamiento dominante, católico antaño, racionalista hoy, ha mantenido en torno de estos textos una conspiración de ignorancia y de desprecio. Cien mil libros y manuscritos contienen tal vez algunos de los secretos de la energía y de la materia. Si no es verdad, al menos lo proclaman. Los príncipes, los reyes y las repúblicas han fomentado innumerables expediciones a países lejanos y subvencionado investigaciones científicas de toda clase. Jamás se ha reunido un equipo de criptógrafos, de historiadores, de biólogos y de sabios, físicos, químicos, matemáticos y biólogos, en una biblioteca de alquimia completa, con la misión de ver lo que haya de verdadero y de utilizable en sus viejos tratados. Es algo inconcebible. Que sea posible y duradera tal cerrazón de espíritu, que sociedades humanas tan civilizadas y aparentemente desprovistas de prejuicios

como la nuestra, puedan olvidar en un desván cien mil libros y manuscritos con el marbete: «Tesoro», debe ser bastante para convencer a los demás escépticos de que vivimos en el mundo de lo fantástico.

Las raras investigaciones que se hacen sobre la alquimia se deben, o bien a los místicos que buscan en los textos una confirmación de sus actitudes espirituales, o bien a historiadores que no mantienen ningún contacto con la ciencia y la técnica.

Los alquimistas hablan de la necesidad de destilar mil y mil veces el agua que servirá para la preparación del Elixir. Nosotros hemos oído decir a un historiador especializado que tal operación era una locura. Ignoraba todo lo referente al agua pesada y a los métodos empleados para enriquecer el agua simple y convertirla en pesada. Hemos oído afirmar a un erudito que el refinamiento y la purificación indefinidamente repetidas de un metal o de un metaloide no cambian en nada las propiedades de éste, por lo que sólo cabía ver en las recomendaciones de la alquimia un místico aprendizaje de paciencia, un gesto ritual comparable al de desgranar un rosario. Sin embargo, gracias a tal refinamiento, por medio de una técnica descrita por los alquimistas y que hoy llamamos « fusión de la zona », se prepara el germanio y el silicio puros de los transistores. Ahora sabemos, gracias a estos trabajos sobre los transistores, que, al purificar a fondo un metal y al introducir seguidamente en él algunas millonésimas de grano de impurezas cuidadosamente elegidas, se da al metal tratado propiedades nuevas y revolucionarias. No queremos multiplicar los ejemplos, pero quisiéramos dar a entender hasta qué punto sería deseable un examen verdaderamente metódico de la literatura alquimista. Sería un trabajo ímparo, que exigiría decenas de años de labor y decenas de investigadores pertenecientes a todas las disciplinas. Ni Bergier ni yo hemos podido siquiera esbozarlo, pero si nuestro libraco mal pergeñado llegase a decidir un día a un mecenas a facilitar los medios de aquel trabajo, pensaríamos que no habíamos perdido nuestro tiempo.

Al estudiar un poco los textos de alquimia, hemos comprobado que éstos son generalmente modernos en relación con la época en que fueron escritos, mientras que las obras de ocultismo están atrasadas.

Por otra parte, la alquimia es la única práctica pararreligiosa que ha realmente enriquecido nuestro conocimiento de la realidad.

Alberto el Grande (1193-1280) logró preparar la potasa cáustica. Fue el primero en describir la composición química del cinabrio, de la cerusa y del minio.

Raimundo Lulio (1235-1315) preparó el bicarbonato potásico.

Teofrasto Paracelso (1493-1541) fue el primero en describir el cinc, hasta entonces desconocido. Introdujo igualmente el uso de compuestos químicos en la medicina.

Giambattista della Porta (1541-1615) preparó el óxido de estaño.

Jean-Baptiste van Helmont (1577-1644) afirmó la existencia de los gases.

Basilio Valentín (cuya verdadera identidad nadie averiguó jamás) descubrió en el siglo xvii el ácido sulfúrico y el ácido clorhídrico.

Johann Rudolf Glauber (1604-1668) encontró el sulfato de sodio.

Brandt (fallecido en 1692) descubrió el fósforo.

Johann Friedrich Boetticher (1682-1719) fue el primer europeo que hizo porcelana.

Blaise Vigenére (1523-1596) descubrió el ácido benzoico.

Éstos son algunos de los trabajos de alquimia que enriquecen a la Humanidad en el momento en que la química progresaba.¹⁹ A medida que se desarrollan otras ciencias, la alquimia parece seguir y a menudo precede al progreso. Le Bretón, en su *Clefs de la Philosophie Spagyrique*, en 1722, habla del magnetismo en términos más que inteligentes y frecuentemente anticipa descubrimientos modernos. El padre Castel, en 1728, en el momento en que empiezan a difundirse las ideas sobre la gravitación, habla de ésta y de sus relaciones con la luz con palabras que, dos siglos más tarde, parecerán eco del pensamiento de Einstein:

«He dicho que si se suprimiese el peso del mundo, se suprimiría al mismo tiempo la luz. Por lo demás, la luz y el sonido, y todas las demás cualidades sensibles son una continuación y como un resultado de la mecánica y, en consecuencia, del peso de los cuerpos naturales, que son más o menos luminosos o sonoros, según tengan más peso e impulso.»

En los tratados modernos de alquimia, se mencionan a menudo, y antes que en las obras universitarias, los últimos descubrimientos de la física nuclear, y es probable que los tratados de mañana mencionarán las teorías físicas y matemáticas más abstractas que existan.

Hay una distinción clara entre la alquimia y las falsas ciencias como la radiestesia, que introduce las ondas o los rayos en sus publicaciones cuando la ciencia ya los ha descubierto. Todo parece invitarnos a pensar que la alquimia es capaz de aportar una contribución importante a los conocimientos y a las técnicas del porvenir fundados en la estructura de la materia.

Hemos comprobado también, en la literatura alquimista, la existencia de un número impresionante de textos que son pura locura. A veces se ha querido explicar este delirio por medio del psicoanálisis (Jung, *Psicología y alquimia*, o Herbert Silberer, *Problemas del misticismo*). Más a menudo, y toda vez que la alquimia contiene una doctrina metafísica y presupone una actitud mística, los historiadores, los curiosos y sobre todo los ocultistas se han encarnizado interpretando aquellas actitudes dementes en el sentido de la revelación sobrenatural, del vaticinio inspirado. Nos ha parecido razonable tener, al lado de los textos técnicos y sabios, a los textos dementes por textos dementes. Nos ha parecido también que esta demencia del adepto experimentador podía tener una explicación material, sencilla y satisfactoria. Los alquimistas utilizaban con frecuencia el mercurio. Su vapor es tóxico; y el envenenamiento crónico provoca el delirio. Teóricamente, los recipientes empleados se cerraban herméticamente, pero es posible que no todos los adeptos poseyeran el secreto de aquel cierre y que la locura atacase a más de un «filósofo químico».

En fin, nos ha chocado el aspecto de criptograma de la literatura alquimista. Blaise Vigenére al cual hemos citado hace un momento, inventó los códigos perfeccionados y los métodos de cifra más ingeniosos. Sus inventos en esta materia se utilizan todavía en la actualidad. Ahora bien, es probable que Blaise Vigenére aprendiera esta ciencia al tratar de interpretar los textos de alquimia. Convendría, pues, añadir a los equipos de investigadores que quisieramos ver reunidos, a algunos especialistas de criptografía.

¹⁹ Cf. *Le Miroir de la Magie*, por Kurt Seligmann. Éditions Fasquelle, París. Traducción española, *Historia de las magias*, Enciclopedia Horizonte n.º 15. Plaza & Janes. Barcelona, 1971.

«Con el fin de dar un ejemplo más claro —escribe René Alleau—,²⁰ tomaremos el juego del ajedrez, del que todo el mundo conoce la relativa sencillez de sus reglas y sus elementos, así como la infinita variedad de sus combinaciones. Si suponemos que el conjunto de tratados acromáticos de la alquimia se nos presenta como *otras tantas partidas anotadas en un lenguaje convencional*, tendremos que admitir ante todo, honradamente, que ignoramos por igual las reglas del juego y la clave utilizada. En otro caso afirmamos que la indicación criptográfica se compone de signos directamente comprensibles para cualquier individuo, *lo cual es precisamente la ilusión inmediata que debe producir un criptograma bien compuesto*. Así, la prudencia nos aconseja no dejarnos seducir por la tentación de un sentido claro, y estudiar estos textos como si estuvieran escritos en lengua desconocida.

»Al parecer, estos *mensajes* van dirigidos únicamente a otros jugadores, a otros alquimistas de los que debemos suponer que ya poseen, por algún medio distinto de la tradición escrita, la clave necesaria para la comprensión del lenguaje.»

Por mucho que nos remontemos en el pasado, encontramos manuscritos de alquimia. Nicolás de Valois, en el siglo xv, deducía de ello que las transmutaciones, que los secretos y la técnica de la liberación de la energía *eran conocidos por los hombres antes que la misma escritura*. La arquitectura precedió a la escritura. Quizá fue incluso una forma de escritura. Vemos también a la alquimia íntimamente ligada a la arquitectura. Uno de los textos de alquimia más significativos, cuyo autor es el *sieur* Esprit Gobineau de Montluisant, se titula: *Explicaciones muy curiosas de los enigmas y figuras jeroglíficas que se encuentran en la fachada principal de NotreDame de París*. Las obras de Fulcanelli están consagradas al «Misterio de las catedrales» y a la minuciosa descripción de las «Moradas filosofales». Ciertas construcciones medievales dan testimonio de la

costumbre inmemorial de transmitir por medio de la arquitectura el mensaje de la alquimia que se remontaría a edades infinitamente remotas en la Humanidad.

Newton creía en la existencia de una cadena de iniciados que se extendía en el tiempo hasta una remota antigüedad, y que conocían los secretos de las transmutaciones y de la desintegración de la materia. El sabio atomista inglés Da Costa Andrade, en un discurso pronunciado en Cambridge ante sus colegas con ocasión del tricentenario de Newton, en 1946, no vaciló en decir que el descubridor de la gravitación pertenecía tal vez a aquella cadena y no había revelado al mundo más que una pequeña parte de su saber:

«No puedo —dijo— tener la esperanza de convencer a los escépticos de que Newton poseía dones proféticos o de clarividencia especial que le habrían revelado la energía atómica, pero diré sencillamente que las frases que voy a citar rebasan con mucho, en la mente de Newton al hablar de la transmutación alquímica, la inquietud de una commoción en el comercio mundial a consecuencia de la síntesis del oro. Veán lo que escribió Newton:

»"Esta manera de impregnar el mercurio fue mantenida en secreto por los que sabían y constituye probablemente la puerta de algo más noble (que la fabricación del oro) que no puede ser comunicado sin que el mundo corra un inmenso peligro, si no mienten los escritos de Hermes."

»Y, más adelante añade Newton: "Existen otros grandes misterios además de la transmutación de los metales, si los grandes maestros dicen la verdad. Sólo ellos conocen estos secretos."

»Al reflexionar en el sentido profundo de este pasaje, recordad que Newton habla con la misma reticencia y con la misma prudencia al anunciar sus propios descubrimientos en el campo de la óptica.»

²⁰ *Aspects de l'Alchimie Traditionnelle*. Éditions de Minuit, París.

¿A qué pasado pertenecerán estos grandes maestros invocados por Newton, y de qué pasado habrían ellos mismos extraído su ciencia?

«Si he subido tan alto —dice Newton— es porque iba en hombros de gigantes.»

Atterbury, contemporáneo de Newton, escribió:

«La modestia nos enseña a hablar con respeto de los antiguos, sobre todo cuando no conocemos a la perfección sus obras. Newton, que se las sabía casi de memoria, tenía para ellos el mayor respeto y los consideraba hombres de profundo genio y de espíritu superior, que habían llevado sus descubrimientos en todos los campos mucho más lejos de lo que hoy nos parece, por lo que resta de sus escritos. Hay más obras antiguas perdidas que conservadas, y tal vez las de nuestros nuevos descubridores no valen lo que las antiguas perdidas.»

Para Fulcanelli, la alquimia sería el lazo con civilizaciones desaparecidas hace milenios e ignoradas por los arqueólogos. Naturalmente, ningún arqueólogo tenido por serio y ningún historiador que goce de igual reputación admitirán la existencia en el pasado de civilizaciones poseedoras de una ciencia y de una técnica superiores a las nuestras. Pero una ciencia y una técnica avanzadas simplifican hasta el extremo los aparatos, y acaso tengamos ante los ojos sus vestigios y no sepamos verlos como tales. Ningún arqueólogo y ningún historiador serio podrán realizar excavaciones capaces de aportar alguna luz al respecto, sin una previa e intensa formación científica. Quizá la especialización de las disciplinas, consecuencia necesaria del fabuloso progreso contemporáneo, nos oculte algo fabuloso del pasado.

Sabido es que un ingeniero alemán, encargado de construir las alcantarillas de Bagdad, descubrió entre el revoltillo del museo local, y bajo el vago rótulo de «objetos de culto», pilas eléctricas fabricadas diez siglos antes de Volta, bajo la dinastía de los sasánidas.

Mientras la arqueología sea sólo practicada por los arqueólogos, no sabremos si la «noche de los tiempos» era oscura o luminosa.

«Jean Frédéric Schweitzer, llamado Helvetius, violento adversario de la alquimia, explica que, en la madrugada del 27 de diciembre de 1666, se presentó en su casa un desconocido.²¹ Era un hombre de aspecto honrado y grave, de rostro autoritario, y que vestía una simple capa, como los mennonitas. Habiendo preguntado a Helvetius si creía en la piedra filosofal (a lo cual el famoso doctor respondió negativamente), el desconocido abrió una cajita de marfil *que contenía tres pedazos de una sustancia parecida al vidrio o al ópalo*. Su propietario declaró que era la famosa piedra y que con una cantidad tan ínfima podía producir veinte toneladas de oro. Helvetius sostuvo en la mano uno de los fragmentos y, después de dar las gracias al visitante por su amabilidad, le rogó que le diera un poco. El alquimista se negó, en tono brusco, añadiendo con más cortesía que ni por toda la hacienda de Helvetius se separaría de la menor partícula de aquel mineral, por una razón que no le estaba permitido divulgar. Al rogarle que diese alguna prueba de lo que decía, realizando una transmutación, el extranjero respondió que volvería tres semanas más tarde y mostraría a Helvetius una cosa que le dejaría asombrado. Se presentó puntualmente el día prometido, pero se negó a actuar, afirmando que le estaba prohibido revelar el secreto. Accedió, empero, a darle a Helvetius un pequeño fragmento de la piedra, "no mayor que un grano de mostaza". Y como el doctor expresara sus dudas de que una cantidad tan pequeña pudiese producir el menor efecto, el alquimista rompió el corpúsculo en dos, arrojó una mitad y le tendió la otra, diciendo: "Con esto le basta."»

²¹ Tomamos este relato de la obra de Kurt Seligmann, ya citada.

«Nuestro sabio tuvo entonces que confesar que, durante la primera visita del extranjero, había logrado apropiarse de algunas partículas de la piedra y que con ellas había transformado el plomo, no en oro, sino en vidrio. "Habríais tenido que envolver vuestro botín en cera amarilla —respondió el alquimista—; esto habría ayudado a penetrar el plomo y a transformarlo en oro." El hombre prometió volver al día siguiente, a las nueve de la mañana, y realizar el milagro; pero no acudió, y tampoco al siguiente día. Viendo lo cual, la mujer de Helvetius le persuadió de que intentara él mismo la transmutación.

»Helvetius procedió de acuerdo con las instrucciones del extranjero. Derritió tres dracmas de plomo, envolvió la piedra con cera y la dejó caer en el metal líquido. ¡Éste se transformó en oro! "Lo llevamos inmediatamente al orfebre, el cual declaró que era el oro más fino que jamás hubiera visto, y ofreció por él cincuenta florines por onza." Helvetius, al terminar su explicación, nos dice que sigue teniendo en su poder el lingote de oro, prueba tangible de la transmutación. "Ojalá los Santos Ángeles de Dios velen por él (el alquimista anónimo) como sobre una fuente de bendiciones para la cristiandad. Tal es nuestro ruego constante, por él y por nosotros."

»La noticia corrió como reguero de pólvora. Spinoza, al que no podemos contar entre los ingenuos, quiso llegar hasta el final de la historia. Visitó al orfebre que había dictaminado sobre el oro. Su informe fue más que favorable: al fundir aquél, la plata incorporada a la mezcla se había transformado igualmente en oro.

El orfebre, Brechtel, era monedero del duque de Orange. Conocía ciertamente su oficio. Es difícil creer que fuera víctima de un engaño o que hubiese querido burlarse de Spinoza. Spinoza se dirigió entonces a la casa de Helvetius, el cual le mostró el oro y el crisol que había servido para la operación. Algunos restos del precioso metal permanecían aún adheridos al interior del recipiente; como los otros, Spinoza quedó convencido de que se había producido realmente la transmutación.»

La transmutación, para el alquimista, es un fenómeno secundario, realizado simplemente a título de demostración. Es difícil formarse una opinión sobre la realidad de estas transmutaciones aunque diversas observaciones, como la de Helvetius o la de Van Helmont, por ejemplo, parecen de gran peso. Se puede alegar que el arte del prestidigitador no tiene límites, pero, ¿se habrían consagrado cuatro mil años de búsqueda y cien mil volúmenes o manuscritos a una simple patraña? Nosotros sostendemos otra cosa, según veremos enseguida. Lo sostendemos tímidamente, porque el peso de la opinión científica adquirida es muy temible. Intentaremos describir el trabajo del alquimista, que conduce a la fabricación de la «piedra» o «polvo de proyección», y veremos cómo la interpretación de ciertas operaciones choca con nuestro saber actual sobre la estructura de la materia. Pero no es evidente que nuestros conocimientos de los fenómenos nucleares sea perfecto, definitivo. La catálisis, en particular, puede intervenir en estos fenómenos de una manera no esperada por nosotros.²²

No es imposible que ciertas mezclas naturales produzcan, bajo el efecto de los rayos cósmicos, reacciones nucleocatalíticas en gran escala, conducentes a una transmutación masiva de elementos. En ello podría verse una de las claves de la alquimia y la razón por la cual el alquimista repite indefinidamente sus manipulaciones, hasta el momento en que se dan las condiciones cósmicas adecuadas.

Pero hay una objeción: si son posibles transmutaciones de esta naturaleza, ¿qué ocurre con la energía desprendida? Muchos alquimistas habrían hecho saltar la ciudad en que

²² En diversos países se están realizando trabajos para la utilización de partículas (producidas por poderosos aceleradores) para catalizar la fusión del hidrógeno.

habitaban y algunos kilómetros cuadrados de su patria al mismo tiempo. Habrían tenido que producirse numerosas e inmensas catástrofes.

Los alquimistas replican: precisamente porque ocurrieron tales catástrofes en un remoto pasado, tememos a la tremenda energía encerrada en la materia y guardamos secreta nuestra ciencia. Además, la «Gran Obra» se alcanza mediante fases progresivas, y el que al cabo de decenas y decenas de años de manipulaciones y de ascetismo, aprende a desencadenar las fuerzas nucleares, aprende al mismo tiempo las precauciones que tiene que tomar para evitar el peligro.

¿Es sólido este argumento? Tal vez sí. Los físicos actuales admiten que, en ciertas condiciones, la energía de una transmutación nuclear podría ser absorbida por partículas especiales, a las que llaman neutrinos o antineutrinos. Parecen existir algunas pruebas de la existencia del neutrino. Acaso hay tipos de transmutación que liberan poca energía, o en los cuales la energía liberada se va en forma de neutrinos. Más adelante volveremos sobre ello.

M. Eugéne Canseliet, discípulo de Fulcanelli y uno de los mejores especialistas actuales de la alquimia, se quedó parado ante un pasaje de un estudio que Jacques Bergier había escrito como prólogo de una de las obras clásicas de la Biblioteca Mundial. Se trataba de una antología del siglo XVI. En dicho prólogo, aludía Bergier a los alquimistas y a su voluntad de secreto. Decía así: «En este particular, sería difícil no darles la razón. Si existe un procedimiento que permita fabricar bombas de hidrógeno en un horno de cocina, es sin duda preferible que tal procedimiento no sea revelado.»

M. Eugéne Canseliet nos respondió entonces: «Importa sobre todo que no se tome esto por una chuscada. Su visión es exacta, y estoy en condiciones de afirmar que puede lograrse la fusión atómica partiendo de un mineral relativamente común y barato, y ello mediante un proceso de operaciones que sólo requieren una buena chimenea, un horno de fundición de carbón, unos cuantos mecheros "Mecker" y cuatro botellas de gas butano.»

No se excluye, pues, la posibilidad de que, incluso en física nuclear, se obtengan resultados importantes por medios simples. Toda ciencia y toda técnica tienden a lo mismo.

«Podemos más de lo que sabemos», decía Roger Bacon. Pero añadía esta frase, que bien podría ser un adagio de alquimia: «Aunque no todo esté permitido, todo es posible.»

No nos cansaremos de repetir que, para el alquimista, el poder sobre la materia y la energía no es más que una realidad accesoria. El verdadero fin de las operaciones de la alquimia, que acaso son residuos de una ciencia muy antigua perteneciente a una civilización desaparecida, es la transformación del propio alquimista, su ascenso a un estado de conciencia superior. Los resultados materiales son sólo promesas de un resultado último, que es espiritual. Todo tiende a la transmutación del hombre mismo, a su divinización, a su fusión en la energía divina fija, de la cual irradian todas las energías de la materia. La alquimia es la ciencia «con conciencia» de que nos habla Rabelais. Es una ciencia

que humaniza más que materializa, según se desprende de las frases del padre Teilhard de Chardin, que decía: «La verdadera física es la que logrará integrar al Hombre total en una representación coherente del mundo.» «Sabed —escribía un maestro alquimista—,²³ sabed todos los investigadores de este Arte, que el Espíritu lo es todo, y que si en este Espíritu no se encierra otro Espíritu semejante, el todo no aprovecha para nada.»

III

²³ *La Tourbe des Philosophes*, en «Bibliothéque des Philosophes», 1741.

Donde vemos a un pequeño judío que prefiere la miel al azúcar. — Donde un alquimista que podría ser el misterioso Fulcanelli habla del peligro atómico en 1937, describe la pila atómica y evoca civilizaciones desaparecidas. — Donde Bergier abre una caja de caudales con soplete y se pasea con una botella, de uranio bajo el brazo. — Donde un comandante americano innombrado busca a un Fulcanelli definitivamente desaparecido. — Donde Oppenheimer canta a dúo con un sabio chino de hace mil años.

Era en 1933. El pequeño estudiante judío tenía la nariz puntiaguda y usaba gafas redondas, detrás de las cuales brillaban unos ojos vivos y fríos. En su cráneo redondo raleaba ya una cabellera parecida a un plumero. Un horrible acento, agravado por el tartamudeo, daba a sus frases el tono cómico y confuso de un chapuzón de patos en un estanque. Cuando se le conocía un poco mejor, daba la impresión de que una inteligencia ávida, tensa, sensible y extraordinariamente rápida bullía en el interior de aquel hombrecillo desgarbado, lleno de astucia y de infantil torpeza en el vivir, como un enorme globo rojo sujetado por un hilo a la muñeca de un niño.

—Entonces, ¿quiere usted ser alquimista? —pregunta el venerable profesor al estudiante Jacques Bergier, que, con la cabeza baja, estaba sentado en el borde de un sillón, con una cartera atiborrada de papeles sobre las rodillas.

El venerable era uno de los más grandes químicos franceses.

—No le comprendo, señor —dijo el estudiante, fastidiado.

Tenía una memoria prodigiosa, y recordó haber visto, cuando tenía seis años, un grabado alemán que representaba dos alquimistas trabajando, en medio de un desorden de retortas, tenazas, crisoles y sopletes. Uno de ellos, harapiento y boquiabierto, vigilaba el fuego, mientras el otro, de barba y cabellos alborotados, se rascaba la cabeza, vacilante, en el fondo del zaquizamí.

El profesor consultó un legajo:

—Durante sus dos últimos años de labor, se ha interesado usted principalmente por el curso libre de física nuclear de M. Jean Thibaud. En este curso no se obtiene ningún diploma, ningún certificado. Sin embargo, expresa usted el deseo de seguir por este camino. En último término, habría comprendido su curiosidad en un físico. Pero usted se dedica a la química. ¿Pretende, acaso, aprender a fabricar oro?

—Señor —dijo el estudiante judío, alzando sus manos gordezuelas y descuidadas—, creo en el porvenir de la física nuclear. Creo que en un futuro próximo se realizarán transmutaciones industriales.

—Me parece una locura.

—Pero, señor...

A veces se detenía al principio de una frase y se ponía a repetirla, como un fonógrafo estropeado, no por descuido, sino porque su espíritu se iba a dar una vuelta inconfesable del *brazo* de la poesía. Sabía de memoria millares de versos y todos los poemas de Kipling:

Copieron todo lo que podían seguir pero no podían alcanzar mi espíritu; por eso los dejé, jadeantes y pensativos, un año y medio atrás.

—Pero, señor, si no cree usted en las transmutaciones, debería al menos creer en la energía nuclear. Los enormes recursos potenciales del núcleo...

—Ta, ta, ta —dijo el profesor—. Esto es primitivo e infantil. Lo que los físicos llaman energía nuclear es una constante de integración en sus ecuaciones. Es una idea filosófica, ni más ni menos. La conciencia no hace marchar las locomotoras, ¿no cree? Soñar en una máquina accionada por energía nuclear... No, hijo mío.

El muchacho tragó saliva.

—Baje de las nubes y piense en su porvenir. Lo que le impulsa, en este momento, ya que no parece salir usted de la infancia, es uno de los más viejos sueños de los hombres: el sueño de la alquimia. Lea de nuevo a Berthelot. Éste describió bien la quimera de la transmutación de la materia. Usted no tiene unas notas muy, muy brillantes. Le daré un consejo: ingrese cuanto antes en la industria. Haga una campaña azucarera. Tres meses en una fábrica de azúcar le harán tocar de nuevo la realidad. Y le hace falta. Le hablo como un padre.

El hijo ingrato, balbuciendo, le dio las gracias, y salió con la nariz muy alta, colgando la abultada cartera de su corto brazo. Era testarudo: se dijo que tenía que obtener provecho de aquella conversación, pero que la miel era mejor que el azúcar. Seguiría estudiando los problemas del núcleo atómico. Y se documentaría sobre la alquimia.

Y así fue como mi amigo Jacques Bergier decidió proseguir unos estudios tenidos por inútiles y complementarlos con otros que eran juzgados como cosa de locura. Las necesidades de la vida, la guerra y los campos de concentración le apartaron un poco de la ciencia nuclear. Sin embargo, aportó a ella alguna contribución apreciada por los especialistas. En el transcurso de sus investigaciones, los sueños de los alquimistas y las realidades de la física matemática se encontraron una vez más. Pero, desde 1933, se produjeron grandes cambios en el terreno científico, y mi amigo tuvo cada vez menos la impresión de navegar contra la corriente.

Desde 1934 a 1940, Jacques Bergier fue colaborador de André Helbronner, uno de los hombres notables de nuestra época. Helbronner, asesinado por los nazis en Buchenwald, en marzo de 1944, había sido en Francia el primer catedrático de físico-química. De esta ciencia, fronteriza entre las dos disciplinas, nacieron después gran número de otras ciencias: la electrónica, la nuclear, la estereotrónica.²⁴ Helbronner debía recibir la gran medalla de oro del Instituto Franklin por sus descubrimientos sobre los metales coloidales. Se había interesado igualmente por la licuefacción de los gases, por la aeronáutica y por los rayos ultravioleta.

En 1934, se consagraba a la física nuclear y había montado, con el concurso de grupos industriales, un laboratorio de investigación nuclear, donde se obtuvieron resultados de gran interés hasta 1940. Helbronner era además perito ante los Tribunales para todos los asuntos referentes a la transmutación de los elementos, y esto dio ocasión a Jacques Bergier de conocer a un cierto número de falsos alquimistas, timadores o iluminados; y a un alquimista verdadero.

Mi amigo no supo jamás el verdadero nombre de este alquimista y, si lo hubiera sabido, se habría guardado muy bien de dar demasiados detalles. El hombre del que vamos a hablar desapareció hace ya mucho tiempo, sin dejar rastro visible. Ha entrado en la clandestinidad, después de haber cortado voluntariamente todos los puentes que le unían con el siglo. Bergier está convencido de que se trataba del hombre que, bajo el seudónimo de Fulcanelli, escribió allá, por el año 1920 dos libros extraños y admirables: *Las moradas filosofales* y *El misterio de las catedrales*. Estos libros fueron editados gracias a las gestiones de M. Eugène Canseliet, que jamás reveló la identidad del autor.²⁵ Figuran, ciertamente, entre las

²⁴ La estereotrónica es una ciencia novísima que estudia la transformación de la energía en los sólidos. Una de sus aplicaciones es el transistor.

²⁵ Estas dos obras han sido reeditadas por el Omnium Littéraire, 72, Champs Élysées, París. La primera edición es de 1925. Estaba agotada desde hacía tiempo y los curiosos compraban los raros ejemplares en circulación, pagando por ellos decenas de miles de francos. La edición en español, como ya se ha citado, lo ha sido por Plaza & Janes, S. A.

obras más importantes sobre la alquimia. Manifiestan unos conocimientos y una sabiduría extraordinarios, y conocemos a más de un hombre de elevado espíritu que venera el nombre legendario de Fulcanelli.

«¿Podría —escribe M. Eugéne Canseliet—, al llegar a la cima del conocimiento, negarse a obedecer las órdenes del Destino? Nadie es profeta en su tierra. Este antiguo adagio nos da, tal vez, la razón oculta del trastorno que provocó, en la vida solitaria y estudiosa del filósofo, la chispa de la revelación. Bajo los efectos de esta divina llama, el hombre se consume por entero. Nombre, familia, patria, todas las ilusiones, todos los errores, todas las vanidades, caen hechos polvo. Y de estas cenizas, como el fénix de los poetas, renace una nueva personalidad. Así, al menos, lo quiere la tradición filosófica.

»Mi maestro lo sabía. Desapareció cuando sonó la hora fatídica, cuando se cumplió la señal. ¿Quién se atrevería a sustraerse a la ley? Yo mismo, a pesar de la laceración de una separación dolorosa, pero inevitable, si me ocurriera hoy el feliz acontecimiento que obligó a mi maestro a huir de los homenajes del mundo, no me comportaría de otra manera.»

M. Eugéne Canseliet escribió estas líneas en 1925. El hombre que dejaba a su cuidado la edición de sus obras se disponía a cambiar de aspecto y de ambiente. Una tarde de junio de 1937, Jacques Bergier creyó tener excelentes razones para creer que se hallaba en presencia de Fulcanelli.

A petición de André Helbronner, mi amigo se entrevistó con el misterioso personaje en el prosaico escenario de un laboratorio de ensayos de la Sociedad del Gas, de París. He aquí, íntegra, su conversación:

—M. André Helbronner, del que tengo entendido que es usted ayudante, anda buscando la energía nuclear. M. Helbronner ha tenido la amabilidad de ponerme al corriente de alguno de los resultados obtenidos, especialmente de la aparición de la radiactividad correspondiente al polonio, cuando un hilo de bismuto es volatilizado por una descarga eléctrica en el seno del deuterio a alta presión. Están ustedes muy cerca del éxito, al igual que algunos otros sabios contemporáneos. ¿Me permite que le ponga en guardia? Los trabajos a que se dedican ustedes y sus semejantes son terriblemente peligrosos. Y no son sólo ustedes los que están en peligro, sino también la Humanidad entera. La liberación de la energía nuclear es más fácil de lo que piensa. Y la radiactividad superficial producida puede envenenar la atmósfera del planeta en algunos años.

Además, pueden fabricarse explosivos atómicos con algunos gramos de metal, y arrasar ciudades enteras. Se lo digo claramente: los alquimistas lo saben desde hace mucho tiempo.

Bergier se dispuso a interrumpirle, protestando. ¡Los alquimistas y la física moderna! Iba a prorrumpir en sarcasmos, cuando el otro le atajó:

—Ya sé lo que va a decirme: los alquimistas no conocían la estructura del núcleo, no conocían la electricidad, no tenían ningún medio de detección. No pudieron, pues, liberar jamás la energía nuclear. No intentaré demostrarle lo que voy a decirle ahora, pero le ruego que lo repita a M. Helbronner: bastan ciertas disposiciones geométricas, sin necesidad de utilizar la electricidad o la técnica del vacío. Y ahora me limitaré a leerle unas breves líneas.

El hombre tomó de encima de su escritorio la obra de Frédéric Soddy: *L'interprétation du Radium*, la abrió y leyó:

«Pienso que existieron en el pasado civilizaciones que conocieron la energía del átomo y que fueron totalmente destruidas por el mal uso de esta energía.»

Después prosiguió:

—Le ruego que admita que algunas técnicas parciales han sobrevivido. Le pido también que reflexione sobre el hecho de que los alquimistas mezclaban preocupaciones morales y religiosas con sus experimentos, mientras que la física moderna nació en el siglo xvni de la diversión de algunos señores y de algunos ricos libertinos. Ciencia sin conciencia... He creído que hacía bien advirtiendo a algunos investigadores, aquí y allá, pero no tengo la menor esperanza de que mi advertencia fructifique. Por lo demás, .no necesito la esperanza.

Bergier se permitió hacer una pregunta:

—Si usted mismo es alquimista, señor, no puedo creer que emplee su tiempo en el intento de fabricar

oro, como Dunikovski o el doctor Miethe. Desde hace un año, estoy tratando de documentarme sobre la alquimia y sólo he tropezado con charlatanes o con interpretaciones que me parecen fantásticas. ¿Podría usted, señor, decirme en qué consisten sus investigaciones?

—Me pide usted que resuma en cuatro minutos cuatro mil años de filosofía y los esfuerzos de toda mi vida. Me pide, además, que le traduzca en lenguaje claro conceptos que no admiten el lenguaje claro. Puedo, no obstante, decirle esto: no ignora usted que, en la ciencia oficial hoy en progreso, el papel del observador es cada vez más importante. La relatividad, el principio de incertidumbre, muestran hasta qué punto interviene hoy el observador en los fenómenos. El secreto de la alquimia es éste: existe un medio de manipular la materia y la energía de manera que se produzca lo que los científicos contemporáneos llamarían un campo de fuerza. Este campo de fuerza actúa sobre el observador y le coloca en una situación privilegiada frente al Universo. Desde este punto privilegiado tiene acceso a realidades que el espacio y el tiempo, la materia y la energía suelen ocultarnos. Es lo que nosotros llamamos la Gran Obra.

—Pero, ¿y la piedra filosofal? ¿Y la fabricación de oro?

—Esto no son más que aplicaciones, casos particulares. Lo esencial no es la transmutación de los metales, sino la del propio experimentador. Es un secreto antiguo que varios hombres encontrarán todos los siglos.

—¿Y en qué se convierten entonces?

—Tal vez algún día lo sabré.

Mi amigo no debía volver a ver a aquel hombre, que dejó un rostro imborrable bajo el nombre de Fulcanelli. Todo lo que sabemos de él es que sobrevivió a la guerra y desapareció completamente después de la Liberación. Todas las gestiones para encontrarlo fracasaron.

Henos ahora en una mañana de julio de 1945. Todavía escuálido y descolorido, Jacques Bergier, vestido de caqui, está forzando una caja de caudales por medio de un soplete. Es una nueva metamorfosis. Durante los últimos años, ha sido sucesivamente agente secreto, terrorista y deportado político. La caja fuerte se encuentra en una hermosa villa, a orillas del lago Constanza, que fue propiedad del director de un gran «trust» alemán. Una vez abierta, la caja fuerte nos entrega su secreto: una botella que contiene un polvo extraordinariamente pesado. Reza el marbete: «Uranio, para aplicaciones atómicas.» Es la primera prueba formal de la existencia en Alemania de un proyecto de bomba atómica suficientemente adelantado para exigir grandes cantidades de uranio puro. Goebbels no mentía del todo cuando, desde el bunker bombardeado, hacía circular por las calles en ruinas de Berlín el rumor de que el arma secreta estaba a punto de estallar en las narices de los «invasores». Bergier dio cuenta del descubrimiento a las autoridades aliadas. Los americanos se mostraron escépticos y declararon que toda investigación sobre la energía nuclear carecía de interés. Era un ardid. En realidad, su primera bomba había estallado ya

secretamente en Alamogordo, y una misión americana, bajo la dirección del físico Goudsmidt, estaba en aquellos mismos momentos en Alemania, buscando la pila atómica que el profesor Heisenberg construyó antes del hundimiento del Reich.

1. «La opinión de los más instruidos y de los más expertos es que la persona que se ocultó, o se oculta aún en nuestros días, detrás del famoso seudónimo de Fulcanelli, es el más célebre y sin duda el único alquimista verdadero (tal vez el último) de este siglo en que el átomo es rey.» Claude d'Ygé, revista *Initiation et Science*, n.º 44, París.

En Francia no se sabía nada de cierto, pero había indicios. Y especialmente éste, para los avisados: los americanos compraban a precio de oro los manuscritos y documentos sobre alquimia.

Bergier dirigió un informe al Gobierno provisional sobre la realidad probable de investigaciones sobre explosivos nucleares, tanto en Alemania como en los Estados Unidos. Sin duda, el informe fue a parar al cesto de los papeles, y mi amigo conservó la botella, que agitaba ante las narices de la gente, declarando: «¿Ven ustedes esto? ¡Bastaría con que un neutrón pasara al interior para que volase todo París!» Al hombrecillo de cómico acento le gustaba, sin duda, bromear, y todo el mundo se maravillaba de que un deportado recién salido de Mauthausen hubiese conservado tanto humor. Pero la broma perdió bruscamente toda su gracia aquella mañana de Hiroshima. El teléfono empezó a sonar sin descanso en la habitación de Bergier. Diversas autoridades competentes pedían copias del informe. Los servicios de información americanos rogaban al poseedor de la famosa botella que se pusiera urgentemente en contacto con cierto comandante que no quería dar su nombre. Otras autoridades exigían que se apartase inmediatamente la botella de la aglomeración parisina. Todo en vano. Bergier explicó que, con toda seguridad, la botella no contenía uranio 235 puro, y que, aunque lo contuviese, el uranio estaba sin duda por debajo de la masa crítica. En otro caso, habría estallado mucho tiempo hacía. Le confiscaron su juguete, y ya no volvió a saber de él. Para consolarle, le enviaron un informe de la Dirección General de Estudios e Investigaciones Era todo lo que este organismo, dependiente de los servicios secretos franceses, sabía de la energía nuclear. El informe lucía tres sellos: «Secreto», «Confidencial» «Reservado». Contenía únicamente unos recortes de la revista *Science et Vie*.

No le quedaba más remedio, para satisfacer su curiosidad, que ponerse en contacto con el famoso comandante anónimo, del cual el profesor Goudsmidt ha contado algunas aventuras en su libro *Alsos*. Este misterioso oficial, dotado de un humor negro, había disfrazado sus servicios con la capa de una organización para la busca de las tumbas de los soldados americanos. Estaba muy agitado y parecía que lo espoleaban desde Washington. Quería saber ante todo lo que Bergier había logrado descubrir o adivinar sobre los proyectos nucleares alemanes. Pero, sobre todo, era indispensable para la salvación del mundo, para la causa aliada y para el ascenso del comandante, encontrar urgentemente a Eric Edward Dutt y al alquimista conocido por el nombre de Fulcanelli.

Dutt, sobre el cual Helbronner había sido llamado un día a declarar, era un hindú que pretendía tener acceso a unos manuscritos antiquísimos. Afirmaba haber extraído de ellos ciertos métodos de transmutaciones de los metales, y, por medio de una descarga condensada a través de un conductor de boruro de tungsteno, obtenía señales de oro en los productos recogidos. Resultados análogos serían obtenidos mucho más tarde por los rusos, aunque utilizando potentes aceleradores de partículas.

Bergier no pudo ser de gran utilidad al mundo libre, a la causa aliada y al ascenso del comandante. Eric Edward Dutt, colaboracionista, había sido fusilado por el

contraespionaje francés en África del Norte. En cuanto a Fulcanelli, se había esfumado para siempre.

Sin embargo, el comandante, en prueba de agradecimiento, hizo llevar a Bergier, antes de su aparición, las pruebas de imprenta de la memoria: *Sobre la utilización militar de la energía atómica*, por el profesor H. D. Smyth. Era el primer documento verdadero sobre la cuestión. Ahora bien, este texto contenía curiosas confirmaciones de las palabras formuladas por el alquimista en junio de 1937.

La pila atómica, útil esencial para la fabricación de la bomba, era, efectivamente, «una disposición geométrica de sustancias extremadamente puras». En un principio, este útil, tal como había dicho Fulcanelli, no requería la electricidad ni la técnica del vacío. La memoria de Smyth aludía igualmente a radiaciones venenosas, a gases, a polvos radiactivos de extremada toxicidad y que podían prepararse en grandes cantidades con relativa facilidad. El alquimista había hablado de un posible envenenamiento de todo el planeta.

«¿Cómo un investigador oscuro, aislado, místico, había podido prever o conocer esto? «¿De dónde te vienes esto, alma del hombre, de dónde te vienes esto?»

Hojeando las pruebas de la memoria, mi amigo recordaba también este pasaje de *De Alchimia*, de Alberto el Magno:

«Si tienes la desgracia de introducirte cerca de los príncipes y de los reyes, no cesarán de preguntarte: "Y bien, maestro, ¿cómo va la Obra? ¿Cuándo veremos por fin algo hueno?" Y, en su impaciencia, te llamarán pillo y trámoso y te producirán toda suerte de molestias. Y si no llegas a buen fin, sentirás todo el peso de su cólera. Si, por el contrario, tienes éxito, te guardarán con ellos en perpetuo cautiverio, con la intención de hacerte trabajar en su provecho.»

¿Había sido por esto por lo que Fulcanelli había desaparecido y los alquimistas de todos los tiempos habían guardado celosamente su secreto?

El primer y último consejo dado por el papiro Harris era: «¡Cerrad las bocas! ¡Cerrad las bocas!»

Años después en Hiroshima, el 17 de enero de 1955, Oppenheimer declararía: «En un sentido profundo que ninguna ridiculez barata podría borrar, nosotros, los sabios, hemos conocido el pecado.»

Y, mil años antes, un alquimista chino había escrito:

«Sería un terrible pecado revelar a los soldados el secreto de tu arte. ¡Atención! ¡Que no haya siquiera un insecto en el cuarto en que trabajas!»

IV

El alquimista moderno y el espíritu de investigación. — Descripción de lo que hace un alquimista en su laboratorio. — La repetición indefinida del experimento. — ¿Qué espera? — La preparación de las tinieblas. — El gas electrónico. — El agua disolvente. — La piedra filosofal, ¿es energía en suspensión? — La transmutación del propio alquimista. — La verdadera metafísica empieza más allá.

El alquimista moderno es un hombre que lee los tratados de física nuclear. Tiene por cierto que las transmutaciones y otros fenómenos todavía más extraordinarios pueden lograrse por medio de manipulaciones y con un material relativamente simple. En los alquimistas contemporáneos volvemos a encontrar el espíritu del investigador aislado. La conservación de un espíritu tal es preciosa en nuestra época. En efecto, hemos acabado por creer que el proceso de los acontecimientos ya no es posible sin un equipo numeroso, sin

aparatos enormes y sin un considerable empleo de dinero. Sin embargo, los descubrimientos fundamentales, como, por ejemplo, la radiactividad o la mecánica ondulatoria, han sido realizados por hombres aislados. América, que es el país de los grandes equipos y de los enormes medios, envía hoy sus agentes por el mundo

en busca de espíritus originales. El director de la investigación científica americana, el doctor James Killian, declaró en 1958 que era perjudicial prestar únicamente confianza al trabajo colectivo y que había que llamar a los hombres solitarios, portadores de ideas originales. Rutherford efectuó trabajos capitales sobre la estructura de la materia valiéndose de latas de conserva y de cabos de cordel. Jean Perrin y Madame Curie, antes de la guerra, enviaban a sus colaboradores al *Marché aux Puces*, los domingos, a buscar un poco de material. Naturalmente, los laboratorios provistos de grandes máquinas son necesarios, pero sería importante organizar una cooperación entre éstos y los equipos de solitarios originales. Sin embargo, los alquimistas eluden la invitación. Su norma es el secreto. Su ambición es de orden espiritual. «Está fuera de duda —escribe René Alleau— que las manipulaciones de la alquimia sirven de soporte a un ascetismo interior.» Si la alquimia contiene una ciencia, esta ciencia no es más que un medio de tener acceso a la conciencia. Importa, pues, que no trascienda al exterior, donde se convertiría en un fin.

¿Cuál es el material del alquimista? El mismo del investigador de química mineral a altas temperaturas: hornos, crisoles, balanzas e instrumentos de medición, a los que han venido a juntarse los aparatos modernos capaces de detectar radiaciones nucleares: contador Geiger, escintilómetro, etc.

Este material puede parecer irrisorio. Un físico ortodoxo no admitirá nunca que es posible fabricar un cátodo emitiendo neutrones con medios sencillos y poco costosos. Si nuestros informes no mienten, los alquimistas logran hacerlo. En tiempos en que el electrón era considerado como el cuarto estado de la materia, se inventaron dispositivos extraordinariamente onerosos y complicados para producir corrientes electrónicas. Después de lo cual, Elster y Gaitel, en 1910, demostraron que bastaba con calentar en el vacío cal al rojo. Nosotros no conocemos todas las leyes de la materia. Si la alquimia es un conocimiento más avanzado que el nuestro, empleará medios más sencillos que los nuestros.

Conocemos varios alquimistas en Francia y en los Estados Unidos. También los hay en Inglaterra, en Alemania y en Italia. E. J. Holmyard dice haber encontrado uno en Marruecos. Tres de ellos nos han escrito desde Praga. La Prensa soviética científica parece prestar actualmente gran atención a la alquimia y ha emprendido investigaciones históricas sobre ella.

Vamos a intentar ahora, por primera vez, según creemos, describir con precisión *lo que hace* un alquimista en su laboratorio. No pretendemos revelar la totalidad del método alquimista, pero creemos tener sobre el mismo algunas nociones de cierto interés. No olvidamos que el fin último de la alquimia es la transmutación del propio alquimista y que las manipulaciones no son más que un lento avance hacia la «liberación del espíritu». Intentaremos aportar alguna información nueva sobre aquellas manipulaciones.

Ante todo, y durante años enteros, el alquimista se dedica a descifrar los viejos textos, en los «cuales debe entrar el lector desprovisto del hilo de Ariadna, encontrándose sumido en un laberinto en el que todo ha sido preparado consciente y sistemáticamente para producir en el profano una inextricable confusión mental». La paciencia, la humildad y la fe le llevan a un cierto nivel de comprensión de aquellos textos, alcanzado el cual podrá comenzar el experimento alquimista. Vamos a describir este experimento, aunque nos falta un elemento. Sabemos lo que pasa en el laboratorio del alquimista. Ignoramos lo que

pasa en el alquimista mismo, en su alma. Es posible que todo esté relacionado. Es posible que la energía espiritual desempeñe un papel en las manipulaciones físicas y químicas de la alquimia. Es posible que, para el éxito del «trabajo» alquímico, sea indispensable un cierto modo de adquirir, de concentrar y de orientar la energía espiritual. Esto no es seguro, pero, en tema tan delicado, hemos de atenernos a la frase del Dante: «Veo que crees estas cosas porque yo te las digo, pero no sabes el porqué; de modo que no por ser creídas permanecen menos ocultas.»

Nuestra alquimia empieza por preparar, en un mortero de ágata, una mezcla compuesta de tres materias constitutivas. La primera, que entra en proporción de un 95 por ciento, es un mineral: una pirita arseniosa, por ejemplo, un mineral de hierro que contenga como principales impurezas arsénico y antimonio. La segunda es un metal: hierro, plomo, plata o mercurio. La tercera es un ácido de origen orgánico: ácido tartárico o cítrico. Después, muele a mano y mezcla estos elementos durante cinco o seis meses. A continuación, calienta la mezcla en un crisol. Aumenta progresivamente la temperatura y esta operación se prolonga unos diez días. Debe tomar precauciones, pues se desprenden gases tóxicos: el vapor de mercurio y, sobre todo, el hidrógeno arsenioso.

Por fin, disuelve el contenido del crisol sirviéndose de un ácido. Buscando este disolvente, los alquimistas pretéritos descubrieron el ácido acético, el ácido nítrico y el ácido sulfúrico. Esta disolución debe realizarse bajo una luz polarizada: ya sea una débil luz solar reflejada en un espejo, ya la luz de la Luna. Hoy se sabe que la luz polarizada vibra en una sola dirección, mientras que la luz normal vibra en todas las direcciones alrededor de un eje.

Después evapora el líquido y calcina el sólido. Esta operación se repite millares de veces durante muchos años. ¿Por qué? No lo sabemos. Tal vez en espera del momento en que se produzcan las mejores condiciones: rayos cósmicos, magnetismo terrestre, etc. Tal vez con el fin de obtener una «fatiga» de la materia en sus estructuras profundas que todavía ignoramos. El alquimista habla de «paciencia sagrada», de lenta condensación del «espíritu universal».

Este modo de operar, repitiendo indefinidamente la misma manipulación, puede parecer cosa de demencia al químico moderno. A éste le han enseñado que sólo existe un método experimental eficaz: el de Claude Bernard. Este método se basa en las variaciones concomitantes. Se repite miles de veces el mismo experimento, pero variando cada vez uno de los factores: proporción de uno de los constituyentes, temperatura, presión, catalizador, etc. Se anotan los resultados obtenidos y de ellos se desprenden algunas de las leyes que gobiernan el fenómeno. Es un método que ha dado pruebas de eficacia, pero no es el único. El alquimista repite su manipulación sin variar nada, hasta que se produzca algo extraordinario. En el fondo, cree en una ley natural bastante comparable al «principio de exclusión» formulado por el físico Pauli, amigo de Jung. Según Pauli, en un sistema dado (el átomo y sus moléculas) no puede haber dos partículas (electrones, protones, mesones) en el mismo estado. Todo es único en la Naturaleza: «No hay un alma idéntica a la tuya...» Por esto se pasa bruscamente, sin ningún intermediario, del hidrógeno al helio, del helio al litio, y así sucesivamente, según indica al físico nuclear la *Tabla, Periódica de los Elementos*. Cuando se añade una partícula a un sistema, aquella partícula no puede tomar ninguno de los estados existentes en el interior del sistema. Toma un estado nuevo, y la combinación con las partículas ya existentes crea un sistema nuevo y único.

Para el alquimista, de la misma manera que no hay dos almas iguales, dos seres iguales, dos plantas iguales (Pauli diría: dos electrones iguales), tampoco hay dos experimentos iguales. Si se repite millares de veces un experimento, acabará por producirse algo extraordinario. No nos consideramos autorizados para darle o negarle la razón. Nos

limitamos a observar que una ciencia moderna, la ciencia de los rayos cósmicos, ha adoptado un método comparable al del alquimista. Esta ciencia estudia los fenómenos producidos por la llegada, a un aparato detector o a una placa, de partículas de una formidable energía procedente de las estrellas. Estos fenómenos no pueden obtenerse a voluntad. Hay que esperar. De vez en cuando, se registra un fenómeno extraordinario. Así fue como, en el verano de 1957, en el curso de investigaciones realizadas en Estados Unidos por el profesor Bruno Rossi, una partícula animada de una energía extraordinaria, como jamás se había registrado y procedente tal vez de una galaxia distinta de nuestra Vía Láctea, impresionó 1.500 contadores a un tiempo, en un radio de ocho kilómetros cuadrados, creando a su paso un enorme haz de restos atómicos. No se concibe ninguna máquina capaz de producir tal energía. Jamás recuerdan los sabios un fenómeno semejante, y se ignora si volverá a producirse. Es un acontecimiento excepcional, de origen terrestre o cósmico, como el que el alquimista parece esperar que afecte a su crisol. Tal vez podría abreviar su espera utilizando medios más activos que el fuego, por ejemplo, calentando su crisol en un horno a inducción por el método de levitación,²⁶ o tal vez añadiendo isótopos radiactivos a su mezcla. Entonces podría hacer y rehacer su manipulación, no ya muchas veces por semana, sino varios miles de millares de veces por segundo, multiplicando así las probabilidades de captar «el acontecimiento» necesario para el éxito del experimento. Pero el alquimista de hoy, como el de ayer, trabaja en secreto, pobemente, y tiene la espera por virtud.

Sigamos nuestra descripción: después de varios años de un trabajo que es siempre el mismo, repetido noche y día, nuestro alquimista acaba por considerar que ha terminado la primera fase. Entonces añade a su mezcla un oxidante: nitrato de potasa, por ejemplo. En su crisol hay azufre procedente de la pirita y carbón procedente del ácido orgánico. Azufre, carbón y nitrato: en el curso de esta manipulación descubrieron la pólvora los antiguos alquimistas.

Entonces empezará de nuevo a disolver y a calcinar sin descanso, durante meses y años, esperando una señal. Las obras de alquimia difieren sobre la naturaleza de esta señal, pero ello puede deberse a que existan varios fenómenos posibles. La señal se produce en el momento de una disolución. Para ciertos alquimistas, consiste en la formación de cristales en forma de estrellas en la superficie de baño. Según otros, aparece en aquella superficie una capa de óxido que después se desgarra, descubriendo el metal luminoso en el que parece reflejarse, en imagen reducida, ora la Vía Láctea, ora las constelaciones.²⁷

Recibida esta señal, el alquimista retira su mezcla del crisol y la «deja madurar», preservada del aire y de la humedad, hasta el primer día de la primavera próxima. Al reanudar sus operaciones, éstas tienden a lo que se llama, según los viejos textos, «la preparación de las tinieblas». Algunas investigaciones recientes sobre la historia de la química han demostrado que el monje alemán Bertoldo *el Negro* (Berthold Schwarz), al que se atribuye comúnmente el invento de la pólvora, jamás existió. Es una figura simbólica de esta «preparación de las tinieblas».

La mezcla se coloca en un recipiente transparente, de cristal de roca, cerrado de una manera especial. No se sabe gran cosa de esta forma de cierre, llamado de Hermes, o hermético. El trabajo sucesivo consiste en calentar el recipiente, dosificando, con infinito cuidado, las temperaturas. La mezcla, en el recipiente cerrado, contiene siempre azufre, carbón y nitrato. Se trata de que esta mezcla alcance cierto grado de incandescencia,

²⁶ Este método consiste en suspender la mezcla que hay que fundir en el vacío, fuera de todo contacto con una pared material, por medio de un campo magnético.

²⁷ Entonces se funde mediante una corriente de alta frecuencia. El semanario americano *Life*, en enero de 1958, publicó unas estupendas fotos de un horno de esta clase en acción. Jacques Bergier declaró haber pre-

evitando la explosión. Son numerosos los casos de alquimistas muertos o gravemente heridos por aquélla. Las explosiones que se producían son de una violencia peculiar y producen temperaturas que, lógicamente, no cabría esperar.

El fin perseguido es la obtención, en el recipiente, de una «esencia», de un «fluido», que los alquimistas llaman a veces el «ala de cuervo».

Vamos a explicarnos. Esta operación no tiene equivalente en la física y la química modernas. Sin embargo, existen analogías. Cuando se disuelve el gas amoníaco líquido en un metal como el cobre, se obtiene una coloración azul oscura que llega al negro en las grandes concentraciones. El mismo fenómeno se produce si se disuelve, en gas amoníaco líquido, hidrógeno a presión o aminas orgánicas, de modo que se obtenga el compuesto inestable NH_4 , que tiene todas las propiedades de un metal alcalino y que, por esta razón, ha sido llamado «amonio». Cabe suponer que esta coloración azul-negra, que recuerda el «ala de cuervo», del fluido obtenido por los alquimistas, es el mismo color del gas electrónico. ¿Qué es el «gas electrónico»? Para los sabios modernos, es el conjunto de electrones libres que constituyen un metal y lo dotan de sus propiedades mecánicas, eléctricas y térmicas. Corresponde, en la terminología actual, a lo que el alquimista llama «el alma» o también «la esencia» de los metales. Este alma o esta «esencia» se desprende en el recipiente cerrado y calentado por el alquimista.

Éste calienta, deja enfriar, calienta de nuevo y así sucesivamente durante meses o años, observando a través del cristal de roca la formación de lo que se llama «el huevo alquímico»: la mezcla transformada en un fluido azul-negro. Por fin, abre su recipiente en la oscuridad, a la única luz de esta especie de líquido fluorescente. En contacto con el aire, el líquido fluorescente se solidifica y se separa.

Así obtendría sustancias completamente nuevas, desconocidas en la Naturaleza y dotadas de todas las propiedades de los elementos químicos puros, es decir, inseparables por medios químicos.

Los alquimistas modernos pretenden haber obtenido así elementos químicos nuevos, y ello en cantidades ponderables.

Fulcanelli dijo haber extraído de un kilo de hierro, veinte gramos de un cuerpo absolutamente nuevo y cuyas propiedades químicas y físicas no correspondían a ningún elemento químico conocido. La misma operación sería aplicable a todos los elementos, la mayoría de los cuales nos darían dos elementos nuevos por cada elemento tratado.

Semejante formación tiene que chocar por fuerza al hombre de laboratorio. Actualmente, la teoría no permite prever otras separaciones de un elemento químico que las siguientes:

— La molécula de un elemento puede tomar vanos estados: ortohidrógeno y parahidrógeno, por ejemplo.

— El núcleo de un elemento puede tomar cierto número de estados isotópicos caracterizados por un número de neutrones diferentes. En el litio 6, el núcleo contiene tres neutrones, y en el litio 7, el núcleo contiene cuatro.

Nuestra técnica requiere la puesta en marcha de un enorme material para separar los estados alotrópicos de la molécula y los diversos estados isotrópicos del núcleo.

Los medios del alquimista son, en comparación, irrisorios, y, sin embargo, habría logrado con ellos, no ya un cambio de estado de la materia, sino la creación de una materia nueva, o, al menos, una descomposición y recomposición diferente de la materia. Todo nuestro conocimiento del átomo y del núcleo se basa en el modelo «saturnino» de Nagaoka y Rutherford: el núcleo y su anillo de electrones. No es imposible que, en el porvenir, otra teoría nos conduzca a realizar cambios de estado y separaciones de elementos químicos inconcebibles en este momento.

Así, pues, nuestro alquimista ha abierto su recipiente de cristal de roca y obtenido, por enfriamiento del líquido fluorescente en contacto con el aire, uno o varios elementos

nuevos. Queda la escoria, que lavará durante meses, con agua tridestilada. Después conservará esta agua resguardada de la luz y de los cambios de temperatura.

A dicha agua se atribuyen cualidades químicas y medicinales extraordinarias. Es el disolvente universal y el elixir de larga vida de la tradición, el elixir de Fausto.²⁸

Aquí la tradición alquimista parece armonizarse con la ciencia de vanguardia. En efecto, para la ciencia moderna, el agua es una mezcla extraordinariamente completa y reactiva. Los investigadores dedicados a la cuestión de los oligoelementos, y especialmente el doctor Jacques Ménétrier, han comprobado que, prácticamente, todos los metales son solubles en el agua en presencia de ciertos catalizadores, como la glucosa, y bajo ciertas variaciones de temperatura. El agua formaría, además, verdaderos compuestos químicos, hidratos, con gases inertes tales como el helio y el argón. Si se supiera cuál es el constituyente del agua al cual se debe la formación de los hidratos en contacto con un gas inerte, sería posible estimular el poder disolvente del agua y obtener un verdadero disolvente universal. La seria revista rusa *Saber y Fuerza* escribía en su número 11 de 1957 que tal vez un día se llegaría a este resultado bombardeando el agua con radiaciones nucleares y que el disolvente universal de los alquimistas sería una realidad antes del fin de siglo. Esta revista preveía cierto número de aplicaciones e imaginaba la perforación de túneles por medio de un chorro de agua activada.

Nuestro alquimista se encuentra, pues, ahora, en posesión de cierto número de cuerpos simples desconocidos en la Naturaleza y de unos cuantos frascos de un agua capaz de prolongar considerablemente su vida por el rejuvenecimiento de los tejidos.

Ahora intentará combinar de nuevo los elementos simples que ha obtenido. Los mezcla en su mortero y los funde a bajas temperaturas en presencia de catalizadores sobre los cuales los textos se muestran muy vagos. Cuanto más se avanza en el estudio de las manipulaciones alquimistas tanto más difíciles son de descifrar los textos. Este trabajo le ocupará unos cuantos años más.

Así obtendría, según se asegura, sustancias absolutamente parecidas a los metales conocidos, y en particular a los metales buenos conductores del calor y de la electricidad. Éstos serían el cobre alquímico, la plata alquímica, el oro alquímico. Las pruebas clásicas y la espectroscopía no permitirían descubrir la novedad de esas sustancias, y, sin embargo, tendrían propiedades nuevas, diferentes de las de los metales conocidos, y sorprendentes.

Si nuestras informaciones son exactas, el cobre alquímico, aparentemente semejante al cobre conocido y, no obstante, muy diferente, tendría una resistencia eléctrica infinitamente débil, comparable a la de los superconductores que el físico obtiene en las cercanías del cero absoluto. Un cobre tal, si pudiera utilizarse, transformaría la electroquímica.

Otras sustancias, nacidas de la manipulación alquimista, serían todavía más sorprendentes. Una de ellas sería soluble en el vidrio, a baja temperatura y antes del momento de fusión de éste. Esta sustancia, al tocar el vidrio ligeramente reblandecido, se

²⁸ El profesor Ralph Milne Farley, senador de los Estados Unidos y profesor de física moderna de la Escuela militar de West Point, ha llamado la atención sobre el hecho de que ciertos biólogos opinan que el envejecimiento es debido a la acumulación de agua pesada en el organismo. El elixir de larga vida de los alquimistas sería una sustancia que eliminase selectivamente el agua pesada. Tales sustancias existen en el vapor de agua. ¿Por qué no pueden existir en el agua líquida tratada de cierta manera? Pero, un descubrimiento de esta importancia, ¿podría ser divulgado sin peligro? Mr. Farley imagina una sociedad secreta de inmortales, o casi inmortales, que existiría desde hace siglos y se conservaría por sustitución. Una sociedad tal, que no se mezclará en política ni interviniere en modo alguno en los asuntos de los hombres, tendría todas las probabilidades de pasar inadvertida...

dispersaría en su interior, dándole una coloración roja de rubí, con fluorescencia malva en la oscuridad. Los textos de alquimia llaman «polvo de proyección» o «piedra filosofal» al polvo obtenido al machacar este vidrio modificado en el mortero de ágata. «Con lo cual — escribe Bernard, conde de la Marca Trevisana, en su tratado filosófico— queda lograda esta preciosa piedra que supera a toda piedra preciosa, la cual es un tesoro infinito para la gloria de Dios que vive y reina eternamente.»

Se conocen leyendas maravillosas relativas a esta piedra o «polvo de proyección», capaz de provocar transmutaciones de metales en cantidades ponderables. Principalmente, transformaría ciertos metales viles en oro, plata o platino, pero éste no sería más que uno de los aspectos de su poder. Sería una especie de depósito de energía nuclear en suspensión, manejable a voluntad.

Enseguida volveremos a las cuestiones que plantean al hombre moderno ilustrado las manipulaciones del alquimista, pero detengámonos ahora en el lugar donde se detienen los propios textos de alquimia. «La gran obra» se ha realizado. Entonces se produce en el propio alquimista una transformación que evoca los textos, pero que somos incapaces de describir, pues sólo tenemos de ellos ligeros atisbos analógicos. Esta transformación sería como la promesa, a través de un ser privilegiado, de lo que espera a la Humanidad entera al término de su contacto inteligente con la Tierra y sus elementos: su fusión en Espíritu, su concentración en un punto espiritual fijo y su enlace con otros hogares de conciencia a través de los espacios cósmicos.

Progresivamente, o en un súbito relámpago, el alquimista, según la tradición, descubre el sentido de su largo trabajo. Le son revelados los secretos de la energía y de la materia, y al propio tiempo se le hacen visibles las infinitas perspectivas de la vida. Posee la llave de la mecánica del Universo. Él mismo establece nuevas relaciones entre su propio espíritu, en adelante *animado*, y el espíritu universal en eterno progreso de concentración. ¿Son ciertas radiaciones del polvo de proyección la causa de la transmutación del ser psíquico?

La manipulación del fuego y de ciertas sustancias

permite, pues, no sólo transmutar los elementos, sino también transformar al propio experimentador. Éste, bajo la influencia de fuerzas emitidas por el crisol (es decir, radiaciones emitidas por núcleos que sufren cambios de estructura), entra en otro estado. Se operan mutaciones en él. Su vida se prolonga, su inteligencia y sus percepciones alcanzan un nivel superior.

La existencia de tales «mutandos» es uno de los fundamentos de la tradición de la Rosacruz. El alquimista pasa a otro estado del ser. Se encuentra izado a otro estado de conciencia. Sólo él se siente despierto, y tiene la impresión de que todos los demás hombres siguen durmiendo. Escapa a lo humano ordinario, como Mallory en la cima del Everest, y desaparece, después de haber tenido su minuto de verdad.

«La piedra filosofal representa, así, el primer peldaño que puede ayudar al hombre a elevarse hacia el Absoluto.»²⁹ Más allá, comienza el misterio. Más acá, no hay misterio, no hay esoterismo, no hay más sombras que las que proyectan nuestros deseos y, sobre todo, nuestro orgullo. Pero como es más fácil contentarse con ideas y palabras que hacer algo con las manos, con dolor y con fatiga, en el silencio y en la soledad, también es más cómodo buscar un refugio en el pensamiento llamado «puro» que luchar cuerpo a cuerpo contra el peso y las tinieblas de la materia. La alquimia prohíbe a sus discípulos toda evasión de este género. Los deja frente a frente con el gran enigma... Nos asegura solamente que, si luchamos hasta el fin para desprendernos de la ignorancia, la misma

²⁹ René Alleau, Prólogo a la obra de M. Le Bretón *Les Clés de la Philosophie Spagyrique*. Éditions Caracteres, París.

verdad luchará por nosotros y vencerá finalmente a todas las cosas. Entonces comenzará tal vez la VERDADERA metafísica.

Hay tiempo para todo. — Incluso hay tiempo para que los tiempos se junten.

Los viejos textos de alquimia afirman que en Saturno se encuentran las llaves de la materia. Por singular coincidencia, todo lo que se sabe hoy de física nuclear se apoya en la definición del átomo «saturnino». El átomo sería, según la definición de Nagaoka y Rutherford, «una masa central que ejerce una atracción, rodeada de anillos, de electrones que giran».

Esta concepción «saturnina» del átomo es admitida por todos los sabios del mundo, no como verdad absoluta, sino como la más eficaz hipótesis de trabajo. Es posible que los físicos del porvenir la consideren una ingenuidad. La teoría de los quanta y la mecánica ondulatoria son aplicables al comportamiento de los electrones. Ninguna teoría y ninguna mecánica explican con exactitud las leyes que rigen el núcleo. Se cree que éste está compuesto de protones y neutrones y esto es todo. No se sabe nada preciso sobre las fuerzas nucleares. No son eléctricas, ni magnéticas, ni de naturaleza gravitatoria. La última y prudente hipótesis hace depender estas fuerzas de partículas intermedias entre el neutrón y el protón, llamadas mesones. Esto sólo sirve mientras se espera otra cosa. Dentro de dos o de diez años, las hipótesis habrán tomado sin duda otros rumbos. Sin embargo, hay que tener en cuenta que estamos en una época en que los sabios carecen absolutamente de tiempo y carecen absolutamente de derecho a hacer física" nuclear. Todos los esfuerzos y todo el material disponible se concentran en la fabricación de explosivos y en la producción de energía. La investigación fundamental ha sido relegada a segundo término. Lo urgente es sacar el máximo de lo que ya sabemos. El poder importa más que el saber. Parece que los alquimistas tuvieron siempre buen cuidado en esquivar este apetito de poder.

¿Adonde hemos llegado? El contacto con los neutrones vuelve radiactivos a todos los elementos. Las explosiones nucleares experimentales envenenan la atmósfera del planeta. Este envenenamiento, que progresá en proporción geométrica, aumentará extraordinariamente el número de niños nacidos muertos, de cánceres y de leucemias, estropeará las plantas, trastornará los climas, producirá monstruos, nos romperá los nervios y nos ahogará. Los Gobiernos, sean totalitarios o demócratas, no renunciarán. Y no renunciarán, por dos razones. La primera es que la opinión pública no ha alcanzado el nivel de conciencia planetaria que se necesita para reaccionar. La segunda es que no hay Gobiernos, sino sociedades anónimas del capital humano, encargadas, no de hacer Historia, sino de expresar aspectos diversos de la fatalidad histórica.

Ahora bien, si creemos en la fatalidad histórica, también creemos que ésta no es más que una de las formas del destino espiritual de la Humanidad, y que este destino es bello. No pensamos, pues, que la Humanidad perezca, aun cuando tenga que sufrir mil muertes, sino que, a través de sus dolores inmensos y espantosos, nacerá —o renacerá— la alegría de sentirse «en marcha».

La física nuclear, orientada hacia el poder, «*derrochará* —como dice M. Jean Rostand— el capital genético de la Humanidad?» Sí, es posible que así sea, durante algunos años. Pero no podemos imaginarnos a la ciencia incapaz de deshacer el nudo gordiano que ella misma acaba de hacer.

Los métodos de transmutación conocidos actualmente no permiten ahogar la energía y la radiactividad. Son transmutaciones estrechamente limitadas, cuyos efectos nocivos

son ilimitados. Si los alquimistas están en lo cierto, existen medios sencillos, económicos e innocuos de producir transmutaciones masivas. Tales medios deben pasar por una «disolución» de la materia y su reconstrucción en un estado diferente del inicial. Ninguna conquista de la física actual permite creer en ello. Sin embargo, los alquimistas lo afirman desde hace milenios. Ahora bien, nuestra ignorancia de la naturaleza de las fuerzas nucleares y de la estructura del núcleo nos obliga a abstenernos de hablar de las imposibilidades radicales. Si la transmutación alquímica existe, es que el núcleo tiene propiedades que no conocemos. Lo que se halla en juego es demasiado importante para no intentar un estudio realmente serio de la literatura alquimista. Si este estudio no conduce a observaciones de hechos irrefutables, al menos habrá alguna probabilidad de que sugiera ideas nuevas. Y lo que faltan son ideas en el estado presente de la física nuclear, sometida al afán de poder y abrumada bajo la enorridad del material.

Se empiezan a entrever estructuras infinitamente complicadas en el interior del protón y del neutrón, y a comprender que las leyes llamadas «fundamentales», como, por ejemplo, el principio de una paridad, no son aplicables al núcleo. Se empieza a hablar de una «anti-materia», de la posible coexistencia de varios universos en el seno de nuestro Universo visible, de suerte que todo es posible en el porvenir y, especialmente, el desquite de la alquimia. Sería estupendo y conforme a la noble postura del lenguaje alquimista, que nuestra salvación se produjera por la interpretación de la filosofía.

Hay tiempo para todo, e incluso hay tiempo para que los tiempos se junten.

LAS CIVILIZACIONES DESAPARECIDAS

Donde los autores hacen el retrato del extravagante y maravilloso señor Fort. — El incendio del sanatorio de las coincidencias exageradas. — El señor Fort, presa del conocimiento universal. — Cuarenta mil notas sobre las tempestades de vincapervincas, las lluvias de ranas y los chaparrones de sangre. — El libro de los Condenados. — Un cierto profesor Kreyssler. — Elogio e ilustración del intermediarismo. — El eremita del Bronx o el Rabelais cósmico. — Donde los autores visitan la catedral de San Masallá. — ¡Buen provecho, señor Fort!

Había en Nueva York, allá por el año de 1910, en un pisito burgués del Bronx, un buen hombre ni joven ni viejo, que se parecía a una foca tímida. Se llamaba Charles Hoy Fort. Tenía piernas redondas y gordas, vientre y caderas, nada de cuello, cráneo grande y medio desplumado, ancha nariz asiática, gafas de hierro y mostacho a lo Gurdjieff. Se le habría podido tomar también por un profesor menchevique. Apenas salía de casa, como no fuese para ir a la Biblioteca Municipal,

donde consultaba una gran cantidad de periódicos, revistas y anales de todos los Estados y de todas las épocas. Alrededor de su *buró* de persiana, se acumulaban cajas de zapatos vacías y montones de periódicos: el *American Almanach* de 1833, el *London Times* de los años 1800-1893, el *Anual Record of Science*, veinte años de *Philosophical Magazine*, los *Annales de la Société Entomologique de France*, la *Monthly Weather Review*, el *Observatory*, el *Meteorological Journal*, etc. Usaba una visera verde, y

siempre que su mujer encendía el hornillo para el almuerzo, iba a la cocina para asegurarse de que no se pegara fuego a la casa. Esto era lo único que irritaba a la señora Fort, de soltera Anna Filan, elegida por él por razón a su falta absoluta de curiosidad intelectual, y a la que apreciaba, siendo por ella tiernamente correspondido.

Hasta los treinta y cuatro años, Charles Fort, hijo de unos tenderos de comestibles de Albany, había campeado gracias a un mediocre talento de periodista y a una verdadera habilidad para disecar mariposas. Muertos sus padres y liquidada la tienda, disponía ahora de una renta minúscula que le permitía entregarse exclusivamente a su pasión: la acumulación de notas sobre acontecimientos inverosímiles y, sin embargo, comprobados.

Lluvia roja en Blankenbergue, el 2 de noviembre de 1819; lluvia de barro en Tasmania, el 14 de noviembre de 1902. Copos de nieve grandes como platos de café en Nashville, el 24 de enero de 1891. Lluvia de ranas en Birmingham, el 30 de junio de 1892. Aerolitos. Bolas de fuego. Huellas de un animal fabuloso en Devonshire. Platillos volantes. Huellas de ventosas en unos montes. Aparatos extraños en el cielo. Caprichos de cometas. Extrañas desapariciones. Cataclismos inexplicables. Inscripciones en meteoritos. Nieve negra. Lunas azules. Soles verdes. Chaparrones de sangre.

Así llegó a reunir veinticinco mil notas, archivadas en cajas de cartón. Hechos que, no bien mencionados, habían vuelto a caer en el foso de la indiferencia. Y, sin embargo, hechos. Llamaba a esto su «sanatorio de las coincidencias exageradas». Hechos de los que uno no se atrevía a hablar. Él oía brotar de sus ficheros «un verdadero clamor de silencio». Les había tomado una especie de cariño a esas realidades incongruentes, arrojadas del campo del conocimiento y a las que acogía en su pobre despacho del Bronx, mimándolas mientras las ordenaba: «Putillas, arrapiezos, jorobados, bufones... y, sin embargo, su desfile por mi casa tendrá la impresionante solidez de las cosas que pasan, y pasan, y no cesan de pasar.»

Cuando estaba cansado de ordenar los datos que la ciencia ha juzgado oportuno suprimir. (Un iceberg volante cae en pedazos sobre Rúan, el 5 de julio de 1853. Carracas de viajeros celestes. Seres alados a 8.000 metros en el cielo de Palermo, el 30 de noviembre de 1880. Ruedas luminosas en el mar. Lluvias de azufre, de carne. Restos de gigantes en Escocia. Ataúdes de pequeños seres venidos de otro mundo, en los roquedales de Edimburgo...) Cuando estaba fatigado, descansaba su espíritu jugando, él solo, interminables partidas de superajedrez en un tablero de su invención compuesto de 1.600 casillas.

Después, un día, Charles Hoy Fort se dio cuenta de que aquella labor formidable no servía para nada. Inutilizable. Dudosa. Una simple ocupación de hombre maníático. Entrevió que no había hecho más que patalear en el campo de lo que buscaba oscuramente, que no había hecho nada de lo que en realidad tenía que hacer. Aquello no era una investigación. Era su caricatura. Y el hombre que tanto temía el peligro de incendio arrojó al fuego sus cajas y sus fichas.

Acababa de descubrir su verdadero carácter. El maníaco de las realidades singulares era un fanático de las ideas generales. ¿Qué había empezado a hacer, inconscientemente, en el transcurso de aquellos años perdidos a medias? Acurrucado en el fondo de su grupo de mariposas y papeles viejos, se había enfrentado con una de las mayores fuerzas del siglo: el convencimiento que tienen los hombres civilizados de que saben todo lo del Universo en que viven. ¿Por qué se había ocultado Charles Hoy Fort, como si se avergonzara de algo? Es que la menor alusión al hecho de que podían existir en el Universo campos inmensos y desconocidos, turba desagradablemente a los hombres. Charles Hoy Fort se había conducido, a fin de cuentas, como un erotómano: guardemos en secreto nuestros vicios, con el fin de que la sociedad no se enfurezca al enterarse de que deja sin cultivar la mayor parte de los terrenos de la sexualidad. Ahora se trataba de pasar de

la manía a la profecía, de la delectación solitaria a la declaración de principios. Se trataba, en adelante, de hacer obra verdadera, es decir, revolucionaria.

El conocimiento científico no es objetivo. Es, como la civilización, una conjuración. Se rechaza un gran número de hechos porque trastocarían los razonamientos establecidos. Vivimos bajo un régimen inquisitorial, cuya arma más empleada contra la realidad disconforme es el desprecio acompañado de risas. ¿Qué es el conocimiento, en tales condiciones? «En la topografía de la inteligencia —dice Fort—, se podría definir el conocimiento como una ignorancia envuelta en risas.» Habrá, pues, que pedir una adición a las libertades garantizadas por la Constitución: la libertad de dudar de la ciencia. Libertad de dudar de la evolución (¿y si la obra de Darwin no fuese más que una novela?), de la rotación de la Tierra, de la existencia de una velocidad de la luz, de la gravitación; etcétera. De todo, salvo de los hechos; de los hechos no escogidos, sino tal como se presentan, nobles o innobles, bastardos o puros, con su cortejo de cosas chocantes y sus concomitancias incongruentes. No rechazar nada que sea real: una ciencia futura descubrirá las relaciones desconocidas entre hechos que nos parecían inconexos. Es necesario sacudir la ciencia con espíritu ávido, aunque no crédulo, nuevo, salvaje. El mundo necesita una enciclopedia de los hechos excluidos, de las realidades condenadas. «Mucho temo que habrá que entregar a nuestra civilización mundos nuevos en que las ranas blancas tengan derecho a vivir.»

La foca tímida del Bronx se impuso el deber de aprender, en ocho años, todas las artes y todas las ciencias... y de inventar media docena para su uso personal. Arrastrado por un delirio enciclopédico, se entrega a este trabajo gigantesco, que consiste menos en aprender que en tener conciencia de la totalidad de lo viviente. «Me maravilla que cualquiera pudiera contentarse con ser novelista, sastre, industrial o barrendero.» Digirió principios, fórmulas, leyes y fenómenos de la Biblioteca Municipal de Nueva York, en el British Museum, y gracias a una copiosa correspondencia en las más grandes bibliotecas y librerías del mundo. Cuarenta mil notas, distribuidas en mil trescientas secciones, escritas a lápiz, en cartoncitos minúsculos y en un lenguaje taquigráfico de su invención. Sobre esta empresa de locura resplandece el don de considerar cada tema desde el punto de vista de una inteligencia superior que acaba de enterarse de su existencia: «Astronomía.

»Un vigilante nocturno vela sobre media docena de linternas rojas en una calle obstruida. Hay mecheros de gas, lámparas y ventanas iluminadas en el barrio. Se frotan cerillas, se encienden fuegos, se declara un incendio, hay rótulos de neón y faros de automóviles. Pero el vigilante nocturno sigue con su pequeño sistema...»

Al propio tiempo, reanuda su búsqueda de hechos rechazados, pero sistemáticamente y esforzándose en comprobar cada uno de ellos. Somete su empresa a un plan que abarca la astronomía, la sociología, la psicología, la morfología, la química, el magnetismo. Ya no hace una simple colección: trata de obtener el dibujo de la rosa de los vientos exteriores, de construir la brújula para navegar por los océanos del otro lado, de reconstruir el rompecabezas de los mundos ocultos detrás de este mundo. Necesita cada una de las hojas que se agitan en el árbol inmenso de lo fantástico: unos aullidos commueven el cielo de Nápoles el 22 de noviembre de 1821; unos peces caen de las nubes sobre Singapur en 1861; sobre Indreet Loire, un 10 de abril, se vierte una catarata de hojas muertas; junto con el rayo, caen hachas de piedra en Sumatra; caídas de materia viva; raptos cometidos por Tamerlanes del espacio; restos de mundos vagabundos circulan por encima de nosotros... «Soy inteligente y, por ello, estoy en fuerte contraste con los ortodoxos. Como no siento el desdén aristocrático de un conversador neoyorquino o de un hechicero esquimal, me veo obligado a concebir otros mundos...» La señora Fort no se interesa, en absoluto, en todo esto. Su indiferencia es tal, que ni siquiera advierte su extravagancia. Él no habla de sus trabajos, o lo hace sólo a unos cuantos amigos encandilados. Prefiere no verles. Les escribe de vez en cuando. «Tengo la impresión de entregarme a un nuevo vicio

recomendable a los amantes de los pecados inéditos. Al principio, algunos de mis datos eran tan espantosos o tan ridículos que, al ser leídos, sólo merecían repulsa o desprecio. Ahora la cosa va mejor; queda un poco de lugar para la piedad.»

Tiene la vista cansada. Se volverá ciego. Interrumpe su trabajo y se pasa varios meses meditando, comiendo sólo queso y pan moreno. Al aclararse de nuevo la vista, emprende la exposición de su visión personal, antidiogmática, del Universo, procurando abrir la comprensión de los demás con grandes humoradas. «A veces, me sorprendo a mí mismo al no pensar lo que preferiría creer.» A medida que progresaba en el estudio de las diversas ciencias, progresaba también en el descubrimiento de su insuficiencia. Hay que demostrarlas hasta en sus cimientos: su espíritu es lo malo. Hay que empezar todo de nuevo, introduciendo los hechos excluidos, sobre los cuales ha reunido una documentación ciclópea. Ante todo, introducirlos. Después, explicarlos, si es posible. «No creo hacer un ídolo del absurdo. Pienso que, en los primeros tanteos, no hay medio de saber lo que será después aceptable. Si uno de los pioneros de la zoología (que habrá que rehacer) oyese hablar de pájaros que nacen en los árboles, tendría que consignar que ha oído decir que hay pájaros que nacen de los árboles. Después, y sólo después, tendría que pasar este dato por el tamiz.»

Hay que señalar, hay que señalar, y un día acabaremos por descubrir que algo nos hace señales.

Hay que revisar las estructuras mismas del conocimiento. Charles Hoy Fort siente estremecerse en su interior numerosas teorías que aleteaban con las plumas de ángel de lo chocante. Considera la Ciencia como un coche muy civilizado lanzado en una autopista. Pero a ambos lados de la maravillosa pista de asfalto y neón, se extiende un país salvaje, lleno de prodigios y de misterio. ¡Alto! ¡Explorad también el país a lo ancho! ¡Dad un rodeo! ¡Corred en zigzag! Por consiguiente, hay que hacer grandes gestos desordenados, a lo payaso, como cuando se intenta detener un coche. Poco importa que le tomen a uno por un payaso. Es urgente.

El señor Charles Hoy Fort, ermitaño del Bronx, entiende que tiene que realizar, lo más deprisa y con la mayor eficacia posible, cierto número de «monadas» absolutamente necesarias.

Persuadido de la importancia de su misión y liberado de su documentación, emprende la tarea de reunir en trescientas páginas los mejores de sus explosivos. «Alumbradme con el tronco de una secoya, pasadme las páginas de los candiles gredosos, multiplicadme por mil; entonces podré escribir con la amplitud que mi tema exige.»

Compone su primera obra, *El libro de los Condenados*, en el cual, dice, se expone «cierto número de experimentos sobre la estructura del conocimiento». Esta obra apareció en Nueva York, en 1919, y produjo una revolución en los medios intelectuales. Antes de las primeras manifestaciones del dadaísmo y del surrealismo, Charles Hoy Fort introdujo en la Ciencia lo que Tzara, Bretón y sus discípulos iban a introducir en las artes y en la literatura: la rotunda negativa a jugar al juego en que todo el mundo hace trampa, la furiosa afirmación de que «hay otra cosa». Un enorme esfuerzo, tal vez no para pensar lo real en su totalidad, sino para impedir que lo real sea pensado de un modo falsamente coherente. Una ruptura esencial. «Soy un tábano que martiriza el cuero del conocimiento para impedirle que se duerma.»

¿Qué es *El libro de los Condenados*? «Un ramo de oro para los flagelados por la crítica», declaró John Winterich. «Una de las monstruosidades de la literatura», escribió Edmund Pearson. Para Ben Hecht, «Charles Hoy Fort es un apóstol de la excepción y el sacerdote engañador de lo imposible». Martin Gardner, sin embargo, reconoce que «estos sarcasmos

están en armonía con las críticas más admisibles de Einstein y de Russell». John W. Campbell asegura que «hay en ésta obra, al menos, los gérmenes de seis ciencias nuevas.» «Leer a Charles Hoy Fort es cabalgar en un cometa», confiesa Maynard Shipley, y Théodore Dreiser ve en él «la más grande figura literaria desde Edgar Poe».

El libro de los Condenados no fue publicado en Francia³⁰ hasta 1955, y ello gracias a mis gestiones, que no fueron, por otra parte, demasiado diligentes. A despecho de las excelentes traducciones y presentaciones de Robert Benayoun y de un mensaje de Tiffany Thayer, que preside en los Estados Unidos la sociedad de Amigos de Charles Hoy Fort,³¹ esta obra extraordinaria pasó casi inadvertida. Bergier y yo nos consolamos de la desgracia de uno de nuestros más queridos maestros, pensando que éste, en lo más profundo del supermar de los Sargazos celeste, donde sin duda mora, disfrutaría con este clamor del silencio que sube hacia él desde el país de Descartes.

Nuestro antiguo coleccionista de mariposas sentía horror por lo fijo, lo clasificado, lo definido. La Ciencia aísla los fenómenos y las cosas para observarlos. La gran idea de Charles Hoy Fort es que nada es aislable. Toda cosa aislada deja de existir.

Una mariposa liba en un clavel: es la mariposa más el jugo del clavel; es un clavel menos el apetito de la mariposa. Toda definición de una cosa en sí es un atentado contra la realidad. «Entre las tribus llamadas salvajes, se rodea de respetuosos cuidados a los simples de espíritu. Generalmente, se tiene la debilidad de espíritu. Todos los sabios empiezan sus trabajos con esta clase de definiciones, y en nuestras tribunas, se rodea a los sabios de atenciones respetuosas.»

He aquí a Charles Hoy Fort, amante de lo insólito, escriba de los milagros, empeñado en una formidable reflexión sobre la reflexión. Porque Fort arremete contra la estructura mental del hombre civilizado. No está en absoluto de acuerdo con el motor de dos tiempos que alimenta el pensamiento moderno. Dos tiempos: el sí y el no, lo positivo y lo negativo. El conocimiento y la inteligencia modernos se apoyan sobre este funcionamiento binario; justo, falso; abierto, cerrado; vivo, muerto; líquido, sólido; etc. Lo que Fort exige contra Descartes, es un punto de vista de lo general, a partir del cual lo particular podría ser definido según sus relay se acreditan diariamente gracias a la contribución de los miembros de cuarenta y nueve países, sin contar los Estados Unidos, Alaska y las islas Hawái.

³⁰ Éditions des Deux Rives, París. Colección «Lumière interdite», dirigida por Louis Pauwels.

Después de *El libro de los Condenados*, Fort publicó, en 1923, *Tierras nuevas*. Aparecidos después de su muerte: *Lo!*, en 1931, y *Talentos salvajes*, en 1932. Estas obras gozan de cierta celebridad en América, Inglaterra y Australia.

He tomado numerosos datos del estudio de Robert Benayoun.

³¹ Mr. Tiffany declaraba, especialmente:

«Las cualidades de Charles Hoy Fort sedujeron a un grupo de escritores americanos que resolvieron proseguir, en su honor, el ataqué que había lanzado contra los omnipotentes sacerdotes del nuevo dios: La Ciencia, y contra todas las formas dogmáticas. Con esta finalidad se fundó la sociedad "Charles Fort", el 26 de enero de 1931.

«Entre sus fundadores se cuentan Théodore Dreiser, Booth Tarkington, Ben Hecht, Harry León Wilson, John Cowper Powys, Alexander Woollcott, Burlón Rascoe, Aaron Sussman, y el secretario infrascrito, Tiffany Thayer.

«Charles Fort murió en 1932, en vísperas de la publicación de su cuarta obra, *Talentos salvajes*. Sus innumerables notas que había recogido en las bibliotecas del mundo entero y por conducto de una correspondencia internacional, fueron legados a la sociedad "Charles Fort"; constituyen hoy el núcleo de los archivos de esta sociedad.

»La sociedad publica una revista trimestral, *Doubt* (La duda). Esta revista es, además, una especie de cámara de compensación de todos los hechos "malditos", es decir, que la ciencia ortodoxa no puede o no quiere asimilar: por ejemplo, los platillos volantes. En efecto, los informes y estadísticas que posee la sociedad sobre este tema forman el conjunto más antiguo, más vasto y más completo de todos,

»La revista *Doubt* publica igualmente las notas de Fort.»

ciones con aquél; a partir del cual cada cosa sería percibida como intermediaria de otra cosa. Exige una nueva estructura mental, capaz de percibir como reales los estados intermediarios entre el sí y el no, entre lo positivo y lo negativo. Es decir, un razonamiento por encima del binario. En cierto modo, un tercer ojo de la inteligencia. Para expresar la visión de este tercer ojo, el lenguaje, que es un producto del binario (una conjuración, una limitación organizada), es insuficiente. Fort necesita, pues, utilizar adjetivos de dos caras, epítetos Jano: «real-irreal», «inmaterial-material», «soluble-insoluble».

Un amigo nuestro, un día que Bergier y yo almorzábamos con él, inventó de los pies a la cabeza a un grave profesor austriaco llamado Kreyssler, hijo del dueño de una posada de Magdeburgo, conocida por *Los dos Hemisferios*. Herr profesor Kreyssler, del que nos habló largo rato, había realizado un trabajo gigantesco para la refundición del lenguaje occidental. Nuestro amigo pensaba publicar en una revista seria un estudio sobre «el verbalismo de Kreyssler», lo cual habría sido un engaño muy útil. El caso fue que Kreyssler había intentado desatar el corsé del lenguaje, a fin de que éste pudiese respirar los estados intermedios olvidados por nuestra actual estructura mental. Pongamos un ejemplo. El retraso y el adelanto. ¿Cómo podría yo definir el retraso sobre el adelanto que pensaba hacer? No existe palabra para ello. Kreyssler proponía ésta: el *arretraso*. ¿Y el adelanto sobre el retraso que llevaba? El *readelanto*. Aquí sólo se trata de intermedios en el tiempo. Pasemos ahora a los estados psicológicos. El amor y el odio. Si amo cobardemente, amándome sólo a mí mismo a través del otro, arrastrado de esta manera al odio, ¿puedo llamarlo amor? No es más que *amodio*. Si odio a mi enemigo, pero sin perder el hilo de la unidad de todos los seres, cumpliendo mi deber de enemigo, pero conciliando odio y amor, ya no es odio, sino *odamor*. Pasemos a los intermedios fundamentales. ¿Qué es morir y qué es vivir? ¡Cuántos estados intermedios existen que no queremos ver! Hay el *movir*, que no es vivir, sino sólo impedir la propia muerte. Y hay el vivir de veras a despecho del deber de morir, que es el *vivir*. Consideremos, finalmente, los estados de conciencia. ¡Cómo flota nuestra conciencia entre el dormir y el velar! ¡Cuántas veces mi conciencia no hace más que *vemir*, o sea pensarse que vela cuando se adormece! Dios quiere que, sabiéndose tan bien dispuesta a dormir, procure velar, lo cual no es otra cosa que *dorlar*.

Nuestro amigo acababa de leer a Fort cuando nos obsequió con esta farsa genial: «En términos metafísicos —dice Fort—, entiendo que todo lo que comúnmente se llama "existencia" y que yo llamo estado intermedio, es una cuasiexistencia, ni real ni irreal, sino expresión de una tentativa que apunta a lo real o a la penetración de una existencia real.» Esta empresa no tiene precedentes en los tiempos modernos. Anuncia el gran cambio de estructura del espíritu que exigen a la actualidad los descubrimientos de ciertas realidades psicomatemáticas. Al nivel de la partícula, por ejemplo, el tiempo circula en los dos sentidos a la vez. Hay ecuaciones que son a un tiempo verdaderas y falsas. La luz es a la vez continua y discontinua.

«Lo que llamamos Ser es el movimiento; todo movimiento no es expresión de un equilibrio, sino de un ensayo de puesta en equilibrio, o del equilibrio no alcanzado. Y el simple hecho de ser se manifiesta en el intermedio entre equilibrio y desequilibrio.» Esto

data de 1919 y coincide con las reflexiones contemporáneas de un "físico biólogo como Jacques Ménétrier sobre la inversión de la entropía.

«Todos los fenómenos, en nuestro estado intermedio o cuasiestado, representan un intento de organización, de armonización, de individualización, es decir, una tentativa de alcanzar la realidad. Pero toda tentativa es puesta en jaque por la continuidad o por las fuerzas exteriores. Por los hechos excluidos, contiguos de los incluidos.» Esto rebasa una de las operaciones más abstractas de la física cuántica: la normalización de las funciones, operación que consiste en establecer la función describiendo un objeto físico de tal manera que haya una posibilidad de volver a encontrar este objeto en el Universo entero.

«Concibo todas las cosas como ocupando gradaciones, etapas regulares entre la realidad y la irrealidad.» Por esto le importa poco a Fort apoderarse de tal hecho o de tal otro para empezar a describir la totalidad. Y, ¿por qué elegir un hecho tranquilizador para la razón, más que un hecho inquietante? ¿Por qué excluir? Para calcular un círculo, se puede empezar no importa dónde. Señala, por ejemplo, la presencia de platillos volantes. He aquí un grupo de hechos a partir de los cuales se puede empezar a captar la totalidad. Pero, nos dice enseguida, «una tempestad de vórtices nos servirán exactamente igual».

«No soy realista. No soy idealista. Soy intermediarista.» Pero, ¿cómo hacernos entender, si atacamos la raíz de la comprensión, la base misma del espíritu? Por una aparente excentricidad, que es el lenguaje choque del genio realmente centralista: va tanto más lejos a buscar sus imágenes, cuanto que está seguro de volverlas a traer al punto fijo y profundo de su meditación. En cierta medida nuestro compadre Charles Hoy Fort procede a la manera de Rabelais. Arma una batahola de humor y de imágenes capaz de despertar a los muertos.

«Colecciono notas sobre todos los temas dotados de alguna diversidad, como las desviaciones de la concentración en el cráter lunar Copérnico, la súbita aparición de ingleses purpúreos, los meteoros estacionarios, o el brote repentino de cabellos en la cabeza calva de una momia. Sin embargo, mi mayor interés no recae sobre los hechos, sino sobre las relaciones entre los hechos. He meditado mucho sobre las, por así decirlo, relaciones que suelen llamarse coincidencias. ¿Y si las coincidencias no existieran?»

«En tiempos pasados, cuando yo era un picarón notablemente perverso, me condonaban a trabajar los sábados en la tienda paterna, donde debía rascar los marbetes de las latas de conservas de la competencia, y pegar en ellas las de mis padres. Un día en que se alzaba ante mí una verdadera pirámide de latas de frutas y legumbres, sólo me quedaban rótulos de melocotones. Los fui pegando a las latas de melocotón, hasta que llegué a los albaricoques. Y pensé: ¿Acaso los albaricoques no son melocotones? Y ciertas ciruelas, ¿no son albaricoques? En vista de lo cual, comencé concienzuda o científicamente a pegar mis rótulos de melocotón en las latas de ciruelas, de cerezas, de judías y de guisantes. ¿Cuál era mi motivo? Hoy día, lo ignoro, pues aún no he decidido si era un sabio o un humorista.»

«Aparece una nueva estrella: ¿hasta qué punto difiere de ciertas gotas de origen desconocido que acaban de descubrir sobre un algodonal de Oklahoma?»

«En este momento tengo un ejemplar de mariposa particularmente ruidosa: una esfinge de calavera. Chilla como un ratón y el sonido me parece vocal. Se dice que la mariposa Kalima, semejante a una hoja muerta, imita a las hojas muertas. Pero la esfinge de calavera, ¿imita acaso a las osamentas?»

«Si no hay diferencias positivas, no es posible definir nada como positivamente diferente de otra cosa.

¿Qué es una casa? Una granja es una casa, a condición de que vivan en ella. Pero si la residencia constituye la esencia de una casa, más que el estilo arquitectónico, entonces un nido de pájaros es una casa. La ocupación humana no constituye un criterio, ya que los esquimales tienen casas de hielo. Y así dos cosas tan positivamente diferentes como la Casa Blanca de Washington y la cáscara de un cangrejo ermitaño resultaban contiguas.»

«Islas de coral blanco en un mar azul oscuro.

»Su apariencia definitiva, su apariencia de individualidad o la diferencia positiva que los separa, no son más que protección del mismo fondo oceánico. La diferencia entre tierra y mar no es positiva. En toda agua hay un poco de tierra, en toda tierra hay agua. De suerte que todas las apariencias son falaces, ya que forman parte de un mismo espectro. Una pata de mesa no tiene nada de positivo; no es más que la proyección de algo. Y ninguno de nosotros es una persona, ya que físicamente somos contiguos de lo que nos rodea, ya que psíquicamente no nos llega más que la expresión de nuestras relaciones con todo lo que nos rodea.

»Mi posición es la siguiente: todas las cosas que parecen poseer una identidad individual no son más que islas, proyecciones de un continente submarino, y no tienen contornos reales.»

«Por belleza, designaría yo lo que parece completo. Lo incompleto o lo mutilado es totalmente feo. A la Venus de Milo, un niño la encontraría fea. Si un espíritu puro la imagina completa, se convertirá en bella. Una mano concebida como mano puede parecer bella. Abandonada en un campo de batalla, deja de serlo. Pero todo lo que nos rodea es parte de una cosa que a su vez es parte de otra: en este mundo no hay nada bello; sólo las apariencias son intermedias entre la belleza y la fealdad. Sólo es completa la universalidad, sólo es bello el completo.»

El pensamiento profundo de nuestro maestro Fort es, pues, la unidad subyacente de todas las cosas y de todos los fenómenos. Ahora bien, el pensamiento civilizado de finales del siglo XIX pone paréntesis en todas partes, y nuestro modo de razonamiento, binario, no considera más que la dualidad. He aquí al locosabio del Bronx rebelándose contra la ciencia exclusivista de su tiempo, y también contra la estructura misma de nuestra inteligencia. Encuentra necesaria otra forma de inteligencia: una inteligencia en cierto modo mística, desesperada en presencia de la Totalidad. A partir de lo cual, sugerirá otros métodos de conocimiento. Para prepararnos a ello, procede por desgarrones, por estallidos de nuestros hábitos de pensar. «Os enviaré a estrellaros contra las puertas que se abren a otras cosas.» Sin embargo, el señor Fort no es un idealista. Milita contra nuestra falta de realismo: negamos lo real cuando es fantástico. Fort no predica una nueva religión. Por el contrario, se apresura a levantar una barrera alrededor de su doctrina para impedir la entrada a los espíritus débiles. Está persuadido de que «todo está en todo», de que el Universo está contenido en un grano de arena. Pero esta certeza metafísica sólo puede brillar en el más alto nivel de la reflexión. No podría descender a nivel del ocultismo primitivo sin caer en la ridiculez. No podría permitir las locuras del pensamiento analógico, tan caro a los dudosos esotéricos que os explican sin cesar una cosa por otra: la Biblia por los números, la última guerra por la Gran Pirámide, la revolución por los naipes, mi porvenir por los astros, y que ven señales de todo en todas partes. «Probablemente existe una relación entre una rosa y un hipopótamo; sin

embargo, jamás se le ocurrirá a un joven ofrecer a su prometida un ramo de hipopótamos.» Mark Twain, denunciando el mismo vicio de razonamiento, declaraba jocosamente que se puede explicar *La canción de primavera* por las Tablas de la Ley,

puesto que Moisés y Mendelssohn son un mismo nombre: basta con sustituir Moisés por Mendelssohn. Y Charles Hoy Fort vuelve a la carga con esta caricatura: «Se puede identificar un elefante a un girasol: los dos tienen un largo apéndice. No se puede distinguir un camello de un cacahuete, si sólo se tienen en cuenta las jorobas.»

Así es nuestro buen hombre, sólido y de saber alegre.

Veamos ahora cómo su pensamiento toma un vuelo cósmico.

¿Y si la propia Tierra no fuese real más que como a tal? ¿Si no fuese más que algo intermedio en el Cosmos? Tal vez la Tierra no es en modo alguno independiente, y tal vez la vida sobre la Tierra no es independiente en modo alguno de otras vidas, de otras existencias en los espacios...

Cuarenta mil notas sobre las lluvias de todas clases caídas aquí abajo, invitaron desde hace tiempo a Charles Hoy Fort a admitir la hipótesis de que la mayoría de ellas no son de origen terrestre. «Propongo que se considere la idea de que, más allá de nuestro mundo, hay otros continentes de los que caen objetos, igual que las pavesas de América son arrastradas sobre Europa.»

Digámoslo inmediatamente: Fort no es un ingenuo. No lo cree todo. Sólo se subleva contra la costumbre de negar *apriori*. No señala con el dedo a las verdades: da puñetazos para demoler el edificio científico de su tiempo, constituido por verdades tan parciales que parecen errores. ¿Se ríe? Es que no comprende que el

esfuerzo humano para adquirir el conocimiento no pueda nunca ser alegrado por la risa, que también es humana. ¿Inventa? ¿Sueña? ¿Exagera? ¿Es un Rabelais cósmico? Él lo reconoce: «Este libro es una ficción, como los *Viajes de Gulliver* o *El origen de las especies*.» «Lluvias y nieve negras, copos de nieve negros como el azabache. Escoria de fundición cae del ciclo en el mar de Escocia. Se encuentra en tan gran cantidad que podría representar el rendimiento global de todas las fundiciones del mundo. Pienso en una isla próxima a una ruta comercial transoceánica. Podría recibir muchas veces al año los detritos procedentes de las naves de paso.» ¿Y por qué no restos o desperdicios de naves interestelares?

Lluvias de sustancia animal, de material gelatinoso, acompañadas de un fuerte olor a podrido «Admitiremos que en los espacios infinitos flotan vastas regiones viscosas y gelatinosas?» ¿Se trataría de cargamentos alimenticios depositados en el cielo por los Grandes Viajeros de otros mundos? «Tengo la impresión de que, encima de nuestras cabezas, una región estacionaria, en la cual las fuerzas gravitatorias y meteorológicas terrestres son relativamente inertes, recibe del exterior productos análogos a los nuestros.»

Lluvias de animales vivos: peces, ratas, tortugas. ¿Venidos de otra parte? En este caso, tal vez los seres humanos vinieron ancestralmente de otros mundos... A menos de que se trate de animales arrancados a la Tierra por huracanes o trombas y depositados en una región del espacio donde no actúa la gravitación, especie de cámara frigorífica donde se conservan indefinidamente los objetos de estos raptos. Arrancados de la Tierra y cruzando la puerta que se abre al más allá, reunidos" en un supermar de los Sargazos celeste. «Los objetos arrancados por los huracanes pueden haber entrado en una zona de suspensión situada encima de la

Tierra, flotar uno tras otro largo tiempo, y caer al fin...» «Tienen ustedes los datos; hagan con ellos lo que quieran...» «¿Adonde van las trombas, y de qué están hechas...?» «Un supermar de los Sargazos: pavesas, detritos, viejos restos de naufragios interplanetarios, objetos arrojados al que llamamos espacio por las convulsiones de los planetas vecinos, reliquias de los tiempos de los Alejandros, los Césares y los Napoleones de Marte, de Júpiter y de Neptuno. Objetos elevados por nuestros ciclones: granjas y caballos, elefantes,

moscas, pterodáctilos y moas, hojas de árboles recientes o de la edad carbonífera, todo tendiendo a desintegrarse en lodos o polvos homogéneos, rojos, negros o amarillos, tesoros para paleontólogos o arqueólogos, acumulaciones de siglos, huracanes de Egipto, de Grecia, de Asiria...»

«Caen piedras con el rayo. Los campesinos creyeron en los meteoritos, pero la Ciencia excluyó a los meteoritos. Los campesinos creen en la piedra del rayo, la Ciencia excluye la piedra del rayo. Es inútil recalcar que los campesinos surcan el campo mientras los sabios se encierran en sus laboratorios.»

Piedras del rayo esculpidas. Piedras llenas de marcas, de señales. ¿Y si desde otros mundos intentasen de esta forma comunicarse con nosotros, o al menos con algunos de nosotros? «¿Con una secta, acaso con una sociedad secreta, o tal vez con ciertos habitantes muy esotéricos de esta Tierra?» Hay millares y millares de testimonios sobre estas tentativas de comunicación. «Mi prolongada experiencia de la supresión y de la indiferencia me inclinan a pensar, incluso antes de entrar en el tema, que los astrónomos han visto estos mundos, que los meteorólogos, los sabios y los observadores especializados los han percibido en muchas ocasiones. Pero que el Sistema ha excluido todos los datos.»

Recordemos una vez más que esto se escribía alrededor de 1910. Hoy, rusos y americanos construyen laboratorios para el estudio de las señales que pudieran enviarnos de otros mundos.

¿Y si hubiésemos sido visitados en un pasado remoto? ¿Y si fuese falsa la paleontología? ¿Y si las grandes osamentas descubiertas por los sabios evolucionistas del siglo XIX hubiesen sido juntadas arbitrariamente? ¿Restos de seres gigantescos, o posibles visitantes de nuestro planeta? En el fondo, ¿quién nos obliga a creer en la fauna prehumana de que nos hablan los paleontólogos, que no saben de ello más que nosotros? «Por muy optimista y crédulo que sea, cada vez que visito el Museo Americano de Historia Natural mi cinismo se impone en la sección "Fósiles". Osamentas gigantescas, reconstruidas de manera que sean "verosímiles", como los dinosaurios. En el piso inferior, hay una reconstrucción del "dodo". Es una verdadera ficción, presentada como tal. Pero construida con tal amor, con una ansia tal de convencer...»

«¿Por qué, si fuimos visitados antaño, no lo somos ahora?

«Entreveo una respuesta sencilla e inmediatamente aceptable:

«¿Educaríamos, civilizaríamos, si pudiésemos, a los cerdos, a las ocas y a las vacas? ¿Obraríamos con prudencia si estableciésemos relaciones diplomáticas con la gallina que funciona para satisfacernos con su sentido absoluto de lo logrado?

»Creo que somos bienes inmuebles, accesorios, ganado.

»Pienso que pertenecemos a algo; que antaño la Tierra era una especie de *no man's land* que otros mundos exploraron, colonizaron y se disputaron entre ellos.'

«Actualmente, algo posee la Tierra y ha alejado de ella a todos los colonos. Nada se nos ha aparecido viniendo de más allá, tan abiertamente como Cristóbal Colón al desembarcar en San Salvador, o como Hudson al remontar el río que lleva su nombre. Pero, en cambio, presentaré pruebas convincentes de visitas subrepticias hechas al planeta de viajeros emisarios venidos tal vez de otro mundo y que se han empeñado en evitarnos.

»Para realizar esta tarea, tendré que descuidar a mi vez ciertos aspectos de la realidad. Me parece difícil, por ejemplo, abarcar en un solo libro los posibles usos de la Humanidad para un modo distinto de existencia, o incluso justificar la ilusión halagadora de que podemos ser útiles para algo. Los cerdos, las ocas y las vacas deben descubrir primero que son poseídos, para preocuparse después de saber por qué se los posee... Acaso somos utilizables, tal vez se ha celebrado ya un convenio entre varias partes interesadas: algo tiene

sobre nosotros un derecho legal, después de haber pagado, para obtenerlo, el equivalente de las baratijas que le exigía nuestro propietario anterior. Y esta transacción es conocida desde hace muchos siglos por algunos de nosotros, dirigentes de un culto o de una orden secreta cuyos miembros, a la manera de esclavos distinguidos, nos dirigen de acuerdo con las instrucciones recibidas y nos empujan hacia nuestras misteriosas funciones.

»En otros tiempos, mucho antes de que se estableciese la posesión legal, los habitantes de una multitud de universos aterrizaron en nuestro mundo; saltaron, volaron, navegaron o anduvieron al garete por él, empujados a nuestras orillas o atraídos por ellas, aisladamente o en grupos, visitándonos ocasional o periódicamente, por razones de caza, de trueque o de prospección, o tal vez incluso para llenar sus haRenés. Fundaron en nuestro mundo sus colonias, y se perdieron o tuvieron que marchar. Pueblos civilizados o primitivos, seres o cosas, formas blancas, negras o amarillas.»

No estamos solos, la Tierra no está sola, «todos somos insectos y ratones, y sólo expresiones distintas de un gran queso universal del que percibimos vagamente las fermentaciones y el olor». Hay otros mundos detrás del nuestro, otras vidas detrás de lo que nosotros llamamos vida. Hay que abolir los paréntesis del exclusivismo para abrir la hipótesis de la Unidad fantástica. Y no importa que nos equivoquemos, dibujando, por ejemplo, un mapa de América en el cual el Hudson conduzca directamente a la Siberia: lo esencial, en este momento de renacimiento del espíritu y de los métodos de conocimiento, es que tengamos la convicción de que hay que volver a dibujar los mapas, de que el mundo no es lo que creímos que era, y de que nosotros mismos debemos transformarnos, en el seno de nuestra propia conciencia, en algo distinto de lo que

éramos.

Otros mundos se comunican con la Tierra. Tenemos pruebas de ello. Tal vez las que creemos ver no son las buenas. Pero las hay. ¿Son pruebas las señales de ventosas en los montes? Lo ignoramos. Pero ellas despertaron nuestro espíritu, poniéndolo en condiciones de hallar otras mejores.

«Estas señales parecen simbolizar la comunicación. »Pero no los medios de comunicación entre los habitantes de la Tierra. Tengo la impresión de que una fuerza exterior ha marcado con símbolos las rocas de la Tierra, y lo ha hecho desde muy lejos. No creo que las señales de ventosas sean comunicaciones inscritas entre diversos habitantes de la Tierra, porque parece inaceptable que los habitantes de la China, de Escocia y de América hayan concebido todos el mismo sistema. Las señales de ventosas son una serie de impresiones sóbre las rocas y que hacen pensar irresistiblemente en las ventosas. A veces aparecen rodeadas de un círculo y otras de un simple semicírculo. Se encuentran virtualmente en todas partes, en Inglaterra, en Francia, en América, en Argelia, en el Caucase y en Palestina; en todas partes salvo, acaso, en el Gran Norte. En China, los acantilados están sembrados de ellas. En un cantil próximo al lago de Como existe un laberinto de estas marcas. En Italia, en España, y en la India, se encuentran en cantidades increíbles. Supongamos que una fuerza análoga, digamos, a la fuerza eléctrica, puede marcar las rocas desde lejos, como el selenio puede ser marcado, a centenares de kilómetros, por los teléfotógrafos; pero yo soy hombre de pensamientos dobles.

«Exploradores perdidos, venidos de alguna parte. Desde esta parte, se intenta comunicar con ellos, y una lluvia de mensajes cae sobre la Tierra, en la esperanza de que algunos de ellos marquen las rocas en lugar próximo a los exploradores extraviados. También es posible que en algún lugar de la Tierra exista una superficie rocosa de un género muy especial, un receptor, una construcción polar o una colina abrupta y cónica, en la cual, desde hace siglos, se inscriben los mensajes de otro mundo. Pero a veces estos mensajes se pierden y marcan paredes situadas a millares de kilómetros del receptor. Acaso las fuerzas

disimuladas detrás de la Historia de la Tierra han dejado en las rocas de Palestina, de Inglaterra, de China y de la India archivos que serán un día descifrados, o instrucciones mal dirigidas a las órdenes esotéricas, a los francmasones y a los jesuitas del espacio.»

Ninguna imagen es demasiado loca, ninguna hipótesis, demasiado audaz: catapultas para hundir la fortaleza. Hay máquinas volantes, hay exploradores en el espacio. ¿Y si, de paso, se llevaran, para estudiarlos, algunos organismos vivos de aquí abajo? «Yo creo que nos pescan. ¿Y si fuésemos un manjar exquisito para los *supergourmets* de esferas superiores? Me entusiasma pensar que, a fin de cuentas, yo pueda ser útil para algo. Tengo la seguridad de que muchas redes se han arrastrado por nuestra atmósfera y han sido tomadas por trombas o huracanes. Creo que nos pescan, pero esto sólo lo digo de pasada...»

Ya hemos alcanzado las profundidades de lo inadmisible, murmura con tranquila satisfacción nuestro padrecito Charles Hoy Fort. Se quita la visera verde, se frota los hinchados ojos cansados, se alisa el bigote de foca y se va a la cocina, para asegurarse de que su buena esposa, Anna, al cocer las judías coloradas de la cena, no prenda fuego a la barraca, a los cartones, a las fichas, al museo de la coincidencia, al conservatorio de lo improbable, al salón de los artistas celestes, a la oficina de los objetos caídos, a la biblioteca de los otros mundos, a la catedral de San Masallá, el resplandeciente, el fabuloso disfraz de Locura que viste la Sabiduría.

Anna, querida, apaga de una vez tu hornillo. Buen provecho, señor Fort.

||

Una, hipótesis para la hoguera. — Donde el clérigo y el biólogo hacen payasadas. — Se necesita un Copérnico de la antropología. — Muchos blancos en todos los mapas. — El doctor Fortune no es curioso. — El misterio del platino fundido. — Cuerdas que son libros. — El árbol y el teléfono. — Un relativismo cultural. — Y ahora, ¡una buena historieta!

Acción militante para la mayor apertura posible del espíritu, iniciación a la conciencia cósmica, la obra de Charles Hoy Fort inspirará directamente al más gran¹⁹⁸

de poeta de los universos paralelos, H. P. Lovecraft, padre de lo que se ha convenido en llamar ciencia ficción y que se nos presenta en realidad, al mismo nivel de las diez o quince obras maestras del género, algo así como la *Ilíada* y la *Odisea* de la civilización en marcha. Hasta cierto punto, el espíritu de Charles Hoy Fort inspira también nuestro trabajo. Nosotros no lo creemos todo. Pero creemos que todo merece ser examinado. A veces el estudio de los hechos conduce a la más amplia expresión de los hechos verdaderos. No se puede alcanzar algo completo practicando la omisión. Como Fort, nos esforzamos en reparar un cierto número de omisiones y aceptamos nuestra parte en el riesgo de ser tenidos por locos. Otros cuidarán de descubrir las buenas pistas de nuestra selva salvaje.

Fort estudiaba todo lo que, aparentemente, había caído del cielo. Nosotros estudiamos las huellas, más o menos probables, que algunas civilizaciones desaparecidas hayan podido dejar sobre la Tierra. Y ello sin excluir ninguna hipótesis: civilización atómica muy anterior a lo que llamamos prehistoria, enseñanza procedente de habitantes de Fuera, etc. Como el estudio científico del pasado remoto de la Humanidad apenas ha empezado y reina en él la mayor confusión, estas hipótesis no son más inverosímiles ni están menos fundadas que las corrientemente admitidas. Lo importante, para nosotros, es dar a la cuestión un máximo de amplitud.

No vamos a proponer una tesis sobre las civilizaciones desaparecidas. Vamos sólo a proponer a ustedes que consideren el problema siguiendo un nuevo método: no inquisitorial.

Según el método clásico, hay dos clases de hechos: los condenados y los otros. Por ejemplo, las descripciones de ingenios volantes en textos antiquísimos, el empleo de fuerzas parapsicológicas entre los «primitivos» o la presencia de níquel en monedas del año 235 a.C.³², son hechos condenados. Excluidos. Estudio negado. Hay dos clases de hipótesis: las molestas y las otras. Los frescos descubiertos en la gruta de Tassili, en el Sahara, representan principalmente personajes tocados con cascós de largos cuernos, de donde parten unos cohete dibujados a base de millares de puntitos. Se dice que son granos de trigo, testimonio de una civilización campesina. Bien, pero nada lo prueba. ¿Y si se tratase de la representación de campos magnéticos? ¡Horror! ¡Espantosa hipótesis! ¡Brujería! ¡La camisa de azufre! ¡A la hoguera! Llevado al extremo, el método clásico, al que llamamos inquisitorial, conduce a resultados como el siguiente:

Un clérigo indio, el reverendo Pravanananvanda, y un biólogo americano, el doctor Strauss, de la «John Hopkins University», acaban de identificar al abominable hombre de las nieves. Se trata pura y simplemente del oso pardo del Himalaya. Ninguno de los dos competentes sabios ha visto al animal. Pero declaran: «como nuestra hipótesis es la única que no es fantástica, debe de ser la buena». Se faltaría, pues, al espíritu científico, prosiguiendo vanas investigaciones. ¡Gloria al reverendo y al doctor! Sólo falta que comuniquen al yeti que es el oso pardo del Himalaya.

Nuestro método, consecuente con nuestra época (comparable en varios aspectos con el Renacimiento), descansa sobre el principio de tolerancia. Se acabó la Inquisición. Nos negamos a excluir hechos y a rechazar hipótesis. Triar lentejas es una acción útil, pues las piedrecitas no son comestibles. Pero nada prueba que ciertas hipótesis excluidas y ciertos hechos condenados no sean alimenticios. No trabajamos para los débiles ni para los alérgicos, sino para todos aquellos que, según se dice, tienen estómago.

Estamos persuadidos de que, en el estudio de las civilizaciones pasadas, hay numerosas denegaciones de prueba, exclusiones *a priori*, ejecuciones inquisitoriales. Las ciencias humanas han progresado menos que las ciencias físicas y químicas, y el espíritu positivista del siglo XIX impera aún como dueño, tanto más exigente cuanto que siente acercarse la muerte.

La antropología espera su Copérnico. Antes de Copérnico, la Tierra era el centro del Universo. Para la antropología clásica, nuestra civilización es el centro de todo pensamiento humano, en el espacio y en el tiempo. Compadezcámonos del pobre primitivo, sumido en las tinieblas de la mentalidad prelógica. Quinientos años nos separan de la Edad Media y sólo empezamos a defenderla de la acusación de oscurantismo. El siglo de Luis XV prepara la Europa moderna, y son precisos los recientes trabajos de Pierre Gaxotte para que deje de considerarse aquel siglo como una barrera de egoísmo levantada contra el movimiento de la Historia. Nuestra civilización, como todas las otras, es una conjuración.

£/ ramo de oro, de Sir James Frazer, es una obra voluminosa y que pesa. En ella se recoge el folklore de todos los países. Ni un instante ha pasado por las mientes de Sir Frazer que pudiese tratarse de algo más que de curiosas supersticiones y costumbres pintorescas. Los salvajes atacados de enfermedades infecciosas comen el hongo *penicillum notatum*; es que buscan, por magia imitativa, aumentar su potencia ingiriendo aquel símbolo fálico. También el empleo de la digitalina es una superstición. La ciencia de los antibióticos, las

³² Se trata de las monedas acuñadas por el rey Eutidemus II, 235 años a.C. (*Scientific American*, enero de 1960.)

operaciones en estado hipnótico, la obtención de lluvia artificial mediante la dispersión de sales de plata, por ejemplo, deberían ser causa de que empezasen a suprimirse ciertas prácticas «primitivas» del capítulo de «genuidades».

Sir Frazer, con la seguridad absoluta de pertenecer a la única civilización digna de este nombre, se niega a considerar que puedan existir técnicas reales, aunque de un orden distinto de las nuestras, entre los hombres «inferiores», y su *Ramo de oro* se parece a los mapas del mundo diseñados por iluminadores que no conocían más que el Mediterráneo: tapaban los blancos con dibujos e inscripciones: «País de los Dragones», «Isla de los Centauros...» Por otra parte, ¿no se apresura acaso el siglo XIX, en todos los terrenos, a disfrazar todos los blancos de todos los mapas, e incluso los geográficos? Hay en el Brasil, entre el río Tapajós y el río Xingú, una tierra desconocida, tan vasta como Bélgica. Ningún explorador ha llegado hasta El Yafri, la ciudad prohibida de Arabia. Un día de 1943, una división japonesa armada desapareció sin dejar rastro en Nueva Guinea.

Y, si las dos potencias que se reparten el mundo llegan a entenderse, el verdadero mapa del planeta nos reservará algunas sorpresas. Desde la existencia de la bomba «H», los militares están realizando en secreto un censo de las cavernas: laberinto subterráneo extraordinario en Suecia, subsuelo de Virginia y de Checoslovaquia, un lago escondido bajo las Baleares... Blancos en el mundo físico, blancos en el mundo humano. Aún no lo sabemos todo sobre las fuerzas del hombre, sobre los recursos de su inteligencia y de su psiquismo, y hemos inventado islas de Centauros y países de los Dragones: mentalidad prelógica, supersticiosa, folklore, magia imitativa.

Hipótesis: otras civilizaciones pudieron ir infinitamente más lejos que nosotros en la exploración de las fuerzas parapsicológicas.

Respuesta: no hay fuerzas parapsicológicas.

Lavoiser declaró que no había meteoritos al declarar: «No pueden caer piedras del cielo, porque en el cielo no hay piedras.» Simón Newcomb demostró que los aviones no podían volar, porque es imposible una aeronave más pesada que el aire.

El doctor Fortune se va a Nueva Guinea a estudiar a los dobúes. Es un pueblo de magos, con la particularidad de que creen que sus técnicas mágicas sirven en todas partes y para todos. Cuando el doctor Fortune emprende el regreso, nm indígena le obsequia con un sortilegio que permite hacerse invisible a los demás. «Yo me he servido de él a menudo para robar un cerdo asado a la luz del día. Siga bien mis recomendaciones y podrá birlar todo lo que quiera en las tiendas de Sidney.» «Naturalmente —dice el doctor Fortune—, jamás lo he probado.» Recuerden ahora a nuestro amigo Charles Hoy Fort: «En la topografía de la inteligencia, se podría definir el conocimiento como la ignorancia envuelta en risas.»

Sin embargo, está en vías de crearse una nueva escuela de antropología, y M. Lévi Strauss no vacila en levantar gran polvareda declarando que los negritos están probablemente más fuertes que nosotros en materia de psicoterapia. Adelantado de esta nueva escuela, el americano William Seabrook, al terminar la primera gran guerra, partió para Haití, con el fin de estudiar el culto vudú. No hay que mirar desde el exterior, sino vivir esta magia, entrar sin prevenciones en este otro mundo. Paul Morand escribe magníficamente de Seabrook:³³

Seabrook es tal vez el único blanco de nuestra época que ha recibido el bautismo de sangre. Lo ha recibido sin escepticismo ni fanatismo. Su actitud frente al misterio es la de un hombre de nuestros días. La ciencia

de los diez últimos años nos ha llevado al borde del infinito: de ahora en adelante, todo puede ocurrir: viajes interplanetarios, descubrimiento de la cuarta dimensión, T.S.H.

³³ Prólogo a *La isla mágica*, de William Seabrook. (Firmin-Di-dot, editor, París, 1932.)

con el cielo. Hay que reconocernos esta superioridad sobre nuestros padres: ahora estamos dispuestos a todo, menos crédulos y más creyentes. Cuanto más nos remontamos hacia el origen del mundo, más penetraremos en los pueblos primitivos y más descubrimos que sus secretos tradicionales coinciden con las investigaciones actuales. Desde hace poco se considera a la Vía Láctea como generadora de mundos estelares: ahora bien, los aztecas lo habían afirmado expresamente y nadie les creyó. Los salvajes conservaron lo que la ciencia ha vuelto a encontrar. Creyeron en la unidad de la materia mucho antes de que se aislara el átomo de hidrógeno. Creyeron en el árbol-hombre y en el hierro-hombre mucho antes que Sir J. C. Bose midiera la sensibilidad de los vegetales y envenenara el metal con veneno de cobra. «La fe humana —dice Huxley en *Ensayos de un biólogo*— se ha desarrollado pasando del Espíritu a los espíritus, de los espíritus a los dioses, y de los dioses a Dios.» Se podría añadir que «desde Dios, volvemos al Espíritu».

Pero, para descubrir que los secretos tradicionales de los «primitivos», coinciden con nuestras investigaciones actuales, haría falta que se estableciese una comunicación entre la antropología y las ciencias físicas, químicas y matemáticas recientes. El viajero simplemente curioso, inteligente y de formación histórico-literaria, está expuesto a pasar de largo junto a las observaciones más importantes. La exploración no ha sido hasta hoy más que una rama de la literatura, un lujo de la actividad subjetiva. Cuando sea otra cosa, tal vez percibiremos la existencia de civilizaciones dotadas de equipos técnicos tan considerables como los nuestros, aunque diferentes.

J. Alden Masón, antropólogo eminente y muy oficial, afirma, y de ello da referencias debidamente comprobadas, que se han encontrado ornamentos de platino fundido en la altiplanicie peruana. Ahora bien, el platino se funde a la temperatura de 1.730 grados y, para trabajarla, hay que valerse de una técnica parecida a la nuestra.¹ El profesor Masón comprende la dificultad: por consiguiente, supone que tales ornamentos fueron fabricados por medio de polvo obtenido por cocción y no fundiéndolos. Esta suposición revela una verdadera ignorancia de la metalurgia. Diez minutos de consulta del *Traité des Poudres Frittées*, de Schwartzkopf, le hubiesen demostrado que la hipótesis era absurda. ¿Por qué no consultar a los especialistas de otras disciplinas? Todo el proceso de la antropología está en esto. Con la misma inocencia, el profesor Masón asegura que, en la más antigua civilización del Perú, se encuentra la soldadura de los metales a base de resina y de sales metálicas fundidas. Parece escapársele la circunstancia de que esta técnica se encuentra en la base de la electrónica y forma parte de tecnologías exclusivamente perfeccionadas. No queremos alardear de conocimiento. Otros misterios de la historia de la técnica:

El método de análisis espectral ha sido recientemente utilizado por el Instituto de Física aplicada de la Academia de Ciencias china para estudiar un cinturón con ornamentos aplicados, de 1.600 años de antigüedad, y que se encontró enterrado entre muchos otros objetos en la tumba del famoso general de los Tsin del Oeste; Chu Chi, contemporáneo de la caída del Imperio romano (265-316 d.C.). Resultó que el metal del cinturón estaba compuesto de un 85% de aluminio, un 10% de cobre y un 5% de manganeso. Ahora bien, aunque el aluminio abunde mucho en la Tierra, resulta difícil de obtener. El procedimiento electrolítico que hasta ahora es el único conocido para la extracción del aluminio de la bauxita, no se desarrolló hasta después de 1808; sin embargo, que unos artesanos chinos hayan sido capaces de extraer aluminio de una bauxita, hace 1.600 años, constituye un importante descubrimiento en la historia mundial de la metalurgia (*Horizonts*, n.º 89, octubre de 1958.)

mientes, pero encontramos aquí la necesidad de «la información concomitante», tan agudamente presentida por Charles Hoy Fort.

A despecho de su prudentísima actitud, el profesor John Alden Masón, Curator Emeritus del Museo de Antigüedades Americanas de la Universidad de Pensilvania, en su obra *The Ancient Civilization of Peru*, abre una puerta al realismo fantástico cuando habla de los quipos. Los quipos son cuerdas que presentan nudos complicados. Se encuentran entre los incas y los preincas. Se supone que se trata de un medio de escritura, que servía para expresar ideas o grupos de ideas abstractas. Uno de los mejores especialistas en el estudio de los quipos, Nordenskiöld, ve en ellos cálculos matemáticos, horóscopos, diversos métodos de previsión del porvenir. El problema es capital: pueden existir medios de registro de pensamiento distintos de la escritura.

Pero vayamos más lejos: el nudo, base de los quipos, es considerado por los matemáticos modernos como uno de los más grandes misterios. Sólo es posible en un número impar de dimensiones; es posible en el plano y en los espacios superiores pares: 4, 6, 2 dimensiones; y los topólogos sólo han conseguido estudiar los nudos más simples. No es, pues, improbable que en los quipos se hallen inscritos conocimientos que nosotros aún no poseemos.

Otro ejemplo: la reflexión moderna sobre la naturaleza del conocimiento y las estructuras del espíritu podría enriquecerse por el estudio del lenguaje de los indios *hopis* de la América Central. Su lengua se presta más que la nuestra a las ciencias exactas. No se compone de palabras-verbos y de palabras-nombres, sino de palabras-acontecimientos, las cuales se adaptan así más estrechamente al continuo de espacio-tiempo en que sabemos ahora que vivimos. Más aún, la palabra acontecimiento tiene tres modos: certidumbre, probabilidad, imaginación. En vez de decir: un hombre cruzaba el río en canoa, el *hopi* empleaba el grupo hombre-río-canoe, en una de tres combinaciones diferentes, según se tratase de un hecho observado por el narrador, contado por otro o soñado.

El hombre realmente moderno, en el sentido que da a esta palabra Paul Morand, y que le damos nosotros mismos, descubre que la inteligencia es una, bajo estructuras diferentes, de la misma manera que la necesidad de vivir bajo techo es una, manifestada en mil arquitecturas. Y descubre que la naturaleza del conocimiento es múltiple, como la Naturaleza misma.

Es posible que nuestra civilización sea el resultado de un prolongado esfuerzo para obtener de la máquina poderes que el hombre antiguo poseía: comunicarse a distancia, elevarse en el aire, liberar la energía de la materia, anular el peso, etc. También es posible que, al llegar al extremo de nuestros descubrimientos, advirtamos que aquellos poderes pueden manejarse con un equipo tan reducido que la palabra «máquina» cambiará de sentido. Habremos ido, en este caso, del espíritu a la máquina y de la máquina al espíritu, y algunas civilizaciones remotas nos lo parecerán mucho menos.

En su discurso de recepción en la Universidad de Oxford, en 1946, Jean Cocteau refirió esta anécdota:

«Mi amigo Pobers, catedrático de parapsicología de Utrecht, fue enviado a las Antillas Con la misión de estudiar el papel de la telepatía, muy frecuente entre los hombres sencillos. Cuando una mujer quiere comunicar con el marido o el hijo, que han ido a la ciudad, se dirige a un árbol, y el marido o el hijo le traen lo que les ha pedido. Un día asistió Pobers a este fenómeno y le preguntó a la campesina por qué se servía de un árbol; su respuesta fue sorprendente y capaz de resolver todo el problema moderno de nuestros instintos atrofiados por las máquinas, a las cuales se confía el hombre. He aquí, pues, la pregunta: ¿Por qué se dirige usted a un árbol? Y he aquí la respuesta: Porque soy pobre. Si fuese rica, tendría teléfono.»

Los electroencefalogramas de yoguis en éxtasis muestran curvas que no corresponden a ninguna de las actividades cerebrales que nos son conocidas en estado de vigilia y de sueño. En el mapa del espíritu civilizado hay muchos blancos iluminados: precognición, intuición, telepatía, genio, etcétera. El día en que se realice de veras la exploración de estas regiones, el día en que se abran caminos a través de los diversos estados de conciencia desconocidos de nuestra psicología clásica, tal vez el estudio de las civilizaciones antiguas y de los pueblos llamados primitivos revelará verdaderas tecnologías y aspectos esenciales del conocimiento. Al centralismo cultural sucederá un relativismo que nos hará ver la historia de la Humanidad bajo una luz nueva y fantástica. El progreso no consiste en reforzar los paréntesis, sino en multiplicar los guiones de unión.

Antes de proseguir, y para distraerles un poco, quisiéramos que leyesen una historieta que encontramos deliciosa. Es de Arthur C. Clarke, buen filósofo, a nuestro entender. La hemos traducido para ustedes. Calma, pues, ¡y paso a las puerilidades explosivas!

III

LOS NUEVE MIL MILLONES DE NOMBRES DE DIOS

por Arthur C. Clarke

El doctor Wagner se contuvo haciendo un esfuerzo. La cosa tenía mérito. Despues dijo:

—Su pedido es un poco desconcertante. Que yo sepa, es la primera vez que un monasterio tibetano encarga una máquina de calcular electrónica. No quisiera parecer curioso, pero estaba lejos de pensar que un establecimiento de esta naturaleza tuviese necesidad de aquella máquina. ¿Puedo preguntarle qué piensa hacer con ella? El lama se ajustó los faldones de su túnica de seda y dejó sobre la mesa la regla de cálculo con la que acababa de hacer la conversión de libras en dólares.

—Con mucho gusto. Su calculadora electrónica tipo cinco puede hacer, si su catálogo no miente, todas las operaciones matemáticas hasta diez decimales. Sin embargo, me interesan letras y no números. Tendría que pedirles que modifcasen el circuito de salida, de modo que imprimiese letras en vez de columnas de cifras.

—No acabo de comprender...

—Desde la fundación de nuestro monasterio, hace más de tres siglos, nos hemos venido consagrando a cierta labor. Es un trabajo que acaso le parezca extraño, y por ello le pido que me escuche con espíritu abierto.

—De acuerdo.

—Es sencillo. Estamos redactando la lista de todos los nombres posibles de Dios.

—¿Cómo?

El lama prosiguió, imperturbable:

—Tenemos excelentes razones para creer que todos estos nombres requieren, como máximo, nueve letras de nuestro alfabeto.

—¿Y han estado haciendo esto durante tres siglos?

—Sí. Y hemos calculado que necesitaríamos quince mil años para completar nuestra tarea.

El doctor lanzó un silbido ahogado, como si estuviera un poco aturdido.

—O.K. Ahora comprendo por qué quiere usted alquilar una de nuestras máquinas. Pero, ¿cuál es el objeto de la operación?

El lama vaciló una fracción de segundo, y Wagner temió haber molestado a aquel singular cliente que acababa de hacer el viaje de Lhassa a Nueva York con una regla de calcular y el catálogo de la Compañía de Calculadoras Electrónicas en el bolsillo de su túnica de color azafrán.

—Puede llamarlo ritual si así lo quiere —respondió el lama—, pero tiene una gran importancia en nuestra fe. Los nombres del Ser Supremo, Dios, Júpiter, Jehová, Alá, etc., no son más que rótulos escritos por los hombres. Consideraciones filosóficas demasiado complejas para que se las exponga ahora nos han dado la certidumbre de que, entre todas las permutaciones y combinaciones posibles de letras, se encuentran los *verdaderos* nombres de Dios. Pues bien, nuestro objeto consiste en encontrarlos y escribirlos todos.

—Ya comprendo. Han empezado ustedes con A.A.A.A.A.A.A.A. y terminarán con Z.Z.Z.Z.Z.Z.

Z.Z.Z.

—Con la diferencia de que utilizamos nuestro alfabeto. Desde luego, supongo que les será fácil modificar la máquina de escribir electrónica adaptándola a nuestro alfabeto. Pero hay otro problema más interesante, la disposición de circuitos especiales que eliminan las combinaciones inútiles. Por ejemplo, ninguna de las

letras debe aparecer más de tres veces sucesivamente.

—¿Tres? Querrá decir dos.

—No. Tres. Pero la explicación detallada requeriría demasiado tiempo, aunque comprendiera usted nuestra lengua.

Wagner dijo, precipitadamente:

—Claro, claro. Prosiga.

—Le será fácil adaptar su calculadora automática para lograr este punto. Convenientemente dispuesta, una máquina de este tipo puede permutar las letras unas tras otras e imprimir el resultado. De esta manera —concluyó el lama tranquilamente—, lograremos en cien días lo que nos habría costado quince mil años más.

El doctor Wagner creyó perder el sentido de la realidad. Las luces y los ruidos de Nueva York parecían esfumarse al llegar a las ventanas del *building*. Allá, a lo lejos, en su remoto asilo montañoso, los monjes tibetanos componían desde hacía trescientos años, generación tras generación, su lista de nombres desprovistos de sentido... ¿Acaso la locura de los hombres no tenía un límite? Pero el doctor Wagner no debía manifestar sus pensamientos. El cliente tiene siempre razón... Respondió:

—No cabe duda de que podemos modificar la máquina tipo cinco de manera que imprima las listas como usted desea. *Me* preocupa más la instalación y el manejo. Además no será fácil transportarla al Tíbet.

—Esto puede arreglarse. Las piezas sueltas son lo bastante pequeñas para que puedan transportarse en avión. Por esto hemos escogido la máquina de ustedes. Envíen las piezas a la India, y nosotros nos encargaremos de lo demás.

—¿Desean los servicios de dos de nuestros ingenieros?

—Sí, para montar la máquina y vigilarla los cien días.

—Enviaré una nota a la dirección de personal —dijo Wagner, escribiendo en un bloc—. Pero aún hay dos cuestiones más que resolver...

Antes de que pudiese terminar la frase, el lama había sacado del bolsillo una hojita de papel.

—Aquí tiene el estado, certificado, de mi cuenta en el Banco Asiático.

—Muchas gracias. Perfectamente... Pero, si me permite, hay otra cuestión, tan elemental que casi no me atrevo a mencionarla. A menudo ocurre que se olvidan las cosas más evidentes... ¿Disponen de energía eléctrica?

—Tenemos un generador Diesel eléctrico de cincuenta kilovatios y ciento diez voltios. Fue instalado hace cinco años y funciona bien. Nos facilita la vida en el monasterio. Lo compramos principalmente para hacer girar los molinos de oración.

—Ah, ya. Naturalmente. Hubiese debido pensar...

La vista, desde el parapeto, producía vértigo. Pero uno se acostumbra a todo.

Tres meses habían transcurrido, y a Georges Hanley no le impresionaban ya los seiscientos metros de caída vertical que separaban el monasterio de los campos cuadriculados del llano. Apoyado en las piedras redondeadas por el viento, el ingeniero contemplaba con ojos cansinos las montañas lejanas cuyos nombres ignoraba. «La operación nombre de Dios», según la había bautizado un humorista de la Compañía, era sin duda el trabajo más desconcertante en que jamás hubiera participado.

Semana tras semana, la máquina tipo cinco modificada había llenado miles y miles de hojas con sus inscripciones absurdas. Paciente e inexorable, la máquina calculadora había agrupado las letras del alfabeto tibetano en todas las combinaciones posibles, agotando

una serie tras otra. Los monjes recortaban ciertas palabras al salir de la máquina de escribir eléctrica y las pegaban devotamente en unos enormes registros. Dentro de una semana, su trabajo habría terminado.

Hanley ignoraba qué cálculos oscuros los habían llevado a la conclusión de que no hacía falta estudiar conjuntos de diez, de veinte, de cien o mil letras, y no tenía ningún empeño en saberlo. En sus pesadillas soñaba algunas veces que el gran lama decidía bruscamente complicar un poco más la operación y que había que proseguir el trabajo hasta el año 2060. El hombre parecía muy capaz de una cosa así.

Crujió la pesada puerta de madera. Chuk se reunió con él en la terraza. Chuk estaba fumando un cigarro, como de costumbre. Se había hecho popular entre los lamas repartiéndoles habanos. «Aquellos individuos podían estar completamente desquiciados —pensó Hanley—, pero no tenían nada de puritanos.» Las frecuentes excursiones al pueblo no habían carecido de interés.

—Escucha, Georges —dijo Chuk—, estoy preocupado.

—¿Se ha estropeado la máquina?

—No.

Chuk se sentó en el parapeto. Fue algo sorprendente, pues, de ordinario, temía el vértigo.

—Acabo de descubrir el objeto de la operación.

—¡Pero si ya lo sabíamos!

—Sabíamos lo que querían hacer los monjes, pero ignorábamos el porqué.

—¡Bah! Están chalados...

—Escucha, Georges, el anciano acaba de explicármelo. Piensan que cuando se hayan escrito todos estos nombres (que, según ellos, son unos nueve mil millones), se habrá alcanzado el divino designio. La raza humana habrá cumplido la misión para la que fue creada.

—Y después, ¿qué? ¿Esperan, acaso, que nos suicidemos?

—Sería inútil. Cuando la lista esté terminada, intervendrá Dios, y todo habrá acabado.

—¿Se acabará el mundo?

Chuk lanzó una risita nerviosa.

—Esto es lo mismo que le he dicho al anciano. Entonces él me ha mirado de un modo extraño, como el maestro a un discípulo particularmente lerdo, y me ha dicho: «¡Oh, no será una cosa tan insignificante!»

Georges reflexionó un momento.

—Es un tipo que, por lo visto, tiene grandes ideas —dijo—, pero no veo que cambie nada la situación. Ya habíamos convenido en que están locos.

—Sí. Pero, ¿no te das cuenta de lo que puede ocurrir? Si, terminadas las listas, no suenan las trompetas del ángel Gabriel, en su versión tibetana, pueden pensar que es por culpa nuestra. A fin de cuentas, utilizan nuestra máquina. No me gusta esto...

—Comprendo... —dijo Georges, muy despacio—, pero ya he visto otros casos parecidos. Cuando yo era pequeñín, hubo en Luisiana un predicador que anunció el fin del mundo para el domingo siguiente. Centenares de personas lo creyeron. Incluso algunas se vendieron sus casas. Pero nadie se encolerizó cuando pasó el domingo. La mayoría pensó que había sido sólo un pequeño error de cálculo, y muchos de ellos siguen creyendo igual.

—Para el caso de que no lo hayas notado, debo advertirte que no estamos en Luisiana. Estamos solos, los dos, entre centenares de monjes. Son muy simpáticos, pero preferiría hallarme lejos cuando el viejo lama se dé cuenta del fracaso de la operación.

—Hay una solución: un pequeño sabotaje inofensivo. El avión llega dentro de una semana, y la máquina acabará su trabajo en cuatro días, a razón de veinticuatro horas por día. Sólo tenemos que hacer una *reparación* que dure tres o cuatro días. Si calculamos bien el tiempo, podemos hallarnos en el aeropuerto cuando salga de la máquina la última palabra.

Siete días más tarde, cuando sus caballitos montañeros descendían la carretera en espiral, Hanley dijo:

—Siento un poco de remordimiento. No huyo porque tenga miedo, sino porque me dan pena. No quisiera ver la cara que pondrá esta buena gente cuando se detenga la máquina.

—Si no me equivoco —dijo Chuk—, han adivinado perfectamente que huímos, y les ha tenido sin cuidado. Ahora saben que la máquina es absolutamente automática y que huelga toda vigilancia. Y también creen que no habrá un des�és.

Georges se volvió en la silla y se quedó dormido. La mole del monasterio recortaba su *para* silueta sobre el sol poniente. Unas lucecitas brillaban de vez en cuando bajo la masa sombría de las murallas, como los tragaluces de un navio en ruta. Eran lámparas eléctricas suspendidas en el circuito de la máquina número cinco.

«¿Qué sucedería con la calculadora eléctrica? —se preguntó Georges—. ¿La destruirían los monjes, a impulsos del furor y el desengaño? ¿O volverían a comenzar de nuevo?»

Como si todavía estuviesen allí, veía todo lo que pasaba en aquel momento en la montaña, detrás de las murallas. El gran lama y sus auxiliares examinaban las hojas, mientras los novicios recortaban nombres extravagantes y los pegaban en el enorme cuaderno. Y todo esto se realizaba en medio de un religioso silencio. No se oía más que el tableteo de la máquina, golpeando el papel como una lluvia mansa. La propia máquina calculadora, que combinaba millares de letras por segundo, era absolutamente silenciosa...

La voz de Chuk interrumpió sus sueños.

—¡Míralo! ¡He ahí una visión agradable! Semejante a una minúscula cruz de plata, el viejo avión de transporte D.C. 3 acababa de posarse allá abajo, en el pequeño aeródromo improvisado. Esta visión daba ganas de beber un buen trago de whisky helado. Chuk empezó a cantar, pero se interrumpió de pronto. Las montañas parecían restarle ánimos.

Georges consultó su reloj.

—Estaremos en el llano dentro de una hora —dijo. Y añadió—: ¿Crees que habrá terminado el cálculo?

Chuk no respondió, y Georges levantó la cabeza. Vio que el rostro de Chuk estaba muy pálido, vuelto hacia el cielo.

—Mira —murmuró Chuk.

Georges, a su vez, levantó los ojos.

Por última vez, encima de ellos, en la paz de las alturas, las estrellas se apagaban una a una...

IV

Donde los autores, que no son demasiado crédulos ni excesivamente incrédulos, se interrogan sobre la Gran Pirámide. — ¿Y si había otras técnicas? — El ejemplo hitleriano. — El imperio de Almanzor. — Muchos fines del mundo. — La imposible isla de Pascua. — La leyenda del Hombre Blanco. — Las civilizaciones de América. — El misterio maya. — Del «puente de la luz» a, la extraña planicie de Nazca. — Donde los autores no son más que unos pobres picapedreros.

Desde Aristarco de Samos hasta los astrónomos del 1900, la Humanidad ha empleado veintidós siglos en calcular la distancia de la Tierra al Sol: 149.400.000 kilómetros. Habría bastado con multiplicar por mil millones la altura de la pirámide de Cheops, construida 2.900 años antes de Jesucristo.

Sabemos ahora que los faraones consignaron en las pirámides los resultados de una ciencia de la que ignoramos el origen y los métodos. Se encuentra en ellas el número TT; el cálculo exacto de la duración del año solar, del radio y del peso de la Tierra; la ley del movimiento retrógrado de los puntos equinocciales; el valor del grado de longitud; la dirección real del Norte, y acaso muchos otros datos todavía no descifrados. ¿De dónde procedían estos informes?, ¿cómo fueron logrados? ¿O fueron transmitidos? Y, en este caso, ¿por quién?

Según el abate Moreux, Dios dio conocimientos a los hombres antiguos. Henos en plena puerilidad. «Escucha, oh hijo mío, el número 3,1416 te permitirá calcular la superficie de una circunferencia.» Según Piazzi Smyth, Dios dictó aquellos datos a los egipcios, demasiado impíos y demasiado ignorantes para comprender lo que grababan en la piedra. ¿Y cómo Dios, que todo lo sabe, podía engañarse hasta tal punto en las cualidades de sus alumnos? Para los egiptólogos positivistas, las mediciones que aparecen en Gizeh son falsificaciones de los investigadores, llevados de su afición a lo maravilloso: ninguna ciencia está allí grabada. Pero la discusión persiste alrededor de los decimales, y nada ha desvirtuado el hecho de que las pirámides revelan una técnica que es para nosotros totalmente incomprendible. Gizeh es una montaña artificial de 6.500.000 toneladas. Bloques de doce toneladas se ajustan entre sí con exactitud milimétrica. Generalmente se admite la idea más vulgar: el faraón debió de disponer de una mano de obra colosal. Pero falta explicar cómo resolvió el problema de la aglomeración de tan enormes multitudes. Y la razón de una empresa tan loca. Y la manera en que

los bloques fueron extraídos de las canteras. El egiptólogo no admite más técnica que la introducción de cuñas de madera mojadas en las grietas de las rocas. Los constructores no dispondrían más que de martillos de piedra y sierras de cobre, que es un metal blando. Y, lo que aumenta aún más el misterio, ¿cómo fueron izadas y unidas las piedras talladas de diez mil kilos y más?; en el siglo XIX, nos costó un improbo trabajo transportar dos obeliscos de los que los faraones trasladaban por docenas. ¿Y cómo se iluminaban los egipcios en el interior de las pirámides? Hasta 1890 conocemos sólo lámparas que humean y ennegrecen el techo. Sin embargo, en los muros de las pirámides no se advierte la menor

huella de humo. ¿Captarían la luz solar y la harían penetrar mediante un sistema óptico? No se ha descubierto el menor resto de lente.

No se ha encontrado ningún instrumento de cálculo científico, ningún vestigio de una tecnología desarrollada. Parece que hay que admitir la tesis místico-primaria: Dios dicta informes astronómicos a unos albañiles obtusos, pero aplicados, y, además, les echa una mano. ¿Acaso no hay informes escritos en las pirámides? Los positivistas, poco avisados en cuestión de matemáticas, declaran que se trata de coincidencias. Pero, cuando las coincidencias son tan exageradas, habría dicho Fort, ¿cómo hay que llamarlas? En otro caso, hay que admitir que unos arquitectos y decoradores surrealistas, para satisfacer la megalomanía de su rey y guiados en sus medidas por el azar de su inspiración, hicieron extraer, transportar, decorar, elevar y ajustar con milimétrica exactitud, los 2.600.000 bloques de la gran pirámide, por menestrales que trabajaban con pedazos de madera y sierras de cortar cartón, pisándose unos a otros los talones.

Estas cosas ocurrieron hace cinco mil años, y poco sabemos de ellas. Pero sí sabemos que las investigaciones han sido realizadas por hombres que opinan que la civilización moderna es la única civilización técnica posible. Partiendo de este criterio, no tienen más remedio que imaginar, o la ayuda de Dios, o un colosal y chocante trabajo de hormigas. Sin embargo, es posible que un pensamiento totalmente distinto del nuestro pudiera concebir técnicas tan perfeccionadas como las nuestras, aunque también diferentes: instrumentos de medición y métodos de manipulación de la materia sin ninguna relación con lo que nosotros conocemos, y que no habrían dejado ningún rastro visible a nuestros ojos. Es posible que una ciencia y una tecnología poderosas aportaran soluciones distintas a las nuestras a los problemas planteados y desaparecieran totalmente con el mundo de los faraones. Resulta difícil de creer que una civilización pueda morir, borrarse. Resulta más difícil todavía creer que haya podido diferenciarse de la nuestra hasta el punto de que nos cueste reconocerla como tal civilización. ¡Y, sin embargo...!

Cuando terminó la última guerra mundial, el 8 de mayo de 1945, las misiones de investigación comenzaron inmediatamente a recorrer la Alemania vencida. Los informes de aquellas misiones fueron publicados. Sólo el catálogo cuenta trescientas páginas. En doce años, la evolución técnica del Reich había tomado rumbos singularmente divergentes. Si los alemanes estaban atrasados en el campo de la bomba atómica, en cambio habían logrado cohetes gigantes sin parangón en América ni en Rusia. Si ignoraban el radar, habían construido detectores de rayos infrarrojos no menos eficaces. Si no inventaron las siliconas, habían desarrollado una química orgánica completamente nueva.¹ Al lado de estas diferencias radicales en materia técnica, había diferencias filosóficas aún más asombrosas... Habían rechazado la relatividad y olvidado, en parte, la teoría de los quanta. Su cosmogonía habría puesto los pelos de punta a los astrofísicos aliados: era la tesis del hielo eterno, según la cual planetas y estrellas eran bloques de hielo que flotaban en el espacio.¹ Si en doce años pudieron abrirse tales abismos en nuestro mundo moderno, a despecho de los intercambios y de las comunicaciones, ¿qué pensar de las civilizaciones que pudieron desarrollarse en el pasado? ¿Hasta qué punto están calificados nuestros arqueólogos para juzgar sobre el estado de las ciencias, de la técnica, de la filosofía, del conocimiento, entre los mayas o entre los khmers?

1. No caeremos en la trampa de las leyendas: Lemuria o Atlántida. Platón, en el *Critias*, al cantar las maravillas de la ciudad desaparecida; Hornero, antes que él, en la *Odisea*, al evocar la fabulosa Scheria, describen tal vez Tartesos, la Tarshih bíblica de Joñas y término de su viaje. En la desembocadura del Guadalquivir, Tartesos es la más rica ciudad

minera y representa la quintaesencia de una civilización. Florece desde un número ignorado de siglos y es depositaria de una sabiduría y de secretos. Hacia el año 500 antes de Jesucristo se desvanece completamente, no sabemos cómo ni por qué.² Es posible que Numinor, misterioso centro celta del siglo v a.C., no sea una leyenda,³ pero nada sabemos de ella. Las civilizaciones cuya existencia pasada nos consta, y que murieron, resultan tan extrañas como Lemuria. La civilización árabe de Córdoba y Granada inventa la ciencia moderna, descubre la investigación experimental y sus aplicaciones prácticas, estudia la química e incluso la propulsión a reacción. Ciertos maestros véase la segunda parte de esta obra.

2. Sprague de Camps y Willy Ley, *De l'Atlantide a l'Eldorado*,

Pión, edit., París.

3. Trabajos del profesor Tolkien, de la Universidad de Oxford.

nuscritos árabes del siglo XII contienen esquemas de cohetes de bombardeo. Si el imperio de Almanzor hubiese estado tan adelantado en biología como en las demás técnicas, si la peste no se hubiese aliado con los españoles para destruirlo, acaso la revolución industrial se habría producido en los siglos xv y xvi en Andalucía, y el siglo xx constituiría una era de aventureros interplanetarios árabes, lanzados a la colonización de la Luna, de Marte y de Venus.

El imperio de Hitler, como el de Almanzor, se derrumba entre sangre y fuego. Una bella mañana de junio de 1940, el cielo de París se oscurece, el aire se carga de vapores de gasolina, y, bajo la nube inmensa que ennegrece los rostros descompuestos por el estupor, el espanto y la vergüenza, una civilización vacila y millares de seres huyen a la desbandada por las ametralladas carreteras. Quien haya vivido esto y haya conocido también el ocaso de los dioses del III Reich, puede imaginarse el fin de Córdoba y Granada, y otros mil fines del mundo en el transcurso de los milenios. Fin del mundo para los incas, fin del mundo para los toltecas, fin del mundo para los mayas. Esto es toda la historia de la Humanidad: un fin sin fin...

La isla de Pascua, a tres mil kilómetros de las costas de Chile, es grande como Jersey. Cuando, en 1722, desembarcó en ella el primer navegante europeo, un holandés, la creyó habitada por gigantes. En esta pequeña tierra volcánica de Polinesia, se levantan quinientas noventa y tres estatuas enormes. ¿Cuándo fueron erigidas? ¿Cómo? ¿Por qué? Gracias al estudio de estos misteriosos documentos, se cree que se puede distinguir tres niveles de civilización, la más perfecta de las cuales sería la más antigua. Como en Egipto, los enormes bloques de toba, de basalto y de lava, aparecen

ajustados con prodigiosa habilidad. Pero la isla tiene un relieve accidentado y sus escasos y mezquinos árboles no podían servir de rodillos: ¿cómo fueron transportadas las piedras? ¿Acaso puede invocarse una mano de obra colosal? En el siglo XIX, los habitantes de la isla de Pascua no pasaban de doscientos: tres veces menos numerosos que sus estatuas. Jamás pudieron ser más de tres o cuatro mil en esta isla de suelo fértil y desprovista de animales. ¿Entonces?

Como en África, como en América del Sur, los primeros misioneros que desembarcaron en Pascua, cuidaron de hacer desaparecer todos los rastros de la civilización muerta. Al pie de las estatuas había tablillas de madera cubiertas de jeroglíficos: fueron quemadas o enviadas a la biblioteca del Vaticano, donde se encierran no pocos secretos. ¿Se trataba de descubrir los vestigios de antiguas supersticiones, o de borrar el testimonio de otro

saber? ¿El recuerdo del paso de otros seres por la Tierra? ¿De visitantes venidos de otro mundo?

Los primeros europeos que exploraron la isla de Pascua descubrieron, entre los moradores, unos hombres blancos y barbudos. ¿De dónde procedían? ¿Eran descendientes de alguna raza varias veces milenaria, degenerada, y hoy completamente extinguida? Retazos de leyenda hablaban de una raza de señores, de maestros, surgida del fondo de los tiempos, caída del cielo.

Nuestro amigo el explorador y filósofo peruano Daniel Ruzo, parte en 1952 a estudiar la altiplanicie desértica de Marcahuasi, a 3.800 metros de altura, al oeste de la cordillera de los Andes.¹ Esta planicie sin vida, que sólo puede alcanzarse a lomos de mulo, mide tres kilómetros cuadrados. Ruzo descubre en ella animales

1. Daniel Ruzo, «La cultura masma.» *Revista de la Sociedad d'Etnographie de París*, 1956 y 1959.

y rostros humanos tallados en la roca y visibles únicamente durante el solsticio de verano, gracias al juego de luces y de sombras. Encuentra estatuas de animales de la Era secundaria, como el estegosaurio; leones, tortugas y camellos, desconocidos en la América del Sur. Una colina esculpida representa una cabeza de anciano. El negativo de la fotografía revela un joven radiante. ¿Qué rito de iniciación lo haría visible? No se ha podido aún medir la antigüedad por medio del carbono 14: en Marcahuasi no hay ningún vestigio orgánico. Los indicios geológicos nos remontan hasta la noche de los tiempos. Daniel Ruzo cree que esta altiplanicie es la cuna de la civilización masma, tal vez la más antigua del mundo.

En otra altiplanicie fabulosa, Tiahuanaco, a 4.000 metros, volvemos a encontrar el recuerdo del hombre blanco. Cuando los incas conquistaron esta región del lago Titicaca, Tiahuanaco era ya el campo de ruinas gigantescas, inexplicables, que nosotros conocemos. Cuando llega allí Pizarro, en 1532, los indios dan a los conquistadores el nombre de Viracochas: señores blancos. Su tradición, más o menos perdida ya, habla de una raza de señores desaparecida, de hombres gigantescos y blancos, venidos de lejos, surgidos de los espacios, de una raza de Hijos del Sol. Reinaba y enseñaba allí, hace milenarios. Desapareció de golpe, pero volverá. En todos los lugares de la América del Sur, los europeos que iban en busca de oro conocieron esta tradición del hombre blanco y se aprovecharon de ella. Sus deseos de conquista fueron auxiliados por el más grande y misterioso recuerdo.

El explorador moderno descubre en el continente americano una civilización formidable y profunda. Cortés advierte, con estupor, que los aztecas son tan civilizados como los españoles. Hoy sabemos que vivían de los restos de una cultura aún más elevada; la de los

toltecas. Los toltecas construyeron los monumentos más gigantescos de América. Las pirámides del sol de Teotihuacán y de Cholula son dos veces más importantes que la tumba del rey Cheops. Pero los toltecas eran a su vez descendientes de una civilización más perfecta, la de los mayas, cuyos restos han sido descubiertos en las selvas de Honduras, de Guatemala, del Yucatán. Enterrada bajo una naturaleza exuberante, se revela una civilización muy anterior a la griega y superior a ésta. ¿Muerta, cuándo y cómo? Muerta dos veces, en todo caso, porque también aquí los misioneros se apresuraron a destruir los manuscritos, a romper las estatuas y a hacer desaparecer los altares. Resumiendo las más recientes investigaciones sobre las civilizaciones desaparecidas, Raymond Cartier escribe:

«En muchos terrenos, la ciencia de los mayas sobrepasaba a la de los griegos y los romanos. Poseedores de profundos conocimientos matemáticos y astronómicos, llevaron a

una perfección minuciosa la cronología y la ciencia del calendario. Construían observatorios con cúpulas mejor orientadas que el de París en el siglo XVII, como el Caracol sobre tres terrazas de su capital de Chichén Itzá. Conocían el año sagrado de 260 días, el año solar de 365 días y el año venusino de 584 días. La duración exacta del año solar ha sido fijada en 365,2422 días. Los mayas lo habían fijado en 365,2420 días, o sea que, con error de diezmilésimas, habían llegado a la misma cifra que nosotros después de largos cálculos. Es posible que los egipcios alcanzaran la misma aproximación, pero, para admitirlo, hay que reconocer las discutidas concordancias de las Pirámides mientras que, de los mayas, poseemos el calendario.

»El arte admirable de éstos presenta otras analogías con Egipto. En sus pinturas murales, en sus frescos, en las paredes de sus vasijas, vemos representados hombres de violento perfil semita dedicados a todas las actividades de la agricultura, de la pesca, de la construcción, de la política, de la religión. Sólo Egipto ha pintado de esta guisa con la misma verdad cruel, pero la alfarería maya hace pensar en los etruscos, sus bajorrelieves, en la India, y las grandes escaleras rígidas de sus templos piramidales, en Angkor. Si no recibieron los modelos del exterior, es que su cerebro estaba constituido de tal modo que pasó por las mismas formas de expresión artística de todos los grandes pueblos antiguos de Europa y de Asia. ¿Nacería la civilización en una región geográfica determinada y se propagaría poco a poco como un incendio en un bosque? ¿O aparecería espontánea y separadamente en las diversas regiones del Globo? ¿Hubo un pueblo maestro y otros pueblos discípulos, o bien muchos pueblos autodidactas? ¿Hubo semillas aisladas, o un tronco único con brotes en todas partes?»

No se sabe, y no poseemos ninguna explicación satisfactoria de los orígenes de tales civilizaciones... ni de sus finalidades. Algunas leyendas bolivianas, recogidas por Madame Cynthia Fain¹ y que parecen remontarse a más de cinco mil años, refieren que las civilizaciones de aquella época se derrumbaron después de un conflicto con una raza no humana y cuya sangre no era roja.

La altiplanicie de Bolivia y del Perú evoca otro planeta. Aquello no es la Tierra, es Marte. La presión del oxígeno es allí la mitad de la del nivel del mar, y, sin embargo, se encuentran hombres hasta los tres mil quinientos metros de altura. Tienen dos litros de sangre más que nosotros, ocho millones de glóbulos rojos en vez de cinco, y su corazón late con mayor lentitud. El método de establecer la antigüedad por medio de radiocarbono revela la presencia humana hace unos nueve mil años. Algunas precisiones recientes nos inclinan a

1. Cynthia Fain, *Solvie*, Ed. Arthaud, París.

pensar que allí vivían hombres hace 30.000 años. No se excluye la posibilidad de que seres humanos que sabían trabajar los metales, que tenían observatorios y poseían una ciencia, construyeran, 30.000 años atrás, ciudades gigantescas. ¿Guiados por quién?

Algunas de las obras de irrigación efectuadas por los preincas serían a duras penas realizables con nuestras perforadoras eléctricas. ¿Y por qué unos hombres que no utilizaban la rueda construyeron grandes carreteras pavimentadas?

El arqueólogo americano Hyatt Verrill consagró treinta años a la busca de las civilizaciones desaparecidas de la América Central y de la América del Sur. Según él, los grandes trabajos de los antiguos no fueron realizados con útiles de tallar piedra, sino con una pasta radiactiva que roía el granito: una especie de grabado a escala de las grandes pirámides. Verrill pretendía haber visto en manos de los últimos hechiceros esta pasta radiactiva, legada por civilizaciones todavía más antiguas. En una novela muy buena, *The bridge of Light*, describe una ciudad preinca a la que se llega por medio de «un puente de luz», un puente de materia ionizada, que aparece y desaparece a voluntad y permite franquear un desfiladero rocoso, de otro modo inaccesible. Hasta sus últimos días (murió a

los ochenta años), Verrill afirmó que su libro era mucho más que una leyenda y su esposa, que le sobrevivió, sigue afirmándolo.

¿Qué significan las figuras de Nazca? Se trata de unas líneas geométricas inmensas trazadas en la llanura de Nazca, visibles solamente desde un avión o desde un globo, y que la exploración aeronáutica ha permitido descubrir recientemente. El profesor Masón, que, como Verrill, no es sospechoso de fantasía, se pierde en conjeturas. Hubiese sido necesario que las construcciones se guiasen desde un aparato flotando en el cielo. Masón rechaza esta hipótesis e imagina que las figuras

fueron trazadas partiendo de un modelo reducido o de una cuadrícula. Dado el nivel de la técnica preinca admitida por la arqueología clásica, esto resulta todavía más improbable. ¿Y cuál sería el significado de este trazado? ¿Religioso? Esto es lo que se dice siempre, como último recurso. La explicación por una religión desconocida es el método corriente. Se prefiere suponer toda suerte de desvarios del espíritu, antes que otros estados de conocimiento y de técnica. Es cuestión de categoría: las luces de hoy son las únicas luces. Las fotografías que tenemos de la llanura de Nazca hacen pensar irresistiblemente en las señales de un campo de aterrizaje. Hijos del Sol, venidos del cielo... El profesor Masón se guarda muy bien de tomar en cuenta estas leyendas e inventa, en su totalidad, una especie de religión de la trigonometría, de la cual la historia de las creencias religiosas no nos da ningún otro ejemplo. Sin embargo, un poco más lejos, menciona la mitología preinca, según la cual las estrellas están habitadas y los dioses han descendido de la constelación de las Pléyades.

Nosotros no negamos la posibilidad de visitas de los habitantes del espacio exterior, de civilizaciones atómicas desaparecidas sin casi dejar rastro, de etapas del conocimiento y de la técnica comparables a la etapa presente, de vestigios de ciencias englobadas en diversas formas de lo que llamamos esoterismo, y de realidades operatorias dentro de lo que nosotros colocamos en el campo de las prácticas mágicas. No decimos que lo creemos todo, pero en el próximo capítulo demostraremos que el campo de las ciencias humanas es probablemente mucho más vasto de lo que se pretende. Sólo integrando todos los hechos, sin exclusión alguna, y aviniéndose a considerar todas las hipótesis derivadas de aquellos hechos sin el menor prejuicio, podrán un Darwin o un Copérnico de la antropología crear una ciencia completamente nueva, por poco que se establezca, además, una comunicación constante entre la observación objetiva del pasado y las sutilezas del conocimiento moderno en materia de parapsicología, de física, de química y de matemáticas. Tal vez comprenderán que la idea de una constante y lenta evolución de la inteligencia, de un prolongado avance del saber, no es una idea segura, sino un tabú que hemos erigido por creernos beneficiarios, hoy, de toda la historia humana. ¿Por qué las civilizaciones pasadas no pudieron conocer bruscos relámpagos, a la luz de los cuales les fuese revelada la casi totalidad del conocimiento? ¿Por qué lo que se produce a veces en la vida del hombre, la iluminación, la intuición fulgurante, la explosión del genio, no pudo producirse muchas veces en la vida de la Humanidad? ¿No interpretamos erróneamente los pocos recuerdos de aquellos instantes, calificándolos de mitología, de leyendas, de magia? Si me muestran una fotografía no compuesta de un hombre flotando en el aire, no digo: es la representación del mito de Ícaro, sino que digo: es una instantánea de un salto o de un *plongeon*. ¿Por qué no puede haber estados instantáneos en las civilizaciones?

Citaremos otros hechos, agruparemos otras ideas, formularemos otras hipótesis. Sin duda, en nuestro libro habrá muchas tonterías, repitámoslo. Pero poco importa, si este libro sirve para despertar algunas vocaciones y para preparar, en cierta medida, caminos más amplios de investigación. No somos más que dos pobres picapedreros: otros construirán la carretera.

V

La memoria es más vieja que nosotros... — Donde los autores encuentran pájaros metálicos. — Historia de un curiosísimo mapa del mundo. — Bombardeos atómicos y naves interplanetarias en los «textos sagrados». — Otra idea sobre las máquinas. — El culto del «cargo». — Otra división del esoterismo. — Carácter sagrado de la inteligencia.
— Permitannos otra historieta.

Desde hace diez años, la exploración del pasado se ve facilitada por los nuevos métodos fundados en la radiactividad y por los progresos de la cosmología. De ella se desprenden dos hechos extraordinarios.¹

1.º La Tierra sería contemporánea del Universo. Tendría, pues, unos 4.500 millones de años. Se habría formado al mismo tiempo o acaso antes que el Sol, por condensación de partículas en frío.

2.º El hombre que conocemos, el *Homo sapiens*, existiría desde hace sólo 75.000 años. Este período brevíssimo habría bastado para pasar del ser prehumano al hombre. Aquí nos permitimos formular dos preguntas:

a) En el transcurso de estos 75.000 años, ¿conoció la Humanidad otras civilizaciones técnicas además de la nuestra? Los especialistas, a coro, responden que no. Pero no es evidente que sepan distinguir un instrumento de un objeto llamado de culto. En este terreno, la investigación no ha comenzado siquiera. Sin embargo, existen problemas desconcertantes. La mayoría de los paleontólogos consideran los eolitos (piedras descubiertas cerca de Orleáns en 1876) como objetos naturales. Pero otros ven en ellos la mano del hombre. ¿De

1. Doctor Bowen, *La exploración del tiempo*, Londres, 1958.

qué «hombre»? No del *Homo sapiens*. Se han encontrado otros objetos en Ipswich, en Norfolk, que demostrarían la existencia de «hombres» terciarios en la Europa occidental.

b) Los experimentos de Washburn y de Dice demuestran que la evolución del hombre pudo ser causada por modificaciones muy triviales. Por ejemplo, un ligero cambio en los huesos del cráneo.¹ Una sola mutación, y no, como se creía, un conjunto complejo de mutaciones, habría bastado para pasar del ser prehumano al hombre.

En tal caso, ¿se habría producido una sola mutación en 4.500 millones de años? Es posible. Pero, ¿es seguro? ¿Por qué no pudo haber varios ciclos de evolución antes de los setenta y cinco mil años últimos? Han podido aparecer y desaparecer otras formas de Humanidad, o, más bien, otros seres dotados de pensamiento. No habrían dejado huellas visibles por nosotros, pero su recuerdo persistiría en las leyendas. «El busto sobrevivió a la ciudad»: su recuerdo puede haber sobrevivido a las centrales de energía, a las máquinas, a los monumentos de sus civilizaciones extinguidas. Tal vez nuestra memoria se remonta mucho más lejos que nuestra propia existencia, incluso que la existencia de nuestra especie. ¿Qué registros infinitamente lejanos se esconden en nuestros cromosomas y en nuestros genes? «¿De dónde te viene esto, alma del hombre, de dónde te viene esto?»

Todo cambia ya en arqueología. Nuestra civilización acelera las comunicaciones, y las observaciones hechas en toda la superficie del Globo, una vez agrupadas

1. Para demostrar lo bien fundado de su tesis, Washburn modificó el cráneo de unos ratones, haciéndolos pasar de una forma «neandertaloide» a la forma «moderna».

y comparadas, plantean grandes misterios. En junio de 1958, el Instituto Smithson publica unos relatos obtenidos por americanos, indios y rusos.¹ En las excavaciones del lago Baikal y en la cuenca superior del río Lena, en Siberia, se descubren exactamente los mismos objetos de hueso y de piedra. Luego la técnica de elaboración de estos objetos no es exclusiva de los esquimales. En vista de lo cual el Instituto Smithson entiende que se puede llegar a la conclusión de que, hace diez mil años, los esquimales habitaban el Asia Central, Ceilán y Mongolia. Después debieron de emigrar bruscamente hacia Groenlandia. Pero, ¿por qué? ¿Cómo pudieron aquellos hombres primitivos decidir bruscamente, y todos al mismo tiempo, trocar aquellas tierras por el punto más inhospitalario del Globo? ¿Y cómo pudieron llegar hasta él? Todavía hoy, ignoran que la Tierra es redonda y no tienen la menor noción de la geografía. Y abandonar Ceilán, que es un paraíso terrenal... El Instituto no contesta a estas preguntas. Por nuestra parte, no pretendemos imponer nuestra hipótesis, y la formulamos únicamente como ejercicio de espíritu abierto: hace diez mil años, una civilización superior domina el Globo, y establece en el Gran Norte una zona de deportación. Veamos lo que dice el folklore esquimal. Nos habla de tribus transportadas al Gran Norte, en el origen de los tiempos, por pájaros metálicos gigantes.

Los arqueólogos del siglo XIX insistieron mucho en el absurdo de estos «pájaros metálicos». ¿Y nosotros?

Todavía no se ha realizado ningún trabajo comparable al del Instituto Smithson sobre objetos mejor definidos. Por ejemplo, sobre las lentes. Se han encontrado lentes ópticas en el Irak y en Australia central. ¿Provienen de la misma fuente, de la misma civilización? No ha sido llamado ningún óptico moderno para

1. *New York Hernia Tribune*, 11 de junio de 1958.

que se pronunciara sobre el caso. En nuestra civilización, desde hace veinte años, todos los cristales de óptica son pulimentados con óxido de cerio.

Dentro de mil años, el análisis espectroscópico demostrará, por el análisis de estos cristales, la existencia de una civilización única en el Globo. Y será verdad.

Estudios de este género podrían dar origen a una nueva visión del mundo pasado. Dios quiera que nuestro libraco, ligero y mal documentado, inspire en algún joven todavía ingenuo la idea de un trabajo loco que habrá de darle un día la llave de las antiguas razones.

Hay otros hechos:

En vastas regiones del desierto de Gobi, se observan vitrificaciones del suelo parecidas a las que producen las explosiones atómicas.

Se han encontrado en las cavernas del Bohistán, inscripciones acompañadas de mapas astronómicos que representan las estrellas en la posición que ocupaban hace tres mil años. Y se ven unas líneas que unen a Venus con la Tierra.

A mediados del siglo XIX un oficial de Marina, turco, Piri Reís, regala a la «Library of Congress» un paquete de mapas que ha descubierto en el Oriente Los más recientes datan del tiempo de Cristóbal Colón; los más antiguos, del siglo i después de Jesucristo, y los unos son copia de los otros. En 1952, Arlington H. Mallory, gran especialista en cartografía, estudia estos documentos.¹ Y advierte que todo lo que existe en el Mediterráneo, por ejemplo, ha sido consignado, pero no está en su sitio. ¿Pensarán aquellas gentes que la Tierra es plana? La explicación no es suficiente. ¿Trazarían su mapa por proyección, teniendo en cuenta que la Tierra es redon1. Todo este asunto fue estudiado en el curso de un debate orga-

nizado en la Georgetown University en diciembre de 1958. Véase el estudio de Iván T. Sanderson, en *Fantastic Universe*, enero de 1959.

da? Imposible: la geometría proyectiva data de Monge. Mallory confía a continuación el estudio a Walters, cartógrafo oficial, el cual traslada estos mapas a un globo moderno del mundo: son exactos, comprendidas las Américas y el Atlántico. En 1955, Mallory y Walters someten su trabajo al comité del año geofísico. El comité confía el informe al padre jesuíta Daniel Lineham, director del observatorio de Weston y responsable de la cartografía de la Marina americana. El padre comprueba que el relieve de la América del Norte, el emplazamiento de los lagos y montañas del Canadá, el trazado de las costas del extremo norte del continente y el relieve de la Antártida (cubierta por los hielos y a duras penas revelada por nuestros instrumentos de medición) son correctos. ¿Serán copias de mapas todavía más antiguos? ¿Habrán sido trazados partiendo de observaciones hechas a bordo de una nave volante o espacial? ¿O serán notas tomadas por visitantes venidos de Fuerá?

¿Nos reprocharán que formulemos estas preguntas? El *Popul Vuh*, libro sagrado de los *quichés* de América, habla de una civilización infinitamente antigua que conocía las nebulosas y todo el sistema solar. «Los de la primera raza —leemos— eran capaces de todo saber. Estudiaban los cuatro rincones del horizonte, los cuatro puntos del arco del cielo y *la cara redonda* de la Tierra.»

«Algunas de las creencias y leyendas que la Antigüedad nos ha legado están tan universal y profundamente arraigadas, que nos hemos habituado a considerarlas casi tan viejas como la misma Humanidad. Sin embargo, nos sentimos inclinados a investigar hasta qué punto la coincidencia de muchas de estas creencias y leyendas es fruto de la casualidad, o bien hasta qué punto podrían ser reflejo de la existencia de una antigua civilización, desconocida e insospechada, y todos euros otros vestigios hubiesen desaparecido.»

El hombre que, en 1910, escribía estas líneas, no era ni escritor de ciencia ficción, ni un vago ocultista. Era uno de los adelantados de la ciencia, el profesor Frederic Soddy, premio Nobel, descubridor de los isótopos y de las leyes de transformación en radiactividad natural.¹

La Universidad de Oklahoma publicó en 1954 los anales de unas tribus indias de Guatemala, que datan del siglo XVI. Relatos fantásticos, apariciones de seres legendarios, costumbres imaginarias de los dioses. Ahora bien, al estudiar la cosa con mayor atención, se advirtió que los indios *cachiqueles* no referían historias tontas, sino que relataban, a su manera, sus primeros contactos con los invasores españoles. Estos últimos se colocaban, en el espíritu de los «historiadores» *cachiqueles*, al lado de los personajes de su mitología y de su tradición. De esta manera, se describía la realidad bajo un aspecto fabuloso, y es altamente probable que algunos textos considerados como puramente folklóricos o mitológicos descansasen sobre hechos reales mal interpretados y mezclados con otros hechos, éstos imaginarios. Todavía no se ha hecho la clasificación, y toda una literatura varías veces milenaria descansa en los estantes de «leyendas», sin que nadie quiera pensar ni un instante que tal vez allí se ocultan crónicas iluminadas de sucesos verdaderos.

Lo que sabemos de la ciencia y de la técnica moderna debería, empero, hacernos leer con otros ojos esta literatura. El libro de Dzyan habla de «señores de faz resplandeciente» que abandonan la Tierra, retirando sus conocimientos a los hombres impuros y borrando por desintegración las huellas de su paso. Se marchan en ca1. Profesor en Oxford, miembro de la Real Sociedad de Londres. Estas líneas han sido extraídas de su obra *El radium*, traducida por Adolphe Lepage, jefe del laboratorio de Físico-química del Instituto de Hidrología y Climatología de París.

rros voladores, movidos por la luz, a su país «de hierro y de metal».

En su reciente estudio de la *Literaturnaya Gazeta*,¹ el profesor Agrest, que admite la hipótesis de una antigua visita de viajeros interplanetarios, encuentra, entre los primeros textos introducidos en la Biblia por los sacerdotes judíos, recuerdos de seres venidos de fuera, que, como Enoc desaparecían para remontar el cielo en arcos misteriosos. Los libros sagrados hindúes, el *Ramayana* y el *Mahabharata*, describen aeronaves que circularon por el cielo en el origen de los tiempos, y que parecían «nubes azuladas en forma de huevo o de globo luminoso». Podían dar varias veces la vuelta a la Tierra. Eran impulsadas por «una fuerza etérea que golpea el suelo al partir» o por «una vibración que emana de una fuerza invisible». Emitían «sonidos dulces y melodiosos», irradiaban «brillando como el fuego», y su trayectoria no era recta, sino que parecía «como una larga ondulación que las acercaba o las alejaba de la Tierra». La materia de tales ingenios se describe, en estas obras que datan de más de tres mil años y que sin duda se inspiraron en recuerdos mucho más remotos, como compuesta de varios metales, unos blancos y ligeros, y otros rojos.

En el *Mausola, Purva*, figura esta singular descripción, incomprendible para los etnólogos del siglo XIX, pero que ha dejado de serlo para nosotros:

«Es un arma desconocida, un rayo de hierro, gigantesco mensajero de la muerte, que redujo a cenizas a todos los miembros de la raza de los Vrishnis y de los Andhakas. Los cadáveres quemados eran irreconocibles. Los cabellos y las uñas se caían, los objetos de barro se rompián sin causa aparente, los pájaros se volvían blancos. Al cabo de algunas horas, se estroppearon todos los alimentos. El rayo se deshizo en un polvo fino.»

1. 1959.

Y ésta:

«Cukra, volando a bordo de una *vimana* de gran potencia, lanzó sobre la triple ciudad un proyectil único cargado con la fuerza del Universo. Una humareda incandescente, parecida a diez mil soles, se elevó esplendorosa... Cuando el *vimana* hubo aterrizado, apareció como un espléndido bloque de antimonio posado en el suelo...»

Objeción: si admiten ustedes la existencia de civilizaciones tan fabulosamente adelantadas, ¿cómo explican que las innumerables excavaciones, en el Globo entero, jamás hayan revelado un solo resto de objeto capaz de hacernos creer en aquellas existencias? Respuestas:

1." Apenas hace más de un siglo que se excava sistemáticamente, y nuestra civilización atómica aún no tiene veinte años. Todavía no se ha hecho ninguna exploración arqueológica seria en el sur de Rusia, en China, en el África Central y en África del Sur. Inmensos territorios guardan el secreto del pasado.

2.º Fue preciso que un ingeniero alemán, Wilhelm Kónig, visitara por casualidad el museo de Bagdad, para que supiéramos que unas piedras planas encontradas en el Irak y clasificadas como tales, eran en realidad pilas eléctricas, utilizadas dos mil años antes de Galvani. Los museos arqueológicos rebosan de objetos clasificados como «objetos de culto» o «varios», sobre los cuales nadie sabe nada. Los rusos descubrieron recientemente, en unas cavernas del Gobi y del Turkestán, hemisferios de cerámica o de vidrio rematados por un cono que contenía una gota de mercurio. ¿De qué se trataba? En fin, pocos arqueólogos tienen conocimientos científicos y técnicos. Y menos aún son capaces de advertir que un problema técnico puede resolverse de varias maneras diferentes y que hay máquinas que en nada se parecen a lo que solemos llamar máquinas: sin bielas, ni manivelas, ni

ruedas. Algunas líneas trazadas con una tinta especial en un papel debidamente preparado constituyen un receptor de ondas electromagnéticas. Un simple tubo de cobre sirve de resonador en la producción de ondas de radar. El diamante es un detector sensible a la radiación nuclear y cósmica. Ciertos cristales pueden contener registros complejos. ¿Se

encerrarán bibliotecas enteras en unas piedrecitas talladas? Si dentro de mil años, extinguida nuestra civilización, unos arqueólogos encontrasen, por ejemplo, bandas magnéticas, ¿qué harían con ellas? ¿Y cómo verían la diferencia entre una banda virgen y una banda registrada?

Hoy estamos en camino de descubrir los secretos de la antimateria y de la antigravitación. Mañana, el manejo de estos secretos, ¿exigirá una máquina pesada, o, por el contrario, de una asombrosa ligereza? Al desarrollarse, la técnica no se complica, sino que se simplifica y reduce su equipo hasta hacerlo casi invisible. En su libro *Magia caldea* Lenormand, refiriéndose a una leyenda que recuerda el mito de Orfeo, escribe: «En los tiempos antiguos, los sacerdotes de On, valiéndose de sonidos, provocaban tempestades y levantaban en el aire, para construir sus templos, piedras que mil hombres no hubiesen podido trasladar.» Y Walter Owen: «Las vibraciones sonoras son fuerzas... La creación cósmica está sostenida por vibraciones que podrían igualmente suspenderla.» Esta teoría no está muy alejada de los conceptos modernos. Mañana será fantástica: todo el mundo lo sabe. Pero tal vez lo será doblemente al desmentir la futilidad del ayer.

Tenemos un concepto exclusivamente literario, religioso y filosófico de la Tradición, es decir, del conjunto de los textos más antiguos de la Humanidad. ¿Y si se tratase de recuerdos inmemoriales, registrados por gentes

ya muy alejadas del tiempo en que se desarrollaron, y que los alterasen y exagerasen; recuerdos inmemoriales de civilizaciones técnica y científicamente tan avanzadas o mucho más avanzadas que la nuestra? ¿Qué nos dice la Tradición, considerada en este aspecto?

Ante todo, que la ciencia es peligrosa. Esta idea podía sorprender a un hombre del siglo XIX. Ahora sabemos que han bastado dos bombas, arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki, para matar a 300.000 personas; que estas bombas están ya muy anticuadas, y que un proyectil de cobalto, de quinientas toneladas, podría eliminar todo rastro de vida en la mayor parte del mundo.

En segundo lugar, que pueden existir contactos con seres no terrestres. Un absurdo para el siglo XIX, pero no para nosotros. Ya no es inconcebible que pueda haber universos paralelos al nuestro, con los cuales pueda establecerse comunicación.¹ Los radiotelescopios reciben ondas emitidas a diez mil millones de años luz, moduladas de tal forma que parecen mensajes. El astrónomo John Kraus, de la Universidad de Ohio, asegura haber captado, el 2 de junio de 1956, señales procedentes de Venus. Se dice que otras señales, procedentes de Júpiter, fueron recibidas en el Instituto de Princeton.

En fin, asegura la Tradición que todo lo que ha pasado desde el principio de los tiempos, ha sido registrado en la materia, en el espacio, en las energías, y, tal vez, revelado. Es exactamente lo que dice un gran sabio como Bowen en su obra *La exploración del tiempo*, y es una idea compartida hoy en día por la mayoría de los investigadores.

1." Esta idea de la existencia de universos paralelos al Universo visible la encontramos en todos los ámbitos de la investigación contemporánea. Véase, por ejemplo, la revista *Industries Atomiques*, n.º 1, 1958, p. 17, artículo de E. C. G. Stuckuelberg.

Nueva objeción: una elevada civilización técnica y científica no desaparece enteramente, no queda del todo aniquilada.

Respuesta: «Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales.» Precisamente las técnicas más desarrolladas pueden provocar la desaparición total de la civilización en un futuro próximo. Todas las centrales de energía, todas las armas, todas las emisoras y todos los receptores de telecomunicación, todos los aparatos eléctricos y

nucleares, en una palabra, todos los instrumentos tecnológicos, se fundan en el mismo principio de producción de energía. Una reacción en cadena puede hacer estallar todos estos instrumentos, ya sean gigantescos o de bolsillo. En tal caso, desaparece todo el potencial material y la mayor parte del potencial humano de una civilización. Sólo quedan las cosas que no dan testimonio de esta civilización y los hombres que vivían más o menos apartados de ella. Los supervivientes vuelven a caer en la simplicidad. Sólo quedan los recuerdos, consignados torpemente, después de una catástrofe: relatos de tono legendario, mítico, en los que destaca el tema de la expulsión de un paraíso terrenal y el sentimiento de que hay grandes peligros, grandes secretos, ocultos en el seno de la materia. Todo vuelve a empezar, a partir del Apocalipsis: «La luna se volvió como la sangre y los cielos se cerraron como un rollo de pergamo...»

Unas patrullas del Gobierno australiano, al aventurarse en 1946 en las tierras altas e incontrolables de Nueva Guinea, encontraron a la población agitada por un vendaval de excitación religiosa: acababa de nacer el culto del «cargo». El «cargo» es una expresión inglesa que designa las mercancías destinadas a los indígenas: latas de conservas, botellas de alcohol, bujías de parafina, etcétera. Para aquellos hombres, que se encuentran todavía en la Edad de Piedra, el súbito contacto con tales riquezas tenía que ser desconcertante. ¿Acaso los hombres blancos podían haber fabricado semejantes riquezas? Imposible. Los Blancos, a quienes conocían, eran sin duda incapaces de hacer brotar de sus manos un objeto maravilloso. Seamos positivos, se decían más o menos los indígenas de Nueva Guinea: ¿habéis visto alguna vez a un hombre blanco fabricar alguna cosa? No. En cambio, los blancos se entregan a misteriosas actividades. Se visten de la misma manera. A veces se sientan ante una caja de metal provista de cuadrantes y escuchan extraños ruidos que salen de aquélla. Y trazan signos en hojas blancas. Todo esto son ritos mágicos, gracias a los cuales obtienen que los dioses les envíen el «cargo». Los indígenas intentaron, pues, copiar estos «ritos»: trataron de vestirse a la europea, empezaron a hablarles a las latas de conservas, plantaron tallos de bambú sobre sus chozas, a manera de antenas, y construyeron supuestas pistas de aterrizaje, esperando el «cargo».

Bien. ¿Y si nuestros antepasados hubiesen interpretado de esta manera sus contactos con civilizaciones superiores? Nos quedaría la Tradición, es decir, la enseñanza de «ritos» que eran realmente maneras muy lógicas de actuar en función de conocimientos *distintos*. Habría sido la imitación infantil de actitudes, gestos y manipulaciones, sin comprenderlos, sin relacionarlos con una realidad compleja que se nos escapaba, y con la esperanza de que tales actitudes, gestos y manipulaciones nos valieran alguna cosa. Alguna cosa que no venía: un maná «celestial», que seguía en verdad otros caminos que nuestra imaginación no podía concebir. Es más fácil creer en lo ritual que elevarse al conocimiento, inventar dioses que comprender técnicas. Dicho esto, añado que ni Bergier ni yo pretendemos atribuir todo impulso espiritual a la ignorancia material. Todo lo contrario. Para nosotros, la vida espiritual existe. Si Dios supera a toda realidad, encontraremos a Dios

cuando conozcamos toda la realidad. Y si el hombre tiene facultades que le permitan comprender todo el Universo, Dios es tal vez todo el Universo y algo más.

Pero prosigamos nuestro ejercicio de apertura del espíritu: ¿y si lo que llamamos esoterismo no fuese en realidad más que un exoterismo? ¿Y si los más viejos textos de la Humanidad, sagrados a nuestros ojos, no fuesen más que traducciones bastardas, vulgarizaciones aventuradas, informes de tercera mano, recuerdos un poco adulterados de realidades técnicas? Interpretamos estos viejos textos sagrados como si fuesen indudablemente expresión de «verdades» espirituales, símbolos filosóficos, imágenes religiosas. Y es que, al leerlos, sólo nos referimos a nosotros mismos, hombres embargados por nuestro pequeño misterio interior: amo el bien y hago el mal, vivo y voy a morir, etc. Los textos se

dirigen a nosotros: los aparatos, los rayos, el maná, el apocalipsis, son representaciones del mundo de nuestro espíritu y de nuestra alma. Me hablan, a mí y para mí... ¿Y si tratase de antiguos recuerdos deformados de otros mundos que han existido, del paso por esta Tierra de otros seres que buscaban, que sabían, que actuaban?

Imaginad un tiempo muy antiguo en que eran captados e interpretados los mensajes procedentes de otras inteligencias del Universo, en que los visitantes interplanetarios habían instalado una red sobre la Tierra, o en que se había establecido un tráfico cósmico. Imaginad que existen todavía, en algún santuario, notas, diagramas e informes, descifrados a duras penas, en el transcurso de los milenios por monjes detentadores de los antiguos secretos, pero en modo alguno capacitados para comprenderlos en su integridad, y que jamás cesaron de interpretar y de interpolar. Exactamente lo mismo que harían los hechiceros de Nueva Guinea al tratar de comprender una hoja de papel en la que se hubiesen anotado el horario de los aviones de Nueva York a San Francisco.

En último término, ahí tenéis el libro de Gurdjieff: *Recits de Belzébuth a son petit Fus*, lleno de referencias a conceptos desconocidos y en el que se emplea un lenguaje inverosímil. Gurdjieff declara que tuvo acceso a las «fuentes». Fuentes que no son, en sí, más que desviaciones. Hace una traducción de milésima mano, añadiéndole sus ideas personales, construyendo un simbolismo del psiquismo humano: he aquí el esoterismo.

Tomad una guía de las líneas de aviación interiores de Estados Unidos: «Pueden ustedes reservar su plaza en cualquier punto. Su petición de reserva será registrada por un robot electrónico. Otro robot efectuará la reserva en el avión que usted desea. El billete que le enviaremos está perforado según..., etc.» Calculad lo que saldría de esto, a la milésima traducción al dialecto amazónico, realizada por personas que jamás hubiesen visto un avión, que ignorasen lo que es un robot y que no conociesen los nombres de las ciudades citadas en la guía. Y ahora imaginaos al esoterista ante este texto, remontándose a las fuentes de la antigua sabiduría y buscando una enseñanza para la orientación del alma humana...

Si hubo en la noche de los tiempos civilizaciones edificadas sobre un sistema de conocimientos, hubo también manuales. Las catedrales serían los manuales del conocimiento alquimista. No se excluye la posibilidad de que algunos de estos manuales, o fragmentos de ellos, hayan sido encontrados, piadosamente conservados e indefinidamente copiados por monjes cuya tarea hubiese consistido más en guardar que en comprender. Copiados indefinidamente, iluminados, alterados, interpretados, no en función de los conocimientos antiguos, más elevados y completos, sino del escaso saber de la edad siguiente. Pero, a fin de cuentas, todo conocimiento técnico real, científico, llevado a su grado extremo arrastra un conocimiento profundo de la naturaleza del espíritu, recursos del psiquismo, y lleva a un estado superior de conciencia. Si, partiendo de textos «esotéricos» — aunque no sea más que lo que aquí hemos dicho — , ha habido hombres que han podido remontarse a este estado superior de conciencia, tales han reanudado, en cierto modo, la relación con el esplendor de las civilizaciones extinguidas. Tampoco hay que negar que puede haber dos clases de «textos sagrados»: fragmentos de testimonios de un antiguo conocimiento técnico, y fragmentos de libros puramente religiosos, inspirados por Dios. Ambas clases se habrían confundido, por falta de referencias que permitieran distinguirlas. Pero, en ambos casos, se trata realmente de textos sagrados.

Sagrada es la aventura indefinidamente recomendada, y, no obstante, indefinidamente progresiva, de la inteligencia en la Tierra. Y sagrada es la mirada de Dios sobre esta aventura, la mirada bajo la cual *se tiene* esta aventura.

¿Nos permitiréis terminar este estudio, o mejor, este ejercicio con una historieta? Es un relato de un joven escritor americano, Walter M. Miller. Cuando lo descubrimos, Bergier y yo, experimentamos un profundo júbilo. ¡Ojalá os ocurra a vosotros lo mismo!

VI

CÁNTICO A SAN LEIBOWITZ
por Walter M. Miller

A no ser por aquel peregrino que se le apareció de pronto en medio del desierto donde practicaba su ayuno ritual de Cuaresma, el hermano Francis Gerard de Utah jamás habría descubierto el documento sagrado. Era,

desde luego, la primera vez que tenía ocasión de ver un peregrino vistiendo taparrabo, según la mejor tradición; pero una ojeada le bastó al joven monje para convencerse de que el personaje era auténtico. El peregrino era un viejo desgarbado, que cojeaba al apoyarse en el clásico bordón; su enmarañada barba mostraba unas manchas amarillentas alrededor del mentón, y llevaba una pequeña mochila al hombro. Se cubría con un gran sombrero, calzaba sandalias y llevaba atado a la cintura un trozo de arpilla pasablemente sucio y deshilachado. Éste era todo su atavío, y el hombre avanzaba silbando (falso) por el pedregoso camino del Norte. Parecía dirigirse a la abadía de los Hermanos de Leibowitz, que se levantaba a unos diez kilómetros hacia el Sur.

Al percibir al joven monje en su desierto de piedras, el peregrino dejó de silbar y se puso a observarlo con curiosidad. El hermano Francis, por su parte, se guardó muy bien de infringir la regla del silencio establecida por su Orden para los días de ayuno; desviando rápidamente la mirada, continuó su trabajo, que consistía en construir una muralla de grandes piedras para proteger su morada provisional contra los lobos.

Un poco debilitado después de diez días de un régimen compuesto exclusivamente de bayas de cactus, el joven religioso sentía que la cabeza le daba vueltas mientras proseguía su labor. Desde hacía un buen rato, el paisaje parecía bailar ante sus ojos, y veía flotar unas manchas negras a su alrededor; por esto se preguntó si la barbuda aparición no sería un espejismo provocado por el hambre... Pero el propio peregrino se encargó de disipar sus dudas.

—¡Hola ho! —gritó, a modo de alegre saludo, con voz agradable y melodiosa.

Cómo la regla del silencio le impedía responder, el joven monje se contentó con dedicar al suelo una tímida sonrisa.

—¿Es éste el camino de la abadía? —preguntó entonces el caminante.

Sin alzar los ojos del suelo, el novicio asintió con la cabeza, y seguidamente se agachó a coger un trocho de piedra blanca, parecida al yeso.

—¿Y qué hace usted aquí, entre tantas rocas? —prosiguió el peregrino, acercándose a él.

El hermano Francis se arrodilló apresuradamente para escribir en una piedra plana las palabras «Soledad y Silencio». Si sabía leer —cosa poco probable, a juzgar por las estadísticas—, el peregrino comprendería que su sola presencia constituía para el penitente ocasión de pecado, y, sin duda, le haría la merced de retirarse sin insistir más.

—¡Ah, bueno! —dijo el barbudo. Permaneció inmóvil un instante, paseando la mirada a su alrededor, y después golpeó una piedra muy grande con su palo.

—Ahí tiene una —dijo— que le serviría para su trabajo... Bueno, mucha suerte, ¡y ojalá encuentre la Voz que busca!

Por lo pronto, el hermano Francis no comprendió que el desconocido había querido decir «Voz» con V mayúscula; imaginó sólo que el viejo le había tomado por sordomudo. Después de dirigir una rápida mirada al peregrino que se alejaba silbando de nuevo, se apresuró a dedicarle una bendición silenciosa para asegurarle un buen viaje, y reanudó su trabajo de albañil con el fin de construirse un pequeño reducto en forma de ataúd, donde pudiera tenderse a dormir sin que su carne sirviera de banquete a los lobos hambrientos.

Un rebaño celeste de cúmulos pasó sobre su cabeza: después de haber tentado cruelmente al desierto, aquellas nubes iban ahora a verter en las montañas su húmeda bendición... Su paso refrescó un instante al joven monje, protegiéndole de los rayos ardientes del sol,

y el hombre lo aprovechó para dar fin a su trabajo, no sin subrayar sus menores movimientos con oraciones murmuradas entre dientes, para asegurarse una verdadera vocación; porque ésta era, también, la finalidad que esperaba conseguir durante su período de ayuno en el desierto.

Por último, el hermano Francis agarró la enorme piedra que le había indicado el peregrino..., pero los saludables colores que le había dado su trabajo de fuerza se borraron de pronto de su semblante, mientras dejaba caer precipitadamente la roca, igual que si acabase de tocar una serpiente.

Una caja de metal oxidado yacía a sus pies, parcialmente hundida entre los guijarros...

Impulsado por la curiosidad, el joven estuvo a punto de cogerla, pero, pensándolo mejor, dio un paso atrás y se santiguó a toda prisa, murmurando unas palabras en latín. Después, de lo cual, más tranquilizado, no temió ya dirigirse a la misma caja.

—*¿Vade retro, Satanás!* —le dijo, amenazándola con el pesado crucifijo de su rosario—. ¡Desaparece, Vil Seductor!

Y, sacando disimuladamente un pequeño hisopo de debajo de su hábito, roció la caja con agua bendita, por lo que pudiera ser.

—Si eres criatura diabólica, ¡márchate!

Pero la caja no dio la menor señal de querer desaparecer, ni de estallar, ni siquiera de encogerse despidiendo olor de azufre... Se contentó con quedarse tranquilamente en su sitio, dejando que el viento del desierto evaporase las gotas benditas que la cubrían.

—Así sea! —dijo entonces el religioso, arrodillándose para coger el objeto.

Sentado entre los guijarros, estuvo más de una hora golpeando la caja con una piedra grande para abrirla. Mientras trabajaba de esta guisa, se le ocurrió pensar que

aquella reliquia arqueológica —pues estaba bien claro que de esto se trataba— era tal vez una señal enviada por el Cielo para indicarle que la vocación le había sido otorgada. Sin embargo, arrojó inmediatamente esta idea de su mente, recordando a tiempo que el padre abad le había puesto seriamente en guardia contra toda revelación personal directa de carácter espectacular. Si había salido de la abadía para ayunar cuarenta días en el desierto, pensó, era precisamente para que su penitencia le valiera una inspiración de lo alto llamándole a las Sagradas Órdenes. No debía confiar en ver visiones, ni en oírse llamar por voces celestiales: tales fenómenos en él, sólo habrían revelado una vana y estéril presunción. Eran ya demasiados los novicios que habían vuelto de su retiro en el desierto con abundantes historias de presagio, de premoniciones y de visiones celestiales, siendo con ello causa de que el excelente padre abad adoptase una política energética frente a los supuestos milagros. «El Vaticano es el único capacitado para pronunciarse en esta materia —había gruñido—, y es preciso guardarse de tomar por revelación divina lo que no es más que efecto de la insolución.»

El hermano Francis no podía, empero, dejar de manipular la vieja caja metálica con infinito respeto, mientras la martillaba a más y mejor para abrirla...

De pronto aquélla cedió, su contenido se desparramó por el suelo, y el joven religioso sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. ¡He aquí que la misma Antigüedad iba a serle revelada! Apasionado por la arqueología, costábale creer lo que veían sus ojos, y pensó de pronto que el hermano Jeris iba a enfermar de envidia, pero pronto se arrepintió de este pensamiento poco caritativo y se puso a dar gracias al Cielo que le regalaba semejante tesoro.

Temblando de emoción, tocó con mano cautelosa los objetos contenidos en la caja, procurando separarlos unos de otros. Sus estudios anteriores le permitieron reconocer un destornillador —especie de instrumento destinado antaño a introducir en la madera puntas de metal estriadas— y algo parecido a una pequeña cizalla de hojas cortantes. Descubrió también un útil extraño, compuesto de un mango de madera podrida y de una lámina de cobre, que tenía aún adheridas unas partículas de plomo fundido y que no pudo identificar. La caja contenía también un pequeño rollo de cinta negra y adherente, demasiado deteriorada por los siglos para que pudiera saberse lo que era, y numerosos fragmentos de vidrio y de metal, así como varios de esos pequeños objetos tubulares con bigotes de alambre que los paganos de las montañas consideraban amuletos, pero que ciertos arqueólogos creían que eran restos de la legendaria *machina analytica*, anterior al Diluvio de Llamas.

El hermano Francis analizó cuidadosamente todos estos objetos, antes de alinearlos a su lado, encima de la gran piedra plana; en cuanto a los documentos, los guardó para el final. Naturalmente, éstos constituían como siempre el descubrimiento más importante dado el reducido número de papeles que habían escapado a los terribles autos de fe realizados en la Edad de la Simplificación, por un populacho ignorante y vengativo que no respetó siquiera los textos sagrados.

La preciosa caja contenía dos de estos inestimables papeles, así como tres hojitas de notas manuscritas. Todos estos venerables documentos eran extremadamente frágiles, pues la antigüedad los había resecado y hecho quebradizos; por ello el joven monje los manejo con las mayores precauciones, teniendo buen cuidado de protegerlos del viento con el faldón de su hábito. Por lo demás eran casi ilegibles y estaban redactados en inglés antediluviano, lengua antigua que, como el latín, se empleaba sólo por los monjes y en el ritual de la liturgia. El

hermano Francis se puso a descifrarlos lentamente, reconociendo las palabras pero sin acabar de captar su significado. En una de las hojitas podía leerse: «1 libra de salchichas, 1 lata *ckoucroute* para Emma.» La segunda hoja decía: «Pensar en recoger impresos 1.040 para declaración impuestos.» La tercera, en fin, sólo contenía cifras y una larga suma y después un número que evidentemente representaba un porcentaje sustraído del total anterior y seguido de la palabra «¡Uff!». Incapaz de comprender una palabra de tales documentos, el monje se limitó a comprobar los cálculos y los encontró exactos.

De los otros dos papeles contenidos en la caja, uno, estrechamente enrollado, amenazaba con caer en pedazos si alguien se atrevía a desenrollarlo. El hermano Francis sólo pudo descifrar dos palabras «Apuestas Mutuas», y lo volvió a la caja para examinarlo más tarde, después de sometido a un tratamiento de conservación adecuado.

El segundo documento era un papel muy grande, doblado varias veces sobre sí mismo y tan quebradizo por los pliegues, que el religioso tuvo que contentarse con separar cuidadosamente las hojas para echar una ojeada.

Era un plano, ¡una red complicada de líneas blancas sobre fondo azul!

Un nuevo escalofrío recorrió el espinazo del hermano Francis: ¡era nada menos que un azul, uno de esos documentos antiguos y rarísimos que tanto apreciaban los arqueólogos y que tanto costaban de descifrar a los sabios e intérpretes especializados!

Pero la increíble bendición que constitúa semejante hallazgo no acababa aquí: entre las palabras estampadas en uno de los ángulos inferiores del documento, el hermano Francis descubrió de pronto el nombre mismo del fundador de su Orden: ¡el Venerable Leibowitz en persona!

Las manos del joven monje se echaron a temblar con tanta fuerza, a causa de su gozo, que a punto estuvo de romper el inestimable papel. Las últimas palabras que le había dirigido el peregrino volvieron entonces a su memoria: «¡Ojalá encuentre la Voz que

busca!» Y sí que era una Voz lo que acababa de descubrir, una Voz con V mayúscula, semejante a la que forman las dos alas de una paloma al dejarse caer desde lo alto del firmamento, una V muy grande, como en *Veré dignum o* en *Vidi aquam*, una V majestuosa y solemne, como las que decoran las grandes páginas del Misal, una V, en suma, como en Vocación.

Después de echar una última mirada al azul para asegurarse de que no estaba soñando, el religioso entonó una acción de gracias: «*Beate Leibowitz ora pro me... Sánete Leibowitz, exaudí me...*», y esta última fórmula no carecía de cierta audacia, pues el fundador de su Orden esperaba todavía la canonización!

Olvidando los mandatos expresos del abad, el hermano Francis se levantó de un salto y se puso a escrutar el horizonte, hacia él Sur, en la dirección que había seguido el viejo caminante del taparrabo de arpilla. Pero el peregrino había desaparecido hacía ya rato... Seguramente era un ángel del Señor, se dijo el hermano Francis, y, ¿quién sabe?, acaso el bienaventurado Leibowitz en persona... ¿No le había indicado precisamente el lugar donde descubrir el maravilloso tesoro, aconsejándole que levantara determinada piedra en el momento en que le dirigía su profética despedida...?

El joven religioso permaneció sumido en sus entusiastas reflexiones hasta la hora en que el sol poniente vino a ensangrentar las montañas, mientras las sombras crepusculares se agrupaban a su alrededor. Sólo en este momento, la noche que se acercaba vino a arrancarle de su meditación. Se dijo que el inapreciable don que acababa de recibir no le serviría probablemente para defenderse de los lobos, y se apresuró a terminar su muralla protectora. Después, al encenderse las estrellas, reanimó su fogata y cogió las pequeñas bayas violetas que constituían su cena. Éste era su único alimento, a excepción de un puñado de granos de trigo secos que un sacerdote le llevaba todos los domingos. Por esto solía mirar con avidez a los lagartos que pasaban sobre las rocas próximas... y sus sueños se poblaban a menudo de pesadillas de gula.

Aquella noche, empero, el hambre había pasado a un segundo término de sus preocupaciones. Ante todo, habría querido correr a la abadía para comunicar a sus hermanos el maravilloso encuentro y el milagroso descubrimiento. Pero, naturalmente, esto era absolutamente imposible. Con vocación o sin ella, tendría que permanecer allí hasta el fin de la Cuaresma y continuar orando como si nada extraordinario le hubiese ocurrido.

«Construirán una catedral en este lugar», soñaba, mientras se adormilaba junto al fuego. Y ya su imaginación le mostraba el suntuoso edificio que surgiría de las ruinas del antiguo pueblo, con sus altivos campanarios que podrían verse desde muchos kilómetros a la redonda.

Acabó por dormirse y, cuando se despertó sobresaltado, unos vagos tizones resplandecían apenas en la fogata agonizante. De pronto tuvo la impresión de que no se hallaba solo en el desierto... Entornando los párpados, se esforzó en penetrar las tinieblas que le rodeaban, y entonces percibió, detrás de las últimas brasas de su escuálido hogar, las pupilas de un lobo que resplandecían en la oscuridad. El joven monje lanzó un grito de espanto y corrió a refugiarse en su ataúd de piedras ressecas.

El grito que acababa de lanzar, se dijo mientras se echaba temblando en el suelo de su refugio, no constituía, hablando con propiedad, una infracción de la regla del silencio... Y se puso a acariciar la caja de metal, estrechándola contra su corazón y rezando para que la Cuaresma se acabase pronto. A su alrededor, unas garras arañaban las piedras del cercado... Todas las noches rondaban los lobos alrededor del miserable campamento del religioso, llenando las tinieblas con sus aullidos de muerte, y, durante el día, se debatía el hombre entre verdaderas pesadillas provocadas por el hambre,

el calor y las implacables mordeduras del sol. El hermano Francis pasaba su jornada recogiendo leña para su fogata, y también rezando y ejercitándose en dominar su impaciencia para ver llegar por fin el Sábado Santo, que señalaría el fin de la Cuaresma y de su ayuno.

Sin embargo, cuando amaneció el día feliz, el joven monje, debilitado por las privaciones, no tenía ya fuerzas para alegrarse. Abrumado por una lasitud inmensa, hizo sus alforjas, se cubrió la cabeza con la capucha para resguardarla del sol y tomó la preciosa caja bajo el brazo. Despues, aligerado en quince kilos desde el miércoles de Ceniza, emprendió con paso vacilante los diez kilómetros que le separaban de la abadía... En el momento justo de llegar a la puerta, se derrumbó, agotado. Los hermanos que le recogieron y que prodigaron sus cuidados a su pobre armazón deshidratado contaron que, durante su delirio, no había cesado de hablar de un ángel con taparrabo de estameña y de invocar el nombre del bienaventurado Leibowitz, dándole fervorosas gracias por haberle mostrado las santas reliquias, así como las «Apuestas Mutuas».

El rumor de estas visiones corrió entre la comunidad y llegó con demasiada rapidez a oídos del padre abad, responsable de la disciplina, el cual apretó fuertemente las mandíbulas. «¡Que me lo traigan!», ordenó, en un tono capaz de dar alas al más perezoso.

Mientras esperaba al joven monje, el abad empezó a andar arriba y abajo, mientras iba acumulando cólera. Naturalmente, no se oponía a los milagros, ni mucho menos. Aunque fuesen difícilmente compatibles con las necesidades de la administración interior, el buen padre creía a machamartillo en los milagros, puesto que constituyan la base misma de su fe. Pero pensaba que, al menos, los milagros debían ser verificados y autentificados en la forma prescrita y según las normas establecidas. Efectivamente, desde la reciente beatificación del venerado Leibowitz, esos jóvenes monjes se empeñaban en ver milagros en todas partes.

Y por muy comprensible que fuese esta propensión a lo maravilloso, no era por ello menos intolerable. Ciertamente, toda orden monástica digna de este nombre debe sentir la viva preocupación de ayudar a la canonización de su fundador, reuniendo con el mayor celo todos los elementos susceptibles de contribuir a ella, ¡pero todo tiene sus límites! El caso era que, desde hacía algún tiempo, el abad había podido comprobar que su rebaño juvenil tenía a hurtarse a su autoridad, y el celo apasionado que ponían los jóvenes hermanos en descubrir y registrar milagros había puesto de tal modo en ridículo a la Orden Albertina de Leibowitz, que hasta en el Nuevo Vaticano se reían a mandíbula batiente...

Por ello estaba decidido el padre abad a mostrarse riguroso; en adelante, todo propagador de noticias milagrosas sería castigado. En el caso de que el milagro fuese falso, el responsable pagaría de este modo el precio de su indisciplina y de su incredulidad; si el milagro era auténtico y resultaba comprobado por verificaciones posteriores, el castigo sufrido constituiría la penitencia obligada que deben cumplir todos los que se benefician del don de la gracia.

En el momento en que el joven novicio llamó tímidamente a la puerta, el buen padre, terminadas sus reflexiones, se había sentado y estaba de un humor muy adecuado a las circunstancias, en un estado de ánimo realmente feroz, aunque disimulado bajo la más benigna apariencia.

—Adelante, hijo mío —dijo, con voz extrañamente suave.

—¿Me habéis hecho llamar, reverendo padre? —preguntó el novicio, sonriendo gozoso al advertir la caja de metal sobre la mesa del abad.

—Sí —respondió el padre, y pareció vacilar un instante—. Pero tal vez —prosiguió— preferiríais que, en adelante, fuese yo a visitaros, ya que os habéis convertido en un personaje célebre.

—¡Oh, no, padre mío! —exclamó el hermano Francis, muy colorado y con voz ahogada.

—Tenéis diecisiete años y, según todas las apariencias, no sois más que un imbécil.

—Sin duda alguna, reverendo padre.

—Pues, si es así, ¿qué motivos absurdos podéis tener para creeros digno de recibir las Órdenes?

—Absolutamente ninguno, venerable maestro. No soy más que un miserable pecador, cuyo orgullo es imperdonable.

—¡Y todavía añadís a vuestras faltas —rugió el abad— la pretensión de un orgullo tan grande que es imperdonable!

—Es cierto, padre mío. No soy más que un gusanillo.

El abad le dirigió una sonrisa helada y recobró su calma vigilante.

—¿Estáis, pues, dispuesto a retractaros —preguntó—, y a Renégar de todas las divagaciones proferidas bajo el influjo de la fiebre, a propósito de un ángel que se os habría aparecido y os habría entregado esta...

—señaló con gesto despectivo la caja de metal— esta despreciable pacotilla?

El hermano Francis dio un respingo y cerró los ojos atemorizado.

—Temo... temo no poder hacerlo, oh maestro mío —balbució.

—¿Cómo?

—No puedo negar lo que han visto mis ojos, reverendo padre.

—¿Sabéis cuál es el castigo que os aguarda?

—Sí, padre mío.

—Bien está. Disponeos a recibarlo.

Con un suspiro de resignación, el novicio se levantó el hábito hasta la cintura y se inclinó sobre la mesa. Tomando entonces una sólida vara de nogal que guardaba en un cajón, el buen padre le dio diez azotes seguidos en las posaderas. (Después de cada golpe, el novicio pronunciaba, sumiso, el *Deo gratias* debido a la lección de humildad que le era administrada.)

—Y ahora —interrogó el abad, bajándose las mangas—, ¿estáis dispuesto a retractaros?

—Padre mío, no puedo hacerlo.

Volviéndole bruscamente la espalda, el sacerdote permaneció un instante silencioso.

—Muy bien —dijo al fin, con voz mordaz—. Como queráis. Pero no contéis en modo alguno con pronunciar votos solemnes este año, al mismo tiempo que los otros.

El hermano Francis, anegado en llanto, volvió a su celda. Los otros novicios recibieron el hábito monástico, y él, por el contrario, tendría que esperar otro año y pasar otra Cuaresma en el desierto, entre los lobos, orando por una vocación que sabía ya que le había sido ampliamente otorgada...

En el transcurso de las semanas que siguieron, el desgraciado tuvo al menos el consuelo de comprobar que el

abad no había estado del todo en lo cierto al calificar de «despreciable pacotilla» el contenido de la caja de metal. Estas reliquias arqueológicas habían tenido un éxito visible entre los hermanos, que consagraban mucho tiempo a la limpieza y clasificación de los útiles; también se trabajaba en la restauración de los documentos escritos y se trataba de penetrar su sentido. Incluso corría el rumor, entre la comunidad, de que el hermano Francis había realmente descubierto auténticas reliquias del beato Leibowitz, sobre todo bajo la forma del plano, o azul, que llevaba su nombre y en el cual percibíanse todavía unas manchas parduscas. (¿Acaso sangre de Leibowitz? El padre abad opinaba que era jugo de manzana.) En todo caso, el plano estaba fechado en el Año de Gracia de 1956, es decir, parecía coetáneo del venerable fundador de la Orden.

En realidad, se sabía muy poco del beato Leibowitz; su historia se perdía entre las brumas del pasado, y la leyenda acababa de confundirla. Se afirmaba únicamente que Dios, para probar al género humano, había ordenado a los sabios de antaño —entre los que figuraba el bienaventurado Leibowitz— que perfeccionaran ciertas armas diabólicas, gracias a las cuales el Hombre, en el lapso de unas pocas semanas, había logrado destruir lo esencial de la civilización, suprimiendo al mismo tiempo un gran número de sus semejantes. Así se había producido el Diluvio de las Llamas, al que habían seguido epidemias y plagas diversas y, por último, la ola de locura colectiva que debía llevar a la Edad de la Simplificación. En el transcurso de esta última época, los últimos representantes de la Humanidad, presos de vengativo furor, habían despedazado a todos los políticos, técnicos y hombres de ciencia; además habían quemado todas las obras y documentos de los archivos que hubiesen permitido al género humano lanzarse de nuevo por las rutas de la destrucción científica. En aquel tiempo, todos los escritores, todos los hombres instruidos, habían sido perseguidos con un odio sin precedentes... hasta el punto de que la palabra «bobo» había llegado a ser sinónimo de ciudadano honrado, íntegro y virtuoso.

Para librarse de las justificadas iras de los bobos supervivientes, muchos sabios y eruditos buscaron refugio bajo el manto de la Santa Madre Iglesia. Ésta los acogió en efecto, los vistió con hábitos monacales y se esforzó en librarlos de la persecución del populacho. Sin embargo, no siempre tuvo éxito este procedimiento, pues algunos monasterios fueron asaltados, arrojados al fuego sus archivos y textos sagrados, y ahorcados los que habían buscado refugio allí. En lo que atañe a Leibowitz, había buscado asilo entre los cistercienses. Pronunció sus votos, se hizo sacerdote y, al cabo de doce años, obtuvo autorización para fundar una nueva orden monástica, la de los «Albertinos», así llamada en recuerdo de Alberto *el Magno*, profesor del gran santo Tomás de Aquino y patrón de los hombres de ciencia. La congregación recién creada debía consagrarse a la conservación de la cultura, así sagrada como profana, y sus miembros tenían por principal tarea transmitir a las generaciones venideras los escasos libros y documentos que habían escapado a la destrucción y que se mantenían ocultos en todos los rincones del mundo. No obstante, algunos bobos descubrieron que Leibowitz era un antiguo sabio, y éste sufrió el martirio de la horca. La Orden por él fundada siguió, empero, funcionando, y sus miembros, en cuanto volvió a permitirse la tenencia de documentos escritos, pudieron incluso dedicarse a reproducir de memoria las numerosas obras de tiempos pasados. Pero, como la memoria de estos analistas era forzosamente limitada (y, por lo demás, pocos de ellos poseían una cultura lo bastante vasta para comprender las ciencias físicas), los hermanos copistas consagraron sus mayores esfuerzos a los textos sagrados, así como a las obras literarias y de cuestiones sociales. Y de este modo fue como, de todo el inmenso repertorio de los conocimientos humanos, no sobrevivió más que una mezquina colección de pequeños tratados manuscritos.

Al cabo de seis siglos de oscurantismo, los monjes seguían estudiando y copiando su mísera cosecha. Ciertamente, la mayoría de los textos salvados por ellos no les eran de ninguna utilidad, e incluso algunos les resultaban totalmente incomprendibles. Pero a los buenos religiosos les bastaba con saber que en ellos se contenía el Conocimiento: su deber consistía en conservarlo y transmitirlo, aunque el oscurantismo universal tuviese que durar diez mil años...

El hermano Francis de Utah volvió al desierto, el año siguiente, y recomendó su ayuno de la soledad. Y una vez más regresó al monasterio, débil y flaco y fue llevado a presencia del padre abad, el cual le preguntó si estaba al fin dispuesto a retractarse de sus extravagantes declaraciones.

—No puedo hacerlo, padre mío —repitió el novicio—, no puedo negar lo que he visto con mis ojos.

Y el abad, una vez más, le castigó según la regla; igualmente pospuso los votos a fecha ulterior...

Mientras tanto, los documentos contenidos en la caja habían sido confiados a un seminario para su estudio, después de copiados. Pero el hermano Francis seguía siendo un simple novicio; un novicio que no dejaba de soñar en el magnífico santuario que se construiría un día en el lugar de su descubrimiento...

—¡Diabólica contumacia! —fulminaba el abad—. Si el peregrino de que nos habla ese idiota se dirigía, según pretende, a nuestra abadía, ¿cómo es posible que no le hayamos visto...? ¡Y nada menos que un peregrino con taparrabo de arpillera!

Sin embargo, esta historia del taparrabo de arpillera no dejaba de preocupar al buen padre. La tradición refería, en efecto, que al beato Leibowitz, antes de ahorcarlo le habían cubierto la cabeza con un saco de yute a guisa de capuchón.

El hermano Francis pasó siete años de noviciado y vivió en el desierto siete Cuaresmas sucesivas. Gracias a este régimen, llegó a ser maestro en el arte de imitar el aullido de los lobos, y así solía, por pura diversión, atraer a las manadas de fieras hasta los muros del convento, en las noches sin luna... Durante el día, se contentaba con trabajar en la cocina y fregar las baldosas del monasterio, mientras seguía estudiando los autores antiguos.

Un buen día, un enviado del seminario llegó a la abadía montado en un asno y trayendo una noticia que produjo gran alegría:

—Ahora estamos ya seguros —anunció— de que los documentos encontrados cerca de aquí se remontan a la fecha indicada, y de que el plano, en especial, tiene alguna relación con la carrera de nuestro bienaventurado fundador. Ha sido enviado al Nuevo Vaticano, donde será objeto de un estudio más profundo.

—Así, pues —interrogó el abad—, ¿puede tratarse a fin de cuentas de una reliquia verdadera de Leibowitz?

Pero el mensajero, poco deseoso de contraer responsabilidades, se limitó a enarcar las cejas.

—Se dice que Leibowitz era viudo cuando fue ordenado —dijo, dando un rodeo—. Naturalmente, si se pudiera descubrir el nombre de su difunta esposa...

Entonces el abad, recordando la noticia en que figuraba un nombre de mujer, enarcó a su vez las cejas y sonrió.

Poco después, mandó llamar al hermano Francis.

—Hijo mío —le dijo con aire positivamente satisfecho—, creo que ha llegado el momento de que pronunciéis por fin los votos solemnes. Séame permitido, en esta ocasión, felicitarlos por la paciencia y la firmeza de intención de que nos habéis dado continuas pruebas. Desde luego, no volverá a hablarse de vuestro... ejem... encuentro con un... ejem... caminante del desierto. Sois un bobo de los buenos, y podéis arrodillaros si queréis recibir mi bendición.

El hermano Francis lanzó un profundo suspiro y se desmayó abrumado de emoción. El padre le bendijo, y después le reanimó y le permitió pronunciar suá votos perpetuos: pobreza, castidad, obediencia... y observancia de la regla.

Algún tiempo después de aquello, el nuevo profesor de la Orden Albertina de los hermanos de Leibowitz fue destinado a la sala de los copistas, bajo la dirección de un monje anciano llamado Horner, y allí se puso a decorar concienzudamente las páginas de un tratado de álgebra con bellas estampas representando ramos de olivo y querubines mofletudos.

—Si lo deseáis —le anuncio el viejo Horner con su voz cascada—, podéis consagrarse cinco horas de vuestro tiempo, todas las semanas, a una labor de vuestra elección... previa aprobación, naturalmente. En caso contrario, destinaréis estas cinco horas de trabajo

facultativo a copiar la *Summa Theologica*,¹ así como los fragmentos de la *Encylopedia Britannica* que han llegado hasta nosotros.

Después de reflexionar, el joven monje preguntó:

—¿Podría consagrarse estas horas a sacar una bella copia del plano de Leibowitz?

—No lo sé, hijo mío —respondió el hermano Horl. Evidentemente, se refiere a la *Summa*, de santo Tomás de Aquino.

ner, frunciendo las cejas—. Es éste un asunto en el cual nuestro excelente padre se muestra un poco quisquilloso, ya lo sabéis... En fin —concluyó ante las súplicas del joven copista—, os lo voy a permitir, ya que se trata de un trabajo que no os robará mucho tiempo.

El hermano Francis se proveyó, pues, del mejor pergamino que pudo encontrar y pasó varias semanas rascando y puliendo la piel con una piedra plana, hasta darle la blancura resplandeciente de la nieve. Después consagró otras semanas al estudio de las copias del precioso documento, hasta que se supo de memoria todo el trazado y todo el misterioso embrollo de líneas geométricas y de símbolos incomprensibles. Por fin se sintió capaz de reproducir, con los ojos cerrados, toda la asombrosa complejidad del documento. Entonces, pasó todavía vanas semanas hurgando en la biblioteca del monasterio para descubrir documentos que le permitieran hacerse una idea, siquiera vaga, de la significación del plano.

El hermano Jeris, joven monje que trabajaba igualmente en la sala de copistas y se había burlado muchas veces de él y de sus misteriosas apariciones en el desierto, le sorprendió un día que se hallaba entregado a aquella tarea.

—¿Puedo preguntaros —le dijo, inclinándose sobre su hombro— lo que significa la frase «Mecanismo de Control Transistorial para Elemento 6-B»?

—Es, evidentemente, el nombre del objeto representado en el plano —respondió el hermano Francis, con cierta aspereza, pues el hermano Jeris no había hecho más que leer en voz alta el título del documento.

—Sin duda... Pero, ¿qué representa el diseño?

—Pues... el mecanismo del control transistorial de un elemento «6-B», ¡naturalmente!

El hermano Jeris se echó a reír, y el joven copista enrojeció.

—Supongo —prosiguió— que el diseño representa en realidad algún concepto abstracto. En mi opinión, este Mecanismo de Control Transistorial debía ser una abstracción trascendental.

—¿Y en qué orden de conocimiento clasificaréis vuestra abstracción? —quiso saber Jeris, siempre sarcástico.

—Pues bien, veamos... —el hermano Francis vaciló un instante y después prosiguió—: Teniendo en cuenta los trabajos que realizaba el bienaventurado Leibowitz antes de entrar en religión, yo diría que el concepto de que aquí se trata tiene relación con el arte, hoy desaparecido, que antaño llamaban *electrónica*.

—Este nombre figura, en efecto, en los textos escritos que nos han sido transmitidos. Pero, ¿qué significa exactamente?

—Nos lo dicen los propios textos: el objeto de la electrónica es la utilización del Electrón, que en uno de los manuscritos que poseemos, desgraciadamente incompleto, se define como una Torsión de la Nada Cargada Negativamente.¹

—Vuestros conocimientos me llenan de asombro —encomió Jeris—. ¿Puedo preguntaros ahora lo que significa la negación de la nada?

El hermano Francis, cada vez más sofocado, empezó a balbucear.

—La torsión negativa de la nada —prosiguió el implacable Jeris— debe llevar forzosamente a algo positivo. Supongo, pues, hermano Francis, que lograréis fabricarnos este algo, si dedicáis a ello todos vuestros esfuerzos. Gracias a vos, llegará indudablemente el día

1. Definición exacta (dada por el profesor León Brillouifl, y utilizada por Robert Andrews Mullikan, premio Nobel). Resulta incomprensible si se desconoce el contexto, o sea, toda la compleja estructura de nuestra Física.

en que poseeremos el famoso Electrón. Pero, ¿qué haremos con él? ¿Dónde lo pondremos? ¿Acaso en el altar mayor?

—No lo sé —respondió el hermano Francis, que empezaba a amoscarse—, como tampoco sé lo que era un Electrón ni para qué servía. Sólo tengo la convicción profunda de que la cosa debió de existir en algún tiempo. Esto es todo.

Con una risa burlona, Jeris, el iconoclasta, le dejó y volvió a su trabajo. El incidente tristeció al hermano Francis, pero sin apartarle lo más mínimo del proyecto que se había trazado. En cuanto hubo asimilado la escasa información que podía proporcionarle la biblioteca del monasterio sobre el arte perdido en que se había inspirado Leibowitz, esbozó algunos anteproyectos del plano que se proponía estampar en su pergamo. En cuanto al propio diseño, como no podía penetrar su significado, lo reproduciría tal cual se mostraba en el documento original. Para ello, emplearía tinta negra; por el contrario, en la reproducción de las cifras y leyendas del plano adoptaría tintas de colores y caracteres de fantasía. Decidió igualmente romper la austera y geométrica monotonía del original, adornando la reproducción con palomas y querubines, verdes hojas de parra, frutos dorados y pájaros multicolores, amén de una astuta serpiente. En la parte alta de su obra, trazaría una representación simbólica de la Santísima Trinidad, y al pie, haciendo juego, el dibujo de la cota de malla que era emblema de su Orden. Así se dignificaría debidamente el Mecanismo de Control Transistorial del beato Leibowitz, y su mensaje hablaría a los ojos al mismo tiempo que al espíritu.

Cuando hubo terminado el boceto preliminar, lo sometió tímidamente a la aprobación del hermano Horner.

—Advierto —dijo el viejo monje, en un tono matizado de cierto remordimiento— que este trabajo os ocupará mucho más tiempo de lo que había calculado... Pero, ¡qué importa! Proseguid. El dibujo es bello, bellísimo.

—Gracias, hermano.

El hermano Horner guiñó un ojo al joven religioso.

—Me he enterado —le dijo confidencialmente— de que han decidido activar las formalidades necesarias para la canonización del beato Leibowitz. Por lo tanto, es probable que nuestro excelente padre se sienta ahora mucho menos inquieto acerca de lo que vos sabéis.

Desde luego, todo el mundo estaba al corriente de esta importante noticia. La beatificación de Leibowitz era desde hacía tiempo un hecho consumado, pero las últimas formalidades que debían convertirlo en santo podían requerir aún un buen número de años. Además, siempre era de temer que el Abogado del Diablo descubriese algún motivo que hiciese imposible la canonización proyectada.

Al cabo de largos meses, el hermano Francis puso al fin manos a la obra, trazando amorosamente en el bello pergamo los finos arabescos, las volutas complicadas y las elegantes iluminaciones realizadas con panes de oro. Había emprendido un trabajo muy laborioso, que requería muchos años para ser llevado a buen fin. Naturalmente, los ojos del copista se resintieron de la dura prueba, y tuvo que interrumpir a veces su labor durante largas semanas, por miedo de que un error debido a la fatiga echase a perder toda la obra. Sin embargo, el trabajo iba tomando forma poco a poco, y adquiría una belleza tan grandiosa que todos los monjes de la abadía acudían a contemplarlo, admirados. Sólo el escéptico hermano Jeris seguía con sus críticas.

—Me pregunto —decía— por qué no consagráis vuestro tiempo a un trabajo útil.

Esto era, al menos, lo que él hacía, puesto que fabricaba pantallas de pergamino decorado para las lámparas de aceite de la capilla.

Mientras tanto, el viejo hermano Horner cayó enfermo y declinó rápidamente. Llegados los primeros días de Adviento, sus hermanos cantaron para él la Misa de Difuntos, y entregaron sus restos mortales a la tierra original. El abad nombró al hermano Jeris para suceder al difunto en la dirección de los copistas, y el envidioso lo aprovechó enseguida para ordenar al hermano Francis que abandonara su obra maestra. Ya era hora, le dijo, de que dejara sus puerilidades; ahora fabricaría pantallas. El hermano Francis puso a buen recaudo el fruto de sus veladas y obedeció sin chistar. Mientras pintaba sus pantallas, se consolaba pensando que todos somos mortales... Sin duda, un día el alma del hermano Jeris iría a juntarse en el Paraíso con la del hermano Horner, pues, a fin de cuentas, la sala de los copistas no era más que la antecámara de la Vida Eterna. Entonces, Dios mediante, podría reanudar su interrumpida obra maestra.

Sin embargo, la divina Providencia tomó cartas en el asunto mucho antes de la muerte del hermano Jeris. Durante el verano siguiente, un obispo montado en un mulo y acompañado de un nutrido séquito de dignatarios eclesiásticos llegó a llamar a la puerta del monasterio. El Nuevo Vaticano —anunció— le había nombrado abogado de la canonización de Leibowitz y solicitaba del padre abad todos los informes que podían servirle de ayuda en su misión; en particular, deseaba obtener algunas aclaraciones sobre una aparición del beato, con la que se decía había sido honrado un cierto hermano Francis Gerard de Utah.

El enviado del Nuevo Vaticano fue calurosamente recibido como merecía su dignidad. Fue alojado en el departamento reservado a los prelados que visitaban el monasterio, y seis novicios fueron puestos a su servicio. Se descorcharon en su honor las mejores botellas, se asaron los más delicados volátiles, e incluso se atendió a sus distracciones, contratando todas las noches a varios violinistas y una compañía de payasos. Hacía tres días que el obispo se encontraba allí cuando el buen padre abad llamó a su presencia al hermano Francis.

—Monseñor Di Simone desea veros —dijo—. Si por desgracia dais rienda suelta a vuestra imaginación, haremos cuerdas de violín con vuestras tripas, arrojaremos vuestro cadáver a los lobos y enterraremos vuestros huesos en tierra no sagrada... Ahora, hijo mío, id en paz. Monseñor os espera.

El hermano Francis no necesitaba la advertencia del buen padre para contener la lengua. Desde el día ya lejano en que la fiebre le había hecho locuaz después de su primera Cuaresma en el desierto, se había guardado muy bien de decir una palabra sobre su encuentro con el peregrino. Pero le emocionaba el comprobar que las altas jerarquías eclesiásticas se interesaban bruscamente por el peregrino, y por ello el corazón le latía fuertemente al llegar a presencia del obispo.

Sin embargo, sus temores resultaron infundados. El prelado era un anciano de aire paternal, que pareció interesado ante todo en la carrera del fraile.

—Y ahora —le dijo al cabo de un rato de amable charla— habladme de vuestro encuentro con el bienaventurado fundador.

—¡Oh, Monseñor! Yo no he dicho nunca que se tratara del beato Leibo...

—Claro, claro, hijo mío... Aquí traigo un proceso verbal de la aparición. Ha sido redactado de acuerdo con informaciones recogidas en las mejores fuentes. Sólo os pido que lo leáis. Después, confirmaréis su exactitud, o lo corregiréis, en caso necesario. Este documento se apoya sólo en referencias. En realidad, *sólo*

vos podéis deciros lo que ocurrió exactamente. Os pido que lo leáis con *muchísima* atención.

El hermano Francis tomó el grueso legajo que le tendía el prelado y empezó a leer el relato oficial con creciente aprensión, que no tardó en convertirse en verdadero espanto.

—Parecéis trastornado, hijo mío —observó el obispo—. ¿Habéis observado acaso algún error?

—Es que... es que... no es esto... Las cosas no pasaron así... *¡en absoluto!* —gimió el desdichado fraile, aterrado—. Yo no le vi más que una vez, y se limitó a preguntarme el camino de la abadía. Después golpeó con el bastón la piedra bajo la cual descubrí las reliquias...

—Entonces, si he comprendido bien, ¿no hubo coro celestial?

—Oh, no.

—Ni una aureola alrededor de su cabeza, ni una alfombra de flores que se iba extendiendo bajo sus pies a medida que andaba?

—Ante Dios que me está viendo, Monseñor, ¡afirmo que nada de esto se produjo!

—Bueno, bueno —dijo el obispo, suspirando—. Ya sé que las historias que cuentan los viajeros son siempre exageradas...

Como parecía desilusionado, el hermano Francis se apresuró a excusarse, pero el abogado del futuro santo le tranquilizó con un ademán.

—No importa, hijo mío —le aseguró—. A Dios gracias, no faltan milagros, debidamente comprobados. Por otra parte, los documentos que descubristeis nos han sido de utilidad, puesto que nos han permitido conocer el nombre de la esposa de nuestro venerable fundador, que murió, como bien sabéis, antes de que él entrase en religión.

—¿De veras, Monseñor?

A pesar de su visible desencanto ante el relato que de su encuentro con el peregrino le había hecho el joven fraile, monseñor Di Simone no pasó menos de cinco días enteros en el lugar en que Francis había descubierto la caja de metal. Le acompañaba una cohorte de jóvenes novicios, armados de palas y picos... Después de mucho cavar, el obispo regresó a la abadía, al atardecer del quinto día, con un rico botín de objetos diversos, entre los cuales se contaba una vieja caja de aluminio que aún contenía restos de una masa gelatinosa seca que tal vez había sido antaño berza en conserva.

Antes de partir de la abadía, visitó la sala de los copistas y quiso ver la reproducción hecha por el hermano Francis del famoso azul de Leibowitz. El monje, entre protestas de que la cosa no valía la pena, se la mostró con mano temblorosa.

—¡Canastos! —exclamó el obispo (o al menos esto fue lo que creyeron oír)—. Hay que terminar este trabajo, hijo mío, ¡hay que terminarlo!

Sonriendo, el fraile buscó la mirada del hermano Jeris. Pero el otro se apresuró a volver la cabeza. Al día siguiente, el hermano Francis volvía a su trabajo, con grandes refuerzos de plumas de oca, panes de oro y pinceles diversos.

...Seguía trabajando en ello cuando una nueva delegación del Vaticano se presentó en el monasterio. Esta vez, la comitiva era numerosa, e incluso había en ella guardias armados para rechazar los ataques de los salteadores. Al frente de ella, montado en una mula negra, se erguía un prelado de pequeños cuernos y colmillos acerados (al menos, así lo afirmaron varios novicios). Declaró ser el *Advocatus Diaboli*, encargado de oponerse por todos los medios a la canonización de Leibowitz, y explicó que el objeto de su visita a la abadía

era investigar ciertos rumores absurdos, propalados por frailucos histéricos, que habían llegado hasta las autoridades supremas del Nuevo Vaticano. Sólo con ver al emisario, uno se daba cuenta enseguida de que no era hombre capaz de dejarse engatusar.

El abad le recibió cortésmente y le ofreció una pequeña cama metálica en una celda orientada al Sur, excusándose de no poder aposentarse en el departamento de honor, provisionalmente inhabilitado por razones de higiene. El nuevo huésped tuvo que contentarse, para su servicio, con las personas de su séquito, y compartió, en el refectorio, el yantar ordinario de los monjes: hierbas cocidas y caldo de raíces.

—He oído decir que padecéis crisis nerviosas, con pérdida del sentido —le dijo al hermano Francis, cuando el fraile compareció ante él—. ¿Cuántos locos o epilépticos ha habido entre vuestros antepasados o parientes?

—Ninguno, Excelencia.

—¡No me llaméis Excelencia! —rugió el dignatario—. Y tened el convencimiento de que no me costará nada que confeséis la verdad.

Hablabía de esta formalidad como de una intervención quirúrgica de las más vulgares, y pensaba, por lo visto, que habría debido de realizarse muchos años atrás.

—Sabéis sin duda —prosiguió— que existen procedimientos para hacer que los documentos nuevos parezcan antiguos, ¿no es cierto?

El hermano Francis lo ignoraba.

—Sabéis igualmente que la esposa de Leibowitz se llamaba Emily, y que Emma no es *en absoluto*, el diminutivo de aquel nombre, ¿verdad?

Francis tampoco estaba muy informado de esto. Recordaba únicamente que sus padres, cuando él era niño, empleaban a veces ciertos diminutivos un poco a

la ligera... «Además —dijo para sí—, si el beato Leibowitz, a quien Dios bendiga, decidió llamar Emma a su mujer, estoy seguro de que tuvo sus razones...»

Entonces el enviado del Nuevo Vaticano la emprendió con un curso de semántica, tan furioso y tan vehemente que el desdichado frailuco creyó perder la razón. Al terminar la tormentosa sesión, no sabía siquiera si era cierto o no que hubiese visto un día un peregrino.

Antes de partir, el Abogado del Diablo quiso ver también la copia iluminada que había hecho Francis, y el desdichado se la mostró, con la muerte en el alma. Por lo pronto, el prelado se quedó asombrado; después tragó saliva y pareció que hacía un esfuerzo para decir

— Ciertamente, no carecéis de imaginación — dijo —. Pero creo que esto lo sabían ya todos los de aquí.

Los cuernos del emisario habían menguado varios centímetros y el hombre partió aquella misma tarde hacia el Nuevo Vaticano.

...Y fueron transcurriendo los años, añadiendo algunas arrugas a los rostros jóvenes y algunas canas a las sienes de los frailes. En el monasterio, la vida seguía su curso, y los monjes continuaban sumidos en sus copias, como en tiempos pasados. Un buen día, el hermano Jeris concibió el proyecto de construir una prensa de imprimir. Cuando el abad le preguntó el motivo, sólo supo responder:

—Para aumentar la producción.

—¿Ah, sí? — replicó el padre — . ¿Y de qué creéis que servirán vuestros papelotes en un mundo en que la gente se considera dichosa de no saber leer? Tal vez pensáis venderlos a los campesinos para encender el fuego, ¿no?

Mortificado, el hermano Jeris encogió tristemente los hombros... y los copistas del monasterio siguieron trabajando con plumas de oca....

Por fin, una mañana de primavera, poco antes de la Cuaresma, se presentó un nuevo mensajero en el monasterio trayendo una buena, excelente noticia: el expediente para la canonización de Leibowitz estaba ya completo; el Sacro Colegio no tardaría en reunirse, y el fundador de la Orden Albertina figuraría pronto entre los santos del calendario.

Mientras se regocijaba toda la comunidad, el padre abad —ahora ya muy viejo y bastante complaciente— hizo llamar al hermano Francis.

—Su Santidad requiere vuestra presencia en las fiestas que van a celebrarse con motivo de la canonización de Isaac Edward Leibowitz —murmuró—. Disponeos a partir.

Y añadió, en tono gruñón:

—Si queréis desmayaros, ¡hacedlo en otra parte!

El viaje del joven fraile al Nuevo Vaticano le llevaría al menos tres meses, o acaso más: todo dependería de la distancia que pudiese cubrir antes de que los inevitables salteadores le privaran de su asno.

Partió solo y desarmado, provisto únicamente de unas alforjas de mendicante. Apretaba contra su corazón la copia iluminada del plano de Leibowitz, y rogaba a Dios que no se la robasen. Claro que los bandoleros eran gente ignorante y no habrían sabido qué hacer con ella... Sin embargo, y por precaución, el fraile se había tapado un ojo con un trocito de paño negro. Los campesinos eran supersticiosos y la amenaza de «mal de ojo» bastaba a veces para ponerlos en fuga.

Después de dos meses y algunos días de viaje, el hermano Francis tropezó con un ladrón en un sendero montañoso, rodeado de bosques espesos y lejos de

todo lugar habitado. Era un hombre de corta talla, pero robusto como un buey. Separadas las piernas y cruzados los poderosos brazos sobre el pecho, esperaba en medio del sendero la llegada del fraile, que avanzaba hacia él, al paso lento de su montura... Parecía estar solo y no llevaba más arma que un cuchillo, que ni siquiera se sacó de la cintura. Aquel encuentro produjo al monje una profunda desilusión; en lo más hondo de su corazón, a lo largo de todo el camino, no había dejado de esperar que encontraría un día al peregrino de antaño.

—¡Alto! —ordenó el ladrón.

El asno se detuvo por su cuenta. El hermano Francis se alzó la capucha para mostrar el parche negro y se llevó lentamente la mano al ojo, como dispuesto a descubrir un horrible espectáculo disimulado por el paño. Pero el hombre echó la cabeza atrás y lanzó una risotada siniestra y realmente satánica. El fraile se apresuró a mascullar un exorcismo, cosa que tampoco pareció impresionar al ladrón.

—Esto hace ya años que no sirve —le dijo—. Vamos, apéate.

El hermano Francis se encogió de hombros, sonrió y se apeó de su montura sin protestar.

—Buenos días, señor —dijo, en amable tono—. Podéis llevaros el asno. Me sentará bien andar un poco.

Y ya se alejaba cuando el ladrón le cerró el paso.

—¡Espera! ¡Desnúdate completamente y déjame ver lo que llevas en este paquete!

El monje le mostró sus alforjas, con un pequeño ademán de excusa, pero el otro se echó a reír a más y mejor.

—¡También conozco el truco de la pobreza! —dijo a su víctima en tono sarcástico—. El último mendigo que detuve llevaba medio kilo de oro encima... Vamos, pronto, ¡desnúdate!

Cuando el fraile lo hubo hecho, el hombre registró sus vestiduras, no encontró nada y se las devolvió.

—Ahora —prosiguió—, veamos ese paquete.

—No es más que un documento, señor —protestó el religioso—, un documento que carece de valor para quien no sea su dueño.

—¡Abre el paquete, te he dicho!

El hermano Francis obedeció sin rechistar y pronto resplandecieron bajo el sol las iluminaciones del pergamo. El ladrón lanzó un silbido de admiración.

—¡Qué bonito! A mi mujer le gustará para colgarlo en la pared de la choza.

El pobre fraile, al oírlo, sintió que le fallaba el corazón y se puso a murmurar una plegaria silenciosa: «Si lo has enviado Tú, Señor, para probarme —suplicó desde lo más profundo de su alma—, dame al menos el valor de morir como un hombre, pues, si está escrito que tiene que robármelo, ¡tendrá que hacerlo al cadáver de Tu indigno siervo!

—¡Envuélvemelo! —ordenó de pronto el ladrón, que sabía lo que quería.

—Os lo ruego, señor —gimió el hermano Francis—, ¿cómo podéis privar a un pobre hombre de una obra en la que ha empleado toda su vida...? Quince años he pasado iluminando este manuscrito y...

—¿Cómo? —le interrumpió el ladrón—. ¿Lo has hecho tú mismo?

Y se desternilló de risa.

—No comprendo, señor —replicó el monje, enrojeciendo ligeramente—, lo que pueda tener de graciosos...

—¡Quince años! —exclamó el hombre, entre dos accesos de risa—. ¡Quince años! ¿Y por qué?, te pregunto. ¡Por un pedazo de papel! ¡Quince años...! ¡Ja, ja!

Y, asiendo con ambas manos la hoja iluminada, se dispuso a desgarrarla. Entonces el hermano Francis se dejó caer de rodillas en medio del sendero.

—¡Jesús, María y José! —exclamó—. ¡Os lo suplico, señor, en nombre del Cielo!

El ladrón pareció ablandarse un poco; arrojando el pergamo al suelo, preguntó burlón:

—¿Estarías dispuesto a luchar por tu pedazo de papel?

—¡Lo que queráis, señor! ¡Haré todo lo que queráis!

Ambos se pusieron en guardia. El fraile se santiguó precipitadamente e invocó al Cielo, recordando que antaño la lucha había sido un deporte autorizado por la divinidad... Después se lanzó al combate.

Tres segundos más tarde yacía sobre los puntiagudos guijarros que le laceraban el espinazo, medio asfixiado bajo una pequeña montaña de duros músculos.

—¡Ya está! —dijo, modestamente, el ladrón, levantándose y cogiendo el pergamo.

Pero el fraile se arrastró de rodillas, juntando las manos y ensordeciéndole con sus súplicas desesperadas.

—Creo —se burló el ladrón— que serías capaz de besarme los zapatos con tal de que te devolviese el dibujo.

Por toda respuesta, el hermano Francis le alcanzó de un salto y empezó a besar fervorosamente las botas del vencedor.

Esto era ya demasiado, incluso para un pillastre de siete suelas. Lanzó un juramento, arrojó el manuscrito al suelo, montó en el asno y se alejó... Inmediatamente, el hermano Francis se lanzó sobre el documento y lo recogió del suelo. Después trotó detrás del hombre, implorando para él todas las bendiciones del cielo y dando gracias al Señor por haber creado malandrines tan desinteresados.

Sin embargo, cuando el ladrón y su asno hubieron desaparecido en la arboleda, el monje empezó a preguntarse, con un poco de tristeza, por qué razón, en efecto, había consagrado quince años de su vida a este pedazo de pergamo... Las palabras del ladrón resonaban aún en sus oídos: «¿Y por qué?, te pregunto...» Sí, ¿por qué?, ¿por qué razón?

El hermano Francis reanudó su camino, pensativo y con la cabeza gacha bajo el capuchón... Incluso hubo un momento en que se le ocurrió la idea de arrojar el documento entre los matorrales y dejarlo allí, bajo la lluvia... Pero el padre abad había aprobado su deseo de entregarlo a las autoridades del Nuevo Vaticano, a modo de presente. El monje pensó que no podía presentarse allí con las manos vacías, y ya serenado, prosiguió el camino.

Había llegado el momento. Perdido en la inmensa y majestuosa basílica el hermano Francis se hallaba sumido en la prestigiosa magia de colores y sones. Después de invocar al Espíritu

infalible, símbolo de toda perfección, se levantó un obispo —el monje advirtió que era monseñor Di Simone, abogado del santo—, quien pidió a san Pedro que se pronunciara, por medio de S. S. León XXII, y ordenó a todos los reunidos que prestaran oído atento a las solemnes palabras que iban a ser pronunciadas.

Un momento después, el Papa se levantó despacio y proclamó que Isaac Edward Leibowitz debía ser en adelante venerado como santo. Asunto concluido. El oscuro técnico de antaño formaba ya parte de la celeste falange. El hermano Francis dirigió enseguida una devota plegaria a su nuevo patrón, mientras el coro entonaba el *Te Deum*.

Un rato más tarde, y andando con un paso vivo, el Soberano Pontífice apareció tan bruscamente en la sala de audiencias donde esperaba el fraile, que la sorpresa cortó el resuello al hermano Francis, privándole del

uso de la palabra. Se arrodilló apresuradamente para besar el anillo del Pescador y recibir la bendición, y después se levantó torpemente, sin saber qué hacer con el bello pergamo iluminado que sostenía detrás de la espalda. Comprendiendo el motivo de su turbación, el Papa sonrió.

—¿Acaso nuestro hijo nos trae un presente? —preguntó.

El monje farfulló algo ininteligible, asintió estúpidamente con la cabeza y por fin alargó su manuscrito, que el Vicario de Cristo observó largamente sin decir palabra y con rostro impasible.

—No es nada —masculló el hermano Francis, que sentía aumentar su turbación a medida que se prolongaba el silencio del Pontífice—, no es más que una pequenez, un miserable presente... Incluso me avergüenzo de haber pasado tanto tiempo en...

Se detuvo en seco, ahogado por la emoción.

Pero el Papa parecía no haberle oido.

—¿Comprendes el significado del simbolismo empleado por san Isaac? —preguntó al fraile, sin dejar de examinar con curiosidad el misterioso trazado del plano.

El hermano Francis, por toda respuesta, sacudió negativamente la cabeza.

Y el fraile se puso a balbucear las gracias, mientras el Soberano Pontífice se perdía de nuevo en la contemplación de los diseños tan bellamente iluminados.

—Sea cual fuere su significación... —comenzó el Papa; pero se interrumpió de golpe y empezó a hablar de otra cosa.

Si habían hecho al fraile el honor de recibirlle, le explicó, no era porque las autoridades eclesiásticas se hubiesen formado una opinión oficial sobre el peregrino que el monje había visto... El hermano Francis había sido tratado de esta suerte porque se le quería recompensar por el hallazgo de importantes documentos y reliquias. Así se había juzgado su hallazgo, sin tener absolutamente en cuenta las circunstancias que lo acompañaron.

—Sea cual fuese su significación —repitió al fin—, este fragmento de saber, muerto en la actualidad, recobrará vida algún día.

Sonriendo, dirigió al monje un pequeño guiño.

—Y nosotros lo conservaremos celosamente hasta que aquel día llegue —concluyó.

Sólo entonces advirtió el hermano Francis que la sotana blanca del Papa tenía un agujero y que todas sus vestiduras estaban bastante usadas. La alfombra de la sala de audiencias estaba también muy raída en algunos sitios, y el yeso del techo se caía visiblemente a pedazos.

Pero en las estanterías que se veían a lo largo de los muros, había libros, libros enriquecidos con admirables iluminaciones, libros que trataban de cosas incomprensibles, libros pacientemente copiados por hombres cuya tarea no consistía en comprender, sino en conservar. Y estos libros esperaban que llegase su hora

—Adiós, mi querido hijo.

El humilde guardián de la llama del saber marchó a pie a su lejana abadía... Cuando se acercó a la comarca en que merodeaba el ladrón, se sintió lleno de alegría. Si aquel día el ladrón estaba de descanso, se sentaría a esperar su regreso. Porque esta vez sabía ya lo que tenía que responder a su pregunta.

SEGUNDA PARTE

ALGUNOS AÑOS EN EL MÁS ALLÁ ABSOLUTO

Todas las canicas en el mismo saco. — La desesperación del historiador. — Dos amantes de lo insólito. — En el fondo del lago del Diablo. — Un antifascismo que levanta, viento. — Bergier y yo ante la inmensidad de lo extraño. — También Troya era una, leyenda. — La historia atrasada. — De lo visible vulgar a lo invisible fantástico. — Apólogo del escarabajo de oro. — Se puede oír la resaca del futuro. — Hay algo más que la fría mecánica.

Durante la ocupación, vivía en París, en el barrio escolar, un viejo muy original que se vestía como un burgués del siglo xvii, leía sólo a Saint Simon, comía alumbrándose con antorchas y tocaba la espineta. No salía más que para ir al colmado y a la panadería, cubriendo con un capuchón su peluca empolvada y vistiendo una hopalanda que dejaba ver sus medias negras y sus zapatos con hebillas. El tumulto de la Liberación, el tiroteo y la agitación popular le molestaron. Sin comprender nada de lo que pasaba, pero agitado por el miedo y la indignación, salió una mañana al balcón, con su pluma de oca en una mano y flotando su pechera al viento, y gritó, con la fuerte y extraña voz del solitario:

—¡Viva Coblenza!

La gente no comprendió, viendo sólo lo singular de su actitud; los vecinos, excitados, tuvieron la impresión instintiva de que un hombre que vivía en otro mundo tenía pacto con el mal; el grito parecía alemán, subieron, derribaron la puerta, le apalearon, y el hombre murió.

Aquella misma mañana un joven capitán de la Resistencia, que acababa de conquistar la Prefectura, mandaba cubrir de paja la gran alfombra del despacho y disponer en haces los fusiles, a fin de sentirse vivir en un cuadro de su primer libro de Historia.

A la misma hora, se descubría en los Inválidos la mesa, los trece sillones, los estandartes, las ropas y las cruces de la última asamblea de los Caballeros de la Orden Teutónica, bruscamente interrumpida.

Y el primer carro del Ejército Leclerc franqueábala puerta de Orleáns, signo aplastante de la derrota alemana. Lo conducía Henri Rathenau, cuyo tío Walter había sido la primera víctima del nazismo.

De este modo, una civilización, en un momento histórico, y a la manera de un hombre embargado por la más viva emoción, revive mil instantes de su pasado, según un orden y en una sucesión aparentemente incomprendibles.

Giraudo explicaba que, habiéndose dormido un momento en la trinchera, mientras esperaba la hora de ir a relevar a un camarada muerto durante un reconocimiento, le despertaron unos pinchacitos en el rostro: el viento había desnudado al muerto, había abierto su cartera y proyectaba sus tarjetas de visita, cuyos cantos

golpeaban la mejilla del poeta. En aquella mañana de liberación de París, las tarjetas de visita de los emigrados de Coblenza, de los estudiantes revolucionarios de 1830, de los grandes pensadores judíos alemanes y de los Hermanos Caballeros de las Cruzadas, volaban con muchas otras, sin duda, en el viento que arrastraba los sones de la *Marsellesa*.

Si sacudimos la cesta, todas las canicas salen a la superficie en desorden, o mejor, según un orden y unos razonamientos cuya determinación sería de una complicación infinita,

pero en los que podríamos descubrir infinidad de esos encuentros chocantes e iluminadores que Jung llama coincidencias significativas. La admirable frase de Jacques Riviére es aplicable a las civilizaciones y a los momentos históricos: «Al hombre le ocurre, no lo que se merece, sino lo que se le asemeja.» Un cuaderno escolar de Napoleón termina con estas palabras: «Santa Elena, pequeña isla.»

Es una lástima que el historiador juzgue indigno de su ciencia el consignar y examinar estas coincidencias que entreabren bruscamente una puerta sobre otra cara del Universo en que el tiempo no es ya lineal. Su ciencia lleva retraso en la relación con la ciencia en general, que, tanto en el estudio del hombre como en el de la materia, nos muestra unas distancias cada vez más reducidas entre el pasado, el presente y el porvenir. Unas vallas cada vez más delgadas nos separan, en el jardín del destino, de un ayer totalmente conservado y de un mañana enteramente formado. Nuestra vida, como dice Alain, «se abre a grandes espacios».

Existe una florecilla extremadamente delicada y bella que se llama saxífraga umbría. Se le llama también «la desesperación del pintor». Pero ya no desespera a ningún artista, desde que la fotografía y otros muchos

descubrimientos han librado a la pintura de la preocupación por el parecido externo. El pintor menos joven de espíritu, no se sienta ya ante un ramo como solía hacer antaño. Sus ojos ven algo distinto del ramo, o mejor, su modelo le sirve de pretexto para expresar, por medio de la superficie coloreada, una realidad oculta a la mirada del profano. Trata de arrancar un secreto a la creación. Antaño, se hubiera contentado con reproducir las apariencias tranquilizadoras y, en cierto modo, participar en el engaño general sobre los signos exteriores de la realidad. «¡Ah! ¡Esto ha sido escupido!» Pero el que escupe está enfermo. En el transcurso de este medio siglo, no parece que el historiador haya evolucionado como el pintor, y nuestra historia es tan falsa como lo eran un seno de mujer, un gatito o un ramo de flores bajo el pincel petrificado de un pintor conformista de 1890.

«Si nuestra generación —dice un joven historiador— quiere examinar con lucidez el pasado, tendrá ante todo que arrancar las máscaras tras de las cuales los artífices de nuestra Historia permanecen ocultos... El esfuerzo desinteresado realizado por una falange de historiadores en favor de la simple verdad es relativamente reciente.»

El pintor de 1890 tenía sus «desesperaciones». ¿Y qué decir del historiador de los tiempos presentes? La mayoría de los hechos contemporáneos se asemejan a la saxífraga umbría: son la desesperación del historiador.

Un autodidacta delirante, rodeado de algunos megalómanos, rechaza a Descartes, barre la cultura humanista, aplasta la razón, invoca a Lucifer y conquista Europa, fallando por poco en la conquista del mundo. El marxismo arraiga en el único país que Marx juzgaba árido. Londres está a punto de perecer bajo una lluvia de cohetes destinados a alcanzar la Luna. Las reflexiones sobre el espacio y el tiempo desembocan en la fabricación de una bomba que aniquila doscientos mil hombres en tres segundos y amenaza con aniquilar la propia Historia. ¡Saxífragas umbrías!

El historiador empieza a inquietarse y a dudar de que su arte sea practicable. Consagra su talento a lamentarse de no poder ejercitarnlo. Es lo que suele verse en las artes y las ciencias en los momentos de sofocación: un escritor trata en diez volúmenes de la imposibilidad del lenguaje, un médico estudia cinco cursos para explicar que las enfermedades se curan solas. La Historia pasa por uno de estos momentos.

M. Raymond Aron, rechazando con gesto cansado a Tucídides y a Marx, declara que ni las pasiones humanas, ni la economía de las cosas bastan para explicar la aventura de las sociedades. «La totalidad de las causas determinantes de la totalidad de los efectos —dice, afligido— rebasan la comprensión humana.»

M. Baudin del Instituto, confiesa: «La Historia es una página en blanco, que los hombres pueden llenar como les plazca.»

Y M. René Grousset lanza al cielo vacío este cántico, casi tan desesperado como bello:

«Lo que llamamos Historia, o sea la sucesión de imperios, de batallas, de revoluciones políticas, de fechas sangrientas en su mayoría, ¿es realmente la Historia? Os confieso que yo no lo creo, y que, al hojear los manuales escolares, suelo borrar con el pensamiento más de una cuarta parte...»

»La Historia verdadera no es la del vaivén de las fronteras. Es la de la civilización. Y la civilización es, de una parte, el progreso de la técnica, y, de otra, el progreso de la espiritualidad. Podemos preguntarnos si la Historia política, en buena parte, no es más que una historia parásita.

»La Historia verdadera es, desde el punto de vista

material, la de la técnica, disfrazada por la Historia política que la opprime, que usurpa su lugar y hasta su nombre.

»Pero la Historia verdadera es, todavía más, la del progreso del hombre en su espiritualidad. La función de la Humanidad consiste en ayudar al hombre espiritual a desprenderse, a realizarse; en ayudar al hombre, como dicen los hindúes en frase admirable, a convertirse en lo que es. Ciertamente, la Historia aparente, la Historia visible, la Historia superficial, no es más que un osario. Si no hubiese más que esto, sólo tendríamos que cerrar el libro y esperar la extinción en el nirvana.. Pero yo creo que el budismo ha mentido y que la Historia no es esto.»

El físico, el químico, el biólogo, el psicólogo, durante los últimos cincuenta años, han recibido grandes choques, yendo a dar, también ellos, con las saxífragas umbrías. Pero hoy no manifiestan ya la misma inquietud. Trabajan, adelantan. Estas ciencias tienen, por el contrario, una extraordinaria vitalidad. Comparad las construcciones arácnneas de Spengler y de Toynbee con el movimiento torrencial de la física nuclear. En cambio, la Historia está atascada.

Las razones son sin duda múltiples, pero ésta nos atrae particularmente:

Mientras el físico o el psicoanalista abandonaron resueltamente la idea de que la realidad era necesariamente satisfactoria para la razón y optaron por la realidad de lo fantástico, el historiador permaneció encerrado en el cartesianismo. No es siempre ajena a ello una cierta pusilanimidad eminentemente política.

Se dice que los pueblos felices no tienen Historia. Pero los pueblos que no tienen historiadores, franeotiradores y poetas son más infelices: están asfixiados, traicionados.

Al volver la espalda a lo fantástico, el historiador se encuentra a veces impulsado a fantásticos errores. Si es marxista, prevé el hundimiento de la economía americana en el momento en que los Estados Unidos alcanzan su más alto grado de estabilidad y de fuerza. Si es capitalista, señala la expansión del comunismo en el Oeste en el momento en que Hungría se subleva. En cambio, en otras ciencias, la predicción del porvenir a base de los datos del presente, obtiene cada vez mejores resultados.

Partiendo de una millonésima de gramo de plutonio, el físico nuclear traza el proyecto de una fábrica gigante que funcionará según lo previsto. Partiendo de algunos sueños, Freud arroja sobre el alma humana una luz como jamás se viera antes. Y es que Freud y Einstein realizaron, en el primer momento, un esfuerzo colosal de imaginación. Pensaron en una realidad totalmente distinta de los datos racionales admitidos. Partieron de esta proyección imaginativa, establecieron conjuntos de hechos que la experiencia ha venido a confirmar.

«En el campo de la ciencia aprendemos cuan grande es la extrañeza del mundo», dice Oppenheimer. Estamos persuadidos de que esta admisión de la extrañeza enriquecerá la Historia.

No pretendemos en absoluto llevar al método histórico las transformaciones que para él deseamos. Pero creemos que el pequeño ensayo que vais a leer puede prestar algún servicio a los historiadores futuros. Sea por impulsión, sea por repulsión. Hemos querido, al elegir como tema de estudio un aspecto de la Alemania hitleriana, señalar vagamente una dirección útil para otros temas. Hemos pintado flechas en los árboles a nuestro alcance. No pretendemos haber hecho transitable todo el bosque.

Hemos procurado reunir hechos que un historiador «normal» rechazaría con cólera u horror. Nos hemos convertido por un tiempo, según la linda frase de Maurice Renard, en «amantes de lo insólito y escribas de milagros». Esta clase de trabajo no es siempre cómoda para el espíritu. A veces, nos hemos tranquilizado pensando que la teratología, o estudio de los monstruos, donde se inspiró el profesor Wolff a despecho del recelo de los sabios «razonables», puso en claro más de un aspecto de la biología. Y otro ejemplo nos ha servido de apoyo: el de Charles Hoy Fort, el malicioso americano del que ya os hemos hablado.

Dentro de este espíritu fortiano hemos realizado nuestras investigaciones de ciertos acontecimientos de la Historia reciente. Y así, por ejemplo, hemos creído digno de atención el hecho de que el fundador del nacionalsocialismo creyese realmente en el advenimiento del superhombre.

El 23 de febrero de 1957, un hombre rana buscaba el cuerpo de un estudiante ahogado en el lago del Diablo, en Bohemia. Volvió a la superficie, pálido de espanto, incapaz de pronunciar una palabra. Cuando hubo recobrado el habla, explicó que acababa de ver, bajo las aguas frías y densas del lago, una formación fantasmagórica de soldados alemanes de uniforme, una caravana de carros enganchados, con sus caballos en pie.

«¡Oh, noche!, ¿qué son esos guerreros lívidos...?» En cierto modo, nosotros también nos hemos sumergido en el lago del Diablo. De los anales de Nuremberg, de millares de libros y de revistas, y de testimonios personales, hemos sacado una colección de extrañezas. Hemos organizado nuestro material en función de una hipótesis de trabajo que acaso no pueda elevarse a la dignidad de teoría, pero que un gran escritor inglés desconocido, Arthur Machen, ha expresado vigorosamente:

«A nuestro alrededor existen sacramentos del mal, como existen sacramentos del bien, y yo creo que nuestra vida y nuestros actos se desarrollan en un mundo insospechado, llenos de cavernas, de sombras y de moradores crepusculares.»

El alma humana ama el día. Pero también ama la noche, con igual ardor, y este amor puede conducir a los hombres, como a las sociedades, a acciones criminales y catastróficas que aparentemente desafían a la razón, pero que resultan explicables si uno se coloca en cierto punto de vista. Enseguida precisaremos esto, cediendo de nuevo la palabra a Arthur Machen.

En esta parte de nuestra obra, hemos querido suministrar la materia prima de una historia invisible. No seremos los primeros. Ya John Buchan había señalado singulares corrientes subterráneas en los acontecimientos históricos. Una entomóloga alemana, Margare! Boveri, tratando a los hombres con la frialdad objetiva que dedica a la observación de los insectos, ha escrito una *Historia de la Traición en el siglo xx*, cuyo primer volumen lleva por título *Historia Visible*, y el segundo, *Historia Invisible*.

Pero, ¿de qué historia invisible se trata? El término está lleno de trampas. Lo visible es tan rico y, a fin de cuentas, está tan poco explorado, que siempre se puede encontrar en él hechos justificativos de cualquier teoría, y se conocen innumerables explicaciones de la historia por

la acción oculta de los judíos (de los francmasones, de los jesuítas o de la Banca internacional). Estas explicaciones nos parecen primitivas. Por lo demás, nos hemos guardado muy bien de confundir lo que llamamos realismo fantástico con el ocultismo y las fuerzas secretas de la realidad con la novela de folletín. (Sin embargo, hemos observado muchas veces que la realidad

carecía de dignidad, pues no se libra de lo novelesco, y que no se podían eliminar ciertos hechos con el pretexto de que parecían salir, precisamente, de Una novela de folletín.)

Hemos acogido, pues, los hechos más chocantes, con la reserva de autentificarlos. A veces, hemos preferido exponernos a parecer sensacionalistas o aficionados a lo sorprendente, antes que prescindir de tal o cual aspecto aparentemente delirante. El resultado no se parece en nada a los retratos de la Alemania nazi generalmente admitidos. No es culpa nuestra. Una serie de acontecimientos fantásticos constituían el objeto de nuestro estudio. No es corriente, pero sí lógico, pensar que detrás de estos acontecimientos pueden ocultarse realidades extraordinarias. ¿Por qué habría de tenerla Historia el privilegio, sobre todas las otras ciencias modernas, de poder explicar todos los fenómenos de manera satisfactoria para la razón?

Nuestro retrato, ciertamente, no está conforme con las ideas recibidas, y, además, es fragmentario. No hemos querido sacrificar nada a la coherencia. Lo cual es, por lo demás, una tendencia muy reciente de la Historia, al igual que la tendencia a la verdad:

«Aquí y allá aparecerán lagunas: el lector debe pensar que el historiador de hoy ha abandonado el antiguo concepto según el cual se alcanzaba la verdad cuando se habían colocado, sin huecos ni sobrantes, todas las piezas del rompecabezas que se construía. Para él, el ideal de la obra histórica ha dejado de ser el bello mosaico completo y liso: más bien lo concibe como un campamento de excavaciones, con su caos aparente en que se yuxtaponen las búsquedas inciertas, las colecciones de pequeños objetos evocadores y, aquí o allá, las bellas resurrecciones de conjunto y las obras de arte.»

El físico sabe que las pulsaciones de energía anormales, excepcionales, han revelado la fisión del uranio

y abierto, por ello, un campo infinito al estudio de la radiactividad. Nosotros hemos buscado las pulsaciones de lo extraordinario.

Un libro de Lord Russell, de Liverpool, *Breve historia de los crímenes de guerra nazis*, publicado once años después de la victoria aliada, sorprendió a los lectores franceses por su tono de extremada sobriedad. En este libro, los hechos horribles hablaban por sí solos, y los lectores advirtieron que seguían sin comprender nada de tanta guerra. Expresando este sentimiento, un eminente especialista escribió en *Le Monde*:

«La cuestión que se plantea es saber cómo todo esto fue posible en pleno siglo XX, y en regiones que pasan por ser las más civilizadas del Universo.»

Es singular que tal cuestión, esencial, primordial, se plantee a los historiadores doce años después de la apertura de todos los archivos posibles. Pero, ¿de veras se plantea? No es seguro. Al menos, todo ocurre como si procurasen olvidarla, en el momento de ser evocada, obedeciendo así al movimiento de opinión establecido, y al cual molesta semejante cuestión. Y así sucede que el historiador da testimonio de su tiempo, al negarse a hacer historia. Apenas ha escrito: «La cuestión que se plantea es saber...», cuando se apresura a levantar una ráfaga de viento para alejarla.

«He aquí —añade enseguida— lo que hace el hombre cuando es abandonado al impulso de sus instintos desencadenados y a la vez sistemáticamente pervertidos.»

¡Extraña explicación histórica, esta evocación del misterio nazi según los grandes moldes de la moral comente! Sin embargo, es la única que se nos ha dado, como si hubiese una vasta conspiración de las inteligencias para hacer de las páginas más fantásticas de la

los resortes de la acción de los hombres, de sus creencias o de sus realizaciones. Así, hemos estudiado ciertos trabajos de la sección oculta de los servicios de información alemanes. Esta sección confeccionó, por ejemplo, un largo informe sobre las propiedades mágicas de los campanarios de Oxford, que, en su opinión, impedían que las bombas cayeran sobre dicha ciudad. Es indiscutible que hay en ello una aberración, pero también lo es que esta aberración hizo estragos entre hombres inteligentes y responsables, y que este hecho arrojó luz sobre algunos puntos de la historia visible y de la invisible.

En nuestra opinión, los acontecimientos tienen a menudo razones de ser que la razón desconoce, y las líneas de fuerza, de la Historia pueden ser tan invisibles y al propio tiempo tan reales como las líneas de fuerza de un campanario magnético.

Podemos ir más lejos. Nos hemos aventurado por un terreno en el que esperamos que los historiadores del porvenir se adentrarán con medios superiores a los nuestros. Hemos intentado aplicar a la Historia el principio de los «enlaces no casuales» que el físico Wolfgang Pauli y el psicólogo Jung propusieron recientemente. A este principio me refería hace un momento al hablar de coincidencias. Según Pauli y Jung, acontecimientos independientes entre sí pueden tener relaciones sin causa y, no obstante, significativas a escala humana. Son las «coincidencias significativas», «signos» en los que los dos sabios ven un fenómeno de «sincronización» que revela lazos insólitos entre el hombre, el tiempo y el espacio, y que Claudel llamaba magníficamente «la fiesta de las casualidades».

Una enferma está tendida en el diván del psicoanalista Jung. Padece desórdenes nerviosos muy graves,

pero el análisis no progresá. La paciente, encerrada en su espíritu realista hasta el extremo, aferrada a una especie de ultralógica resulta impenetrable a los argumentos del médico.

Una vez más, Jung ordena, aconseja, suplica:

—Abandónese, no trate de comprender, y cuénteme sencillamente sus sueños.

—He soñado con un escarabajo —responde por fin la dama, en un susurro.

En el mismo momento, suenan unos golpecitos en el cristal. Jung abre la ventana, y entra en la estancia un hermoso escarabajo dorado, haciendo zumbar sus élitros. Impresionada, la paciente cede al fin, y puede comenzar el verdadero análisis, que proseguirá hasta la curación.

Jung cita a menudo este acontecimiento verídico que parece un cuento árabe. Nosotros creemos que en la historia de un hombre, como en la Historia a secas, existen muchos escarabajos de oro.

La completa doctrina de la «sincronización», construida en parte sobre la observación de tales coincidencias, podía acaso cambiar totalmente el concepto de la Historia. Nuestra ambición no va tan lejos ni se remonta tanto. Lo que queremos es llamar la atención sobre los aspectos fantásticos de la realidad. En esta parte de nuestra obra, nos hemos entregado a la búsqueda y a la interpretación de ciertas coincidencias que nos parecen significativas. A otros pueden no parecerles así.

Aplicando a la Historia nuestra concepción «realista-fantástica», hemos realizado un trabajo de selección. Hemos elegido a veces hechos de poca importancia, pero chocantes, porque hasta cierto punto, buscamos la luz de la aberración. Una irregularidad de unos segundos en el movimiento del planeta Mercurio basta para

derribar el edificio de Newton y justificar a Einstein. De la misma manera creemos que algunos de los hechos que hemos descubierto pueden hacer necesaria la revisión de la estructura de la Historia cartesianas.

¿Puede emplearse este método para prever el porvenir? También soñamos en ello. Chesterton, en *El hombre que fue jueves*, describe una brigada de Policía política especializada en poesía. Se evita un atentado porque un policía comprende el sentido del soneto. Detrás de las gansadas de Chesterton se ocultan grandes verdades. Las corrientes de ideas que pasan inadvertidas al observador oficial, los escritos y las obras que no llaman la atención de los sociólogos, los hechos sociales demasiado minúsculos y absurdos a sus ojos, anuncian acaso con mayor seguridad los acontecimientos venideros que los grandes hechos visibles y los movimientos de ideas manifiestos, de los cuales se preocupa.

El clima de espanto del nazismo, que nadie puede prever, había sido anunciado en los terribles relatos, *La mandragora* y *En el horror*, del escritor alemán Hans Heinz Ewers, que debía convertirse en poeta oficial del régimen y escribir el *Horst Wessel Lied*. No es imposible que ciertas novelas, poemas, cuadros y estatuas, no advertidas siquiera por la crítica especializada, nos presenten, en forma increíblemente minuciosa, las figuras exactas del mundo de mañana.

Dante, en *La Divina Comedia*, describe con precisión la Cruz del Sur, constelación invisible en el hemisferio norte y que ningún viajero de su tiempo pudo haber descubierto. Swift, en el *Viaje a Laputa*, da las distancias y el período de rotación de los dos satélites de Marte, desconocidos en su época. Cuando el astrónomo americano Asaph Hall los descubre, en 1877, y advierte que sus mediciones concuerdan con las indicaciones de Swift, presa de una especie de pánico los denomina *Pobos* y *Deimos*: miedo y terror.¹ En 1896, un escritor inglés, M. P. Shiel, publica una novela en la que aparece una banda de monstruosos criminales que asolan Europa, matan a las familias que consideran perjudiciales al progreso de la Humanidad, y queman los cadáveres. Titula su novela: *Las SS*.

Goethe decía: «Los acontecimientos venideros proyectan su sombra por anticipado», y es probable que, al margen de lo que despierta la atención general, en obras y actividades humanas extrañas a lo que llamamos «el movimiento de la Historia», se encuentre la verdadera expresión y el anuncio de estas resacas del futuro.

Existe un algo fantástico evidente que el historiador recubre pudorosamente con explicaciones frías y mecánicas. Alemania, en el momento en que nace el nazismo, es la patria de las ciencias exactas. El método alemán, la lógica alemana, el rigor y la probidad científica alemanes, son universalmente reconocidos. El *Herr Professor* invita a veces a la caricatura, pero siempre se le rodea de consideración. Ahora bien, en este medio, de un cartesianismo de plomo, nace una doctrina incoherente y en parte delirante, que se propaga a toda velocidad, irresistiblemente, a partir de un minúsculo hogar. En el país de Einstein y de Plank, se hace profesión de «física aria». En el país de Humboldt y de Haeckel, se empieza a hablar de razas. No creemos

1. Le aterroriza también el hecho de que estos satélites aparezcan bruscamente. Otros telescopios más poderosos que el suyo no los habían revelado la víspera. Parece, simplemente, que él fue el primero en examinar Marte aquella noche. Después del lanzamiento del «Sputnik», los astrónomos contemporáneos han empezado a escribir que tal vez se trataba de satélites artificiales lanzados el día de la observación de Hall.

(Robert S. Richardson, del Observatorio de Monte Palomar. Comunicación a propósito de la posición de Marte, 1954.)

que se puedan explicar tales fenómenos por la inflación económica. El telón de fondo no es adecuado para semejante ballet. Nos ha parecido mucho más eficaz buscar por el lado de ciertos cultos extraños y de ciertas cosmogonías chocantes, olvidadas por la inflación eco-

nómica. El telón de fondo no es muy singular. Las cosmogonías y los cultos de que vamos a hablar gozaron en Alemania de protección y de apoyo oficiales. Desempeñaron un papel espiritual, científico, social y político de relativa importancia. Sobre este telón de fondo se comprende mejor el baile.

Nos hemos limitado a un instante de la historia alemana. Igualmente habríamos podido mostrar, por ejemplo, para descubrir lo fantástico en la Historia contemporánea, la invasión de Europa por las ideas asiáticas en el momento en que las ideas europeas provocan el despertar de los pueblos de Asia. He aquí un fenómeno tan desconcertante como el espacio no euclíadiano o como las paradojas del núcleo atómico. El historiador convencional, el sociólogo «comprometido», no ven, o se niegan a ver, estos movimientos profundos, que no están de acuerdo con lo que ellos llaman el «movimiento de la Historia». Por el contrario, prosiguen imperturbables el análisis y la predicción de una aventura de los hombres que no se asemeja a los propios hombres, ni a los signos misteriosos pero visibles que éstos intercambian con el tiempo, el espacio y el destino.

«El amor —dice Jacques Chardonne— es mucho más que el amor.» En el transcurso de nuestras investigaciones, hemos adquirido la certeza de que la Historia es mucho más que la Historia. Esta certeza es alentadora. A despecho de la creciente pesadez de los hechos sociales, y de las amenazas cada vez mayores que se ciernen sobre la persona humana, vemos cómo el espíritu y el alma de la Humanidad siguen encendiendo sus hogueras, que en modo alguno nos parecen más pequeñas. Aunque los pasadizos de la Historia se estrechen mucho, aparentemente, tenemos la seguridad de que el hombre no pierde en ellos el hilo que lo ata a la inmensidad. Estas imágenes son hugolianas, pero expresan perfectamente nuestro punto de vista. Hemos adquirido esta certeza sumergiéndonos en lo real: es en lo más profundo de las cosas donde lo real es fantástico y, en cierto sentido, misericordioso.

Aunque las tristes máquinas sigan funcionando no te espantes en demasía, amigo mío...

*Cuando los pedantes nos invitaron a observar
de qué fría mecánica los acontecimientos
debían dimanar, nuestras almas dijeron en la sombra:
Tal vez sí, pero hay otras cosas...¹*

||

En la Tribune des Nations se niega al Diablo y la locura. — Sin embargo, hay una lucha entre los dioses. — Los alemanes y la Atlántida. — Un socialismo mágico. — Una religión y un orden secretos. — Expedición a las regiones ocultas. — El primer guía será un poeta

En un artículo de la *Tribune des Nations*, un historiador francés expresa lisa y llanamente el conjunto de insuficiencias intelectuales que suelen mencionarse siempre que se habla del hitlerismo. Analizando la obra: *Hitler desenmascarado*, publicada por el doc1. Prólogo a *El Napoleón de Notting Hill*, de Chesterton,

tor Otto Dietrich, que fue durante doce años jefe del servicio de Prensa del Führer, M. Pierre Cazenave

escribe:

«Sin embargo, el doctor Dietrich se contenta demasiado fácilmente con una frase que, en un siglo positivista, no sirve para explicar a Hitler. "Hitler —dice— era un hombre demoníaco, que se dejaba arrastrar por ideas nacionalistas delirantes." ¿Qué quiere decir demoníaco? En la Edad Media, habría dicho de Hitler que estaba *poseso*. Pero, ¿y hoy? O la palabra *demoníaco* no significa nada, o significa poseído del demonio. Pero, ¿qué es el demonio? ¿Cree acaso el doctor Dietrich en la existencia del Diablo? Hay que entenderse. A mí la palabra *demoníaco* no me

satisface.

»Y la palabra *delirante* tampoco. Quien dice delirio dice enfermedad mental. Delirio maníaco. Delirio melancólico. Delirio de persecución. Nadie duda de que Hitler era un psicópata e incluso un paranoico, pero los psicópatas e incluso los paranoicos andan por la calle. Pero existe una diferencia entre esto y la locura más o menos sistematizada y cuya observación y diagnóstico hubiesen llevado consigo el internamiento del afectado. En otras palabras: ¿Era Hitler responsable? A mi entender, sí. Y por esto descarto la palabra *delirio*, como descarto el adjetivo *demoníaco*, ya que a nuestros ojos la demonología sólo tiene un valor

histórico.»

A nosotros no nos satisface la explicación del doctor Dietrich. El destino de Hitler y la aventura de un gran pueblo moderno bajo su dirección no podrían describirse enteramente partiendo de la locura y de la posesión demoníaca. Pero tampoco nos satisface la crítica del historiador de la *Tribune des Nations*. Hitler, afirma, no era clínicamente loco. Y el Demonio no existe. No hay que descartar, pues, la noción de responsabilidad. Esto es verdad. Pero nuestro historiador parece atribuir virtudes mágicas a esta noción de responsabilidad. Apenas la ha evocado, la historia fantástica del hitlerismo le parece clara y reducida a las proporciones del siglo positivista en el cual pretende que vivimos. Esta actitud escapa tanto a la razón como la de Otto Dietrich. Y es que el término «responsabilidad» es, en nuestro lenguaje, una transposición de lo que era la «posesión demoníaca» para los tribunales de la Edad Media, según demuestran los grandes procesos políticos modernos.

Si Hitler no era un loco ni un poseso, lo cual es posible, la historia del nazismo seguiría, empero, siendo inexplicable a la luz de un «siglo positivista». La psicología profunda nos revela que hay acciones aparentemente racionales del hombre que están gobernadas en realidad por fuerzas que él mismo ignora o que están ligadas a un simbolismo absolutamente ajeno a la lógica corriente. Sabemos, por otra parte, no que el Demonio no existe, sino que es algo distinto de la visión que de él tenían en la Edad Media. En la historia del hitlerismo, o mejor, en ciertos aspectos de esta historia, todo ocurre como si las ideas-fuerza escapasen a la crítica histórica habitual, y como si necesitásemos, para comprenderlo, abandonar nuestra visión positiva de las cosas y esforzarnos en penetrar en un Universo donde han cesado de conjugarse la razón cartesiana y la realidad.

Nos hemos impuesto la tarea de escribir estos aspectos del hitlerismo, porque, como dijo muy bien M. Marcel Ray en 1939, la guerra que Hitler impuso al mundo fue «una guerra maniquea, o, como dice la Escritura, una lucha de dioses». No se trata, entiéndase bien, de una lucha entre fascismo y democracia, entre la concepción liberal y la concepción totalitaria de las sociedades. Esto es el exoterismo de la batalla. Y hay un

esoterismo.¹ Esta lucha de dioses, que se desarrolló detrás de los acontecimientos visibles, no ha terminado en el mundo, sino que los progresos formidables del saber humano en los últimos años se disponen a darle otras formas. Cuando las puertas del conocimiento empiezan a abrirse al infinito, importa capturar el sentido de esta lucha. Si queremos futuro,

debemos tener una visión exacta y profunda del momento en que lo fantástico ha empezado a invadir la realidad. Vamos a estudiar este momento.

«El nacionalsocialismo —concluía— es el baile de San Vito del siglo xx.»

Pero, ¿de dónde procedía esta extraña enfermedad? En parte alguna hallaba respuesta satisfactoria. «Sus raíces más profundas arraigan en regiones ocultas.»

Estas regiones nos parecen dignas de ser exploradas. Y no será un historiador, sino un poeta, quien nos servirá de guía.

«En el fondo —decía Rauschning— todo alemán tiene un pie en la Atlántida, donde busca una patria mejor y un mejor patrimonio. Esta doble naturaleza de los alemanes, esta facultad de desdoblamiento que les permite, al mismo tiempo, vivir en el mundo real y proyectarse a un mundo imaginario, se manifiesta de manera especial en Hitler y nos da la clave de su socialismo mágico.»

Y Rauschning, tratando de explicarse la subida al poder de este «sumo sacerdote dé la religión secreta», intentaba persuadirse de que, muchas veces en la Historia, «naciones enteras cayeron en una inexplicable agitación. Entonces emprendían marchas de flageladores. Un baile de San Vito las sacudía».

1. C. S. Lewis, profesor de teología en Oxford, había anunciado, en 1937, en una de sus novelas simbólicas. *El silencio de la Tierra*, el comienzo de una guerra por la posesión del alma humana, y cuya forma exterior será una terrible guerra material. Después volvió sobre la misma idea en otras dos obras: *Perelandra* y *Esa horrenda fortaleza*.

' El último libro de Lewis se titula *Hasta que tengamos rostros*, En este gran relato poético y profetice se encuentra la frase admirable: «Los dioses no nos hablarán cara'á cara hasta que nosotros mismos tengamos un rostro.»

III

Donde se habla de P. J. Toulet, escritor menor. — Pero se trata de Arthur Machen. — Un gran genio desconocido. — Un Robinson Crusoe del alma. — Historia de los ángeles de Mons. — Vida, aventuras y desdichas de Machen. — Cómo descubrimos una sociedad secreta inglesa. — Un Premio Nobel con antifaz negro. — La Golden Dawn, su filiación, sus miembros, sus jefes. — Por qué vamos a citar un texto de Machen. — Las casualidades se afanan.

«Cuando se encuentran (generalmente en el bar) dos hombres que han leído a Paul Jean Toulet, se imaginan que ésta es una señal de aristocracia», escribía el propio Toulet. Pero ocurre que grandes cosas reposan sobre sus cabezas de alfiler. Gracias a este escritor menor y simpático, ignorado a despecho de algunos admiradores fervientes, ha llegado hasta nosotros el nombre de Arthur Machen, apenas conocido por doscientas personas en Francia.

A fuerza de escudriñar, nos hemos dado cuenta de que la obra de Machen, que comprende más de treinta

volúmenes,¹ es de un interés espiritual sin duda superior a la obra de H. G. Wells.²

Prosiguiendo nuestras investigaciones sobre Machen, descubrimos una sociedad secreta inglesa compuesta de espíritus de calidad. Esta sociedad, a la cual debe Machen una experiencia interior determinante y lo mejor de su inspiración, es desconocida incluso de los especialistas. En fin, ciertos textos de Machen, y sobre todo el que os daremos a leer, arrojan una luz sobre una noción poco corriente del Mal, absolutamente indispensable para la comprensión de los aspectos de la historia contemporánea que estudiamos en esta parte de nuestro libro.

Así, pues, si nos lo permitís, antes de entrar en el meollo de nuestro tema, os hablaremos de este hombre tan curioso. La cosa empezará con la pequeña historia literaria de un pequeño escritor parisense, Toulet, y terminará con la apertura de una gran puerta subterránea, detrás de la cual humean todavía los restos de los mártires y las ruinas de la tragedia nazi que conmovió al mundo entero. Los caminos del realismo fantástico, según podéis ver una vez más, no se parecen a los caminos ordinarios del conocimiento.

1. En noviembre de 1897, un amigo, «bastante inclinado a las ciencias ocultas», dio a leer a Paul Jean Toulet la *The Anatomy of Tobacco* (1884), *The Great God Pan* (1895), *The me of Souls* (1906), *The Hill of Dreams* (1907), *The Great Return* (1915), *The Bowmen* (1915), *The Terror* (1917), *The Secret Glory* (1922), *Strange Roads* (1923), *The London Adventure* (1924), *The Coming Wonder* (1926), *The Green Round* (1933), *Holy Terrors* (1946). Postuma: *Tales of Horror and the Supernatural* (1948).

2. El propio Machen se había dado cuenta de ello: «Ese Wells de quien me habla es ciertamente un hombre muy hábil. Incluso hubo un momento en que creí que era algo más.» (Carta a P.J. Toulet, 1899.)

vela de un escritor de treinta y cuatro años, completamente desconocido: *The Great God Pan*. Este libro, que evoca el mundo pagano de los orígenes, no definitivamente extinguido, sino que perdura discretamente y nos arroja de vez en cuando su dios del Mal y sus diablos provistos de horcas, impresionó a Toulet y le decidió a entrar en la literatura. Se puso a traducir *The Great God Pan*, y, pidiendo prestado a Machen su decorado de pesadilla, las malezas entre las que se oculta el Gran Pan, escribió su primera novela: *Monsieur du Paur, hombre público*.

Monsieur du Paur fue publicado a finales de 1898, por la editorial Simonis Empis, y no tuvo el menor éxito. Desde luego, no es una obra importante, y nada sabríamos de ella si M. Henri Martineau, gran stendhaliano y amigo de Toulet, no hubiese resuelto, veinte años más tarde, reeditar esta novela a sus costas, en las ediciones del *Diván*. Historiador minucioso y amigo abnegado, M. Henri Martineau quería demostrar que *Monsieur du Paur* era un libro inspirado por la lectura de Machen, pero, a pesar de ello, original. De este modo llamó la atención de unas pocas gentes de letras sobre Arthur Machen y su *The Great God Pan*, exhumando la escasa correspondencia entre Toulet y Machen.¹ En esto quedaron Machen y su inmenso genio: en la camaradería literaria de los comienzos de Toulet.

En febrero de 1899, Paul Jean Toulet, que intentaba desde hacía un año publicar su traducción de *The Great God Pan*, recibió la siguiente carta del autor, escrita en francés:

1. Henri Martineau, «Arthur Machen et Toulet», correspondencia inédita. *Le Mercure de France*, n.º 4, enero de 1938.

Henri Martineau, P.J. Toulet et Arthur Machen, *Monsieur du Paur et le Grand Dieu Pan*, Le Diván, París.

Querido colega:

Ya veo que no hay nada que hacer con *The Great God Pan* en París. Si así es, estoy realmente desolado, desde luego, por el libro en sí, pero, sobre todo, porque había puesto mis esperanzas en los lectores franceses; pensé que si probaban *The Great God Pan* vestido a la francesa y lo encontraban bueno, ¡tal vez habría encontrado mi público! Aquí, nada puedo hacer. Escribo y sigo escribiendo, pero es absolutamente igual que si lo hiciera en un escritorio monástico de la Edad Media; es decir, que mis obras permanecen para siempre en el infierno de las cosas inéditas. Tengo en mi cajón un pequeño volumen de cuentos muy cortos, que titulo *Ornaments in Jade*. «Su librito es muy lindo —me dice el editor—, pero me es imposible publicarlo.» También hay una novela, *The Carden of Avallenius*, de unas 65.000 palabras. «Es un arte *sine peccato* —dice el buen editor—, pero chocaría a nuestro público inglés.» Y en este momento, estoy trabajando en un libro que también se quedará, estoy seguro de ello, en la isla del Diablo. En fin, querido colega, sin duda le parecerán trágicas (o mejor, tragicómicas) estas aventuras de un escritor inglés; pero, como le digo antes, tenía puestas esperanzas en su traducción de mi primer libro.

Le Grand Dieu Pan apareció por fin en la revista *La Plume*, en 1901, y después fue editado gracias a esta revista.¹ Pasó inadvertido.

Sólo Maeterlinck se sintió impresionado: «Agradezco profundamente la revelación de esta obra bella y

1. Reeditado en 1933 por Émile Paul, con un prólogo de Hcriri Martineau, es el único libro de Machen publicado en Francia.

singular. Es, según creo, la primera vez que se ha intentado realizar la mezcla de lo fantástico tradicional o diabólico con lo fantástico nuevo o científico, de cuya mezcla ha nacido la obra más turbadora que conozco, pues afecta al mismo tiempo a nuestros recuerdos y a nuestras esperanzas.»

Arthur Machen nació en 1863 en el País de Gales, en Caerlsonon Usk, minúsculo pueblo que fue sede de la Corte del rey Arturo, y desde el cual los Caballeros de la Tabla Redonda partieron en busca del Grial. Cuando sabemos que Himmler, en plena guerra, organizó una expedición para buscar el vaso sagrado (enseguida hablaremos de ello), y cuando, para iluminar la historia nazi secreta, tropezamos con un texto de Machen y descubrimos enseguida que este escritor nació en aquel pueblo, cuna de los temas wagnerianos, debemos decirnos una vez más que, para todo el que sepa ver, las coincidencias visten hábitos luminosos.

Machen se instaló en Londres siendo muy joven, y allí vivió asustado, igual que Lovecraft en Nueva York. Estuvo unos meses de dependiente en una librería, después hizo de preceptor, y se dio cuenta de que era incapaz de ganarse la vida en sociedad. Se puso a escribir en medio de un extremado agobio material y de un infinito cansancio. Durante un largo período, vivió de las traducciones: las *Memorias de Casanova*, en doce volúmenes, por treinta chelines a la semana durante dos años. Heredó una pequeña suma a la muerte de su padre, que era pastor protestante, y, teniendo asegurada la comida y el fuego por un tiempo, prosiguió su obra con el sentimiento creciente de que «un inmenso golfo espiritual le separaba de los otros hombres», y de que tenía que aceptar cada vez más esta vida de «Robinson Crusoe del alma». En 1895 se publicaron sus primeros relatos fantásticos. Son *The Great God Pan* y

The Immost Ligth. Afirma en ellas que el Gran Pan no ha muerto, y que las fuerzas del mal, en el sentido mágico de la palabra, esperan constantemente a algunos de nosotros

para llevarlos al otro lado del mundo. En este mismo tono, publicó al año siguiente *La Pondré Blanche*, que es su obra más sólida después de *The Secret Glory*, su obra maestra, escrita a los sesenta años.

A los treinta y seis, después de doce años de amor, perdió a su esposa: «No hemos estado doce horas separados en estos doce años; puede, pues, imaginarse lo que he sufrido y sufro aún todos los días. Si deseo ver impresos mis manuscritos es para podérselos dedicar todos en estos términos: *Auctoris Anima ad Dominam.*» Vive ignorado, en la miseria, y con el corazón destrozado. Después de tres años, a los treinta y nueve, renuncia a la literatura y se hace actor ambulante.

«Dice usted que no tiene mucho valor —escribe a Toulet—. Yo no tengo ninguno. Tan poco, que ya no escribo ni una línea, y creo que jamás volveré a hacerlo. Me he convertido en cómico de la legua; he subido al tablado, y en este momento actúo en *Coriolano.*»

Vaga por Inglaterra, con la Compañía shakespeariana de Sir Frank Benson, y después ingresa en la del Teatro Saint James. Poco antes de la guerra del 14, tiene que abandonar el teatro y hacer un poco de periodismo, para poder subsistir. No escribe ningún libro. En la barabúnda de Fleet Street, entre sus atareados compañeros de trabajo, su extraño rostro meditabundo, sus maneras pausadas y afables de erudito, hacen sonreír a los demás. Para Machen, según puede verse en toda su obra, «el hombre está hecho de misterio y para los misterios y las visiones». Lo sobrenatural constituye la realidad. El mundo exterior contiene pocas enseñanzas, a menos que se mire como un depósito de símbolos y de significados ocultos. Sólo las obras de imaginación, producto de un espíritu que busca las verdades eternas, tienen posibilidad de ser obras reales y realmente útiles. Como dice el crítico Philip van Doren Stern, «es posible que haya más verdades esenciales en los relatos fantásticos de Arthur Machen, que en todos los gráficos y en todas las estadísticas del mundo».

Una aventura muy singular conduce de nuevo a Machen a la vida literaria. Gracias a ello, su nombre gozó de celebridad durante unas semanas, y la impresión que esto le produjo le decidió a terminar su vida como escritor.

El periodismo le pesaba, y había perdido la afición a escribir para sí. Acababa de estallar la guerra. Hacía falta literatura heroica. Éste no era su género. *The Evening News* le pidió un artículo. Lo escribió a vuelta pluma, pero siempre a su manera. Fue «The Bowmen» (Los arqueros). El periódico lo publicó el 29 de setiembre de 1914, el día siguiente a la retirada de Mons. Machen había imaginado un episodio de esta batalla: san Jorge, con su resplandeciente armadura y al frente de unos ángeles que eran los antiguos arqueros de Azincourt, socorría al Ejército británico.

Pues bien, docenas de soldados escribieron al periódico: el señor Machen no había inventado nada. Ellos habían visto con sus propios ojos, ante Mons, a los ángeles de san Jorge incorporándose a sus filas. Podían atestiguarlo por su honor. Gran número de estas cartas fueron publicadas. Inglaterra, ávida de milagros en el momento de peligro, se conmovió. Machen fue ignorado cuando intentó revelar secretas realidades. Ahora, con una fantasía de pacotilla, conmovía a todo el país. ¿O sería que las fuerzas ocultas se levantaban y tomaban tal o cual forma a la llamada de su imaginación, tan a menudo ligada a las verdades esenciales, y que tal vez había realizado una profunda labor sin él

saberlo? Machen repitió más de doce veces en los periódicos que su relato era pura invención. Nadie le creyó. En vísperas de su muerte, más de treinta años después, el gran anciano repetía sin cesar, en sus conversaciones, esta extravagante historia de los ángeles de Mons.

A despecho de su celebridad, el libro que escribió en 1915 no tuvo el menor éxito. Era *The Great Return*, meditación sobre el Grial. Después, en 1922, vino *The Secret Glory*, que

es una crítica del mundo moderno a la luz de la experiencia religiosa. A los sesenta años, comenzó una autobiografía original en tres volúmenes. Tenía algunos admiradores fervientes en Inglaterra y en América,¹ pero se moría de hambre. En 1943 (tenía ochenta años), Bernard Shaw, Max Beerbohm y T. E. Elliot formaron un comité para reunir fondos con los cuales evitar que terminara en un asilo de indigentes. Pudo acabar sus días en paz, en una casita de Buckinghamshire, y murió en 1947. Siempre le había entusiasmado una frase de Murger. En *La Vie de Bohème*, Marcel, el pintor, no tiene siquiera una cama. «"¿Dónde descansáis, pues?" —le pregunta su casero—. "Señor —responde Marcel—, descanso en la Providencia."»

En los alrededores de 1880 se fundan en Francia, en Inglaterra y en Alemania, sociedades secretas, órdenes herméticas, en las que se agrupan personalidades vigorosas. Todavía no se ha descubierto la historia de esta

1. En Inglaterra, Paul Jordán Smith le encomia en un capítulo de su libro: *On Strange Altan* (Londres, 1923). Henri Martineau señala que, en 1925, se forma en América una sociedad alrededor de su nombre y que se le dedican artículos bastante numerosos. Ya en 1918 Vincent Starett le había dedicado un libro: *Arthur Machen, A novelist of actasy and sin* (Chicago). Despues de su muerte, apareció una obra de W. F. Gekle: *Arthur Machen, weaver of fantasy* (Nueva York).

crisis mística posromántica. Y debería hacerse. En ella se encontraría el origen de ideas, que a su vez han determinado corrientes políticas.

En las cartas de Arthur Machen a P.J. Toulet, encontramos estos dos pasajes singulares. En 1899:

«Cuando escribí *Pan* y *La Pondré Blanche*, no creía que tan extraños acontecimientos hubiesen ocurrido jamás en la vida real, y ni siquiera que hubiese sido posible que ocurriesen. Pero después, y muy recientemente, se han producido en mi propia existencia *experiencias* que han transformado por completo mi punto de vista a este respecto... Ahora estaré siempre convencido de que no hay nada imposible en el mundo. Supongo que no hace falta añadir que ninguna de mis *experiencias* tiene relación con imposturas tales como el espiritismo o la teosofía. Pero creo que vivimos en un mundo de gran misterio, de cosas insospechadas y absolutamente asombrosas.»

En 1900:

«Le diré algo que le divertirá: envié *El Gran Dios Pan* a un adepto, un ocultista avanzado, que encontré, *sub rosa*, y el cual escribe: *El libro demuestra en gran manera que, por el pensamiento y la meditación, más que por la lectura, ha alcanzado usted un cierto grado de iniciación independientemente de las órdenes y de las organizaciones.*»

«¿Quién es este adepto? ¿Y cuáles eran aquellas *experiencias*?»

En otra carta, después de un viaje de Toulet a Londres, Machen le escribe:

«Mr. Waite, a quien gustó usted mucho, me encarga que le transmita sus saludos.»

El nombre de este amigo de Machen, que tan pocas amistades tenía, nos llamó en seguida la atención. Waite fue uno de los mejores historiadores de la alquimia y un especialista de la orden de los Rosacruz.

Habíamos llegado a este punto de nuestras investigaciones, que nos ilustran sobre las curiosidades intelectuales de Machen, cuando un amigo nuestro nos proporcionó una serie de datos nuevos sobre la existencia, en Inglaterra y a finales del siglo XIX y principios del xx, de una sociedad secreta y de iniciación, inspirada en la Rosacruz.¹

Esta sociedad se llamaba *Golden Dawn* y la componían algunos de los espíritus más brillantes de Inglaterra. Arthur Machen fue uno de sus adeptos.

La *Golden Dawn*, fundada en 1887, procedía de la Sociedad de la Rosacruz inglesa, creada veinte años antes por Robert Wentworth Little y cuyos miembros eran reclutados entre los maestros masones. Esta última sociedad estaba constituida por ciento noventa y cuatro miembros, uno de los cuales era Bulwer Lytton, autor de *Los últimos días de Pompeya*.

La *Golden Dawn*, todavía más reducida, tenía por objeto la práctica de la magia ceremonial y la obtención de poderes y conocimientos secretos. Sus jefes eran Woodman, Mathers y Wynn Westcott (el «iniciado» de que hablaba Machen a Toulet en su carta de 1900). Estaba en relación con sociedades alemanas similares, de las cuales encontraremos más adelante algunos miembros en el famoso movimiento antropósofo de Rudolph Steiner, y después en otros movimientos influyentes del período nazi. Después tuvo por jefe a Aleister Crowley, hombre absolutamente extraordinario y uno de los más grandes ingenios del neopaganismo, cuyas huellas encontraremos en Alemania. Después de la muerte de Woodman y de la retirada de Westcott, S. L. Mathers fue el gran maestro de la *Gol1*. Después publicó estas revelaciones en los números 2 y 3 de la revista *La Tour Saint Jacques*, en 1956, bajo el nombre de Fierre Victor, «La orden hermética de la *Golden Dawn*.»

den Dawn, que dirigió algún tiempo desde París, donde acababa de casarse con la hija de Henri Bergson.

Mathers fue sustituido en la jefatura de la *Golden Dawn* por el poeta Yeats, que debía recibir más tarde el Premio Nobel.

Yeats tomó el nombre de *Frére Démon est Deas Inversus*. Presidía las sesiones vistiendo *kilt* escocés y llevando un antifaz negro y un puñal de oro al cinto.

Arthur Machen había tomado el nombre de *Film Aquarti*. Una mujer estuvo afiliada a la *Golden Dawn*: Florence Farr, directora teatral y amiga íntima de Bernard Shaw. También pertenecieron a ella los escritores Blackwood, Stoker, autor de *Drácula*, y Sax Rohmer, así como Peck, astrónomo real de Escocia, el célebre ingeniero Alian Bennett y Sir Gerald Kelly, presidente de la Royal Academy. Al parecer, estos espíritus de calidad recibieron una huella imborrable de la *Golden Dawn*. Según ellos mismos confiesan, su visión del mundo sufrió una transformación, y las prácticas a las cuales se entregaban no dejaron de parecerles eficaces para su sublimación.

Ciertos textos de Arthur Machen resucitan un saber olvidado por la mayoría de los hombres y que, no obstante, es indispensable para una exacta comprensión del mundo. Incluso para el lector menos avisado, aletea entre las páginas de este escritor una verdad inquietante.

Cuando decidimos daros a leer algunas páginas de Machen, nada sabíamos aún de la *Golden Dawn*. Guardando las debidas distancias, y modestia aparte, nos ha ocurrido aquí lo que suele pasarles a los grandes malabaristas, que se distinguen de otros que les igualan en destreza, en que, en el transcurso de sus mejores ejercicios, los objetos se ponen a vivir una vida propia, se le escapan y realizan proezas imprevistas. Nos hemos visto rebasados por lo mágico. Habíamos pedido a un texto de Machen, que nos había chocado, una iluminación general de ciertos aspectos del nazismo que nos parecen más significativos que todo lo referido por la historia oficial. Se advertirá que una lógica implacable sostiene nuestro sistema aparentemente absurdo. En cierta manera, no es sorprendente que aquella iluminación general nos venga del miembro de una sociedad secreta fuertemente impregnada de neopaganismo.

Ved el texto. Es la introducción de una novela titulada *The White People*. Esta novela, escrita después de *The Great God Pan*, figura en una colección publicada después de la muerte de Machen: *Tales of Horror and the Supernatural* (Richards¹ Press, Londres).

IV

El texto de Arthur Machen. — Los verdaderos pecadores, como los verdaderos santos, son ascetas. — El verdadero Mal, como el verdadero Bien, nada tiene que ver con el mundo ordinario. — Pecar es tomar el cielo por asalto. — El verdadero Mal es cada vez más raro. — El materialismo, enemigo del Bien, y más aún del Mal. — A fin de cuentas, hoy existe algo. — Si os interesa realmente...

Ambrosio dijo:

—Brujería y santidad, he aquí las únicas realidades. —Y prosiguió—: La magia tiene su justificación en sus criaturas: comen mendrugos de pan y beben agua con una alegría mucho más intensa que la del epicúreo.

—¿Os referís a los santos?

—Sí. Y también a los pecadores. Creo que vos caéis en el error frecuente de quienes limitan el mundo espiritual a las regiones del bien supremo. Los seres extremadamente perversos forman también parte del mundo espiritual. El hombre vulgar, carnal y sensual, no será jamás un gran santo. Ni un gran pecador. En nuestra mayoría, somos simplemente criaturas de barro cotidiano, sin comprender el significado profundo de las cosas, y por esto el bien y el mal son en nosotros idénticos: de ocasión, sin importancia.

—¿Pensáis, pues, que el gran pecador es un asceta, lo mismo que el gran santo?

—Los grandes, tanto en el bien como en el mal, son los que abandonan las copias imperfectas y se dirigen a los originales perfectos. Para mí, no existe la menor duda: los más excelsos, entre los santos, jamás hicieron una «buena acción», en el sentido corriente de la palabra. Por el contrario, existen hombres que han descendido hasta el fondo de los abismos del mal, y que, en toda su vida, no han cometido jamás lo que vosotros llamáis una «mala acción».

Se ausentó un momento de la estancia; Cotgrave se volvió a su amigo y le dio las gracias por haberle presentado a Ambrosio.

—Es formidable —dijo—. Jamás había visto un chalado de esta clase.

Ambrosio volvió con una nueva provisión de whisky y sirvió a los dos hombres con larguezza. Criticó con ferocidad la secta de los abstemios, pero se sirvió un vaso de agua. Iba a reanudar su monólogo cuando Cotgrave le atajó:

—Vuestras paradojas son monstruosas. ¿Puede un hombre ser un gran pecador sin haber hecho nunca nada culpable? ¡Vamos, hombre!

—Os equivocáis completamente —dijo Ambrosio—, pues soy incapaz de paradojas: ¡ojalá pudiera hacerlas! He dicho, simplemente, que un hombre puede ser un gran conocedor de vinos de Borgoña sin haber

entrado jamás en una taberna. Eso es todo, y ¿no os parece más una perogrullada que una paradoja? Vuestra reacción revela que no tenéis la menor idea de lo que puede ser el pecado. ¡Oh!, naturalmente existe una relación entre el Pecado con mayúscula y los actos considerados como culpables: asesinato, robo, adulterio, etc. Exactamente la misma relación que existe entre el alfabeto y la poesía más genial. Vuestro error es casi universal: os habéis acostumbrado, como todo el mundo, a mirar las cosas a través de unas gafas sociales. Todos pensamos que el hombre que nos hace daño, & nosotros, o a nuestros vecinos, es un hombre malo. Y lo es, desde el punto de vista social. Pero, ¿no podéis comprender que el Mal, en su esencia, es una cosa solitaria, una pasión del alma? El asesino corriente, como tal asesino, no es en modo alguno un pecador en el verdadero sentido de la

palabra. Es sencillamente una bestia peligrosa, de la que debemos librarnos para salvar nuestra piel. Yo lo clasificaría mejor entre las fieras que entre los pecadores.

—Todo esto me parece un poco extraño.

—Pues no lo es; el asesino no mata por razones positivas, sino negativas; le falta algo que poseen los no asesinos. El Mal, por el contrario, es totalmente positivo. Pero positivo en el sentido malo. Y es muy raro. Sin duda hay menos pecadores verdaderos que santos. En cuanto a los que llamáis criminales, son seres molestos, desde luego, y de los que la sociedad hace bien en guardarse; pero entre sus actos antisociales y el Mal existe un gran abismo, ¡creedme!

Se hacía tarde. El amigo que había llevado a Cotgrave a casa de Ambrosio había sin duda oido esto otras veces. Escuchaba con sonrisa cansada y un poco burlona, pero Cotgrave empezaba a pensar que su «alienado» era tal vez un sabio.

—¿Sabéis que me interesáis enormemente? —dijo—.

—Opináis, pues, que no comprendemos la verdadera naturaleza del Mal?

—Lo sobreestimamos. O bien lo menospreciamos. Por una parte, llamamos pecado a las infracciones de los reglamentos de la sociedad, de los tabúes sociales. Es una exageración absurda. Por otra parte, atribuimos una importancia tan enorme al «pecado» que consiste en meter mano a nuestros bienes o a nuestras mujeres, que hemos perdido absolutamente de vista lo que hay de horrible en los verdaderos pecados.

—Entonces, ¿qué es el pecado? —dijo Cotgrave.

—Me veo obligado a responder a su pregunta con otras preguntas. ¿Qué experimentaría si su gato o su perro empezaran a hablarle con voz humana? ¿Y si las rosas de su jardín se pusieran a cantar? ¿Y si las piedras del camino aumentaran de volumen ante sus ojos? Pues bien, estos ejemplos pueden darle una vaga idea de lo que es realmente el pecado.

—Escuchen —dijo el tercer hombre, que hasta entonces había permanecido muy tranquilo—, me parece que los dos están locos de remate. Me marchó a mi casa. He perdido el tranvía y me veré obligado a ir a pie.

Ambrosio y Cotgrave se arrellanaron aún más en sus sillones después de su partida. La luz de los faroles palidecía en la bruma de la madrugada, que helaba los cristales.

—Me asombra usted —dijo Cotgrave—. Jamás había pensado en todo esto. Si es realmente así, hay que volverlo todo del revés. Entonces, según usted, la esencia del pecado sería...

—Querer tomar el cielo por asalto —respondió Ambrosio—. El pecado consiste, en mi opinión, en la voluntad de penetrar de manera prohibida en otra esfera más alta. Esto explica que sea tan raro. En realidad, pocos hombres desean penetrar en otras esferas, sean altas o bajas, y de manera autorizada o prohibida. Hay

pocos santos. Y los pecadores, tal como yo los entiendo, son todavía más raros. Y los hombres de genio (que a veces participan de aquellos dos) también escasean mucho... Pero puede ser más difícil convertirse en un gran pecador que en un gran santo.

—¿Porque el pecado es esencialmente naturaleza?

—Exacto. La santidad exige un esfuerzo igualmente grande, o poco menos; pero es un esfuerzo que se realiza por caminos que eran antaño naturales. Se trata de volver a encontrar el éxtasis que conoció el hombre antes de la caída. En cambio, el pecado es una tentativa de obtener un éxtasis y un saber que no existen y que jamás han sido dados al hombre, y el que lo intenta se convierte en demonio. Ya le he dicho que el simple asesino no es necesariamente un pecador. Esto es cierto; pero el pecador es a veces asesino. Pienso en Gilés de Rais, por ejemplo. Considere que, si el bien y el mal están igualmente fuera del alcance del hombre contemporáneo, del hombre corriente, social y civilizado, el mal lo está en un sentido mucho más profundo. El santo se esfuerza en recobrar un don que ha perdido; el pecador persigue algo que no ha poseído jamás. En resumidas cuentas, reproduce la Caída.

—¿Es usted católico? —preguntó Cotgrave.

—Sí, soy miembro de la Iglesia anglicana perseguida.

—Entonces, ¿qué me dice de esos textos en que se denomina pecado lo que usted califica de falta sin importancia?

—Advierta, por favor, que en esos textos de mi religión aparece reiteradamente el nombre de «mago», que me parece la palabra clave. Las faltas menores, que se denominan pecados, sólo se llaman así en la medida que el mago perseguido por mi religión está detrás del autor de estos pequeños delitos. Pues los magos se sirven de las flaquezas humanas resultantes de la vida material y social, como instrumentos para alcanzar su fin

infinitamente execrable. Y permita que le diga esto nuestros sentidos superiores están tan embotados, estamos hasta tal punto saturados de materialismo, que seguramente no reconoceríamos el verdadero mal si no; tropezáramos con él.

—Pero, ¿es que no sentiríamos, a despecho de todo, un cierto horror, este horror de que me hablaba hace un momento, al invitarme a imaginar unas rosas que rompiesen a cantar?

—Si fuésemos seres naturales, sí. Los niños, algunas mujeres y los animales sienten este horror. Pero, en la mayoría de nosotros, los convencionalismos, la civilización y la educación han embotado y oscurecido la naturaleza. A veces podemos reconocer el mal por el odio que manifiesta al bien y nada más; pero esto es puramente fortuito. En realidad, los Jerarcas del Infierno pasan inadvertidos por nuestro lado.

—¿Piensa que ellos mismos ignoran el mal que encarnan?

—Así lo creo. El verdadero mal, en el hombre, es como la santidad y el genio. Es una extasis del alma, algo que rebasa los límites naturales del espíritu, que escapa a la conciencia. Un hombre puede ser infinita y horriblemente malo, sin sospecharlo siquiera. Pero repito: el mal, en el sentido verdadero de la palabra, es muy raro. Creo incluso que cada vez lo es más.

—Procuró seguirle —dijo Cotgrave—. ¿Cree usted que el Mal verdadero tiene una esencia completamente distinta de lo que solemos llamar el mal?

—Absolutamente. Un pobre tipo excitado por el alcohol vuelve a su casa y mata a patadas a su mujer y a sus hijos. Es un asesino. Gilés de Rais es también un asesino. Pero, ¿advierte usted el abismo que los separa? La palabra es accidentalmente la misma en ambos casos, pero el sentido es totalmente distinto.

«Ciento que el mismo débil parecido existe entre

todos los pecados *sociales* y los verdaderos pecados espirituales, pero son como la sombra y la realidad. Si es usted un poco teólogo, tiene que comprenderme.

—Le confieso que no he dedicado mucho tiempo a la teología —observó Cotgrave—. Lo lamento; pero, volviendo a nuestro tema, ¿cree usted que el pecado es una cosa oculta, secreta?

—Sí. Es el milagro infernal, como la santidad es el milagro sobrenatural. El verdadero pecado se eleva a un grado tal que no podemos sospechar en absoluto su existencia. Es como la nota más baja del órgano: tan profunda que nadie la oye. A veces hay fallos, recaídas, que conducen al asilo de locos o a desenlaces todavía más horribles. Pero en ningún caso debe confundirlo con la mala acción social. Acuérdese del Apóstol: hablaba del *otro lado* y hacía una distinción entre las acciones caritativas y la caridad. De la misma manera que uno puede darlo todo a los pobres y, a pesar de ello, carecer de caridad, puede evitar todos los pecados y, sin embargo, ser una criatura del mal.

—¡He aquí una psicología singular! —dijo Cotgrave—. Pero confieso que me gusta. Supongo que, según usted, el verdadero pecador podría pasar muy bien por un personaje inofensivo, ¿no es así?

—Ciertamente. El verdadero mal no tiene nada que ver con la sociedad. Y tampoco el Bien, desde luego. ¿Cree usted que se sentiría a gusto en compañía de san Pablo? ¿Cree usted que se

entendería bien con Sir Galahad? Lo mismo puede decirse de los pecadores. Si usted encontrase a un verdadero pecador, y reconociese el pecado que hay en él, sin duda se sentiría horrorizado. Pero tal vez no existiría ninguna razón para que aquel hombre *le disgustara*. Por el contrario, es muy posible que, si lograba olvidar su pecado, encontrase agradable su trato. ¡Y, sin embargo...! ¡No! ¡Nadie puede adivinar cuán terrible es el verdadero Mal...! ¡Si las rosas y los lirios del jardín se pusieran a cantar esta madrugada, si los muebles de esta casa empezaran a desfilar en procesión como en el cuento de Maupassant!

—Celebro que vuelva a esta comparación —dijo Cotgrave—, pues quería preguntarle a qué corresponden, en la Humanidad, estas proezas imaginarias de las cosas que usted cita. Repito: ¿qué es, pues, el pecado? Quisiera que me diese usted un ejemplo concreto.

Por primera vez, Ambrosio vaciló:

—Ya le he dicho que el verdadero Mal es muy raro. El materialismo de nuestra época, que tanto ha hecho para suprimir la santidad, tal vez ha hecho más aún para suprimir el mal. Encontramos la tierra tan cómoda, que no sentimos deseos de subir ni de bajar. Todo ocurre como si el especialista del Infierno realizase trabajos puramente arqueológicos.

—Sin embargo, tengo entendido que sus investigaciones se han extendido hasta la época actual.

—Veo que está usted realmente interesado. Pues bien, confieso que he reunido, en efecto, algunos documentos...

▼

La tierra cóncava, el mundo helado, el hombre nuevo. —Somos enemigos del espíritu. — Contra la Naturaleza y contra Dios. — La sociedad del Vril. — La raza que nos suplantará. — Haushoffery el Vril. — La idea de mutación del hombre. — El Superior Desconocido. Encuentro de Mathers, jefe de la Golden Dawn, con los grandes Terroríficos. — Hitler dice que también los ha visto. — ¿Alucinación o presencia real? — Una puerta abierta sobre otra cosa. — Una profecía de René Guénon. — El primer enemigo de los nazis: Steiner.

La tierra es cóncava. Muramos en su interior.

Los astros son bloques de hielo. Varias lunas han caído ya sobre la Tierra. La nuestra caerá también. Toda la historia de la Humanidad se explica por la batalla entre el hielo y el fuego.

El hombre no está acabado. Está al borde de una formidable mutación que le dará los poderes que los antiguos atribuían a los dioses. Algunos ejemplares del hombre nuevo existen ya en el mundo, venidos tal vez de allende las fronteras del tiempo y del espacio.

Existe una posibilidad de alianza con el Dueño del Mundo, con el «Rey del Miedo», que reina en una ciudad oculta en algún lugar de Oriente. Los que celebren el pacto cambiarán por muchos milenios la superficie de la Tierra y darán sentido a la aventura humana.

Tales son las teorías *científicas* y los conceptos *religiosos* que alimentaron el nazismo original, y en los que creían Hitler y los miembros del grupo al que pertenecía, y que, en proporción considerable, orientaron los hechos sociales y políticos de la Historia

reciente. Esto parece una extravagancia. La explicación, siquiera parcial, de la Historia contemporánea, partiendo de tales ideas y creencias, puede parecer repugnante. Pero nosotros creemos que nada es repugnante cuando se trata de la verdad.

Sabido es que el partido nazi se mostró francamente, e incluso ruidosamente, antiintelectual, y que quemó los libros y rechazó a los físicos teóricos del campo enemigo «judeomarxista». Es menos sabido el porque, y en favor de qué explicaciones el mundo rechazó las ciencias occidentales oficiales. Y se sabe menos aún en qué concepto del hombre se apoyaba el nazismo, al menos en el espíritu de algunos de sus jefes. Cuando se sabe todo esto, se sitúa mejor la última guerra mundial en el marco de los grandes conflictos espirituales; la Historia recobra el aliento de la *Leyenda de los Siglos*.

«Se nos lanzan anatemas como si fuésemos enemigos del espíritu —decía Hitler—. Pues bien, sí, lo somos. Pero en un sentido mucho más profundo de lo que haya soñado jamás la ciencia burguesa, en su imbécil orgullo.» Es aproximadamente lo mismo que declaraba Gurdjieff a su discípulo Ouspensky después de haber enjuiciado a la ciencia: «Mi camino es el del desarrollo de las posibilidades ocultas del hombre. Es un camino contra la Naturaleza y contra Dios.»

Esta idea de las posibilidades ocultas del hombre es esencial. Conduce a menudo a la repulsa de la ciencia y al desprecio de la Humanidad corriente. Según esta idea, muy pocos hombres existen realmente. Ser, es ser diferente. El hombre corriente, el hombre en su estado natural, no es más que una larva, y el Dios de los cristianos no es más que un pastor de larvas.

El doctor Willy Ley, uno de los más grandes expertos del mundo en materia de cohetes, huyó de Alemania en 1933. Por él nos hemos enterado de la existencia en Berlín, poco antes del nazismo, de una pequeña comunidad espiritual que reviste un gran interés para nosotros.

Esta comunidad se fundaba, literalmente, en una novela del escritor inglés Bulwer Lytton: *La raza que nos suplantará*. Esta novela presenta a unos hombres cuyo psiquismo está mucho más desarrollado que el nuestro. Han adquirido poderes sobre ellos mismos y sobre las cosas que los hacen semejantes a los dioses. Por lo pronto, siguen ocultos. Habitán en cavernas, en el centro de la Tierra. Pronto saldrán de ellas para reinar sobre nosotros.

Esto era todo lo que parecía saber el doctor Willy Ley. Añadía, sonriendo, que los discípulos creían poseer ciertos secretos para cambiar de raza, para igualarse a los hombres ocultos en el fondo de la Tierra. Eran métodos de concentración y toda una gimnasia interior para transformarse. Comenzaban sus ejercicios contemplando fijamente la estructura de una manzana partida en dos... Nosotros proseguimos la investigación. Esta sociedad berlinesa se llamaba: «La Logia Luminosa» o «Sociedad del Vril». El *Vril* es la enorme energía de la cual sólo utilizamos una ínfima parte en la vida ordinaria, el nervio de nuestra divinidad posible. El que llega a ser dueño de un vnl se convierte en dueño de sí mismo, de los demás y del mundo.¹ Aparte de esto, no hay nada deseable. Todos nuestros esfuerzos deben tender a ello. Todo lo demás pertenece a la psicología oficial, a la moral, a las religiones, al viento. El mundo va a cambiar. Los Señores saldrán de debajo de la Tierra. Si no hemos celebrado una alianza con ellos, si no somos también señores, nos veremos entre los esclavos, entre el estiércol que servirá de abono a las nuevas ciudades.

La «Logia Luminosa» tenía amigos en la teosofía y en los grupos de la Rosacruz. Según Jack Belding, autor de la curiosa obra *Los siete hombres de Spandau*,² Kan Haushoffer perteneció a esta Logia. Tendremos que hablar mucho de éste, y veremos cómo su paso por esta «sociedad del vril» aclara algunas cosas.

1. El lector recordará, tal vez, que detrás del escritor Arthur Machen, descubrimos una sociedad secreta inglesa, la *Golden Dawn*. Esta sociedad neopagana, a la que pertenecían grandes ingenios, había nacido de la SoLa idea de «vril» se encuentra, en su origen, en la obra del es

critor francés Jacolliot, cónsul de Francia en Calcuta bajo el Segundo Imperio.

2. Se encuentra la misma indicación en *Las Estrellas en tiempo de guerra y de paz*, de Luis de Wohl, escritor húngaro que dirigió durante la guerra la oficina de investigación sobre Hitler y los nazis, del servicio de información inglés.

ciudad inglesa de la Rosacruz, fundada por Wentworth Little en 1876. Little estaba en relación con los rosacrucianos alemanes. Reclutó sus adeptos, en número de ciento cuarenta y cuatro, entre los dignatarios masones. Uno de tales adeptos fue Bulwer Lytton.

Bulwer Lytton, erudito genial, mundialmente célebre por su relato *Los últimos días de Pompeya*, no esperaba sin duda que su novela inspirase, varias décadas más tarde y en Alemania, a un grupo místico prenazi. Sin embargo, en otras obras, como *La raza que nos suplantará* o *Zanoni*, hacía gran hincapié en realidades del mundo espiritual y, particularmente, del mundo infernal. Se consideraba un iniciado. A través de las fábulas novelescas, expresaba su certeza de que existen seres dotados de poderes sobrehumanos. Estos seres que suplantarán y conducirán a los elegidos de la raza humana a una formidable mutación.

Hay que tener cuidado con esta idea de mutación de la raza. Volveremos a encontrarla en Hitler,¹ y en la actualidad no está extinguida. Hay que guardarse también de la idea de los «Superiores Desconocidos». La encontramos en todas las místicas negras de Oriente y de Occidente. Habitantes subterráneos o venidos de otros planetas, gigantes semejantes a los que se dice que duermen bajo una concha de oro en las criptas tibetanas, o bien presencias informes y terroríficas según las describía Lovecraft, estos «Superiores Desconocidos» evocados en los ritos paganos y luciferinos, ¿existen acaso? Cuando Machen habla del mundo del Mal, «*El objetivo de Hitler no es la implantación de la raza de los Señores, ni la conquista del mundo; esto sólo son medios de la gran obra señalada por Hitler; el fin verdadero es hacer obra de creación, obra divina, mutación biológica; resultado de ello sería una ascensión de la Humanidad todavía no igualada, "la aparición de una humanidad de héroes, de semidioses, de hombres-dioses".*» Doctor Achule Delmas.

no de cavernas y de habitantes crepusculares», se refiere, como buen discípulo de la *Golden Dawn*, al otro mundo, a aquel en que el hombre entra en contacto con los «Superiores Desconocidos». Nos parece cierto que Hitler compartía esta creencia. Más aún: que creía haber estado en contacto con los «Superiores».

Hemos citado la *Golden Dawn* y la «Sociedad del Vril» alemana. Enseguida hablaremos del grupo «Thule». No somos tan locos como para querer explicarla Historia por las sociedades secretas. Pero sí que veremos, cosa curiosa, que existe una relación y que, con el nazismo, el «otro mundo» reinó sobre nosotros durante algunos años. Ha sido vencido. Pero no ha muerto, ni al otro lado del Rin ni en el resto del mundo. Y no es eso lo temible, sino nuestra ignorancia.

Hemos dicho ya que Samuel Mathers fundó la *Golden Dawn*. Mathers pretendía estar en relación con los «Superiores Desconocidos» y haber establecido contacto con ellos en compañía de su madre, hermana del filósofo Henri Bergson. He aquí un pasaje del manifiesto a los «Miembros del Segundo Orden», que escribió en 1896.

«Con referencia a estos Jefes Secretos a que me refiero, y de los cuales he recibido la sabiduría del Segundo Orden que os he comunicado, nada puedo deciros. Ignoro incluso sus

nombres terrenales y sólo los he visto muy raras veces en su cuerpo físico... Nos encontramos físicamente en tiempos y lugares previamente fijados. En mi opinión son seres humanos que viven en esta Tierra, pero que poseen poderes terribles y sobrehumanos... Mis relaciones físicas con ellos me han enseñado lo difícil que es para un mortal, por muy avanzado que sea, aguantar su presencia. No quiero decir con ello que, en estos raros encuentros, experimentase el efecto de la depresión física intensa que sigue a la pérdida del magnetismo. Por el contrario, me sentía en

contacto con una fuerza tan terrible, que sólo puedo compararla al efecto experimentado por alguien que se encontrara cerca de un relámpago durante una violenta tempestad acompañado de una gran dificultad de respirar... La postración nerviosa de que os he hablado iba acompañada de sudores fríos y de pérdida de sangre por la nariz, por la boca y a veces por los oídos.»

Hitler hablaba un día con Rauschning, jefe del gobierno de Danzig, sobre el problema de la mutación de la raza humana. Rauschning, que no poseía la clave de tan extraña preocupación, atribuyó a las palabras de Hitler el propósito del cultivador que trataba de mejorar la sangre alemana.

—Pero usted no puede hacer más que ayudar a la Naturaleza —le dijo—, abreviar el camino a recorrer. Es preciso que la propia Naturaleza le dé una variedad nueva. Hasta ahora, el ganadero ha logrado muy raras veces, en la especie animal, efectuar mutaciones, es decir, crear él mismo caracteres nuevos.

—¡El hombre nuevo vive entre nosotros! ¡Existe! —exclamó Hitler, con voz triunfal—. ¿Le basta con esto? Le confiaré un secreto. Yo he visto al hombre nuevo. Es intrépido y cruel. Ante él, he tenido miedo.

«Al pronunciar estas palabras —añade Rauschning—, Hitler temblaba con ardor extático.»

Y Rauschning refiere también esta extraña escena, sobre la cual se interroga en vano el doctor Achule Deimas, especialista en psicología aplicada. La psicología, en efecto, no es aplicable a este caso:

«Una persona próxima a él, me dijo que Hitler se despierta por las noches, lanzando gritos convulsivos. Pide socorro, sentado en el borde de su cama, y está como paralizado. Es presa de un pánico que le hace temblar hasta el punto de sacudir el lecho. Profiere voces confusas e incomprensibles. Jadea como si estuviera

a punto de ahogarse. La misma persona me contó una de estas crisis, con detalles que me negaría a creer si procedieran de una fuente menos segura. Hitler estaba en pie en su habitación, tambaleándose y mirando a su alrededor con aire extraviado. "¡Es él! ¡Es él! ¡Ha venido aquí!", gemía. Sus labios estaban pálidos. Por su cara resbalaban gruesas gotas de sudor. De pronto, pronunció unos números sin sentido, algunas palabras y trozos de frases. Era algo espantoso. Empleaba palabras muy extrañas, uniéndolas de un modo chocante. Después, volvió a quedar silencioso, pero siguió moviendo los labios. Entonces le dieron masajes y le hicieron beber algo. Pero, de pronto, rugió: "¡Allí! ¡Allí! ¡En el rincón! ¡Está allí!" Daba patadas en el suelo y chillaba. Le tranquilizaron diciéndole que nada ocurría de extraordinario, y se fue calmando poco a poco. Durmió muchas horas y volvió a ser un hombre casi normal y soportable...»¹

Dejemos al lector el trabajo de comparar las declaraciones de Mathers, jefe de una pequeña sociedad neopagana de fines del siglo XIX, con las palabras de un hombre que, en el momento en que Rauschning las recogió, se aprestaba a lanzar al mundo a una aventura que le costó veinte millones de muertos. Y le rogamos que no desprecie esta comparación y sus enseñanzas, bajo el pretexto de que la *Golden Dawn* y el nazismo no pueden, a los ojos del historiador razonable, medirse por el mismo rasero. El historiador es razonable, pero la

Historia no lo es. Las mismas creencias animan a los dos hombres, sus experiencias fundamentales son idénticas, y la misma fuerza los guía. Pertenece a la misma corriente de ideas, a la misma religión. Esta religión no ha sido nunca real¹. Hermann Rauschning, *Hitler me dijo*. Doctor Achule Dcimas: *Hitler, ensayo de biografía psicopatológica*.

mente estudiada. Ni la Iglesia, ni el racionalismo, que es otra iglesia, lo han permitido. Entramos en una época del conocimiento en que tales estudios serán posibles porque, al descubrir la realidad de su lado fantástico, algunas ideas técnicas que nos parecen absurdas, despreciables u odiosas, nos parecerán entonces útiles para la comprensión de algo real y cada vez menos tranquilizador.

No proponemos al lector que estudie la filiación Rosacruz - Bulwer Lytton - Little - Mathers - Crowley - Hitler, ni otra filiación del mismo género, donde encontrarían también a Madame Blavatsky y a Gurdjieff. El juego de las filiaciones es como el de las influencias en literatura. Una vez terminado, sigue el problema: el del genio, en literatura; el del poder, en Historia. La *Golden Dawn* no basta para explicar el grupo «Thule» o la «Logia Luminosa», la Ahnenherbe. Naturalmente, hay muchas interferencias, pasajes clandestinos o confesados de un grupo a otro. No dejaremos de señalarlos. Es algo apasionante, como toda pequeña historia. Pero nuestro objeto es la gran Historia. Pensamos que estas sociedades, pequeñas o grandes, ramificadas o no, conexas o inconexas, son manifestaciones más o menos claras, más o menos importantes, de otro mundo distinto al que vivimos. Decimos que es el mundo del Mal, en el sentido que le daba Machen. Pero no conocemos mejor el mundo del Bien. Vivimos entre dos mundos y tomamos el planeta entero por la *no man's land*. El nazismo constituyó uno de los raros momentos, en la Historia de nuestra civilización, en que una puerta se abrió sobre otra cosa, de manera ruidosa y visible. Y es singular que los hombres pretendan no haber visto ni oído nada, aparte de los espectáculos y los ruidos del desbarajuste bélico y político.

Todos estos movimientos: Rosacruz moderna, *Golden Dawn* y «Sociedad del Vril» alemana (que nos conducirán al grupo «Thule», donde encontraremos a Haushoffer, a Hess y a Hitler), tenían algo que ver con la «Sociedad Teosófica», poderosa y bien organizada. La teosofía añadía a la magia neopagana un aparato oriental y una terminología hindú. O mejor dicho, abría a un cierto Oriente lucifero las rutas de Occidente. Bajo el nombre de teosofismo, se acabó por comprender todo el vasto movimiento del renacimiento mágico que trastornó no pocas inteligencias a comienzos de siglo.

En su estudio *La Teosofía, historia de una seudorreligión*, publicado en 1921, el filósofo René Guénon se muestra profeta. Ve surgir los peligros detrás de la teosofía y de los grupos de iniciación neopaganos, más o menos relacionados con la secta de Madame Blavatsky.

Escribe:

«Los falsos mesías que hemos conocido hasta la fecha, sólo han realizado prodigios de calidad bastante inferior, y los que los siguieron eran, probablemente, personas fáciles de embaucar. Pero, ¿quién sabe lo que nos reserva el porvenir? Si pensamos que estos falsos mesías no han sido más que instrumentos más o menos inconscientes en manos de los que los promovieron, y si los relacionamos en particular con la serie de tentativas sucesivas realizadas por los teósofos, nos sentimos inclinados a pensar que no fueron más que ensayos, experimentos de alguna clase, que se renovarán en formas diversas hasta obtener el éxito, y que, mientras tanto, dan siempre por resultado el provocar cierta turbación en los espíritus. No creemos, por otra parte, que los teósofos, al igual que los ocultistas y los espiritistas, tengan fuerza suficiente para realizar por sí solos semejante empresa. Pero, ¿no puede haber, detrás de todos estos movimientos, algo mucho más

temible, desconocido acaso por sus propios jefes y de lo que no son más que simples instrumentos?»

Es también la época en que un extraordinario personaje, Rudolf Steiner, crea en Suiza una sociedad de investigación que se apoya en la idea de que el Universo entero está contenido en el espíritu humano, y de que este espíritu es capaz de una actividad que no puede medirse por el rasero de la psicología oficial. En realidad, ciertos descubrimientos steinerianos en biología (los abonos que no destruyen el suelo), en medicina (utilización de metales que modifican el metabolismo) y sobre todo en pedagogía (numerosas escuelas steinerianas funcionan actualmente en Europa), han enriquecido notablemente a la Humanidad. Rudolf Steiner creía que hay una forma negra y una forma blanca en la investigación «mágica». Opinaba que la teosofía y las diversas sociedades neopaganas procedían del gran mundo subterráneo del Mal y eran anuncio de una edad demoníaca. Y se apresuró a montar, en el seno de su propia enseñanza, una doctrina moral que obligaba a los «iniciados» a emplear sólo fuerzas benéficas. Quería crear una sociedad de hombres de buena voluntad.

No queremos discutir si Steiner tenía razón o estaba equivocado, si poseía o no la verdad. Pero nos llama la atención que los primeros grupos nazis parecieron considerar a Steiner como el enemigo número uno. Los hombres de acción de la primera época disuelven por la violencia las reuniones de los steinerianos, amenazan de muerte a sus discípulos, les obligan a huir de Alemania, y, en 1924, incendian el centro construido por Steiner en Dornach, Suiza. Los archivos son pasto de las llamas; Steiner no puede ya trabajar, y muere de dolor un año más tarde.

Hasta aquí hemos descrito los antecedentes del elemento fantástico del hitlerismo. Ahora entramos en lo que constituye realmente nuestro tema. Dos teorías florecieron en la Alemania nazi: la del mundo helado y la de la tierra cóncava. Son dos explicaciones del mundo y del hombre que resucitan datos tradicionales, justifican algunos mitos y ponen de nuevo sobre el tapete cierto número de «verdades» elaboradas por grupos de iniciación, desde los teósofos a Gurdjieff. Pero estas teorías fueron expuestas con gran aparato político-científico. A punto estuvieron de arrojar de Alemania la ciencia moderna, tal como nosotros la consideramos. Reinaron sobre muchos espíritus. Además, determinaron ciertas decisiones militares de Hitler, influyendo a veces en la marcha de la guerra y contribuyendo a la catástrofe final. Hitler, arrastrado por esas teorías y especialmente por la idea del diluvio sacrificial, quiso llevar a todo el pueblo alemán a la aniquilación total.

Ignoramos la causa de que estas teorías, con tanto empeño afirmadas, en las que comulgaron docenas de hombres e inteligencias destacadas y por las que se hicieron tantos sacrificios materiales y humanos, no hayan sido todavía estudiadas por nosotros y sean incluso desconocidas para muchos.

Vedlas aquí, con su génesis, su historia, sus aplicaciones y su posteridad.

VI

Ultimátum a los sabios. — El profeta Horbiger, Copérnico del siglo xx. — La teoría del mundo helado. — Historia del sistema solar. — El fin del mundo. — La Tierra y sus cuatro lunas. — Aparición de los gigantes. — Las lunas, los gigantes y los hombres. — La civilización de la Atlántida. — Las cinco ciudades de hace 300.000 años. — De Tiahuanaco a las

momias tibetanas. — La segunda Atlántida. — El Diluvio. — La propensión a degenerar y la cristiandad. — Nos acercamos a, otra edad. — La ley del hielo y del fuego.

Una mañana del verano de 1925, el repartidor de correos entregó una carta en casa de todos los sabios de Alemania y de Austria. En el tiempo de abrirla, moría el concepto de la grave ciencia, y los sueños y el criterio de los reprobos llenaban de pronto los laboratorios y las bibliotecas. La carta era un ultimátum:

«Es preciso elegir entre estar con nosotros o contra nosotros. De la misma manera que Hitler limpiará la política, Hans Horbiger barrerá las falsas ciencias. La doctrina del hielo eterno será el símbolo de la regeneración del pueblo alemán. ¡Tened cuidado! ¡Formad a nuestro lado antes de que sea demasiado tarde!»

El hombre que se atrevía a amenazar de esta guisa a los sabios, Hans Horbiger, tenía sesenta y cinco años. Era una especie de profeta furioso. Lucía una inmensa barba blanca y empleaba una escritura capaz de desanimar al mejor grafólogo. Su doctrina empezaba a ser conocida por un público numeroso, bajo el nombre de la Wel.¹ Era una explicación del Cosmos en contradicción con la astronomía y las matemáticas oficiales, pero justificada por antiguos mitos. Sin embargo, Horbiger se consideraba un sabio. Pero la ciencia debía cambiar de ruta y de métodos. «La ciencia objetiva es un invento pernicioso, un tótem decadente.» Pensaba, como Hitler, que «la cuestión previa a toda actividad científica es saber quién quiere saber». Sólo el profeta puede tener acceso a la ciencia, porque, gracias a la iluminación, se

1. *Wel = Welsteislehre*: doctrina del hielo eterno.

encuentra en un nivel superior de conciencia. Esto era lo que había querido decir el iniciado Rabelais cuando escribió: «La ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma.» Se refería a la ciencia sin conciencia superior, Peifo habían falseado su mensaje en provecho de una mezquina conciencia humanista primaria. Cuando el profeta quiere saber, puede entrar en juego la ciencia, pero ésta es algo distinta de lo que llamamos de ordinario ciencia. Por esto Hans Horbiger no podía tolerar la menor duda, el menor intento de contradicción. Le agitaba un furor sagrado: «¡Confiáis en las ecuaciones y no en mí! —rugía—. ¿Cuánto tiempo necesitaréis para comprender que las matemáticas son una mentira sin ningún valor?»

En la Alemania del Herr Doktor científico y técnico, Hans Horbiger introducía, a gritos y golpes, el saber iluminado, el conocimiento irracional, las visiones. Y no era el único, aunque, en este terreno, se asignaba el primer papel. Hitler y Himmler habían requerido los servicios de un astrólogo, aunque no lo publicaban. Este astrólogo se llamaba Führer. Más tarde, después de la conquista del poder, y como para firmar su voluntad, no sólo de reinar, sino de «cambiar la vida», se atrevieron a provocar por sí mismos a los sabios. Nombraron a Führer «"plenipotenciario" de las matemáticas, de la astronomía y de la física».¹ Mientras tanto, Hans Horbiger ponía en práctica, en los medios intelectuales, un sistema comparable al de los agitadores políticos.

Parecía disponer de medios económicos considerables. Operaba como un jefe de partido. Creaba un movimiento, con servicio de información, oficinas de reclutamiento, cuotas, propagandistas y hombres de acción reclutados entre las juventudes hitlerianas. Se

1. Y lo fue.

cubrían las paredes de carteles, se inundaban los periódicos de anuncios, se distribuían profusión de folletos, se organizaban mítines. Las reuniones y conferencias de astrónomos eran interrumpidas por los agitadores que gritaban: «¡Fuera los sabios

ortodoxos! ¡Seguid a Horbiger!» Se molestaba a los profesores en la calle. Los directores de las instituciones científicas recibían tarjetas amenazadoras: «Cuando hayamos triunfado, usted y sus colegas tendrán que mendigar en las aceras.» Había hombres de negocios, industriales, que, antes de admitir a un empleado, le hacían firmar una declaración: «Juro que creo en la teoría del hielo eterno.» Horbiger escribía a los grandes ingenieros: «O aprenderán a creer en mí, o serán tratados como enemigos.» En el transcurso de algunos años, el movimiento publicó tres grandes obras doctrinales, cuarenta libros populares y centenares de folletos. Editaba una revista mensual de gran tirada: *La llave de los acontecimientos mundiales*. Había reclutado docenas de millares de adeptos. Iba a desempeñar un papel importante en la historia de las ideas y en la Historia a secas.

Al principio, los sabios protestaban y publicaban cartas y artículos demostrando la imposibilidad del sistema de Horbiger. Después, cuando el *Wel* adquirió proporciones de vasto movimiento popular, se alarmaron. Después del advenimiento de Hitler al poder, la resistencia menguó, aunque las universidades continuaron enseñando la astronomía ortodoxa. Algunos ingenieros renombrados y algunos sabios se incorporaron a la doctrina del hielo eterno, corno, por ejemplo, Lenard, que había descubierto con Róntgen los rayos X, el físico Oberth, y Stark, cuyas investigaciones sobre la espectroscopia eran mundialmente conocidas. Hitler apoyaba abiertamente a Horbiger y creía en él.

«Nuestros antepasados nórdicos se fortalecieron en la nieve y en el hielo — declaraba un folleto popular

de la *Wel*; por esto la creencia en el hielo mundial es la herencia natural del hombre nórdico. Un austriaco, Hitler, expulsó a los políticos judíos; otro austriaco, Horbiger, expulsará a los sabios judíos. El Führer ha demostrado, con su propio ejemplo, que el aficionado es superior al profesional. Ha sido necesario otro aficionado para darnos la comprensión completa del Universo.»

Hitler y Horbiger, los «dos austriacos más grandes», se encontraron muchas veces. El jefe nazi con respeto al sabio visionario. Horbiger no toleraba que le interrumpiesen en sus discursos y replicaba firmemente a Hitler: «*Maul zu!* ¡Cierre el pico!» Él llevó hasta el último extremo la convicción de Hitler: el pueblo alemán, según su mesianismo, había sido envenenado por la ciencia occidental, estrecha, debilitante, desligada de la carne y del espíritu. Algunas creaciones recientes, como el psicoanálisis, la serología y la relatividad, eran máquinas de guerra dirigidas contra el espíritu de Parsifal. La doctrina del hielo mundial proporcionaría el necesario contraveneno. Esta doctrina destruía la astronomía admitida: el resto del edificio se derrumbaría seguidamente por sí solo, y era necesario que se derrumbase seguidamente para que renaciera la magia, único valor dinámico. Los teóricos del nacionalsocialismo y los del hielo eterno se reunieron en conferencias: Rosenberg y Hans Horbiger, rodeados de sus mejores discípulos.

La historia de la Humanidad, tal como la describía Horbiger, con los grandes diluvios y las migraciones sucesivas, con sus gigantes y sus esclavos, sus sacrificios y sus epopeyas, respondía a la teoría de la raza aria. Las afinidades del pensamiento de Horbiger con los temas orientales de las edades antediluvianas, de los períodos de salud y de castigo de la especie, apasionaron a Himmler. A medida que se precisaba el pensamiento de

Horbiger, surgían correspondencias con las visiones de Nietzsche y con la mitología wagneriana. Los orígenes fabulosos de la raza aria, descendida de las montañas habitadas por superhombres de otra época y destinada a gobernar el planeta, quedaron establecidos. La doctrina de Horbiger coincidía estrechamente con el pensamiento del

socialismo mágico, con las actitudes místicas del grupo nazi. Ella fomentaba en gran manera lo que Jung debía llamar más tarde «libido de lo irrazonable». Ella aportaba algunas de las «vitaminas del alma» contenidas en los mitos.

En 1913, un tal Philipp Fauth,¹ astrónomo aficionado, especializado en la observación de la Luna, había publicado con varios amigos un enorme volumen de más de ochocientas páginas: *La Cosmogonía Glacial de Horbiger*.

La mayor parte de esta obra había sido escrita por el propio Horbiger.

Horbiger, en esta época, administraba descuidadamente su negocio personal. Nacido en 1860, en el seno de una familia tirolesa conocida desde hacía siglos, había estudiado en la Escuela de Tecnología de Viena y realizado prácticas en Budapest. Proyectista en la fábrica de máquinas de vapor de Alfred Coliman, había ingresado después en la empresa Land, de Budapest, como especialista de compresores. Allí inventó, en 1894, un nuevo sistema de llaves para bombas y compresores. Philipp Fauth nació el 19 de marzo de 1867 y murió el 4 de enero de 1941. Ingeniero y constructor de máquinas, alcanzó cierta notoriedad por sus estudios sobre la Luna: había dibujado mapas de la Luna, y un cráter doble, al sur del de Copérnico, lleva el nombre de Fauth, por acuerdo de la Unión Internacional de 1935. En 1939 fue nombrado profesor por disposición especial del Gobierno nacionalsocialista.

presores. Horbiger vendió la patente a unas poderosas sociedades alemanas y americanas y se halló de pronto en posesión de una gran fortuna que la guerra no tardaría en dispersar.

Horbiger sentía apasionamiento por las aplicaciones astronómicas de los cambios de estado del agua (hielo, líquido, vapor), que había tenido ocasión de estudiar en el ejercicio de su profesión. A base de ello, pretendía explicar toda la cosmografía y toda la astrofísica. Según decía, bruscas iluminaciones e intuiciones fulgurantes le habían abierto las puertas de una ciencia nueva, que contenía todas las demás. Con el tiempo, había de convertirse en uno de los grandes profetas de la Alemania mesiánica, y, como se escribió después de su muerte, en «un descubridor genial, bendecido por Dios».

La doctrina de Horbiger toma su fuerza de una visión completa de la Historia y de la evolución del Cosmos. Explica la formación del sistema solar, el nacimiento de la Tierra, de la vida y del espíritu. Describe todo el pasado del Universo y anuncia sus transformaciones futuras. Responde a las tres interrogaciones esenciales. ¿Qué somos? ¿De dónde venimos? ¿Adonde vamos? Y las contesta del modo más adecuado para la exaltación. Todo descansa sobre la idea de la lucha perpetua, en los espacios infinitos, entre el hielo y el fuego, y entre las fuerzas de repulsión y de atracción. Esta lucha, esta tensión cambiante entre principios opuestos, esta eterna guerra en el cielo, que es la ley de los planetas, rige también la Tierra y la materia viva, y determina la historia de la Humanidad. Horbiger pretende revelarnos el más remoto pasado de nuestro Globo y su más lejano porvenir, y formula fantásticas teorías sobre la evolución de las especies vivas. Trastorna todo lo que

generalmente pensamos de la historia de las civilizaciones, de la aparición y del desarrollo del hombre y de sus sociedades. No propugna, a este respecto, una marcha ascensional continua, sino una serie de subidas y bajadas. Hombres-dioses, gigantes, civilizaciones fabulosas, nos han precedido hace centenares de miles o acaso millones de años. Tal vez nosotros llegaremos a ser lo que fueron los antepasados de nuestra raza, al través de cataclismos y mutaciones extraordinarias, en el curso de una historia que,

tanto en la Tierra como en el Cosmos, se desarrolla por ciclos. Pues las leyes del cielo son idénticas a las leyes de la Tierra, y el Universo entero participa del mismo movimiento y es un organismo vivo, en el que todo resuena en todo. La aventura de los hombres está ligada a la aventura de los astros; lo que ocurre en el Cosmos ocurre en la Tierra, y viceversa.

Como puede verse, esta doctrina de los ciclos y de las relaciones cuasimágicas entre el hombre y el Universo, refuerza el más remoto pensamiento tradicional. Vuelve a introducir las antiquísimas profecías, los mitos y las leyendas, los antiguos temas del *Génesis*, del Diluvio, de los Gigantes y de los Dioses.

Esta doctrina, como se comprenderá mejor dentro de poco, está en contradicción con todos los principios de la ciencia admitida. Pero, decía Hitler: «Hay una ciencia nórdica y nacionalsocialista que se opone a la ciencia judeoliberal.» La ciencia admitida en Occidente, y naturalmente la religión judeocristiana que es su cómplice, es una conspiración que es preciso destruir. Es una conjuración contra el sentido de la epopeya y de lo mágico que arraiga en el corazón del hombre fuerte, una vasta conspiración que cierra a la Humanidad las puertas del pasado y del porvenir más allá de los cortos límites de las civilizaciones registradas, que le amputa sus orígenes y su destino fabuloso, y que le impide el diálogo con los dioses.

Los sabios admiten, por lo general, que nuestro Universo fue creado por una explosión producida hace tres o cuatro mil millones de años. Pero, ¿explosión de qué? Tal vez el Cosmos entero estaba contenido en un átomo, punto cero de la creación. Este átomo habría estallado, continuando después en una expansión constante. Él habría contenido toda la materia y todas las fuerzas hoy desplegadas. Pero, en esta hipótesis, no se encuentra el comienzo absoluto del Universo. Los teóricos de la expansión del Universo partiendo de aquel átomo, no tocan el problema de su origen. En resumidas cuentas, la ciencia no nos ofrece mayores precisiones que el admirable poema indio: «En el intervalo entre disolución y creación, Visnú Cesha reposaba en su propia sustancia, luminoso de energía durmiente, entre los gérmenes de las vidas venideras.»

En lo que atañe al nacimiento de nuestro sistema solar, las hipótesis son igualmente inconsistentes. Se imaginó que los planetas nacieron de una explosión parcial del Sol. Un gran cuerpo astral debió de pasar cerca de aquél, arrancando una parte de la sustancia solar que se desparramaría en el espacio, fijándose en planetas. Después, el gran cuerpo, el superastro desconocido, debió de proseguir su ruta, ahogándose en el infinito. Se imaginó también la explosión de un sol gemelo del nuestro. El profesor H. N. Roussel, resumiendo la cuestión, escribe con humor: «Hasta que sepamos cómo ocurrió la cosa, lo único realmente seguro es que el sistema solar se produjo de algún modo.»

En cambio, Horbiger pretende saber cómo ocurrió la cosa. Él posee la explicación definitiva. En una carta al ingeniero Willy Ley, afirma que esta explicación le saltó a los ojos en su juventud. «Tuve la revelación —dice— cuando, siendo un joven ingeniero, observé un día una ola de acero fundido sobre la tierra mojada y

cubierta de nieve: la tierra estallaba con cierto retraso y con gran violencia.» Esto es todo. A partir de aquel momento, la doctrina de Horbiger crece y fructifica. Es la manzana de Newton.

Había en el cielo un cuerpo enorme y a elevada temperatura, millones de veces mayor que nuestro Sol actual. Este cuerpo chocó con un planeta gigante, constituido por una acumulación de hielo cósmico. La masa de hielo penetró en el supersol. Nada ocurrió durante centenares de miles de años. Después, el vapor de agua hizo que todo estallara.

Algunos fragmentos fueron proyectados tan lejos que se perdieron en el espacio helado.

Otros volvieron a caer sobre la masa central donde se había originado la explosión.

Otros, por último, fueron proyectados a una zona intermedia: son los planetas de nuestro sistema. Había treinta de ellos. Son bloques que, poco a poco, se han ido cubriendo de hielo. La Luna, Júpiter, Saturno, son de hielo, y los canales de Marte son grietas del hielo. Sólo la Tierra no está absolutamente dominada por el frío: en ella sigue la lucha entre el hielo y el fuego.

A una distancia igual a tres veces la de Neptuno, se hallaba, en el momento de la explosión, un enorme anillo de hielo. Y allí sigue estando. Es lo que los astrónomos oficiales se empeñan en llamar Vía Láctea, porque algunas estrellas parecidas a nuestro Sol, en el espacio infinito, brillan a través de ella. En cuanto a las fotografías de estrellas individuales cuyo conjunto nos daría una Vía Láctea, son simples composiciones.

Las manchas que se observan en el Sol y que cambian de forma y de lugar cada once años, siguen siendo inexplicables para los sabios ortodoxos. Pues bien, son producidas por la caída de bloques de hielo, que se desprenden de Júpiter. Júpiter cierra su círculo alrededor del Sol cada once años.

En la zona media de la explosión, los planetas del sistema a que pertenecemos obedecen a dos fuerzas:

—La fuerza primitiva de la explosión, que los aleja.

—La gravitación que los atrae a la masa más fuerte situada en su proximidad.

Estas dos fuerzas no son iguales. La fuerza de la explosión inicial va disminuyendo, porque el espacio no está vacío, sino que hay en él una materia tenue, compuesta de hidrógeno y de vapor de agua. Además, el agua que alcanza el Sol llena el espacio de cristales de hielo. De este modo se ve cada vez más frenada la fuerza inicial de repulsión. Por el contrario, la gravitación es constante. Por esto cada planeta se acerca al más próximo que lo atrae. Se acerca trazando círculos a su alrededor, o mejor dicho, describiendo una espiral que se va encogiendo. Así, tarde o temprano, cada planeta caerá en el más próximo, y todo el sistema acabará por caer, en forma de hielo, en el Sol. Entonces se producirá una nueva explosión y todo volverá a empezar.

Hielo y fuego, repulsión y atracción, luchan eternamente en el Universo. Esta lucha determina la vida, la muerte y el renacimiento perpetuo del Cosmos. Un escritor alemán, Elmar Brugg, escribió en 1952 una obra encomiástica de Horbiger, en la cual nos dice:

«Ninguna de las doctrinas de representación del Universo ponía en juego el principio de contradicción, de lucha de dos fuerzas contrarias, del cual, empero, se alimenta el alma del hombre desde hace milenios. El mérito imperecedero de Horbiger es haber resucitado vigorosamente el conocimiento intuitivo de nuestros antepasados por el conflicto eterno del fuego y del hielo, cantado por Edda. Él expuso este conflicto a la mirada de sus contemporáneos. Él fundió científicamente esta imagen grandiosa del mundo ligada al dualismo de la materia y de la fuerza, de la repulsión que dispersa y la atracción que reúne.»

Luego es verdad: la Luna acabará por caer en la Tierra. Existe un momento —varias decenas de milenios— en que la distancia de un planeta a otro parece fija. Pero llegará un día en que nos daremos cuenta de que la espiral se encoge. Poco a poco, en el curso de las edades, la Luna se irá acercando. La fuerza de gravitación que ejerce sobre la Tierra aumentará. Entonces las aguas de nuestros océanos se juntarán en una marea permanente y ascenderán, cubriendo las tierras, ahogando los trópicos y cercando las más altas montañas. Los seres vivos se sentirán progresivamente liberados de su peso. Crecerán. Los rayos cósmicos serán cada vez más poderosos. Al actuar sobre los genes y los cromosomas, producirán mutaciones. Aparecerán nuevas razas, animales, plantas y hombres gigantescos.

Después, al acercarse más, la Luna estallará, girando a toda velocidad, y se convertirá en un inmenso anillo de rocas, de hielo, de agua y de gas, que girará cada vez más deprisa. Por fin, el anillo caerá sobre la Tierra, y será la Caída, el Apocalipsis anunciado. Pero si subsisten algunos hombres, los más fuertes, los mejores, los elegidos, presenciarán extraños y formidables espectáculos. Y acaso, el espectáculo final.

Después de muchos milenios sin satélite, durante los cuales la Tierra habrá conocido extraordinarias imbricaciones de razas antiguas y nuevas, civilizaciones de gigantes, renacimientos después del Diluvio, e inmensos cataclismos, Marte, más pequeño que nuestro Globo, acabará por acercársele. Alcanzará la órbita de la Tierra. Pero es demasiado grande para ser capturado, para convertirse, como la Luna, en un satélite. Pasará muy cerca de la Tierra, la rozará e irá a caer en el Sol, atraído por éste, aspirado por el fuego. Entonces, nuestra atmósfera se sentirá de pronto atrapada, arrastrada por la gravitación de Marte, y nos abandonará para

perderse en el espacio. Entonces los océanos se agitarán en torbellino y hervirán sobre la superficie de la Tierra, bañándolo todo, y la corteza estallará. Nuestro Globo, muerto, seguirá girando en espiral, será alcanzado por los planetoides helados que navegan por el cielo y se convertirá en una enorme bola de hielo que, a su vez, se arrojará contra el Sol. Después de la colisión, vendrá el gran silencio, la gran inmovilidad, mientras el vapor de agua se irá acumulando, durante millones de años, en el interior de la masa ardiente. Por fin, se producirá una nueva explosión y otras creaciones en la eternidad de las fuerzas ardientes del Cosmos.

Tal es el destino de nuestro sistema solar, según la visión del ingeniero austriaco a quien los dignatarios nacionalsocialistas llamaban *El Copérnico del siglo xx*. Vamos a considerar ahora esta visión referida a la historia pasada, presente y futura de la Tierra y de los hombres. Es una historia que, vista al través de «los ojos de tormenta y de batalla» del profeta Horbiger, parece una leyenda, llena de revelaciones fabulosas y de rarezas formidables.

Era en 1948; yo creía en Gurdjieff, y una de sus fieles discípulas me había invitado amablemente a pasar unas semanas en su casa de la montaña, con mi familia. Esta mujer tenía una cultura verdadera, formación de químico, inteligencia aguda y carácter firme. Ayudaba a los artistas y a los intelectuales. Después de Luc Dietrich y de René Daumal, yo debía contraer con ella una deuda de reconocimiento. Nada tenía de discípula exaltada, y las enseñanzas de Gurdjieff, que a veces se alojaba en su casa, le llegaban a través de la criba de la razón. Sin embargo, un día la sorprendí, o creí sorprenderla, en flagrante delito de despropósito. Me abrió de pronto los abismos de su delirio, y me quedé mudo y aterrorizado ante ella, como ante un agonizante. Una

noche resplandeciente y fría caía sobre la nieve, y platicábamos tranquilamente, asomados al balcón del chalet. Contemplábamos los astros, como se contemplan en la montaña, experimentando una soledad absoluta, que es aquí tan purificadora como en otras partes angustiosa. Se veían claramente los relieves de la Luna.

—Mejor diríamos *una* luna —dijo mi anfitriona—, una de las lunas...

—¿Qué quiere decir?

—Ha habido otras lunas en el cielo. Ésta es la última, simplemente...

—¿Qué? ¿Ha habido otras lunas además de ésta?

—Seguro. Gurdjieff lo sabe, y otros lo saben también.

—Pero, bueno, los astrónomos...

—¡Oh! ¡Si va usted a fiarse de los científicos...!

Tenía el rostro apacible y sonreía con una pizca de commiseración. Desde aquel día dejé de sentirme al mismo nivel de ciertos amigos de Gurdjieff a quienes apreciaba. Se convirtieron a mis ojos en seres frágiles e inquietantes y sentí que acababa de romperse uno

de los hilos que me ataba a su familia. Algunos años más tarde, al leer el libro de Gurdjieff, *Les Récits de Belzébuth*, y al descubrir la cosmogonía de Horbiger, comprendí que aquella visión, o mejor dicho, aquella creencia, no era una simple cabriola en el mundo de lo fantástico. Había cierta coherencia entre la chocante historia de las lunas y la filosofía del superhombre, la psicología de los «estados superiores de conciencia» y la mecánica de las mutaciones. En las tradiciones orientales volvía a encontrarse esta historia y la idea de que los hombres, hace muchos milenios, pudieron observar un cielo distinto del nuestro, otras constelaciones y otro satélite.

¿Acaso Gurdjieff se había inspirado en Horbiger, al que sin duda conocía? ¿O habría bebido en antiguas

fuentes de saber, tradiciones o leyendas, con las que Horbiger había coincidido accidentalmente, en el curso de sus iluminaciones seudocientíficas?

Yo ignoraba, en el balcón del chalet montañero, que mi anfitriona expresaba una creencia que habían compartido millares de hombres de la Alemania hitleriana, todavía enterrada en ruinas, en esta época todavía ensangrentada, todavía humeante, entre los escombros de sus grandes mitos. Y mi anfitriona, en la bella noche clara y tranquila, lo ignoraba también.

Así, pues, según Horbiger, la Luna, la que nosotros vemos, no sería más que el último satélite, el cuarto, captado por la Tierra. Nuestro Globo, en el curso de su historia, habría captado ya tres. Tres masas de hielo cósmico habrían alcanzado, por turno, nuestra órbita y habrían empezado a girar en espiral alrededor de la Tierra, acercándose cada vez más y cayendo por fin sobre nosotros. Nuestra Luna actual también caerá sobre la Tierra. Pero esta vez la catástrofe será mayor, porque el último satélite helado es mayor que los anteriores. Toda la historia del Globo, la evolución de las especies y toda la historia humana encuentran su explicación en esta sucesión de lunas en nuestro cielo.

Ha habido cuatro épocas geológicas, puesto que ha habido cuatro lunas. Estamos en el cuaternario. Cuando cae una luna, ha estallado antes y, girando cada vez más deprisa, se ha transformado en un anillo de rocas, de hielo y de gases. Es este anillo lo que cae sobre la Tierra, recubriendo en círculo toda la costra terrestre y fosilizando todo lo que se encuentra debajo de él. En período normal, los organismos enterrados no se fosilizan, sino que se pudren. Sólo se fosilizan en el momento en que cae una luna. Por esto hemos podido registrar una época primaria, una época secundaria y una época terciaria. Sin embargo, como se trata de un anillo, sólo

tenemos testimonios muy fragmentarios de la historia de la vida sobre la Tierra. Han podido aparecer y desaparecer otras especies animales y vegetales, a lo largo de las edades, sin que quede rastro de ellas en las capas geológicas. Pero la teoría de las lunas sucesivas permite imaginar las transformaciones sufridas en el pasado por las formas vivas, así como prever las transformaciones venideras.

Durante el período en que el satélite se acerca, hay un momento de unos centenares de miles de años en que gira alrededor de la Tierra a una distancia de cuatro a seis radios terrestres. En comparación con la distancia de nuestra Luna actual, ésta se encuentra al alcance de la mano. La gravitación cambia, pues, considerablemente. Ahora bien, la gravitación determina la talla de los seres. Éstos crecen en función del peso que pueden soportar.

En el momento en que el satélite está cerca, hay, pues, un período de gigantismo.

A finales del primario: enormes vegetales, insectos gigantescos.

A fines del secundario: diplodocos, iguanodontes, animales de treinta metros. Se producen mutaciones bruscas, porque los rayos cósmicos son más poderosos. Los seres, aliviados de su peso, se yerguen; las cajas craneanas se ensanchan; las bestias levantan el

vuelo. Tal vez a finales del secundario aparecieron los mamíferos gigantes. Y tal vez los primeros hombres, creados por mutación. Habría que situar este período a fines del secundario, en el momento en que la segunda luna giraba cerca del Globo, hace unos quince millones de años. Es la edad de nuestro antepasado, el gigante. Madame Blavatsky, que pretendía haber tenido acceso al *Libro de los Dzyan*, que sería el texto más antiguo de la Humanidad y contendría la historia de los orígenes del hombre, aseguraba también que una gigantesca y primera raza humana había aparecido en el período secundario. «El hombre secundario será descubierto un día, y, con él, sus civilizaciones extinguidas hace muchísimo tiempo.»

He aquí, pues, el primer hombre, enorme, que apenas se nos parece y cuya inteligencia es distinta de la nuestra, en una noche de los tiempos infinitamente más espesa de lo que imaginamos y bajo una luna diferente: el primer hombre, y acaso la primera pareja humana, gemelos expulsados de una matriz animal, por un prodigo de las mutaciones que se multiplican cuando los rayos cósmicos son gigantescos. El *Génesis* nos dice que los descendientes de este antepasado vivían de quinientos a novecientos años: es que el aligeramiento del peso disminuye el desgaste del organismo. No nos habla de gigantes, pero las tradiciones judías y musulmanas compensan abundantemente esta omisión. En fin, algunos discípulos de Horbiger sostienen que recientemente se descubrieron en Rusia fósiles del hombre secundario.

¿Cuáles serían las formas de civilización del gigante, hace quince millones de años? Se le suponen agrupaciones y modos de ser calcados de los insectos gigantes llegados del primario y de los cuales nuestros insectos actuales, todavía sorprendentes, son descendientes degenerados. Se les suponen grandes poderes de comunicación a distancia, civilizaciones basadas en el modelo de las centrales de energía psíquica y material que constituyen, por ejemplo, los hormigueros, y que tantos problemas turbadores plantean al observador, en el terreno desconocido de las infraestructuras —o de las superestructuras— de la inteligencia.

Esta segunda luna se acercará todavía más, estallará en anillo y caerá sobre la Tierra que conocerá un nuevo y largo período sin satélite. En los espacios remotos, una formación glacial espiral alcanzará la órbita de la Tierra, que de este modo captará una nueva luna. Pero, en este período en que ninguna gran esfera brilla sobre las cabezas, sólo sobreviven algunos ejemplares de las mutaciones producidas al final del secundario, que subsistirán disminuyendo de proporciones. Todavía hay gigantes, que se van adaptando. Cuando aparece la luna terciaria, se han formado ya los hombres ordinarios, más pequeños, menos inteligentes: nuestros verdaderos antepasados. Pero los gigantes brotados del secundario y que pasaron el cataclismo siguen existiendo, y son ellos quienes civilizan a los hombres pequeños.

La idea de que los hombres partiendo de la bestialidad y del salvajismo, se elevaron lentamente hasta la civilización, es reciente. Es un mito judeocristiano, impuesto a las conciencias, para expulsar un mito más vigoroso y revelador. Cuando la Humanidad era más fresca, más próxima a su pasado, en los tiempos en que ninguna conspiración bien urdida lo había expulsado aún de su propia memoria, sabía que descendía de dioses, de reyes gigantes que le habían enseñado todo. Recordaba una edad de oro en que los superiores, nacidos antes que ella, le enseñaban la agricultura, la metalurgia, las artes, las ciencias y el manejo del Alma. Los griegos evocaban la edad de Saturno y el reconocimiento que sus mayores brindaban a Hércules. Los egipcios y los asirios contaban leyendas sobre reyes gigantes e iniciadores. Los pueblos que hoy llamamos «primitivos», los indígenas del Pacífico, por ejemplo, mezclan a su religión, sin duda degenerada, el culto a los buenos gigantes de los orígenes del mundo. En nuestra época, en que todos los factores del espíritu y del conocimiento han sido invertidos, los hombres que

han realizado el formidable esfuerzo de escapar a los modos de pensar admitidos, encuentran, en el fondo de su inteligencia, la nostalgia de los tiempos felices de la aurora de las edades, del paraíso perdido, y el recuerdo velado de una iniciación primordial.

Desde Grecia a la Polinesia, desde Egipto a México y a Escandinavia, todas las tradiciones refieren que los hombres fueron iniciados por gigantes. Es la edad de oro del terciario, que dura varios millones de años, en el curso de los cuales la civilización moral, espiritual y tal vez técnica alcanza su apogeo sobre el Globo.

*Cuando los gigantes se mezclaban todavía con los
[hombres, en los tiempos de que nadie habló jamás,*

escribe Hugo, presa de una extraordinaria iluminación.

La luna terciaria, cuya espiral se encoge, se acerca a la Tierra. Las aguas suben, aspiradas por la gravitación del satélite, y los hombres, hace más de novecientos mil años, se dirigen a las más altas cumbres montañosas, con los gigantes, sus reyes. Sobre estas cumbres, por encima de los océanos levantados que forman el rolete ciñendo la Tierra, los hombres y sus Superiores crearán una civilización marítima mundial, que Horbiger y su discípulo inglés Bellamy identifican con la civilización atlántida.

Bellamy descubre, en los Andes, a cuatro mil metros de altura, restos de sedimentos marinos que se extienden sobre setecientos kilómetros. Las aguas de fines del terciario subían hasta allí, y Tiahuanaco, cerca del lago Titicaca, sería uno de los centros de civilización de aquel período. Las ruinas de Tiahuanaco dan testimonio de una civilización cientos de veces milenaria y que no se asemeja en nada a las civilizaciones posteriores.¹ Según los partidarios de Horbiger, son visibles. El arqueólogo alemán Von Hagen, autor de una obra publicada en francés bajo el título, *Au royaume des Incas* (Plon, 1950), recogió cerca del lago Titicaca una tradición oral, de los indios de la región, según la cual «Tiahuanaco fue construida antes de que las estrellas existieran en el cielo».

bles las huellas de gigantes, así como sus inexplicables monumentos. Se encuentra allí, por ejemplo, una piedra de nueve toneladas, con seis hendiduras de tres metros de altura que son incomprendibles para los arquitectos, como si su papel hubiese sido olvidado desde entonces por todos los constructores de la Historia. Hay pórticos de tres metros de altura por cuatro de anchura, que aparecen tallados en una sola piedra, con puertas, falsas ventanas y esculturas esculpidas con cincel, pesando todo el conjunto diez toneladas. Hay lienzos de pared de sesenta toneladas, sostenidos por bloques de piedra arenisca de cien toneladas, hundidos como cuñas en el suelo. Entre estas ruinas fabulosas, se elevan estatuas gigantescas, una sola de las cuales ha sido bajada de allí y colocada en el jardín del museo de La Paz. Tiene ocho metros de altura y pesa veinte toneladas. Todo invita a los horbigerianos a ver en estas estatuas retratos de gigantes realizados por ellos mismos.

«De las facciones del rostro salta a nuestros ojos, e incluso a nuestro corazón, una expresión de soberana bondad y de soberana sabiduría. Una armonía de todo el ser brota del conjunto del coloso, cuyas manos y cuerpo, sumamente estilizados, guardan un equilibrio que tiene una calidad moral. Reposo y paz emanen del maravilloso monolito. Si es el retrato de uno de los reyes gigantes que gobernaron este pueblo, tendríamos que pensar en aquel principio de frase de Pascal: "Si Dios nos diese dueños salidos de sus manos..."»

Si estos monolitos fueron realmente esculpidos y colocados en su sitio por los gigantes en atención a sus aprendices, los hombres; si las esculturas de una extremada abstracción, de una estilización tan avanzada que confunde a nuestra propia inteligencia, fueron ejecutadas por aquellos Superiores, encontraremos en ello el origen de los mitos según los cuales las artes

fueron dadas a los hombres por los dioses, y la clave de las diversas místicas de la inspiración estética.

Entre estas esculturas figuran imágenes estilizadas de un animal, el todoxón, cuya osamenta ha sido descubierta en las ruinas de Tiahuanaco. Ahora bien, se sabe que el todoxón sólo pudo vivir en el período terciario. En fin, en estas ruinas que precederían en cien mil años al fin del período terciario, existe hundido en el barro desecado, un pórtico de diez toneladas cuya decoración fue estudiada por el arqueólogo alemán Kiss, discípulo de Horbiger, entre 1928 y 1937. Según él, se trata de un calendario realizado de acuerdo con las observaciones de los astrónomos del terciario. Este calendario contiene datos científicos exactos. Está dividido en cuatro partes separadas por los solsticios y los equinoccios que marcan las estaciones astronómicas. Cada una de estas estaciones está dividida a su vez en tres secciones, y, en estas doce subdivisiones, puede verse la posición de la Luna en cada hora del día. Además, los dos movimientos del satélite, su movimiento aparente y su movimiento real, habida cuenta de la rotación de la Tierra, están indicados en este fabuloso pórtico esculpido, de suerte que hay que pensar que tanto los que hicieron como los que utilizaron el calendario tenían una cultura superior a la nuestra.

Tiahuanaco, a más de cuatro mil metros de altura, en los Andes, era, pues, una de las cinco grandes ciudades de la civilización marítima de fines del período terciario, construidas por los gigantes conductores de los hombres. Los discípulos de Horbiger encuentran allí vestigios de un gran puerto, de enormes muelles, y del cual partían los atlantes —pues sin duda se trata de la Atlántida— a bordo de naves perfeccionadas, para dar la vuelta al mundo siguiendo el cordón oceánico y tocar en los otros cuatro grandes centros: Nueva Guinea, México, Abisinia y Tíbet. Así, aquella civilización se

extendía a todo el Globo, lo cual explica tradiciones que registra la Humanidad.

Llegados al último grado de unificación y de refinamiento de los conocimientos y de los medios, los hombres y sus reyes gigantes saben que la espiral de la tercera luna se va encogiendo y que el satélite acabará por caer; pero conocen las relaciones de todas las cosas en el Cosmos, los lazos mágicos del ser con el Universo, y sin duda, se valen de ciertas energías individuales y sociales, técnicas y espirituales, para retrasar el cataclismo y prolongar la edad atlántida, cuyo recuerdo difuso perdurará a través de los milenarios.

Cuando cae la luna terciaria, las aguas descienden bruscamente, pero las commociones precursoras han dañado ya la civilización. Después del descenso de los océanos, desaparecen las cinco grandes ciudades, entre ellas la Atlántida de los Andes, aisladas, asfixiadas por el reflujo de las aguas. Los vestigios más claros están en Tiahuanaco, pero los horbigerianos los descubren en otros lugares.

En México, los toltecas dejaron textos sagrados que describen la historia de la Tierra según la tesis de Horbiger.

En Nueva Guinea, los indígenas *malekulas* siguen erigiendo, sin saber lo que hacen, enormes piedras esculpidas de más de diez metros de altura que representan su antepasado superior, y su tradición oral, que hace de la Luna la creadora del género humano, anuncia la caída del satélite.

Los gigantes mediterráneos de Abisinia después del Cataclismo, y la tradición sitúa en aquella altiplanicie la cuna del pueblo judío y la patria de la reina de Saba, detentadora de las antiguas ciencias.

En fin, se sabe que el Tíbet es un depósito de antiquísimos conocimientos fundados en el psiquismo, Como para confirmar el punto de vista de los horbigerianos, una obra muy curiosa apareció, en 1957, en Inglaterra y Francia. Esta obra, titulada *El tercer ojo*, lleva la firma de Lobsang Rampa. El autor afirma ser un lama que ha alcanzado el último grado

de iniciación. También podría ser alguno de los alemanes enviados al Tíbet, en misión especial, por los jefes nazis.¹ Describe su descenso, guiado por tres grandes metafísicos lamaístas, a una cripta de Lhassa donde parece ocultarse el verdadero secreto del Tíbet.

«Vi tres sarcófagos de piedra negra adornados con grabados e inscripciones curiosas. No estaban cerrados. Al lanzar una ojeada a su interior, sentí que se me cortaba la respiración.

»—Contempla, hijo mío —me dijo el decano de los sacerdotes—. Vivían como dioses en nuestro país en la época en que aún no había montañas en él. Labraban nuestro suelo cuando los mares bañaban nuestras orillas y cuando otras estrellas brillaban en nuestro cielo. Míralos bien, porque sólo los iniciados los han visto.

» Obedecí, fascinado y temeroso a la vez. Tres cuerpos desnudos, recubiertos de oro, yacían estirados ante

1. Volveremos a insistir largamente sobre las extrañas relaciones sostenidas por Hitler y sus secuaces con el Tíbet.

Los periódicos ingleses, en el momento de la aparición de *El tercer ojo*, intentaron descubrir la personalidad que se ocultaba detrás del nombre de Lobsang Rampa, sin poder llegar a ninguna conclusión, pues los servicios de información oficiales permanecieron mudos. O bien se trata de un auténtico lama iniciado, obligado a disfrazar su nombre, puesto que el autor dice ser hijo de uno de los altos dignatarios del antiguo Gobierno de Lhassa, o bien debe de ser uno de los alemanes encargados de las misiones tibetanas entre 1928 y el fin del régimen hitleriano. En este último caso, puede tratarse de descubrimientos reales, de relatos escuchados, o de tesis horbigerianas y nacionalsocialistas a las que da una forma fantástica. Hay que tener en cuenta, en todo caso, que los especialistas del Tíbet no han podido desmentir categóricamente el conjunto de sus «revelaciones».

tais ojos. Todos sus rasgos estaban fielmente reproducidos por el oro. ¡Pero eran enormes! La mujer medía más de tres metros, y el mayor de los hombres, no menos de cinco. Tenían la cabeza muy grande, ligeramente cónica en la bóveda, mandíbula estrecha, boca pequeña y labios delgados. La nariz era larga y fina, los ojos rectos y muy hundidos... Examiné la tapa de uno de los sarcófagos. En ella aparecía grabado un mapa de los cielos, con estrellas muy extrañas.¹

Y vuelve a escribir, después de este descenso a la cripta:

«Antiguamente, miles y miles de años atrás, los días eran más cortos y más calurosos. Se forjaron civilizaciones grandiosas, y los hombres eran más sabios que en nuestra época. Surgió un planeta del espacio exterior y golpeó oblicuamente la Tierra. Se agitaron los vientos, y los mares, empujados por fuerzas gravitatorias diversas, se vertieron sobre la Tierra. El agua cubrió el mundo, que fue sacudido por los temblores, y el Tíbet dejó de ser un país cálido y una estación marítima.»

Bellamy, arqueólogo horbigeriano encuentra alrededor del lago Titicaca huellas de las catástrofes que precedieron a la caída de la luna terciaria: cenizas volcánicas, sedimentos dejados por súbitas inundaciones. Es el momento en que el satélite va a estallar en anillo y a girar locamente a poquíssima distancia de la Tierra, antes de caer. Alrededor de Tiahuanaco, las ruinas evocan talleres abandonados de pronto, útiles desparramados. La elevada civilización atlántida sufre, durante unos

1. Hay que notar que, en una caverna del Bohistán, al pie del Himalaya, se ha encontrado un mapa del cielo muy diferente de los conocidos hasta hoy. Los astrónomos opinan que se trata de observaciones que pudieron hacerse trece mil años atrás. Este mapa fue publicado por el *National Geographical Magazine*, en el año 1925.

miles de años, el ataque de los elementos, y se desmorona. Después, hace de ello ciento cincuenta mil años, se produce el gran cataclismo, cae la Luna, y la Tierra sufre un espantoso bombardeo. Cesa la atracción, el cordón de los océanos cede de golpe, los mares se retiran, bajan. Las cumbres, que eran grandes estaciones marítimas, se encuentran aisladas hasta el infinito por los pantanos. El aire se enrarece, se marcha el calor. La Atlántida no muere tragada por las aguas, sino, por el contrario, abandonada por ellas. Las naves son arrastradas y destruidas; las máquinas se ahogan o estallan; falta el alimento que venía del exterior; la muerte se lleva a millones de seres; los sabios y las ciencias desaparecen; la organización social se derrumba. Si la civilización atlántida llegó a alcanzar el más alto nivel posible de perfección y técnica, de jerarquía y de unificación, también pudo volatilizarse en un abrir y cerrar de ojos, sin casi dejar rastro. Pensemos lo que podría ser el hundimiento de nuestra civilización dentro de unos centenares de años, o incluso dentro de unos años. Los aparatos emisores de energía, al igual que los transmisores, se simplifican cada vez más, mientras se multiplican las estaciones. Cada uno de nosotros poseerá muy pronto fuentes de energía nuclear, ponga por caso, o vivirá cerca de estas fuentes, fábricas o máquinas, hasta el día en que bastará que se produzca un accidente en el punto de origen para que todo se volatilice a lo largo de la enorme cadena de estaciones: hombres, ciudades, naciones. Sólo se salvaría lo que no tuviese ningún contacto con esta elevada civilización técnica. Y las ciencias clave, lo mismo que las llaves del poder, desaparecerían de golpe, precisamente a causa del elevado nivel de la especialización. Son las más grandes civilizaciones las que se hunden en un instante, sin nada que transmitir. Esta visión resulta irritante para el espíritu, pero estamos expuestos a que sea exacta. De la misma manera podemos pensar que

las centrales y estaciones de energía psíquica, en que acaso se fundaba la civilización terciana, estallaron de un solo golpe, mientras los desiertos de limo invadían las cumbres ahora enfriadas y en que el aire se ha hecho irrespirable. Más sencillo: la civilización marítima, con sus Superiores, sus naves, sus intercambios, se desvanece en el seno del cataclismo.

Los supervivientes sólo pueden descender a las llanuras pantanosas que el mar acaba de descubrir, hacia las inmensas turberas del continente nuevo, apenas liberado por el reflujo de las aguas tumultuosas, y donde tardará miles de años en aparecer una vegetación utilizable. Ha terminado el reinado de los reyes gigantes; los hombres vuelven al salvajismo y se adentran con sus últimos dioses destronados en las profundas noches sin luna que envolverán el Globo.

Los gigantes que, desde hacía millones de años, moraban en este mundo, semejantes a los dioses que mucho más tarde poblarán nuestras leyendas, han perdido su civilización. Los hombres sobre los que reinaban se han convertido en brutos. Y esta humanidad caída, detrás de sus dueños destronados, se dispersa en hordas por los desiertos de fango. Esta caída se supone ocurrida hace ciento cincuenta mil años, y Horbiger calcula que nuestro Globo estuvo sin satélite durante ciento treinta y ocho mil años. En el transcurso de este enorme período, renacen las civilizaciones bajo la dirección de los últimos reyes gigantes. Éstas arraigan en las llanuras elevadas, entre los grados cuarenta y sesenta de latitud Norte, mientras en las cinco altas cimas del terciario permanecen algunos restos de la antigua edad de oro. Habría habido, pues, dos Atlántidas: la de los Andes, irradiando sobre el mundo, con sus otros cuatro puntos, y la del Atlántico Norte, mucho más modesta, fundada mucho después de la catástrofe por los descendientes de los gigantes. Esta tesis de las dos Atlántidas permite agrupar las tradiciones y antiguos relatos. Platón habla de la segunda Atlántida.

Y he aquí que, hace doce mil años, la Tierra capta su cuarto satélite, nuestra Luna actual. Se produce una nueva catástrofe. Nuestro Globo adquiere su forma, hinchada en los trópicos. Los mares del Norte y del Sur afluyen hacia la mitad de la Tierra, y se recomienzan las edades glaciales en el Norte, en las llanuras desnudas por la atracción que ejerce la Luna que empieza sobre el agua y el aire. La segunda civilización atlántida, menos importante que la primera, desaparece en una noche, tragada por las aguas del Norte. Es el Diluvio, del cual nuestra Biblia conserva el recuerdo. Es la Caída que recuerdan los hombres arrojados al mismo tiempo del paraíso terrenal de los trópicos. Según los horbigerianos, los relatos del *Génesis* y del Diluvio son a ja vez recuerdos y profecías, ya que se reproducirán los acontecimientos cósmicos. Y el texto del Apocalipsis, que jamás ha sido explicado, sería la traducción fiel de las catástrofes celestes y terrestres observadas por los hombres en el curso de las edades, y conformes con la teoría horbigeriana.

Durante este nuevo período de luna alta, los gigantes vivos degeneran. Las mitologías están hechas de luchas de gigantes entre sí, y de combates entre hombres y gigantes. Los que habían sido reyes y dioses, aplastados ahora bajo el peso del cielo, agotados, se convierten en monstruos a los que hay que expulsar. Caen tan bajo como alto han subido. Son los ogros de las leyendas. Urano y Saturno, devorando a sus propios hijos. David y Goliat. Y escribe Hugo:

... horribles gigantes muy estúpidos vencidos por manos llenas de ingenio.

Es la muerte de los dioses. Cuando los hebreos entran en la Tierra Prometida, descubrirán el monumental lecho de hierro de un gigante desaparecido:

«Y he aquí que su lecho era de hierro, de nueve codos de largo y cuatro de ancho.» (*Deuteronomio*.)

El astro de hielo que alumbría nuestras noches ha sido captado por la Tierra y gira a su alrededor. Ha nacido nuestra Luna. Después de doce mil años, no hemos dejado de rendirle un culto vago cargado de recuerdos inconscientes, y de prestarle una inquieta atención cuyo sentido no comprendemos muy bien. Cuando la contemplamos, seguimos sintiendo que algo rebulle en el fondo de nuestra memoria, que va más lejos que nosotros mismos. Los antiguos dibujos chinos nos muestran el dragón lunar amenazando la Tierra. Leemos en los *Números* (XIII, 33): «Y allí vimos a los gigantes, a los hijos de Anak, que vienen de los gigantes, y a nuestros ojos éramos ante ellos como saltamontes —y a sus ojos éramos como saltamontes.» Y *Job* (XXVI, 5) evoca la destrucción de los gigantes y exclama: «Los seres muertos están debajo del agua, y los antiguos moradores de la Tierra...»

Un mundo se ha hundido, ha desaparecido un mundo, los antiguos moradores de la Tierra se han desvanecido, y nosotros comenzamos nuestra vida de hombres solos, de hombrecillos abandonados, esperando las mutaciones, los prodigios y los cataclismos venideros en una nueva noche de los tiempos, bajo este nuevo satélite que nos llega de los espacios donde se perpetúa la lucha entre el hielo y el fuego.

Un poco en todas partes, los hombres remedan a ciegas los gestos de las civilizaciones extinguidas, erigen, sin saber por qué, monumentos gigantescos, repitiendo, en su degeneración, los trabajos de los antiguos señores: son los enormes megalitos de Malekula, los menhires célticos, las estatuas de la isla de Pascua. Las

poblaciones que hoy llamamos «primitivas» no son más, sin duda, que restos degenerados de imperios desaparecidos, que repiten, sin comprenderlos y adulterándolos, actos regulados antaño por administraciones racionales.

En ciertos lugares, en Egipto, en China y mucho más tarde en Grecia, surgen grandes civilizaciones humanas, pero que recuerdan a los Superiores desaparecidos, a los reyes

gigantes iniciadores. Después de cuatro mil años de cultura, los egipcios de los tiempos de Heródoto y de Platón siguen afirmando que la grandeza de los Antiguos se debe a que aprendieron su arte y su ciencia directamente de los dioses.

Después de múltiples decadencias, nacerá otra civilización en Occidente. Una civilización de hombres amputados de su pasado fabuloso, limitados en el tiempo y el espacio, reducidos así mismos y buscadores de consuelo mítico, desterrados de sus orígenes e ignorantes de la inmensidad del destino de las cosas vivas, atados a los vastos movimientos cósmicos. Una civilización humana, hunmanista: la civilización judeocristiana. Es minúscula. Es residual. Y, sin embargo, este residuo de la gran alma pasada tiene posibilidades ilimitadas de dolor y de comprensión. Esto es lo milagroso. Nos acercamos a otra edad. Van a producirse mutaciones. El futuro volverá a darse la mano con el pasado más remoto. La Tierra volverá a tener gigantes. Habrá otros diluvios, otros apocalipsis, y reinarán otras razas. «Al principio, conservamos un recuerdo relativamente claro de lo que habíamos visto. Seguidamente, esta vida se elevó en volutas de humo y oscureció rápidamente todas las cosas, a excepción de algunas grandes líneas generales. En la actualidad, todo vuelve a nuestro espíritu con mayor claridad que nunca.» Y en el Universo, donde todo se refleja en todo, crearemos profundas olas.

Tal es la tesis de Horbiger, y tal es el clima espiritual que propaga. Esta tesis constituye un poderoso fenómeno de magia nacionalsocialista, y enseguida veremos sus efectos sobre los acontecimientos.

Según Horbiger, estamos, pues, en el cuarto ciclo. La vida sobre la Tierra conoció tres épocas, durante los tres períodos de lunas bajas, con bruscas mutaciones y apariciones gigantescas. Durante los milenios sin luna aparecieron las razas enanas y sin prestigio y los animales que se arrastran, como la serpiente que evoca la Caída. Durante las lunas altas, existieron las razas medianas, sin duda los hombres corrientes de principios del terciario, nuestros antepasados. Hay que tener también en cuenta que las lunas, antes de su caída, giran alrededor de la Tierra, creando condiciones diferentes en aquellas partes del Globo que no están debajo de su trayectoria. De suerte que, después de varios ciclos, la Tierra ofrece un espectáculo muy variado; razas en decadencia, razas que se elevan, seres intermedios degenerados y aprendices del porvenir, precursores de las mutaciones próximas y esclavos del ayer, enanos de las antiguas noches y Señores del mañana. Tenemos que observar en todo ello las rutas del Sol con un ojo tan implacable como implacable es la ley de los astros. Lo que se produce en el cielo determina lo que se produce en la Tierra, pero existe una reciprocidad. Como el secreto y el orden del Universo residen en el menor grano de arena, el movimiento de los milenios se contiene, en cierto modo, en el breve lapso de nuestro paso por la Tierra, y así debemos, en nuestra alma individual corno en el alma colectiva, repetir las caídas y las ascensiones pasadas y preparar los apocalipsis y las elevaciones futuras. Sabemos que toda la historia del Cosmos reside en la lucha entre el hielo y el fuego, y que esta lucha tiene vivos reflejos aquí abajo. En el plano humano, en el plano de los espíritus y de los corazones, cuando

no se alimenta el fuego, viene el hielo. Lo sabemos por nosotros mismos y por la Humanidad entera, que se ve eternamente obligada a elegir entre el diluvio y la epopeya.

He aquí el fondo del pensamiento horbigeriano y nazi. Vamos ahora a tocar este fondo.

Horbiger tiene todavía un millón de discípulos. — LA espera del Mesías. — Hitler y el esoterismo en política. — La ciencia nórdica y el pensamiento mágico. — Una civilización enteramente distinta de la nuestra.

— Gurdjieff, Horbiger, Hitler y el hombre responsable del Cosmos. — El ciclo del fuego.
— Habla Hitler.

— El fondo del antisemitismo nazi. — Marcianos en Nuremberg. — El antipacto. — El verano del cohete.

— Stalingrado o la caída de los magos. — Oración sobre el Elbruz. — El hombrecillo vencedor del super hombre. — Es el hombrecillo quien abre las puertas del cielo. — El ocaso de los dioses. — La inundación del Metro de Berlín y el Diluvio. — Muerte caricaturesca de los profetas. — Coro de Shelley.

Los ingenieros alemanes, cuyos trabajos marcan el origen de los cohetes que lanzaron al cielo los primeros satélites artificiales, sufrieron un retraso en la puesta a punto de las V-2, gracias a los propios jefes nazis. El general Walter Dornberger dirigía las pruebas de Peenemünde, de donde salieron los ingenios teledirigidos. Aquellas pruebas se interrumpieron para someter los informes del general a los apóstoles de la cosmogonía horbigeriana. Se trataba, ante todo, de saber cómo reaccionaría en los espacios el «hielo eterno», y si la violación de la estratosfera no desencadenaría algún desastre sobre la Tierra.

El general Dornberger explica, en sus Memorias, que los trabajos volvieron a interrumpirse otros dos meses, un poco más tarde. El Führer había soñado que las V-2 no funcionarían, o bien que el cielo tomaría venganza. Como este sueño se había producido durante un estado de trance particular, pesó más en la mente de los dirigentes que las opiniones de los técnicos. Detrás de la Alemania científica y organizada, velaba el espíritu de la antigua magia. Y este espíritu no ha muerto. En enero de 1958, el ingeniero sueco Robert Engstroem dirigió una Memoria a la Academia de Ciencias de Nueva York, poniendo en guardia a los Estados Unidos contra los experimentos astronáuticos. «Antes de proceder a tales experimentos, convendría estudiar de una manera nueva la mecánica celeste — declaraba. Y proseguía, en tono horbigeriano—: La explosión de una bomba "H" en la Luna podría provocar un espantoso diluvio sobre la Tierra.» En esta singular advertencia, volvemos a encontrar la idea paracientífica de los cambios de la gravitación lunar y la idea mística del castigo en un Universo donde todo resuena en todo. Estas ideas (que, por otra parte, no hay que rechazar enteramente si se quieren mantener abiertas todas las puertas del conocimiento) continúan ejerciendo, en su forma innata, una cierta fascinación. Después de una célebre encuesta, el americano Martin Gardner calculaba, en 1953, en más de un millón el número de discípulos de Horbiger en Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos. En Londres, H. S. Bellamy persigue desde hace treinta años la implantación de una antropología que tiene en cuenta la caída de las tres primeras lunas y la existencia de gigantes en los períodos secundario y terciario. Después de la guerra, pidió autorización a los

rusos para realizar una expedición al monte Ararat, donde contaba con descubrir el Arca de la Alianza. La agencia Tass publicó una negativa categórica y los soviets declararon fascista la actitud intelectual de Bellamy y estimaron que tales movimientos paracientíficos son aptos para «despertar fuerzas peligrosas». En Francia, M. Denis Saurat, universitario y poeta, se ha erigido en portavoz de Bellamy, y el éxito de la obra de Welikovsky ha demostrado que muchos espíritus permanecen sensibles a una concepción mágica del mundo. Ni que decir tiene que los intelectuales influidos por René Guénon y los discípulos de Gurdjieff se dan la mano con los horbigerianos.

En 1952, un escritor alemán, El mar Brugg, publicó un grueso volumen en honor del «padre del hielo eterno», de *El Copérnico de nuestro siglo xx*. Escribió:

«La teoría del hielo eterno no constituye solamente una obra científica considerable. Es una revelación de los lazos eternos e incorruptibles entre el Cosmos y todos los acontecimientos de la Tierra. Ella enlaza los acontecimientos cósmicos con los cataclismos atribuidos a los climas, con las enfermedades, las muertes, los crímenes, y abre así unas puertas completamente nuevas al conocimiento de la marcha de la Humanidad. El silencio de la ciencia clásica a su respecto, sólo puede explicarse por la conspiración de los mediocres.»

El gran novelista austriaco Robert Musil, cuya obra ha sido comparada a la de Proust y a la de Joyce,¹ analizó perfectamente el estado intelectual de Alemania en el momento en que Horbiger se sintió iluminado y el cabo Hitler urdió el sueño de redimir a su pueblo.

1. *L'homme sans qualités*, publicada en francés por Éditions du Seuil.

«Los representantes del espíritu —escribe— no estaban satisfechos... Sus pensamientos no descansaban jamás, porque se aferraban a esta parte irreductible de las cosas que vaga eternamente sin poder integrarse jamás en el orden. Por esto acabaron convenciéndose de que la época actual en que vivían estaba predestinada a la esterilidad intelectual, y de que sólo podían salvarla un acontecimiento o un hombre excepcionales. Entonces nació, entre los llamados "intelectuales", la afición a la palabra "redimir". Estaban persuadidos de que la vida se acabaría si no llegaba pronto un mesías. Según los casos, sería un mesías de la Medicina, que debía salvar el arte de Esculapio de las investigaciones de laboratorio durante las cuales los hombres sufren y mueren sin ser atendidos; o un mesías de la poesía, capaz de escribir un drama que atrajese a millones de hombres a los teatros y que fuese, empero, perfectamente original en su nobleza espiritual. Aparte de esta convicción de que no había una sola actividad humana que pudiese salvarse sin la intervención de un mesías particular, existía, naturalmente, el sueño fútil y absolutamente torpe de un mesías de la talla de los fuertes, que habría de redimir todo.»

El caso es que no aparecerá un solo mesías, sino, permítaseme la expresión, una sociedad de mesías que tomará a Hitler por jefe. Horbiger es uno de ellos, y su concepto paracientífico de las leyes del Cosmos y de una historia épica de la Humanidad desempeñará un papel determinante en la Alemania de los «redentores». La Humanidad viene de más lejos y de más alto de lo que se cree, y le está reservado un prodigioso destino. Hitler, en su constante iluminación mística, tiene el convencimiento de que está allí para que se cumpla aquel destino. Su ambición y la misión de que se cree encargado rebasan infinitamente el campo de la política y del patriotismo. «He tenido que servirme —dice— de la idea de nación por razones de oportunidad, pero sabía ya que sólo podía tener un valor provisional... Llegará un día en que no quedará gran cosa, ni siquiera en Alemania, de lo que llaman nacionalismo. Lo que habrá en el mundo será una cofradía universal de dueños y de señores.» La política no es más que la manifestación extrema, la aplicación práctica y momentánea de una visión religiosa de las leyes de la vida sobre la Tierra y en el Cosmos. Hay, para la Humanidad, un destino que no podrían concebir los hombres corrientes y cuya visión no podrían soportar. Esto está reservado a algunos iniciados. «La política —sigue diciendo Hitler— no es más que la forma práctica y fragmentaria de aquel destino.» Es el exoterismo de la doctrina, con sus eslóganes, sus hechos sociales, sus guerras. Pero también hay un esoterismo.

Al apoyar a Horbiger, Hitler y sus amigos alientan una extraordinaria tentativa de reconstruir, partiendo de la ciencia o de una seudociencia, el espíritu de las edades antiguas, según el cual el hombre, la sociedad y el Universo obedecen a las mismas leyes,

según el cual el movimiento de las almas y el de las estrellas tienen mutuas correspondencias. La lucha entre el hielo y el fuego, de la que nacieron, morirán y renacerán los planetas, se desarrolla también en el hombre mismo.

Elmar Brugg escribe, con gran precisión: «El Universo, para Horbiger, no es un mecanismo muerto del que sólo una parte se deteriora poco a poco para sucumbir al fin, sino un organismo vivo en el sentido más prodigioso de la palabra, un ser vivo donde todo resuena en todo y que perpetúa, de generación en generación, su fuerza ardiente.»

Es el fondo del pensamiento hitleriano, según observó muy bien Rauschning: «No se pueden comprender los planes políticos de Hitler si no se conocen sus segundas intenciones y su convicción de que el hombre está en relación mágica con el Universo.»

Esta convicción, que fue la de los sabios de los siglos pasados, que rige la inteligencia de los pueblos que llamamos «primitivos» y a la que subtiende la filosofía oriental, no se ha extinguido en el Occidente de hoy, y aún es posible que la propia ciencia vuelva a prestarle, de un modo inesperado cierto vigor. Mientras tanto, la encontramos en su estado bruto, por ejemplo, en el judío ortodoxo Welikovsky, cuya obra *Mundos en colisión* alcanzó un éxito mundial en los años 1956 y 1957. Para los fieles del hielo eterno, como para Welikovsky, nuestros actos pueden tener resonancia en el Cosmos, y así pudo el Sol inmovilizarse en el cielo en favor de Josué. Hitler tuvo sus razones para nombrar a su astrólogo particular «plenipotenciario de las matemáticas, de la astronomía y de la física». En cierta medida, Horbiger y los esoteristas nazis cambian los métodos y las direcciones mismas de la ciencia. La hacen reconciliarse por la fuerza de la astrología tradicional. Todo cuanto se haga después, en el plano de la técnica, en el inmenso esfuerzo de consolidación material del Reich, podrá hacerse, aparentemente, al margen de aquel espíritu: el impulso ha sido dado, y hay una ciencia secreta, una magia, en la base de todas las ciencias. «Hay —decía Hitler— una ciencia nórdica y nacionalsocialista que se opone radicalmente a la ciencia judeoliberal.»

Esta «ciencia nórdica» es un esoterismo, o mejor aún, bebe en la fuente de lo que constituye el fondo mismo de todo esoterismo. No fue por casualidad que se reeditaron cuidadosamente en Alemania y en los países ocupados las *Enéadas*, de Plotino. Durante la guerra, se leían las *Enéadas* en los grupitos de intelectuales místicos proalemanes, al igual que a los hindúes, a Nietzsche y a los tibetanos. Junto a cada línea de Plotino, junto a su definición de la astrología, por ejemplo, podría colocarse una frase de Horbiger. Plotino habla de los lazos naturales y sobrenaturales del hombre con el Cosmos, y de las partes del Universo entre sí:

«Este universo es un animal único que contiene dentro de sí a todos los animales... Sin estar en contacto, las cosas actúan y tienen necesariamente una acción a distancia... El mundo es un animal único, y por esto es absolutamente necesario que esté de acuerdo consigo mismo, no hay azar en su vida, sino una armonía y un orden únicos.»

Y en fin: «Los acontecimientos de aquí abajo se producen de acuerdo con las cosas celestes.»

Más próximo a nosotros, William Blake, en su iluminación poeticorreligiosa, ve el Universo entero contenido en un grano de arena. Es la idea de la reversibilidad de lo infinitamente pequeño y de lo infinitamente grande, y de la unidad del Universo en todas sus partes.

Según el Zohar: «Todo aquí abajo ocurre como en lo alto.»

Y Hermes Trismegisto: «Lo que está arriba es lo que está abajo.»

Y la antigua ley china: «Las estrellas en su curso combaten por el hombre justo.»

Nos hallamos aquí en la base misma del pensamiento hitleriano. Y entendemos que es lamentable que este pensamiento no haya sido hasta hoy analizado de esta forma. Todos se han contentado con hacer hincapié en sus aspectos exteriores, en sus fórmulas políticas, en sus

formas exotéricas. Naturalmente, reconoceréis sin dificultad que no intentamos revalorizar el nazismo. Pero aquel pensamiento se inscribió en los hechos. Influyó en los acontecimientos. Y creemos que estos acontecimientos sólo pueden ser realmente comprensibles bajo aquella Luz. Siguen siendo horribles, pero, alumbrados de esta suerte, se convierten en algo distinto de los dolores infligidos a los hombres por unos seres locos y malvados. Dan una cierta amplitud a la Historia; vuelven a colocar a ésta a un nivel en que deja de ser absurda y merece ser vivida, incluso en el dolor: el nivel espiritual.

Queremos dar a entender que una civilización totalmente distinta de la nuestra apareció en Alemania y se mantuvo durante algunos años. Y, bien pensado, no es inverosímil que una civilización tan profundamente extraña a nosotros pudiese arraigar en tan poco tiempo. Nuestra propia civilización humanista descansa en un misterio. El misterio es que todas las ideas, en nosotros, coexisten, y que el conocimiento aportado por una idea acaba por aprovechar a la idea contraria. Es más, en nuestra civilización, todo contribuye a hacer comprender al espíritu que el espíritu no lo es todo. Una conspiración inconsciente de las fuerzas materiales reduce los riesgos, mantiene al espíritu en los límites en que, sin estar excluido el orgullo, la ambición aparece un tanto moderada por un poco de «¡y para qué!». Como dijo muy bien Musil: «Bastaría con que se tomase realmente en serio una cualquiera de las ideas que influyen en nuestra vida, de tal suerte que no subsistiera absolutamente nada de su contraria, para que nuestra civilización dejara de ser nuestra civilización.» Esto fue lo que ocurrió en Alemania, al menos en las altas esferas dirigentes del socialismo mágico.

Estamos en relación mágica con el Universo, pero lo hemos olvidado. La próxima mutación de la raza humana creará seres conscientes de esta relación, hombres-dioses. Y esta mutación hace sentir ya sus efectos en ciertas almas mesiánicas que se entroncan con un remoto pasado y se acuerdan del tiempo en que los gigantes influían en el curso de los astros.

Como ya hemos visto, Horbiger y sus discípulos imaginan épocas de apogeo de la Humanidad: las épocas de luna baja, a fines del secundario y a fines del terciario.

Cuando el satélite amenaza con caer sobre la Tierra, cuando rueda a poca distancia del Globo, los seres vivos están en la cima de su poderío vital y sin duda de su poderío espiritual. El rey gigante, el hombre-dios, capta y orienta las fuerzas psíquicas de la comunidad. Y dirige el haz de radiaciones de suerte que se mantenga el curso de los astros y se retrase la catástrofe. Ésta es la función primordial del gigante mago. En cierta medida, mantiene en su sitio el sistema solar. Gobierna una especie de central de energía psíquica, y en ello está su realeza. Esta energía participa de la energía cósmica. Así, el calendario monumental de Tiahuanaco, erigido durante la civilización de los gigantes, no había sido construido para registrar el tiempo y los movimientos de los astros, sino para crear el tiempo y mantener estos movimientos. Se trata de prolongar hasta el máximo el período en que la Luna permanece a unos cuantos radios terrestres del Globo, y cabe en lo posible que toda la actividad de los hombres, bajo la dirección de los gigantes, se redujese a la concentración de la energía psíquica, a fin de conservar la armonía de las cosas terrestres y celestes. Las sociedades humanas, impulsadas por los gigantes, son una especie de dínamos. En éstas se producen fuerzas que desempeñan un papel en el equilibrio de las fuerzas universales. El hombre, y en especial el gigante, el hombre-dios, es responsable del Cosmos entero.

Hay un parecido singular entre este punto de vista y el de Gurdjieff. Sabido es que el célebre taumaturgo pretendía haber aprendido, en los centros de iniciación de Oriente, cierto número de secretos sobre los orígenes de nuestro mundo y sobre las altas civilizaciones extinguidas hace centenares de años. En su famosa obra *All and Everything*, y empleando las imágenes a que era tan aficionado, escribe:

«Esta Comisión (de los ángeles arquitectos creadores del sistema solar), después de calcular todos los hechos conocidos, llegó a la conclusión de que, aunque los fragmentos proyectados lejos del planeta Tierra podían mantenerse algún tiempo en su posición actual, sin embargo, en el futuro, y a causa de lo que se llama movimientos *tastartoonarianos*, tales fragmentos satélites podrían abandonar su posición y producir un gran número de calamidades irreparables. Por esto, los altos comisarios decidieron tomar medidas para evitar esta eventualidad. Y el medio más eficaz, pensaron, era que el planeta Tierra enviase constantemente a sus fragmentos satélites, para mantenerlos en su sitio, las vibraciones sagradas llamadas *askokinns*.»

Los hombres están, pues, dotados de un órgano especial, emisor de fuerzas psíquicas destinadas a mantener el equilibrio del Cosmos. Es lo que llamamos vagamente el alma, y todas nuestras religiones no serían más que el recuerdo adulterado de esta función primordial: participar en el equilibrio de las energías cósmicas.

«En la primitiva América —recuerda Denis Saurat—, los grandes iniciados realizaban una ceremonia sagrada con raquetas y pelotas: las pelotas trazaban en el aire el curso de los astros en el cielo. Si uno, por torpeza, dejaba caer o perdía la pelota, era causa de catástrofes astronómicas: entonces lo mataban y le arrancaban el corazón.»

El recuerdo de esta función primordial se pierde en leyendas y supersticiones, desde el Faraón que, por su mágico poder, hace subir las aguas del Nilo todos los años, hasta los rezos del Occidente pagano para desviar los vientos o hacer cesar el granizo y las prácticas de hechicería de los brujos polinesios para provocar la lluvia. El origen de toda religión elevada estaría en esta necesidad, conocida por los hombres de las edades remotas y por sus reyes gigantes: mantener lo que Gurdjieff llama «movimiento cósmico de armonía general».

En la Tierra existen ciclos en la lucha entre el hielo y el fuego, que es la clave de la vida universal. Horbiger afirma que, cada seis mil años, sufrimos una ofensiva del hielo. Se producen diluvios y grandes catástrofes. Pero, en el seno de la Humanidad, se produce cada setecientos años una embestida de fuego. Es decir, cada setecientos años, el hombre recobra la conciencia de su responsabilidad en la lucha cósmica. Vuelve a ser religioso, en el sentido pleno de la palabra. Reanuda su contacto con las inteligencias extinguidas hace largo tiempo. Se prepara para las mutaciones futuras. Su alma adquiere las dimensiones del Cosmos. Recobra el sentido de la epopeya universal. De nuevo es capaz de distinguir entre lo que viene del hombre-dios y lo que viene del hombre-esclavo, y de arrojar de la Humanidad lo que pertenece a las especies condenadas. Vuelve a ser implacable y flamígero. Vuelve a ser fiel a la función hacia la cual lo elevaron los gigantes.

No hemos logrado comprender cómo justificaba Horbiger estos ciclos, cómo adoptaba esta afirmación al conjunto de su sistema. Pero Horbiger declaraba, igual que Hitler, que la preocupación de la coherencia es un vicio mortal. Lo que cuenta es lo que provoca el movimiento. El crimen es también movimiento: el crimen contra el espíritu es beneficioso. En fin, Horbiger había tenido conocimiento de esos ciclos por inspiración. Esto le daba más autoridad que el razonamiento. La última embestida del fuego había coincidido con la aparición de los caballeros teutónicos. Ahora estábamos en una nueva embestida que coincidía con la fundación de «El Orden Negro» nazi.

Rauschning, que se azoraba porque no poseía la clave del pensamiento del Führer y seguía siendo un buen aristócrata humanista, destacaba las frases que Hitler se permitía a veces pronunciar en su presencia:

Constantemente introducía entre sus frases el tema de lo que él llamaba el «giro decisivo del mundo», o la bisagra del tiempo. Habría una conmoción en el planeta que nosotros, los no iniciados, no podíamos comprender en

toda su amplitud.¹ Hitler hablaba como un vidente. Se había construido una mística biológica, o, si sé prefiere, una biología mística, que era la base de sus inspiraciones. Se había fabricado una terminología personal. «La falsa ruta del espíritu» era el abandono por el hombre de su vocación divina. Tomaba como fin de la evolución humana la adquisición de la «visión mágica». Creía hallarse ya en los umbrales de este saber mágico, fuente de los éxitos presentes y futuros. Un profesor coetáneo, de Munich,² había escrito, además de cierto número de obras científicas, algunos ensayos bastante extraños sobre el mundo primitivo, la formación de las leyendas, la interpretación de los sueños en los pueblos de las primeras edades, así como sobre sus conocimientos intuitivos y una parte de poder trascendental que habrían utilizado para modificar las leyes de la Naturaleza. Se hablaba también, en aquella hojarasca del ojo del Cíclope, del ojo frontal que se había atrofiado enseguida para formar la glándula pineal. Tales ideas fascinaban a Hitler. Le gustaba sumergirse en ellas. Sólo por la acción de fuerzas ocultas podía explicarse la maravilla de su propio destino. Atribuía a estas fuerzas su vocación sobrehumana de anunciar a la Humanidad el nuevo evangelio.

1. «La especie humana —decía— sufría desde su origen una prodigiosa experiencia cíclica. De un milenio a otro, pasaba por pruebas de perfeccionamiento. El peLa cuarta luna se acercará a la Tierra, se alterará la gravedad. Subirán las aguas y los seres pasarán por un período de gigantismo. La acción más fuerte de los rayos cósmicos producirá mutaciones. El mundo entrará en una nueva fase atlántida.

2. No era de Munich, sino austriaco: se trata de Horbiger del cual Rauschning habla de oídas.

ríodo solar¹ del hombre tocaba a su término: ya se podían descubrir las primeras muestras del superhombre. Se anunciaba una nueva especie, que expulsaría a la antigua Humanidad. De la misma manera que, según la inmortal sabiduría *de* los antiguos pueblos nórdicos, el mundo debía rejuvenecerse continuamente por el derrumbamiento de las edades anticuadas y el ocaso de los dioses; de la misma manera que los solsticios eran, en las viejas mitologías, el símbolo del ritmo vital, que no sigue la línea recta y continua, sino la espiral, así la Humanidad progresaba por una especie de saltos y revueltas.

»Cuando Hitler se dirigía a mí—prosigue Rauschning—, intentaba explicar su vocación de anunciador de una nueva Humanidad en términos racionales y concretos. Decía:

»"La creación no ha terminado. El hombre llega claramente a una fase de metamorfosis. La antigua especie humana ha entrado ya en el estadio del agotamiento. La Humanidad sube un escalón cada setecientos años, y lo que se juega en esta lucha, a plazo más largo, es el advenimiento de los Hijos de Dios. Toda la fuerza creadora se concentrará en una nueva especie. Las dos variedades evolucionarán rápidamente en sentido divergente. Una de ellas desaparecerá, y la otra florecerá. Será infinitamente superior al hombre actual... ¿Comprende ahora el sentido profundo de nuestro movimiento nacionalsocialista? El que sólo comprende el nacionalsocialismo como movimiento político, no sabe gran cosa de él..."»

1. Período bajo la influencia del Sol. Los períodos de elevación están bajo la influencia de la Luna, cuando el satélite se acerca a la Tierra.

Rauchning, lo mismo que los demás observadores, no enlazó la doctrina racial con el sistema general de Horbiger. Sin embargo, el nexo existe, en cierto modo. Tal

doctrina forma parte del esoterismo nazi; del que vamos a considerar seguidamente otros aspectos. Había un racismo de propaganda: es el que han descrito los historiadores y han condenado justamente los tribunales, interpretando la conciencia popular. Pero había otro racismo, más profundo y sin duda más horrible. Éste quedó fuera del alcance del entendimiento de los historiadores y de los pueblos; no podía existir un lenguaje común entre estos racistas, de una parte, y sus víctimas y sus jueces de otra.

En el período terrestre y cósmico en que nos hallamos, esperando el nuevo ciclo que determinará en la Tierra nuevas mutaciones, una nueva clasificación de las especies y el retorno al gigante mago, al hombre-dios, en este período, decimos, coexisten en el Globo especies procedentes de diversas fases del secundario, del terciario y del cuaternario. Ha habido fases de ascenso y fases de derrumbamiento. Ciertas especies muestran las señales de la degeneración; otras, son anuncio del futuro y llevan los gérmenes del porvenir. El hombre no es uno. Y así, los hombres no son descendientes de los gigantes, sino que aparecieron después de los gigantes. Fueron creados a su vez por mutación. Pero, ni siquiera esta Humanidad media pertenece a una sola especie. Hay una Humanidad verdadera, llamada a conocer el próximo ciclo, dotada de los órganos psíquicos necesarios para desempeñar un papel en el equilibrio de las fuerzas cósmicas y destinada a la epopeya, bajo la dirección de los Superiores Desconocidos venideros. Y hay otra humanidad, que no era más que una aparición de tal, que no merece este nombre, y que, sin duda, apareció en el Globo en las épocas bajas y oscuras en que, a causa de la caída del satélite, inmensas regiones del mundo quedaron convertidas en cenagales desiertos. Indudablemente fue creada junto con los seres reptantes y odiosos, manifestaciones de una vida fracasada. Los gitanos, los negros y los judíos no son hombres, en el sentido real de la palabra. Nacidos después del hundimiento de la luna terciaria, por brusca mutación, como por un desgraciado tartamudeo de la fuerza vital castigada, estas criaturas «modernas» (y especialmente los judíos) imitan al hombre y le envidian, pero no pertenecen a la especie. «Están tan alejados de nosotros como las especies animales de la especie humana verdadera», dice literalmente Hitler a Rauschning, que descubre en el Führer una visión todavía más delirante que en Rosenberg y demás teóricos del racismo. «Y no es —precisa Hitler— que llame animal al judío. Este está mucho más alejado del animal que nosotros.» Exterminarlo no es un crimen de lesa humanidad, puesto que no forma parte de la Humanidad. «Es un ser extraño al orden natural.»

Por esto algunas sesiones del proceso de Nuremberg carecían de sentido. Los jueces no podían sostener ninguna clase de diálogo con los responsables, que, por otra parte, habían desaparecido en su mayoría, dejando sólo a los ejecutores en el banquillo. Se enfrentaban dos mundos, sin posible comunicación. Igual habría sido juzgar a unos marcianos en el plano de la civilización humanista. Porque eran marcianos. Pertenecían a un mundo separado del nuestro, del que conocemos desde hace seis o siete siglos. En unos años y sin que nos diésemos cuenta, se había establecido en Alemania una civilización completamente distinta de lo que hemos convenido en llamar civilización. Sus iniciadores no tenían en el fondo la menor comunicación intelectual, moral o espiritual con nosotros. A despecho de las formas externas, nos eran tan extraños como los salvajes de Australia. Los jueces de Nuremberg se esforzaban en disimular que tropezaban con esta turbadora realidad. En cierto modo, se trataba, en efecto, de correr un velo sobre la realidad, a fin de hacerla desaparecer como en un truco de prestidigitación. Se trataba de defender la idea de la permanencia y la universalidad de la civilización humanista y cartesiana, y era preciso integrar a los acusados en el sistema, de grado o por fuerza. Era necesario. Se jugaba el equilibrio de la conciencia occidental,

y queremos dejar bien sentado que no negamos que la empresa de Nuremberg fue beneficiosa. Pensamos simplemente que allí se enterró lo fantástico. Pero bien estaba enterrado, a fin de evitar que docenas de millones de almas se contagiaran. Nosotros sólo excavamos para algunos aficionados, apercibidos y provistos de máscara.

Nuestro espíritu se niega a admitir que la Alemania nazi encarnase los conceptos de una civilización sin relación alguna con la nuestra. Sin embargo, esto, y sólo esto, justifica la pasada guerra, una de las pocas de la Historia conocida en que se jugaba algo realmente esencial. Tenía que triunfar una de las dos visiones del hombre, del cielo y de la Tierra; la humanista o la mágica. No había coexistencia posible, mientras podemos imaginarla de buen grado entre el liberalismo y el marxismo, pues ambos descansan en el mismo suelo y pertenecen al mismo Universo. El Universo de Copérnico no es el de Plotino; ambos se oponen fundamentalmente, y esto es no sólo cierto en el terreno de la teoría, sino también en el de la vida social, política, espiritual, intelectual y pasional.

El motivo de que nos cueste admitir esta visión extraña de otra civilización establecida en un abrir y cerrar de ojos allende el Rin, es que conservamos una idea infantil de la distinción entre el «civilizado» y el que no lo es. Para ver esta distinción necesitamos cascós de plumas, *tam-tams* y chozas de paja. Ahora bien, hubiese sido más fácil «civilizar» a un hechicero bantú que atraer a nuestro humanismo a Hitler, Horbiger o Haushoffer. Pero la técnica alemana, la ciencia alemana, la organización alemana, comparables, si no superiores a las nuestras, nos ocultaban este punto de vista. La novedad formidable de la Alemania nazi fue que al pensamiento mágico se añadió la ciencia y la técnica. Los intelectuales detractores de nuestra civilización, vueltos al espíritu de las edades antiguas, han sido siempre enemigos del progreso técnico. Ejemplo: René Guénon, Gurdjieff o los innumerables hinduistas. En cambio, el nazismo constituyó el momento en que el espíritu de la magia asíó las palancas del progreso material. Lenin decía que el comunismo era el socialismo más la electricidad. En cierto modo, el hitlerismo era el guenonismo más las Divisiones blindadas.

Uno de los más bellos poemas de nuestra época lleva por título *Crónicas marcianas*. Su autor es un americano de unos treinta años, cristiano a la manera de Bernanos, temeroso de una civilización de autómatas; un hombre lleno de cólera y de caridad. Se llama Ray Bradbury. No es, como se creen en Francia, un autor de ciencia ficción, sino un artista religioso. Se vale de los temas de la imaginación más moderna, pero si pinta viajes en el futuro, es para describir el hombre interior y su creciente inquietud.

En el comienzo de las *Crónicas marcianas*, los hombres se disponen a lanzar el primer gran cohete interplanetario. Llegará a Marte y establecerá contactos, por primera vez, con otras inteligencias. Estamos en eneró de 1999:

«Un momento antes, era invierno en Ohio; las puertas y las ventanas estaban cerradas, los cristales cubiertos de escarcha y los tejados orlados de stalactitas... Después, una prolongada ola de calor barrió la pequeña ciudad. Una corriente de aire cálido, como si acabasen de abrir la puerta de un horno. El soplo caliente pasó sobre las casas, los árboles, los niños. Los carámbanos se desprendieron, se rompieron y empezaron a fundirse... *El verano del cohete*. La noticia corría de boca en boca en las grandes casas abiertas. *El verano del cohete*. El hábito ardoroso del desierto disolvía en ' las ventanas los arabescos de hielo... La nieve que caía del cielo frío sobre la ciudad se transformaba en lluvia caliente antes de llegar al suelo. *El verano del cohete*. Desde el umbral de sus puertas de marcos chorreantes, los moradores contemplaban cómo el cielo enrojecía...»

Lo que más tarde sucede a los hombres, en el poema de Bradbury, es triste y doloroso, porque el autor no cree que el progreso de las almas pueda estar ligado al progreso de las cosas. Pero a guisa de prólogo, describe este «verano del cohete» cargando el acento sobre un arquetipo del pensamiento humano: la promesa de una eterna primavera sobre la Tierra. En el momento en que el hombre toca la mecánica celeste e introduce en ella un motor nuevo, se producen grandes cambios aquí abajo. Todo repercute en todo. En los espacios interplanetarios, donde se manifiesta desde ahora la inteligencia humana, se producen reacciones en cadena que tienen su repercusión en el Globo, cuya temperatura se modifica. En el momento en que el hombre conquista, no sólo el cielo, sino «lo que está más allá del cielo»; en el momento en que se opera una gran revolución material y espiritual en el Universo; en el momento en que la civilización deja de ser humana para convertirse en cósmica, la Tierra recibe una especie de recompensa inmediata. Los elementos dejan de abrumar al hombre. Una eterna suavidad, un eterno calor envuelve el Globo. El

hielo, signo de muerte, está vencido. El frío retrocede. Se mantendrá la promesa de una eterna primavera, si la Humanidad cumple su misión divina. Si se integra en el Todo universal, la Tierra eternamente tibia y florida será su recompensa. Los poderes del frío, que son los poderes de la soledad y de lo caduco, serán vencidos por el poder del fuego.

Otro arquetipo es el que asimila el fuego a la energía espiritual. Quien posee esta energía, posee el fuego. Por extraño que parezca, Hitler estaba persuadido de que, por dondequiera que él avanzara, retrocedería el frío.

Esta convicción mística explica en parte su manera de conducir la campaña de Rusia.

Los horbigerianos, que alardeaban de prever el tiempo en todo el planeta, con meses e incluso años de antelación, habían anunciado un invierno relativamente benigno. Pero había más: por medio de los discípulos del hielo eterno, Hitler estaba persuadido de que había cerrado una alianza con el frío y de que las nieves de las llanuras rusas no entorpecerían su marcha. La Humanidad iba a entrar en el nuevo ciclo del fuego. Estaba entrando ya. El invierno cedería ante sus legiones portadoras de la llama.

Aunque el Führer prestaba una atención especial al equipo material de sus tropas, sólo había hecho dar a los soldados de la campaña de Rusia un suplemento irrisorio de prendas de vestir: una bufanda y un par de guantes.

Y, en diciembre de 1941, el termómetro descendió bruscamente a menos de cuarenta grados bajo cero. Las previsiones eran falsas, las profecías no se cumplían; los elementos se rebelaban; los astros, en su carrera, dejaban de trabajar para el hombre justo. El hielo triunfaba sobre el fuego. Las armas automáticas se encallaron al helarse el aceite. En los depósitos, la gasolina sintética se descomponía, por la acción del frío, en dos elementos inutilizables. En la retaguardia, se helaban las locomotoras. Bajo su capote y calzados con sus botas de uniforme, morían los hombres. La más leve herida los condenaba a muerte. Millares de soldados, al agacharse para hacer sus necesidades, se derrumbaban con el año helado. Hitler se negó a creer este primer desacuerdo entre la mística y la realidad. El general Guderian, exponiéndose a la destitución y tal vez a la muerte, voló a Alemania para poner al Führer al corriente de la situación y pedirle que diese la orden de retirada.

—El frío —dijo Hitler— es cosa mía. ¡Atacad!

Y así fue como todo el Cuerpo de ejército blindado que había vencido a Polonia en dieciocho días y a Francia en un mes, los ejércitos de Guderian, de Reinhardt y de Hoeppner, la formidable legión de conquistadores a los que Hitler llamaba sus Inmortales, tronchada por el viento, quemada por el hielo, empezó a disolverse en el desierto del frío, para que la mística fuese más verdadera que la tierra.

Los restos de este Gran Ejército tuvieron por fin que abandonar y dirigirse hacia el Sur. Cuando, durante la primavera siguiente, las tropas iniciaron su ofensiva hacia el Cáucaso, se desarrolló una ceremonia singular. Tres alpinistas de la SS escalaron la cumbre del Elbruz, montaña sagrada de los arios, hogar de antiguas civilizaciones, cumbre mágica de la secta de los «Amigos de Lucifer». Y plantaron la bandera de la cruz gamada, bendecida según el rito de la Orden Negra. La bendición de la bandera en la cima del Elbruz debía señalar el principio de una nueva era. A partir de entonces, las estaciones obedecerían y el fuego vencería al hielo por muchos milenios. El año pasado habían sufrido una grave decepción, pero no era más que una prueba, la última, antes de la verdadera victoria espiritual. Y, a despecho de las advertencias de los meteorólogos clásicos, que anuncian un invierno más temible que el pasado, a despecho de mil señales amenazadoras, las tropas subieron hacia el Norte, en dirección a Stalingrado, para cortar Rusia en dos.

«Mientras mi hija entonaba sus cánticos inflamados, allá arriba, junto al mástil escarlata, los discípulos de la razón se mantuvieron apartados, con semblante tenebroso...»

Pero los «discípulos de la razón», con «semblante tenebroso» se salieron con la suya. Triunfaron los hombres materiales, los hombres «sin fuego», con su valor, su ciencia «judeoliberal» y su técnica sin prolongaciones religiosas; los hombres carentes de «sagrada desmesura», ayudados por el frío y por el hielo. Ellos hicieron fracasar el pacto. Ellos burlaron a la magia. Después de Stalingrado, Hitler deja de ser un profeta. Su religión se derrumba. Stalingrado no es sólo una derrota militar y política. El equilibrio de las fuerzas espirituales se modifica, la rueda gira. Los periódicos alemanes aparecen con recuadros negros y las descripciones que dan del desastre son más terribles que los comunicados rusos. Se decreta el luto nacional. Pero este luto rebasa la nación: «¡Daos cuenta! —escribe Goebbels—. Es todo un pensamiento, es toda una concepción del Universo que ha sufrido una derrota. Las fuerzas espirituales van a ser aplastadas, la hora del juicio se acerca.»

En Stalingrado, no es el comunismo que triunfa del fascismo, o mejor dicho, no es sólo esto. Mirándolo desde más lejos, es decir, desde el lugar adecuado para abarcar el sentido de tan amplios acontecimientos, es nuestra civilización humanista la que detiene el empuje formidable de otra civilización, luciferina, mágica, no hecha para el hombre, sino para «algo que es más que un hombre». No existen diferencias esenciales entre los móviles de los actos civilizadores de la URSS y de los Estados Unidos. La Europa de los siglos XVIII y XIX proporcionó el motor que sigue funcionando. No suena exactamente igual en Nueva York que en Moscú pero esto es todo. Había un

solo mundo en guerra contra Alemania, no una coalición momentánea de enemigos fundamentales. Un solo mundo que cree en el progreso, en la justicia, en la igualdad y en el silencio. Un solo mundo que tiene la misma visión del Cosmos, la misma comprensión de las leyes universales y que asigna al hombre, en el Universo, el mismo lugar, ni demasiado grande, ni demasiado pequeño. Un solo mundo que cree en la razón y en la realidad de las cosas. Un solo mundo que tenía que desaparecer entero para dejar sitio a otro, del que Hitler se creía anunciador.

Es el hombrecillo del «mundo libre», el habitante de Moscú, de Boston, de Limoges o de Lieja, el hombrecillo positivo, racionalista, más moralista que religioso, desprovisto de sentido metafísico, poco aficionado a lo fantástico, el hombre a quien Zarathustra tenía por apariencia de hombre, por criatura de hombre; el hombrecillo salido del muslo de M. Homais, quien va a aniquilar al Gran Ejército destinado a abrir camino al superhombre, al hombre-dios, dueño de los elementos, de los climas y de las estrellas. Y, por un curioso disentir de la justicia—o de la injusticia—, es este hombrecillo de alma limitada quien,

años más tarde, lanzaría un satélite al espacio, inaugurando la era interplanetaria. Stalingrado y el lanzamiento del Sputnik son, como dicen los rusos, las dos victorias decisivas, que celebraron conjuntamente en 1957, a raíz del aniversario de su revolución. Sus periódicos publicaron una fotografía de Goebbels: «Creía que íbamos a desaparecer. Pero teníamos que triunfar para crear el hombre interplanetario.»

La resistencia desesperada, loca, catastrófica, de Hitler, en el momento en que, evidentemente, todo estaba perdido, sólo se explica por la espera del diluvio descrito por los horbigerianos. Si no se podía volver la situación por medios humanos, quedaba la posibilidad de provocar el juicio de los dioses. Vendría el diluvio, como un castigo, para la Humanidad entera. La noche envolvería

el Globo y todo se ahogaría entre tempestades de agua y de granizo. Hitler, dice Speer, horrorizado, «trataba deliberadamente de que todo pereciese con él. Ya no era más que un hombre para quien el fin de su propia vida significaba el fin de todas las cosas». Goebbels, en sus últimos editoriales, saluda con entusiasmo a los bombardeos enemigos que destruyen su país: «Bajo las ruinas de nuestras ciudades derrumbadas, quedan enterradas las realizaciones del estúpido siglo XIX.» Hitler entroniza a la muerte: prescribe la destrucción total de Alemania, hace ejecutar a los prisioneros, condena a su antiguo cirujano, hace matar a su cuñado, pide la muerte para los soldados vencidos, y él mismo bajó a la tumba. «Hitler y Goebbels —escribe Trevor Roper— invitaron al pueblo alemán a destruir sus ciudades y sus fábricas y el material rodado, y todo en favor de una leyenda, en nombre de un ocaso de los dioses.» Hitler pide sangre, envía sus últimas tropas al sacrificio: «Las pérdidas no parecen jamás bastante elevadas», dice. No son los enemigos de Alemania que ganan la partida; son las fuerzas universales que se ponen en marcha para ahogar la Tierra y castigar a la Humanidad, porque la Humanidad ha dejado que el hielo venciera al fuego, que las potencias de la muerte vencieran a las potencias de la vida y la resurrección. El cielo se vengará. Sólo le cabe ya, al moribundo, impear el gran diluvio. Hitler hace un sacrificio al agua: ordena que se inunde el Metro de Berlín, donde perecen 300.000 personas refugiadas en los subterráneos. Es un acto de magia: su gesto provocará movimientos apocalípticos en el cielo y en la Tierra. Goebbels publica un último artículo antes de matar, en el bunker, a su mujer y a sus hijos y de matarse él mismo. Titula su editorial de despedida: «Y, a pesar de todo, será.» Dice que el drama no se representa a escala de la Tierra, sino del Cosmos. «Nuestro final será el final de todo el Universo.»

Elevaban su pensamiento delirante a los espacios infinitos, y murieron en un subterráneo.

Creían que preparaban el hombre-dios al que obedecerían los elementos. Creían en el ciclo del fuego. Tenían que vencer al hielo, así en el cielo como en la Tierra, y sus soldados se morían al bajarse los calzones.

Alimentaban una visión fantástica de la evolución de las especies y esperaban formidables mutaciones.

Y las últimas noticias del mundo exterior les fueron dadas por el jefe de los guardias del Zoo de Berlín, que, encaramado en un árbol, telefoneaba al bunker.

Poderosos, orgullosos y fieros, profetizaban:

La gran edad del mundo renace.

Volverán los años de oro;

La, tierra, como una serpiente,

Muda sus vestiduras gastadas del invierno.

Pero sin duda hay una profecía más profunda que condena a los propios profetas y los condena a una muerte más que trágica: caricaturesca. En el fondo de su cueva, escuchando

el creciente ronquido de los tanques, acababan su vida ardiente y malvada, entre las rebeldías, los dolores y las súplicas con que termina la visión de Shelley intitulada *Helias*:

¡Oh! ¡Deteneos! ¿Deben volver el odio y la muerte? ¡Deteneos! ¿Tienen los hombres que matar y morir? ¡Deteneos! ¡No apuréis hasta las heces La copa de una amarga profecía! El mundo está cansado del pasado. ¡Oh! ¡Que muera o que repose al fin!

VIII

La Tierra es cóncava. — Vivimos en el interior. — El Sol y la Luna están en el centro de la Tierra. — El radar al servicio de los magos. — Una religión nacida en América. — Su profeta alemán era aviador. — La Tierra cóncava, los satélites artificiales y los alérgicos a la noción de infinito. — Un arbitraje de Hitler. — Más allá de la coherencia.

Estamos en abril de 1942. Alemania vierte todas sus fuerzas en la guerra. Nada, al parecer, es capaz de desviar a los técnicos, a los sabios y a los militares de su tarea inmediata.

Sin embargo, una expedición organizada, con asentimiento de Goering, de Himmler y de Hitler, abandona el Reich con gran sigilo. Forman esta expedición algunos de los mejores especialistas del radar. Bajo la dirección del doctor Heinz Fisher, conocido por sus trabajos sobre los rayos infrarrojos, desembarcan en la isla báltica de Rugen. Van provistos de los aparatos de radar más perfeccionados. Estos aparatos son todavía raros en esta época, y están repartidos en los puntos neurálgicos de la defensa alemana. Pero las observaciones que van a realizarse en la isla de Rugen son consideradas, por el alto Estado Mayor de Marina, como de importancia capital para la ofensiva que Hitler se apresta a desencadenar en todos los frentes.

No bien hubieron llegado, el doctor Fisher apuntó los aparatos al cielo, en un ángulo de cuarenta y nueve grados. Salta a la vista que nada hay que detectar en la dirección elegida. Los otros miembros de la expedición creen que se trata de un ensayo. Ignoran lo que se espera de ellos. Más tarde les será revelado el objeto de la expedición. Desconcertados, comprueban que los aparatos siguen apuntando en la misma dirección durante muchos días. Entonces se les da esta explicación: El Führer tiene buenas razones para creer que la Tierra no es convexa, sino cóncava. No habitamos en el exterior del Globo, sino en su interior. Nuestra posición es comparable a la de las moscas que andan por el interior de una esfera. El objeto de la expedición es demostrar científicamente esta verdad. Gracias a la reflexión de las ondas del radar, que se propagan en línea recta, se obtendrán imágenes de puntos extraordinariamente alejados en el interior de la esfera. El segundo objeto de la expedición es obtener, por reflexión, imágenes de la flota inglesa anclada en Scapaflow.

Martin Gardner relata esta loca aventura de la isla de Rugen en su obra *In the Name of Science*. El propio doctor Fisher aludiría a ella, después de la guerra. El profesor Gerard S. Kuiper, del Observatorio del Monte Palomar, consagró en 1946 una serie de artículos a la doctrina de la Tierra cóncava que había presidido aquella expedición. Escribía en *Popular Astronomy*: «En ciertos medios importantes de la Marina y de la Aviación alemanas, creían en la teoría de la Tierra cóncava. Pensaban que les resultaría particularmente útil para señalar la posición de la flota inglesa, y que la curvatura cóncava de la Tierra permitiría observaciones a gran distancia por medio de los rayos infrarrojos, menos curvados que los

rayos visibles.» El ingeniero Willy Ley registra los mismos hechos en su estudio de mayo de 1947: *Seudociencias en el país nazi*.

Es extraordinario, pero es verdad: altos dignatarios nazis y expertos militares negaron pura y simplemente lo que parece evidente a un niño de nuestro mundo civilizado, a saber, que la Tierra es una bola llena y que nosotros estamos en la superficie Encima de nosotros, piensa el niño, se extiende un universo, infinito, con sus millones de estrellas y sus galaxias. Debajo de nosotros, está la roca. Sea francés, inglés, americano o ruso, el

muchacho está en esto de acuerdo con la ciencia oficial y también con las religiones y las filosofías admitidas. Nuestra moral, nuestras artes, nuestra técnica, se fundan en esta visión que la experiencia parece demostrar. Si buscamos algo que pueda asegurar mejor que nada la unidad de la civilización moderna, lo encontramos en la cosmogonía. En lo esencial, es decir, en la situación del hombre y de la Tierra en el Universo, estamos todos de acuerdo, tanto si somos marxistas como si no lo somos. Sólo los nazis no estaban conformes.

Según los partidarios de la Tierra cóncava que organizaron la famosa expedición paracientífica de la isla de Rugen, habitamos en el interior de una bola apresada en una masa de roca que se extiende hasta el infinito. Vivimos pegados a la superficie cóncava. El cielo está en el centro de esta bola: es una masa de gas azulado, con puntos de luz brillante que tomamos por estrellas. No hay más que el Sol y la Luna, pero infinitamente más pequeños que lo que afirman los astrónomos ortodoxos. El Universo no es más que esto. Estamos solos y envueltos en roca.

Vamos a ver cómo nació esta visión: de las leyendas, de la intuición y de la iluminación. En 1942, una nación empeñada en una guerra en que la técnica es soberana, pide a la ciencia que apoye a la mística y a la mística que enriquezca a la técnica. El doctor Fisher, especialista del infrarrojo, recibe el encargo de poner el radar al servicio de los magos.

En París o en Londres, tenemos nuestros pensadores excéntricos, nuestros descubridores de cosmogonías delirantes, nuestros profetas de cosas chocantes. Escriben opúsculos, frecuentan la trastienda de las librerías de viejo, pronuncian discursos en Hyde Park o en «La sala de Geografía» del boulevard Saint Germain. En la Alemania hitleriana, vemos a gentes de esta clase movilizando las fuerzas de la nación y el aparato técnico de un

Ejército en guerra. Les vemos influyendo en los altos estados mayores, en los jefes políticos, en los sabios. Y es que estamos en presencia de una civilización completamente nueva, fundada en el desprecio a la cultura clásica y a la razón. En esta civilización, la intuición, la mística, la iluminación poética, están colocadas exactamente en el mismo plano que la investigación científica y el conocimiento racional. «Cuando oigo hablar de cultura, saco mi revólver», dice Goering. Esta frase amenazadora tiene dos sentidos: el literal, en que vemos a Goering Ubu rompiendo la cabeza a los intelectuales, y otro más profundo y también más perjudicial a lo que llamamos cultura, en el que vemos a Goering lanzando balas explosivas que son la cosmogonía horbigeriana, la doctrina de la Tierra cóncava o la mística del grupo «Thule».

La doctrina de la Tierra cóncava nació en América a principios del siglo XIX. El 10 de abril de 1818, todos los miembros del Congreso de los Estados Unidos, los directores de las universidades y algunos grandes sabios recibieron la carta siguiente:

Saint Louis, Territorio
del Missouri.
América del Norte, 10 de abril.

Al mundo entero.

Declaro que la Tierra es cóncava y habitable interiormente. Contiene varias esferas sólidas, concéntricas, colocadas una dentro de otra, y está abierta en el polo de 12 a 16 grados. Me comprometo a demostrar la realidad de lo que anuncio y estoy dispuesto a explorar el interior de la Tierra si el mundo quiere ayudarme en mi empresa.

Jno. CLEVES SYMNES Ex capitán de Infantería de Ohio.

Sprague de Camp y Willy Ley, en su hermosa obra *De la Atlántida a Eldorado*,[^] resumen así la teoría y la aventura del ex capitán de Infantería:

«Symnes sostenía que, siendo hueco todo lo de este mundo, como los huesos, los cabellos, los tallos de las plantas, etc., también lo eran los planetas, y que, en el caso de la Tierra, por ejemplo, se podían distinguir cinco esferas colocadas unas dentro de otras, todas ellas habitables, tanto en el interior como en el exterior, y todas provistas de grandes aberturas polares, por las cuales los habitantes de cada esfera podían pasar de cualquier punto del interior a otro, así como al exterior, de la misma manera que una hormiga recorría el interior y después el exterior de un tazón de porcelana... Symnes organizaba sus ciclos de conferencias como campañas electorales. Dejó al morir montañas de notas y, probablemente, el pequeño modelo en madera del " globo de Symnes ", que se encuentra actualmente en la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia. Su hijo, Americ Vespuccius Symnes, era adepto suyo y trató, sin éxito, de reunir sus notas en una obra coherente. Añadió una suposición según la cual, cuando se cumplieran los tiempos, se descubrirían las Diez Tribus perdidas de Israel, viviendo probablemente en el interior de la más externa de las esferas.»

En 1870, otro americano, Cyrus Read Teed, proclama a su vez que la Tierra es cóncava. Teed era un espíritu de gran erudición, especializado en el estudio de la literatura alquimista. En 1869, mientras trabajaba en su laboratorio y meditaba sobre los *libros de Isaías*, había tenido una inspiración. Había comprendido que habitábamos, no sobre la Tierra, sino en su interior. Como esta visión devolvía el crédito a antiguas leyendas, Teed fundó una especie de religión y difundió su doctrina por medio de un pequeño periódico: *La espiral*. Publicada por Plaza & Janes.

da de fuego. En 1894 había reclutado más de cuatro mil fanáticos. Su religión se llamaba *koreshismo*. Murió en 1908, después de anunciar que su cadáver no se descompondría. No obstante, sus fieles tuvieron que hacerlo embalsamar a los dos días.

La idea de la Tierra hueca está relacionada con una tradición que se encuentra en todas las épocas y en todos los lugares. Las obras más antiguas de literatura religiosa nos hablan de un mundo separado, situado debajo de la corteza terrestre y donde moran los muertos y los espíritus. Cuando Gilgamesh, héroe legendario de los antiguos sumerios y de las epopeyas babilónicas, va a visitar a su antepasado Utnapishtim, desciende a las entrañas de la Tierra, y es también allí donde Orfeo va a buscar el alma de Eurídice. Ulises, al cruzar los límites del Occidente, ofrece un sacrificio con el fin de que los espíritus de los antiguos surjan de las profundidades de la Tierra y le aconsejen. Plutón reina en el fondo de la Tierra sobre los espíritus muertos. Los primeros cristianos se reúnen en las catacumbas y hacen de los abismos subterráneos la morada de las almas condenadas. Las leyendas germánicas exilian a Venus al centro de la Tierra. Dante sitúa el infierno en los círculos inferiores. Los folklores europeos alojan a los dragones bajo tierra, y los japoneses imaginan en las profundidades de su isla un monstruo cuyas sacudidas provocan los temblores de tierra.

Hemos hablado ya de una sociedad secreta prehitleriana, la «Sociedad del Vril», que amasaba estas leyendas con la tesis sostenida por el escritor inglés Bulwer Lytton en

su novela *La raza que nos suplantará*. Según los miembros de aquella sociedad, unos seres que poseen un poder psíquico superior al nuestro habitan en cavernas en el centro de la Tierra. Un día saldrán de ellas para reinar sobre nosotros.

Al terminar la guerra de 1914, un joven aviador alemán, prisionero en Francia, Hender, descubre unos viejos ejemplares del periódico de Teed *La espada de fuego*, así como unos folletos de propaganda de la Tierra hueca. Atraído por este culto, e inspirado a su vez, concreta y desarrolla esta doctrina. De vuelta en Alemania, funda un movimiento, el *Hohl Welt Lehre*. Prosigue los trabajos de otro americano, Marshall B. Gardner, que había publicado una obra, en 1913, para demostrar que el Sol no estaba encima de la Tierra, sino en el centro de ésta, y que emitía rayos cuya presión nos mantenía en la superficie cóncava.

Según Bender, la Tierra es una esfera de la misma dimensión que en la geografía ortodoxa, pero es hueca, y la vida se halla adherida a la superficie interna por efecto de ciertas radiaciones solares. Más allá, se extiende la roca hasta el infinito. La capa de aire, en el interior, tiene un grosor de sesenta kilómetros; después se enrarece hasta el vacío absoluto del centro, donde se encuentran tres cuerpos: el Sol, la Luna y el Universo fantasma. Este Universo fantasma es una bola de gas azulado, en el cual brillan unos granos de luz que los astrónomos llaman estrellas. Cuando esta masa azul pasa por delante del Sol, cae la noche sobre una parte de la concavidad terrestre, y la sombra de aquella masa sobre la Luna produce los eclipses. Creemos en un universo exterior, situado encima de nosotros, porque los rayos luminosos no se propagan en línea recta: son curvos, a excepción de los infrarrojos. La teoría de Bender llegó a ser popular en los alrededores de 1930. Ciertos dirigentes del Reich y oficiales superiores de la Marina y de la Aviación creían en la Tierra cóncava.

Nos parece absolutamente insensato que los hombres encargados de la dirección de una nación hayan podido fundar en parte su conducta sobre intuiciones místicas que niegan la existencia de nuestro Universo. Sin

embargo, hay que darse cuenta de que, para el hombre sencillo, para el alemán de la calle cuyo espíritu había sufrido los efectos de la derrota y de la miseria, la idea de la Tierra cóncava, allá por el año 1930, no era más alocada que la teoría según la cual un grano de materia contenía fuentes de energía ilimitada, o que la idea de un Universo de cuatro dimensiones. La ciencia, después del fin del siglo XIX emprendía una ruta que no era la del sentido común. Para los espíritus primarios, desgraciados y místicos, toda rareza era admisible, y, sobre todo, las rarezas comprensibles y consoladoras, como la Tierra hueca. Hitler y sus camaradas, hombres salidos del pueblo y adversarios de la inteligencia pura, debían considerar más admisibles las ideas de Bender que las teorías de Einstein, que descubrían un Universo de infinita complejidad y lleno de infinitas sutilezas. El mundo de Bender era aparentemente tan loco como el mundo einsteniano, pero, para penetrar en él, bastaba con una locura de primer grado. La explicación del Universo de Bender, aunque fundada en premisas locas, se desarrolla de una manera razonable. El loco lo ha perdido todo, salvo la razón.

El *Hohl Welt Lehre*, que hacía de la Humanidad la sola presencia inteligente del Universo, que reducía este Universo a las dimensiones de la Tierra, que daba al hombre la sensación de hallarse abrigado, encerrado, protegido, como el feto en el claustro materno, satisfacía ciertas aspiraciones del alma desgraciada, replegada sobre un orgullo y llena de resentimientos contra el mundo exterior. Era, además, la única teoría alemana que podía oponerse al judío Einstein.

La teoría de Einstein se apoya en el experimento de Michelson y Morley, que demuestra que la velocidad de la luz se desplaza en el sentido de la revolución terrestre y es igual que la de la luz perpendicular a dicha

revolución. Einstein deduce de ello que no existe, pues, un medio que «lleve» la luz, sino que ésta se compone de partículas independientes. Partiendo de esta base, Einstein advierte que la luz se contrae en el sentido del movimiento y que es una condensación de energía. Establece la teoría de la relatividad del movimiento de la luz. En el sistema Bender, la Tierra, al ser hueca, no se desplaza. No existe el efecto de Michelson. La tesis de la Tierra cóncava se adapta, pues, a la realidad tan bien como la de Einstein. En aquella época, ninguna verificación experimental había venido a corroborar el pensamiento de Einstein; la bomba atómica no había confirmado aún aquel pensamiento de un modo absoluto y terrorífico. Los dirigentes alemanes aprovecharon la ocasión de negar todo valor a los trabajos del genial judío, y empezó la persecución contra los sabios israelitas y contra la ciencia oficial.

Einstein, Teller, Fermi y otros muchos espíritus selectos tuvieron que emigrar. Fueron bien recibidos en los Estados Unidos, donde dispusieron de dinero y de laboratorios bien pertrechados. Aquí está el origen del poderío atómico americano. La marea de las fuerzas ocultas de Alemania dio la energía nuclear a los americanos.

El centro de estudios más importante del Ejército americano se encuentra en Dayton, Ohio. En 1957, se anunció que el laboratorio de este centro, consagrado a la domesticación de la bomba de hidrógeno, había logrado producir una temperatura de un millón de grados. El sabio que acababa de realizar este extraordinario experimento era el doctor Heinz Fisher, el mismo que dirigió la expedición de la isla de Rugen para verificar la hipótesis de la Tierra cóncava. Desde 1945, trabajaba libremente en los Estados Unidos. Interrogado por la Prensa americana sobre su pasado, declaró: «Los nazis me hacían realizar un trabajo de locos, lo que entorpecía considerablemente mis investigaciones.» Cabe preguntarse lo que habría ocurrido y cómo se habría desarrollado la guerra si las investigaciones del doctor Fisher no hubiesen sido interrumpidas en provecho del místico Bender...

Después de la expedición de la isla de Rugen, la autoridad de Bender, a los ojos de los dignatarios nazis, decreció a pesar de la protección de Goering, que sentía afecto por el antiguo héroe de la aviación. Los horbigerianos, los partidarios del gran universo en que reina el hielo eterno, se alzaron con el triunfo. Bender fue arrojado a un campo de concentración, donde murió. La Tierra cóncava tuvo así a su mártir.

Sin embargo, ya mucho antes de aquella loca expedición, los discípulos de Horbiger abrumaban a Bender con sus sarcasmos y pedían la prohibición de las obras favorables a la Tierra cóncava. El sistema de Horbiger conserva las dimensiones de la cosmología ortodoxa, y es imposible creer a la vez en un Cosmos en que el hielo y el fuego prosiguen su lucha eterna, y en un globo hueco y apresado en una roca que se extiende hasta el infinito. Se pidió el arbitraje de Hitler. Su respuesta es digna de reflexión:

«No necesitamos en absoluto —dijo Hitler— una concepción coherente del mundo. Los dos pueden tener razón.»

Lo que cuenta, no es la coherencia y la unidad de criterio; es la destrucción de los sistemas nacidos de la lógica y de los modos de pensar racionales, es el dinamismo místico y la fuerza explosiva de la intuición. En las tinieblas centelleantes del espíritu mágico cabe más de una centella.

IX

Agua para nuestro horrible molino. — El diario de los Rubios. — El sacerdote Lenz. — Una circular de la Gestapo. — La última oración de Dietrich Eckardt. — La leyenda de Thule. — Un criadero de médiums.
— Hausboffer, el mago. — Los silencios de Hess. — La cruz gamada y los misterios de la casa Ipatiev. — Los siete hombres que querían cambiar la vida. — Una colonia tibetana. — Exterminios y ritual. — Más oscuro de lo que os imagináis.

Después de la guerra vivía en Kiel un buen médico de la seguridad social, perito de los tribunales muy campechano, llamado Fritz Sawade. A fines de 1959, una voz misteriosa advirtió al doctor que la justicia se veía obligada a detenerle. El hombre huyó, anduvo ocho días errante y por fin se rindió. En realidad, era el Obersturmbannführer SS Werner Heyde. El profesor Heyde había sido el organizador médico del programa de eutanasia que, desde 1940 a 1941, hizo 200.000 víctimas alemanas y sirvió de prólogo al exterminio de los extranjeros en los campos de concentración.

A propósito de esta detención, un periodista francés, que es al mismo tiempo un excelente historiador de la Alemania hitleriana, escribió:¹

«El caso Heyde, como tantos otros, se parece a los icebergs, cuya parte visible es la menos importante... La eutanasia de los débiles y de los incurables, el exterminio masivo de todas las comunidades capaces de "contaminar la pureza de la sangre germánica", se llevaron a cabo

1. M. Nobécourt, en el semanario *Carrefour*, del 6 de enero de 1960.

con encarnizamiento patológico, con una convicción de naturaleza casi religiosa que rayaba en la demencia. Hasta tal punto fue así, que numerosos observadores de los procesos alemanes de después de la guerra —autoridades científicas o médicas poco dispuestas a admitir pruebas adulteradas— acabaron por pensar que la pasión política ofrecía una explicación muy débil y que necesariamente tenía que existir, entre los ejecutores y los jefes, entre Himmler y el último guardián de campo de concentración, una especie de lazo místico.»

«La hipótesis de una comunidad secreta, en la base del nacionalsocialismo, se ha ido imponiendo poco a poco. Una comunidad verdaderamente demoníaca, regida por dogmas ocultos, mucho más complicados que las doctrinas elementales de *Mein Kampf* de *El mito del siglo xx*, y servida por ritos de los que no se advierten huellas aisladas, pero cuya existencia parece indudable a los analistas (y repetimos que se trata de sabios y de médicos) de la patología nazi.» He aquí cómo viene el agua a nuestro horrible molino.

No creemos, sin embargo, que se trate de una sola sociedad secreta, sólidamente organizada y ramificada, ni de un dogma único, ni de un conjunto de ritos orgánicamente constituidos. La pluralidad y la incoherencia nos parecen, por el contrario, muy significativas en esta Alemania subterránea que tratamos de describir. La unidad y la cohesión en todo movimiento, incluso místico, parecen indispensables al occidental que se alimenta de positivismo y cartesianismo. Pero estamos fuera de este Occidente; se trata más bien de un culto multiforme, de un estado de *sobreespíritu* (o de *subespíritu*) que absorbe ritos diversos y creencias mal conjugadas entre sí. Lo importante es alimentar un fuego secreto, una llama viva; y todo es bueno para alimentarla.

En este *estado*, nada es ya imposible. Se interrumpen las leyes naturales, el mundo se hace fluido. Había jefes

de la SS que declaraban que el canal de la Mancha es mucho menos ancho de lo que indican los mapas. Para ellos, como para los sabios hindúes de hace dos mil años, como para el obispo Berkeley en el siglo XVIII, el Universo no era más que una ilusión, y su estructura podía ser modificada por el pensamiento activo de los iniciados.

Nosotros consideramos probable la existencia de un rompecabezas mágico, de una fuerte corriente mística luciferina, sobre la cual hemos dado algunas indicaciones en los capítulos precedentes. Todo esto puede servir para explicar un gran número de hechos terribles, de manera más realista que la de los historiadores convencionales empeñados en ver únicamente detrás de tantos actos crueles y delirantes, la megalomanía de un sifilítico, el sadismo de un puñado de neuróticos, la obediencia servil de una multitud de cobardes.

Siguiendo nuestro método, vamos ahora a someteros informaciones y retazos de otros aspectos olvidados del «socialismo mágico»: la «Sociedad Thule», la cima de la Orden Negra y la «Sociedad Ahnenerbe». Hemos reunido a este respecto una documentación bastante copiosa, como de un millar de páginas. Pero esta documentación requeriría ser comprobada una vez más y abundantemente completada, si quisieramos escribir una obra clara, sólida y completa. Por lo tanto, esto escapa a nuestras posibilidades. Además, no queremos hacer excesivamente pesado este libro, que sólo trata de la historia contemporánea a título de ejemplo del «realismo fantástico». He aquí, pues, un breve resumen de algunos datos iluminadores.

Un día de otoño de 1923, muere en Munich un personaje singular, poeta, dramaturgo, periodista, bohemio, que se hacía llamar Dietrich Eckardt. Con los pulmones quemados por la iperita, había hecho, antes de

entrar en agonía, una oración muy personal ante un meteorito negro del que solía decir: «Es mi piedra de Kaaba», y que había legado al profesor Oberth, uno de los creadores de la astronáutica. Acababa de enviar un largo manuscrito a su amigo Haushoffer. Sus asuntos estaban en regla. Iba a morir, pero la «Sociedad Thule» seguiría viviendo y pronto cambiaría el mundo y la vida que hay en el mundo.

En 1920, Dietrich Eckardt y otro miembro de la «Sociedad Thule», el arquitecto Alfred Rosenberg, conocen a Hitler. Le han citado por primera vez en la casa de Wagner, en Bayreuth. Durante tres años, escoltarán continuamente al pequeño cabo de la Reichswehr y dirigirán sus pensamientos y sus actos. Konrad Heiden¹ escribe: «Eckardt emprende la formación espiritual de Adolfo Hitler.» Le enseña también a escribir y a hablar. Su enseñanza se desarrolla en dos planos: la doctrina «secreta» y la intriga de propaganda. Él mismo ha explicado, de pasada, alguna de las conversaciones que tuvo con Hitler, en un curioso folleto titulado: *El bolchevismo desde Moisés a Lenin*. En julio de 1923, este nuevo maestro, Eckardt, será uno de los siete miembros fundadores del partido nacionalsocialista. Siete: el número sagrado. En otoño, al morir, dice: «Seguid a Hitler. Él bailará, pero yo he compuesto la música. Le hemos dado los medios de comunicarse con Ellos... No me lloréis; yo habré influido en la Historia más que ningún otro alemán...»

La leyenda de Thule se remonta a los orígenes del germanismo. Se trata de una isla desaparecida, en algún lugar del extremo Norte. ¿En Groenlandia? ¿En el Labrador? Como la Atlántida, Thule habría sido el centro mágico de una civilización extinguida. Según Eckardt

1. Konrad Heiden, *Adolph Hitler*, traducido al francés por A. Pierhal. Grasset.

sus amigos, no se habían perdido todos los secretos de Thule. Unos seres intermediarios entre el hombre y las inteligencias de Fuera tendrían a disposición de los iniciados un depósito de fuerzas donde abastecerse para devolver a Alemania el imperio del mundo, para

hacer de Alemania la nación anunciadora de la superhumanidad venidera, de las mutaciones de la especie humana. Llegará un día en que las legiones se pondrán en marcha para aniquilar todo lo que se opone al destino espiritual de la Tierra, y serán conducidas por hombres infalibles, alimentadas en las mismas fuentes de la energía y guiadas por los Grandes Antiguos. Tales son los mitos contenidos en la doctrina aria de Eckardt y de Rosenberg, y que estos profetas de un socialismo mágico introducen en el alma de médium de Hitler. Pero la sociedad «Thule» no es, a la sazón, más que una maquinaria, bastante poderosa, de mezclar sueños y realidades. Muy pronto se convertirá, bajo otras influencias y con otros personajes, en un instrumento mucho más extraño: un instrumento capaz de cambiar la naturaleza misma de la realidad. Al parecer es Karl Haushoffer quien da al grupo «Thule» su verdadero carácter de sociedad secreta de iniciados en contacto con lo invisible, y que ha de convertirse en el centro mágico del nazismo. Hitler nació en Braunau del Inn, el 20 de abril de 1889, a las 17,30, en el 219 de Salzburger Vorstadt. Ciudad fronteriza austrobávara, punto de contacto entre dos grandes Estados alemanes, fue más tarde para el Führer una ciudad símbolo. Posee una tradición singular: es un criadero de médiums. Es el pueblo natal de Willy y de Rudi Schneider, cuyos experimentos psíquicos causaron sensación hace una treintena de años. Hitler tuvo la misma nodriza que Willy Schneider. Jean de Pange escribía en 1940: «Braunau es un centro de médiums. Uno de los más conocidos es Madame Stokhammes, que, en 1920, se casó en Viena con el

príncipe Joaquín de Prusia. Un espiritista de Munich, el barón de Schrenk Notzing, hacía venir de Braunau a sus médiums, uno de los cuales era precisamente primo de Hitler.»

El ocultismo enseña que, después de haberse atraído las fuerzas ocultas por medio de un pacto, los miembros del grupo no pueden evocar estas fuerzas más que por mediación de un mago, el cual no puede actuar sin un médium. Todo ocurre como si Hitler hubiese sido el médium y Haushoffer el mago.

Rauschning, al describir a Hitler, dice: «Forzoso es pensar en los médiums. Casi siempre son seres corrientes, insignificantes. Súbitamente, les caen como del cielo unos poderes que les elevan muy por encima del nivel común. Estos poderes son exteriores a su personalidad real. Son visitantes venidos de otros planetas. El médium es un poseso. Una vez liberado, vuelve a caer en la mediocridad. Indudablemente ciertas fuerzas llegan a Hitler de esta forma; fuerzas casi demoníacas de las cuales el personaje llamado Hitler no es más que la vestidura momentánea. Esta conjunción de lo vulgar y lo extraordinario constituye la insoportable dualidad que uno advierte desde que se pone en contacto con él. Es un ser que se diría inventado por Dostoievski. Tal es la impresión que da, en un rostro extraño, la unión de un desorden enfermizo con un turbio vigor.»

Strasser: «Quien escucha a Hitler ve surgir de pronto al Führer de la gloria humana... Aparece una luz detrás de una ventana oscura. Un señor con un cómico pincel por bigote se transforma en arcángel... Después, el arcángel levanta el vuelo; ya no queda más que Hitler, que se sienta, bañado en sudor y con los ojos vidriosos.»

Bouchez: «Yo contemplaba sus ojos, que se habían convertido en ojos de médium... A veces parecía producirse un fenómeno de ectoplasma: algo parecía habitar en el orador. Se desprendía un fluido... Después volvía a ser el hombre pequeño, corriente, incluso vulgar. Parecía fatigado al agotarse sus acumuladores.»

François Poncet: «Caía en una especie de trance de médium. Su rostro tenía una exaltación extática.»

Detrás del médium, no hay ciertamente un solo hombre, sino un grupo, un conjunto de energías, una central mágica. Y nos parece seguro que Hitler es impulsado por algo diferente de lo que expresa: por fuerzas y doctrinas mal coordinadas, pero infinitamente más temibles que la sola teoría nacionalsocialista. Un pensamiento mucho más grande que el suyo, que sin cesar le desborda y del que no da al pueblo, ni a sus colaboradores,

más que retazos toscamente vulgarizados. Poderosa caja de resonancia, Hitler ha sido siempre el «tambor» que se jactaba de ser en el proceso de Munich, y en tambor se ha quedado. Mas sólo retuvo y utilizó lo que, dependiendo de las circunstancias, servía a su ambición de conquista del poder, a su sueño de dominación del mundo y a su delirio: la selección biológica del hombre-dios.¹

Pero tiene otro sueño, otro delirio: transformar la vida en todo el planeta. A veces lo confiesa, o mejor aún, el pensamiento oculto le desborda, filtrándose bruscamente por una rendija. Así, dice a Rauschning: «Nuestra revolución es una etapa nueva, o más bien la etapa definitiva de la evolución que conduce a la supresión de la historia...» O bien: «Usted no sabe nada de mí; los camaradas del Partido no tienen la menor idea de los sueños que me visitan a menudo, ni del edificio grandioso cuyos cimientos, al menos, se habrán consolidado cuando yo muera... El mundo emprende un giro decisivo; estamos en el gozne de los tiempos... El planeta experimentará una commoción que ustedes, los no

1. Doctor Achule Delmas.

iniciados, no pueden comprender... Lo que ocurre es más que el advenimiento de una nueva religión...»

Rudolf Hess había sido ayudante de Haushoffer cuando éste era catedrático de la Universidad de Munich. Él fue quien puso en contacto a Haushoffer y a Hitler. Huyó de Alemania en avión, en loca escapada, después de decirle Haushoffer que le había visto en sueños volando a Inglaterra. En los raros momentos de lucidez que le deja su inexplicable enfermedad, el prisionero Hess, único superviviente del grupo «Thule», declaró formalmente que Haushoffer era el mago, el amo oculto¹.

Después del fracasado levantamiento, Hitler es encerrado en la cárcel de Landshurt. Conducido por Hess, el general Karl Haushoffer visita diariamente a Hitler, pasa horas enteras a su lado, desarrolla sus teorías y extrae de ellas todos los argumentos favorables a la conquista política. Al quedarse solo con Hess, Hitler hace una mezcla, para la propaganda exterior, de las tesis de Haushoffer y los proyectos de Rosenberg, que después le sirvió para el *Mein Kampf*.

Karl Haushoffer nació en 1869. Pasó largas temporadas en la India y en el Extremo Oriente, fue enviado al Japón y aprendió su lengua. Según él, el origen del pueblo alemán se hallaba en el Asia Central, y la raza indogermánica aseguraba la permanencia, la grandeza y la nobleza del mundo. Se dice que Haushoffer, en el Japón, fue iniciado en una de las más grandes sociedades secretas budistas, y se obligó, si fracasaba su misión, a cumplir el suicidio ceremonial.

En 1914, Haushoffer, joven general, llama la atención por su extraordinaria facultad de predecir los acontecimientos: horas de ataque del enemigo, lugares en que caerán los obuses, tempestades, cambios políticos en países que le son desconocidos. ¿Tendría Hitler

shman, *Los siete hombres de Spandau*.

este mismo don de clarividencia, o le serían comunicadas por Haushoffer sus propias inspiraciones? Hitler predijo con exactitud la fecha de la entrada de sus tropas en París, la fecha de la llegada a Burdeos de los primeros que rompieron el bloqueo. Cuando decidió ocupar Renania, todos los expertos de Europa, incluso los alemanes, estaban persuadidos de que Francia e Inglaterra se opondrían. Hitler predijo lo contrario. También anunció la fecha de la muerte de Roosevelt.

Después de la Gran Guerra, Haushoffer reanuda sus estudios y parece orientarse exclusivamente hacia la geografía política, funda una revista de geopolítica y publica numerosas obras. Y, cosa curiosa, estas obras parecen fundarse en un realismo político estrechamente materialista. Este cuidado de todos los miembros del grupo en emplear un

lenguaje exótico puramente materialista, de hacer salir al exterior conceptos seudocientíficos, produce una incesante confusión.

El geopolítico se superpone a otro personaje, discípulo de Schopenhauer, inclinado al budismo, admirador de Ignacio de Loyola, tentado por el gobierno de los hombres, espíritu místico en busca de realidades ocultas, hombres de gran cultura y de gran psiquismo. Parece natural que fuese Haushoffer quien eligiese la cruz gamada por emblema.

En Europa, como en Asia, la cruz gamada ha sido tenida siempre por signo mágico. Se ha visto en ella el símbolo del sol, fuente de vida y de fecundidad, o del trueno, manifestación de la cólera divina que ha de conjurar. A diferencia de la cruz, del triángulo, del círculo o de la media luna, la cruz gamada no es un signo elemental que haya podido ser inventado y reinventado en todas las edades de la Humanidad y en todos los puntos del Globo, con un simbolismo cada vez diferente. Es el primer signo trazado con una intención precisa. El estudio de sus migraciones plantea el problema de las primeras edades, de los orígenes comunes a las diversas religiones, de las relaciones prehistóricas entre Europa, Asia y América. Su rastro más antiguo ha sido descubierto en Transilvania y se remonta a finales de la época de la piedra pulimentada. Se le vuelve a encontrar en centenares de husos del siglo XIV a.C. y en los vestigios de Troya. Aparece en la India, en el siglo IV a.C., y en China, en el siglo V d.C. Se la ve un siglo más tarde en el Japón, en el momento de la introducción del budismo, que hace de ella su emblema. Observación capital: es completamente desconocida o aparece sólo a título accidental en toda la región semítica, en Egipto, en Caldea, en Asiria y en Fenicia. Es un símbolo exclusivamente ario. En 1891, Ernest Krauss llama la atención del público germánico sobre esta circunstancia; en 1908, Guido List describe la cruz gamada como símbolo de la pureza de la sangre, como un signo más de conocimiento esotérico revelado por el descifrado de la epopeya rúnica de Edda. La emperatriz Alexandra Feodorovna introduce la cruz gamada en la Corte de Rusia. ¿Sería por influencia de los teósofos? ¿O por la del médium Badmaiev, chocante personaje educado en Lhassa y que enseguida estableció numerosas relaciones con el Tíbet? Ahora bien, el Tíbet es una de las regiones en que la cruz gamada, dextrógira o levógira, es de uso más corriente. Y aquí viene a cuento una historia muy curiosa. Se dice que la zarina, antes de su ejecución, dibujó en el muro de la casa Ipatiev una cruz gamada, acompañada de una inscripción. Se fotografió esta inscripción, que fue borrada después precipitadamente. Kutiepoff estaba en posesión de esta foto, sacada el 24 de julio, en tanto que la fotografía oficial lleva fecha 14 de agosto. Recibió también en depósito el ícono que se descubrió sobre el cuerpo de la zarina, en el interior del cual dícese que se encontró otro mensaje, que aludía a la sociedad secreta del Dragón Verde. Según un agente de información, que fue misteriosamente envenenado y que empleaba en sus

novelas el seudónimo de Teddy Legrand, Kutiepoff, que desapareció sin dejar rastro, fue raptado y asesinado en el yate de tres mástiles del barón Otto Bautemas, asesinado a su vez más tarde. Teddy Legrand escribe: «El gran barco se llamaba Asgärd. Había sido, pues, bautizado —¿por casualidad?— con el nombre con que las leyendas irlandesas designan el reino del rey de Thule.» Según Trebich Lincoln (que aseguraba ser en realidad el lama Djordi Den), la sociedad de los «Verdes», emparentada con la sociedad «Thule», tenía su origen en el Tíbet. En Berlín, un monje tibetano, apodado «el hombre de los guantes verdes» y que anunció tres veces en la Prensa, con exactitud, el número de diputados hitlerianos enviados al Reichstag, recibía con regularidad a Hitler. Era, al decir de los iniciados, «detentador de las llaves que abren el reino de Agartha».

Esto nos lleva de nuevo a Thule. En el momento en que se publica *Mein Kampf*, aparece también el libro del ruso Ossendovski, *Hombres, bestias y dioses*, en el cual se pronuncian

públicamente y por primera vez los nombres de Schamballah y de Agartheta. Estos nombres volverán a sonar en labios de los responsables de la Ahnenerbe, en el proceso de Nuremberg.

Estamos en 1925.¹ El partido nacionalsocialista

1. En 1931, en su obra *El simbolismo de la cruz*, René Guénon anota al pie de una página:

«Recientemente, hemos extraído de un artículo del *Journal des Débats*, del 22 de enero de 1929, la siguiente información, de la que parece desprenderse que las altas tradiciones no se han perdido tan completamente como la gente cree: *En 1925, se sublevaron gran parte de los indios cuna, mataron a los guardias de Panamá que habitaban en su territorio y fundaron la República independiente de Thule, cuya bandera es una cruz gamada sobre fondo naranja y con cenefa roja. Esta república existe todavía en la hora actual.* Hay que observar, sobre todo, la asociación de la cruz gamada con el nombre de Thule, que es una de las denominaciones más antiguas del centro espiritual supremo, aplicada en consecuencia a algunos de los centros subordinados.»

empieza a reclutar sus miembros activamente. Horst Wessel, hombre de acción de Horbiger, organiza las fuerzas de choque. Es muerto por los comunistas al año siguiente. El poeta Ewers compone en su memoria un canto que se convertirá en el himno sagrado del movimiento. Ewers, que es un Lovecraft alemán, se inscribe lleno de entusiasmo en el partido, porque ve en él, en su origen, «la más fuerte expresión de los poderes negros».

Los siete fundadores, que sueñan con «cambiar la vida», están ciertos, física y espiritualmente ciertos, de que son empujados por aquellos poderes negros. Si nuestros informes son exactos, el juramento que los reúne y el mito a que se entregan para obtener energía, confianza y suerte, tienen su origen en una leyenda tibetana. Según ella, hace treinta o cuarenta siglos existía en el Gobi una importante civilización. Después de una gran catástrofe, tal vez atómica, el Gobi quedó convertido en un desierto, y los supervivientes emigraron, unos hacia el extremo norte de Europa y otros hacia el Caucase. El dios Thor, de las leyendas nórdicas, sería uno de los héroes de aquella migración.

Los «iniciados» del grupo «Thule» estaban persuadidos de que estos emigrados del Gobi constituyan la raza fundamental de la Humanidad, el tronco ario. Haushoffer predicaba la necesidad del «retorno a las fuentes», es decir, la necesidad de conquistar toda la Europa Oriental, el Turkestán, el Pamir, el Gobi y el Tíbet. Estos países constituyan, a sus ojos, la «región-corazón», y los que los dominaran, dominarían el mundo.

Según la leyenda, tal como fue referida sin duda a Haushoffer allá por el año de 1905, y tal como la explica a su manera René Guénon en *El rey del mundo*, después del cataclismo de Gobi, los maestros de la alta civilización, los detentadores del conocimiento, los hijos de las Inteligencias de Fuera, se instalaron en un inmenso sistema de cavernas, bajo el Himalaya. En el corazón de estas cavernas se dividieron en dos puntos; el que siguió «el camino de la derecha», y el que siguió «el camino de la izquierda». El primer camino tendría su centro en Agartheta, lugar de contemplación, ciudad oculta del bien, templo de la no participación en el mundo. El segundo pasaría por Schamballah, ciudad de la violencia y del poder, cuyas fuerzas gobiernan a los elementos y a las masas humanas, y apresuran la llegada de la Humanidad al «gozne de los tiempos». Los magos conductores de pueblos podrían celebrar un pacto con Schamballah, por medio de juramentos y sacrificios.

En Austria, el grupo «Edelweiss» anunciaba en 1928 que había nacido un nuevo mesías. En Inglaterra, Sir Musely y Bellamy proclamaban en nombre de la doctrina horbigeriana que la luz había tocado a Alemania. En América aparecían los *Caminos de plata* del coronel Ballard. Por el contrario, un cierto número de ingleses eminentes intentan poner en guardia a la opinión contra este movimiento, en el que ven ante todo

una amenaza espiritual, el auge de una religión luciferina. Kipling hace borrar la cruz gamada que adorna la cubierta de sus libros. Lord Tweedsmuir, que emplea el seudónimo John Buchan, publica dos novelas con clave: *El juicio del alba* y *Un príncipe en el cautiverio*, que contienen la descripción de los peligros que una «central de energías» intelectuales, espirituales y mágicas, orientada hacia el gran mal, puede acarrear a la civilización occidental. Saint Georges Saunders denuncia, en *Los siete dormilones* y en *El reino escondido* las sombrías llamas del esoterismo nazi y su inspiración «tibetana».

En 1926, se instala en Berlín y en Munich una pequeña colonia hindú y tibetana. Cuando los rusos entran en Berlín, encuentran, entre los cadáveres, a un millar de voluntarios de la muerte con uniforme alemán,

sin documentos ni insignias, y de raza himalaya. En cuanto el movimiento empieza a disponer de grandes medios económicos, organiza múltiples expediciones al Tíbet, que se suceden prácticamente sin interrupción hasta 1943.

Los miembros del grupo «Thule» estaban destinados al dominio material del mundo, debían ser protegidos contra todos los peligros, y su acción se prolongaría durante millares de años, hasta el próximo diluvio. Se comprometían a darse la muerte con su propia mano si cometían cualquier falta que rompiera el pacto, y a consumar sacrificios humanos. El exterminio de los bohemios (750.000 muertos) parece haber obedecido sólo a razones «mágicas». Wolfram Sievers fue nombrado ejecutor, verdugo oficial, degollador ritual. Enseguida volvemos sobre el asunto, pero es necesario iluminar, con la «luz prohibida» conveniente al caso, uno de los aspectos del espantoso problema planteado a la conciencia moderna por estos exterminios. En el espíritu de los más grandes responsables, se trataba de vencer la indiferencia de las Potencias, de llamar su atención. Desde los mayas hasta los nazis, en esto radica el sentido mágico de los sacrificios humanos. Mucho se ha asombrado la gente de la indiferencia de los jefes supremos del asesinato, durante el curso del proceso de Nuremberg. Una bella y terrible frase que pone Merrit en boca de uno de sus héroes, en la novela *Los habitantes del espejismo*, puede ayudarnos a comprender esta actitud. «Había olvidado a las víctimas del sacrificio, como las olvidaba cada vez, en la sombría excitación del ritual...»

El 14 de marzo de 1946, Karl Haushoffer mató a su esposa, Martha, y se dio muerte, según la tradición japonesa. Ningún monumento, ninguna cruz señala su tumba. Se había enterado, demasiado tarde, de la ejecución en el campo de Moabit de su hijo Albrecht, detenido junto con los organizadores del complot contra Hitler y del atentado fallido del 20 de junio de 1944. En el bolsillo del traje ensangrentado de Albrecht se encontraron unos versos manuscritos:

*El destino había hablado por mi padre,
de él dependía una vez más
rechazar al demonio en su mazmorra.
Mi padre rompió el sello.
No sintió el aliento del maligno
y dejó al demonio suelto por el mundo...*

Toda esta exposición, necesariamente rápida e incoherente, sirve únicamente para expresar un haz de coincidencias, de cruzamientos, de signos y de presunciones. Ni que decir tiene que los elementos que hemos reunido aquí siguiendo nuestro método no excluyen en absoluto las explicaciones del fenómeno hitleriano por la política y la economía. También está claro que, en el ánimo e incluso en el inconsciente de los hombres de que hablamos, no todo fue determinado por aquellas creencias. Pero las

locas imágenes que hemos descrito, ya las tomaran por tales, ya por realidades, acuciaron sus cerebros en un momento u otro: esto, al menos, nos parece seguro.

Ahora bien, nuestros sueños no se desvanecen en el fondo de nuestro ser, al igual que no mueren las estrellas en el cielo cuando llega el día. Por el contrario, siguen brillando detrás de nuestros sentimientos, de nuestras ideas, de nuestros actos. Existen los hechos, y existe un subsuelo de los hechos: éste es el que estamos explorando.

Mejor dicho, señalamos, con los pocos elementos que tenemos a nuestra disposición, un terreno que puede ser explorado. No queremos y no podemos decir más que una cosa, y es que en este subsuelo hay mayor oscuridad de lo que se piensa.

X

Himmler y el problema a la inversa. — El recodo de 1934. — La Orden Negra en el poder. — Los monjes guerreros de la calavera. — La iniciación en los Burgs. — La última oración de Sievers. — Los extraños trabajos de la «Ahnenerbe». — El gran sacerdote Frederic Hielscher. — Una nota olvidaba dejünger. — El sentido de una guerra y de una victoria.

Corría el crudo invierno de 1942. Los mejores soldados alemanes y la flor y nata de la SS, por primera vez, habían dejado de avanzar, bruscamente petrificados en los agujeros de la llanura rusa. Inglaterra, testaruda, se disponía a librar futuros combates, y América ya estaba lanzada a la contienda. Una mañana de aquel invierno, el gordo Kersten, el de las manos cargadas de fluido, encontró a su cliente, el Reichsführer Himmler, triste y abatido.

—Querido señor Kersten, estoy terriblemente desolado.

—Empezaba a dudar de la victoria? De ninguna manera. Se desabrochó el pantalón para que el médico le diera masaje en el vientre, y se puso a hablar, estirado, con los ojos fijos en el techo. Explicó: el Führer había comprendido que no podía haber paz en la Tierra mientras alentara un solo judío...

—Entonces —añadió Himmler—, me ha ordenado liquidar inmediatamente a todos los judíos que estén bajo nuestro poder.

Sus manos, largas y secas, descansaban en el diván, inertes, como heladas. Guardó silencio.

Kersten, estupefacto, creyó percibir un sentimiento de piedad en el jefe de la Orden Negra y, entre su terror, se filtró un rayo de esperanza.

—Claro, claro —dijo—; en el fondo de su conciencia, no aprueba usted esta atrocidad... Comprendo su profunda tristeza.

—¡Pero si no es esto! ¡En absoluto! —exclamó Himmler, incorporándose—. ¡No comprende usted nada!

Hitler le había llamado. Le pidió que liquidara enseguida a cinco o seis millones de judíos. Era un trabajo abrumador, y Himmler estaba fatigado y, además, tenía mucho que hacer en aquel momento. Era inhumano exigirle esta sobredosis de esfuerzo de los días venideros. Realmente inhumano. Se lo había dado a entender al jefe bienamado, pero éste había montado en cólera, y ahora Himmler estaba triste por haberse dejado llevar por el cansancio y el egoísmo.¹ ¿Cómo comprender esta formidable inversión de los valores? Imposible lograrlo invocando únicamente la locura. Todo pasa en un Universo paralelo al nuestro, cuyas estructuras y leyes son radicalmente diferentes. El físico George Gamov imagina un Universo paralelo al nuestro en el cual, por ejemplo, la bola de un billar japonés entraría por dos agujeros al mismo tiempo. El Universo en que viven hombres como Himmler es, por

lo menos, tan extraño al nuestro como el de Gamov. El hombre verdadero, el iniciado de Thule, está en comunicación con las Potencias, y toda su energía se orienta a un cambio de la vida sobre el Globo. ¿El médium pide al hombre verdadero que liquide a unos cuantos millones de hombres falsos? De acuerdo, pero ha elegido mal el momento. ¿Es absolutamente preciso? ¿Enseguida? Está bien, se hará. Levantémonos un poco más por encima de nosotros mismos, sigamos sacrificándonos...

El 20 de mayo de 1945, unos soldados británicos

1. Vid. *Memorias de Kersten* y el libro de Joseph Kessel, *La manos del milagro*.

detuvieron en el puente de Berwerde, a veinticinco millas al oeste de Lüneburg, a un hombre de cabeza redonda y estrechos hombros, que llevaba documentación a nombre de Hitzinger. Lo condujeron a la Policía militar. Vestía de paisano y llevaba un parche sobre el ojo derecho. Durante tres días, los oficiales británicos trataron de descubrir su verdadera identidad. Por fin, agotado, se quitó el parche y dijo: «Me llamo Heinrich Himmler.» No le creyeron. Insistió. Para probarle, le obligaron a desnudarse. Después le dijeron que eligiese entre un vestido americano o una colcha. Uno de los inquisidores quiso asegurarse de que no ocultaba nada en la intimidad de su cuerpo. Otro le pidió que abriese la boca. Entonces, el prisionero rompió una ampolla de cianuro que llevaba disimulada en una muela y se desmoronó. Tres días más tarde, un comandante y tres suboficiales se hicieron cargo del cadáver. Se dirigieron a un bosque próximo a Lüneburg, cavaron una fosa, arrojaron al cadáver en ella y apisonaron cuidadosamente el suelo. Nadie sabe exactamente dónde reposa Himmler, bajo qué ramas frondosas acaba de descomponerse la carne del que se tenía por reencarnación del emperador Enrique I, llamado *el Pajarero*.

Si Himmler hubiese vivido y comparecido en el proceso de Nuremberg, ¿qué habría podido decir en su defensa? No podía haber un lenguaje común con los miembros del jurado. No vivía en este lado del mundo. Pertenecía por entero a otro orden de cosas y de espíritu. Era un monje guerrero de otro planeta. «Todavía no se ha podido explicar de manera satisfactoria —dice Poetel— las segundas intenciones psicológicas que engendraron Auschwitz y todo lo que este nombre puede representar. En el fondo, los procesos de Nuremberg tampoco han aportado mucha luz, y la abundancia de explicaciones psicoanalíticas, que declararon lisa y llanamente que naciones enteras podían perder el equilibrio mental de la misma manera que los individuos aislados, no ha hecho más que embrollar el problema. Nadie sabe lo que pasaba por el cerebro de personas como Himmler y sus semejantes, cuando daba las órdenes de exterminio.» Situándonos en el plano de lo que llamaremos realismo fantástico, nos parece que empezamos a saberlo.

Denis de Rougemont decía de Hitler: «Algunos piensan, por haber experimentado en su presencia una especie de escalofrío de horror sagrado, que en él se aloja una Dominación, un Trono o una Potestad, según denomina san Pablo a los espíritus de segundo orden, que pueden penetrar en el cuerpo de un hombre cualquiera y ocuparlo como una fortaleza. Yo le oí pronunciar uno de sus grandes discursos. ¿De dónde le viene el vigor sobrehumano que demuestra tener? Uno comprende bien que una energía de tal naturaleza no procede del individuo, e incluso no puede manifestarse mientras el individuo cuente para algo; éste no es más que el soporte de un poder que escapa a nuestra psicología. Lo que digo sería propio de un folletón de lo más vulgar si la obra realizada por este hombre —y por ello entiendo el poder que se manifestaba a través de él— no fuese una realidad que provoca el estupor del siglo.»

Ahora bien, durante su ascensión al poder, Hitler, que recibió las enseñanzas de Eckardt y de Haushoffer, parece haber querido usar los Poderes puestos a su disposición, o mejor, que se manifiestan en él, para los fines de una ambición política y nacionalista,

a fin de cuentas bastante limitada. Al principio, es un hombrecillo agitado por una fuerte pasión patriótica y social. Se mueve en un plano inferior: su sueño tiene fronteras. Milagrosamente sigue adelante y todo le sale bien. Pero el médium a través del cual circulan las energías no comprende su amplitud y su dirección.

Baila al son de una música que no es suya. Hasta 1934, piensa que los pasos que ejecuta son los buenos. Pero no sigue en absoluto el ritmo. Cree que sólo tiene que servirse de los Poderes. Pero uno no se sirve de los poderes, sino que los sirve. Tal es el significado (o uno de los significados) del cambio fundamental que se opera durante e inmediatamente después de la purga de junio de 1934. El movimiento, que el propio Hitler creyó que debía ser nacional y socialista, se convierte en lo que debía ser, se casa más íntimamente con la doctrina secreta. Hitler no se atreverá jamás a pedir cuentas sobre el «suicidio» de Strasser, y se le hace firmar la orden que eleva a la SS al rango de organización autónoma, superior al Partido. Joachim Gunthe escribe en una revista alemana después del desastre: «La idea vital que animaba a la SA fue derrotada el 30 de junio de 1934 por una idea puramente satánica, la de la SS.» «Es difícil precisar el día en que Hitler concibió el sueño de la mutación biológica», dice el doctor Delmas. La idea de la mutación biológica no es más que uno de los aspectos del aparato esotérico, al cual el movimiento nazi se adapta mejor a partir de esta época en que el médium se convierte, no en un loco total, según piensa Rauchsning, sino en un instrumento más dócil, en el tambor de una marcha infinitamente más ambiciosa que la conquista del poder por un partido, por una nación e incluso por una raza.

Himmler es el encargado de la organización de la SS, no como compañía policíaca, sino como verdadera orden religiosa, con sus jerarquías, desde los hermanos legos a los superiores. En las altas esferas se encuentran los responsables conscientes de una Orden Negra, cuya existencia, por otra parte, no fue jamás reconocida oficialmente por el Gobierno nacionalsocialista. En el propio seno del Partido, se hablaba de los que estaban «en el intríngulis del círculo interior», pero jamás se le dio una

denominación oficial. Parece cierto que la doctrina, jamás plenamente explicada, descansaba en la creencia absoluta en poderes que rebasan los poderes humanos ordinarios. En las religiones, se distingue la teología, considerada como ciencia, de la mística, intuitiva e incomunicable. Los trabajos de la sociedad «Ahnenerbe», de la que hablaremos más adelante, constituyen el aspecto teológico: la Orden Negra es el aspecto místico de la religión de los Señores de Thule.

Hay que comprender bien que, a partir del momento en que toda la obra de agrupación y de excitación del partido hitleriano cambia de dirección, o mejor, se orienta más severamente en el sentido de la doctrina secreta, más o menos bien comprendida, más o menos bien aplicada hasta aquel instante por el médium colocado en los estrados de la propaganda, dejamos de hallarnos en presencia de un movimiento nacional y político. Los temas seguirán siendo los mismos a grandes rasgos, pero ya no serán más que el lenguaje exotérico que se dirige a las muchedumbres, la descripción de los fines inmediatos, detrás de los cuales se ocultan otros objetivos: «Nada tuvo ya importancia, salvo la persecución incansable de un sueño inaudito. A partir de entonces, si Hitler hubiese tenido a su disposición un pueblo que hubiera podido serle más útil que el alemán para la realización de su idea suprema, no habría vacilado en sacrificar al pueblo alemán.» No «su idea suprema», sino la idea suprema de un grupo mágico que actuaba por medio de él. Brasillach reconoce que «sacrificaría todo el bienestar humano, el suyo y el de su pueblo por añadidura, si el misterioso deber a que obedece se lo ordenase».

«Voy a contarle un secreto —le dice Hitler a Rauschning—: estoy fundando una orden.» Menciona los Burgs, donde se celebrará la primera iniciación. Y añade: «De allí saldrá el segundo grado, el del hombre medida y centro del mundo, el del hombre-dios. El hombre-

dios, la figura espléndida del Ser, será como una imagen del culto... Pero hay todavía otros grados de los que no me está permitido hablar...»

Central de energía levantada alrededor de la central matriz, la Orden Negra aisla a todos sus miembros del mundo, sea cual fuere su grado de iniciación. «Naturalmente —escribe Poetel—, sólo un pequeñísimo círculo de altos graduados y de grandes jefes SS estaba al corriente de las teorías y de las reivindicaciones esenciales. Los miembros de las diversas formaciones *preparatorias* no supieron nada de ellas hasta que se les impuso la obligación de pedir el consentimiento de sus jefes antes de casarse, o hasta que se les colocó bajo una jurisdicción especial, extraordinariamente rigurosa, cuyo objeto era sustraerlos a la competencia de la autoridad civil. Entonces vieron que, fuera de las leyes de la Orden, no tenían ningún otro deber, y que para ellos no existía la vida privada.»

Los monjes¹ combatientes, la SS de la calavera (que no hay que confundir con otras agrupaciones, como la «Waffen SS», compuestas de hermanos conversos o terciarios de la Orden, o con mecanismos humanos construidos a imitación de la verdadera SS, como reproducciones del modelo hechas con molde), recibirán la primera iniciación en los Burgs. Pero antes habrán pasado por el seminario, la Ñapóla. Al inaugurar una de estas Ñapóla o escuelas preparatorias, Himmler reduce la doctrina a su mínimo común denominador: «Creer, obedecer, combatir; esto es todo.» Son escuelas donde, como dice el *Schwarze Korps* del 26 de noviembre de 1942, «se aprende a dar y a recibir la muerte».

1. Monje = monos = solo.

Más tarde, si son dignos de ello, los sacerdotes admitidos en los Burgs comprenderán que «recibir la muerte» puede ser interpretado en el sentido de «morir por sí mismo». Pero, si no son dignos, recibirán la muerte física en los campos de batalla. «La tragedia de la grandeza está en que hay que pisotear cadáveres.» Pero, ¿qué importa? No todos los hombres tienen una existencia, desde los cuasihombres, hasta el gran mago. Apenas salido de la nada, el cadete vuelve a ella, después de entrever, para su bien, el camino que conduce a la figura espléndida del Ser...

En los Burgs se pronunciaban los votos y se entraba en un «destino sobrehumano irreversible». La Orden Negra traduce en actos las amenazas del doctor Ley: «Aquel a quien el Partido retire el derecho a la camisa parda, hay que entenderlo bien, no perderá únicamente sus funciones, sino que será aniquilado en su persona, en las de su familia, de su mujer y de sus hijos. Tales son las duras leyes, las leyes implacables de nuestra Orden.»

Henos, pues, fuera del mundo. Ya no se trata de la Alemania eterna o del Estado nacionalsocialista, sino de la preparación mágica del advenimiento del hombre-dios, del hombre según el hombre que las Potencias enviarán a la Tierra cuando hayamos modificado el equilibrio de las fuerzas espirituales. La ceremonia en que se recibía la runa SS debía de parecerse bastante a la que describe Reinhold Schneider cuando evoca a los miembros de la Orden Teutónica, en el gran salón del Remter de Marienburg, cuando se inclinaban para pronunciar los votos que hacía de ellos la Iglesia Militante. «Venían de países diversos y habían llevado una vida agitada. Entraban en la austeridad cerrada de este castillo y abandonaban sus escudos personales cuyas armas habían sido llevadas al menos por cuatro antepasados. Ahora, su blasón sería la cruz que llama al más grave de los combates y que asegura la vida eterna.» El que sabe, no habla: no existe ningún relato de la ceremonia de iniciación en los Burgs, pero se sabe que tal ceremonia existía. La llamaban «ceremonia del Aire Denso», aludiendo a la atmósfera de tensión extraordinaria que reinaba y que no se disipaba hasta que habían sido pronunciados los votos. Algunos ocultistas, como Lewis Spence, han querido ver en ella una misa negra de la

más pura tradición satánica. Por el contrario, Willi Frieschaurer, en su obra sobre Himmler, interpreta al «Aire Denso» como el momento de atontamiento absoluto de los participantes. Entre estas dos tesis, cabe una interpretación más realista y al propio tiempo, y por ello mismo, más fantástica.

Destino irreversible: se concibieron planes para aislar al SS calavera del mundo de los «cuasihombres» durante toda su vida. Se proyectó crear ciudades, pueblos de veteranos repartidos en todo el mundo y que sólo dependerían de la administración y de la autoridad de la Orden. Pero Himmler y sus «hermanos» concibieron un sueño más vasto. El mundo tendría por modelo un Estado SS soberano. «En la conferencia de la paz —dice Himmler en marzo de 1934— el mundo presenciará la resurrección de la vieja Borgoña, que fue antaño el país de las ciencias y de las artes y que Francia ha relegado al rango de apéndice conservado en alcohol. El Estado soberano de Borgoña, con su Ejército, sus leyes, su moneda y su correo, será el Estado modelo SS. Comprenderá la Suiza romana, la Picardía, la Champaña, el Franco Condado, el Hainaut y el Luxemburgo. La lengua oficial será el alemán, naturalmente. El partido nacionalsocialista no tendrá allí ninguna autoridad. Sólo gobernará la SS, y el mundo quedará a un tiempo estupefacto y maravillado ante este Estado, en el que se aplicará el concepto SS del mundo.»

El verdadero SS de formación «iniciática» se sitúa, a sus propios ojos, más allá del bien y del mal. «La organización de Himmler no cuenta con la ayuda fanática de sádicos que persiguen la voluptuosidad del crimen, sino que cuenta con hombres nuevos.» Fuera del «círculo interior», que comprende los «calaveras», los jefes que se aproximan más a la doctrina secreta cuanto más alta es su categoría y cuyo centro reside en Thule, que es el santo de los santos, hay el SS de tipo medio, que no es más que una máquina sin alma, un servidor autómata. Éste se fabrica en serie, partiendo de «cualidades negativas». Su producción no depende de la doctrina, sino de simples métodos de doma. «No se trata de suprimir la desigualdad entre los hombres, sino, por el contrario, de ampliarla y de convertirla en ley protegida por barreras infranqueables... —dice Hitler—. ¿Qué aspecto tendrá el futuro orden social? Camaradas, os lo voy a decir: habrá una clase de señores; habrá la multitud de miembros del partido, clasificados jerárquicamente; habrá la gran masa anónima, la colectividad de los servidores de los pequeños a perpetuidad, y, por debajo de éstos, la clase de los extranjeros conquistados, los esclavos modernos. Y, por encima de todo esto, una nueva nobleza de la cual no puedo hablar... Pero los simples militantes deben ignorar estos planes...»

El mundo es una materia susceptible de transformación para que se desprenda de ella una energía, concentrada por los magos, una energía psíquica capaz de atraer los Poderes de Fuera, los Superiores Desconocidos, los Dueños del Cosmos. La actividad de la Orden Negra no responde a ninguna necesidad política o militar: responde a una necesidad mágica. Los campos de concentración proceden de una magia imitativa: son un acto simbólico, una maqueta. Todos los pueblos serán arrancados de raíz, convertidos en una inmensa población nómada, en una materia bruta sobre la que será posible actuar y de donde brotará la flor: el hombre en contacto con los dioses. Es el molde en hueco (Barbey d'Aurevilly decía: el infierno es el cielo en hueco) del planeta convertido en campo de operaciones mágicas de la Orden Negra.

En la enseñanza de los Burgs, parte de la doctrina secreta se expresa por la fórmula siguiente: «No existe más que el Cosmos, o el Universo, como ser vivo. Todas las cosas, todos los seres, comprendido el hombre, no son más que formas diversas que se amplifican en el curso de las edades del ser vivo universal.» Nosotros mismos, no vivimos en tanto que no adquirimos conciencia de este Ser, que nos rodea, nos engloba, y prepara otras formas valiéndose de nosotros. La creación no ha terminado, el Espíritu del Cosmos no ha hallado su descanso; estemos atentos a sus órdenes, que los dioses nos

transmiten, nosotros, magos feroces, ¡panaderos de la sangrienta y ciega pasta humana! Los hornos de Auschwitz: ritual.

El coronel SS Wolfram Sievers, que se había limitado a una defensa puramente racional, pidió, antes de entrar en la cámara en que iba a ser ahorcado, que le permitieran celebrar por última vez su culto, recitar unas oraciones misteriosas. Después, entregó el cuello al verdugo, impasible.

Había sido administrador general de la «Ahnenerbe» y como tal fue condenado a muerte en Nuremberg. La sociedad de investigación de la herencia de los antepasados, «Ahnenerbe», había sido fundada a título privado por el maestro espiritual de Sievers, Friedrich Hielscher, místico, amigo del explorador suevo Sven Hedin, el cual estaba en estrecha relación con Haushoffer. Sven Hedin, especialista del Extremo Oriente, había vivido largo tiempo en el Tíbet y desempeñó un importante papel de intermediario en el establecimiento de las doctrinas esotéricas nazis. Friedrich Hielscher no fue nunca nazi, e incluso sostuvo relaciones con el filósofo judío Martin Buber. Pero sus tesis profundas tenían contacto con las posiciones «mágicas» de los grandes maestros del nacionalsocialismo. Himmler, en 1935, dos años después de su fundación, hizo de la «Ahnenerbe» una organización oficial, relacionada con la Orden Negra. Los fines declarados eran: «Investigar la focalización, el espíritu, los actos, la herencia de la raza indogermana y comunicar al pueblo, bajo una forma interesante, los resultados de estas investigaciones. Esta misión debe ejecutarse empleando métodos de exactitud científica.» Toda la organización racional alemana puesta al servicio de lo irracional. En enero de 1939, la «Ahnenerbe» fue pura y simplemente incorporada a la SS, y sus jefes, integrados en el Estado Mayor personal de Himmler. En aquel momento, disponía de cincuenta institutos dirigidos por el profesor Wurst, especialista en textos sagrados antiguos y que había enseñado el sánscrito en la Universidad de Munich.

Parece ser que Alemania gastó más en las investigaciones de la «Ahnenerbe» que América en la fabricación de la primera bomba atómica. Estas investigaciones iban desde la actividad científica propiamente dicha hasta el estudio de prácticas ocultas, desde la vivisección practicada en los prisioneros hasta el espionaje de las sociedades secretas. Hubo conversaciones con Skorzeny para organizar una expedición cuyo objeto era el robo del Santo Grial, y Himmler creó una sección especial, un servicio de información encargado del «terreno de lo sobrenatural».

La lista de las relaciones establecidas con no pocos gastos por la «Ahnenerbe» confunde la imaginación: presencia de la cofradía Rosacruz, simbolismo de la supresión del arpa en el Ulster, significación oculta de las torres góticas y de los sombreros de copa de Eton, etc. Cuando las tropas se disponen a evacuar Nápoles,

Himmler multiplica las órdenes para que no se olviden de llevarse la gran losa sepulcral del último emperador Hohenstoffen. En 1943, después de la caída de Mussolini, el Reichsführer reúne en una villa de las afueras de Berlín a los seis ocultistas más célebres de Alemania, para descubrir el lugar en que el Duce se encuentra prisionero. Las conferencias de Estado Mayor comienzan por una sesión de concentración yogui. En el Tíbet, y por orden de Sievers, el doctor Scheffer establece múltiples contactos con los monasterios de los lamas. Lleva a Munich, para estudios «científicos», caballos «arios» y abejas «arias», cuya miel tiene virtudes especiales.

Durante la guerra, Sievers organiza, en los campos de deportados, los horribles experimentos que después han dado tema a muchos libros negros. La «Ahnenerbe» se «enriquece» con un «Instituto de investigaciones científicas para la defensa nacional», que dispone de «todas las posibilidades dadas a Dachau». El profesor Hirt, que dirige estos institutos, hace colección de esqueletos típicamente israelíes. Sievers encarga al Ejército de ocupación de Rusia una colección de cráneos de comisarios judíos. Cuando en Nuremberg

se recuerdan estos crímenes, Sievers permanece ayuno de todo sentimiento normal, extraño a toda piedad. Está en otra parte. Escucha otras voces.

Hielscher desempeñó sin duda un papel importante en la elaboración de la doctrina secreta. Fuera de esta doctrina, la actitud de Sievers, como la de los otros grandes responsables, sigue siendo incomprendible. Los términos «monstruosidad moral», «crueldad mental», locura, no explican nada. Poco sabemos del maestro espiritual de Sievers. Pero Ernst Jünger habla de él en el Diario que llevó durante sus años de ocupación en París. A nuestro entender, el traductor francés no dio a su versión el tono adecuado. Y es que, en efecto, su sentido no resplandece más que con la explicación «realista-fantástica» del fenómeno nazi.

Jünger escribe el 14 de octubre de 1943: «Por la noche, visita a *Bogo*. (Por prudencia, Jünger pone seudónimos a los altos personajes. *Bogo* es Hielscher, como *Kniebolo* es Hitler.) En una época tan pobre en fuerzas originales, lo considero como uno de mis conocidos en quien más he reflexionado sin lograr formarme una opinión. Antes pensé que entraría en la historia de nuestra época como uno de esos personajes poco conocidos, pero que tienen una extraordinaria agudeza de ingenio. Ahora pienso que desempeñará un papel más importante. Muchos, si no la mayoría, de los jóvenes intelectuales de la generación que llegó a la edad adulta después de la Gran Guerra, han experimentado su influencia y a menudo han pasado por la escuela... Ha confirmado una sospecha que yo tenía hace mucho tiempo, y es que ha fundado una iglesia. Ahora se sitúa más allá de la dogmática y ha avanzado ya mucho en el terreno de la liturgia. Me ha mostrado una serie de cánticos y un ci cío de fiestas, "el año pagano", que comprende todo un reglamento de dioses, de colores, de animales, de comidas, de piedras, de plantas. Ha advertido que la consagración de la luz se celebra el 2 de febrero...» Y Jünger añade, confirmando nuestra tesis: «He podido comprobar en *Bogo* un cambio fundamental que me parece característico de toda nuestra élite: se lanza a los terrenos metafísicos con todo el impulso de un pensamiento modelado por el racionalismo. Esto me había chocado ya en Spengler y significa un presagio favorable. Podría decirse en términos generales que el siglo XIX ha sido un siglo racional, y que el siglo xx es el de los cultos. *Kniebolo* (Hitler) vive también de esto, y de aquí la total incapacidad de los espíritus liberales de comprender siquiera la posición que adopta.»

Hielscher, que no había sido molestado, prestó declaración a favor de Sievers, en el proceso de Nuremberg. Ante los jueces, se perdió en consideraciones políticas y frases deliberadamente absurdas sobre las razas y las tribus ancestrales. Pidió la merced de acompañar a Sievers al cadalso, y el condenado rezó con él las oraciones particulares de un culto del que jamás hablara en el curso de los interrogatorios. Después, entró en la sombra.

Querían cambiar la vida y mezclarla con la muerte de una manera nueva. Preparaban la venida del Superior Desconocido. Tenían un concepto mágico del mundo y del hombre. Habían sacrificado toda la juventud de su país y ofrecido a los dioses un océano de sangre humana. Lo habían hecho todo para captarse la Voluntad de las Potencias. Odiaban la civilización occidental moderna, fuese burguesa u obrera; de aquí su humanismo insulso, y de allí su materialismo limitado. Debían vencer, pues eran portadores de un fuego que sus enemigos, capitalistas o marxistas, habían dejado apagar en sus países mucho tiempo atrás, por dormirse en la idea de un destino llano y estrecho. Serían los señores por mil años, pues estaban del lado de los magos, de los sumos sacerdotes, de los demiurgos... Y he aquí que se encontraban vencidos, aplastados, juzgados, humillados, por gentes vulgares, chupadores de goma de mascar o bebedores de vodka; gentes sin ninguna clase de delirio sagrado, de creencias cortas y de objetivos a ras de tierra. Gentes del mundo de la superficie, positivos, racionales, morales, hombres sencillamente humanos. ¡Millones de hombrecitos de buena voluntad

dando jaque a la Voluntad de los caballeros de las tinieblas centelleantes! Los zopencos mecanizados, en el Este, y los puritanos de huesos blandos, en el Oeste, habían construido una cantidad superior de tanques, de aviones, de cañones. Y poseían la bomba atómica, ellos, ¡que no sabían lo que eran las grandes energías ocultas! Y ahora, como los caracoles después del chaparrón, salidos de la lluvia de hierro, unos jueces de antiparras, profesores de derecho humanitario, de virtud horizontal, doctores en mediocridad, barítonos del Ejército de Salvación, camilleros de la Cruz Roja, ingenuos vocingleros del «mañana que canta», venían a Nuremberg a dar lecciones de moral primaria a los Señores, a los monjes guerreros que habían sellado el pacto con las Potencias, a los Sacrificadores que leían en el espejo negro, a los aliados de Shamballah, ¡a los herederos del Grial! ¡Y los enviaban al cadalso, tratándolos de criminales y de locos rabiosos!

Los acusados de Nuremberg y sus jefes que se habían suicidado no podían comprender que la civilización que acababa de triunfar era, también y con mayor seguridad, una civilización espiritual, un formidable movimiento que, desde Chicago a Tashkent, arrastraba a la Humanidad hacia un más alto destino. Ellos habían puesto en duda a la razón y la habían sustituido por la magia. Y es que, en efecto, la Razón cartesiana no abarca la totalidad del hombre, la totalidad de su conocimiento. Ellos la habían hecho dormir. Y el sueño de la razón engendra monstruos. Lo que ocurría del otro lado era que la razón no dormida, sino, al contrario, presionada hasta el extremo, encontraba las fuentes de la energía, las armonías universales. Gracias a las exigencias de la razón aparece lo fantástico, y los monstruos engendrados por el sueño de la razón no son más que su negra caricatura. Pero los jueces de Nuremberg, los portavoces de la civilización victoriosa, ignoraban ellos mismos que la guerra hubiese sido una guerra espiritual. No tenían una visión lo bastante elevada de su propio mundo. Creían solamente que el Bien vencería al Mal, pero sin ver la profundidad del mal vencido ni la altura del bien triunfante. Los místicos guerreros alemanes y japoneses creían ser mejores magos de lo que eran en realidad. Los civilizados que los habían derrotado no comprendían aún el sentido mágico superior que adquiría su propio mundo. Hablaban de la Razón, de la Justicia, de la Libertad, del Respeto a la Vida, etc., en un plano que no era ya el de la segunda mitad del siglo XIX y en el cual se había transformado el conocimiento y se había hecho perceptible el paso a *otro* estado de conciencia.

Cierto que los nazis habrían tenido que ganar, si el mundo moderno no hubiese sido más que lo que aún cree la mayoría de nosotros: la herencia pura y simple del siglo XIX materialista y científico, y del pensamiento burgués que considera a la Tierra como un lugar que hay que arreglar para gozar mejor de él. Hay dos diablos. El que transforma el orden divino en desorden, y el que transforma el orden en otro orden no divino. La Orden Negra debía triunfar sobre una civilización que juzgaba caída al nivel de los solos apetitos materiales, envueltos en una moral hipócrita. Pero era algo más que esto. Una figura nueva aparecía en el curso del martirio que le infligían los nazis, como la Faz en el Santo Sudario. Desde el crecimiento de la inteligencia en las masas a la física nuclear, desde la psicología de las cumbres de la conciencia a los cohetes interplanetarios, se operaba un fenómeno de alquimia, se dibujaba la promesa de una transmutación de la Humanidad, de una ascensión del ser vivo. Esto no aparecía tal vez de un modo evidente, y algunos espíritus de mediana profundidad añoraban los antiguos tiempos de la tradición espiritual, atándose así al enemigo por lo más ardiente de su alma, irritados contra este mundo en el que no distinguían más que una mecanización creciente. Pero, al propio tiempo, otros hombres, como Teilhard de Chardin, tenían los ojos bien abiertos. Los ojos de la más elevada inteligencia y los ojos del amor descubren

las mismas cosas, pero en planos diferentes. El impulso de los pueblos hacia la libertad, el cántico confiado de los mártires, contenían en germen la gran esperanza arcangélica. Esta civilización, tan mal juzgada desde el interior por los progresistas primarios, tenía que

salvarse. El diamante raya el cristal. Pero el corazón, que es un cristal sintético, raya al diamante. La estructura del diamante está mejor ordenada que la del cristal. Los nazis podían vencer. Pero la inteligencia despierta puede crear, en su ascensión, figuras de orden más puras que las que brillan en las tinieblas.

«Cuando me pegan en una mejilla, no presento la otra y tampoco levanto el puño; sino que lanzo el rayo.» Era preciso que esta batalla entre los Señores de las profundidades y los hombrecillos de la superficie, entre las Potencias oscuras y la Humanidad en progreso, terminase en Hiroshima bajo el signo claro de la Potencia indiscutible.

TERCERA PARTE

EL HOMBRE, ESTE INFINITO

UNA NUEVA INTUICIÓN

Lo fantástico en el fuego y en la sangre. — Las barreras de la incredulidad. — El primer cohete. — Burgueses y obreros de la Tierra. — £05 hechos falsos y la ficción verdadera. — Los mundos habitados. — Visitantes venidos de más allá. — Las grandes comunicaciones. — Los mitos modernos. — Realismo fantástico en psicología. — Para una exploración de lo fantástico interior. — Exposición del método. — Otro concepto de la libertad.

Cuando salí del subterráneo, Juvisy, el pueblo de mi infancia, había desaparecido. Una espesa niebla amarilla cubría un océano de cascotes, de donde brotaban llamadas y gemidos. El mundo de mis juegos, de mis amistades, de mis amores, y la mayoría de los testigos del comienzo de mis días yacían en este vasto campo lunar. Un poco más tarde, cuando se organizó el socorro, algunos pájaros, engañados por los proyectores,

se pusieron a cantar creyendo que había llegado el día.

Otro recuerdo: una mañana de estío, tres días antes de la Liberación, me encontraba con diez camaradas en una mansión particular próxima al bosque de Bolonia. Procedentes de diversos campamentos juveniles bruscamente abandonados, el azar nos había reunido en esta última «escuela de cuadros», donde seguían instruyéndonos, de manera imperturbable, mientras cambiaba el ruido de armas y cadenas, el arte de fabricar marionetas, de hacer comedia y de cantar. Aquella mañana, de pie en el vestíbulo de falso estilo gótico, bajo la dirección de un maestro de coro romántico, cantábamos a tres voces un aire folklórico: «Dadme agua, dadme agua, agua, para mis dos cántaros...» Nos interrumpió el teléfono. Unos minutos más tarde, nuestro maestro de coros nos hacía penetrar en un garaje. Otros muchachos, empuñando metralletas, guardaban las salidas. Entre los viejos coches y las barricas de aceite, yacían varios jóvenes, acribillados de balas y de cascos de granada: el grupo de resistentes torturados por los alemanes en la Cascada del Bois. Habían logrado rescatar los cadáveres. Habían traído ataúdes. Habían partido mensajeros a avisar a las familias. Teníamos que lavar los cadáveres, secarlos, abrochar las chaquetas y los pantalones abiertos por las granadas, cubrirlos con papel blanco y colocar en sus cajas a los asesinados, cuyos ojos, bocas y heridas gemían de espanto, dar a sus semblantes y a sus cuerpos una apariencia de muerte digna. Y, respirando un vaho de carnicería, con la esponja o el cepillo en la mano, dábamos agua, dábamos agua, agua, agua...

Pierre Mac Orlan, antes de la guerra, viajaba en busca de lo «fantástico social», que encontraba en el ambiente pintoresco de los grandes puertos: tabernas de Hamburgo bajo la lluvia, muelles del Támesis, fauna de Amberes. ¡Encantador anacronismo! Lo fantástico ha dejado de ser cosa de artistas, para convertirse en

experiencia vivida por el mundo civilizado, en el fuego y en la sangre. El dueño de la tienda de bolsos de nuestra calle aparece una mañana en el umbral de su puerta luciendo una estrella amarilla sobre el corazón. El hijo de la portera recibe de Londres mensajes surrealistas y lleva galones invisibles de capitán. Una guerra secreta pende ahorcados en los

balcones del pueblo. Varios universos, violentamente distintos, se superponen; un soplo de la casualidad nos hace pasar del uno al otro.

—En el campo de Mauthausen —me explica Bergier— llevábamos la enseña N. N., noche y niebla. Ninguno de nosotros pensaba sobrevivir. El 5 de mayo de 1945, cuando el primer jeep americano subió la colina, un deportado ruso, encargado de la lucha antirreligiosa en Ucrania, que estaba tumbado a mi lado, incorporándose sobre un codo exclamó: «¡Dios sea lodao!»

»Todos los hombres aptos fueron repatriados en fortalezas volantes, y por esto me encontré, al amanecer del 19, en el aeródromo de Heinz, Austria. El avión venía de Birmania. "Es una guerra mundial, ¿no es cierto?", me dijo el radiotelegrafista. Transmitió un mensaje que le encargué para el cuartel general aliado de Reims; después me mostró el equipo de radar. Había allí toda clase de aparatos cuya realización había creído imposible antes del año 2000. En Mauthausen, los médicos americanos me hablaron de la penicilina. En dos años, las ciencias adelantaron un siglo. Se me ocurrió una idea disparatada: "¿Y la energía atómica?" "Se habla de ella —me respondió el radiotelegrafista—. Es un asunto secreto, pero corren rumores..."

»Unas horas más tarde, me encontraba en el boulevard de la Madeleine, con mi traje a rayas. ¿Era esto París? ¿O era un sueño? La gente me rodeaba, haciéndome preguntas. Me refugí en el Metro y llamé por teléfono a mis padres: "Iré dentro de un momento." Pero volví a salir. Había algo más importante que todo lo restante.

Tenía que encontrar, antes que nada, mi lugar favorito de antes de la guerra: la librería americana "Brentano's", de la avenida de la Ópera. Hice en ella una gran entrada. Todos los periódicos, todas las revistas, a puñados... Sentado en un banco de las Tullerías, traté de conciliar el Universo actual con el que yo conocí. Mussolini había sido colgado de un gancho. Hitler había ardido. Existían tropas alemanas en la isla de Oleron y en los puertos del Atlántico. ¿No había terminado, pues, la guerra en Francia? Las revistas técnicas ponían la piel de gallina. Sir Alexander Fleming había triunfado con la penicilina... ¡Luego era verdad! Había nacido una nueva química, la de las siliconas, cuerpos intermedios entre lo orgánico y lo mineral. El helicóptero, cuya imposibilidad había sido demostrada en 1940, se construía en serie. La electrónica acababa de hacer fantásticos progresos. La televisión estaría pronto tan extendida como el teléfono. Acababa de aparecerme en un mundo formado con mis sueños del año 2000. Algunos textos eran para mí incomprensibles. ¿Quién sería ese mariscal Tito? ¿Y las Naciones Unidas? ¿Y el D.D.T.?

»Bruscamente, empecé a darme cuenta, en carne y en espíritu, de que ya no era un prisionero, ni un condenado a muerte, y que me sobraba tiempo y libertad para comprender y para actuar. Por lo pronto tenía toda la noche, si me venía en gana... Debí de palidecer. Una mujer se acercó a mí y quiso llevarme a un médico. Escapé y me fui corriendo a casa de mis padres, a los que encontré llorando. Sobre la mesa del comedor, había un montón de sobres que trajeron los ciclistas: telegramas militares y civiles. Lyon se disponía a dar mi nombre a una calle; me habían nombrado capitán; había sido condecorado por varios países, y una expedición americana para la busca de armas secretas en Alemania solicitaba mi concurso. A medianoche, mi padre me obligó a acostarme. En el momento antes de dormirme, dos palabras latinas asaltaron mi memoria sin razón alguna: *magna mater*. Al día siguiente por la mañana, al despertarme, volvía a pensar en ellas y comprendí su sentido. En la antigua Roma, los candidatos al culto secreto de *magna mater* debían pasar por un baño de sangre. Si sobrevivían, nacían por segunda vez.

En esta guerra, se abrieron todas las puertas de comunicación entre todos los mundos. Una corriente de aire formidable. Después, la bomba atómica nos lanzó a la Era del átomo. Todo fue ya posible. Las barreras de la incredulidad, tan fuertes en el siglo XIX, habían sido gravemente conmovidas por la guerra. Ahora, acabarían de hundirse totalmente.

En marzo de 1954, Mr. Ch. Wilson, secretario de Guerra americano, declaró: «Estados Unidos, lo mismo que Rusia, tiene de ahora en adelante el poder de aniquilar el mundo entero.» La idea del fin de los tiempos penetró en las conciencias. Aislado del pasado, dudando del porvenir, el hombre descubrió el presente como valor absoluto, volvió a hallar la eternidad en esta débil frontera. Algunos viajeros de la desesperación, de la soledad y de la eternidad, se hicieron a la mar en almadias, como Noé experimentales, como adelantados del próximo diluvio, alimentándose de plancton y de peces voladores. Al propio tiempo, llegaban de todos los países testimonios sobre la aparición de platillos volantes. El cielo se poblaba de inteligencias exteriores.

Un pequeño vendedor de bocadillos, llamado Adamsky, que tenía su tienda al pie del gran telescopio del Monte Palomar, en California, se otorga el título de profesor, declara que le han visitado los venusianos, explica sus conversaciones en un libro que alcanza el mayor éxito de venta después de la guerra y se convierte

en el Rasputín de la Corte de Holanda. En un mundo en que lo trágico y lo extraño se suceden de este modo, cabe preguntarse de qué estará hecha la gente que no tiene u y que tampoco quiere divertirse.

Cuando le hablaban del fin del mundo, Chesterton respondía: «¿Por qué tengo que preocuparme? Esto ya ha ocurrido varias veces.» Después de un millón de años de vagar por el mundo, sin duda los hombres han conocido más de un apocalipsis. La inteligencia se ha apagado y ha vuelto a encenderse varias veces. El hombre camina a lo lejos por la noche, con una linterna en la mano, es alternativamente sombra y fuego. Todo nos invita a pensar que el mundo ha llegado una vez más y que hacemos un nuevo aprendizaje de la existencia inteligente en un mundo nuevo: el mundo de las grandes masas humanas, de la energía nuclear, del cerebro electrónico y de los cohetes interplanetarios. Tal vez necesitaríamos un alma y un espíritu distintos para esta Tierra diferente.

El 16 de setiembre de 1959, a las 22 h. 2 m., las radios de todos los países anunciaron que, por vez primera, un cohete lanzado desde la Tierra acababa de llegar a la Luna. Yo estaba escuchando Radio Luxemburgo. El locutor dio la noticia y pasó a la emisión de variedades difundida todos los domingos a dicha hora y que lleva por título: «La Puerta Abierta...» Salí al jardín a contemplar la Luna brillante, el Mar de la Serenidad en el que descansaban desde hacía unos segundos los restos del cohete. El jardinero también había salido. «Es tan hermoso como los Evangelios, señor...» Daba espontáneamente a la cosa su verdadera grandeza, colocaba el acontecimiento en su dimensión. Y me sentí muy cerca de aquel hombre, de todos los hombres sencillos que alzaban la vista al cielo en aquel minuto, dispuestos a maravillarse y a sentir una enorme y confusa emoción. ¡Dichoso el hombre que pierde la cabeza, pues la encontrará en el Cielo!» Al mismo tiempo, me sentía extraordinariamente alejado de las gentes de mi ambiente, Je todos esos escritores, filósofos y artistas que se hurtan a tales entusiasmos bajo un pretexto de lucidez y de defensa del humanismo. Mi amigo Jean Dutourd, por ejemplo, notable escritor enamorado de Stendhal, me había dicho unos días antes: «Bueno, toquemos con los pies en el suelo y no nos dejemos distraer por esos tRenés eléctricos para adultos.» Otro amigo muy querido, Jean Giono, a quien fui a visitar a Manosque, me había explicado

que, al pasar por Colmarles-Alpes un domingo por la mañana, vio al capitán de los gendarmes y al cura jugando a los bolos en el atrio de la iglesia. «Mientras haya curas y capitanes de gendarmes que jueguen a los bolos, tendremos felicidad en la Tierra y estaremos mejor en ella que en la Luna...» Sí; todos mis amigos eran burgueses atrasados en un mundo en que los hombres, solicitados por inmensos proyectos a escala del Cosmos, empiezan a sentirse obreros de la Tierra. «¡Quedémonos en tierra!», decían. Reaccionaban como los tejedores en Lyon cuando se descubrió el telar mecánico: temían perder su empleo. En la Era que comienza, mis amigos escritores sienten que las perspectivas sociales, morales, políticas y filosóficas de la literatura humanista, de la novela psicológica, parecerán pronto insignificantes. El gran efecto de la literatura llamada moderna es que nos impide ser realmente modernos. En vano se empeñan en hacer creer que «escriben para todo el mundo». Sienten que se acerca el tiempo en que el espíritu de las masas experimentará la atracción de los grandes mitos, de los proyectos de formidables aventuras, y que, si siguen escribiendo sus historietas «humanas», engañarán a las gentes con hechos falsos en vez de contarles ficciones verdaderas.

Aquella noche del 16 de setiembre de 1959, cuando bajé al jardín y contemplé, con mis ojos de hombre maduro, con mis ojos fatigados y ávidos, la Luna que, en el cielo profundo, llevará ya para siempre rastros humanos, fue doble mi emoción, porque pensé en mi padre. Levanté la mirada e hinché el pecho, como hacía él antaño, todas las noches, en nuestro mísero jardincillo de arrabal. Y, como él, me formulé la más importante de las preguntas: «Los hombres de esta Tierra, ¿somos los únicos?» Mi padre hacía esta pregunta porque tenía un alma grande y también porque había leído obras de un espiritualismo dudoso, fábulas primarias, Yo la hacía leyendo *Pravda* y las obras de ciencia pura, y frecuentando a gentes sabias. Pero, bajo las estrellas, se encontraban nuestros rostros invertidos, llevados por la misma curiosidad que acompaña a una infinita dilatación del espíritu.

Hace un momento he mencionado el origen del mito de los platillos volantes. Es un hecho social significativo. Sin embargo, ni que decir tiene que no puede prestarse crédito a esas astronaves de las que desembarcan unos hombrecillos dispuestos a discutir con guardabarreras o vendedores de bocadillos. Los marcianos, los saturninos y los jupiterianos son muy improbables. Pero, resumiendo la suma de los conocimientos reales sobre la cuestión, nuestro amigo Charles Noël Martin escribe: «La multiplicidad de los habitantes posibles en las galaxias, y particularmente en la nuestra, trae consigo casi la certeza de la existencia de formas de vida excesivamente numerosas.» En todo planeta de otro sol, aunque diste centenares de años luz de la Tierra, si la masa y la atmósfera son idénticas, deben de existir seres semejantes a nosotros. Ahora bien, el cálculo demuestra que, sólo en nuestra galaxia pueden existir de diez a quince millones de planetas más o menos comparables a la Tierra. Harlow Shapley, en su obra *Estrellas y hombres*, calcula en el Universo conocido 10^{11} probables hermanas de nuestra Tierra. Todo nos inclina a suponer que hay otros mundos habitados y que otros seres pueblan el Universo. A fines del año 1959, se instalaron unos laboratorios en la Universidad de Cornell, Estados Unidos. Bajo la dirección de los profesores Coccioni y Morrison, adelantados de las grandes comunicaciones, se buscan en ellos las señales que tal vez nos dirigen otros seres vivientes del Cosmos.

Más que el envío de cohetes a los astros cercanos, el contacto de los hombres con otras inteligencias y acaso con otros psiquismos, podría ser el acontecimiento que trastornase toda nuestra Historia.

Si existen otras inteligencias, en otro lugar, ¿conocen nuestra existencia? ¿Captan y descifran el eco lejano de las ondas de radio y televisión que nosotros emitimos? ¿Contemplan, con ayuda de aparatos, las perturbaciones producidas en nuestro Sol por

los planetas gigantes Júpiter y Saturno? ¿Envían ingenios a nuestra galaxia? Nuestro sistema solar puede haber sido cruzado innumerables veces por cohetes de observación sin que tengamos de ello la menor sospecha. Ni siquiera logramos, en la hora en que escribo, encontrar nuestro Lunik III, cuya emisora está averiada. Ignoramos lo que pasa a nuestro alrededor.

¿Acaso algunos seres, habitantes del Más Allá, han venido ya a visitarnos? Es muy probable que haya planetas que hayan recibido visitas. ¿Por qué la Tierra, en particular? Hay miles de millones de astros desparramados en el campo de los años de luz. ¿Somos nosotros los más próximos? ¿Somos los más interesantes? Sin embargo, es lícito imaginar que los «grandes extranjeros» han podido venir a contemplar nuestro Globo, a posarse en él, a pasar una temporada. La vida existe en la Tierra desde hace, al menos, mil millones de años. El

hombre apareció en ella hace más de un millón de años; y nuestros recuerdos apenas se remontan a cuatro mil. ¿Qué sabemos? Tal vez los monstruos prehistóricos levantaron su largo cuello al paso de las naves y se perdió la huella de un acontecimiento tan fabuloso.

El doctor Ralph Stair, del N. B. S. americano, analizando unas extrañas rocas hialinas dispersas en la región del Líbano, las *tektites*, admite que podrían proceder de un planeta desaparecido y que pudo estar situado entre Marte y Júpiter. En la composición de las *tektites* se han descubierto isótopos radiactivos de aluminio y de bario.

Varios sabios dignos de crédito opinan que el satélite de Marte, Phobos, es hueco. Se trataría de un asteroide artificial colocado en órbita alrededor de Marte por inteligencias exteriores a la Tierra. Tal era la conclusión a que llegaba un artículo de la seria revista *Discovery*, de noviembre de 1959. Tal es también la hipótesis del profesor soviético Chatlovski, especialista en radioastronomía.

En un ruidoso estudio de la *Gaceta Literaria* de Moscú, de febrero de 1960, el profesor Agrest, maestro en ciencias físico-matemáticas, declaró que las *tektites*, que sólo han podido formarse en condiciones de temperatura muy elevada y de potentes radiaciones nucleares, pueden ser huellas del aterrizaje de proyectiles-sonda venidos del Cosmos. Hace un millón de años, pudimos tener visitantes. Según el profesor Agrest (que no vacilaba, en dicho estudio, en plantear hipótesis tan fabulosas, mostrando así que la ciencia, en el marco de una filosofía positiva, puede y debe abrirse lo más posible a la imaginación creadora, a las suposiciones atrevidas), la destrucción de Sodoma y Gomorra pudo deberse a una explosión termonuclear provocada por viajeros del espacio, ya fuese deliberadamente, ya a consecuencia de una destrucción necesaria de sus depósitos de energía antes de su partida hacia el Cosmos. En los manuscritos del mar Muerto se lee lo siguiente:

«Se elevó una columna de humo y de polvo, parecida a una columna de humo que brotase del corazón de la Tierra. Vertió una lluvia de azufre y de fuego sobre Sodoma y Gomorra y destruyó la ciudad, el llano entero, todos los habitantes y la vegetación. Y la mujer de Lot se volvió y se convirtió en estatua de sal. Y Lot vivió en Isoar, y después se instaló en las montañas, porque tenía miedo de permanecer en Isoar.

«Las gentes fueron avisadas para que abandonaran el lugar de la futura explosión, de que no se detuvieran en lugares descubiertos, de que no contemplaran la explosión y de que se ocultaran bajo tierra... Los fugitivos que se volvieron fueron cegados y murieron.»

En esta misma región del Anti Líbano se levanta uno de los monumentos más misteriosos, que es la «terraza de Baalbeck». Se trata de una plataforma construida con bloques de piedra, algunos de los cuales miden más de veinte metros de lado y pesan dos mil toneladas. Jamás se ha podido explicar por qué, ni cómo ni por quién fue construida esta plataforma. Según el profesor Agrest no es inverosímil que se tratara de los restos de una pista de aterrizaje construida por astronautas venidos del Cosmos.

En fin, unos informes de la Academia de Ciencias de Moscú sobre la explosión del 30 de junio de 1908, en Siberia, sugiere la hipótesis de la desintegración de una nave interestelar que sufriera un accidente.

Aquel 30 de junio de 1908, a las siete de la mañana, surgió una columna de fuego en la taiga siberiana, que se elevó hasta ochenta kilómetros de altura. El bosque quedó volatilizado en una zona de cuarenta kilómetros de radio como consecuencia del contacto de una enorme bola de fuego contra la Tierra. Durante varias semanas, flotaron sobre Rusia, Europa Occidental y África del Norte, unas extrañas nubes doradas que, por la noche, reflejaban la luz solar. En Londres se fotografiaba a la gente leyendo el periódico en la calle a la una de la madrugada. Todavía hoy, aquella zona siberiana sigue sin vegetación. Las mediciones hechas en 1960 por una comisión científica rusa revelan que la radiactividad es allí tres veces mayor que la normal.

Y, si hemos sido visitados, ¿se habrán paseado entre nosotros los fabulosos exploradores? El sentido común protesta: lo habríamos advertido. Nada menos seguro. La primera regla de la ecología es no perturbar los animales que se quiere observar. Zimanski, sabio alemán de Tubinga, discípulo del genial Konrad Lorenz, estudió durante tres años los caracoles asimilando su lenguaje y su comportamiento psíquico, de suerte que los caracoles lo tomaban realmente por uno de los suyos. Nuestros visitantes podían emplear el mismo procedimiento con los humanos. Es una idea escandalosa, pero que, sin embargo, tiene fundamento.

¿Habrá venido a la Tierra exploradores de buena voluntad antes de la historia humana conocida? Una leyenda india habla de los Señores de Dyzan, venidos del exterior para traer a los hombres el fuego y el arco. La vida misma, ¿ha nacido en la Tierra o ha sido depositada en ella por los Viajeros del Espacio?¹ «Haremos

1. La mayoría de los astrónomos y de los teólogos piensan que la vida de la Tierra comenzó en la Tierra. Pero no lo cree así el astrónomo Cornell Thomas Gold. En una comunicación leída en Los Ángeles, en el congreso de sabios del espacio celebrado en 1960, Gold sugirió que la vida puede haber existido en otro lugar del Universo durante innumerables miles de millones de años antes de arraigar en la Tierra. ¿Cómo llegó la vida a la Tierra, para comenzar su larga ascensión hacia lo humano? Tal vez fue traída por las naves del espacio.

La vida existe en la Tierra desde hace aproximadamente mil millones de años, observó Gold. Comenzó con formas simples de tamaño microscópico.

venido de fuera —se pregunta el biólogo Loren Eiseley—, habremos venido de fuera y nos estamos preparando para volver a nuestro país con ayuda de nuestros instrumentos...?»

Una palabra más sobre el cielo: la dinámica estelar muestra que una estrella no puede capturar otra. Las estrellas dobles o triples, cuya existencia observamos, deberían tener, pues, la misma edad. Ahora bien, la espectroscopia revela componentes de edades diversas en los sistemas dobles o triples. Una enana blanca y vieja, de diez mil millones de años, acompaña, por ejemplo, a un gigante rojo, de tres mil millones. Es imposible, y, sin embargo, es así. Sobre este particular, Bergier y yo hemos interrogado a una gran cantidad de astrónomos y de físicos. Algunos de ellos, y no los menos, no excluyen la hipótesis según la cual estas agrupaciones de estrellas anormales pueden haberse realizado por VolunDespués de mil millones de años, según la hipótesis de Gold, el planeta sembrado puede haber desarrollado criaturas lo bastante inteligentes para viajar más lejos en el espacio, visitando planetas fértiles pero vírgenes y sembrándolos a su vez de microbios adaptables. De hecho, esta contaminación es el probable principio normal de la vida en todo planeta, comprendida la Tierra. «Ciertos viajeros del espacio —dice Gold— pueden haber visitado la Tierra hace mil

millones de años, y sus formas residuales de vida abandonadas habrían proliferado de tal suerte que los microbios tendrían pronto otro agente (los humanos viajeros del espacio), capaces de llevarlos más lejos en el campo de batalla.»

¿Y qué acontece en las otras galaxias que flotan en el espacio mucho más allá de los límites de la Vía Láctea? El astrónomo Gold es uno de los mantenedores de la teoría del universo fijo.

¿Cuándo, pues, ha comenzado la vida? La teoría del universo fijo pretende que el espacio no tiene límites y que el tiempo no tiene principio ni fin. Si la vida se propaga de las viejas a las nuevas galaxias, su historia puede remontarse a la eternidad: no tiene principio ni fin.

tades, por Inteligencias. Voluntades e Inteligencias capaces de desplazar las estrellas y agruparlas artificialmente, dando así a conocer al Universo que la vida existe en tal o cual región del cielo, para mayor gloria del espíritu.

En una asombrosa premonición de la espiritualidad venidera, Blanc de Saint Bonnet¹ escribió: «La religión nos será demostrada por el absurdo. Ya no será la doctrina desconocida la que se oirá, ya no será la conciencia no escuchada la que gritará. Los hechos hablarán a grandes voces. La verdad abandonará las alturas de la palabra y entrará en el pan que comeremos. ¡Y la luz será fuego!»

A la idea desconcertante de que acaso la inteligencia humana no es la única que vive y que actúa en el Universo, ha venido a sumarse la idea de que nuestra propia inteligencia es capaz de recorrer mundos diferentes del nuestro, de comprender sus leyes, de ir, en cierto modo, a viajar y a trabajar al otro lado del espejo. Este orificio fantástico ha sido realizado por el genio matemático. Sólo la falta de curiosidad y de conocimiento nos hace tomar la experiencia poética, desde Rimbaud, por el hecho capital de la revolución intelectual del mundo moderno. El hecho capital es la explosión del genio matemático, según comprendió Valéry con gran acierto. De ahora en adelante, el hombre se encuentra ante su genio matemático como ante un habitante del exterior. Las entidades matemáticas modernas viven, se desarrollan, se fecundan, en mundos inaccesibles, extraños a toda experiencia humana. En *Men like Gods*, H. G. Wells supone que existen tantos universos como páginas en

1. 1815-1880, filósofo injustamente ignorado. Su obra principal, *L'Unité Spirituelle*.

un grueso volumen. Nosotros sólo habitamos en una de estas páginas. Pero el genio matemático recorre la obra entera: constituye el real e ilimitado poder de que dispone el cerebro humano. Porque, viajando de este modo por otros universos, vuelve a sus exploraciones cargado de útiles eficaces para la transformación del mundo en que vivimos. Posee a la vez el ser y el hacer. El matemático estudia, por ejemplo, las teorías de espacios que requieren dos vueltas completas para volver al punto de partida. Ahora bien, gracias a este trabajo completamente ajeno a toda actividad en nuestra esfera de existencia, se pueden descubrir las propiedades a que obedecen las partículas elementales en los espacios microscópicos y se puede hacer progresar la física nuclear que transforma nuestra civilización. La intuición matemática, que abre el camino hacia otros universos, cambia concretamente el nuestro. El genio matemático, tan próximo al genio de la música pura, es, al propio tiempo, aquel cuya eficacia sobre la materia es mayor. Del «más allá absoluto» ha nacido «el arma absoluta».

En fin, al elevar el pensamiento matemático a su más alto grado de abstracción, el hombre se da cuenta de que este pensamiento no es tal vez de su propiedad exclusiva. Descubre que los insectos, por ejemplo, parecen tener conciencia de propiedades del espacio que se nos escapan, y que acaso existe un pensamiento matemático universal, y que tal vez un cántico del espíritu superior brota de la totalidad de lo viviente...

De este mundo en que, para el hombre, ya no hay nada seguro, ni él mismo, ni el mundo tal como lo definían las leyes y los hechos antaño admitidos, nace a toda velocidad una mitología. La cibernetica ha hecho nacer la idea de que la inteligencia humana ha sido rebasada por la del cerebro electrónico, y el hombre ordinario sueña en el ojo verde, la máquina «que piensa» con la misma preocupación y el mismo espanto con que el antiguo egipcio soñaba con la Esfinge. El átomo se ha aposentado en el Olimpo, empuñando el rayo. Apenas se había empezado cuando ya las gentes de los alrededores decían que se secaban sus tomates. La bomba descompone los tiempos y nos hace engendrar monstruos. Una literatura llamada de ciencia ficción, más abundante que la literatura psicológica, compone una Odisea de nuestro siglo, con marcianos y seres mudables, y un Ulises metafísico que vuelve a su país después de vencer al tiempo y al espacio.

A la pregunta: «¿Somos los únicos?», viene a añadirse otra: «¿Somos los últimos?» ¿Se detiene la evolución en el hombre? ¿No estará ya formándose el Superior? ¿No estará ya entre nosotros? Y este Superior, ¿tenemos que imaginarlo como un individuo o como un ser colectivo, como la masa humana entera en vías de fermentar y coagularse, arrastrada toda ella al logro de la conciencia de su unidad y de su ascensión? En la era de las masas, el individuo muere, pero es la muerte salvadora de la tradición espiritual: morir para nacer al fin. Muere a la conciencia psicológica para nacer a la conciencia cósmica. Siente la formidable presión del dilema: morir resistiéndose, o morir obedeciendo. Del lado de la negativa, de la resistencia, está la muerte total. Del lado de la obediencia, está la muerte rellano que conduce a la vida total, pues se trata de preparar a la multitud para la creación de un psiquismo unánime regido por la conciencia del Tiempo, del Espacio y del afán de descubrimiento.

Mirándolo de cerca, todo esto refleja mejor el fondo de los pensamientos y de las inquietudes del hombre de hoy que los análisis de la novela neonaturalista o los estudios políticosociales; pronto nos daremos cuenta de ello, cuando los que usurpan la función de testigos y ven las cosas nuevas con ojos antiguos, sean fulminados por los hechos.

En este mundo abierto sobre lo extraño, el hombre ve surgir a cada paso puntos de interrogación tan desmesurados como eran los animales y vegetales antediluvianos. No están hechos a su medida. Pero, ¿cuál es la medida del hombre? La sociología y la psicología han evolucionado mucho más despacio que la física y las matemáticas. Es el hombre del siglo XIX el que se encuentra de pronto en presencia de un mundo diferente. Pero, el hombre de la sociología y de la psicología del siglo XIX, ¿es el hombre verdadero? Nada menos seguro. Después de la revolución intelectual provocada por el *Discurso del método*, después del nacimiento de las ciencias y del espíritu enciclopédico, después de la gran aportación del racionalismo y del científicismo optimista del siglo XIX, nos hallamos en un momento en que la inmensidad y la complejidad de lo real que acaba de descubrirse deberían modificar necesariamente lo que pensábamos hasta hoy de la naturaleza del conocimiento humano, conmover las ideas sobre las relaciones del hombre con su propia inteligencia; en una palabra, exigir una actitud muy diferente de lo que todavía ayer llamábamos actitud moderna. A una invasión de lo fantástico exterior debería corresponder una exploración de lo fantástico interior. ¿Existe lo fantástico interior? Y lo que el hombre ha hecho, ¿no sería proyección de lo que es o de lo que llegará a ser?

Vamos, pues, a proceder a esta exploración de lo fantástico interior. Ó, al menos, nos esforzarlos en hacer sentir la necesidad de esta exploración, y esbozaremos un método.

Naturalmente, no hemos tenido tiempo ni medios de realizar mediciones y experimentos que nos parecieron deseables y que tal vez serán intentados por investigadores más calificados. Pero el objeto de nuestro trabajo no era medir ni experimentar. Se limitaba, aquí, como en todo el grueso volumen, a recoger hechos y

relaciones entre los hechos, que la ciencia oficial olvida a veces, y otras les niega el derecho a la existencia. Esta manera de trabajar puede parecer insólita y despertar sospechas. Sin embargo, a ella se han debido los grandes descubrimientos.

Darwin, por ejemplo, no procedió de otra manera, colecciónando y comparando informaciones despreciadas por los demás. La teoría de la evolución nació de esta colección aparentemente absurda. De la misma manera, y salvando las debidas proporciones, nosotros hemos visto nacer en el curso de nuestro trabajo una teoría del hombre interior verdadero, de la inteligencia total y de la conciencia despierta.

Este trabajo es incompleto: habríamos necesitado diez años más. Aparte de ello, sólo ofrecemos un resumen, o mejor una imagen, a fin de no cansar al lector, pues contamos precisamente con su frescura de espíritu, ya que nosotros hemos procurado mantenernos siempre en este clima.

Inteligencia total, conciencia despierta; nos parece bien que el hombre se encamine a estas conquistas esenciales, en el seno del mundo en pleno renacimiento y que parece exigirle ante todo la renuncia a la libertad. Pero, la libertad, ¿para hacer qué?, preguntaba Lenin. Efectivamente, la libertad de ser lo que era, le está siendo retirada poco a poco. La única libertad que pronto le será otorgada es la de ser otro, la de pasar a un estado superior de inteligencia y de conciencia. Esta libertad no es de esencia psicológica, sino mística, al menos ateniéndonos a los esquemas de antaño, al lenguaje de ayer. En cierto sentido, pensamos que la civilización consiste en que el avance llamado místico se extienda sobre la tierra humeante de fábricas y vibrante de cohetes, a la Humanidad entera. Y se verá que este avance es práctico, que es, en cierto modo, el «segundo soplo» necesario a los hombres para acoplarse a la aceleración del destino de la Tierra.

«Dios nos ha creado lo menos posible. La libertad, este poder de ser la causa, esta facultad del mérito, quiere que el hombre se rehaga él mismo.»

II

LO FANTÁSTICO INTERIOR

Los pioneros: Balzac, Hugo, Flammarion. —Jules Romains y la cuestión más vasta. Fin del positivismo. —¿Qué es la parapsicología? —Hechos extraordinarios y experimentos ciertos. —El ejemplo del Titanic —Visión. —Precognición y sueño. —Parapsicología y psicoanálisis. —Nuestro trabajo excluye el ocultismo y las falsas dencias. —En busca de la maquinaria de las profundidades.

El crítico literario filósofo Albert Béguin sostenía que Balzac era un visionario más que un observador. Esta tesis me parece exacta. En una novela admirable, *Le Réquisitionnaire*, Balzac prevé el nacimiento de la parapsicología, que se realizará en la segunda mitad del siglo xx e intentará fundar como ciencia exacta el estudio de los «poderes psíquicos» del hombre.

«A la hora precisa en que Madame De Dey moría en Carentan, su hijo era fusilado en el Morbihan. Podemos sumar este hecho trágico a todas las observaciones sobre las simpatías que desconocen las leyes del espacio; documentos que colecciónan con sabia curiosidad algunos hombres solitarios y que servirán un día para asentar las bases de una ciencia nueva a la que falta hasta el día presente un hombre de genio.»

En 1891, Camille Flammarion declaraba:¹ «Nuestro fin de siglo se parece un poco al del siglo precedente. El espíritu empieza a cansarse de las afirmaciones de la filosofía que se califica de positiva. Creemos adivinar que se equivoca... »*Conócete a ti mismo!*», decía Sócrates.

Desde hace millares de años, hemos aprendido una enorme cantidad de cosas, excepto la que más nos interesa. Parece que el espíritu humano actual tiende, por fin, a obedecer la máxima socrática.»

Una vez al mes, Conan Doyle venía de Londres a visitar a Flammarion en el Observatorio de Juvisy y a estudiar con el astrónomo fenómenos de evidencia, de apariciones y materializaciones, por lo demás bastante dudosas. Flammarion creía en los fantasmas y Conan Doyle colecciónaba «fotografías de hadas». La «ciencia nueva» presentada por Balzac no había nacido aún, pero se sentía ya su necesidad.

Victor Hugo había dicho, formidablemente, en su desconcertante estudio sobre William Shakespeare: «Todo hombre lleva su Patmos dentro de sí. Es libre de subir o no subir a este terrible promontorio del pensamiento, desde el cual se perciben las tinieblas. Si no va a él, permanece en la vida ordinaria, en la conciencia ordinaria, en la fe ordinaria, en la duda ordinaria, y así está bien. Para el descanso interior es sin duda lo mejor. Si sube a la cima, queda preso en ella. Se le aparecen las profundas olas del prodigo. Y nadie puede ver impunemente aquel océano... Se obstina en el abismo absorbente, en el sondeo de lo inexplorado, en el desinterés de la tierra y de la vida, en la entrada de lo prohibido, en el esfuerzo por palpar lo impalpable, por mirar lo invisible; y vuelve allí, y vuelve de nuevo, y se acoda, y se abalanza, y da un paso, después dos, y así es como uno penetra en lo impenetrable, y así es como

1. *Le Figaro ;Illustré*, noviembre de 1891.

uno avanza en el ensanchamiento sin límites de la condición infinita.»

En cuanto a mí, tuve en 1939 la visión precisa de una ciencia que, al aportar testimonios irrecusables sobre el hombre interior, obligaría pronto al espíritu a una nueva reflexión sobre la naturaleza del conocimiento, y, poco a poco, llegaría a modificar los métodos de toda la investigación científica en todos los terrenos. Tenía yo diecinueve años, y la guerra me sorprendía cuando había decidido consagrarme mi vida al establecimiento de una psicología y de una fisiología de los estados místicos. En aquel entonces, leí en la *Nouvelle Revue Française* un ensayo de Jules Romains: «Respuesta a la cuestión más vasta», que vino inesperadamente a reforzar mi posición. Este ensayo fue, también, profético. Después de la guerra nació, en efecto, una ciencia del psiquismo, la parapsicología, que está hoy en pleno desarrollo, mientras que en el seno mismo de las ciencias oficiales, como las matemáticas o la física, el espíritu cambiaba en cierto modo de plano.

«Yo creo —escribía Jules Romains— que la principal dificultad del espíritu humano reside menos en alcanzar conclusiones verdaderas dentro de un cierto orden o en ciertas direcciones, que descubrir el medio de acordar las conclusiones a que llega trabajando en diversos órdenes de realidad, o emprendiendo diversas direcciones que varían según las épocas. Por ejemplo, le resulta muy difícil poner de acuerdo las ideas, en sí mismas muy exactas, a que le ha llevado la ciencia moderna sobre la base de los fenómenos físicos, con las ideas, tal vez también muy ciertas, que había encontrado en las épocas en que se ocupaba principalmente de las realidades espirituales o psíquicas, y que aún hoy en día reclaman para sí los que, ajenos a los métodos físicos, se consagran a investigaciones de orden espiritual o psíquico. No pienso en absoluto que la ciencia moderna, a la que a menudo se acusa de materialismo, se vea amenazada por una revolución que arruinaría los resultados de que se siente segura (*sólo* pueden estar amenazadas las hipótesis demasiado generales o prematuras de las que no está segura). Pero sí que puede encontrarse un día frente a resultados tan coherentes, tan decisivos, alcanzados por los métodos llamados en general "psíquicos", que le será imposible considerarlos, como hasta ahora, nulos y sin valor. Muchas personas se imaginan que, llegado aquel momento, las cosas se arreglarán fácilmente, limitándose la ciencia llamada "positiva" a conservar tranquilamente su campo actual, y dejando que se desarrolle fuera de sus fronteras aquellos otros conocimientos que trata

ahora de supersticiones o relega al terreno de lo "incognoscible" abandonándose despectivamente a la metafísica. El día en que se confirmen —si llegan a confirmarse— muchos de los resultados más importantes de la experimentación psíquica, se llamarán oficialmente "verdades" y atacarán a la ciencia positiva *en el interior de sus fronteras*; y será necesario que el espíritu humano que hasta ahora, y por miedo a las responsabilidades, finge no ver el conflicto, se decida a realizar un arbitraje. Será una crisis muy grave, tan grave como la provocada por la aplicación de los descubrimientos físicos a la técnica industrial. La vida misma de la Humanidad sufrirá una transformación. Creo esta crisis posible, probable e incluso muy próxima.»

Una mañana de invierno, acompañé a un amigo a la clínica donde debían operarle de urgencia. Empezaba a clarear, y caminábamos bajo la lluvia, buscando ansiosamente un taxi. La fiebre había hecho presa en mi vacilante amigo, el cual, de pronto, me señaló un naípe cubierto de barro que yacía en la acera.

—Si es un comodín —me dijo—, todo irá bien.

Cogí la carta y le di la vuelta. Era un comodín.

La parapsicología trata de sistematizar el estudio de hechos de esta naturaleza, por acumulación experimental. ¿Está el hombre normal dotado de un poder que no utiliza casi nunca, simplemente, según parece, porque le han persuadido de que no lo tiene? La experimentación realmente científica parece eliminar completamente la noción del azar. Tuve ocasión de participar, en compañía de Aldous Huxley, como miembro destacado, en el Congreso Internacional de Parapsicología de 1955, y después he seguido los trabajos americanos, suecos y alemanes de los médicos y psicólogos dedicados a esta investigación. No puede dudarse de la seriedad de estos trabajos. Si la ciencia, con reticencia desde luego legítima, se mostraba reacia a los poetas, la parapsicología podría sacar de Apollinaire una excelente definición:

*Todo el mundo es profeta, querido André Billy,
pero hace tanto tiempo que se dice a la gente
que no tiene porvenir, que es ignorante para siempre
e idiota de nacimiento,
que se lo ha creído y nadie piensa siquiera
en preguntarse si conoce o no el porvenir.
No hay espíritu religioso en todo esto
ni en las supersticiones ni en las profecías
ni en todo lo que llaman ocultismo;
hay ante todo una manera de observar la Naturaleza
y de interpretar la Naturaleza
que es muy legítima.¹*

La experimentación parapsicológica parece demostrar que existen, entre el Universo y el hombre, relaciones. Apollinaire, *Calligrammes*.

nes distintas de las establecidas por los sentidos habituales. Todo ser humano normal podría percibir los objetos a distancia o a través de los muros, influir en el movimiento de los objetos sin tocarlos, proyectar sus pensamientos y sus sentimientos en el sistema nervioso de otro ser humano, y, en fin, conocer a veces el porvenir. Sir H. R. Haggard, escritor inglés muerto en 1925, en su novela *Maiwa's Revenge*, hace una descripción detallada de la evasión de su héroe, Alian Quatermain. Éste es capturado por los salvajes cuando escala una pared rocosa. Sus perseguidores le tienen agarrado por un pie: él se libra disparándoles un pistoletazo

paralelamente a su pierna derecha. Algunos años después de la publicación de la novela, se presentó un explorador inglés en casa de Haggard. Vino especialmente de Londres para preguntar al escritor cómo había podido enterarse de su aventura en todos sus detalles, pues no había hablado de ella a nadie y quería ocultar aquella muerte.

En la biblioteca del escritor austriaco Karl Hans Strobl, muerto en 1946, su amigo Willy Schrodter hizo el siguiente descubrimiento: «Abrí sus propias obras, alineadas en un estante. Entre sus páginas, había numerosos artículos de prensa. No eran críticas, como pensé en un principio, sino hechos diversos. Y advertí con un estremecimiento, que relataban acontecimientos descritos con mucha anticipación por Strobl.»

En 1898 un escritor de ciencia ficción americano, Morgan Robertson, describió el naufragio de un navío gigante. Este navío gigante desplazaba 70.000 toneladas, medía 800 pies y transportaba 3.000 pasajeros. Su motor estaba equipado con tres hélices. Una noche de abril, durante su primer viaje, chocó en la niebla con un iceberg y se fue a pique. Se llamaba: *Titán*.

El Titanic, que más tarde se hundiría en las mismas circunstancias, desplazaba 66.000 toneladas, media

828,5 pies, transportaba 3.000 pasajeros y tenía tres hélices. La catástrofe ocurrió una noche de abril.

Esto son hechos. Veamos ahora unos cuantos experimentos realizados por los parapsicólogos: En Durham, Estados Unidos, el experimentador tiene en la mano un juego de cinco cartas especiales. Las baraja y las saca una detrás de otra. Una cámara registra la operación. En el mismo instante, en Zagreb, Yugoslavia, otro experimentador trata de adivinar el orden en qué el otro ha sacado las cartas. Esto se repite millares de veces. La proporción de las adivinaciones es mucho mayor de lo que permite la casualidad.

En Londres, en una habitación cerrada, el matemático J. S. Soal saca cartas de un juego parecido. Detrás de una pared opaca, el estudiante Basil Shakelton trata de adivinar. Cuando se comparan los resultados, se advierte que el estudiante ha adivinado, también en proporción superior al azar, la carta que saldría en la manipulación siguiente.

En Estocolmo, un ingeniero construye una máquina que, automáticamente, arroja unos dados en el aire y registra en una película su caída. Los espectadores, miembros de la universidad, intentan mentalmente forzar un número determinado, deseándolo intensamente. Y lo logran en una proporción que el azar no podrá justificar.

Al estudiar los fenómenos de precognición durante el sueño, el inglés Dunne ha demostrado científicamente que algunos sueños son capaces de descubrir un porvenir, incluso lejano,¹ y dos investigadores alemanes,

1. *Le Temps et le Rêve*. Traducción francesa de las Éditions du Senil.

J. W. Dunne soñó, en 1901, que la ciudad de Lowestoft, en la costa de la Mancha, era bombardeada por una flota extranjera. Este bombardeo tuvo lugar en 1914 con todos los detalles consignados por Dunne en 1901.

Moufand y Stevens, en una obra titulada *El misterio de los sueños*,¹ citan numerosos casos precisos y comprobados, en que los sueños habían revelado acontecimientos futuros y conducido descubrimientos científicos importantes.

El célebre atomista Niels Bohr, siendo estudiante, tuvo un sueño extraño. Se vio en un sol de gas ardiente. Los planetas pasaban silbando. Estaban sujetos al sol por débiles filamentos y giraban a su alrededor. De pronto, el gas se solidificó, el sol y los planetas se contrajeron. Niels Bohr se despertó en aquel momento y tuvo conciencia de que acababa de descubrir el modelo del átomo, tan buscado. El «sol» era el centro fijo alrededor del cual giran los electrones. Toda la física atómica moderna y sus aplicaciones han salido de aquel sueño.

El químico Auguste Kékulé explica: «Una noche de verano, me dormí en la plataforma del autobús que me conducía a casa. Vi claramente cómo, en todas partes, los átomos se unían

en parejas que eran arrastradas por grupos más importantes, los cuales eran a la vez atraídos por otros todavía más poderosos: y todos estos corpúsculos giraban en desenfrenado torbellino. Pasé una parte de la noche transcribiendo la visión de mi sueño. La teoría de la estructura había sido descubierta.»

Después de haber leído en los periódicos los relatos de los bombardeos de Londres, un ingeniero de la Compañía Americana de Teléfonos Bell tuvo, en una noche de otoño de 1940, un sueño en el cual se vio dibujando el plano de un aparato merced al cual se podía

El propio Dunne vio en sueños los titulares de los periódicos anunciando la erupción del Monte Pelado, unos meses antes del suceso.

1. Traducción francesa de las Editions des Deux Rives, París

apuntar el cañón antiaéreo al lugar exacto por el que pasaría un avión cuyas trayectoria y velocidad fuesen conocidas. Al despertarse, trazó el esquema, «de memoria». El estudio de este aparato, que debía utilizar por primera vez el radar, fue realizado por el gran sabio Norbert Wiener, y las reflexiones de Wiener a este respecto iban a ser causa del nacimiento de la cibernetica.

«Decididamente —decía Lovecraft—, no hay que subestimar la importancia gigantesca que pueden tenerlos sueños».¹ De ahora en adelante, tampoco hay que despreciar los fenómenos de preconocimiento, ya sea en el estado de sueño, ya en el de vigilia. Rebasando en mucho el terreno de la psicología oficial, la comisión de energía atómica propuso, en 1958, la utilización de «videntes» que intentasen adivinar los puntos en que caerían los proyectiles rusos en caso de guerra.²

El misterioso pasajero subió a bordo del submarino atómico *Nautilus* el 25 de julio de 1959. El submarino se hizo inmediatamente a la mar y, durante dieciséis días, recorrió las profundidades del océano Atlántico. El pasajero sin nombre se había encerrado en su camarote. Sólo el marinero que le llevaba la comida y el capitán Anderson, que le hacía una visita diaria, le habían visto la cara. Dos veces al día, enviaba una hoja de papel al capitán Anderson. En tales hojas aparecía una combinación de cinco signos misteriosos: una cruz, una estrella, un círculo, un cuadrado y tres líneas onduladas. El capitán Anderson y el pasajero desconocido estampaban sus firmas en la hoja, y el capitán Anderson la encerraba en un sobre sellado después de haber introducido dos tarjetas en su interior. Una de ellas llevaba la hora y la fecha. La otra, las palabras «Muy secreto. Destruirlo en caso de peligro de captura del submarino». El lunes 10 de agosto

1. En su novela, *Más allá del muro del sueño*.

2. 31 de agosto de 1958. Informe de la Rand Corporation.

de 1959, el submarino atracaba en Croyton. El pasajero subió a un coche oficial, que, bajo escolta, lo trasladó al aeródromo militar más próximo.

Algunas horas más tarde, el avión aterrizaba en el pequeño aeródromo de la ciudad de Friendship, en Maryland. Un automóvil esperaba al viajero. Le condujo ante un edificio que ostentaba el rótulo «Centro de investigaciones especiales Westinghouse. Prohibida la entrada a toda persona no autorizada». El coche se detuvo ante el puesto de guardia, y el viajero preguntó por el coronel William Bowers, director de ciencias biológicas de la Oficina de investigaciones de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos.

El coronel Bowers le esperaba en su despacho.

—Siéntese, teniente Jones —le dijo—. ¿Trae el sobre?

Sin decir palabra, Jones tendió el sobre al coronel, que se dirigió a una caja fuerte, la abrió y sacó de ella un sobre idéntico, a excepción únicamente de que el sello no llevaba la

inscripción «Submarino *Nautilus*», sino «Centro de Investigaciones X, Friendship, Maryland». El coronel Bowers abrió los dos sobres y extrajo de ellos sendos paquetes de sobres más pequeños, que abrió a su vez. Los dos hombres, en silencio, juntaron las hojas que tenían igual fecha. Después, las cotejaron. Con una coincidencia de más del 70 por 100 los signos eran los mismos y estaban colocados en el mismo orden en las dos hojas que llevaban la misma fecha.

—Estamos en un recodo de la Historia —dijo el coronel Bowers—. Por primera vez en el mundo, en condiciones que no permitían el menor truco y con una precisión suficiente para la aplicación práctica, el pensamiento humano ha sido transmitido a través del espacio, sin ningún intermediario material, de un cerebro a otro cerebro.

Cuando se conozcan los nombres de los dos hombres que participaron en este experimento, serán ciertamente retenidos por la historia de las ciencias.

Por lo pronto, no son más que el «teniente Jones», oficial de Marina y «un tal Smith», estudiante de la Universidad de Duke, en Durham (Carolina del Norte, Estados Unidos).

Dos veces al día, durante los dieciséis que duró el experimento, el tal Smith, encerrado en una habitación de la que no salió en absoluto, se colocaba ante un aparato automático de barajar cartas. En el interior de éste, en un tambor, era barajado un millar de naipes. No eran naipes ordinarios de jugar, sino simplificados. Estas cartas, llamadas de Zener, se emplean desde hace tiempo en experimentos de parapsicología y son todas del mismo color. Llevan uno de los cinco símbolos siguientes: tres líneas onduladas, un círculo, una cruz, un cuadrado y una estrella. Dos veces al día, accionado por un mecanismo de relojería, el aparato arrojaba una carta, al azar, y con un intervalo de un minuto. El tal Smith contemplaba fijamente la carta, pensando en ella con gran intensidad. A la misma hora, a 2.000 kilómetros de distancia y a centenares de metros de profundidad en el océano, el teniente Jones trataba de adivinar cuál era el naipe que miraba el tal Smith. Anotaba el resultado y hacía que el capitán Anderson firmase la hoja. *Siete veces de cada diez*, el teniente Jones acertó. Ningún truco era posible. Aun suponiendo las complicidades más inverosímiles, no podía haber ningún enlace entre el submarino sumergido y el laboratorio en que se hallaba Smith. Las propias ondas de T. S. H. no pueden cruzar vanos centenares de metros de agua de mar. Por primera vez en la historia de la ciencia, se había obtenido la prueba indiscutible de la posibilidad de que los cerebros humanos se comuniquen a distancia. El estudio de la parapsicología entraba al fin en su fase científica.

Este gran descubrimiento se realizó bajo la presión de las necesidades militares. A principios de 1957, la famosa organización Rand, que se ocupa de las investigaciones más secretas del Gobierno americano, había dirigido un informe sobre el asunto al presidente Eisenhower. «Nuestros submarinos —rezaba— resultan ahora inútiles, pues es imposible comunicar con ellos cuando están sumergidos y, sobre todo, cuando se encuentran bajo el casquete polar. Todos los medios nuevos deben ser empleados.» Durante un año, el informe Rand no produjo ningún efecto. Los consejeros científicos del presidente Eisenhower pensaban que la idea se aproximaba demasiado a los veladores que bailaban. Pero cuando el «bip-bip» del *Sputnik I* resonó como una campanilla encima del mundo, los más grandes sabios americanos decidieron que había llegado el momento de esforzarse en todas direcciones, incluso aquellas que desdenaban los rusos. La ciencia americana apeló a la opinión pública. El 13 de julio de 1958, el suplemento dominical del *New York Herald Tribune* publicó un artículo del gran especialista militar de la Prensa americana, Ansel Talbert. Éste escribía:

«Es indispensable que las fuerzas armadas de los Estados Unidos sepan si la energía emitida por un cerebro humano puede influir, a millares de kilómetros, en otro cerebro humano... Se trata de una investigación absolutamente científica, y los fenómenos

comprobados son, como todos los producidos por el organismo viviente, alimentados en energía por la combustión de los alimentos en el organismo...

»La amplificación de este fenómeno podría proporcionar un nuevo medio de comunicación entre los submarinos y la tierra firme, y tal vez también, un día, entre las naves que viajen por el espacio interplanetario y la Tierra.»

Después de este artículo y de numerosos informes de los sabios confirmando la memoria Rand se tomaron resoluciones. Hoy existen laboratorios de estudio sobre la nueva ciencia de parapsicología en la Rand Corporation, de Cleveland, en la empresa Westinghouse, de Friendship (Maryland), en la General Electric, de Schenectady, en la Bell Telephone de Boston, e incluso en el centro de investigación del Ejército, de Redstone (Alabama). En este último centro, el laboratorio que estudia la transmisión del pensamiento se encuentra a menos de quinientos metros del despacho de Werner von Braun, el hombre del espacio. Así, la conquista de los planetas y la conquista del espíritu humano están ya dispuestas a darse la mano.

En menos de un año, estos poderosos laboratorios han obtenido más resultados que varios siglos de investigación en el terreno de la telepatía. La razón es bien sencilla: Los investigadores han partido de cero, sin ideas preconcebidas. Se enviaron comisiones al mundo entero: a Inglaterra, donde los investigadores establecieron contactos con sabios auténticos que verificaron los fenómenos de transmisión de pensamiento. El doctor Soal, de la Universidad de Cambridge, pudo ofrecer a los investigadores demostraciones de comunicaciones, a varios centenares de kilómetros de distancia, entre dos jóvenes mineros del País de Gales.

En Alemania, la comisión investigadora se entrevistó con sabios de absoluto crédito, como Hans Bender y Pascual Jordán, que no sólo habían observado fenómenos de transmisión de pensamiento sino que no temían escribirlo. En la propia América se multiplicaron las pruebas. Un sabio chino, el doctor Chink Yu Wang, pudo, con ayuda de algunos colegas igualmente chinos, dar a los expertos de la Rand Corporation pruebas aparentemente concluyentes de la transmisión del pensamiento.

¿ Cómo se procede en la práctica para obtener resultados tan asombrosos como el experimento del teniente Jones y el individuo llamado Smith?

Para ello hay que encontrar un par de experimentadores, es decir, dos sujetos, uno de los cuales actúa de emisor, y el otro, de receptor. Sólo empleando dos sujetos cuyos cerebros estén de algún modo sincronizados (los especialistas americanos emplean el término resonancia, tomado de la T. S. H., aun sabiendo la vaguedad de este término), se obtienen resultados realmente sensacionales.

Lo que se observa, pues, en los trabajos modernos, es una comunicación en un solo sentido. Si se invierte la dirección, si se hace emitir por el sujeto que recibía, o viceversa, no se obtiene nada en absoluto. Para obtener comunicaciones eficaces en los dos sentidos, hará falta, pues, «dos» parejas emisoras receptoras, o, dicho en otras palabras:

— Un sujeto emisor y un sujeto receptor a bordo del submarino.

— Un sujeto emisor y un sujeto receptor en un la boratorio en tierra.

¿Cómo se eligen estos sujetos?

Por lo pronto, es un secreto. Lo único que se sabe es que la elección se realiza examinando los electroencefalogramas, es decir, los registros eléctricos de la actividad cerebral de los voluntarios que se presentan. Esta actividad cerebral, bien conocida de la ciencia, no va acompañada de ninguna emisión de ondas. Pero detecta las emisiones de energía del cerebro, y Grey Walter, célebre cibernetico inglés, ha sido el primero en demostrar que el electroencefalograma puede servir para detectar las actividades cerebrales anormales.

Mrs. Gertrude Schmeidler, psicóloga americana, ha aportado una nueva precisión sobre el tema. La doctora Schmeidler ha demostrado que los voluntarios

que se presentan para servir de sujetos en los experimentos de parapsicología pueden dividirse en dos categorías que ella denomina «corderos» y «cabras». Son corderos los que creen en la percepción extrasensorial, y cabras los que no creen en ella. Al parecer, en la comunicación a distancia hay que asociar un cordero con una cabra.

Lo que hace esta clase de trabajo extraordinariamente difícil es que, en el momento en que se establece la comunicación a distancia por el pensamiento, ni el emisor ni el receptor sienten nada. La comunicación se realiza en un plano inconsciente, y nada de ello se traslucen en la conciencia. El emisor ignora si el mensaje llega a destino. El receptor no sabe si recibe señales procedentes de otro cerebro o si sólo está inventando. Por esto, en vez de ensayar la transmisión de imágenes complicadas o discutibles, los investigadores se limitan a emplear los cinco símbolos sencillos de las cartas de Zener. Cuando esta transmisión se haya perfeccionado, podrán emplearse fácilmente aquellas cartas como clave, a la manera del alfabeto Morse, y transmitir mensajes inteligibles. Por lo pronto, la cuestión es perfeccionar el modo de comunicación, hacerlo más seguro. Se trabaja en ello desde muchas direcciones, y se buscan en particular medicamentos de acción psicológica que faciliten la transmisión del pensamiento. Un especialista americano de farmacología, el doctor Humphrey Osmond, ha obtenido ya algunos resultados en este terreno, y los ha hecho públicos en un informe cursado a la Academia de Ciencias de Nueva York, en marzo de 1947.

Sin embargo, ni el teniente Jones ni el tal Smith utilizaban droga alguna. Pues el fin de estos experimentos de las fuerzas armadas americanas es explotar a fondo las posibilidades del cerebro humano normal. A excepción del café, que parece mejorar la transmisión, y la aspirina que, por el contrario, la inhibe, la paraliza, no se

autoriza ninguna droga para los experimentos del proyecto Rand.

Estos experimentos abren una nueva era en la historia de la Humanidad y de la ciencia.¹

En el terreno de las «curaciones paranormales», es decir, obtenidas por un tratamiento psicológico, ya se trate del curandero «poseedor del fluido» o del psicoanalista (salvadas las distancias entre los métodos), los parapsicólogos han llegado a conclusiones del más alto interés. Nos han aportado un concepto nuevo: el de la pareja médico-enfermo. El resultado del tratamiento vendría determinado por la existencia o inexistencia de su lazo telepático entre el facultativo y el paciente. Si esta relación se establece —y es semejante a una relación amorosa—, produce la hiperlucidez y la hiperactividad que se observan en las parejas apasionadas: la curación es posible. En otro caso, médico y enfermo pierden el tiempo. La noción del «fluido» ha sido rebasada por la noción de la «pareja». Se cree que llegará a ser posible dibujar el perfil psicológico profundo del médico y del paciente. Ciertos tests permitirán determinar la clase de inteligencia y de sensibilidad de ambos y la naturaleza de los planos inconscientes que pueden establecerse entre ellos. El médico, al comparar su perfil con el del enfermo, podría saber desde el principio si le es o no posible actuar.

En Nueva York, un psicoanalista rompe la llave del archivo en que guarda sus fichas. Corre a casa de un cerrajero y consigue que éste le confeccione otra llave en el acto. No habla a nadie de este incidente. Unos días más tarde, en el curso de una sesión de sueño en vigilia, aparece en el sueño del paciente una llave que éste des1. Jacques Bergier, *Constellation*, n.º 140, diciembre de 1959.

cribe. Está rota y lleva el número de la llave del archivo: verdadero fenómeno psicológico.

El doctor Lindner, célebre psicoanalista americano, tuvo que tratar, en 1953, a un famoso sabio atomista.¹ Este último se desinteresaba de su trabajo, de su familia, de todo. Se evadía, confesó a Lindner, a otro universo. Cada vez más a menudo, su pensamiento viajaba por otro planeta, del cual era uno de los jefes, y donde la ciencia estaba más avanzada que en el nuestro. Tenía una visión precisa de aquel mundo, de sus leyes, de sus costumbres, de su cultura. Y, cosa extraordinaria, Lindner se sintió poco a poco contagiado de la locura de su enfermo, se unió en pensamiento a éste en su Universo y perdió en parte su personalidad. Entonces, el enfermo empezó a librarse de su visión y entró en franca vía de curación. Lindner se curó a su vez, unas semanas más tarde. Acababa de obedecer, en el campo experimental, al inmemorial mandato hecho al taumaturgo de «tomar sobre sí» el mal ajeno, de redimir el pecado ajeno.

La parapsicología no tiene la menor relación con el ocultismo ni con las falsas ciencias: por el contrario, procura desenmascararlas. Sin embargo, los sabios, ulgarizadores y filósofos que la condenan, ven en ella un fomento de la charlatanería. Esto es falso, pero es verdad que nuestra época, más que ninguna otra, se presta al desarrollo de esas falsas ciencias «que aparentemente sirven para todo, pero que no tienen las propiedades ni la realidad de nada». Estamos persuadidos de que existen en el hombre terrenos desconocidos. La parapsicología propone un método de exploración. En las páginas que seguirán, vamos a proponer, a nuestra

1. El doctor Lindner describe esta experiencia en un libro de recuerdos, *La hora de cincuenta minutos*.

vez, un método. Esta exploración apenas ha comenzado: será, creemos, una de las grandes tareas de la civilización venidera. Sin duda se revelarán, estudiarán y dominarán fuerzas naturales todavía ignoradas, con el fin de que el hombre pueda cumplir su destino en una Tierra en plena transformación. Estamos seguros de ello. Pero también estamos ciertos de que el auge actual del ocultismo y de las falsas ciencias en un inmenso sector de público es una enfermedad. No son los espejos rotos los que traen desgracia, sino los cerebros cascados.

Hay en los Estados Unidos, después de la última guerra, más de treinta mil astrólogos, y veinte revistas exclusivas dedicadas a la astrología, una de las cuales tira 500.000 ejemplares. Más de 2.000 periódicos tienen su sección astrológica. En 1943, cinco millones de americanos obraban según las directrices de los adivinos y gastaban doscientos millones de dólares al año para conocer el porvenir. Sólo en Francia hay más de 40.000 curanderos y más de 50.000 consultorios ocultos. Según cálculos comprobables,¹ los honorarios de los adivinos, pitonisas, etc., suman, en París, cincuenta mil millones de francos. El presupuesto global de la «magia» sería de unos trescientos mil millones al año para toda Francia: mucho mayor que el presupuesto de la investigación científica.

«—Si el que echa la buenaventura hace comercio de la verdad...

»—¿Y bien?

»—Pues bien, creo que comercia con el enemigo.»²

Es absolutamente necesario, aunque sólo sea para

" 1. Cifras citadas por François Le Lionnais en su estudio, «Une Maladie des Civilisations: les Fausses Sciences», *La Nef* número 6, junio de 1954.

2. Chesterton, *El padre Brown*.

limpiar el campo de investigación, rechazar esta invasión. Pero esto debe aprovechar al progreso de la civilización. Es decir, que no hay que volver al positivismo que Flammarion

consideraba ya superado en 1891, ni al cientifismo estrecho, cuando la propia ciencia nos conduce hacia una nueva reflexión sobre las estructuras del espíritu. Si el hombre posee poderes hasta hoy ignorados o menospreciados, y si existe, como nos inclinamos a creer, un estado superior de conciencia, importa no rechazar las hipótesis útiles a la experimentación, los hechos verdaderos, las comprobaciones que iluminan, al propio tiempo que aventamos el ocultismo y las falsas ciencias. Dice un proverbio inglés: «Al arrojar el agua sucia de la bañera, cuidad de no arrojar al bebé con ella.»

La propia ciencia soviética admite que «no lo sabemos todo, pero no hay terreno tabú, ni territorio para siempre inaccesible». Los especialistas del Instituto Pávlov, los sabios chinos que se consagran al estudio de la actividad nerviosa superior, trabajan en el yoga. «Por lo pronto —escribe el periodista científico Saparin, en la revista rusa *Fuerza, y Saber*¹— los fenómenos presentados por los yoguis no tienen explicación, pero ésta llegará sin duda alguna. El interés de tales fenómenos es enorme, porque revelan las extraordinarias posibilidades de la máquina humana.»

El estudio de las facultades extrasensoriales, la «psiónica», como dicen los investigadores americanos por analogía con la electrónica y la nucleónica, es, en efecto, susceptible de desembocar en aplicaciones prácticas de una amplitud considerable. Trabajos recientes sobre el sentido de orientación de los animales, por ejemplo, revelan la existencia de facultades extrasensoriales. El pájaro migratorio, el gato que recorre 1.300 kilómetros. Moscú, n.º 7, 1965, p. 21.

lómetros para volver a su casa, la mariposa que encuentra a la hembra a mil kilómetros, parecen utilizar el mismo tipo de percepción y de acción a distancia. Si pudiésemos descubrir la naturaleza de este fenómeno y dominarlo, dispondríamos de un nuevo medio de comunicación y de orientación. Tendríamos a nuestra disposición un verdadero radar humano.

La comunicación directa de las emociones, tal como parece producirse en la pareja analista-paciente, podría tener aplicaciones médicas preciosas. La conciencia humana es parecida al iceberg que flota en el océano: la parte mayor está debajo del agua. A veces, el iceberg oscila y pone de manifiesto una enorme masa desconocida; entonces decimos: he aquí un loco. Si fuese posible establecer una comunicación directa entre las masas sumergidas, en la pareja médico-enfermo, por medio de algún «amplificador psiónico», las enfermedades mentales podrían desaparecer completamente.

La ciencia moderna nos enseña que los métodos experimentales, en su último grado de perfección, le fijan límites. Por ejemplo, un microscopio suficientemente poderoso para observar un electrón emplearía una fuente de luz tan fuerte que desplazaría al electrón observado, haciendo la observación imposible. Al bombardearlo, no podemos averiguar lo que hay en el interior del núcleo, pues éste se transforma. Pero es posible que el equipo desconocido de la inteligencia humana permita la percepción directa de las estructuras últimas de la materia y de las armonías del Universo. Tal vez podríamos disponer de «microscopios psiónicos» y de «telescopios psiónicos» que nos mostrasen directamente lo que hay en el interior de un astro lejano o en el interior del núcleo atómico.

Tal vez haya un lugar en el hombre, desde el cual puede percibirse toda la realidad. Esta hipótesis parece delirante. Auguste Comte declaraba que jamás se conocería la composición química de una estrella. Al año siguiente, Bunsen inventaba el espectroscopio. Tal vez estamos en vísperas de descubrir un conjunto de métodos que nos permitan desarrollar sistemáticamente nuestras facultades extrasensoriales, utilizar una poderosa maquinaria oculta en nuestras profundidades. Con esta perspectiva hemos trabajado, Bergier y yo, sabiendo, con nuestro maestro Chesterton, que «el fumista no es el que se sumerge en el misterio, sino el que se niega a salir de él».

III

HACIA LA REVOLUCIÓN PSICOLÓGICA

El «segundo soplo» del espíritu. — Se necesita un Einstein de la psicología. — Renace la idea religiosa. — Nuestra sociedad agoniza. — Jaurés y el árbol lleno de moscas que zumban. — Lo poco que vemos depende de lo poco que somos.

«Tierra humeante de fábricas. Tierra trepidante de asuntos. Tierra vibrante de cien nuevas radiaciones. Este gran organismo no vive, en definitiva, más que por y para un alma nueva. Bajo el cambio de edad, un cambio de Pensamiento. Ahora bien, ¿dónde buscar, dónde situar esta alteración renovadora y útil, que, sin modificar visiblemente nuestros cuerpos, nos ha convertido en seres nuevos? Sólo en una intuición nueva que ha modificado en su totalidad el Universo en que nos movíamos; dicho de otra manera, en un despertar.»

Así, pues, para Teilhard de Chardin ha comenzado ya la mutación de la especie humana: el alma nueva está

naciendo. Esta mutación se opera en las regiones profundas de la inteligencia, y esta «alteración renovadora» nos da una visión total y completamente distinta del Universo. El estado de vigilia de la conciencia se ve sustituido por un estado superior, en comparación del cual el precedente no era más que sueño. Ha llegado el tiempo del verdadero despertar.

Quisiéramos llevar al lector a reflexionar sobre este despertar verdadero. Ya he dicho, al comienzo de esta obra, que mi infancia y mi adolescencia se habían bañado en un sentimiento parecido al que animaba a Teilhard. Cuando contemplo el conjunto de mis acciones, de mis búsquedas, de mis escritos, veo claramente que todo ello fue orientado por el sentimiento —tan violento y profundo en mi padre— de que la conciencia humana tiene una etapa que franquear, de que hay que encontrar un «segundo soplo», y de que ha llegado el tiempo de buscarlo. Este libro, en el fondo, no tiene más objeto que la afirmación, lo más vigorosa posible, de este sentimiento.

La psicología lleva un considerable retraso con respecto a la ciencia. La llamada psicología moderna estudia, según la visión del siglo XIX, al hombre dominado por el positivismo militante. La ciencia realmente moderna explora un Universo que se muestra cada vez más rico en sorpresas y cada vez menos ajustado a las estructuras del espíritu y a la naturaleza del conocimiento oficialmente admitidas. La psicología de los estados conscientes presupone un hombre acabado y estático: el *homo sapiens* del «siglo de las luces». La física revela un mundo que juega varios juegos a la vez y tiene múltiples puertas abiertas al infinito. Las ciencias exactas desembocan en lo fantástico. Las ciencias humanas siguen encerradas en la superstición positivista. La noción del devenir, de lo evolutivo, domina el pensamiento científico. La psicología se funda aún en una

visión del hombre terminado, provisto de funciones mentales jerarquizadas de una vez para siempre. Por el contrario, nosotros pensamos que el hombre no está terminado; nos parece analizar, a través de las formidables sacudidas que transforman el mundo en este momento, sacudidas hacia lo alto en el dominio del conocimiento, sacudidas a lo ancho producidas por la formación de las grandes masas, las primicias de un cambio de estado de la conciencia humana, de una «alteración renovadora» en el interior mismo del hombre. De suerte que una psicología eficaz, adaptada al tiempo en que vivimos, debería fundarse, a nuestro entender, no en lo que es el hombre (o mejor, en lo que parece ser), sino en lo que puede devenir, en su evolución posible. Éste ha sido el objeto de nuestra investigación.

Todas las doctrinas tradicionales descansan sobre la idea de que el hombre no es un ser acabado, y los antiguos psicólogos estudian las condiciones en las cuales deben realizarse los

cambios, las alteraciones, las transmutaciones, que llevarán al hombre a su verdadera plenitud. Ciertas reflexiones, absolutamente modernas y realizadas según nuestro método, nos inducen a pensar que tal vez el hombre posee facultades que no explota, toda una maquinaria que no utiliza. Ya lo hemos dicho antes: el conocimiento del mundo exterior, llevado a su extremo, vuelve a poner sobre el tapete la cuestión de la naturaleza misma del conocimiento, de las estructuras de la inteligencia y de la percepción. Hemos dicho también que la próxima revolución sería psicológica. Esta opinión no es privativa nuestra: es también la de muchos investigadores modernos, de Oppenheimer a Costa de Beauregard, de Wolfgang Pauli a Heisenberg, de Charles Noël Martin a Jacques Ménétrier.

Sin embargo, es cierto que, en el umbral de esta revolución, ninguno de los altos pensamientos cuasirreligiosos que animan a los investigadores penetra en el

espíritu del hombre corriente; nada de ella viene a vivificar las profundidades de la sociedad. Todo ha cambiado en algunos cerebros. Nada ha cambiado, desde el siglo XIX en las ideas generales sobre la naturaleza del hombre y sobre la sociedad humana. En un artículo inédito sobre Dios, Jaurés, en sus últimos días, escribía en forma inigualable lo siguiente:

«Todo lo que queremos deciros hoy, es que la idea religiosa, borrada por un momento, puede volver a los espíritus y a las conciencias porque las conclusiones actuales de la ciencia los predisponen a recibirla. Existe desde ahora, si así puede decirse, una religión a punto, y si no penetra en este instante en las profundidades de la sociedad, si la burguesía es vulgarmente espiritualista o tontamente positivista, si el proletariado se halla repartido entre la superstición servil y un materialismo feroz, es porque el régimen social actual es un régimen de brutalidad y de odio, es decir, un régimen antirreligioso. Y no es, como suelen decir los declamadores vulgares y los moralistas sin ideas, que nuestra sociedad sea irreligiosa porque tenga la preocupación de los intereses materiales. Por el contrario, hay algo de religioso en la conquista de la naturaleza por el hombre, en la aprobación de las fuerzas del Universo para subvenir a las necesidades de la Humanidad. No; la irreligiosidad está en que el hombre sólo conquista la Naturaleza esclavizando a los hombres. No es la preocupación por el progreso material lo que aparta al hombre de los pensamientos elevados y de la meditación sobre las cosas divinas, sino el agotamiento producido por un trabajo inhumano, que no deja, a la mayoría de los hombres, fuerzas para pensar ni siquiera para sentir la vida, es decir, para sentir a Dios. También la sobreexcitación de las malas pasiones, de la envidia y del orgullo, absorbe en luchas impías la energía íntima de los más esforzados y de los más dichosos. Entre la provocación del

hambre y la sobreexcitación del odio, la Humanidad no puede pensar en el infinito. La Humanidad es como un gran árbol, lleno de moscas que zumban irritadas bajo un cielo tempestuoso, y, en medio de este zumbido de odio, no puede oírse la voz profunda y divina del Universo.»

Cuando descubrí el texto de Jaurés, sentí una gran emoción. Emplea los términos de un largo mensaje que le dirigió mi padre. Mi padre esperó ansiosamente la respuesta, que no llegó. Yo la recibí, al través de este escrito inédito, casi cincuenta años después...

Cierto; el hombre no tiene de sí mismo un conocimiento a la altura de lo que *hace*, es decir, de lo que la conciencia, que es el coronamiento de su oscura labor, descubre del Universo, de sus misterios, de sus fuerzas y de sus armonías. Y si no lo tiene, es que la organización social, fundada en ideas anticuadas, le priva de esperanza, de ocio y de paz. Privado de la vida, en el pleno sentido de la palabra, ¿cómo puede descubrir su extensión infinita? Sin embargo, todo nos invita a pensar que las cosas cambiarán rápidamente; que el empuje de las grandes masas, la formidable presión de los descubrimientos y de la técnica, el movimiento de las ideas en las esferas de verdadera

responsabilidad, barrerán los principios antiguos que paralizan la vida en sociedad, y que el hombre, de nuevo disponible al llegar al extremo del camino que conduce de la locura a la rebelión y de la rebelión a la adhesión, sentirá surgir dentro de él esta «alma nueva» de que habla Teilhard, y descubrirá en la libertad este «poder de ser causa» que une al ser con la obra.

Parece demostrado que el hombre posee ciertos poderes; precognición, telepatía, etc. Existen hechos observables. Pero, hasta hoy, tales hechos han sido presentados como presuntas pruebas de «la realidad del alma»

o del «espíritu de los muertos». Lo extraordinario, como manifestación de lo improbable: es un absurdo. En nuestro trabajo hemos evitado, pues, todo recurso a lo oculto y a lo mágico. Esto no quiere decir que haya que prescindir de la totalidad de los hechos y de los textos de este campo. En esto, hacemos nuestra la actitud tan nueva, tan honrada e inteligente, de Roger Bacon:¹ «Hay que guiarse en esas cosas por la prudencia, pues es fácil al hombre equivocarse, y nos hallamos en presencia de dos errores: unos niegan todo lo que es extraordinario, y otros, yendo más allá de la razón, caen en la magia. Hay que guardarse, pues, de los numerosos libros que contienen versos, caracteres, oraciones, conjuros y sacrificios, ya que son libros de pura magia, y de otros en número infinito que no tienen ni la fuerza del arte ni de la Naturaleza, sino que son embustes de hechicero. De otra parte, hay que considerar que, entre los libros que son tenidos por mágicos, los hay que no lo son en absoluto y que contienen el secreto de los sabios... Si alguien encuentra en estas obras alguna operación de la Naturaleza o del arte, que la guarde...»

El único progreso, en psicología, ha sido el comienzo de la exploración de las profundidades, de las zonas subconscientes. Nosotros pensamos que también hay cumbres que explorar, una zona superconsciente. O mejor, nuestras búsquedas y reflexiones nos invitan a admitir como hipótesis la existencia de un equipo superior del cerebro, en gran parte no explorado. En el estado de vigilia normal de la conciencia sólo una décima parte del cerebro está en actividad. ¿Qué ocurre en las nueve décimas aparentemente silenciosas? ¿No puede existir un estado en que la totalidad del cerebro esté en actividad organizada? Todos

1. 1613: *Carta sobre los prodigios.*

los hechos que vamos a referir y estudiar ahora pueden ser atribuidos a un fenómeno de activación de las zonas habitualmente dormidas. Sin embargo, no existe todavía ninguna psicología orientada hacia ese fenómeno. Tendremos que esperar sin duda a que la neurofisiología progrese para que nazca una psicología de las cumbres. Sin esperar al desarrollo de esta nueva fisiología y sin querer prejuzgar nada sobre sus resultados, vamos sencillamente a llamar la atención sobre este campo. Es posible que su exploración resulte tan importante como la del átomo y la del espacio.

Todo el interés se ha centrado hasta ahora en lo que está debajo de la conciencia; en cuanto a la conciencia misma, no ha dejado de presentarse, en los estudios modernos, como un fenómeno originado en las zonas inferiores: el sexo, en Freud; los reflejos condicionados, en Pávlov, etc. De suerte que toda la literatura psicológica, toda la novela moderna, por ejemplo, nos recuerda la frase de Chesterton: «Esa gente que, al hablar del mar, no habla más que del mareo.» Pero Chesterton era católico: suponía la existencia de cumbres de la conciencia, porque admitía la existencia de Dios. Era necesario que la psicología se liberase, como toda ciencia, de la teología. Nosotros pensamos simplemente que la liberación no es todavía completa; que hay también una liberación por las alturas: por el estudio metódico de los fenómenos que se sitúan por encima de la conciencia, por el estudio de la inteligencia que vibra a una frecuencia superior.

El espectro de la luz se presenta así: a la izquierda, la ancha banda de las ondas hertzianas y del infrarrojo. En el centro, la faja estrecha de la luz visible; a la derecha, la banda infinita: ultravioleta, rayos X, rayos gamma y lo desconocido.

¿Y si el espectro de la inteligencia, de la luz humana, fuese comparable a aquél? A la izquierda, el infra o subconsciente; en el centro, la estrecha faja de la conciencia; a la derecha, la banda infinita de la ultraconciencia. Hasta ahora, sólo se han realizado estudios sobre la conciencia y la subconciencia. El vasto dominio de la ultraconciencia sólo parece haber sido explorado por los místicos y por los magos: exploraciones secretas, testimonios poco descifrables. La escasa información que ha llegado hasta nosotros hace que se expliquen algunos fenómenos innegables, como la intuición y el genio, correspondientes al principio de la banda de la derecha, por los fenómenos, de la infraconsciencia, correspondientes al final de la banda de la izquierda. Lo que sabemos del subconsciente nos sirve para explicar lo poco que conocemos del superconsciente. Ahora bien, es imposible explicar la derecha del espectro de la luz por su izquierda, los rayos gamma por las ondas hertzianas: sus propiedades no son las mismas. De igual manera, pues, pensamos que, si existe un estado más allá del estado de conciencia, las propiedades del espíritu tienen que ser en él completamente diferentes. En consecuencia, tienen que descubrirse otros métodos, distintos de la psicología de los estados inferiores.

¿En qué condiciones puede el espíritu alcanzar aquel otro estado? ¿Cuáles son entonces sus propiedades? ¿Qué conocimientos puede en tal caso alcanzar? El movimiento formidable del conocimiento nos conduce a un punto en que el espíritu se siente obligado a transformarse, para ver lo que hay que ver, para hacer lo que hay que hacer. «Lo poco que vemos depende de lo poco que somos.» Pero, ¿es que sólo somos lo que creemos ser?

IV

REDESCUBRIMIENTO DEL ESPÍRITU MÁGICO

El ojo verde del Vaticano. — La otra inteligencia. — La Fábrica Durmiente del Bosque. — Historia de la «relavóte». — La Naturaleza hace tal vez un doble juego. — La manivela de la supermáquina. — Nuevas catedrales, nuevo argot. — La última puerta. — La existencia como instrumento. — Algo nuevo y razonable sobre los símbolos. — No todo está en todo.

La ciencia de los mejores lingüistas del mundo no bastó para descifrar ciertos manuscritos encontrados en las orillas del mar Muerto. Se instaló una máquina, un calculador electrónico, en el Vaticano, y se le dio a estudiar un espantoso galimatías, los restos de un pergamo inmemorial, en el que aparecían escritos en todos sentidos, fragmentos de signos indescifrables. La máquina tenía que realizar una labor que no habrían podido ejecutar doscientos cerebros trabajando doscientos años seguidos: comparar los trazos, rehacer todas las series posibles, deducir una ley de similitud entre todos los términos de comparación imaginables, y, después de agotar la lista infinita de combinaciones, establecer un alfabeto partiendo de la única similitud aceptable, volver a crear una lengua, restituir, traducir. La máquina observó los despojos con su ojo verde, inmóvil y frío, empezó a chirriar y a zumbar; innumerables ondas rápidas recorrieron su cerebro electrónico, y al fin extrajo de aquel detrito un mensaje, que era la palabra del viejo

mundo enterrado. Tradujo. Las sombras de letras cobraron vida sobre el polvo del pergamino, se juntaron, se agruparon, y de aquella masa informe, de aquel cadáver del verbo, brotó una voz llena de promesas. La máquina dijo: «Y en este desierto construiremos un camino hacia vuestro Dios.»

Conocida es la diferencia entre la aritmética y las matemáticas. El pensamiento matemático, desde Evariste Galois, ha descubierto un mundo que es extraño al hombre, que no corresponde a la experiencia humana, al universo tal como lo conoce la conciencia humana ordinaria. La lógica que actúa a base del sí o el no, es remplazada en él por la superlógica que opera con el sí o el no. Esta superlógica no es del dominio del razonamiento, sino de la intuición. En este sentido puede decirse que la intuición, es decir, una facultad «salvaje», un poder «insólito» del espíritu, «erige ahora en grandes sectores matemáticos». ¹

¿Cómo funciona normalmente el cerebro? Funciona como máquina aritmética. Funciona como máquina binaria: sí, no; conforme, no conforme; verdadero, falso; amo, no amo; bueno, malo. Dentro del sistema binario, nuestro cerebro es invencible. Los grandes calculadores humanos han logrado superar a las máquinas electrónicas.

¿Qué es una máquina electrónica aritmética? Es una máquina que, con rapidez extraordinaria, clasifica, acepta, rechaza y ordena en series los factores diversos. En una palabra, es una máquina que pone orden en el Universo. Imita el funcionamiento de nuestro cerebro. El hombre clasifica, y lo tiene a honor. Todas las ciencias se han construido gracias a un esfuerzo de clasificación.

Sí, pero ahora existen también máquinas electrónicas que no funcionan sólo aritméticamente, sino analógicamente. Ejemplo: si quieren ustedes estudiar *todas*

1. Charles Noël Martin, *Los veinte sentidos del hombre*.

las condiciones de resistencia de la presa que están construyendo, hagan una maqueta de la presa. Realicen *todas* las observaciones posibles sobre la maqueta. Proporcionen a la máquina el conjunto de estas observaciones. La máquina coordina, compara, a velocidad inhumana, establece *todas* las conexiones posibles entre las mil observaciones de detalle, y les dice: «Si no refuerzan ustedes la cuña del tercer pilar de la derecha, reventará en 1984.»

La máquina analógica ha fijado, con su ojo inmóvil e infalible, todo el conjunto de reacciones de la presa, después ha considerado todos los aspectos de la existencia de la misma, ha asimilado esta existencia y ha deducido de ella todas sus leyes. Ha visto el presente en su totalidad, estableciendo, a una velocidad que contrae el tiempo, todas las relaciones posibles entre todos los factores particulares, y ha podido ver, al mismo tiempo, el futuro. En resumidas cuentas, ha pasado del saber al conocimiento.

Pues bien, nosotros pensamos que el cerebro también puede, en ciertos casos, funcionar como una máquina analógica, es decir:

1.º Reunir todas las observaciones posibles sobre una cosa.

2.º Establecer la lista de todas las relaciones constantes entre los múltiples aspectos de las cosas.

3.º Llegar a ser, en cierto modo, la cosa misma, asimilar su esencia y descubrir la totalidad de su destino.

Todo esto, naturalmente, a velocidad electrónica, realizando decenas de millares de conexiones en un tiempo como atomizado. Esta serie fabulosa de operaciones precisas, matemáticas, es lo que llamamos a veces, cuando el mecanismo se dispara por azar, iluminación.

Si el cerebro puede funcionar como una máquina analógica, puede también trabajar, no sobre la cosa misma, sino sobre una maqueta de ella. No sobre el

mismo Dios, sino sobre un ídolo. No sobre la eternidad, sino sobre una hora. No sobre la Tierra, sino sobre un grano de arena. Es decir: puede ver, en una imagen que haga el papel

de maqueta y estableciendo conexiones a velocidad que rebase el más rápido razonamiento binario, como decía Blake, «el Universo en un grano de arena y la eternidad en una hora».

Si esto ocurriese así, si la velocidad de clasificación, de comparación y de deducción se hallase formidablemente acelerada, si nuestra inteligencia se encontrase, en ciertos casos, como la partícula del ciclotrón, tendríamos la explicación de toda la magia. Partiendo de la observación de una estrella a simple vista, el sacerdote maya hubiese podido reconstruir en su cerebro el conjunto del sistema solar y descubrir Urano y Plutón sin telescopio (según parecen atestiguar ciertos bajorrelieves). Partiendo de un fenómeno en el crisol, el alquimista hubiese podido lograr una representación exacta del átomo más complejo y descubrir el secreto de la materia. Se tendría la explicación de la fórmula según la cual: «Lo que está en lo alto es igual que lo que está en lo bajo.» Y en el terreno más grosero de la magia imitativa, se comprendería cómo el mago de Cromagnon, contemplando en su gruta la imagen del bisonte ceremonial, lograba captar el conjunto de las leyes del mundo del bisonte y anunciar a la tribu la fecha, el lugar y el tiempo más favorable para la próxima cacería.

Los técnicos de la cibernetica han perfeccionado máquinas electrónicas que funcionan primero aritméticamente y después analógicamente. Estas máquinas son particularmente útiles para descifrar mensajes en clave. Pero los sabios son así: se niegan a imaginar que *el hombre pueda ser lo mismo que ha creado*. ¡Extraña humildad!

Nosotros admitimos esta hipótesis: el hombre posee un aparato al menos igual, si no superior, a todos los aparatos técnicamente realizables, destinado a alcanzar el resultado que es objeto de toda técnica, a saber la comprensión y el manejo de las fuerzas universales. ¿Por qué no ha de poseer una especie de máquina electrónica en las profundidades de su cerebro? Hoy sabemos que las nueve décimas partes del cerebro humano no son utilizadas en la vida consciente normal; el doctor Warren Penfield ha demostrado la existencia, en nosotros, de este vasto campo silencioso. ¿Y si este campo silencioso fuese una inmensa sala de máquinas en funcionamiento, que espera sólo una voz de mando? Si esto fuera así, la magia tendría razón.

Tenemos un correo: las secreciones hormonales parten a provocar excitaciones en mil lugares de nuestro cuerpo.

Tenemos un teléfono: nuestro sistema nervioso; me pinchan y grito, siento vergüenza y me ruborizo, etc.

¿Por qué no hemos de tener una radio? Tal vez el cerebro emite ondas que se propagan a gran velocidad y que, como las ondas de alta frecuencia, que discurren por los conductores huecos, circulan por el interior de los cilindros de mielina. En este caso, poseeríamos un sistema de comunicaciones, de conexiones, desconocido. Acaso nuestro cerebro emite tales ondas sin cesar, pero no utilizamos los receptores, o tal vez éstos sólo funcionan en raras ocasiones, como esos aparatos de radio mal construidos, a los que un golpe hace momentáneamente sonoros.

Yo tenía siete años. Estaba en la cocina, junto a mi madre, que fregaba la vajilla. Mi madre cogió un estropajo (*lavette*) para quitar la grasa de los platos, y pensó, en el mismo momento, que su amiga Raymonde llamaba al

estropajo «una *relavote*». Yo estaba charlando, pero me interrumpí en el mismo instante para decir: «Raymonde llama a esto una *relavóte*», y seguí con lo que hablaba. No recordaría este incidente si mi madre, vivamente impresionada, no me lo hubiese recordado a menudo, como si con ello hubiese rozado un gran misterio, sentido, en un hálico de gozo, que yo era ella, recibido una prueba sobrehumana de mi amor. Más tar-

de, cuando yo la hacía sufrir, evocaba aquel segundo de «contacto», como para convencerse de que algo más profundo que su sangre había pasado de ella a mí.

Sé perfectamente lo que hay que pensar de las coincidencias, incluso de las coincidencias privilegiadas que llama Jung «significativas»; pero tengo la impresión, por haber vivido momentos análogos con un amigo muy querido, con una mujer apasionadamente amada, que hay que rebasar la noción de la coincidencia y atreverse a llegar a la interpretación mágica. Basta con entendernos sobre la palabra «mágica».

¿Qué pasó aquel día en la cocina, cuando yo tenía siete años? Creo que, independientemente de mi voluntad (y a causa de un imperceptible choque, de un temblor ínfimo comparable a la onda ligera que hace caer un objeto largo tiempo en equilibrio, un temblor ínfimo debido a un puro azar), una máquina que hay dentro de mí, sensibilizada infinitamente a la sazón por mil y mil impulsos de amor, de este amor sencillo, violento y exclusivamente de la infancia, se puso bruscamente a funcionar. Esta máquina, nueva y a punto en el campo silencioso de mi cerebro, en la fábrica cibernetica de la Bella Durmiente del Bosque, contempló a mi madre. La vio, Captó y clasificó todas las facetas de su pensamiento, de su corazón, de sus humores, de sus sensaciones; se convirtió en mi madre; tuvo conocimiento de su esencia y de su destino hasta aquel instante. Registró y ordenó, a velocidad mayor que la de

la luz, todas las asociaciones de sentimientos y de ideas que habían desfilado por mi madre desde su nacimiento, y llegó a la última asociación: la del estropajo, Raymonde y la *relavote*. Entonces, expresé el resultado del trabajo de la máquina, ejecutado con tan formidable rapidez que sus frutos pasaban por mi interior sin dejar rastro, como nos cruzan los rayos cósmicos sin provocar ninguna sensación. Dije: «Raymonde llama a esto una *relavóte*.» Después, la máquina se detuvo, o bien yo dejé de ser receptor después de haberlo sido una millonésima de segundo, y reanudé la frase interrumpida. Antes de que el tiempo se detenga o de que se acelere en todos los sentidos, pasado, presente y futuro: es la misma cosa.

En otras ocasiones, debía tropezar con «coincidencias» de la misma naturaleza. Pienso que es posible interpretarlas de esta manera: Es verosímil que la máquina funcione constantemente, pero que nosotros sólo podemos ser receptores ocasionalmente. Más aún, esta receptividad tiene que ser rarísima. Sin duda es nula en ciertos seres. Igual que hay «gente con suerte» y gente que no la tiene. Los afortunados serían los que, a veces, reciben mensajes de la máquina: ésta ha analizado todos los elementos de la coyuntura, ha clasificado, elegido y comparado todos los efectos y las causas posibles, y, al descubrir así el mejor camino del destino, ha pronunciado su oráculo, que ha sido recogido sin que la conciencia haya sospechado siquiera el formidable trabajo realizado. Éstos, en efecto, son los «amados de los dioses». De vez en cuando, están conectados con su fábrica. Por lo que a mí atañe, tengo lo que se llama «suerte».

Y todo me inclina a creer que los fenómenos que presiden esta suerte son del mismo orden que los que presidieron la historia de la *relavote*.

Así empezamos a darnos cuenta de que la concepción mágica de las relaciones del hombre con el prójimo, con las cosas, con el espacio y con el tiempo, no es absolutamente ajena a una reflexión libre y viva sobre la técnica y la ciencia modernas. Precisamente la modernidad nos permite creer en lo mágico. Las máquinas electrónicas hacen que consideremos seriamente al hechicero de Cromagnon y al sacerdote maya. Si en el campo silencioso del cerebro humano se establecen conexiones ultrarrápidas, y si, en ciertas circunstancias, el resultado de este trabajo es captado por la conciencia, ciertas prácticas de magia imitativa, ciertas revelaciones proféticas, ciertas iluminaciones

poéticas o místicas, ciertas adivinaciones que cargamos en la cuenta del delirio o del azar, tienen que considerarse como adquisiciones del espíritu en estado de vigilia.

Hace ya muchos años que sabemos que la Naturaleza no es razonable. No está de acuerdo con el mundo ordinario del funcionamiento de la inteligencia. Para la parte de nuestro cerebro normalmente en uso, toda situación es binaria. Esto es blanco o negro. Es que sí o es que no. Es continuo o discontinuo. Nuestra máquina de comprender es aritmética. Clasifica, compara. Todo el *Discurso del método* se funda en esto. Y también toda la filosofía china del Ying y del Yang (y el *Libro de las mutaciones*, único libro de oráculos cuyas reglas nos haya transmitido la antigüedad, se compone de figuras gráficas: tres líneas continuas y tres discontinuas en todos los órdenes posibles). Pues bien, como decía Einstein en los últimos tiempos de su vida: «Me pregunto si la Naturaleza hace siempre el mismo juego.» Parece, en efecto, que la Naturaleza escapa a la máquina binaria que es nuestro cerebro en su estado de actividad. Normal. Desde Louis de Broglie, nos hemos visto obligados a admitir que la luz es *a la vez* continua y rota. Pero ningún cerebro humano ha logrado llegar a una representación de tal fenómeno, a una comprensión interna, a un conocimiento real. Se admite. Se sabe. No se conoce. Suponed ahora que, ante un modelo de la luz (toda la literatura y la iconografía religiosa abundan en evocaciones de la luz), un cerebro pasa del estado aritmético al estado analógico, en el relámpago del éxtasis. Entonces se convierte en la luz. Ve el incomprensible fenómeno. Nace con él. Lo conoce. Llega hasta donde no alcanza la inteligencia sublime de De Broglie. Después vuelve a caer; se ha roto el contacto con las máquinas superiores que funcionan en la inmensa galería secreta del cerebro. Su memoria no le restituye más que retazos del conocimiento que acaba de adquirir. Y el lenguaje es incapaz de traducir siquiera estos retazos. Tal vez algunos místicos *conocieron* así los fenómenos de la Naturaleza que nuestra inteligencia moderna ha logrado descubrir, admitir, pero no ha conseguido integrar.

«Y, como yo, el escriba pregunta cómo, o qué cosa veía ella o si veía cosa corporal. Ella respondía así: veía una plenitud, una claridad, la cual me llenaba de tal manera que no puedo expresarlo ni puedo dar ninguna similitud...» He aquí un pasaje del dictado de Angele de Foligno a su confesor, realmente significativo.

El calculador electrónico, ante una maqueta matemática de presa o de avión, funciona analógicamente. En cierta manera, se convierte en presa o en avión y descubre la totalidad de los aspectos de su existencia. Si el cerebro puede actuar de igual manera,¹ empezamos a comprender por qué el brujo fabrica una estructura

1. Naturalmente, nuestra comparación con la máquina electrónica no es absoluta. Como toda comparación, no es más que un punto de partida, una maqueta de la idea.

que evoque el enemigo al que quiere dañar o dibuja el bisonte cuyo rastro quiere descubrir. Con estas maquetas, espera que su inteligencia pase del estado binario al estado analógico, que su conciencia pase del estado ordinario al estado de vigilia superior. Espera que la máquina empiece a funcionar analógicamente, que se produzcan, en el campo silencioso de su cerebro, conexiones ultrarrápidas que le entreguen la realidad total de la cosa representada. Espera, pero no pasivamente. ¿Qué hace? Ha elegido la hora y el lugar en función de enseñanzas antiguas, de tradiciones que son acaso resultado de una suma de ensayos a tientas. Tal momento de tal noche, por ejemplo, es más favorable que tal otro momento de tal otra noche, tal vez a causa del estado del cielo, de la radiación cósmica, de la disposición de los campos magnéticos, etc. Se coloca en una cierta postura bien determinada. Hace ciertos gestos, una

danza particular, pronuncia ciertas palabras, emite sonidos, modula un silbido, etc. Todavía nadie se ha dado cuenta de que podría tratarse de técnicas (embrionarias, viciantes) destinadas a provocar la puesta en marcha de las máquinas ultrarrápidas contenidas en la parte dormida de nuestro cerebro. Acaso los ritos no son más que conjuntos completos de disposiciones rítmicas capaces de operar una puesta en marcha de estas funciones superiores de la inteligencia. Giros de manivela, en cierto modo, más o menos eficaces. Todo nos inclina a creer que la puesta en marcha de estas funciones superiores, de estos cerebros electrónicos analógicos, exige empalmes mil veces más complicados y sutiles que los que funcionan en el paso del sueño a la lucidez.

Desde los trabajos de Von Frisch, sabemos que las abejas poseen un lenguaje: dibujan en el espacio, en el curso de sus vuelos, figuras matemáticas de una infinita complicación, y así se comunican los informes necesarios para la vida de la colmena. Todo induce a creer que el hombre, para establecer comunicación con sus poderes más elevados, tiene que poner en juego impulsos al menos igualmente complejos, igualmente tenues y ajenos a lo que determinaba habitualmente sus actos intelectuales.

Los rezos y los ritos ante los ídolos, ante las imágenes simbólicas de las religiones, serían, pues, intentos de captar y orientar las energías sutiles (magnéticas, cósmicas, rítmicas, etc.), en vista a la puesta en marcha de la inteligencia analógica que permitiría al hombre *conocer* la divinidad representada.

Si esto es así, si existen técnicas para obtener del cerebro un rendimiento sin parangón con los resultados de la inteligencia binaria más desarrollada, y si estas técnicas no fueron buscadas hasta hoy más que por los ocultistas, se comprende que la mayoría de los descubrimientos prácticos y científicos de antes del siglo XIX fuesen logrados por aquéllos.

Nuestro lenguaje, al igual que nuestro pensamiento, procede del funcionamiento aritmético, binario, de nuestro cerebro. Clasificamos en sí o no, en positivo o negativo; establecemos comparaciones y sacamos deducciones. Si el lenguaje nos sirve para poner orden en nuestro pensamiento, enteramente ocupado en clasificar, comprenderemos forzosamente que no es un elemento creador exterior, un atributo divino. El lenguaje no añade un solo pensamiento al pensamiento. Si hablo o escribo, freno mi máquina. No puedo describirla más que observándola en movimiento retardado. No expreso, pues, más que mi toma de conciencia binaria del mundo, y aun, solamente, cuando esta conciencia deja de funcionar a la velocidad normal. Mi lenguaje sólo da fe del movimiento retardado de una visión del mundo que limita a su vez el sistema binario. Esta insuficiencia del lenguaje es evidente y vivamente lamentable. Pero,

¿qué decir de la insuficiencia de la propia inteligencia binaria? Se le escapa la existencia interna, la esencia de las cosas. Puede descubrir que la luz es continua y discontinua a la vez, que la molécula del benceno establece entre sus seis átomos relaciones dobles y, no obstante, mutuamente excluyentes: lo admite, pero no puede comprenderlo, no puede adaptar a su propia marcha la realidad de las estructuras profundas que examina. Para llegar a ello, tendría que cambiar de estado, sería preciso que otras máquinas distintas de las normalmente empleadas empezaran a funcionar en el cerebro, y que el razonamiento binario fuere reemplazado por una conciencia analógica que revistiese las formas y asimilara los ritmos inconcebibles de estas estructuras profundas. Sin duda esto se produce en la intuición científica, en la iluminación científica, en la iluminación poética, en el éxtasis religioso y en otros casos que ignoramos. El recurso a la *conciencia despierta*, es decir, a un estado diferente del estado de vigilia lúcida,¹ constituye el *leitmotiv* de todas las filosofías antiguas. También es el *leitmotiv* de los más grandes físicos y matemáticos modernos, para quienes «algo debe de ocurrir en la conciencia humana para que pase del saber al conocimiento».

No es, pues, sorprendente que el lenguaje, que sólo logra referirse a una conciencia del mundo en estado de vigilia lúcido, se oscurezca en cuanto trata de expresar las estructuras profundas, ya sean la luz, la eternidad, el tiempo, la energía, la esencia del hombre, etcétera. Sin embargo, nosotros distinguimos dos clases de oscuridad.

Una de ellas procede de que el lenguaje es el *ve1*. En el original se emplean los términos *éveil* (alerta) y *vieille* (vigilia), atribuyendo a aquél un sentido superior, como un despertar del estado de vigilia a otro estado más clarividente. (*N. del T.*)

Hículo de una inteligencia que se aplica a examinar aquellas estructuras sin poder jamás asimilarlas. Es el vehículo de una naturaleza que choca en vano con otra naturaleza. En el mejor de los casos, sólo puede aportar el testimonio de una imposibilidad, el eco de una sensación de impotencia y de destierro. Su oscuridad es real. No es, precisamente, más que oscuridad.

La otra viene de que el hombre, que trata de expresarse, ha conocido, como relámpagos, otro estado de conciencia. Ha *vivido* un instante en la intimidad de las estructuras profundas. Las ha conocido. Es el místico del tipo san Juan de la Cruz, el sabio iluminado del tipo Einstein, el poeta inspirado del tipo William Blake, el matemático arrobadado del tipo Galois, el filósofo visionario del tipo Meyrink.

Al caer de nuevo, el «vidente» no sabe comunicar lo que ha visto. Pero, aun así, expresa la certeza positiva de que el Universo sería manejable si el hombre lograse combinar lo más íntimamente posible el estado de vigilia y el estado de supervigilia. En tal lenguaje aparece algo eficaz, el perfil de un instrumento soberano. Fulcanelli, al hablar del misterio de las catedrales; Wiener, al hablar de la estructura del Tiempo, son oscuros; pero en ellos la oscuridad deja de ser oscuridad: es la señal de que algo brilla al otro lado.

Es indudable que sólo el lenguaje matemático moderno da cuenta de ciertos resultados del pensamiento analógico. Existen, en física y matemáticas, los terrenos de «más allá absoluto» y de los «continuos de medida nula», es decir, medidas sobre universos inconcebibles y, sin embargo, reales. Uno puede preguntarse por qué los poetas no han ido todavía a escuchar, al lado de esta ciencia, el canto de las realidades fantásticas, si no es

por temor a tener que reconocer esta evidencia: que el arte mágico vive y medra fuera de sus gabinetes.¹

Este lenguaje matemático que da fe de la existencia de universos que escapan a la conciencia normalmente lúcida, es el único que está en actividad, en funcionamiento constante.²

Los «seres matemáticos», es decir, las expresiones, los signos que simbolizan la vida y las leyes del mundo invisible, del mundo *impensable*, desarrollan, fecundan, otros «seres». Hablando con propiedad, este lenguaje es la verdadera «lengua verde» de nuestro tiempo.

Sí, la «lengua verde», el argot en el sentido original de esas palabras, en el sentido que se le daba en la Edad Media (y no en el sentido descolorido que le suponen hoy los literatos que quieren creerse «liberados»), volvemos a encontrarlo en la ciencia de vanguardia, en la física matemática, que es, si la miramos de cerca, un desarreglo de la inteligencia admitida, una ruptura, una visión.

¿Qué es el arte gótico, al que debemos las catedra1. Cantor, *La esencia de las matemáticas es la libertad.*
Mittag Leffler, a propósito de los trabajos de Abel: *Se trata de*

verdaderos poemas líricos de belleza sublime; la perfección de la forma deja traslucir la grandeza del pensamiento y colma el espíritu de imágenes de un mundo más alejado de las vulgares apariencias de la vida, más directamente brotado del alma que la más bella creación del mejor poeta en el sentido de la palabra.

Dedekind, *Somos de raza divina y poseemos el poder de crear.*

2. En él, todo está abierto: las técnicas del pensamiento, las «lógicas», los «conjuntos», todo vive, todo se renueva sin cesar; los conceptos más extraños y los más transparentes nacen unos de otros, se transforman, a la manera de los «movimientos» de una sinfonía: estamos en el campo divino de la imaginación. Pero de una imaginación abstracta, si puede así decirse. En efecto, estas imágenes de la técnica matemática no tienen nada que ver con las del mundo ilusorio en que chapoteamos, *aunque tengan su llave y su secreto.* (Georges Buraud, «Matemática y Civilización.» Revista *La Table Ronde*, abril de 1959.)

les? «Para nosotros —escribía Fulcanelli—¹ arte gótico no es más que una deformación ortográfica de la palabra *argótico*, conforme a la ley fenoménica que rige, en todas las lenguas, y sin tener en cuenta la ortografía, la cabala tradicional.» La catedral es una obra de arte godo o de *argot*.

¿Y qué es la catedral de hoy, la que enseña a los hombres las estructuras de la Creación, sino la ecuación, sustituyendo al rosetón? Desprendámonos de inútiles fidelidades al pasado, con el fin de aproximarnos mejor a éste. No busquemos la catedral moderna en el monumento de vidrio y de cemento rematado por una cruz. La catedral de la Edad Media era el libro de los misterios dado a los hombres de ayer. El libro de los misterios lo escriben hoy los físicos matemáticos, con sus «seres matemáticos» incrustados como rosetones en las construcciones que se llaman cohete interplanetario, fábrica atómica, ciclotrón. He aquí la verdadera continuidad, he aquí el fiel real de la tradición.

Los *argoitiers* de la Edad Media, hijos espirituales de los Argonautas que conocían la ruta del jardín de las Hespérides, escribían en la piedra su mensaje hermético. Signos incomprensibles para los hombres cuya conciencia no sufrió transmutaciones, cuyo cerebro no experimentó la aceleración formidable gracias a la cual lo inconcebible se hace real, sensible y manejable. No eran secretos por amor al secreto, sino simplemente porque sus descubrimientos de las leyes de la energía, de la materia y del espíritu se habían realizado en otro estado de conciencia, directamente incomprensible. Eran secretos, porque «ser» es «ser diferente».

Por tradición atenuada, como en recuerdo de tan alto ejemplo, el *argot* es en nuestros días un dialecto al margen, para uso de rebeldes ávidos de libertad, de

1. Fulcanelli, *El misterio de las catedrales.*

proscritos, de nómadas, de todos aquellos que viven fuera de las leyes recibidas y de las convenciones; de los *voyous*, es decir, de los «videntes», de los que en la Edad Media —sigue diciendo Fulcanelli— se atribuían para sí el título de *Hijos del Sol*, cuando *el art got* era *el arte de la luz o del Espíritu*.

Pero nosotros volvemos a encontrar la tradición sin degeneraciones, si advertimos que este *art got*, este *arte del Espíritu*, es hoy el de los «seres matemáticos» y de las integrales de Lebesgue, de los «números más allá del infinito»; el de los físicos matemáticos que construyen, con curvas insólitas, con «luces prohibidas», con truenos y llamas, las catedrales del porvenir.

Estas observaciones pueden parecer inadmisibles al lector religioso. Pero no lo son. Creemos que las posibilidades del cerebro humano son infinitas. Esto nos coloca en contradicción con la psicología y la ciencia oficiales, que «confían en el hombre» con la condición de que no salga del cuadro lanzado por los racionalistas del siglo XIX. Y esto no debe ponernos en pugna con el espíritu religioso, al menos con lo que éste tiene de más puro y más elevado.

El hombre puede penetrar los secretos, *ver la luz, ver la Eternidad*, captar las leyes de la energía, incorporar a su marcha interior el ritmo del destino universal, tener un conocimiento sensible de la última convergencia de las fuerzas y, como Teilhard de Chardin, vivir de la vida incomprensible del punto Omega, en el que toda creación se encontrará, al fin del tiempo terrestre, a la vez cumplida, consumada y exaltada. El hombre lo puede todo. Su inteligencia, equipada sin duda desde el origen con un conocimiento infinito, puede, en ciertas condiciones, captar el conjunto de mecanismos de la vida. El poder de la inteligencia humana enteramente

desplegada puede, probablemente, extenderse a la totalidad del Universo. Pero este poder se detiene donde esta inteligencia, llegada al término de su misión, presiente que hay todavía «algo» más allá del Universo. Aquí, la conciencia analógica pierde toda posibilidad de funcionar. En el Universo no hay modelos de lo que está más allá del Universo. Esta puerta infranqueable es la del Reino de Dios. Aceptamos la expresión, en este grado: «Reino de Dios.»

Por haber intentado desbordar el Universo, imaginando un número más grande que todo lo que podría concebirse en el Universo, por haber intentado construir un concepto que el Universo no podría llenar, el genial matemático Cantor naufragó en la locura. Hay una última puerta que la inteligencia analógica no puede abrir. Pocos textos igualan en grandeza metafísica a aquel en que H. P. Lovecraft¹ intenta describir la inconcebible aventura del hombre despierto que logró entreabrir aquella puerta y pretendió deslizarse en el lugar en que reina Dios más allá del infinito...

«Sabía que un tal Randolph Cárter, de Boston, había existido; no podía, empero, saber si aquel Randolph Cárter era él, fragmento o receta de entidad más allá de la Última Puerta, o si era otro. Su "yo" había sido destruido, y, sin embargo, gracias a alguna facultad inconcebible, tenía igualmente conciencia de ser una legión de "yos". Ello si, en un lugar en que estaba abolida la menor noción de existencia individual, podía sobrevivir, bajo cualquier forma, una cosa tan singular. Era como si su cuerpo hubiese sido bruscamente transformado en una de esas imágenes de múltiples miembros y

1. De la novela, *A través de las Puertas de la Llave de Plata*, que Bergier y yo hemos publicado en francés en una selección titulada Demonios y Maravillas (Colección Lumière Interdite), Éditions des Deux Rives, París.

cabezas de los templos hindúes. En un esfuerzo insensato, contemplando esta aglomeración, trataba de separar de ella su cuerpo original... si es que aún podía existir un cuerpo original...

«Durante estas terroríficas visiones, el fragmento de Randolph Cárter que había franqueado la Última Puerta, fue arrancado con horror todavía más profundo y que, esta vez, venía del interior: era una fuerza, una especie de personalidad que bruscamente le plantaba cara y lo rodeaba a la vez, se apoderaba de él, e, incorporándose a su propia esencia, coexistía con todas las eternidades y era contigua a todos los espacios. No había ninguna manifestación visible, pero la percepción de esta entidad y la temible combinación de los conceptos de identidad y de infinitud le producían un terror que le paralizaba. Este terror rebasaba con mucho todos los que, hasta entonces, habían podido sospechar las

múltiples facetas de Cárter... Esta entidad era todo en uno y uno en todo, un ser a la vez infinito y limitado, que no pertenecía solamente a un continuo espacio-tiempo, sino que formaba parte integrante del torbellino eterno de fuerzas vitales, del último torbellino sin límites que sobrepasaba tanto las matemáticas como la imaginación. Esta entidad era tal vez aquella que evocan en voz baja algunos cultos secretos de la Tierra y que los espíritus vaporosos de las nebulosas espirales designan con un signo que no se puede transcribir... Y, en un relámpago, proyectado aún más lejos, el fragmento Cárter conoció la superficialidad, la insuficiencia de lo que acababa de experimentar, de esto mismo, de esto mismo...»

Volvamos a nuestro discurso inicial. Nosotros no decimos: existe, en la vasta llanura silenciosa del cerebro, una máquina electrónica analógica. Lo que decimos es:

así como existen máquinas aritméticas y máquinas analógicas, ¿no cabría imaginar, más allá del funcionamiento de nuestra inteligencia un estado normal, un funcionamiento en un estado superior? ¿No cabría imaginar poderes de la inteligencia que fuesen del mismo orden que los de la máquina analógica? Nuestra comparación no debe ser tomada al pie de la letra. Se trata de un punto de partida, de una rampa de lanzamiento hacia regiones de la inteligencia todavía salvajes, todavía apenas exploradas. En estas regiones, la inteligencia empieza tal vez bruscamente a fulgurar, a iluminar las cosas habitualmente ocultas del Universo. ¿Cómo logra pasar a estas regiones en que su propia vida se hace prodigiosa? ¿Mediante qué operaciones se realiza el cambio de estado? No decimos que lo sepamos. Decimos que hay, en los ritos mágicos y religiosos, en la inmensa literatura antigua y moderna consagrada a los momentos singulares, a los instantes fantásticos del espíritu, millares y millares de descripciones fragmentarias que habría que reunir y comparar, y que tal vez evocan un método perdido... o un método venidero.

Es posible que la inteligencia roce a veces, como por azar, la frontera de esas regiones salvajes. Ella pone en marcha, durante una fracción de segundo, las máquinas superiores cuyo zumbido percibe confusamente. Es mi historieta de la *relavóte*, son todos estos fenómenos llamados «parapsicológicos» cuya existencia tanto nos conturba, son estas extraordinarias y raras llamadas iluminadoras, que la mayoría de los seres aptos conocen una, dos o tres veces en el transcurso de su vida, y, sobre todo, en la edad temprana. Nada queda de ello; apenas el recuerdo.

Cruzar esta frontera (o, como dicen los textos tradicionales: «entrar en el estado despierto») supone mucho más y no me parece que pueda ser fruto de la casualidad. Todo inclina a pensar que aquel paso exige la

agrupación y la orientación de un número enorme de fuerzas exteriores e interiores. No es absurdo pensar que estas fuerzas están a nuestra disposición. Sólo nos falta el método. También nos faltaba el método, hace poco tiempo, de liberar la energía nuclear. Pero, sin duda, estas fuerzas están sólo a nuestra disposición si dedicamos a captarlas la totalidad de nuestra existencia. Los ascetas, los santos, los taumaturgos, los videntes, los poetas y los sabios geniales no nos dicen otra cosa. Y es lo que escribe William Temple, poeta americano moderno: «Ninguna revelación particular es posible, si la misma existencia no es por entero un instrumento de revelación.»

Volvamos, pues, a nuestra comparación. La «investigación operacional» nació durante la Segunda Guerra Mundial. Para que se hiciese sentir la necesidad de tal método, «era necesario que se plantearan problemas que escapasen al sentido común y a la experiencia». Los tácticos tuvieron que acudir, pues, a los matemáticos:

«Cuando una situación, por la complejidad de su estructura aparente y de su evolución visible, no puede dominarse con los medios habituales, se pide a los científicos que traten esta situación igual que tratan, en su especialidad, los fenómenos de la Naturaleza, y que construyan una teoría. Construir la teoría de una situación o de un objeto es imaginar un modelo abstracto de ellos, cuyas propiedades simulen las propiedades del objeto. El modelo es siempre matemático. Por su mediación, las cuestiones concretas se traducen en propiedades matemáticas.»

Se trata del «modelo» de una cosa o de una situación demasiado nueva y demasiado compleja para ser captada en su realidad total por la inteligencia. «En la

investigación operacional fundamental, interesa entonces construir una máquina electrónica analógica, de modo que esta máquina realice el modelo. Entonces se puede, manipulando los botones de reglaje y mirándola funcionar, hallar las respuestas a todas las cuestiones en vista de las cuales ha sido concebido el modelo.»

Estas definiciones han sido extraídas de un boletín técnico.¹ Y son más importantes, para formarse una idea del «hombre despierto», para comprender el espíritu «mágico», que la mayoría de las obras de literatura ocultista. Si traducimos modelo por ídolo o símbolo, y máquina analógica por funcionamiento iluminado del cerebro o estado de hiperlucidez, vemos que el camino más misterioso del conocimiento humano —el que se niegan a admitir los herederos del positivista siglo XIX— es un verdadero y amplio camino. La técnica moderna nos invita a considerarlo como tal.

«La presencia de símbolos, signos enigmáticos y de expresión misteriosa, en las tradiciones religiosas, las obras de arte, los cuentos y las costumbres del folklore, dan fe de la existencia de un lenguaje universalmente extendido en Oriente y en Occidente y cuya significación transhistórica parece situarse en la raíz misma de nuestra existencia, de nuestros conocimientos y de nuestros valores».²

Ahora bien, ¿qué es el símbolo, sino el modelo abstracto de una realidad, de una estructura, que la inteligencia humana no puede dominar enteramente, pero de la cual esboza la «teoría»?

1. «El símbolo revela ciertos aspectos de la realidad —los más profundos— que desafían todo medio de coBulletin de *Liaison des Cercles de Politique Économique*, marzo de 1959.

2. René Alleau, *De la Nature des Symboles* (Flammarion, ed.).

nacimiento».¹ Como el modelo que elabora el matemático partiendo de un objeto o de una situación que escapan al sentido común o a la experiencia, las propiedades del símbolo imitan las propiedades del objeto o de la situación representados así de un modo abstracto, y cuyo aspecto fundamental permanece oculto. Entonces habría que conectar y poner en marcha una máquina electrónica analógica, partiendo de aquel modelo, para que el símbolo descubriese la realidad que contiene y las respuestas a todas las preguntas en vista de las cuales fue concebido. Nosotros creemos que en el hombre existe el equivalente de esta máquina. Ciertas actitudes mentales y físicas aún mal conocidas, pueden provocar su funcionamiento. Todas las técnicas ascéticas, religiosas, mágicas, parecen orientadas a este resultado, y seguramente es esto lo que la tradición, que recorre toda la historia de la Humanidad, expresa al prometer a los sabios el «estado de alerta».

Así, pues, los símbolos son acaso modelos abstractos establecidos desde los orígenes de la Humanidad que piensa, partiendo de los cuales podrían hacérseños sensibles las estructuras profundas del Universo. Pero, ¡atención! Los símbolos no representan la cosa misma, el fenómeno mismo. También sería erróneo pensar que son pura y simplemente esquematizaciones. En la investigación operacional, el modelo no es un modelo reducido o simplificado de una cosa conocida, sino que es un punto de partida posible para el

conocimiento de esta cosa. Es un punto de partida situado fuera de la realidad: situado en el universo matemático. Pero también será preciso que la máquina analógica, construida sobre este modelo, entre en trance electrónico, para que se obtengan las respuestas prácticas. Por esto carecen de interés todas las explicaciones de los símbolos

1. Mircea Eliade, *Imágenes y símbolos*.

que dan los ocultistas. Éstos trabajan sobre los símbolos como si se tratase de esquemas traducibles por la inteligencia en su estado normal. Como si, desde estos esquemas, se pudiese remontar inmediatamente hacia una realidad. Después de muchos siglos de actuar de esta suerte a base de la Cruz de San Andrés, la cruz gamada y la estrella de Salomón el estudio de las estructuras profundas del Universo no ha avanzado un solo paso por su esfuerzo.

Gracias a la iluminación de su sublime inteligencia, Einstein logró entrever (no captar totalmente, no incorporarse y dominar) la relación espacio-tiempo. Para comunicar su descubrimiento, en el grado en que es inteligiblemente comunicable, y para ayudarse él mismo a *remontar hacia su propia visión iluminada*, dibuja el signo y o triedro de referencia. Este dibujo no es un esquema de la realidad. Es inutilizable en general. Es un «¡levántate y anda!», para el conjunto de los conocimientos fisicomatemáticos. Y aun todo este conjunto puesto en marcha en un cerebro poderoso, no logrará encontrar más que lo que evoca aquel triedro, no pasará al Universo en que juega la ley expresada por aquel signo. Pero, al final de la marcha, se sabrá que aquel Universo existe.

Acaso todos los signos son del mismo orden. La esvástica invertida, o cruz gamada, cuyo origen se pierde en el pasado más remoto, es tal vez el modelo de la ley que rige toda destrucción. Posiblemente cada vez que hay destrucción, en la materia o en el espíritu, el movimiento de las fuerzas se conforma con aquel modelo, como la relación espacio-tiempo se conforma con el triedro.

De la misma manera, nos dice el matemático Eric Temple Bell, la espiral es acaso el «modelo» de la estructura profunda de toda evolución (de la energía, de la vida, de la conciencia). Es posible que, en el «estado

de alerta», el cerebro pueda funcionar como la máquina analógica partiendo de un modelo establecido, y que penetre así, partiendo de la esvástica, la estructura universal de la evolución.

Los símbolos, los signos, son, pues, acaso, modelos concebidos por las máquinas superiores de nuestro espíritu, en vista al funcionamiento de nuestra inteligencia en otro estado.

Nuestra inteligencia, en su estado ordinario, trabaja tal vez con su pluma más fina en el dibujo de modelos gracias a los cuales, pasando a un estado superior, podría incorporarse la última realidad de las cosas. Cuando Teilhard de Chardin logra concebir el punto Omega, elabora el «modelo» del punto último de la evolución. Pero, para sentir la realidad de este punto, para vivir en profundidad una realidad tan poco imaginable, para que la conciencia se incorpore esta realidad, asimilándola por entero, en fin, para que la conciencia se convierta ella misma en punto Omega y capte todo lo alcanzable en este punto —sentido último de la vida de la Tierra, destino cósmico del espíritu completo, más allá del fin de los tiempos de nuestro Globo—, para que se realice este paso de la idea al conocimiento, sería preciso que se desarrollase otra forma de inteligencia, llámese inteligencia analógica, llámese iluminación mística, llámese estado de contemplación absoluto.

Así, la idea de Eternidad, la idea de Más Allá del Fin, la idea de Dios, etc., son acaso «modelos» establecidos por nosotros y destinados, en otro dominio de nuestra

inteligencia, en la zona habitualmente dormida, a darnos las respuestas en atención a las cuales los hemos elaborado.

Hay que comprender bien que la idea más sublime es tal vez el equivalente del dibujo del bisonte para el brujo de Cromagnon. Se trata de una maqueta. Enseguida, las máquinas analógicas se ponen a funcionar sobre este modelo en la zona secreta del cerebro. El brujo pasa, por trances, a la realidad del mundo bisonte, descubre de golpe todos sus aspectos y puede anunciar el lugar y la hora de la próxima cacería. Esto es magia en su estado más bajo. En el estado más elevado, el modelo no es un dibujo o una estatuilla, ni siquiera un símbolo. Es una idea, es el producto más fino de la más fina inteligencia binaria posible. Esta idea sólo ha sido concebida en vistas de otra etapa de investigación: la etapa analógica, segundo tiempo de toda investigación operacional.

Nos parece claro que la más alta, la más ferviente actividad del espíritu humano consiste en establecer «modelos» destinados a otra actividad del espíritu, mal conocida, difícil de poner en marcha. En este sentido puede decirse: todo es símbolo, todo es signo, todo es evocación de otra realidad.

Esto nos abre las puertas del infinito poder posible del hombre. Contrariamente a lo que creen los simbolistas, no nos da la llave de todas las cosas. Desde la idea de Trinidad, desde la idea de Más Allá del Fin, a la estatuilla pinchada con alfileres del brujo campesino, pasando por la cruz, la esvástica, el rosetón, la catedral, la Virgen María, los «seres matemáticos», los guarismos, etc., todo es modelo «maqueta» de lo que existe en un Universo diferente de aquel en que la maqueta ha sido concebida. Pero «las maquetas» no son intercambiables: un modelo matemático de presa entregado al calculador electrónico no es comparable a un modelo de cohete supersónico. No todo está en todo. La espiral no está en la cruz. La imagen del bisonte no está en la fotografía con la que actúa el médium, el punto Omega del padre Teilhard no está en el Infierno del Dante, el

menhir no está en la catedral, los números de Cantor no están en las cifras del Apocalipsis. Si bien hay maquetas de todo, todas las maquetas no forman un todo desmontable capaz de abrirnos el secreto del Universo.

Si los modelos más poderosos proporcionados a la inteligencia en estado de vigilia superior son modelos sin dimensión, es decir, ideas, hay que abandonar la esperanza de encontrar la maqueta del Universo en la Gran Pirámide o en el pórtico de Notre Dame. Si existe una maqueta del Universo entero, sólo puede existir en el cerebro humano, en la extrema punta de la más sublime de las inteligencias. Pero, ¿es que el Universo no puede tener otros recursos que el hombre? Si el hombre es un infinito, ¿no puede ser el Universo el infinito más otra cosa?

Sin embargo, el descubrimiento de que todo es maqueta, modelo, signo, símbolo, conduce al descubrimiento de una llave. No la que abre la puerta del misterio insondable, que, o bien no existe, o bien está en manos de Dios. Una llave, no de certeza, sino de actitud. Se trata de hacer funcionar una inteligencia «diferente» de aquella a la que son presentadas las maquetas. Se trata, pues, de pasar del estado de vigilia ordinario al estado de vigilia superior. Al estado de alerta. No todo está en todo. Pero velar lo es todo.

V

NOCIÓN DEL ESTADO DE ALERTA

A la manera de los teólogos, de los sabios, de los magos y de los niños. — Salve a un especialista del meterse en camisa de once varas. — El conflicto espiritualista-materialista, o una historia de alergia. — La leyenda del té.
—¿ Y si se tratase de una facultad natural? — El pensamiento como camino y como vuelo. — Suplemento a los derechos del hombre. — Sueños sobre el hombre alerta. — Nosotros, hombres honrados.

He consagrado un grueso volumen a la descripción de una sociedad de intelectuales que buscaba, bajo la dirección del taumaturgo Gurdjieff, «el estado de alerta». Sigo pensando que no hay búsqueda más importante. Gurdjieff decía que el espíritu moderno, nacido en un estercolero, volvería al estiércol, y predicaba el desprecio del siglo. Y es que, en efecto, el espíritu moderno ha nacido del olvido, de la ignorancia, de la necesidad de aquella búsqueda. Pero Gurdjieff, hombre viejo, confundía el espíritu moderno con el cartesianismo crispado del siglo XIX. Para el verdadero espíritu moderno, el cartesianismo ha dejado de ser la panacea, y hay que reconsiderar la naturaleza misma de la inteligencia. De suerte que, contrariamente a aquella opinión, es el modernismo extremo el que puede llevar a los hombres a meditar únicamente sobre la posible existencia de otro estado de conciencia: un estado de conciencia despierta. En este sentido, los matemáticos, los físicos de hoy, se dan la mano con los místicos de ayer. El desprecio de Gurdjieff (como el de René Guénon, otro defensor, aunque puramente teórico, del estado de alerta) es extemporáneo. Y yo pienso que, si Gurdjieff hubiese sido un hombre iluminado, no se habría equivocado de estación. Para una inteligencia que experimenta la absoluta necesidad de una transmutación, no estamos en un momento de desprecio del siglo, sino, por el contrario, en un momento de amor.

Hasta hoy, se ha evocado el estado de alerta en términos religiosos, esotéricos o poéticos. La innegable aportación de Gurdjieff ha consistido en mostrar que podía haber una psicología y una fisiología de aquel estado. Pero ocultaba a placer su lenguaje y encerraba a sus discípulos tras unos muros de Tebaida. Nosotros intentaremos hablar como hombres de la segunda mitad del siglo xx, con los medios de fuera. Naturalmente, a los ojos de los «especialistas» y tratándose de semejante tema, haremos el papel de bárbaros. ¡Y es que lo somos un poco! Sentimos que en el mundo de hoy se forja un alma nueva para una edad nueva en la Tierra. Nuestra manera de abordar la existencia probable de un «estado de alerta» no será ni absolutamente religiosa, ni absolutamente esotérica o poética, ni absolutamente científica. Será un poco de todo esto a la vez, con atisbos a todas las disciplinas. El Renacimiento es esto: un caldero en que hierven, mezclados, los métodos de los teólogos, de los sabios, de los magos y de los niños.

Una mañana de agosto de 1957, hubo gran afluencia de periodistas al zarpar de Londres un paquebote que se dirigía a la India. Embarcaban en él un caballero y una dama, de unos cincuenta años y de aspecto insignificante. Eran el gran biólogo J. B. S. Haldane y su esposa, que dejaban Inglaterra para siempre.

—Ya estoy harto de este país y de muchas cosas de este país —dijo él, con voz suave—. Sobre todo, del americanismo que nos invade. Voy a buscar ideas nuevas y a trabajar con libertad en un país nuevo.

Así comenzaba una nueva etapa de la carrera de uno de los hombres más extraordinarios de la época. J. B. S. Haldane había defendido Madrid, con el fusil en la mano, contra el Ejército de Franco. Se había afiliado al Partido Comunista inglés y roto su carnet después del caso Lysenko. Ahora iba a buscar la verdad en la India.

Durante treinta años, su humor negro produjo inquietud. A la encuesta de un diario a raíz del aniversario de la decapitación del rey Carlos, que había resucitado antiguas controversias, respondió:

«Si Carlos I hubiese sido un geranio, sus dos mitades habrían sobrevivido.»

Después de pronunciar un violento discurso en el «Club de los Ateos», recibió una carta de un católico inglés asegurándole que «Su Santidad el Papa no estaba de acuerdo». Adoptando enseguida el respetuoso tratamiento, había escrito al ministro de la Guerra: «Vuestra Ferocidad»; al ministro del Aire: «Vuestra Velocidad», y al presidente de la Liga Racionalista: «Vuestra Impiedad.»

Aquella mañana de agosto, sus camaradas «de izquierda» tampoco debían de lamentar su partida. Porque, aun defendiendo la biología marxista, Haldane no dejaba de reclamar el ensanchamiento del campo de investigación de la ciencia, el derecho a la observación de fenómenos no conformes con el espíritu racional. Con tranquila insolencia, replicaba: «Estudio lo que es realmente chocante en fisicoquímica, pero no desprecio nada fuera de ello.»

Hacía tiempo que insistía en que la ciencia estudiase sistemáticamente la noción de vigilia mística. Ya en 1930, en sus libros *La desigualdad del hombre* y *Los mundos posibles*, a despecho de su posición de sabio oficial, declaró que el Universo era, sin duda, más extraño de lo que se pensaba, y que los testimonios poéticos o religiosos sobre un estado de conciencia superior al estado de vigilia debían ser estudiados científicamente. Un hombre como él debía fatalmente embarcar un día hacia la India, y no sería sorprendente que en sus trabajos futuros se hable de temas como «Electroencefalografía y misticismo» o «Cuarto estado de conciencia y metabolismo del gas carbónico». Sería muy posible por parte de un hombre en cuya obra se cuenta ya un «Estudio de las aplicaciones del espacio de dieciocho dimensiones a los problemas esenciales de la genética».

Nuestra psicología oficial admite dos estados de conciencia: sueño y vigilia. Pero, desde los orígenes de la Humanidad hasta nuestros días, abundan los testimonios sobre la existencia de estados de conciencia superiores al de vigilia. Haldane fue sin duda el primer sabio moderno decidido a examinar objetivamente esta noción de superconciencia.

Estaba en la lógica de nuestra época de transición que este hombre pareciese, tanto a sus enemigos espiritualistas como a sus amigos materialistas, un aficionado a meterse en camisa de once varas.

Como Haldane, nosotros somos totalmente ajenos al viejo debate entre espiritualistas y materialistas. He aquí la actitud verdaderamente moderna. No vamos a situarnos por encima del debate. No hay encima ni debajo: no hay volumen ni sentido.

Los espiritualistas creen en la posibilidad de un estado superior de conciencia. Ven en ello un atributo del alma inmortal.

Los materialistas se ponen a patalear en cuanto oyen hablar de ello, y tremolan a Descartes. Ni los unos ni los otros pueden observar nada con libertad de espíritu. Ahora bien, tiene que haber otra manera de considerar el problema. Una manera realista, en el sentido que damos nosotros a la palabra: un realismo integral, es decir, que tenga en cuenta los aspectos fantásticos de la realidad.

Por otra parte, podría ser muy bien que aquel antiguo debate no tenga de filosófico más que la apariencia. Es posible que no sea más que una disputa entre gentes que,

funcionalmente, reaccionan de modo distinto ante un fenómeno natural. Algo parecido a la discusión hogareña entre Monsieur, que gusta de las corrientes de

aire, y Madame, que las detesta. El choque entre dos tipos humanos: de él no puede salir la luz. Si esto fuera realmente así, ¡cuánto tiempo perdido en controversias abstractas, y cuánta razón tendríamos de alejarnos del debate para abordar, con espíritu «salvaje», la cuestión del estado de alerta! Veamos la hipótesis:

El paso del sueño a la vigilia produce cierto número de modificaciones en el organismo. Por ejemplo, cambia la tensión arterial y se altera el influjo nervioso. Si existe, como creemos, otro estado, digamos un estado de supervigilia, un estado de conciencia superior, el paso debe también ir acompañado de diversas transformaciones.

Ahora bien, todos sabemos que, para ciertos hombres, el hecho de salir del sueño es doloroso o al menos violentamente desagradable. La medicina moderna tiene en cuenta este fenómeno y distingue dos tipos humanos partiendo de su reacción al despertar.

¿Qué es el estado de superconciencia, de conciencia realmente despierta? Los hombres que lo han experimentado nos lo describen, a su regreso, con dificultad. El lenguaje falla en parte para explicarlo. Sabemos que puede alcanzarse voluntariamente. Todos los ejercicios de los místicos tienden a este fin. Sabemos también que es posible —como dice Vivekananda— «que un hombre que no conoce esta ciencia (la ciencia de los ejercicios místicos) puede llegar por casualidad a aquel estado». La literatura poética del mundo entero rebosa de testimonios sobre estas bruscas iluminaciones. ¿Y cuántos hombres, que no son ni poetas ni místicos, han sentido que, durante una fracción de segundo, rozaban aquel estado? Comparemos este estado singular, excepcional, a otro también excepcional. Los médicos y los psicólogos empiezan a estudiar, por necesidades del Ejército, el comportamiento del ser humano en la caída sin peso.

Más allá de cierto grado de aceleración, el peso se encuentra abolido. El pasajero del avión experimental lanzado en picado flota durante algunos segundos. Se advierte que, para ciertos pasajeros, esta caída va acompañada de una sensación de extrema dicha. Para otros, de extrema angustia, de horror.

Pues bien, es posible que el paso —o el esbozo de un paso— entre el estado de vigilia ordinario y el estado de conciencia superior (iluminativo, mágico) produzca ciertos cambios sutiles en el organismo, desagradables para ciertos hombres y agradables para otros. El estudio de la fisiología relacionada con los estados de conciencia es todavía embrionario. Empieza a hacer algunos progresos con la hibernación. La fisiología del estado superior de conciencia no ha llamado todavía la atención de los sabios, salvo algunas excepciones. Si se acepta nuestra hipótesis, se comprende la existencia de un tipo humano racionalista, positivista, agresivo por autodefensa en cuanto se trata, en literatura, en filosofía o en ciencias, de salir del campo en que se ejercita la conciencia en su estado ordinario. Y se comprende la existencia del tipo espiritualista, para quien toda alusión a un más allá de la razón produce la sensación de un paraíso perdido. En el fondo de una inmensa querella escolástica, volveríamos a encontrar el humilde «Yo amo o yo no amo». Pero, ¿qué es lo que, en nosotros, ama o no ama? En verdad, no es jamás Yo: «Esto ama, o esto no ama, en mí», y nada más. Alejémonos, pues, lo más posible del falso problema espiritualismo-materialismo, que tal vez no es más que un verdadero problema de alergias. Lo esencial es saber si el hombre posee, en sus regiones inexploradas, instrumentos superiores, enormes amplificadores de su inteligencia, el equipo completo para conquistar y comprender el Universo, para conquistarse y comprenderse a sí mismo, para asumir la totalidad de su destino.

Bodhidarma, fundador del budismo Zen, un día que estaba meditando, se durmió (es decir, volvió a caer, por inadvertencia, en el estado de conciencia habitual en la mayoría de los hombres). Esta falta le pareció tan horrible que se cortó los párpados. Éstos, según la leyenda, cayeron al suelo, y enseguida nació de ellos la primera planta de té. El

té, que preserva del sueño, es la flor que simboliza el deseo de los sabios de mantenerse despiertos, y por esto, sé dice, «el gusto del té y el gusto del Zen son parecidos».

Esta noción del «estado de alerta» parece ser tan vieja como la Humanidad. Es la clave de los más antiguos textos religiosos, y acaso el hombre de Cromagnon buscaba ya alcanzar este tercer estado. El cálculo de las fechas por medio del radiocarbono ha permitido comprobar que los indios del sudeste de México, hace más de seis mil años, comían ciertas setas para provocar la hiperlucidez. Se trata siempre de conseguir que se abra el tercer ojo, de rebasar el estado de conciencia ordinario en que todo son sólo ilusiones, prolongación de los sueños del sueño profundo. «Despierta, hombre dormido, ¡despierta!» Desde el Evangelio hasta los cuentos de hadas, encontraremos siempre la misma amonestación.

Los hombres han buscado este estado de alerta en toda suerte de ritos, por la danza, los cantos, la meditación, el ayuno, la tortura física, las diversas drogas, etc. Cuando el hombre moderno haya comprendido la importancia de lo que está en juego —cosa que no puede tardar—, se descubrirán indudablemente otros medios. El sabio americano J. B. Olds proyecta un estímulo electrónico del cerebro.¹ El astrónomo inglés Fred

1. «Los centros del placer del cerebro», en *Scientific America*, octubre de 1956.

Hoyle¹ propone la observación de imágenes luminosas en una pantalla de televisión. Ya H. G. Wells, en su bello libro *En los tiempos del cometa*, imaginaba que después de la colisión de un cometa, la atmósfera de la Tierra se encontraba llena de un gas que provocaba la hiperlucidez. Los hombres cruzaban por fin la frontera que separa la verdad de la ilusión. Despertaban a las verdaderas realidades. De pronto, todos los problemas prácticos, morales y espirituales, quedaban resueltos.

Este despertar de la «superconciencia» parece haber sido buscado hasta hoy únicamente por los místicos. Si ello es posible, ¿a qué hay que atribuirlo? Las religiones nos hablan de gracia divina. Los ocultistas, de iniciación mágica. ¿Y si se tratase de una facultad natural?

La ciencia más reciente nos muestra que porciones considerables de la materia cerebral son todavía «tierra desconocida». ¿Sede de poderes que no sabemos utilizar? ¿Sala de máquinas cuyo empleo ignoramos? ¿Instrumentos en espera de las próximas mutaciones?

Hoy sabemos que el hombre no utiliza habitualmente, incluso para las operaciones intelectuales más complejas, más que una décima parte de su cerebro. La mayor parte de nuestros poderes quedan, pues, sin utilizar. El mito inmemorial del tesoro oculto no significa otra cosa. Es lo que dice el sabio inglés Gray Walter en una de las obras esenciales de nuestra época: *El cerebro viviente*. En una segunda

1. En una novela, *The Black Cloud*. Entre nubes negras del espacio, entre las estrellas, existen unas formas superiores de vida. Estas superinteligencias se proponen despertar a los hombres de la Tierra enviándoles imágenes luminosas que producen conexiones en el cerebro gracias a las cuales se llega al «estado de conciencia despertada».

obra,¹ mezcla de anticipación y de observación, de filosofía y de poesía, Walter afirma que, indudablemente, las posibilidades del cerebro humano no tienen límite, y que llegará un día en que nuestro pensamiento explorará el Tiempo, como ahora exploramos el espacio. Coincide en este punto de vista con el matemático Eric Temple Bell, que atribuye al héroe de su novela *El fluir del tiempo*, el poder de viajar a través de toda la historia del Cosmos.²

Ciñámonos a los hechos. Se puede atribuir el fenómeno del estado de supervigilia a un alma inmortal. Desde hace miles de años se ha planteado esta idea, sin que hayamos avanzado gran cosa en la solución del problema. Pero si, para no apartarnos de los hechos, nos

limitamos a comprobar que la noción de un estado de supervigilia es una aspiración constante de la Humanidad, con esto no nos basta. Es una aspiración. Pero es también algo más.

La resistencia al tormento, los momentos de inspiración de los matemáticos, las observaciones hechas a

1. Farther Outlook.

2. Ahora bien, he descubierto, por medios que sólo comprendo imperfectamente, el secreto de remontar el curso de los acontecimientos. Es como el nadar. Una vez se descubre la brazada, ya no se olvida jamás. Pero el aprendizaje exige una práctica constante, y para lograrla se necesita una cierta crispación involuntaria del espíritu o de los músculos. Estoy seguro de esto: no existe un hombre que sepa exactamente cómo venció por primera vez la dificultad de nadar, y sin duda alguna los propios videntes más expertos no pueden explicar a los demás el secreto de remontar la corriente del tiempo.

Como Fred Hoyle y como muchos otros sabios ingleses, americanos o rusos, Eric Temple escribe ensayos o novelas fantásticos (bajo el seudónimo de John Taine). Tonto sería el lector que no viese en ello más que una distracción propia de los grandes espíritus. Es la única manera de hacer circular ciertas verdades no admitidas por la filosofía oficial. Como en todo período prerrevolucionario, los pensamientos del porvenir se publican bajo un disfraz. Las cubiertas de una obra de ciencia ficción: he aquí el disfraz de 1960.

través del electroencefalograma de los yoguis, así como otras pruebas, nos obligan a reconocer que el hombre puede tener acceso a otro estado distinto del de vigilia lúcida normal. Sobre este estado, cada cual es libre de adoptar la hipótesis que prefiera: gracia de Dios o despertar del Yo Inmortal. Libre también de buscar, «a lo salvaje», una explicación científica. Ya nos comprendéis: no somos científicos, pero no despreciamos nada de lo que es de nuestra época para ir a explorar lo que es de todos los tiempos. Nuestra hipótesis es ésta:

Las comunicaciones en el cerebro se establecen ordinariamente por influjo nervioso. Es una acción lenta: algunos metros por segundo en la superficie de los nervios. Es posible que, en ciertas circunstancias, se establezca otra forma de comunicación, mucho más rápida, por una onda electromagnética que viaje a la velocidad de la luz. Entonces se alcanzaría la enorme velocidad de registro y de transmisión de informaciones de las máquinas electrónicas. Ninguna ley natural se opone a la existencia de tal fenómeno. Tales ondas no podrán detectarse en el exterior del cerebro. Es la hipótesis que sugerímos en el capítulo precedente.

Si existe este estado de alerta, ¿cómo se manifiesta? Las descripciones de los poetas y místicos hindúes, árabes, cristianos, etc., no han sido sistemáticamente agrupadas y estudiadas. Es extraordinario que, en la abundante lista de las antologías de todas clases publicadas en nuestra época tan aficionada a la estadística, no exista una sola «antología del estado de alerta». Aquellas descripciones son concluyentes, pero poco claras. Sin embargo, si queremos evocar en lenguaje moderno cómo se manifiesta aquel estado, helo aquí:

Normalmente, el pensamiento camina, según lo demostró Émile Meyerson. La mayor parte de los logros del pensamiento son, en el fondo, fruto de un caminar extraordinariamente lento hacia una evidencia. Los

más admirables descubrimientos matemáticos se reflejan en igualdades. Igualdades inesperadas, pero igualdades a fin de cuentas. El gran Leonard Euler consideraba cumbre del pensamiento matemático la relación:

$$e^i D + 1 = 0$$

Esta relación, que junta lo real a lo imaginario y constituye la base de los logaritmos naturales, es una evidencia. En cuanto se explica a un estudiante de «especial» éste no deja de declarar que, en efecto, «salta a la vista». ¿Por qué hizo falta pensar tanto, durante tantos y tantos años, para llegar a tal evidencia?

En física, el descubrimiento de la naturaleza ondulatoria de las partículas es la llave que ha abierto la era moderna. Aquí, también, se trata de una evidencia. Einstein había escrito: la energía es igual a mc^2 , siendo m la masa y c la velocidad de la luz. Esto en 1905. En 1900, Planck había escrito: la energía es igual a hf , siendo h una constante y f la frecuencia de las vibraciones. Ha habido que esperar a 1923 para que Louis de Broglie, genio excepcional, pensara en igualar las dos ecuaciones y escribir:

$$hf=mc^2$$

El pensamiento avanza despacio, incluso en los grandes espíritus. No domina el tema.

Último ejemplo: desde finales del siglo XVIII, se ha venido enseñando que la masa aparecía a la vez en la fórmula de la energía cinética ($e = 1/2 mv^2$) y en la ley de gravedad de Newton (dos masas se atraen con una fuerza inversamente proporcional al cuadrado de las distancias).

¿Por qué hay que esperar a Einstein para advertir que la palabra masa tiene el mismo sentido en las dos

fórmulas clásicas? De ello se deduce inmediatamente toda la relatividad. ¿Por qué sólo un espíritu, en toda la historia de la inteligencia, ha sabido verlo? ¿Y por qué no lo vio de golpe, sino después de diez años de encarnizada búsqueda? Porque nuestro pensamiento camina a lo largo de un sendero tortuoso situado en un solo plano y que se entrecruza muchas veces. Y sin duda las ideas desaparecen y reaparecen periódicamente.

Sin embargo, parece posible que el espíritu pueda elevarse por encima de este sendero, no caminar por él: gozar de una vista total y desplazarse a la manera de los pájaros o de los aviones. Esto es lo que los místicos llaman «estado de alerta».

Por lo demás, ¿se trata de uno o de varios estados de alerta? Todo invita a pensar que hay varios estados, como hay varias alturas de vuelo. El primer escalón se llama genio. Los otros son desconocidos de la muchedumbre y tenidos por leyendas. Troya también era una leyenda antes de que las excavaciones revelasen su existencia verdadera.

Si los hombres tienen dentro de ellos mismos la posibilidad física de ascender a éste o a estos estados de alerta, la búsqueda de los medios de emplear aquella posibilidad debería ser la finalidad principal de su vida. Si mi cerebro posee las máquinas necesarias, si todo esto no es sólo del dominio religioso o místico, si todo eso no depende exclusivamente de una «gracia» o de una «iniciación mágica», sino de ciertas técnicas, de ciertas actitudes interiores y exteriores capaces de poner en funcionamiento aquellas máquinas, entonces comprendo que mi única ambición, mi tarea esencial, debería ser la conquista del estado de alerta, del espíritu de vuelo.

Si los hombres no concentran todos sus esfuerzos en esta búsqueda, no es que sean «ligeros» o «malos».

No es cuestión de moral. Y, en esta materia, los esfuerzos desperdigados no sirven para nada. Acaso los instrumentos superiores de nuestro cerebro son sólo utilizables cuando la vida entera (individual, colectiva) es ella misma un instrumento, considerada y vivida de manera apta para establecer la necesaria conexión.

Si los hombres no tienen por único objeto el paso al estado de alerta, es que las dificultades de la vida en sociedad, la persecución de los medios materiales de existencia, no les deja tiempo para ello. Los hombres no viven solamente de pan, pero, hasta hoy, nuestra civilización no se ha mostrado capaz de proporcionarlo a todos.

A medida que el progreso técnico permita respirar al hombre, la busca del «tercer estado», de la alerta, de la hiperlucidez, remplazará a las otras aspiraciones. La posibilidad de participar en esta búsqueda será por fin reconocida como uno de los derechos del hombre. La próxima revolución será psicológica.

Imaginemos a un hombre de Neandertal trasladado milagrosamente al Instituto de Estudios Avanzados de Princeton. Se encontraría, frente al doctor Oppenheimer, en una situación comparable a aquella en que nos encontraríamos nosotros en compañía de un hombre cuyo pensamiento no caminase, sino que se desplazara en tres, cuatro dimensiones.

Físicamente parece que podríamos convertirnos en tal hombre. Hay células bastantes en nuestro cerebro, hay suficientes conexiones posibles. Pero no es difícil imaginar lo que un espíritu semejante podría ver y

comprender.

La leyenda de la alquimia asegura que las manipulaciones de la materia en el crisol pueden provocar lo que los modernos llamarían una radiación o un campo de fuerzas. Esta radiación sería capaz de transmutar todas las células del adepto y de hacer de él un hombre verdaderamente despierto, un hombre que sería «a un tiempo aquí y al otro lado, un ser viviente».

Admitamos, por favor, esta hipótesis, esta psicología soberbiamente no euclidianas. Supongamos que un día de 1960, un hombre como nosotros, al manipular de cierta manera la materia y la energía, se encuentra enteramente cambiado, es decir, «despertado». En 1955, el profesor Singleton mostró a sus amigos, en los pasillos de la conferencia atómica de Ginebra, unos claveles que había cultivado en el campo de radiaciones del gran reactor nuclear de Brookhaven. Antes habían sido blancos. Ahora eran de un color rojo violáceo y de una especie desconocida. Todas sus células habían sido modificadas, y los claveles persistían en su nuevo estado, ya se reprodujesen por esquejes o por siembra. Lo mismo podemos pensar de nuestro hombre. Vedlo convertido en nuestro superior. Su pensamiento no camina, sino que vuela. Al asimilar de un modo diferente lo que sabemos nosotros, en nuestras diversas especialidades, o, simplemente, al establecer todas las conexiones posibles entre las conquistas de la ciencia humana tal como se expresan en los manuales del bachillerato y en los cursos de la Sorbona, puede llegar a conceptos que nos son tan extraños como podían serlo los cromosomas para Voltaire o el neutrino para Leibniz. Un hombre semejante no tendría el menor interés en comunicar con nosotros, ni trataría de darse tono explicándonos los enigmas de la luz o el secreto de los genes. Valéry no publicaba sus pensamientos en *La Semaine de Suzette*. Nuestro hombre se encontraría por encima y a un lado de la Humanidad. Sólo podría conversar inútilmente con espíritus semejantes al suyo.

Podemos soñar sobre esto.

Podemos pensar que las diversas tradiciones iniciáticas provienen del contacto con espíritus de otros planetas. Podemos imaginar que, para el hombre despierto, el tiempo y el espacio han dejado de tener barreras, y que es posible la comunicación con las inteligencias de los otros mundos habitados, cosa que, por otra parte, explicaría que no hubiésemos sido nunca visitados. Podemos soñar. Con la condición, como escribe

Haldane, de que no olvidemos que los sueños de esta clase son, probablemente, menos fantásticos que la realidad.

Veamos ahora tres historias verdaderas, que nos servirán de ilustración. Las ilustraciones no constituyen pruebas, naturalmente. Sin embargo, estas tres historias obligan a pensar que existen estados de conciencia diferentes de los reconocidos por la psicología oficial. La propia noción de genio, por su vaguedad, no es bastante. No hemos elegido estos ejemplos entre las vidas y las obras de los místicos, cosa que habría sido más fácil, y tal vez más eficaz. Mantenemos nuestra actitud de abordar la cuestión al margen de toda Iglesia, con las manos desnudas, como bárbaros honrados...

VI

TRES HISTORIAS A MODO DE ILUSTRACIÓN

Historia de un gran matemático en estado salvaje. — Historia del más asombroso de los clarividentes. — Historia de un sabio de mañana que vivió en 1750.

I. — RAMANUJÁN

Un día, a principios del año 1887, un brahmán de la provincia de Madras se dirige al templo de la diosa Namagiri. El brahmán ha casado a su hija hace ya muchos meses, y el hogar de los esposos es estéril. ¡Que la diosa Namagiri les dé la fecundidad! Namagiri escucha la plegaria. El 22 de diciembre nace un niño, al que se pone el nombre de Srinivasa Ramanuján Alyangar. La víspera se había aparecido la diosa a la madre, para anunciarle que su hijo sería extraordinario.

A los cinco años, ingresa en la escuela. Desde el primer momento, su inteligencia asombra a todos. Parece saber ya lo que le enseñan. Se le concede una beca para el liceo de Kumbakonán, donde es la admiración de sus condiscípulos y profesores. Tiene quince años. Uno de sus amigos hace que la biblioteca local le preste una obra titulada *A Synopsis of Elementary Results in Pure and Applied Mathematics*. Esta obra, publicada en dos volúmenes, es un recordatorio redactado por George Schoobridge, profesor de Cambridge. Contiene resúmenes y enunciados sin demostración de unos 6.000 teoremas. El efecto que produce en el espíritu del joven hindú es fantástico. El cerebro de Ramanuján se pone bruscamente a funcionar de un modo totalmente incomprendible para nosotros. Demuestra todas las fórmulas. Después de haber agotado la geometría, ataca el álgebra. Ramanuján contará más tarde que la diosa Namagiri se le había aparecido para explicarle los cálculos más difíciles. A los dieciséis años, fracasa en los exámenes, porque su inglés sigue siendo defectuoso y le es retirada la beca. Prosigue solo, sin documentos, sus investigaciones matemáticas. Por lo pronto, adquiere todos los conocimientos alcanzados en este terreno hasta 1880. Ya puede prescindir de la obra del profesor Schoobridge. Y aún va más allá. Por sí solo, acaba de reproducir, para rebasarlo después, todo el esfuerzo matemático de la civilización, partiendo de un recordatorio, por lo demás incompleto. La historia del pensamiento humano no conoce otro ejemplo semejante. El

propio Galois no había trabajado solo. Estudió en la Escuela Politécnica, que era en su época el mejor centro matemático del mundo. Podía consultar millares de obras. Estaba en contacto con sabios de primer orden. En ninguna ocasión se ha elevado tanto el espíritu humano con tan poco apoyo.

En 1909, después de años de trabajo solitario y de miseria, Ramanuján se casa. Busca un empleo. Le recomiendan a un preceptor local, Ramachandra Rao, ilustre enamorado de las matemáticas. Éste nos ha dejado el relato de su encuentro.

«Un hombrecillo desaseado, sin afeitar, con unos ojos como jamás he visto otros, entró en mi cuarto, con una gastada libreta de notas bajo el brazo. Me habló de descubrimientos maravillosos que rebasaban infinitamente mi saber. Le pregunté qué podía hacer por él. Me dijo que sólo quería lo justo para comer, a fin de poder proseguir sus investigaciones.»

Ramachandra Rao le pasa una pequeña pensión. Pero Ramanuján es demasiado orgulloso. Por fin le encuentra un empleo: un puesto mediocre de contable, en el puerto de Madras.

En 1913, le convencen de que establece correspondencia con el gran matemático inglés G. H. Hardy, a la sazón profesor de Cambridge. Le escribe y le envía por el mismo correo ciento veinte teoremas de geometría que acaba de demostrar. Hardy debía escribir sobre ello:

«Estas notas podían haber sido escritas únicamente por un matemático del mayor calibre. Ningún ladrón de ideas, ningún farsante, por genial que fuese, podía haber captado abstracciones tan elevadas.» Propone inmediatamente a Ramanuján que se traslade a Cambridge. Pero su madre se opone por motivos religiosos. De nuevo la diosa Namagiri se encarga de resolver la dificultad. Se aparece a la vieja dama para convencerla de

que su hijo puede ir a Europa sin peligro para su alma, y le muestra, en sueños, a Ramanuján sentado en el gran anfiteatro de Cambridge entre ingleses que le admiraban.

A finales del año 1913, se embarca el hindú. Trabajará durante cinco años e imprimirá un avance prodigioso a las matemáticas. Es elegido miembro de la Sociedad Real de Ciencias y nombrado profesor de Cambridge, en el colegio de la Trinidad. En 1918 cae enfermo. Tuberculosis. Regresa a la India, para morir allí, a los treinta y dos años.

Dejó un recuerdo extraordinario en todos cuantos le conocieron. Sólo vivía para los números. Hardy fue a visitarle al hospital y le dijo que había tomado un taxi. Ramanuján le preguntó el número del coche: 1.729 «¡Qué hermoso número! —exclamó—. ¡Es el más pequeño que es dos veces la suma de dos cubos!» En efecto, 1.729 es igual a 10 elevado al cubo más 9 elevado al cubo, y es también igual a 12 elevado al cubo más uno elevado al cubo. Hardy necesitó seis meses para demostrarlo, y el mismo problema no ha sido aún resuelto para la cuarta potencia.

La historia de Ramanuján es increíble para cualquiera. Y, sin embargo, es rigurosamente cierta. No es posible expresar en términos sencillos la naturaleza de los descubrimientos de Ramanuján. Versan sobre los misterios más abstractos de la noción del número, y particularmente de los «números primos».

Poco se sabe de lo que, fuera de las matemáticas, despertaba el interés de Ramanuján. Se preocupaba poco de arte y de literatura. Pero le apasionaba todo lo extraño. En Cambridge se había montado una pequeña biblioteca y un fichero sobre toda suerte de fenómenos desconcertantes para la razón.

II.—CAYCE

Edgard Cayce murió el 5 de enero de 1945, llevándose un secreto que ni él mismo había podido penetrar y que le asustó toda la vida. La Fundación Edgar Cayce, de Virginia Beach, que cuenta con médicos y con psicólogos, prosigue el análisis de los legajos. Desde 1958, los estudios sobre la clarividencia gozan en América de créditos importantes. Es que se piensa en los servicios que podrían prestar, en el terreno militar, los hombres aptos para la telepatía y la precognición. Entre todos los casos de clarividencia, el de Cayce es el más puro, el más evidente y el más extraordinario.¹

El pequeño Edgard Cayce estaba muy enfermo. El médico rural estaba a la cabecera de su lecho. No había manera de sacar al muchacho de su estado de coma. De pronto, bruscamente, sonó la voz de Edgard, clara y tranquila. Y, sin embargo, dormía. «Le diré lo que tengo. He recibido un golpe en la columna vertebral con una pelota de béisbol. Hay que hacer una cataplasma especial y aplicármela en la base del cuello.» Con la misma voz, el chiquillo dictó la lista de plantas que había que mezclar y preparar. «Deprisa, pues el cerebro está en peligro de ser alcanzado.»

Por si acaso, le obedecieron. Por la noche, había cedido la fiebre. Al día siguiente, Edgard se levantó, fresco como una lechuga. No se acordaba de nada. Ignoraba la mayoría de las plantas que había mencionado.

Así comenzaba una de las historias más asombrosas de la medicina. Cayce, campesino de Kentucky, completamente ignorante, poco inclinado a usar su don, y

1. *Vid.* la obra de Joseph Millard sobre Cayce, no traducida, *Copyright Cayce Foundation*, y el estudio de John W. Campbell en *Astounding S. F.*, de marzo de 1957, y Thomas Sugrue, *Edgard Cayce Dell Book*.

que lamentaba sin cesar de no ser «como todo el mundo», cuidará y curará, en estado de sueño hipnótico, a más de quince mil enfermos, debidamente homologados.

Obrero agrícola en la granja de uno de sus tíos, después dependiente de una librería de Hopkinsville y por último dueño de una tiendecita de fotografía donde se propone pasar tranquilamente sus días, hace de taumaturgo contra su voluntad. Su amigo de la infancia, Al Layne, y su novia Gertrudis, unirán sus fuerzas para obligarle. Y no por ambición, sino porque no tiene derecho a guardarse su poder, a negarse a ayudar a los afligidos. Al Layne es un tipo enfermizo, siempre está malo. Se arrastra. Cayce consiente en dormirse: describe los males y dicta los remedios. Cuando se despierta exclama: «Esto no es posible; no conozco la mitad de las palabras que has anotado. ¡No tomes esas drogas, es peligroso! No comprendo nada. ¡Todo esto es cosa de magia!» Se niega a volver a ver a Al y se encierra en su gabinete de fotografía. Ocho días más tarde, Al llama a su puerta: jamás se ha encontrado tan bien. La pequeña ciudad se commueve; todos quieren consultarle. «No voy a ponerme a curar a la gente porque hablo en sueños.» Acaba por aceptar, con la condición de no ver a los pacientes, por miedo de que, al conocerlos, su juicio se vea influido; con la condición de que algún médico asista a las sesiones; con la condición de no cobrar un céntimo y no recibir siquiera el menor regalo.

Los diagnósticos y las prescripciones formulados en estado hipnótico son de una precisión y sutileza tales, que los médicos están convencidos de que se trata de un colega disfrazado de curandero. Limita sus sesiones a dos por día. No es que tema la fatiga, pues sale de sus sueños muy descansado. Es que quiere seguir siendo fotógrafo. No trata en absoluto de adquirir conocimientos médicos. No lee nada, continúa siendo el hijo

de unos campesinos, provisto de un vago certificado de estudios. Y se rebela contra su extraña facultad. Pero, en cuanto decide dejar de emplearla, se queda afónico.

Un magnate de los ferrocarriles americanos, James Andrews, acude a consultarle. Le prescribe, en estado de hipnosis, una serie de drogas y, entre ellas, cierta *agua de orvale*. No hay manera de encontrar este remedio. Andrews hace publicar anuncios en las revistas médicas, sin resultado. En el curso de otra sesión, Cayce dicta la composición de aquel agua, extremadamente complicada. Después, Andrews recibe una respuesta de un joven médico parisense; el padre de este francés, que también era médico, había elaborado el agua de orvale, pero había dejado de explotarla hacía cincuenta años. La composición era idéntica a la «soñada» por el modesto fotógrafo.

El secretario local del Sindicato de Médicos se apasiona por el caso Cayce. Convoca un comité de tres miembros, que asiste a todas las sesiones, estupefacto. El Sindicato General

Americano reconoce las facultades de Cayce y le autoriza oficialmente a realizar «consultas psíquicas».

Cayce se ha casado. Tiene un hijo de ocho años, Hugh Lynn. El niño, jugando con unas cerillas, provoca la explosión de un depósito de magnesio. Los médicos pronostican la ceguera total en plazo breve y recomiendan la ablación de un ojo. Aterrorizado, Cayce se sume en uno de sus sueños. En estado hipnótico, se pronuncia contra la ablación y prescribe quince días de aplicación de compresas de ácido tónico. Según los especialistas es una locura. Y Cayce, presa de los mayores tormentos, apenas se atreve a desoír sus consejos. Al cabo de quince días, Hugh Lynn está curado.

Un día, después de una consulta, sigue dormido y dicta, una tras otra, cuatro recetas muy precisas. No se sabe a quién pueden referirse, y es que han sido formuladas por anticipado para los cuatro próximos enfermos.

En el curso de una sesión, prescribe un medicamento al que llama «Codirón» y da la dirección de un laboratorio de Chicago. Llaman por teléfono. «¿Cómo pueden haber oído hablar del "Codirón"? Todavía no ha sido puesto a la venta. Precisamente acabamos de realizar la fórmula y de ponerle el nombre.»

Cayce, aquejado de una enfermedad incurable que sólo él conoce, muere el día y a la hora que había anunciado: «El cinco por la noche, estaré definitivamente curado.» Curado del mal de ser «algo distinto».

Interrogado durante su sueño sobre su manera de proceder, había declarado (sin acordarse de nada al despertar, como de costumbre) que se hallaba en condiciones de ponerte en contacto con cualquier cerebro humano viviente y de utilizar las informaciones contenidas en aquel o en aquellos cerebros para dar el diagnóstico y el tratamiento de los casos que se le presentaban. Era tal vez una inteligencia diferente la que entonces se animaba en Cayce, y que utilizaba todos los conocimientos de la Humanidad, como se utiliza una biblioteca, pero casi instantáneamente, o al menos a la velocidad de la luz o de la electromagnética. Pero nada nos permite explicar el caso de Edgard Cayce, de esta manera o de otra. Lo único que se sabe cierto es que un fotógrafo de pueblo, sin curiosidad ni cultura, podía ponerse, a voluntad, en un estado en que su espíritu funcionaba como el de un médico genial, o mejor, como todos los espíritus de todos los médicos juntos.

III.—BOSCOVICH

Un tema de ciencia ficción: si los relativistas están en lo cierto, si vivimos en un Universo de cuatro dimensiones, y si fuésemos capaces de darnos cuenta de ello, lo que llamamos sentido común saltaría hecho pedazos. Los autores de obras de anticipación se esfuerzan *en pensar* en términos de espacio-tiempo. Iguales esfuerzos hacen los fisicomatemáticos, en un plano de investigación más puro y con un lenguaje teórico. Pero el hombre, ¿es capaz de pensar en cuatro dimensiones? Para ello necesitaría estructuras mentales diferentes. ¿Estarán reservadas estas estructuras al hombre de después del hombre, al ser de la próxima mutación? Y este hombre de después del hombre, ¿está ya entre nosotros? Los novelistas de lo imaginario así lo han afirmado. Pero ni Van Vogt, en su hermoso libro fantástico sobre los *Slans*, ni Sturgeon en su descripción de los *Más que humanos* han atrevido a imaginar un personaje tan fabuloso como Roger Boscovich.

¿Ser mutante? ¿Viajero del Tiempo? ¿Extraterrestre disfrazado con la apariencia del serbio misterioso?

Boscovich nació en 1711, en Dubrovnik: al menos esto fue lo que declaró, cuando tenía catorce años, al matricularse como alumno libre en el colegio de los jesuítas de

Roma. Allí estudió matemáticas, astronomía y teología. En 1728, al terminar su noviciado, ingresa en la Orden de los jesuitas. En 1736, publicó una comunicación sobre las manchas solares. En 1740, enseña matemáticas en el Collegium Romanum, y después es nombrado consejero científico del Papado. Crea un observatorio, inicia la desecación de las ciénagas pontinas, repara la cúpula de San Pedro, mide el meridiano entre Roma y Rímini, sobre dos grados de latitud. Después explora diversas regiones de Europa y de Asia y realiza excavaciones en los mismos lugares en que, más tarde, Schliemann descubrirá Troya. El 26 de junio de 1760 es nombrado miembro de la Real Sociedad de Inglaterra, y en tal ocasión publica un largo poema en latín sobre las apariencias visibles del Sol y de la Luna,

del que dicen sus contemporáneos: «Es Newton con el verbo de Virgilio.» Le reciben los más grandes eruditos de la época y sostiene una importante correspondencia con el doctor Johnson y con Voltaire en particular. En 1763 le ofrecen la nacionalidad francesa. Asume la dirección del departamento de instrumentos de óptica de la Marina Real, en París, donde vivirá hasta 1783. Lalande le considera el más grande sabio de su tiempo. D'Alembert y Laplace se asustan de sus ideas avanzadas. En 1785 se retira a Bassano y se consagra a la impresión de sus obras completas. Muere en Milán en 1787.

Muy recientemente, a impulsos del Gobierno yugoslavo, se ha vuelto a examinar la obra de Boscovich, y principalmente su *Teoría de la filosofía natural*,¹ editada en Viena, en 1758. La sorpresa ha sido mayúscula. Alian Lindsay Mackay, al comentar esta obra en un artículo del *New Scientist*, del 6 de marzo de 1958, estima que se trata de un espíritu del siglo xx que se vio obligado a vivir y a trabajar en el XVIII.

Por lo visto, Boscovich se había anticipado no sólo a la ciencia de su tiempo, sino también a nuestra propia ciencia. Proponía una teoría unitaria del Universo, una ecuación general y única que rige la mecánica, la física, la química, la biología e incluso la psicología. Según su teoría, la materia, el espacio y el tiempo no son divisibles hasta el infinito, sino que están compuestos de puntos: de granos. Esto recuerda los recientes trabajos de Jean Charon y de Heisenberg, a los que Boscovich parece superar. Logra dar cuenta tanto de la luz como del magnetismo, de la electricidad y de todos los fenómenos de la química, conocidos en su tiempo, descubiertos después o por descubrir. En él encontramos

1. Theoria philosophiae naturalis redacta ad unicam legem virium in natura existentium.

los quanta, la mecánica ondulatoria, el átomo constituido por nucleones. El historiador de la ciencia L. L. Whyte asegura que Boscovich lleva al menos doscientos años de adelanto a su época, y que no se le podrá comprender realmente hasta que al fin se logre realizar la unión de la relatividad y la física de los quanta. Se calcula que en 1987, al celebrarse el segundo centenario de su muerte, su obra será probablemente apreciada en su justo valor.

Todavía no se ha pretendido dar ninguna explicación de este caso prodigioso. Actualmente circulan dos ediciones completas de sus obras, una en serbio y otra en inglés. En la correspondencia ya publicada (colección Bestermann) entre Boscovich y Voltaire, encontramos, entre otras ideas modernas:

- La creación de un año geofísico internacional.
- La transmisión del paludismo por los mosquitos.
- Las aplicaciones posibles del caucho (idea puesta en práctica por La Condamine, jesuítica amigo de Boscovich).
- La existencia de planetas alrededor de estrellas distintas a nuestro Sol.
- La imposibilidad de localizar el psiquismo en una región determinada del cuerpo.

—La conservación del «grano de cantidad» de movimiento en el mundo: es la constante de Planck,
anun
ciada en 1958.

Boscovich atribuye una importancia considerable a la alquimia y da traducciones claras y científicas del lenguaje alquímista. Para él, por ejemplo, los cuatro elementos, Tierra, Agua, Fuego y Aire sólo se distinguen por la disposición particular de las partículas sin masa ni peso que los constituyen, lo que coincide con la investigación de vanguardia sobre la ecuación universal.

Otra cosa no menos alucinante de Boscovich es su estudio sobre los accidentes de la Naturaleza. En él encontramos ya la mecánica estadística del sabio americano Willard Gibbs, propuesta a finales del siglo XIX y no admitida hasta el xx. También descubrimos una explicación moderna de la radiactividad (perfectamente desconocida en el siglo xvii) por una serie de excepciones a las leyes naturales: lo que nosotros llamamos «penetraciones estadísticas en las barreras de potencial».

¿Por qué esta obra extraordinaria no influyó en el pensamiento moderno? Porque los filósofos y sabios alemanes que dominaron en el campo de la investigación hasta la guerra de 1914-1918, eran partidarios de las estructuras continuas, mientras que los conceptos de Boscovich se fundaban esencialmente en la idea de discontinuidad. Porque los estudios en bibliotecas y los trabajos históricos sobre Boscovich, el gran viajero de obra dispersa, y cuyos orígenes se sitúan en un país continuamente agitado, no pudieron emprenderse sistemáticamente hasta muy tarde. Cuando se haya podido reunir la totalidad de sus escritos, cuando los testimonios de sus contemporáneos hayan sido hallados y clasificados, ¡qué extraña, inquietante y emocionante figura aparecerá ante nosotros!

VII

PARADOJAS E HIPÓTESIS SOBRE EL HOMBRE DESPIERTO

Por qué nuestras tres historias han defraudado a los lectores. — No sabemos nada serio sobre la levitación, la, inmortalidad, etc. — Sin embargo, el hombre tiene el don de ubicuidad, ve a distancia, etc. — ¿A qué llaman ustedes una máquina? — Cómo pudo nacer el primer hombre despierto. — Sueño fabuloso, pero razonable, sobre las civilizaciones desaparecidas. — Apólogo de la pantera. — La escritura de Dios.

Estos casos son claros. Sin embargo, corren el riesgo de defraudar al lector. Y es que la mayoría de los hombres prefieren las imágenes a los hechos. Andar sobre las aguas es la imagen de dominar el movimiento; detener el Sol es la imagen de triunfar sobre el tiempo. Dominar el movimiento, triunfar sobre el tiempo, son acaso hechos reales, posibles, en el seno de una conciencia cambiada, en el interior de un espíritu poderosamente acelerado. Y estos hechos pueden, sin duda, engendrar mil consecuencias considerables en la realidad tangible: en la técnica, en las ciencias, en las artes. Pero la mayoría de los hombres, en cuanto se les habla de un estado de conciencia *distinto*, quieren ver a gente que anda sobre las aguas, que detiene el sol, que pasa a través de los muros o que parece tener veinte años cuando tiene ochenta. Para empezar a creer en las infinitas posibilidades del espíritu despierto, esperan que la parte infantil de su inteligencia, que da crédito a imágenes y leyendas, haya encontrado excusa y satisfacción.

Pero hay más. En presencia de casos como los de Ramanuján, Cayce o Boscovich, uno se niega a pensar que se trate de espíritus *diferentes*. Se admite solamente que espíritus como los nuestros han tenido el privilegio de «subir más alto que de costumbre» y que, «allá arriba», han obtenido ciertos conocimientos. Como si existiese algún lugar en el Universo, una especie de almacén anexo de la medicina, de las matemáticas, de la poesía o de la física, en el cual se abastecen algunas inteligencias campeonas de altura. Esta visión absurda tranquiliza.

Por el contrario, a nosotros nos parece que Cayce, Ramanuján y Boscovich son espíritus que se han quedado aquí (*¿adonde ir?*), entre nosotros, pero que han funcionado a una velocidad extraordinaria. No se trata de diferencia de nivel, sino de diferencia de velocidad. Lo mismo diremos de los más grandes espíritus místicos. En física nuclear como en psicología, los milagros están en la aceleración. Entendemos que el tercer estado de conciencia o estado de alerta, debe ser estudiado partiendo de aquella noción.

Sin embargo, si este estado de alerta es posible, si no es un don venido del cielo, un favor de algún dios, sino que, por el contrario, está contenido en el equipo del cerebro y del cuerpo, este equipo, una vez puesto en funcionamiento, ¿no puede modificar en nosotros otras cosas distintas de la inteligencia? Si el estado de alerta es una propiedad de algún sistema nervioso superior, esta actividad debería poder actuar en todo el cuerpo, darle poderes extraños. Todas las tradiciones atribuyen al estado de alerta ciertos poderes: la inmortalidad, la levitación, la telequinesia, etc. Pero, estos poderes, ¿son sólo imágenes de lo que puede el espíritu cuando ha cambiado de estado, en el terreno del conocimiento? ¿O bien son realidades? Hay algunos casos probables de levitación.¹ En lo que atañe a la inmortalidad, no hemos dilucidado el caso Fulcanelli. Es todo lo que podemos decir seriamente al respecto. No poseemos ninguna prueba experimental. Nos atrevemos, incluso, a decir que no nos interesa mayormente. No nos atrae lo chocante, sino lo fantástico. Por lo demás, esta cuestión de los poderes paranormales merecía ser abordada de otra manera. No desde el punto de vista de la lógica cartesiana (que Descartes, si viviera hoy, se ha1. Véase *La levitación*, por el R. P. Olivier Leroy. Éditions du Cerf, París.

bria apresurado a repudiar), sino desde el de la ciencia abierta contemporánea. Contemplemos las cosas con los ojos del hombre de fuera que desembarca en nuestro planeta: la levitación existe, la visión a distancia existe, el hombre tiene el don de ubicuidad, el hombre se ha apoderado de la energía universal. El avión, el radiotelescopio, la televisión, la pila atómica, existen. No son productos naturales: son creaciones del espíritu humano. Esta observación puede parecer pueril, pero es vivificante. Sería pueril atribuirlo todo al hombre solo. El hombre solo no tiene el don de ubicuidad, no vuela, no posee la visión a distancia, etcétera. En efecto, es la sociedad humana, no el individuo, quien tiene estos poderes. Pero la noción del individuo es acaso pueril, y la tradición, con sus leyendas, se expresaba tal vez en nombre del conjunto humano, en nombre del fenómeno humano.

«¡No hablan ustedes en serio! ¡Nos están hablando de máquinas!»

Esto es lo que dirán, tanto los racionalistas que apelan a Descartes como los ocultistas que se amparan en la «tradición». Pero, ¿a qué se llama máquinas? He aquí una nueva pregunta que merece ser mejor planteada.

Algunas líneas trazadas con tinta en un pergamo, ¿son una máquina? Pues bien, la técnica de los circuitos impresos, empleada corrientemente por la electrónica moderna, permite realizar un receptor de ondas compuesto de líneas trazadas con tintas, una de las cuales contiene grafito y la otra cobre.

Una piedra preciosa, ¿es una máquina? No, responde el coro. Sin embargo, la estructura cristalina de una piedra preciosa es una máquina compleja, y utilizamos el diamante como detector de las radiaciones atómicas. Cristales artificiales, los transistores, sustituyen a la vez a las lámparas electrónicas, a los transformadores, a las máquinas giratorias eléctricas del tipo conmutadoras para elevación de voltaje, etc.

El espíritu humano, en sus creaciones técnicas más útiles y más eficaces, emplea medios cada vez más simples.

«Juegan ustedes con las palabras —protesta el ocultista—. Yo hablo de manifestaciones del espíritu humano sin intermediario de clase alguna.»

Pero es él quien juega con las palabras.

Nadie ha registrado jamás una manifestación del espíritu humano que no haya empleado alguna máquina. La idea de «el espíritu en sí» es una perniciosa fantasmagoría. El espíritu humano en acción utiliza una máquina completa, puesta a punto en tres mil millones de años de evolución: el cuerpo humano. Y este cuerpo no está solo jamás, no existe solo: está atado a la Tierra y al Cosmos entero por mil lazos materiales y energéticos.

No lo sabemos todo del cuerpo. No conocemos todas sus relaciones con el Universo. Nadie podría decir cuáles son los límites de la máquina humana, y cómo podría emplearla un espíritu que aprovechase hasta el máximo sus posibilidades.

No lo sabemos todo sobre las fuerzas que circulan en lo más profundo de nosotros y a nuestro alrededor, en la Tierra, alrededor de la Tierra, en el vasto Cosmos.

Nadie sabe cuáles son las fuerzas naturales simples, todavía insospechadas y, sin embargo, al alcance de la mano, que un hombre dotado de una conciencia despierta, con una visión de la Naturaleza más directa que la de nuestra inteligencia lineal, podría utilizar.

Fuerzas naturales simples. Consideremos una vez más las cosas con la mirada bárbara y lúcida del ser venido de fuera: nada más sencillo, más fácil de realizar,

que un transformador eléctrico. Los egipcios de la más remota antigüedad habrían podido construirlo, si hubiesen conocido la teoría electromagnética.

Nada más fácil que la liberación de la energía atómica. Basta disolver una sal de uranio puro en agua pesada, y se puede obtener el agua pesada destilando el agua ordinaria durante veinticinco o cien años.

La máquina de predecir las mareas, de Lord Kelvin (1893), de donde nacieron nuestros calculadores analógicos y toda nuestra cibernetica, fue construida con poleas y trozos de cordel. Los sumerios habrían podido realizarla.

He aquí un punto de vista que presta dimensiones nuevas al problema de las civilizaciones desaparecidas. Si hubo en el pasado hombres que alcanzaron el estado de alerta, y si no aplicaron solamente sus poderes a la religión, a la filosofía y a la mística, sino también al conocimiento objetivo y a la técnica, es perfectamente natural, racional y razonable admitir que pudieron hacer «milagros», incluso con los más sencillos aparatos.¹

1. Si la mayoría de los arqueólogos están de acuerdo en negar totalmente la existencia en el pasado de civilizaciones avanzadas y que disponían de medios materiales poderosos, la posibilidad de la existencia, en todas las épocas de la Humanidad de un reducido porcentaje de seres despiertos que utilizaran las fuerzas naturales con «los medios de a bordo», difícilmente puede ser discutida.

Pensamos incluso que un examen metódico de los datos arqueológicos e históricos confirmaría esta hipótesis.

¿Cómo habría comenzado este despertar?

Desde luego, se pueden invocar las intervenciones de Fuera. También se puede imaginar una interpretación puramente materialista, racionalista.

Quisiéramos proponer esta interpretación. La física de los rayos cósmicos descubrió hace ya años lo que llama acontecimientos extraordinarios. Se llama «acontecimientos» en física cósmica a la colisión entre una partícula procedente del espacio y nuestra materia.

En 1957, según apuntamos en nuestro estudio sobre la alquimia, se detectó una partícula excepcional de una energía fantástica

Un hombre, un sabio —nos cuenta Jorge Luis Borges—, había consagrado toda su vida a buscar, entre los innumerables signos de la Naturaleza, el nombre inefable de Dios, la cifra del gran secreto. De tribulación en tribulación, es detenido por la Policía de un príncipe y condenado a ser devorado por una pantera. Lo meten en una jaula. Al otro lado de la reja que van a levantar dentro de un instante, la fiera se prepara para el festín. Nuestro sabio contempla a la bestia, y he aquí que al observar las manchas de su piel, descubre a través del ritmo de las formas, el número, el nombre que tanto y en tantos lugares había buscado. Entonces sabe por qué va a morir, y que morirá exaltado... y que esto no es morir.

El Universo nos devora o nos entrega su secreto, según sepamos o no contemplarlo. Es muy probable que las leyes más sutiles y más profundas de la vida y

(energía que alcanzó 10^{18} electrónvoltios, mientras que la fisión del uranio sólo produce 2×10^8).

Admitamos que sólo *una vez*, desde que nació la Humanidad, una de estas partículas haya chocado con un cerebro humano. Quién sabe si las enormes energías desprendidas no pudieron producir una activación y si no nacería así el primer «hombre despierto».

Este hombre habría podido descubrir y aplicar técnicas para transmitir el estado de alerta. Esta técnica se habría prolongado hasta nuestra época bajo formas diversas, y la Gran Obra de los Alquimistas, la Iniciación, serían acaso algo más que leyendas.

Evidentemente, nuestra hipótesis no es más que una hipótesis. No parece experimentalmente comprobable, puesto que no se puede siquiera concebir un acelerador artificial que produjese tan formidables, tan fantásticas energías. Todo lo que podemos decir es que el gran sabio inglés sir James Jeans escribió: «Tal vez ha sido la radiación cósmica la que ha hecho el hombre del mono.» (Esta cita es de su libro *El misterioso Universo*, Hermann, ed., 1929.)

No hacemos más que completar estas ideas con datos modernos que sir James ignoraba y que nos permiten escribir: «Acaso son los acontecimientos cósmicos excepcionales de energías fantásticas, los que han hecho del hombre el superhombre.»

del destino de todo lo creado estén inscritas claramente en el mundo material que nos rodea, que Dios haya grabado su escritura en las cosas, como la grabó para nuestro sabio en la piel de la pantera, y que baste con una cierta mirada... El hombre despierto tendría esta cierta mirada.

VIII

ALGUNOS DOCUMENTOS SOBRE EL ESTADO DE ALERTA

Una antología por hacer. — Palabras de Gurdjieff. — Mi paso por la escuela del despertar. — Un relato de Raymond Abellio. — Consideraciones de René Alleau sobre el estado de conciencia superior. — Un admirable texto de Gustav Meyrinck, genio desconocido.

Si existe un estado de alerta, falta un piso al edificio de la psicología moderna. Vamos a presentarles cuatro documentos que, no obstante, pertenecen a nuestra época. No los hemos elegido, porque nos ha faltado tiempo para hacer una verdadera selección. Todavía no se ha establecido una antología de los testimonios y estudios modernos sobre el estado de alerta. Sería muy útil, porque restablecería las comunicaciones con la tradición. Mostraría la permanencia de lo esencial en nuestro siglo. Iluminaría ciertos caminos del porvenir. Los literatos encontrarían en ella una clave, los investigadores de ciencias humanas recibirían un estímulo, los sabios verían en ella el hilo que discurre a través de todas las grandes aventuras del espíritu y se sentirían menos aislados. Naturalmente, al reunir estos documentos que se hallaban al alcance de nuestra mano, no pretendíamos tanto. Queremos aportar solamente unas breves indicaciones sobre una psicología posible del estado de alerta en sus formas elementales.

Encontramos, pues, en este capítulo:

- 1.º Extractos de párrafos del jefe de escuela Georges Ivanovich Gurdjieff, recogidos por el filósofo Ouspensky;
- 2.º Mi propio testimonio sobre mis tentativas para ponerme en el camino del estado de alerta bajo la dirección de los instructores de la escuela de Gurdjieff;
- 3.º El relato que hace el novelista y filósofo Raymond Abellio de una experiencia personal;
- 4.º El texto más admirable, a nuestro entender, de toda la literatura moderna sobre este estado. Está sacado de una novela desconocida del poeta y filósofo alemán Gustav Meyrinck, cuya obra no ha sido traducida al francés, salvo *Visage Vert* y *Le Golem*. La misma se remonta a las cumbres de la intuición mística.

I. — PALABRAS DE GURDJIEFF

«Para comprender la diferencia entre los estados de conciencia, es preciso que volvamos al primero, que es el sueño. Es éste un estado de conciencia totalmente subjetivo. El hombre queda sumido en sus sueños, y poco importa que conserve o no su recuerdo. Aun en el caso de que algunas impresiones reales lleguen hasta el durmiente, tales como sonidos, voces, calor, frío y sensaciones de su propio cuerpo, sólo provocan en él imágenes fantásticas. Después el hombre se despierta. A primera vista, es un estado de conciencia completamente distinto. Puede moverse, hablar con otras personas, hacer proyectos, ver los peligros, evitarlos, y así sucesivamente. Parece razonable pensar que se encuentra en

una situación mejor que cuando estaba dormido. Pero, si calamos un poco más hondo, si arrojamos una mirada a su mundo interior, a sus pensamientos, a las causas de sus acciones, comprenderemos que se halla casi en el mismo estado de cuando dormía. Incluso peor, porque, durante el sueño, permanece pasivo, lo que equivale a decir que no puede hacer nada. Por el contrario, en el estado de vigilia puede actuar continuamente, y el resultado de sus acciones repercutirá sobre él y sobre los que le rodean. Sin embargo, no se acuerda de sí mismo. Es una máquina, todo le viene de fuera. No puede detener la corriente de sus ideas, no puede dominar su imaginación, sus emociones, su atención. Vive en el mundo subjetivo del "yo amo", "yo no amo", "esto me gusta", "esto me disgusta", "deseo" "no deseo", es decir, en un mundo hecho de lo que cree amar o no amar, desear o no desear. No ve el mundo real. Se lo

oculta el muro de su imaginación. Vive en el sueño. Duerme. Y lo que llama su "conciencia lúcida" no es más que sueño... y un sueño mucho más peligroso que el de la noche, en su lecho.

»Consideremos algunos acontecimientos de la vida de la Humanidad. Por ejemplo, la guerra. En este momento hay guerra. ¿Qué quiere decir esto? Significa que muchos millones de durmientes se esfuerzan en destruir a muchos millones de durmientes. Cosa que no harían, naturalmente, si despertaran. Todo lo que ocurre actualmente es debido a aquel sueño.

«Estos dos estados de conciencia, sueño y vigilia, son igualmente subjetivos. Sólo empezando a acordarse de sí mismo puede el hombre realmente despertar. Entonces, toda la vida toma a su alrededor un sentido diferente. La ve como una vida de gente dormida, una vida de sueño. Todo lo que dice la gente, todo lo que hace, lo dice y lo hace en sueños. Nada de ello puede tener, pues, el menor valor. Sólo el despertar y lo que conduce al despertar tiene un valor real.»

«¿Cuántas veces me habéis preguntado si sería posible evitar las guerras? Ciertamente, sería posible. Bastaría con que la gente despertase. Esto parece ser muy poca cosa. Por el contrario, nada hay más difícil, puesto que el sueño es provocado y mantenido por toda la vida ambiente, por todas las condiciones del ambiente. »¿Cómo despertar? ¿Cómo librarnos de aquel sueño? Estas preguntas son las más importantes, las más vitales que puede formularse un hombre. Pero, antes de hacérselas, deberá convencerse del hecho mismo de su sueño. Y no le será posible convencerse más que tratando de despertarse. Cuando haya comprendido que no se acuerda de sí mismo y que el recuerdo de sí mismo significa un despertar hasta cierto punto, y cuando haya visto por experiencia lo difícil que es acordarse de sí mismo, comprenderá que el deseo de despertar no basta para lograrlo. Hablando con mayor rigor, diremos que un hombre no puede despertarse por sí mismo. Pero, si veinte hombres convienen en que el primero de ellos que lo haga despertará a los demás, tienen ya una posibilidad de conseguirlo. Sin embargo, incluso esto es insuficiente, porque los veinte hombres pueden dormirse al mismo tiempo y soñar que se despiertan. Por consiguiente, no basta. Se necesita más. Los veinte hombres deben estar vigilados por otro hombre que no esté dormido o que no se duerma tan fácilmente como los demás, o que se duerma conscientemente cuando sea posible, cuando no pueda resultar de ello ningún mal para él ni para los otros. Deben encontrar a este hombre y contratarle para que les despierte e impida que vuelvan a caer en el sueño. Sin esto, es imposible despertar.

»Es posible pensar durante un millar de años, es posible escribir bibliotecas enteras, inventar millones de teorías, y todo esto en pleno sueño, sin ninguna posibilidad de despertar. Por el contrario, estas teorías y estos libros escritos o fabricados por los durmientes,

tendrán por único efecto arrastrar al sueño a otros hombres, y así sucesivamente.

»No hay nada nuevo en la idea de sueño. Casi desde la creación del mundo, se ha dicho a los hombres que estaban dormidos y que debían despertar. Cuántas veces por ejemplo, leemos en el Evangelio: "Despertaos", "velad", "no os durmáis". Incluso los discípulos de Cristo dormían en el huerto de Getsemaní, mientras su Maestro oraba por última vez. Con esto queda dicho todo. Pero, ¿lo comprenden los hombres? Lo toman por una figura retórica, por una metáfora. No ven en absoluto que hay que tomarlo al pie de la letra. Y aun en esto es fácil comprender la razón. Tendrían que despertar un poco, o al menos intentarlo. Hablo en serio cuando digo que a menudo me han preguntado por qué los Evangelios no hablan jamás del sueño... Y éste se cita en todas sus páginas. Lo cual demuestra sencillamente que la gente lee el Evangelio durmiendo.»

«En términos generales, ¿qué hace falta para despertar a un hombre dormido? Se precisa una buena impresión. Pero, cuando el sueño es profundo, una sola impresión no es bastante. Se requiere un largo período de impresiones incesantes. Por consiguiente, se necesita alguien que las produzca. Ya he dicho que el hombre deseoso de despertar debe contratar a un ayudante que se encargue de sacudirle durante largo tiempo. Pero, ¿a quién puede contratar, si todo el mundo duerme? Toma a alguien para que le despierte, y éste a su vez se queda dormido. ¿Cuál puede ser su utilidad? En cuanto al hombre capaz de mantenerse realmente despierto, probablemente se negará a perder su tiempo despertando a los otros: puede tener otros trabajos mucho más importantes para él.

«También existe la posibilidad de despertarse por medios mecánicos. Se puede emplear un despertador.

Lo malo es que uno se acostumbra pronto a los despertadores, de varios sonidos. El hombre debe rodearse materialmente de despertadores que le impidan dormir. Y todavía en esto existen dificultades. El despertador debe ser montado; para ello es indispensable acordarse de él; para acordarse de él, es preciso despertar. Pero he aquí lo peor: el hombre se acostumbra a todos los despertadores, y, al cabo de algún tiempo, aún duerme con ellos. Por consiguiente, hay que cambiar continuamente los despertadores, inventar otros nuevos. Con el tiempo, esto puede ayudar al hombre a despertar. Ahora bien, existen muy pocas probabilidades de que realice todo este trabajo de inventar, de montar y de cambiar todos los despertadores por sí mismo, sin ayuda exterior. Es mucho más probable que, comenzado su trabajo, no tarde en dormirse, y que, en su sueño, sueñe que inventa despertadores, que los monta y que los cambia... y, como ya he dicho, con ello dormirá aún mejor.

»Luego, para despertar, se requiere todo un conjunto de esfuerzos. Es indispensable que haya alguien que despierte al durmiente; es indispensable que haya alguien que vigile al encargado de despertarle; tiene que haber despertadores, y hay que inventar constantemente otros nuevos.

»Pero, para llevar a buen término esta empresa y obtener resultados de ella, varias personas deben trabajar juntas.

»Un hombre solo, nada puede hacer.

»Antes que nada, tiene necesidad de ayuda. Un hombre solo no puede tener un ayudante. Los que son capaces de ayudar valoran su tiempo a muy alto precio. Naturalmente, prefieren ayudar a veinte o treinta personas deseosas de despertar, que a una sola. Además, como ya he dicho, el hombre puede muy bien equivocarse sobre su despertador, tomar por vigilia lo que no es más que un nuevo sueño. Si varias personas deciden

luchar juntas contra el sueño, se despertarán mutuamente. A menudo ocurrirá que veinte de ellas dormirán, pero la veintiuno se despertará y despertará a las otras. Lo mismo puede decirse de los despertadores. Un hombre inventará un despertador, otro hombre inventará otro, después de lo cual podrán hacer un intercambio. Todos juntos pueden prestarse una gran ayuda, y, sin esta ayuda mutua, ninguno de ellos puede lograr nada.

»Así, pues, el hombre que quiere despertar debe buscar otras personas que quieran lo mismo, con el fin de trabajar junto a ellas. Pero esto cuesta menos de decir que de hacer, porque la puesta en marcha de tal labor y su organización requieren un conocimiento que el hombre corriente no posee. Tiene que organizarse el trabajo, y tiene que haber un jefe. Sin estas condiciones, el trabajo no puede dar los resultados apetecidos, y todos los esfuerzos serán en vano. La gente podrá torturarse; pero estas torturas no la despertarán. Nada parece más difícil de comprender por ciertas personas. Pueden ser capaces de grandes esfuerzos por sí mismas y por propia iniciativa, pero nada

es capaz de persuadirlas de que sus primeros sacrificios deben consistir en obedecer a otra persona.

»No quieren reconocer que todos sus sacrificios, en este caso, no sirven para nada.

»El trabajo debe ser organizado. Y sólo puede serlo por un hombre que conozca sus problemas y sus fines, que conozca sus métodos, por haber pasado él mismo, en su tiempo, por tal trabajo organizado.»

Estos párrafos de Gurdjieff han sido transcritos en la obra de P. D. Ouspensky, *Fragments d'un Enseignement Inconnu*, Éd. Stock, París, 1950.

II. — MIS PRINCIPIOS EN LA ESCUELA DE GURDJIEFF

«Tome un reloj —nos decía— y contemple la saeta larga, procurando conservar la percepción de sí mismo y de concentrarse en la idea: "Yo soy Louis Pauwels y estoy aquí en este momento." Procure no pensar más que esto; siga sencillamente el movimiento de la saeta larga conservando la conciencia de sí mismo, de su nombre, de su existencia y del lugar en que se encuentra.»

Al principio, esto parece sencillo e incluso un poco ridículo. Naturalmente, puedo conservar presente en mi espíritu la idea de que me llamo Louis Pauwels y de que estoy aquí, en este momento, mirando cómo se desplaza muy lentamente la saeta grande de mi reloj. Pero no tardó en darme cuenta de que esta idea no permanece mucho tiempo inmóvil en mí, que toma mis formas y que se desliza en todos los sentidos, como los objetos que pinta Salvador Dalí, transformados en barro movedizo. Pero, aun así, debo reconocer que no me piden que mantenga viva y fija una idea, sino una percepción. No me piden únicamente que piense que soy, sino que lo sepa, que tenga de este hecho un conocimiento absoluto. Ahora bien, siento que esto es posible y que podría producirse en mí, aportándome algo nuevo e importante. Descubro que mil pensamientos o sombras de pensamientos, mil sensaciones, imágenes y asociaciones de ideas totalmente ajena al objeto de mi esfuerzo me asaltan sin cesar y me apartan de este esfuerzo. A veces, es la saeta la que capta toda mi atención, y, mirándola, me pierdo de vista. Otras veces, es mi cuerpo, una crispación de la pierna, un pequeño movimiento en el vientre, lo que me aparta de la saeta del reloj al propio tiempo que de mí mismo. Otras, creo haber detenido mi pequeño cine interior, eliminado el mundo exterior, sólo para acabar dándome cuenta de que acabo de sumirme en una especie de sueño en

que la saeta ha desaparecido, en que yo mismo he desaparecido, y durante el cual siguen trenzándose unas en otras las imágenes, las sensaciones, las ideas, como detrás de un velo, como en un sueño que se despliega por su propia cuenta mientras yo duermo. Y otras, en fin, en una fracción de segundo, me encuentro contemplando la saeta, y soy yo totalmente, plenamente. Pero, en la misma fracción de segundo me felicito de haberlo logrado; mi espíritu, si puedo decirlo así, aplaude, e inmediatamente mi inteligencia, al captar el éxito para alegrarse de él, lo compromete irremediablemente. En fin, que, despechado y más aún agotado, abandono el experimento precipitadamente, porque me parece que acabo de verme privado de aire hasta el extremo de mi resistencia. ¡Cuan largo me ha parecido! Sin embargo, no han transcurrido mucho más de dos minutos, y, en dos minutos, no he tenido una verdadera percepción de mí mismo más que en tres o cuatro imperceptibles relámpagos.

Debía, pues, admitir que casi nunca llegamos a tener conciencia de nosotros mismos, y que casi nunca tenemos conciencia de la dificultad de ser conscientes.

El estado de conciencia —nos decían— es, ante todo, el estado del hombre que sabe por fin que casi nunca es consciente y que, de esta manera, aprende poco a poco a conocer los obstáculos que, dentro de sí mismo, se oponen a su esfuerzo. A la luz de este pequeñísimo ejercicio, sabéis ahora que un hombre puede, por ejemplo, leer un libro, aprobarlo, aburirse, protestar o entusiasmarse sin tener un solo segundo la conciencia de que es, y sin que, por tanto, nada de lo que lee se dirija verdaderamente a él mismo. Su lectura es un sueño que se suma a sus propios sueños, un discurrir en la perpetua corriente de la inconsciencia: Pues nuestra conciencia verdadera puede estar —y está casi siempre— completamente ausente de cuanto hacemos, pensamos, queremos o imaginamos.

Entonces comprendo que hay muy poca diferencia entre el estado en que nos hallamos durante el sueño y el de vigilia ordinaria, cuando hablamos, obramos, etcétera. Nuestros sueños se han hecho invisibles, como las estrellas cuando se levanta el día, pero están presentes, y seguimos viviendo bajo su influencia. Hemos adquirido sólo, al despertar, una actitud crítica frente a nuestras propias sensaciones, pensamientos mejor coordinados, acciones más disciplinadas, más vivacidad de impresión, de sentimientos, de deseos: pero seguimos estando en la no conciencia. No se trata del verdadero despertar, sino del «soñar despierto», y en este estado de «sueño despierto» se desarrolla casi toda nuestra vida. Nos enseñaban que era posible despertar del todo, adquirir el estado de conciencia de sí mismo. En este estado, según había podido entrever en el curso del ejercicio del reloj, podía tener un conocimiento objetivo del funcionamiento de mi pensamiento, del desarrollo de las imágenes, de las ideas, de las sensaciones, de los sentimientos y de los deseos. En este estado, podía intentar hacer un esfuerzo real para examinar, detener de vez en cuando, y modificar aquel desarrollo. Y este esfuerzo mismo —me decía— creaba en mí una cierta subsistencia. Este esfuerzo no me llevaba a esto o a aquello. Bastaba con que fuese para que se creara y se acumulara en mí la sustancia misma de mi ser. Me habían dicho que, al poseer un ser fijo, podría alcanzar la «conciencia objetiva», y que entonces me sería posible tener, no sólo de mí mismo, sino de los otros hombres, de las cosas y del mundo entero, un conocimiento totalmente objetivo, un conocimiento absoluto.

Monsieur Gurdjieff, Éd. du Seuil, París, 1954.

III. — RELATOS DE RAYMOND ABELLIO

«Cuando, en la actitud natural que es propia de la totalidad de los que existen, "veo" una casa, mi percepción es espontánea; es la casa lo que percibo y no mi propia percepción. Por el contrario, en la actitud "trascendental", percibo mi percepción misma. *Pero esta percepción de la percepción alterna radicalmente el estado primitivo*. El estado vivido, ingenuo en un principio, pierde su espontaneidad precisamente por el hecho de que la nueva reflexión toma por objeto lo que era primer *estado* y no *objeto*, y de que, entre los elementos de mi nueva percepción, figuran no solamente los de la casa como tal, sino también los de la percepción misma como flujo vivido. Y lo que importa esencialmente en esta "alteración" es que la visión concomitante que tengo, en este estado birreflexivo o mejor, reflexionado-reflexivo de la casa que fue mi motivo original, lejos de perderse, alejarse o confundirse por esta interposición de "mi" percepción segunda ante "su" percepción primaria, *se encuentra paradójicamente intensificada*, más clara, más presente, más cargada de realidad objetiva que antes. Nos encontramos aquí ante un hecho injustificable por el puro análisis especulativo: el de la transfiguración de la cosa como hecho de conciencia, el de su transformación, como diremos más tarde, en «supercosa», el de su paso del estado de ciencia al estado de conciencia. Este hecho se desconoce generalmente, aunque sea el más chocante de toda

experimentación fenomenológica real. Todas las dificultades con que tropieza la fenomenología vulgar y, desde luego, todas las teorías clásicas del "conocimiento", residen en el hecho de que consideran la pareja conciencia-conocimiento (o más exactamente, conciencia-ciencia) como capaz de abarcar por sí sola la totalidad de lo vivido, siendo así que habría que considerar en realidad la trilogía conocimiento-concienciaciencia, que es la única que permite un arraigo realmente ontológico de la fenomenología. Ciertamente, nada puede poner de manifiesto esta transformación, salvo la experiencia directa y personal del mismo fenomenólogo. Nadie puede pretender haber comprendido la fenomenología realmente trascendental si no ha practicado con éxito este experimento y no se ha visto él mismo "iluminado" por aquél. El dialéctico más sutil, el lógico más agudo, si no han vivido aquella experiencia y no han visto, por tanto, otras cosas debajo de las cosas, sólo podrán hilvanar discursos sobre la fenomenología, pero no asumir una actividad realmente fenomenológica. Tomemos un ejemplo más preciso. Desde lo más remoto de mi recuerdo, siempre he sabido distinguir los colores: el azul, el rojo, el amarillo. Los veían mis ojos, tenía de ellos la experiencia latente. Ciertamente, "mis ojos" no se preguntaban sobre ellos, y, por lo demás, ¿cómo habrían podido formular preguntas? Su función es ver, no verse viendo; pero mi cerebro mismo estaba como adormecido, no era en absoluto el ojo *del* ojo, sino una simple prolongación de este órgano. Así, decía solamente, y casi sin pensarlo: éste es un bello rojo, o un verde un poco apagado, o un blanco brillante. Un día, hace algunos años, paseando por los viñedos que se extienden en cornisa sobre el lago Leman y que constituyen uno de los más bellos escenarios del mundo, tan bello y tan vasto como el "Yo", que, a fuerza de dilatarse, se siente disuelto en él y bruscamente se recupera y se exalta, se produjo un acontecimiento súbito y para mí extraordinario. Yo había visto cien veces el ocre de la vertiente abrupta, el azul del lago, el violeta de los montes de Saboya y, al fondo, los glaciares resplandecientes del Gran Combin. Supe por primera vez que jamás los había *mirado*. Sin embargo, vivía allí desde hacía tres meses. Desde el primer instante, ciertamente, este paisaje no había logrado disolverme, sino que lo que le respondía en mí no era más que una exaltación confusa. Certo, el "Yo" del filósofo es más fuerte que todos los paisajes. El sentimiento punzante de la belleza no es más que la recuperación por el "Yo", que se fortifica con ello, de la distancia infinita que le separa de aquélla. Pero aquel día supe, bruscamente, que yo mismo creaba aquel paisaje, que nada era sin mí: "Soy yo quien te veo, y que me veo verte, y que, al verme, te hago." Este verdadero grito interior es el que lanza el demiurgo a raíz de "su" creación del mundo. No es sólo suspensión en un mundo "antiguo", sino proyección de uno "nuevo". Y en aquel instante, en efecto, el mundo fue de nuevo creado. Jamás había visto semejantes colores. Eran cien veces más intensos, más matizados, más "vivos". Supe que acababa de adquirir el sentido de los colores, que había renacido a los colores, que jamás, hasta entonces, había visto realmente un cuadro penetrado en el Universo de la pintura. Pero supe también que, por esta llamada a sí de mi propia conciencia, por esta percepción de mi percepción, tenía la llave del mundo de la transfiguración, que no es un trasmundo misterioso, sino el mundo verdadero, aquel en que la Naturaleza nos tiene "exiliados". Nada de común, por cierto, con la atención. La transfiguración es plena, la atención no lo es. La transfiguración se conoce en su suficiencia cierta, la atención tiende a una suficiencia eventual. No puede decirse, entiéndase bien, que la atención sea vacía. Por el contrario, es no-vacía. Pero la no-vacuidad no es la plenitud. Cuando volví al pueblo aquel día, las gentes con quienes me cruzaba estaban en su mayoría "atentas" a su trabajo: sin embargo, todos me parecían sonámbulos.»

Raymond Abellio, *Cahiers du Cercle d'Etudes Métaphysiques*. (Publicación interior, 1954.)

IV. — EL ADMIRABLE TEXTO DE GUSTAV MEYRINCK

La llave que nos hará dueños de la naturaleza interior está oxidada desde el Diluvio.

Se llama: velar.

Velar lo es todo.

El hombre está firmemente convencido de que vela; pero, en realidad, está preso en una red de sueño y de sueños que ha tejido él mismo. Cuanto más se aprieta la red, mejor impera el sueño. Los que están sujetos por sus mallas son los durmientes que caminan por la vida como rebaños de ganado llevados al matadero, indiferentes y sin pensar.

Los soñadores sólo ven, a través de las mallas, un mundo enrejado, no perciben más que aberturas engañosas obran en consecuencia y no saben que estos cuadros son simplemente los restos insensatos de un todo enorme. Estos soñadores no son, como tal vez tú crees, los fantasiosos y los poetas: son los trabajadores, los sin reposo del mundo, los que están roídos por la locura de obrar. Se parecen a los torpes escarabajos laboriosos que suben a lo largo de un tubo liso para hundirse en él en cuanto han llegado arriba. Dicen que velan, pero lo que creen que es vida no es en realidad más que un sueño, determinado anticipadamente hasta en sus menores detalles y sustraído a la influencia de su voluntad.

Ha habido y hay todavía algunos hombres que sabían que soñaban, pioneros que avanzaron hasta las murallas detrás de las cuales se ocultaba el yo eternamente despierto: videntes como Descartes, Schopenhauer y Kant. Pero no poseían las armas necesarias para el asalto de la fortaleza, y su llamada a combate no despertó a los durmientes.

Velar lo es todo.

El primer paso hacia este fin es tan sencillo que un

niño puede darlo. Sólo el que tiene el espíritu falseado ha olvidado cómo se anda y permanece paralizado sobre sus dos pies, porque no quiere prescindir de las muletas que ha heredado de sus predecesores. Velar lo es todo.

¡Vela en todo lo que hagas! No te creas ya despierto. No, tú duermes y sueñas.

Reúne todas tus fuerzas y haz que por un instante resplandezca en todo tu cuerpo este sentimiento: ¡ahora, estoy en vela!

Si esto te da resultado, reconocerás enseguida que el estado en que te encontrabas te parece ahora un embotamiento y un sueño.

Éste es el primer paso vacilante del largo, larguísimo viaje que conduce de la servidumbre al todopoder. Avanza de esta manera, de despertar en despertar. No existe idea atormentadora que no puedas rechazar de esta manera. Se queda atrás y ya no puede alcanzarte. Te extiendes por encima de ella como la copa de un árbol se eleva sobre las ramas secas.

El dolor se aleja de ti como las hojas muertas cuando esta vela se apodera igualmente de tu cuerpo.

Los baños helados de los brahmanes, las noches de vigilia de los discípulos de Buda y de los ascetas cristianos, los suplicios de los faquires hindúes, no son más que ritos esculpidos que indican que allí se elevaba el templo de aquellos que se esforzaban en velar.

Lee las Escrituras santas de todos los pueblos de la Tierra. Por todas ellas se desliza, como un hilo rojo, la ciencia oculta de la vela. Es la escala de Jacob, que combate toda la «noche» con el ángel del Señor, hasta que llega el «día» y obtiene la victoria.

Tienes que subir uno tras otro los peldaños del despertar, siquieres vencer a la muerte. El escalón inferior se llama, ya, genio. ¿Cómo debemos llamar a los grados superiores?

Permanecen ignorados por la muchedumbre y son tenidos por leyendas.

La historia de Troya fue tenida por leyenda, hasta que al fin un hombre tuvo el valor de excavar por sí mismo.

En este camino del despertar, el primer enemigo que encontrarás será tu propio cuerpo. Lucharás contigo hasta el primer canto del gallo. Pero si percibes el día del despertar eterno que te aleja de los sonámbulos que creen ser hombres y que ignoran que son dioses dormidos, entonces el sueño de tu cuerpo desaparecerá también y dominarás el Universo.

Entonces podrás hacer milagros, si así lo quieras, y no te verás obligado a esperar, como un humilde esclavo, que un cruel dios falso tenga la amabilidad de llenarte de presentes o de cortarte la cabeza.

Naturalmente, la felicidad del perro fiel, servir a un dueño, no existirá ya para ti; pero, sé franco contigo mismo: ¿querrías incluso ahora, cambiarte con tu perro?

No te dejes asustar por el miedo de no alcanzar el fin de esta vida. El que ha encontrado este camino vuelve siempre al mundo con una madurez interior que le hace posible la continuación de su trabajo. Nace como «genio».

El sendero que te muestro está sembrado de acontecimientos extraños: ¡muertos que has conocido se levantarán y te hablarán! ¡No son más que imágenes! Se te aparecerán siluetas luminosas que te bendecirán. No son más que imágenes, formas exaltadas por tu cuerpo, el cual, bajo la influencia de la voluntad transformada, morirá de muerte magnífica y se convertirá en espíritu, como el hielo, alcanzado por el fuego, se disuelve en vapor.

Cuando te hayas desprendido del cadáver que hay en ti, sólo entonces podrás decir: ahora el sueño se ha alejado de mí para siempre.

Entonces se habrá cumplido el milagro en que los hombres no pueden creer —porque, engañados por sus sentidos, no comprenden que materia y fuerza son la misma cosa— y el milagro de que, aun si te entierran, no habrá cadáver en tu ataúd.

Sólo entonces podrás diferenciar lo que es realidad de lo que es apariencia. Sólo encontrarás a aquel que haya emprendido el camino antes que tú.

Todos los demás son sombras.

Hasta allí no sabes si eres la criatura más feliz o la más desgraciada. Pero no temes nada. Ni uno de los que han tomado el sendero de la vigilia, aunque se haya extraviado, ha sido nunca abandonado por sus guías.

Quiero darte una señal por la que podrás reconocer si una aparición es realidad o sólo imagen: si se acerca a ti, si tu conciencia se turba, si las cosas del mundo exterior son vagas o desaparecen, desconfía. ¡Mantente en guardia! La aparición no es más que una parte de ti mismo. Si no la comprendes, es sólo un espectro, sin consistencia, un ladrón que consume una parte de tu vida.

Los ladrones que roban la fuerza del alma son peores que los ladrones del mundo. Te atraen como fuegos fatuos al pantano de una esperanza engañosa, para dejarte solo en las tinieblas y desaparecer para siempre.

No te dejes cegar por ningún milagro que parezca realizado en tu favor, por ningún nombre sagrado que se den, por ninguna profecía que formulen, aunque ésta se cumpla; son tus enemigos mortales, arrojados del infierno de tu propio cuerpo, y con los cuales luchas por el dominio.

Sabe que las fuerzas maravillosas que poseen son las tuyas propias desviadas por ellos para mantenerte en la esclavitud. No pueden vivir fuera de tu vida, pero, si los vences, se hundirán y se convertirán en instrumentos mudos y dóciles que podrás emplear según tus necesidades.

Son innumerables las víctimas que han hecho entre los hombres. Lee la historia de los visionarios y de los sectarios y aprenderás que el sendero que sigues está sembrado de cráneos.

Inconscientemente, la Humanidad ha levantado contra ellos una muralla: el materialismo. Esta muralla es una defensa infalible; es una imagen del cuerpo, pero es también un muro de prisión que te impide la vista. Hoy andan dispersos, y el fénix de la vida interior resucita de las cenizas en que ha estado largo tiempo acostado como muerto, pero los buitres de otro mundo empiezan a batir las alas. Por esto te pones en guardia. La balanza en que deposites tu conciencia te mostrará cuándo puedes tener confianza en las apariciones. Cuanto más despierta esté, tanto más pesará en tu favor.

Si un guía, un hermano de otro mundo espiritual, se te quiere aparecer, debe poder hacerlo sin despojar tu conciencia. Puedes acercar tu mano a su costado, como Tomás, el incrédulo.

Sería fácil evitar las apariciones y sus peligros. No tendrías que hacer más que comportarte como un hombre corriente. Pero, ¿qué ganarías con ello? Seguirías siendo un prisionero en la cárcel de tu cuerpo hasta que el verdugo «Muerte» te llevase al patíbulo.

El deseo de los mortales de ver los seres sobrenaturales es un grito que despierta incluso a los fantasmas del infierno, porque este deseo no es puro...; porque es avidez más que deseo, porque quiere «asir» de un modo cualquiera en vez de gritar para aprender a «dar».

Todos los que consideran la Tierra como una cárcel, todas las gentes piadosas que imploran la liberación, evocan sin darse cuenta el mundo de los espectros. Hazlo tú también. Pero conscientemente.

Para los que lo hacen inconscientemente, ¿existe una mano invisible que pueda sacarlos del pantano que los absorbe? Yo no lo creo así.

Cuando, en el camino del despertar, cruces el reino de los espectros, comprenderás poco a poco que son sencillamente ideas que puedes ver de pronto con tus ojos, porque el lenguaje de las formas es diferente del del cerebro.

Entonces llega el momento en que se cumple la transformación: los hombres que te rodean se convertirán en espectros. Los que has amado se convertirán de golpe en larvas. Incluso tu propio cuerpo.

No se puede imaginar soledad más terrible que la del peregrino en el desierto, y quien no sabe encontrar el manantial de agua viva en él, se muere de sed.

Todo lo que te digo se encuentra en los libros de los hombres piadosos de todos los pueblos: el advenimiento de un nuevo pueblo, la vigilia, la victoria sobre el cuerpo y la soledad. Y, sin embargo, un abismo infranqueable nos separa de esas gentes piadosas: creen que se acerca el día en que los buenos entrarán en el paraíso y los malos serán arrojados en el infierno. Nosotros sabemos que llegará un tiempo en que muchos se despertarán y serán separados de los durmientes, que no pueden comprender lo que significa la palabra vela. Sabemos que no existe el bueno ni el malo, sino sólo el justo y el falso. Creen que velar significa mantener los sentidos lúcidos y los ojos abiertos durante la noche, de modo que el hombre pueda hacer sus oraciones. Nosotros sabemos que la vigilia es el despertar del Yo inmortal y que el insomnio del cuerpo es una consecuencia natural. Creen que el cuerpo debería ser abandonado y despreciado porque es pecador. Nosotros sabemos que no hay pecado; el cuerpo es el principio de nuestra obra, y hemos bajado a la Tierra para convertirlo en espíritu. Creen que deberíamos vivir en la soledad con nuestro cuerpo para purificar el espíritu. Nosotros sabemos que nuestro espíritu debe ante todo ir a la soledad para transfigurar el cuerpo.

Tú debes elegir el camino a tomar: el nuestro o el suyo. Debes obrar según tu propia voluntad.

No tengo derecho a aconsejarte. Es más saludable coger por propia decisión el fruto amargo de un árbol que ver colgado un fruto dulce aconsejado por otro.

Pero no hagas como muchos que saben que está escrito: examinarlo todo y conservar sólo lo mejor. Hay que andar, no examinar nada y retener lo primero que viene.

Gustav Meyrinck: De la novela *Le Visage Veri*, traducida al francés por el doctor Etthofen y Mlle. Perrenoud. Éd. Émile Paul Frères, París, 1932.

IX

EL PUNTO MÁS ALLÁ DEL INFINITO

Del Surrealismo al Realismo Fantástico. — El Punto Supremo. — Desconfiad de las imágenes. — La locura de Georg Cantor. — El yogui y el matemático. — Una aspiración fundamental del espíritu humano. — Fragmento de una novela de Jorge Luis Borges.

En los capítulos precedentes he querido dar una idea de los estudios posibles sobre la realidad de *otro* estado de conciencia. En este otro estado, si es que existe, todo hombre dominado por el demonio del conocimiento encontraría tal vez una respuesta a la pregunta siguiente, que siempre acaba por formularse:

«¿Es que no puede encontrarse un lugar, en mí mismo, desde el cual todo lo que me *ocurre* sea explicable

inmediatamente, un lugar desde el cual todo lo que veo, sé o siento, pueda descifrarse enseguida, ya se trate del movimiento de los astros, de la disposición de los pétalos de una flor, de los movimientos de la civilización a que pertenezco, o de los movimientos más secretos de mi corazón? ¿Es que esta inmensa y loca ambición de comprender, que arrastro como a despecho de mí mismo a través de todas las aventuras de mi vida, no puede ser, un día, enteramente y de golpe saciada? ¿Es que no hay nada en el hombre, en mí mismo, un camino que conduzca al conocimiento de todas las cosas del mundo? ¿Es que no reposa en el fondo de mí la llave del conocimiento total?»

André Bretón, en el segundo manifiesto del Surrealismo, creyó poder responder definitivamente a esta pregunta: «Todo induce a creer que existe un cierto punto del espíritu, desde el cual la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incomunicable, lo alto y lo bajo, dejan de ser percibidos contradictoriamente.»

Desde luego, no pretendo aportar, a mi vez, una respuesta definitiva. Hemos querido sustituir los métodos más humildes y el aparato más pesado de lo que llamamos, Bergier y yo, «realismo fantástico. Voy, pues, a apelar, para estudiar esta cuestión, a varios planos del conocimiento. A la tradición esotérica. A las matemáticas de vanguardia. Y a la literatura moderna insólita. Realizar el estudio en planos diferentes (aquí, el plano del espíritu mágico, el plano de la inteligencia pura y el plano de la intuición poética), establecer comunicaciones entre éstos, verificar por comparación las verdades contenidas en cada estadio y hacer surgir, finalmente, una hipótesis en que se encuentren integradas estas verdades: éste es exactamente nuestro método. Nuestro grueso y tosco libro no es más que un principio de defensa y de ilustración de este método.

La frase de André Bretón: «Todo induce a creer...» data de 1930. Alcanzó un éxito extraordinario. Todavía hoy se la cita y comenta sin cesar. Y es que, en efecto, uno de los rasgos de la actividad del espíritu contemporáneo es el interés creciente por lo que se podría llamar: el punto de vista más allá del infinito.

Este concepto puebla las tradiciones más antiguas, igual que las matemáticas más modernas. Llenaba el pensamiento poético de Valéry, y uno de los más grandes escritores vivientes, el argentino Jorge Luis Borges, le ha consagrado su más bella y sorprendente novela,¹ dando a ésta el título significativo de *El Aleph*. Este nombre es el de la primera letra del alfabeto de la lengua sagrada. En la Cabala, designa el En Soph, el lugar del conocimiento total, el punto desde el cual el espíritu percibe de un solo golpe la totalidad de los fenómenos, de sus causas y de su sentido. Se dice, en numerosos textos, que esta letra tiene la forma de un hombre que muestra el cielo y la Tierra para indicar que el mundo de abajo es el espejo y el mapa del mundo de arriba. El punto Más Allá del Infinito es este punto supremo del segundo manifiesto del Surrealismo, el punto Omega del padre Teilhard de Chardin y el remate de la Gran Obra de los alquimistas.

¿Cómo decir claramente este concepto? Intentémoslo. Existe en el Universo un punto, un lugar privilegiado, desde el cual se descubre el velo de todo el Universo. Observamos la creación con instrumentos, telescopios, microscopios, etc. Pero al observador le bastaría con hallarse en aquel lugar privilegiado: en un relámpago, se le aparecería el conjunto de los hechos, el espacio y el tiempo le serían revelados en la totalidad y la significación última de sus aspectos.

1. Publicada por la revista *Les Temps Modernes* en junio de 1957 y traducida del español por Paul Benichou. Ofrecemos un fragmento de ella al final de este capítulo.

Para hacer sentir a los alumnos de la clase de sexto lo que podía ser el concepto de eternidad, un padre jesuítico de un célebre colegio se servía de la imagen siguiente: «Imaginad que la Tierra es de bronce y que una golondrina, cada mil años, la roza con un ala. Cuando toda la Tierra se haya desgastado de este modo, sólo entonces empezará la eternidad...» Pero la eternidad no es sólo la infinita longitud del tiempo. Es una cosa distinta de la duración. Hay que desconfiar de las imágenes. Sirven para transportar a un nivel de conciencia más bajo la idea que sólo puede respirar en otra altura. Entregan un cadáver al subsuelo. Las únicas imágenes capaces de transportar una idea superior son las que crean en la conciencia un estado de sorpresa, de extrañamiento, susceptible de elevar esta conciencia hasta el nivel en que vive la idea en cuestión, en que puede ser captada en toda su frescura y su fuerza. Los ritos mágicos y la verdadera poesía no tienen otra finalidad. Por esto no intentaremos dar una «imagen» de este concepto del punto Más Allá del Infinito. Preferimos remitir al lector al texto poético y magnífico de Borges.

Borges, en su novela, utilizó los trabajos de la Cabala, de los alquimistas, y las leyendas musulmanas. Otras leyendas, tan antiguas como la Humanidad, evocan este Punto Supremo, este lugar Privilegiado. Pero la época en que vivimos tiene la particularidad de que el esfuerzo de la inteligencia pura, aplicada a una investigación ajena a toda mística y a toda metafísica, nos ha llevado a conceptos matemáticos que nos permiten racionalizar y comprender la idea de transfinito.

Los trabajos más importantes y más singulares se deben al genial Georg Cantor, que moriría loco. Estos trabajos son todavía discutidos por los matemáticos, algunos de los cuales pretenden que las ideas de Cantor son lógicamente indefinibles. A lo cual los partidarios

del transfinito replican: «¡Nadie nos arrojará del Paraíso abierto por Cantor!»

Resumiremos, a grandes rasgos, el pensamiento de Cantor. Imaginemos, sobre estas hojas de papel, dos puntos, *A* y *B*, distantes un centímetro uno de otro. Tracemos el segmento de recta que une *A* a *B*. ¿Cuántos puntos hay en este segmento? Cantor demuestra que hay más que un número infinito. Para llenar completamente el segmento, se necesita un número de puntos mayor que el infinito: el número *aleph*.

Este número es igual a todas sus partes. Si se divide el segmento en diez partes iguales, habrá tantos puntos en una de las partes como en todo el segmento. Si se construye un cuadrado, partiendo del segmento, habrá tantos puntos en el segmento como en la superficie del cuadrado. Si se construye un cubo, habrá tantos puntos en el segmento como en el volumen del cubo. Si se construye, partiendo del cubo, un sólido de cuatro dimensiones, un *tesseract*, habrá tantos puntos en el segmento como en el volumen de cuatro dimensiones del *tesseract*. Y así sucesivamente, hasta el infinito.

En esta matemática del transfinito, que estudia los *aleph*, la parte es igual al todo. Es una perfecta locura, si adoptamos el punto de vista de la razón clásica; sin embargo, es perfectamente demostrable. Igualmente demostrable es el hecho de que, si se multiplica un *aleph* por no importa qué número, se llega siempre al *aleph*. Y he aquí cómo las altas matemáticas contemporáneas coinciden con la Tabla de Esmeralda de Hermes Trismegisto («lo que está arriba es como lo que está abajo») y la intuición de los poetas como William Blake (todo el Universo contenido en un grano de arena).

No existe más que un modo de pasar más allá del *aleph*, y es elevarlo a la potencia *aleph* (sabido es que A elevado a B significa A multiplicado por A un número B de veces; *aleph* elevado a la potencia *aleph* es otro *aleph*).

Si llamamos cero al primer *aleph*, el segundo es *aleph* uno, el tercero es *aleph* dos, etc. Ya hemos dicho que *aleph* cero es el número de puntos contenidos en un segmento de recta o de un volumen. Se demuestra que *aleph* uno es el número de todas las curvas racionales posibles contenidas en el espacio. En cuanto a *aleph* dos, corresponde a un número que sería mayor que todo lo que se puede concebir en el Universo. No existen en el Universo objetos en número bastante para que, al contarlos, se llegue a un *aleph* dos. Y los *aleph* se extienden hasta el infinito. El espíritu humano logra, pues, desbordar el Universo, construir conceptos que el Universo no podrá llenar jamás. Es un atributo tradicional de Dios, pero jamás se había imaginado que el espíritu pudiese apoderarse de este atributo. Probablemente fue la contemplación de los *aleph* más allá del dos lo que volvió loco a Cantor.

Los matemáticos modernos, resistentes o menos sensibles al delirio metafísico, manejan conceptos de este orden e incluso deducen de ellos ciertas aplicaciones. Algunas de éstas son de naturaleza tal que confunden el sentido común. Por ejemplo, la famosa paradoja de Banach y Tarski.¹

Según esta paradoja, es posible tomar una esfera de dimensiones normales, por ejemplo, la de una manzana o de una pelota de tenis, cortarla en rodajas y volver a juntarlas enseguida, de manera que se obtenga una esfera más pequeña que un átomo o más grande que el Sol.

No se ha podido realizar físicamente la operación, porque el corte debe hacerse siguiendo superficies es1. Matemáticos polacos contemporáneos. Banach fue asesinado por los alemanes en Auschwitz. Tarski vive todavía y está actualmente traduciendo al francés su monumental tratado de lógica matemática.

peciales que no tienen plano tangente y que la técnica no puede realizar eficazmente. Pero la mayoría de los especialistas entienden que esta inconcebible operación es teóricamente aceptable, en el sentido de que, si bien estas superficies no pertenecen al Universo manejable, los cálculos efectuados sobre ellas se manifiestan justos y eficaces en el Universo de la física nuclear. Los neutrones se desplazan en las pilas según curvas que no tienen tangente.

Los trabajos de Banach y Tarski llegan a conclusiones que coinciden, de manera alucinante, con los poderes que se atribuyen los iniciados hindúes de la técnica Samadhi: declaran que les es posible crecer hasta alcanzar el tamaño de la Vía Láctea o contraerse hasta la dimensión de la menor partícula concebible. Más próximo a nosotros, Shakespeare pone en boca de Hamlet:

«¡Oh Dios, quisiera estar encerrado todo entero en una cascara de avellana y, sin embargo, irradiar en los espacios infinitos!»

Es posible, a nuestro entender, no impresionarnos ante la semejanza que existe entre estos lejanos ecos del pensamiento mágico y la lógica matemática moderna. En 1956, un antropólogo que participaba en un coloquio de parapsicología, en Royaumont, declaró: «Los siddhis yóguicos son extraordinarios, puesto que entre ellos figura la facultad de hacerse tan pequeño como un átomo o tan grande como un sol entero o como un Universo.» Entre las pretensiones extraordinarias, encontraremos hechos positivos, que todas las presunciones nos inclinan a creer verdaderos, y hechos como éstos, que nos parecen increíbles y más allá de toda clase de lógica. Pero hemos de pensar que este antropólogo ignoraba tanto el grito de Hamlet como las formas inesperadas que acaba de adoptar la lógica pura y más moderna: la lógica matemática.

¿Cuál puede ser la significación profunda de estas

correspondencias? Como siempre, en este libro nos limitaremos a formular hipótesis. La más novelesca y excitante, pero la menos «integrante» sería admitir que las técnicas Samadhi son reales, que el iniciado logra efectivamente hacerse tan pequeño como un átomo y tan grande como un sol, y que estas técnicas se derivan de conocimientos procedentes de antiguas civilizaciones que habrían dominado las matemáticas del transfinito. Para nosotros, en ello está una de las aspiraciones fundamentales del espíritu humano, que encuentra su expresión tanto en el yoga Samadhi como en las matemáticas de vanguardia de Banach y Tarski.

Si los matemáticos revolucionarios tienen razón, si las paradojas del transfinito son fundadas, se abren extraordinarias perspectivas ante el espíritu humano. Se puede concebir que existan en el espacio puntos *aleph*, como el descrito en la novela de Borges. En estos dos puntos se encuentra representado todo el continuo espacio-tiempo, y el espectáculo se extiende desde el interior del núcleo atómico hasta la galaxia más lejana.

Todavía se puede ir más lejos: se puede imaginar que, a consecuencia de manejos que afectarían a un tiempo a la materia, a la energía y al espíritu, cualquier punto del espacio puede convertirse en un transfinito. Si tal hipótesis corresponde a una realidad fisicopsicomatemática, tenemos la explicación de la Gran Obra de los alquimistas y del éxtasis supremo de ciertas religiones. La idea de un punto transfinito, desde el cual sería perceptible todo el Universo, es prodigiosamente abstracta. Pero no lo son menos las ecuaciones fundamentales de la relatividad, de las cuales se derivan, sin embargo, el cine hablado, la televisión y la bomba atómica. Por lo demás, el espíritu humano hace constantes progresos hacia niveles de abstracción cada vez más elevados. Paul Langevin hacía ya observar que el electricista del barrio manejaba perfectamente la noción, tan abstracta y tan

delicada, de potencial, e incluso la había incorporado a su jerga; decía: «Hay jugo.»

Se puede incluso imaginar que, en un porvenir más o menos lejano, después de dominar estas matemáticas de lo transfinito, el espíritu humano logrará, ayudándose con ciertos instrumentos, construir *alephs* en el espacio, puntos transfinitos desde los cuales lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande se le aparezcan en su totalidad y en su última verdad. Así habría llegado a su fin la búsqueda tradicional de lo Absoluto. Es tentador soñar que la experiencia lo ha logrado ya en parte. Hemos evocado, en la primera parte de esta obra, la manipulación alquímista en el curso de la cual el adepto oxida la superficie de su baño fundido de metales. Cuando se desgarra la película de óxido, se verá aparecer sobre un fondo opaco la imagen de nuestra galaxia con sus dos satélites, las nubes de Magallanes. ¿Leyenda o realidad? En todo caso, se trataría de la evocación de un primer «instrumento transfinito» estableciendo contacto con el Universo por medios distintos de los proporcionados por los instrumentos conocidos. Tal vez en forma parecida, los mayas, que ignoraban el telescopio, descubrieron Urano y Neptuno. Pero no nos perdamos en lo

imaginario. Contentémonos con apuntar esta aspiración fundamental del espíritu, desdeñada por la psicología clásica, y con anotar también, a este respecto, los contactos entre antiguas tradiciones y una de las grandes corrientes matemáticas que imperan en la actualidad.

Veamos ahora lo que dice la novela de Borges: *El Aleph*.

«La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras de hierro de la plaza

Constitución habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios; el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto Universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita. Cambiará el Universo pero yo no, pensé con melancólica vanidad; alguna vez, lo sé, mi vana devoción la había exasperado; muerta, yo podía consagrarme a su memoria, sin esperanza, pero también sin humillación. Consideré que el treinta de abril era su cumpleaños; visitar ese día la casa de la calle Garay para saludar a su padre y a Carlos Argentino Daneri, su primo hermano, era un acto cortés, irreprochable, tal vez ineludible. De nuevo aguardaría en el crepúsculo de la abarrotada salita, de nuevo estudiaría las circunstancias de sus muchos retratos. Beatriz Viterbo, de perfil, en colores; Beatriz, con antifaz en los carnavales de 1921; la primera comunión de Beatriz; Beatriz, el día de su boda con Roberto Alessandri; Beatriz, poco después del divorcio, en un almuerzo del "Club Hípico"; Beatriz, en Quilmes, con Delia San Marco Porcel y Carlos Argentino; Beatriz, con el "pequinés" que le regaló Villegas Haedo; Beatriz, de frente y de tres cuartos, sonriendo, la mano en el mentón... No estaría obligado, como otras veces, a justificar mi presencia con módicas ofrendas de libros: libros cuyas páginas, finalmente, aprendí a cortar, para no comprobar, meses después, que estaban intactos.

«Beatriz Viterbo murió en 1929; desde entonces, no dejé pasar un treinta de abril sin volver a su casa. Yo solía llegar a las siete y cuarto y quedarme unos veinticinco minutos; cada año aparecía un poco más tarde y me quedaba un rato más; en 1933, una lluvia torrencial me favoreció: tuvieron que invitarme a comer. No desperdíe, como es natural, ese buen precedente; en 1934, aparecí, ya dadas las ocho, con un alfajor santafecino; con toda naturalidad me quedé a comer. Así, en aniversarios melancólicos y vanamente eróticos, recibí

las graduales confidencias de Carlos Argentino Daneri. »Beatriz era alta, frágil, muy ligeramente inclinada; había en su andar (si el oximoron es tolerable) una como graciosa torpeza, un principio de éxtasis; Carlos Argentino es rosado, considerable, canoso, de rasgos finos. Ejerce no sé qué cargo subalterno en una biblioteca ilegible de los arrabales del Sur; es autoritario, pero también es ineficaz; aprovechaba, hasta hace muy poco, las noches y las fiestas para no salir de su casa. A dos generaciones de distancia, la *ese italiana* y la copiosa gesticulación italiana sobreviven en él. Su actividad es continua, apasionada, versátil y del todo insignificante. Abunda en inservibles analogías y en ociosos escrúpulos. Tiene (como Beatriz) grandes y afiladas manos hermosas. Durante algunos meses padeció la obsesión de Paul Fort, menos por sus baladas que por la idea de una gloria intachable. "Es el Príncipe de los Poetas de Francia", repetía con fatuidad. "En vano te revolverás contra él; no lo alcanzarás, no, la más insignificante de tus saetas."

»El 30 de abril de 1941 me permití agregar al alfajor una botella de coñac del país. Carlos Argentino lo probó, lo juzgó interesante y emprendió, al cabo de unas copas, una vindicación del hombre moderno.

»—Lo evoco —dijo con una animación algo inexplicable— en su gabinete de estudios, como si dijéramos en la torre albarrana de una ciudad, provisto de teléfonos, de telégrafos,

de fonógrafos, de aparatos de radiotelefonía, de cinematógrafos, de linternas mágicas, de flosarios, de horarios, de prontuarios, de boletines...

«Observó que para un hombre así facultado el acto de viajar era inútil; nuestro siglo xx había transformado la fábula de Mahoma y de la montaña; las montañas, ahora, convergían sobre el moderno Mahoma.

»Tan ineptas me parecieron esas ideas, tan pomposas y tan vasta su exposición, que las relacioné inmediatamente con la literatura; le dije que por qué no las escribía. Previsiblemente respondió que ya lo había hecho: esos conceptos, y otros no menos novedosos, figuraban en el Canto Augural, Canto Prologal o simplemente CantoPrólogo de un poema en el que trabajaba hacía muchos años, sin *reclame*, sin bullanga ensordecedora, siempre apoyado en esos dos báculos que se llaman el trabajo y la soledad. Primero abría las compuertas a la imaginación; luego hacía uso de la lima. El poema se titulaba *La Tierra*; tratábase de una descripción del planeta, en la que no faltaban, por cierto, la pintoresca digresión y el gallardo apostrofe.

»Le rogué que me leyera un pasaje aunque fuera breve. Abrió un cajón del escritorio, sacó un alto legajo de hojas de bloc estampadas con el membrete de la "Biblioteca Juan Crisóstomo Lafinur" y leyó con sonora satisfacción:

*He visto, como el griego, las urbes de los hombres,
los trabajos, los días de varía luz, el hambre;
no corrijo los hechos, no falseo los nombres,
pero el voyage que narro, es... autour de ma chambre.*

»—Estrofa a todas luces interesante —dictaminó—. El primer verso granjea el aplauso del catedrático, del académico, del helenista, cuando no de los eruditos a la violeta, sector considerable de la opinión; el segundo pasa de Hornero a Hesíodo (todo un implícito homenaje, en el frontis del flamante edificio, al padre de la poesía didáctica), no sin remozar un procedimiento cuyo abolengo está en la Escritura, la enumeración, congerie o conglobación; el tercero —¡barroquismo, decadentismo, culto depurado y fanático de la forma?— consta de dos hemistiquios gemelos; el cuarto, francamente bilingüe, me asegura el apoyo incondicional de todo espíritu sensible a los desenfadados envites de la facecia. Nada

diré de la rima rara ni de la ilustración que me permite, ¡sin pedantismo!, acumular en cuatro versos tres alusiones eruditas que abarcan treinta siglos de apretada literatura: la primera a *La Odisea*, la segunda a *Los trabajos y los días*, la tercera a la bagatela inmortal que nos deparan los ocios de la pluma del saboyano... Comprendo una vez más que el arte moderno exige el bálsamo de la risa, el *scherzo*. ¡Decididamente, tiene la palabra Goldoni!

»Otras muchas estrofas me leyó que también obtuvieron su aprobación y su comentario profuso. Nada memorable había en ellas, ni siquiera las juzgué mucho peores que la anterior. En su escritura había colaborado la aplicación, la resignación y el azar; las virtudes que Daneri les atribuía eran posteriores. Comprendí que el trabajo del poeta no estaba en la poesía; estaba en la invención de razones para que la poesía fuera admirable; naturalmente, ese ulterior trabajo modificaba la obra para él, pero no para otros. La dicción oral de Daneri era extravagante; su torpeza métrica le vedó, salvo contadas veces, transmitir esa extravagancia al poema.¹

»Una sola vez en mi vida he tenido ocasión de examinar los quince mil dodecasílabos del *Polyolbion*, esa epopeya topográfica en la que Michael Drayton registró la fauna, la flora, la hidrografía, la orografía, la historia militar y monástica de Inglaterra; estoy seguro de que ese producto considerable, pero limitado, es menos tedioso que la vasta empresa congénere de

Carlos Ar1. Recuerdo, sin embargo, estas líneas de una sátira en que fustigó con rigor a los malos poetas:

Aqueste da a lpoema. belicosa armadura, de erudición; esotro le da pompas y galas. Ambos baten en vano las ridiculas alas... ¡Olvidaron, cuitados, el factor HERMOSURA!
Sólo el temor de crearse un ejército de enemigos implacables y poderosos lo disuadió (me dijo) de publicar sin miedo el poema.

gentino. Éste se proponía versificar toda la redondez del planeta; en 1941 ya había despachado unas hectáreas del Estado de Queensland, más de un kilómetro del curso del Obi, un gasómetro al norte de Veracruz, las principales casas de comercio de la parroquia de la Concepción, la quinta de Mariana Cambaceres de Alvear en la calle Once de Setiembre, en Belgrano, y un establecimiento de baños turcos no lejos del acreditado acuario de Brighton. Me leyó ciertos laboriosos pasajes de la zona australiana de su poema; esos largos e informes alejandrinos carecían de la relativa agitación del prefacio. Copio una estrofa:

Spena. A manderecha del postre rutinario (viniendo, claro está, desde el Nornoroeste) se aburre una osamenta. —¿ Color? Blanquiceleste— que da al corral de ovejas catadura de osario.

»—¡Dos audacias —gritó con exaltación—, rescatadas, te oigo mascullar, por el éxito! Lo admito, lo admito. Una, el epíteto *rutinario*, que certamente denuncia, en *passant*, el inevitable tedio inherente a las faenas pastoriles y agrícolas, tedio que ni las geórgicas ni nuestro ya laureado *Don Segundo* se atrevieron jamás a denunciar así, al rojo vivo. Otra, el enérgico prosaísmo, *se aburre una osamenta*, que el melindroso querrá excomulgar con horror, pero que apreciará más que su vida el crítico de gusto viril. Todo el verso, por lo demás, es de muy subidos quilates. El segundo hemistiquio entabla animadísima charla con el lector; se adelanta a su viva curiosidad, le pone una pregunta en la boca y la satisface... al instante. ¿Y qué me dices de ese hallazgo, *blanquiceleste*? El pintoresco *neologismo* sugiere el cielo, que es un factor importantísimo del paisaje australiano. Sin esa evocación resultarían demasiado sombrías las tintas del boceto y el lector se vería compelido a cerrar el volumen, herida en lo más íntimo el alma de incurable y negra melancolía.

»Hacia medianoche me despedí.

»Dos domingos después, Daneri me llamó por teléfono, entiendo que por primera vez en la vida. Me propuso que nos reuníramos a las cuatro, "para tomar juntos la leche, en el contiguo salón-bar que el protagonismo de Zunino y de Zungri —los propietarios de mi casa, recordarás— inaugura en la esquina: confitería que te importará conocer". Acepté, con más resignación que entusiasmo. Nos fue difícil encontrar mesa: el "salón-bar", inexorablemente moderno, era apenas un poco menos atroz que mis previsiones; en las mesas vecinas, el excitado público mencionaba las sumas invertidas sin regatear por Zunino y por Zungri. Carlos Argentino fingió asombrarse de no sé qué primores de la instalación de la luz (que, sin duda ya conocía) y me dijo con cierta severidad:

»—Mal de tu agrado habrás de reconocer que este local se parangona con los más encopetados de Flores.

»Me releyó, después, cuatro o cinco páginas del poema. Las había corregido según un depravado principio, de ostentación verbal: donde antes escribió *azulado*, ahora abundaba en *azulina*, *azulenco* y hasta *azulillo*. La palabra *lechoso* no era bastante fea para él; en la impetuosa descripción de un lavadero de lanas, prefería *lactario*, *lactinoso*, *lactescente*, *lechal*... Denostó, con amargura a los críticos; luego, más benigno, los equiparó a esas personas "que no disponen de metales preciosos ni tampoco de prensas de vapor, laminadores y ácidos sulfúricos para la acuñación de tesoros, pero

que pueden *indicar* a los otros *el sitio de un tesoro*". Acto continuo censuró la *prologomanía*, "de la que ya hizo mofa, en la donosa prefacción del Quijote, el Príncipe de los Ingenios". Admitió, sin embargo, que en la portada de la nueva obra convenía el prólogo vistoso, el

espaldarazo firmado por el plumífero de garra, de fuste. Agregó que pensaba publicar los cantos iniciales de su poema. Comprendí, entonces, la singular invitación telefónica: el hombre iba a pedirme que prologara su pedantesco fárrago. Mi temor resultó infundado: Carlos Argentino observó, con admiración rencorosa, que no creía errar el epíteto al calificar de sólido el prestigio logrado en todos los círculos por Alvaro Melián Lafinur, hombre de letras, que, si yo me empeñaba, prologaría con embeleso el poema. Para evitar el más imperdonable de los fracasos, yo tenía que hacerme portavoz de dos méritos inconclusos: la perfección formal y el rigor científico, "porque ese dilatado jardín de tropos, de figuras, de galanuras, no tolera un solo detalle que no confirme la severa verdad". Agregó que Beatriz siempre se había distraído con Alvaro.

»Asentí, profusamente asentí. Aclaré, para mayor verosimilitud, que no hablaría el lunes con Alvaro, sino el jueves: en la pequeña cena que suele coronar toda reunión del Club de Escritores. (No hay tales cenas, pero es irrefutable que las reuniones tienen lugar los jueves, hecho que Carlos Argentino Daneri podía comprobar en los diarios y que dotaba de cierta realidad a la frase.) Dije, entre adivinatorio y sagaz que, antes de abordar el tema del prólogo, describiría el curioso plan de la obra. Nos despedimos; al doblar por Bernardo de Irigoyen, encaré con toda imparcialidad los porvenires que me quedaban: *a)* hablar con Alvaro y decirle que el primo hermano aquel de Beatriz (ese eufemismo explicable me permitiría nombrarla) había elaborado un poema que parecía dilatar hasta lo infinito las posibilidades de la cacofonía y del caos; *b)* no hablar con Alvaro. Previ, lúcidamente, que mi desidia optaría por *b*.

»A partir del viernes a primera hora, empezó a inquietarme el teléfono. Me indignaba que ese instrumento, que algún día produjo la irrecuperable voz de Beatriz, pudiera rebajarse a receptáculo de las inútiles y quizás coléricas quejas de ese engañado Carlos Argentino Dañen. Felizmente, nada ocurrió —salvo el rencor inevitable que me inspiró aquel hombre que me había impuesto una delicada gestión y luego me olvidaba.

»El teléfono perdió sus terrores, pero a fines de octubre, Carlos Argentino me habló. Estaba agitadísimo; no identifiqué su voz, al principio. Con tristeza y con ira balbució que esos ya ilimitados Zunino y Zungri, so pretexto de ampliar su desaforada confitería, iban a demoler su casa.

»—¡La casa de mis padres, mi casa, la vieja casa inveterada de la calle Garay! —repitió, quizás olvidando su pesar en la melodía.

»No me fue muy difícil compartir su congoja. Ya cumplidos los cuarenta años, todo cambio es un símbolo detestable del pasaje del tiempo; además, se trataba de una casa que, para mí, aludía infinitamente a Beatriz. Quise aclarar ese delicadísimo rasgo; mi interlocutor no me oyó. Dijo que si Zunino y Zungri persistían en ese propósito absurdo, el doctor Zunni, su abogado, los denunciaría *ipso facto* por daños y perjuicios y los obligaría a abonar cien mil nacionales.

»El nombre de Zunni me impresionó; su bufete, en Caseros y Tacuarí, es de una seriedad proverbial. Interrogué si éste se había encargado ya del asunto. Daneri dijo que le hablaría esa misma tarde. Vaciló y con esa voz llana, impersonal, a que solemos recurrir para confiar algo muy íntimo, dijo que para terminar el poema le era indispensable la casa, pues en un ángulo de la casa había un *aleph*. Aclaró que un *aleph* es uno de los puntos del espacio que contienen todos los puntos.

»—Está en el sótano del comedor —explicó, aligerada su dicción por la angustia—. Es mío, es mío; yo lo descubrí en la niñez, antes de la edad escolar. La escalera del sótano es empinada, mis tíos me tenían prohibido el descenso, pero alguien dijo que había un mundo en el sótano. Se refería, lo supe después, a un baúl, pero yo entendí que había un mundo. Bajé secretamente, rodé por la escalera vedada, caí. Al abrir los ojos, vi al *aleph*.

»—¿El *aleph*? —repetí.

»—Sí, el lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, visto desde todos los ángulos. A nadie revelé mi descubrimiento, pero volví. ¡El niño! no podía comprender que le fuera deparado ese privilegio para que el hombre burlara el poema! No me despojarán Zunino y Zungri, no y mil veces no. Código en mano, el doctor Zunni probará que es *inajenable* mi *aleph*.

»Traté de razonar:

»—Pero, ¿no es muy oscuro el sótano? —pregunté. »—La verdad no penetra en un entendimiento rebelde. Si todos los lugares de la Tierra están en el *aleph*, ahí estarán todas las luminarias, todas las lámparas, todos los veneros de luz.

»—Iré a verlo inmediatamente. »Corté antes de que pudiera emitir una prohibición. Basta el conocimiento de un hecho para percibir en el acto una serie de actos confirmatorios, antes insospechados; me asombró no haber comprendido hasta ese momento que Carlos Argentino era un loco. Todos esos Viterbo, por lo demás... Beatriz (yo mismo suelo repetirlo) era una mujer, una niña, de una clarividencia casi implacable, pero había en ella negligencias, distracciones, desdenes, verdaderas crueidades, que tal vez reclamaban una explicación patológica. La locura de Carlos Argentino me colmó de maligna felicidad; íntimamente, siempre nos habíamos detestado.

»En la calle Garay, la sirvienta me dijo que tuviera la bondad de esperar. El niño estaba, como siempre, en el sótano, revelando fotografías. Junto al jarrón sin una flor, en el piano inútil, sonreía (más intemporal que anacrónico) el retrato de Beatriz, en torpes colores. En aquel momento no podía vernos nadie; en una desesperación de ternura me aproximé al retrato y le dije:

»—Beatriz, Beatriz Elena, Beatriz Elena Viterbo, Beatriz querida, Beatriz para siempre, soy yo, soy Borges.

«Carlos entró poco después. Habló con sequedad; comprendí que no era capaz de otro pensamiento que de la perdición del *aleph*.

»—Una copita de seudocoñac —ordenó— y te zampazarás en el sótano. Ya sabes, el decúbito dorsal es indispensable. También lo son la oscuridad, la inmovilidad, cierta acomodación ocular. Te acuestas en el piso de baldosas y fijas los ojos en el decimonono escalón de la pertinente escalera. Me voy, bajo la trampa y te quedas solo. Algún roedor te mete miedo. ¡Fácil empresa! A los pocos minutos ves el *aleph*. ¡El microcosmo de alquimistas y cabalistas, nuestro concreto amigo proverbial, el *multum in parvo*!

»Ya en el comedor, agregó:

»—Claro está que si no lo ves, tu incapacidad no invalida mi testimonio... Baja; muy en breve podrás entablar un diálogo con *todas* las imágenes de Beatriz.

»Bajé con rapidez, harto de sus palabras insustanciales. El sótano, apenas más ancho que la escalera, tenía mucho de pozo. Con la mirada, busqué en vano el baúl de que Carlos Argentino me habló. Unos cajones con botellas y unas bolsas de lona entorpecían un ángulo. Carlos tomó una bolsa, la dobló y la acomodó en su sitio preciso.

»—La almohada es humildosa —explicó—, pero si la levanto un solo centímetro, no verás ni una pizca y te quedas corrido y avergonzado. Repantiga en el suelo ese corpachón y cuenta diecinueve escalones.

»Cumplí con sus ridículos requisitos; al fin se fue.

Cerró cautelosamente la trampa; la oscuridad, pese a una rendija que después distingui, pudo parecerme total. Súbitamente comprendí mi peligro: me había dejado soterrar por un loco, luego de tomar un veneno. Las bravatas de Carlos transparentaban el íntimo terror de que yo no viera el prodigo; Carlos, para defender su delirio, para no saber que estaba loco, *tenía que matarme*. Sentí un confuso malestar, que traté de atribuir a la rigidez, y no a la operación de un narcótico. Cerré los ojos, los abrí. Entonces vi el *aleph*.

»Arribo, ahora, al inefable centro de mi relato; empiezo, aquí, mi desesperación de escritor. Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos cuyo ejercicio presupone un pasado que los interlocutores comparten; ¿cómo transmitir a los otros el infinito *Aleph*, que mi temerosa memoria apenas abarca? Los místicos, en análogo trance, prodigan los emblemas; para significar la divinidad, un persa habla de un pájaro que de algún modo es todos los pájaros; Alanus de Insulis, de una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna; Ezequiel, de un ángel de cuatro caras que a un tiempo se dirige al Oriente y al Occidente, al Norte y al Sur. (No en vano rememoro esas inconcebibles analogías; alguna relación tienen con el *aleph*.) Quizá los dioses no me negarían el hallazgo de una imagen equivalente, pero este informe quedaría contaminado de literatura, de falsedad. Por lo demás, el problema central es irresoluble: la enumeración, siquiera parcial, de un conjunto infinito. En ese instante gigantesco, he visto millones de actos deleitables o atroces; ninguno me asombró como el hecho de que todos ocuparan el mismo punto, sin superposición y sin transparencia. Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es. Algo, sin embargo, recogeré.

»En la parte inferior del escalón, hacia la derecha, vi una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio la creí giratoria; luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba. El diámetro del *aleph* sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del Universo. Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto rojo (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó, vi en un traspasio de la calle Soler las mismas baldosas que hace treinta años vi en el zaguán de una casa de Fray Bentos, vi racimos, nieve, tabaco, vetas de metal, vapor de agua, vi convexos desiertos ecuatoriales y cada uno de sus granos de arena, vi en Inverness a una mujer que no olvidaré, ni la violenta cabellera, el altivo cuerpo, vi un cáncer en el pecho, vi un círculo de tierra seca en una vereda, donde antes hubo un árbol, vi una quinta de Adrogué, un ejemplar de la primera versión inglesa de Plinio, la de Philemon Holland, vi a un tiempo cada letra de cada página (de chico, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran en el decurso de la noche), vi la noche y el día contemporáneo, vi un poniente en Querétaro que parecía reflejar el color de una rosa de Bengala, vi mi dormitorio sin nadie, vi en un gabinete de Alkmaar un globo terráqueo entre dos espejos que lo multiplicaban sin fin, vi caballos de crin arremolinada, en una playa del mar Caspio en el alba, vi la delicada osatura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla, enviando tarjetas postales, vi en un escaparate de Birzapur una baraja española, vi las sombras oblicuas de unos heléchos en el suelo de un invernáculo, vi tigres, émbolos, bisontes, marejadas y ejércitos, vi todas las

hormigas que hay en la Tierra, vi un astrolabio persa, vi en un cajón del escritorio (y la letra me hizo temblar) cartas obscenas, increíbles, precisas, que Beatriz había dirigido a Carlos Argentino, vi un adorado monumento en la Chacarita, vi la reliquia atroz de lo que deliciosamente había sido Beatriz Viterbo, vi la circulación de mi oscura sangre, vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el *aleph*, desde todos los puntos, vi en

el *aleph* la tierra, y en la tierra otra vez el *aleph* y en el *aleph* la tierra, vi mi cara y mis visceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible Universo.

»Sentí infinita veneración, infinita lástima.

»—Tarumba habrás quedado de tanto curiosear donde no te llaman —dijo una voz aborrecida y jovial—. Aunque te devanes los sesos, no me pagarás en un siglo esta revelación. ¡Qué observatorio formidable, che, Borges!

»Los pies de Carlos Argentino ocupaban el escalón más alto. En una brusca penumbra, acerté a levantarme y a balbucir:

»—Formidable. Sí, formidable.

»La indiferencia de mi voz me extrañó. Ansioso, Carlos Argentino insistía:

»—¿Lo viste todo bien, en colores?

»En ese instante concebí mi venganza. Benévolamente apiadado, nervioso, evasivo, agradecí a Carlos Argentino Daneri la hospitalidad de su sótano y le insté a aprovechar la demolición de la casa para alejarse de la perniciosa metrópoli, que a nadie, ¡créame, que a nadie!, perdona. Me negué, con suave energía, a discutir el *aleph*; lo abracé, al despedirme, y le repetí que el campo y la serenidad son dos grandes médicos.

»En la calle, en las escaleras de Constitución, en el

subterráneo, me parecieron familiares todas las caras. Temí que no quedara una sola cosa capaz de sorprenderme, temí que no me abandonara jamás la impresión de volver. Felizmente, al cabo de unas noches de insomnio, me trabajó otra vez el olvido.»

«*Posdata del primero de marzo de 1934.* A los seis meses de la demolición del inmueble de la calle Garay, la "Editorial Procusto" no se dejó arredrar por la longitud del considerable poema y lanzó al mercado una selección de "trozos argentinos". Huelga repetir lo ocurrido: Carlos Argentino Daneri recibió el Segundo Premio Nacional de Literatura.¹ El primero fue otorgado al doctor Aita; el tercero, al doctor Mario Bonfanti; increíblemente, mi obra *Los naipes del tahúr* no logró un solo voto. ¡Una vez más, triunfaron la incomprendión y la envidia! Hace ya mucho tiempo que no consigo ver a Daneri; los diarios dicen que pronto nos dará otro volumen. Su afortunada pluma (no entorpecida ya por el *aleph*) se ha consagrado a versificar los epítomes del doctor Acevedo Díaz.

»Dos observaciones quiero agregar: una sobre la naturaleza del *aleph*; otra, sobre su nombre. Éste, como es sabido, es de la primera letra del alfabeto de la lengua sagrada. Su aplicación al círculo de mi historia no parece casual. Para la Cabala, esa letra significa el En Soph, la ilimitada y pura divinidad: también se dijo que tiene la forma de un hombre que señala el cielo y la Tierra, para indicar que el mundo es el espejo y es el mapa del Superior; para la Mengenlebre, es el símbolo de los nú1". «Recibí tu apenada congratulación», me escribió: «Bufas, mi lamentable amigo, de envidia, pero confesarás —¡aunque te ahogue!— que esta vez pude coronar mi bonete con la más roja de las plumas, mi turbante, con el más califa de los rubíes.»

meros transfinitos, en los que el todo no es mayor que alguna de las partes. Yo querría saber: ¿Elegió Carlos Argentino ese nombre, o lo leyó, *aplicado a otro punto donde convergen todos los puntos*, en alguno de los textos innumerables que el *aleph* de su casa le reveló? Por increíble que parezca, yo creo que hay (o que hubo) otro *aleph*, yo creo que el *aleph* de la calle Garay era un falso *aleph*.

»Doy mis razones. Hacia el 1867, el capitán Burton ejerció en el Brasil el cargo de cónsul británico; en julio de 1942 Pedro Enríquez Ureña descubrió en una biblioteca de Santos un manuscrito suyo que versaba sobre el espejo que atribuye el Oriente a Iskandar Zu al-Karnayn, o Alejandro Bicorne de Macedonia. En su cristal se reflejaba el Universo entero. Burton menciona otros artificios congéneres —la séptuple copa de Kai Josrú, el espejo que Tárik Benzeyad encontró en una torre (*1001 Noches*, 272), el espejo que Luciano de Samosata pudo examinar en la luna (*Historia verdadera*, 1,26), la lanza especular que el primer libro del *Satyricon* de Capella atribuye a Júpiter, el espejo universal del Merlín, "redondo y hueco y semejante a un mundo de vidrio" (*The Faeric Queene*, III, 2,19)— y añade estas curiosas palabras: "Pero los anteriores (además del defecto de no existir) son meros instrumentos de óptica. Los fieles que concurren a la mezquita de Amr, en El Cairo, saben muy bien que el Universo está en el interior de una de las columnas de piedra que rodean el patio central... Nadie, claro está, puede verlo, pero quienes acercan el oído a la superficie, declaran percibir, al poco tiempo, su atareado rumor... La mezquita data del siglo VII; las columnas proceden de otros templos de religiones anteislámicas, pues como ha descrito Abenjaldún: "*En las repúblicas fundadas por nómadas, es indispensable el concurso de forasteros para todo lo que sea albañilería.*"

»¿Existe ese *aleph* en lo íntimo de una piedra? ¿Lo he visto cuando vi todas las cosas y lo he olvidado? Nuestra mente es porosa para el olvido; ya mismo estoy falseando y perdiendo, bajo la trágica erosión de los años, los rasgos de Beatriz.»

X

DESVARÍO SOBRE LOS MUTANTES

El niño astrónomo. — Un acceso de fiebre de la inteligencia. — Teoría de las mutaciones.

— *El mito de los Grandes Superiores. — Los Mutantes entre nosotros. — Del Horla a Leonard Euler. — ¿ Una sociedad invisible de Mutantes? — Nacimiento del ser colectivo.*
— *El amor a lo que vive.*

En el transcurso del invierno de 1956, el doctor J. Ford Thompson, psiquiatra del servicio de educación de Wolverhampton, recibió en su gabinete a un muchachito de siete años que preocupaba a sus padres y a su preceptor.

«Evidentemente, no tenía a su disposición las obras de los especialistas —escribe el doctor Thompson—. Y, si las hubiese tenido, ¿habría podido siquiera leerlas? Sin embargo, conocía las respuestas justas a problemas de astronomía de extremada complejidad.»

Impresionado por el examen de este caso, el doctor resolvió investigar sobre el nivel de inteligencia de los escolares y comenzó el examen de cinco mil niños en toda Inglaterra, con la ayuda del «Consejo Británico de Investigaciones Médicas», de los médicos de Harwell y de numerosos profesores de universidades. Después de dieciocho meses de trabajos, le pareció evidente que se producía «un brusco acceso de fiebre de la inteligencia».

«De los últimos noventa niños de siete a nueve años que interrogamos, veintiséis tenían un cociente intelectual de ciento cuarenta, lo que equivale al genio, o poco menos. Creo —prosigue el doctor Thompson— que el estroncio noventa, producto radiactivo

que penetra en el cuerpo, puede ser responsable de ello. Este producto no existía antes de la primera explosión atómica.»

Dos sabios americanos, C. Brooke Worth y Robert K. Enders, en una importante obra titulada *The Nature of Living Things*, creen poder demostrar que la agrupación de los genes sufre actualmente una perturbación y que, por el efecto de influencias todavía misteriosas, está apareciendo una nueva raza de hombres, dotada de poderes intelectuales superiores. Se trata, naturalmente, de una tesis que hay que acoger con reservas. Sin embargo, Lewis Terman, después de haber estudiado durante treinta años a los niños prodigo, llega a las siguientes conclusiones:

«La mayoría de los niños prodigo perdían su cualidad al pasar a la edad adulta. Ahora parece que se convierten en adultos superiores, con una inteligencia sin parangón posible con los humanos de tipo corriente. Tienen una actividad treinta veces mayor que un hombre normal bien dotado. Su "índice de logros" está multiplicado por veinticinco. Su salud es perfecta, así como su equilibrio sentimental y sexual. En fin, se libran de las enfermedades psicosomáticas y, particularmente, del cáncer.» ¿Es esto cierto? Lo seguro es que asistimos a una aceleración progresiva, en el mundo entero, de las facultades mentales, en correspondencia, por lo demás, con las facultades físicas. El fenómeno es tan claro, que otro sabio americano, el doctor Sydney

Pressey, de la Universidad de Ohio, acaba de formular un plan para la instrucción de los niños precoces, capaz, según él, de proporcionar trescientas mil altas inteligencias por año.

¿Se trata de una mutación en la especie humana? ¿Asistimos a la aparición de seres que se nos parecen exteriormente y que son, sin embargo, distintos? Éste es el formidable problema que vamos a estudiar. Lo cierto es que asistimos al nacimiento de un mito: el del mutante. El nacimiento de este mito, en nuestra civilización técnica y científica, no puede carecer de significación y de valor dinámico.

Antes de abordar este tema, conviene observar que el acceso febril de la inteligencia, comprobado entre los niños, trae consigo la idea sencilla, práctica, razonable, de un mejoramiento progresivo de la especie humana por la técnica. La técnica deportiva moderna ha demostrado que el hombre posee recursos físicos que aún están lejos de agotarse. Los experimentos en curso sobre el comportamiento del cuerpo humano dentro de los cohetes interplanetarios han revelado una resistencia insospechada. Los supervivientes de los campos de concentración pudieron medir la extrema posibilidad de defensa de la vida y descubrir recursos considerables en la acción recíproca de lo psíquico y lo físico. En fin, en lo que atañe a la inteligencia, el próximo descubrimiento de técnicas mentales y productos químicos capaces de activar la memoria, de reducir a poco más que nada el esfuerzo de aquélla, nos abre perspectivas extraordinarias. Los principios de la ciencia no son en modo alguno inaccesibles a un espíritu normal. Si se descarga al cerebro del estudiante del enorme esfuerzo de memoria que debe realizar será totalmente posible enseñar la estructura del núcleo y de la tabla periódica

de los elementos a los alumnos de segunda enseñanza y hacer comprender la relatividad y los quanta a un bachiller. Por otra parte, cuando los principios de la ciencia se propaguen de una manera masiva por todos los países, cuando se centuplicue el número de los investigadores, la multiplicación de las ideas nuevas, su mutua fecundación, sus relaciones multiplicadas, producirán el mismo efecto que un aumento en el número de genios. Mejor aún, pues el genio es a menudo inestable y antisocial. Es probable, por lo demás, que una ciencia nueva, la teoría general de la información, permita en fecha próxima precisar cuantitativamente la idea que exponemos aquí de un modo cualitativo. Repartiendo equitativamente entre los hombres los conocimientos que ya posee la Humanidad, y

fomentados los intercambios de manera que produzcan combinaciones nuevas, se aumentará el potencial intelectual de la sociedad humana con la misma rapidez y seguridad que si multiplicamos el número de genios.

Esta visión debe ser mantenida paralelamente a la visión más fantástica del mutante.

Nuestro amigo Charles Noël Martin, en una extraordinaria comunicación, reveló los efectos acumulativos de las explosiones atómicas. Las radiaciones producidas en el curso de los experimentos desarrollan sus efectos en proporción geométrica. La especie humana se arriesgaría, pues, a ser víctima de mutaciones desfavorables. Además, desde hace cincuenta años el radio se utiliza en todo el mundo sin un serio control. Los rayos X y ciertos productos químicos radiactivos se explotan en múltiples industrias. ¿En qué proporción y cómo afecta esta radiación al hombre moderno? Nada sabemos del sistema de las mutaciones. ¿No podrían producirse así mutaciones desfavorables? Al hacer uso

de la palabra en una conferencia atómica de Ginebra, Sir Ernest Rock Carling, patólogo al servicio del Home Office, declaró: «Así podemos esperar que, en una proporción limitada de casos, estas mutaciones produzcan un efecto favorable y creen un niño genial. Aun a riesgo de provocar la extrañeza de la honorable concurrencia, afirmo que la mutación que nos dará un Aristóteles, un Leonardo da Vinci, un Newton, un Pasteur o un Einstein, compensará sobradamente los efectos menos afortunados en los otros noventa y nueve casos.»

Ante todo, una palabra sobre la teoría de las mutaciones.

A finales de siglo, A. Weismann y Hugo de Vries renovaron la idea que se tenía de la evolución. El átomo, cuya realidad empezaba a descubrirse en el campo de la física, se había puesto de moda. Aquéllos descubrieron «el átomo de herencia» y lo localizaron en los cromosomas. La nueva ciencia de genética así creada actualizó los trabajos realizados en la segunda mitad del siglo XIX por el monje checo Gregor Mendel. Hoy parece indiscutible que la herencia es transformada por los genes. Éstos están fuertemente protegidos contra el medio exterior. Sin embargo, parece que las radiaciones atómicas, los rayos cósmicos y ciertos venenos violentos, como la colquicina, pueden alcanzarlo o hacer doblar el número de cromosomas. Se ha observado que la frecuencia de las mutaciones es proporcional a la intensidad de la radiactividad. Ahora bien, la radiactividad es hoy treinta y cinco veces superior a lo que era a principios de siglo. Luria y Debruck, en 1943, y Demerec, en 1945, nos proporcionaron ejemplos precisos de selección entre las bacterias por mutación genética por efecto de los antibióticos. En estos trabajos, vemos cómo se opera la mutación-selección tal como la había

imaginado Darwin. Los adversarios de la tesis de Lamarck, Mitchurin y Lissenko, sobre la herencia de los caracteres adquiridos, parecen, pues, tener razón. Pero, ¿se puede generalizar pasando de las bacterias a las plantas, a los animales y al hombre? No nos parece dudoso. ¿Existe un control de mutaciones genéticas en la especie humana? Sí. He aquí un caso cierto:

Este caso está sacado de los archivos del hospital especial inglés de enfermedades infantiles, de Londres. El doctor Louis Wolf, director de este hospital, calcula que nacen en Inglaterra treinta mutantes fenilcetonícos por año. Estos mutantes poseen genes que no producen en la sangre determinados fermentos que actúan en la sangre normal. Un mutante fenilcetónico es incapaz de disociar la fenilalanina. Esta incapacidad hace al niño vulnerable a la epilepsia y al eccema, provoca en él una coloración gris cenicienta del cabello y hace al adulto propenso a las enfermedades mentales. Cierta raza fenilcetónica, al margen de la raza humana normal, vive, pues, entre nosotros... Aquí se trata de una mutación

desfavorable: pero, ¿por qué negar la posibilidad de mutaciones favorables? Los mutantes podrían tener en su sangre productos susceptibles de mejorar su equilibrio físico y de aumentar su coeficiente de inteligencia muy por encima del nuestro. Podrían llevar en sus venas sedantes naturales que los pusieran al abrigo de los choques psíquicos de la vida social y de los complejos de angustia. Formarían, pues, una raza diferente de la humana y superior a ella. Psiquiatras y médicos observan lo que funciona mal. ¿Cómo observar lo que funciona más que bien?

En el orden de mutaciones hay que distinguir varios aspectos. La mutación celular que alcanza a los genes, que no tiene descendencia, nos es conocida en su forma desfavorable: el cáncer, la leucemia, son mutaciones celiáres. ¿Hasta qué punto se podrían producir mutaciones celulares favorables, generalizadas en todo el organismo? Los místicos nos hablan de la aparición de una «carne nueva», de una «transfiguración».

La mutación genética desfavorable (caso de los fenilcetonicos) empieza también a sernos conocida. ¿En qué medida podría producirse una mutación favorable?

También aquí cabe distinguir dos aspectos del fenómeno, o, mejor, dos interpretaciones:

1.º Esta mutación, esta aparición de otra raza podría deberse a la casualidad. La radiactividad, entre otras causas, podría originar la modificación de los genes de ciertos individuos. La proteína del gen, ligeramente afectada, dejaría de producir, por ejemplo, ciertos ácidos que son causa de la angustia. Entonces veríamos aparecer otra raza: la raza del hombre tranquilo, del hombre que no teme a nada, que no experimenta nada negativo; que va a la guerra tranquilamente, que mata sin inquietud, que goza sin complejos, una especie de autómata sin ninguna clase de temor interior. No es imposible que asistamos a la aparición de esta raza.

2.º La mutación genética no se debería a la casualidad. Sería dirigida. Iría en el sentido de una asunción espiritual de la Humanidad. Sería el paso de un nivel superior. Los efectos de la radiactividad responderían a una voluntad dirigida hacia lo alto. Las modificaciones que evocábamos hace un instante no serían nada comparadas con lo que espera a la especie humana, sólo un ligero atisbo de los cambios venideros. La proteína del gen se vería afectada en su estructura total, y veríamos nacer una raza cuyo pensamiento estaría profundamente transformado, una raza capaz de dominar el tiempo y el espacio y de situar toda operación intelectual más allá del infinito. Hay, entre la primera y la segunda idea, la misma diferencia que entre el acero

templado y el acero sutilmente transformado en banda magnética.

Esta última idea, creadora de un mito moderno del que se ha apoderado la ciencia ficción, se halla curiosamente inscrita en todas las hojas de la espiritualidad contemporánea. Del lado de los luciferinos, hemos visto a Hitler creyendo en la existencia de los Grandes Superiores, y le hemos oído gritar:

«Voy a revelarlos el secreto: la mutación de la raza humana ha empezado ya: existen seres sobrehumanos.» Del lado del hinduismo renovado, el maestro del Ashram de Pondichery, uno de los más grandes pensadores de la nueva India, Sri Aurobindo Ghose, fundó su filosofía y sus comentarios de los textos sagrados sobre la certeza de una evolución ascendente de la Humanidad, realizándose por mutaciones.

Entre otras cosas, escribió: «La venida a esta tierra de una raza humana nueva —por prodigioso o milagroso que pueda parecer el fenómeno— puede convertirse en una cosa de práctica actualidad.» En fin, en el seno de un catolicismo abierto a la reflexión científica, Teilhard de Chardin afirmó que creía «en una derivación capaz de llevarnos hacia alguna forma Ultrahumana».

Peregrino del camino de lo extraño, más sensible que nadie al paso de corrientes de ideas inquietantes, testigo más que creador, pero testigo hiperlúcido de las aventuras extremas de la inteligencia moderna, el escritor André Bretón, padre del Surrealismo, no vaciló en escribir, en 1942:

«El hombre no es tal vez el centro, el punto de mira del Universo. Se puede llegar a creer que existen por encima de él, en la escala animal, seres cuyo comportamiento le es tan ajeno como puede ser el suyo al insecto o a la ballena. Nada se opone necesariamente a que otros seres escapen de modo perfecto a su sistema sensorial de referencias, gracias a un disfraz de la Naturaleza que se quiera, pero cuya posibilidad se desprende de la teoría de la forma y del estudio de los animales miméticos. No hay duda de que s.e ofrece a esta idea un gran campo de especulación, aunque aquélla tiende a colocar al hombre en las modestas condiciones de interpretación de su propio Universo propias del niño que se complace en imaginar una hormiga subterránea cuando acaba de aplastar con el pie un hormiguero. Considerando las perturbaciones del tipo ciclón en que el hombre no puede ser más que víctima o testigo, o del tipo guerra, respecto al cual se ofrecen nociones notoriamente insuficientes, no sería imposible, en el curso de una vasta obra que debería presidir siempre la inducción más atrevida llegar a hacer verosímiles la estructura y la complejión de tales seres hipotéticos, que se manifiestan oscuramente en nosotros por el miedo y el sentimiento del azar.

»Creo que tengo que hacer notar que no me aparto sensiblemente del testimonio de Novalis: *Vivimos en realidad en un animal del que somos parásitos. La constitución de este animal determina la nuestra, y viceversa, y que no hago más que mostrarme de acuerdo con la idea de William James: Quién sabe si no tenemos únicamente, en la Naturaleza, un pequeño lugar junto a seres por nosotros insospechados y distintos de los gatos y los perros que viven a nuestro lado en nuestras casas.* Tampoco todos los sabios contradicen esta opinión: *Acaso a nuestro alrededor circulan seres creados en el mismo plano que nosotros, pero diferentes; hombres, por ejemplo, cuyas albúminas son rectas.* Así habla Emile Declaux, antiguo director del Instituto Pasteur.

»¿Un mito nuevo? ¿Hay que convencer a esos seres de que no son más que un espejismo, o hay que darles ocasión de manifestarse?»

¿Existen entre nosotros seres exteriormente parecidos a nosotros, pero cuyo comportamiento nos sería tan extraño «como el del insecto o de la ballena»? El sentido común responde que lo sabríamos, que si unos individuos superiores viviesen entre nosotros, tendríamos que verlos.

En nuestra opinión, John W. Campbell destruyó este argumento del sentido común en un editorial de la revista *Astounding Science Fiction*, publicado en 1941:

«Nadie va a visitar a su médico para decirle que se encuentra magníficamente. Nadie va a ver al psiquiatra para decirle que la vida es un juego fácil y delicioso. Nadie llama a la puerta de un psicoanalista para declararle que no padece ningún complejo. Las mutaciones desfavorables pueden observarse. Pero, ¿y las favorables?»

Sin embargo, objeta el sentido común, los mutantes superiores se harían notar por su prodigiosa actividad

intelectual.

De ningún modo, responde Campbell. Un hombre genial perteneciente a nuestra especie, un Einstein, por ejemplo, publica los frutos de sus trabajos. Se hace notar. Y esto le vale muchas preocupaciones, hostilidad, incomprendición, amenazas y el destierro. Einstein, al final de su vida, declara: «Si lo hubiese sabido, me habría hecho fontanero.» Por encima de Einstein, el mutante es lo bastante inteligente para ocultarse. Guarda para sí sus descubrimientos. Vive una vida lo más discreta posible, tratando simplemente de mantener contacto con otras inteligencias de su especie. Algunas horas de trabajo a la semana le

bastan para subvenir a sus necesidades, y dedica el resto de su tiempo a actividades de las que no tenemos la menor idea.

La hipótesis es seductora. No es en modo alguno comprobable, en el estado actual de la ciencia. Ningún

examen anatómico puede aportar información sobre la inteligencia. Anatole France tenía un cerebro anormalmente ligero. No hay, en fin, ninguna *razón* para hacer la autopsia a un mutante, salvo en caso de accidente. ¿Y cómo descubrir entonces una mutación que afectase a las células del cerebro? Por consiguiente, no es una locura absoluta admitir como posible la existencia de Superiores entre nosotros. Si las mutaciones se rigen sólo por la casualidad, ha habido probablemente algunas favorables. Si se rigen por una fuerza natural organizada, si corresponden a una voluntad de ascensión del ser vivo, como lo creía, por ejemplo, Sri Aurobindo Ghose, debe de haber todavía muchas más. Nuestros sucesores estarían ya aquí.

Todo induce a creer que se nos parecen, o mejor, que nada nos permite distinguirlos. Ciertos autores de ciencia ficción atribuyen naturalmente a los imitantes ciertas particularidades anatómicas. Van Vogt, en su célebre obra *Á la Poursuite des Slans*, imagina que sus cabellos tienen una estructura singular: una especie de antenas que sirven para las comunicaciones telepáticas, y sobre ello construye una bella y terrible historia de la caza de los Superiores, inspirada en la persecución de los judíos. Pero es el caso que los novelistas añaden cosas a la naturaleza para simplificar los problemas.

Si existe la telepatía, sin duda no se transmite por medio de ondas ni tiene en modo alguno necesidad de antenas. Si creemos en una evolución dirigida, habrá que admitir que el mutante dispone de medios de disfraz casi perfectos, para su propia protección. Es frecuente, en el reino animal, ver al ladrón engañado por las presas «disfrazadas» de hojas muertas, de ramitas y aun de excrementos, con una perfección asombrosa. La «malicia» de las especies suculentas llega incluso, en algunos casos, a imitar el color de las especies no comestibles. Como dice muy bien André Bretón, que presente entre nosotros a los «Grandes Transparentes», es posible que estos seres escapasen a nuestra observación «gracias a un disfraz de la naturaleza que quiera imaginarse, pero cuya posibilidad nos sugiere la misma teoría de la forma y el estudio de los animales miméticos».

«¡El hombre nuevo vive en medio de nosotros! ¡Está aquí! ¿Basta con ello? Voy a decirle un secreto: yo he visto al hombre nuevo. ¡Es intrépido y cruel! ¡He sentido miedo delante de él!» aulla Hitler, tembloroso.

Otro espíritu atenazado por el terror, asaltado por la locura: Maupassant, lívido y sudoroso, escribe precipitadamente uno de los textos más inquietantes de la literatura francesa: *Le Horla*.

«Ahora sé, adivino. El reino del hombre ha terminado. Ha venido Aquel que provoca los primeros terrores de los pueblos ingenuos. Aquel a quien exorcizaban los sacerdotes inquietos, el que evocan los brujos en las noches sombrías, sin verle aparecer aún, y a quien los presentimientos de los maestros efímeros del mundo prestaron todas las formas monstruosas o graciosas de los gnomos, de los espíritus, de los genios, de las hadas, de los duendes. Después de los groseros conceptos de los miedos primitivos, los hombres más perspicaces lo han presentido claramente. Mesmer lo había adivinado, y los médicos, desde hace ya diez años, han descubierto la naturaleza de su poder antes de que él mismo lo ejerciera. Han jugado con esta arma del nuevo Señor, el dominio de poderes misteriosos sobre el alma humana, convertida en esclava. Lo han llamado magnetismo, hipnosis, sugerición... ¡qué sé yo! ¡Les he visto divertirse como niños imprudentes con este horrible poder! ¡Desdichados de nosotros! ¡Desdichado del hombre! Ha llegado él..., él... ¿Cómo se

llama...? El... Me parece que está gritando su nombre, y no lo entiendo... El..., sí, lo grita..., escucho...,

no puedo..., repite..., el... Horla..., lo he oído..., el Horla... Es él..., el Horla... ¡ha llegado!» En su interpretación balbuciente de esta visión llena de maravilla y de horror, Maupassant, hombre de su época, atribuye al mutante poderes hipnóticos. La literatura moderna de ciencia ficción, más próxima a los trabajos de Rhine, de Soal, de Mac Connell, que a los de Charcot, presta a los mutantes poderes «parapsicológicos»: la telepatía, la telequinesia. Otros autores van todavía más lejos y nos muestran al Superior flotando en el aire o filtrándose por las paredes: aquí ya no hay más que fantasía, ecos placenteros de los arquetipos de los cuentos de hadas. De igual modo que la isla de los mutantes, o la galaxia de los mutantes, corresponde al antiguo sueño de las Islas Afortunadas, los poderes paranormales corresponden al arquetipo de los dioses griegos. Pero si nos colocamos en el plano de lo real nos damos cuenta de que todos estos poderes serían completamente inútiles a los seres vivos en una civilización moderna. ¿Para qué la telepatía cuando disponemos de la radio? ¿Para qué la telequinesia cuando existe el avión? Si existe el mutante, cosa que nos sentimos inclinados a creer, éste dispone de un poder muy superior a todo lo que la imaginación puede soñar. Un poder que el hombre ordinario apenas explota: dispone de la inteligencia.

Nuestras acciones son irracionales, y la inteligencia sólo contribuye en una pequeña parte a nuestras decisiones. Cabe imaginar el Ultrahumano, nuevo peldaño de la vida del planeta, como un ser racional y no solamente razonador, un ser dotado de una inteligencia objetiva permanente que no toma ninguna decisión más que después de observar lúcidamente, completamente, la masa de información que posee. Un ser cuyo sistema nervioso sería una fortaleza capaz de resistir cualquier asalto de los impulsos negativos. Un ser de cerebro frío

y rápido, dotado de una memoria total, infalible. Si el mutante existe es probablemente un ser que físicamente se parece al hombre, pero que difiere de él radicalmente por el simple hecho de que domina su inteligencia y la emplea sin un momento de descanso. Esta visión parece sencilla. Sin embargo, es más fantástica que todo lo que nos sugiere la literatura de ciencia ficción. Los biólogos empiezan a entrever las modificaciones químicas que serían necesarias para la creación de esta especie nueva. Los experimentos sobre los sedantes, sobre el ácido lisérgico y sus derivados, han demostrado que bastaría con una débilísima dosis de ciertos compuestos orgánicos todavía desconocidos para protegernos contra la permeabilidad excesiva de nuestro sistema nervioso y permitirnos ejercitarnos en toda ocasión una inteligencia objetiva. Asimismo existen mutantes fenilcetonícos cuya química está peor adaptada a la vida que la nuestra, en este mundo en transformación. Los mutantes cuyas glándulas segregan espontáneamente sedantes y sustancias fomentadoras de la actividad cerebral, serán los nuncios de la especie llamada a remplazar al hombre. Su lugar de residencia no sería una isla misteriosa ni un planeta prohibido. La vida ha sido capaz de crear seres adaptados a los abismos submarinos o a la atmósfera enrarecida de las más altas cumbres. También es capaz de crear el ser ultrahumano, para el cual la morada ideal es Metrópolis, «la tierra humeante de fábricas, la tierra trepidante de negocios, la tierra vibrante con cien radiaciones nuevas...».

La vida no está jamás perfectamente adaptada, pero tiende a la adaptación perfecta. ¿Por qué aflojaría esta tensión después de haber sido creado el hombre? ¿Por qué no ha de preparar algo mejor que el hombre, valiéndose del hombre mismo? Y este hombre según el hombre, tal vez ha nacido ya. «La vida —dice el doctor

Loren Eiseley— es un gran río soñador que se filtra por todas las aberturas, cambiando y adaptándose a medida que avanza.»¹ Su aparente estabilidad es una ilusión engendrada por

la misma brevedad de nuestros días. No vemos a la saeta de las horas cómo da la vuelta a la esfera: de la misma manera, no vemos cómo una forma de vida entra en otra.

Este libro tiene por objeto exponer hechos e inspirar hipótesis, no promover cultos. No pretendemos conocer a los mutantes. Sin embargo, si admitimos la idea de que el mutante perfecto está perfectamente disfrazado, tendremos que admitir también la idea de que la Naturaleza fracasa a veces en su esfuerzo de creación ascensional y pone en circulación mutantes imperfectos, que son visibles.

En este mutante imperfecto, unas cualidades mentales excepcionales se mezclan con defectos físicos. Tal es el caso, por ejemplo, de numerosos calculadores prodigo. El mejor especialista en la materia, el profesor Robert Tocquet, declara: «Muchos calculadores fueron en un principio considerados como muchachos atrasados. El calculador prodigo belga Osear Verhaeghe se expresaba, a los diecisiete años, como un niño de dos. Además, ya hemos dicho que Zerah Colburn presentaba un signo de degeneración: un dedo suplementario en cada miembro. Otro calculador prodigo, Prolongeau, nació sin brazos ni piernas. Mondeux era histérico... Osear Verhaeghe, nacido el 16 de abril en Busval, Bélgica, en el seno de una familia de modestos funcionarios, pertenece al grupo de calculadores cuya inteligencia está muy por encima de la media. La elevación a potencias diversas de números iguales es una de

1. *New York Herald Tribune*, 23 de noviembre de 1959.

sus especialidades. Así, por ejemplo, eleva al cuadrado el número 888.888.888.888.888 en cuarenta segundos, y a la quinta potencia el número 9.999.999 en sesenta segundos, con un resultado de treinta y cinco guarismos...»

¿Degenerados o mutantes fracasados?

He aquí, tal vez, un caso de mutante completo: el de Leonard Euler, que estaba en relaciones con Roger Boscovich,¹ cuya historia hemos relatado en el capítulo anterior.

Leonard Euler (1707-1783) es generalmente tenido por uno de los más grandes matemáticos de todos los tiempos. Pero esta calificación es demasiado estrecha para dar cuenta de las cualidades sobrehumanas de su espíritu. Hojeaba las obras más complejas en unos instantes y podía recitar completamente *todos* los libros que habían pasado por sus manos desde que aprendiera a leer. Conocía a fondo la física, la química, la zoología, la botánica, la geología, la medicina, la historia y las literaturas griega y latina. Nadie, en su tiempo, logró igualarle en ninguna de estas disciplinas. Poseía la facultad de aislarse totalmente, a voluntad, del mundo exterior, y de proseguir un razonamiento pasara lo que pasara. Perdió la vista en 1766, pero esto no le afectó en nada. Uno de sus alumnos refirió que, a raíz de una discusión sobre un cálculo que comprendía diecisiete decimales, se produjo un desacuerdo en el momento de establecer el decimoquinto. Entonces rehizo el cálculo, con los ojos cerrados, en una fracción de segundo. Veía relaciones y enlaces que escapaban al resto de la Humanidad culta e inteligente. Así fue cómo encontró ideas matemáticas nuevas y revolucionarias en los poemas de

1. A principios de 1959, se publicó en la URSS el «Diario» del padre de la astronáutica, Ziólkovskiy. Éste escribía que había tomado la mayoría de sus ideas de los trabajos de Boscovich.

Virgilio. Era un hombre sencillo y modesto, y todos sus contemporáneos se muestran de acuerdo en que su principal preocupación era pasar inadvertido. Euler y Boscovich vivieron en una época en que se honraba a los sabios, en que no corrían el riesgo de verse envenenados por las ideas políticas u obligados por el Gobierno a fabricar armas. Si hubiese

vivido en nuestro siglo, tal vez se habrían organizado para «disimularse» enteramente. Tal vez hoy existen otros Euler o Boscovich. Tal vez hay mutantes inteligentes y racionales, provistos de una memoria absoluta y de una inteligencia constantemente despierta, que se codean con nosotros, disfrazados de maestros de pueblo o de agentes de seguros.

Estos mutantes, ¿forman una sociedad invisible? Ningún ser humano vive solo. Sólo puede desarrollarse en el seno de una sociedad. La sociedad humana que conocemos ha demostrado más que sobradamente su hostilidad a la ciencia objetiva y a la imaginación libre: Giordano Bruno, quemado; Einstein, desterrado; Oppenheimer, vigilado. Si existen mutantes que respondan a nuestra descripción, todo induce a pensar que trabajan y se comunican entre ellos en el seno de una sociedad superpuesta a la nuestra y que sin duda se halla extendida por el mundo entero. Que se comuniquen empleando medios psíquicos superiores, como telepatía, nos parece una hipótesis infantil. Más próxima a lo real, y, por tanto, más fantástica, nos parece la hipótesis según la cual se servirían de comunicaciones normales humanas para transmitirse mensajes e informaciones para su uso exclusivo. La teoría general de la información y la semántica demuestran bastante bien que es posible redactar textos de doble, triple o cuádruple sentido. Existen textos chinos con siete significaciones, metidas unas dentro de otras. Un héroe de la novela de Van Vogt, *A la Poursuite des Slans*, descubre la existencia de otros mutantes leyendo el periódico y descifrando artículos de apariencia vulgar. Una red tal de comunicaciones en el seno de nuestra literatura, de nuestra Prensa, etc., resulta inconcebible. El *New York Herald Tribune* publicó, el 15 de marzo de 1958, un estudio de su corresponsal en Londres, sobre una serie de mensajes enigmáticos aparecidos en los pequeños anuncios del *Times*. Estos mensajes habían llamado la atención de los especialistas de la criptografía y de varios cuerpos de Policía, porque tenían, evidentemente, un doble sentido. Pero este sentido había escapado a todos los esfuerzos hechos para descifrarlo. Existen sin duda medios de comunicación todavía menos manifiestos. Tal novela de cuarta categoría, tal obra técnica, tal libro de filosofía famoso, trasladan secretamente estudios complejos, mensajes dirigidos a inteligencias superiores, tan diferentes de la nuestra, como lo es ésta de la de un gorila.

Louis de Broglie escribe:¹ «No debemos jamás olvidar lo muy limitados que siguen siendo nuestros conocimientos y de cuántas evoluciones imprevistas son susceptibles. Si la civilización humana subsiste, la física podrá ser dentro de unos siglos tan diferente de la nuestra como lo es ésta de la física de Aristóteles. Tal vez los conceptos ampliados a que lleguemos entonces nos permitirán englobar en una misma síntesis, donde todo encontrará su lugar, el conjunto de los fenómenos físicos y biológicos. *Si el pensamiento humano, eventualmente hecho más poderoso por alguna mutación biológica, se elevase un día hasta allá, percibiría entonces en su verdadera luz, que sin duda no sospechamos*

1. Véase *Nouvelles Littéraires*, 2 de marzo de 1950, artículo titulado «¿Qué es la vida?».

siquiera ahora, la unidad de los fenómenos que distinguimos con la ayuda de los adjetivos «físicoquímico», «biológico» e incluso «psíquico».

¿Y si esta mutación se hubiese ya producido? Uno de los más grandes biólogos franceses, Morand, inventor de los «tranquilizantes», admite que los mutantes han aparecido a lo largo de toda la historia de la Humanidad:¹ «Los mutantes se llamaron, entre otros, Mahoma, Confucio...» Pueden existir muchos más. No es en modo alguno inconcebible que, en la época evolutiva en que nos hallamos, los mutantes consideren inútil ofrecerse como ejemplo o predicar alguna forma nueva de religión. En la actualidad, hay algo mejor que hacer que dirigirse al individuo. No es indispensable que consideren

necesario y benéfico el paso de nuestra Humanidad a la colectivización. No es, en fin, inverosímil que consideren deseables nuestros dolores del parto, e incluso cualquier gran catástrofe capaz de apresurar el conocimiento de la tragedia espiritual que constituye el fenómeno humano en su totalidad. Para obrar, para que se precise el rumbo que acaso nos lleva a todos a alguna forma ultrahumana que ellos conocen, tal vez les es necesario permanecer ocultos, mantener en secreto la coexistencia, mientras se está forjando, a despecho de las apariencias y tal vez gracias a su presencia, el alma nueva de un mundo nuevo, al que nosotros llamamos con toda la fuerza de nuestro amor.

Henos aquí en las fronteras de lo imaginario. Tenemos que detenernos. Sólo queremos indicar el mayor número posible de hipótesis no irrazonables. Sin duda habrá que rechazar muchas de ellas. Pero si algunas han

abierto a la investigación puertas hasta ahora disimuladas, no habremos trabajado en vano; no nos habremos expuesto inútilmente al riesgo del ridículo. «El secreto de la vida puede ser encontrado. Si se me presenta la ocasión, no la dejaría escapar por miedo a las burlas.»¹ Toda reflexión sobre los mutantes desemboca en un sueño sobre la evolución, sobre los destinos de la vida y del hombre. ¿Qué es el tiempo, a la escala cósmica en que hay que situar la historia de la Tierra? ¿No ha comenzado el porvenir, si puedo expresarme así, en la eternidad? Tal vez, en la aparición de los mutantes, ocurre todo como si la sociedad humana fuese alcanzada a veces por una resaca del futuro, visitada por testigos del conocimiento venidero. ¿No serán los mutantes la memoria del futuro de la cual está tal vez dotado el gran cerebro de la Humanidad?

Otra cosa: la idea de mutación favorable está evidentemente ligada a la idea del progreso. La hipótesis de una mutación puede ser llevada al plano científico más positivo. Es absolutamente cierto que las regiones más recientemente conquistadas por la evolución, y las menos especializadas, es decir, las zonas silenciosas de la materia cerebral, maduran las últimas. Algunos neurólogos piensan, con razón, que existen allí otras posibilidades que el porvenir de la especie nos revelará. El individuo, dotado de posibilidades diferentes. Una individualización superior. Y, sin embargo, el porvenir de las sociedades nos parece bien orientado hacia un creciente colectivismo. ¿Es esto contradictorio? No lo creemos así. A nuestro entender, la existencia no es contradicción, sino algo que se complementa y sobrepase.

El biólogo Morand escribe, en una carta a su amigo

1. P. Morand y H. Laborit, *Les Destins de la vie de l'homme*, Masson, ed., París, 1959.

1. Loren Eiseley

Laborit: «El hombre que llegue a ser perfectamente lógico, que abandone toda pasión y toda ilusión, se habrá convertido en una célula del continuum vital que constituye una sociedad llegada al más alto grado de su evolución: evidentemente, aún no hemos llegado a tanto, pero no creo que pueda haber evolución sin esto. Entonces, y sólo entonces, contará esta "conciencia universal" del ser colectivo, hacia la cual tendemos.»

Ante esta visión, altamente probable, conocemos bien la indignación de los partidarios del antiguo humanismo que ha petrificado nuestra civilización. Imaginan, en efecto, un hombre sin finalidad, entrando en su fase de decadencia. «Llegado a ser perfectamente lógico, abandonando toda pasión y toda ilusión...» ¿Cómo podría estar en decadencia el hombre provisto de una radiante inteligencia? Ciento, el Yo psicológico, lo que llamamos personalidad, estaría en vías de desaparecer. Pero nosotros no creemos que esta

«personalidad» sea la riqueza última del hombre. En esto, somos —así lo creemos— religiosos. Hacer desembocar todas las observaciones activas en una visión de la trascendencia, es señal de nuestro tiempo. No, la personalidad no es la riqueza última del hombre. No es más que uno de los instrumentos que le han sido dados para pasar al estado de alerta. Cumplida la obra, desaparece el instrumento. Si tuviésemos espejos capaces de mostrarnos esta «personalidad» a la cual damos tanta importancia, no soportaríamos su visión, tal sería el hormiguero de larvas y gusanos que veríamos en ella. Sólo el hombre en estado de alerta podría mirarse en él sin peligro de morir de espanto, pues entonces el espejo no reflejaría nada, sería puro. Éste es el verdadero rostro, el que nos *devuelve* el espejo de la verdad. En este sentido, todavía no tenemos rostro. Y los dioses no nos hablarán cara a cara hasta que lo tengamos.

Rechazando el Yo psicológico, móvil y limitado, decía ya Rimbaud: «Yo es otro.» Es el Yo inmóvil,

transparente y puro aquel cuyo entendimiento es infinito: todas las tradiciones aconsejan al hombre que lo abandone todo para alcanzarlo. Es muy posible que nos hallemos en un tiempo en que el futuro próximo hable la misma lengua del remoto pasado.

Fuera de estas consideraciones sobre las otras posibilidades del espíritu, el pensamiento, incluso el más generoso, sólo distingue contradicciones entre conciencia individual y conciencia universal, entre vida personal y vida colectiva. Pero un pensamiento que ve contradicciones en lo vivo es un pensamiento enfermo. La conciencia individual realmente despierta entra en la universal. La vida personal, concebida y utilizada por entero como instrumento del despertar, se funde sin ningún daño en la vida colectiva.

No hemos dicho, en fin, que la constitución de este ser colectivo sea el término último de la evolución. El espíritu de la Tierra, el alma de lo que vive, no ha cesado de brotar. Los pesimistas, ante los grandes trastornos visibles que produce esta secreta emergencia, dicen que al menos hay que intentar «salvar al hombre». Pero este hombre no tiene que ser salvado, sino cambiado. El hombre de la psicología clásica y de las filosofías corrientes, ha sido ya rebasado, condenado a la inadaptación. Con mutación o sin ella, hay que entrever otro hombre para ajustar el fenómeno humano al destino en marcha. Desde ahora, ya no es cuestión de pesimismo, ni de optimismo: Es cuestión de amor.

Desde el tiempo en que pensaba poder poseer la verdad en mi alma y en mi cuerpo, cuando imaginaba que pronto tendría la solución de todo, en la escuela del filósofo Gurdjieff, hay una palabra que jamás he oído pronunciar: es la palabra amor. Hoy no dispongo de ninguna certeza absoluta. No me atrevería a proponer como viable la más tímida de las hipótesis formuladas en este libro. Cinco años de reflexión y de trabajo con

Jacques Bergier, me han proporcionado sólo una cosa: la voluntad de mantener mi espíritu abierto a la sorpresa y a la confianza ante todas las formas de la vida y ante todos los rasgos de inteligencia del ser viviente. Estos dos estados: sorpresa y confianza, son inseparables. La voluntad de llegar y de mantenerse en ellos sufre a la larga una transformación. Deja de ser voluntad, es decir, yugo, para convertirse en amor, es decir, gozo y libertad. En una palabra, mi única adquisición ha sido que ahora llevo en mí, inarrancable ya, el amor a lo que vive en este mundo y en el infinito de los mundos.

Para honrar y expresar este amor poderoso, complejo, no nos hemos limitado, Jacques Bergier y yo, al método científico, tal como habría exigido la prudencia. Pero, ¿qué es el amor prudente? Nuestros métodos fueron los de los sabios, pero también los de los teólogos, los de los poetas, los de los brujos, los de los magos y los de los niños. En resumidas cuentas, nos hemos portado como bárbaros, prefiriendo la invasión a la evasión. Y es que algo nos decía que, en efecto, formábamos parte de tropas extrañas, de hordas fantasmagóricas, guiadas por trompetas ultrasonoras, de cohortes transparentes y de-

sordenadas que empiezan a desparramarse sobre nuestra civilización. Estamos al lado de los invasores, al lado de la vida que viene, al lado del cambio de edad y del cambio de pensamiento. ¿Error? ¿Locura? La vida del hombre sólo se justifica por el esfuerzo, aun desdichado, para comprender mejor. Y la mejor comprensión es la mejor adherencia. Cuanto más comprendo, más amo; porque todo lo comprendido es bueno.

FIN

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>